

O BRA REUNIDA

# Gabriela

7

PROSA

\*

# Mistral

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



OBRA REUNIDA

# Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández  
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE



**O B R A R E U N I D A D E G A B R I E L A M I S T R A L**

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 7: 978-956-244-650-1

**Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Carolina Arredondo Marzán

**Subsecretaria de las Culturas y de las Artes**

Jimena Jara Quilodrán

**Subsecretaria del Patrimonio Cultural**

Carolina Pérez Dattari

**Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural**

Nélida Pozo Kudo

**Directora Biblioteca Nacional de Chile**

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

# Gabriela

7

PROSA

\*

# Mistral

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

# Í N D I C E

Prólogo	11
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	15
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	17
<i>Solange Lackington Gangas</i>	
Prólogo de Jaime Quezada	21
<b>E S T A D O S U N I D O S</b>	<b>27</b>
En la otra orilla	29
La ciudad estridente	31
La Estatua de la Libertad	35
Cómo edifican	43
Infantilidad del norteamericano	50
Unión cristiana de las Américas	53
Cristianismo con sentido social	59
El catolicismo en los Estados Unidos	64
Si Estados Unidos...	71
Información de la América española en los Estados Unidos	73
La Universidad de Columbia en el bicentenario de su fundación	77
La aventura de la lengua	82
Para la revista “Miscellany”	88
Ciudades númerenes	91
Informe Kinsey	96
Mensaje sobre los derechos humanos	101
Primer recuerdo de Isadora Duncan	103
Un Tagore en Nueva York	108
Recado a Eda Ramelli	113

## EUROPA

117

## EUROPA I

119

Castilla	121
Mallorca	140
Recuerdo del árabe español	148
Orfebres de Toledo	152
Elogio de la ciudad de Barcelona	156
Vasco de Quiroga	160
Bartolomé de las Casas	163
Una biografía del padre Las Casas	169
Segundo Fray Luis de León	176
Amigos de Quevedo	181
Lope de Vega	183
Cinco años de destierro de Miguel de Unamuno	186
Pedro Salinas	192
Blanca de los Ríos	196
Carmen Conde, contadora de infancia	202
Victoria Kent	209

## EUROPA II

217

El mar Mediterráneo	219
Elogio del pueblo italiano	222
Nápoles	226
Florencia	230
Siena	247
Cavi	254
Sestri Levante	259
La Liguria caminada: Zoagli	264
La industria de la pizarra en el valle de Entella	279
El Moisés de Miguel Ángel	284
Donatello	289

Conversaciones con Giovanni Papini	304
Con Ada Negri	319
Palabras en Trento	325
Despedida del Mediterráneo	328
 EUROPA III	
	331
Viaje al escenario maravilloso de la nación portuguesa	333
Antonio Eça de Queiroz habla de su padre	338
Anthero de Quental	342
Recado sobre dos sepulcros en Alcobaça	351
 EUROPA IV	
	363
El hombre europeo	365
El viejo lugar común	368
Los perfumes de Grasse	371
Exposición parisina de horticultura	378
El túnel bajo la Mancha	382
El artesano Bernard Palissy	390
Blaise Pascal	397
Si Napoleón no hubiese existido	399
Jules Michelet	403
Paul Verlaine	411
La leyenda prodigiosa de Federico Mistral	413
Fiesta perdida: Charles Peguy	421
Una biografía de Pierre Curie por Madame Curie	425
Romain Rolland	434
Jean Guéhenno y la Francia clásica	445
 EUROPA V	
	449
Palabras para Londres	451
Algo sobre Thomas Hardy	454
Emilia Brontë: una virgen shakespeariana	460

<b>E U R O P A VI</b>	<b>473</b>
Brujas	475
Escuela Obrera Superior de Bélgica	484
El método Decroly	490
El alma de la artesanía	495
Suecia y la paz	499
Tiene 70 años Selma Lagerlöff	502
Invitación a la lectura de Rainer María Rilke	506
Thomas Mann	511
<b>E U R O P A VII</b>	<b>517</b>
Recado sobre los judíos	519
León Tolstói	524
Máximo Gorki	529
El extraño poeta lituano Oscar de Lubicz Milosz	537
Roald Amundsen	543
Fridtjof Nansen	553
<b>B I B L I O G R A F Í A G E N E R A L</b>	<b>561</b>
<b>D E P U Ñ O Y L E T R A</b>	<b>569</b>



## PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borrones y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitulina; los choapinos clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada décálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como commovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

13  
Gabriel Boric Font  
Presidente de la República de Chile



Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán  
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

## RECADO CIUDADANO

### ACERCAMIENTO A MISTRAL

Mi acercamiento con Mistral, surgió cuando comencé a interpretarla el 2019, *Mistral Gabriela, 1945*, ese fue el inicio porque la vida se ha encargado de situarme en algunos lugares donde ella alguna vez estuvo; “la estridencia del eclipse de lo individual en New York” a la que hace referencia, hoy la estoy sintiendo, Portugal, de donde proviene parte importante de mis ancestros, de la cual Mistral dice “que fue y volvió de la América”, es cierto; también sentí esa calidez nuestra allí.

No dejo de aprender a conocerla hasta el día de hoy, así como no dejo de conocerme a mí misma. Me sigue hermanando a ella la humanidad dispuesta y sensible, con la que se acerca y compromete desde el sonido que atraviesa el aire, hasta las turbulencias más profundas que invaden los pensamientos. Mistral fue y es así; un misterio imposible de descifrar en tan corto tiempo, porque su tiempo es eterno y lo que sembró continúa dando frutos.

Solange Lackington Gangas

Actriz

Interpretó a Mistral en la obra “Mistral, Gabriela (1945)”







REFERENCIA PROLOGAL PARA ESTAS  
PÁGINAS RECADOS

“Vengo de hacer una ruta zigzagueada a lo largo de esta cinta de mis viajes tendida entre Europa y los Estados Unidos”, señalaba Gabriela Mistral a su regreso de Estocolmo en una conferencia a los estudiantes de la Universidad de California, laureada ya con el Premio Nobel de Literatura, en diciembre de 1945, resumiendo en dicha geográfica frase los ires y venires por países y continentes. Desde el día mismo que sale de Chile (1922) con destino a México primero y, luego, hacia otras patrias adoptivas, andará no solo en afanes muy suyos de recorrer mundo, sino además cumpliendo tareas internacionales y consulares, siempre vivencialmente atenta al amplio panorama de sus andanzas.

Después de haber colaborado en aquellos memorables programas educacionales de un México pos revolución, deja el país azteca (“ha sido una honra para esta pequeña maestra chilena servir por un tiempo a un gobierno extranjero”), regresando por algunos meses a Chile (1925), sin antes haber visitado los Estados Unidos (“La Estatua de la Libertad sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York”) y luego la Europa en sus iniciales acercamientos al continente “de cielos borroneados”. Sin embargo, tan pronto llega, sale otra vez, y de manera definitiva, del país natal: de su cordillera elquina adentro a su mar afuera Mediterráneo, vuelta “cara al viento y a la errancia”.

Si Gabriela Mistral por la década de los años treinta, y aún antes, ya se había recorrido su Chile y su América arriba (“me lo conozco casi entero del Río Bravo a la Tierra del Fuego”), será ahora la mismísima Europa, en sus geografías y destinos, el asombroso mapa de sus residencias por España, Italia, Francia, Bélgica, Portugal, Suiza, y, en fin: “ya voy tomando no sé qué carne de judío errante”. De cada uno de estos países, en sus novedades y hallazgos, en sus realidades y vivencias coti-

dianas, dejará testimonio en artículos que suman su esencial escritura, dando tema a su resuelto y peregrino caminar: “Yo ando por las ramblas de Barcelona con la nostalgia de las ciudades viejas”; o siguiendo devotamente la huella de Teresa de Ávila, la monja fundadora en perpetuo arrobamiento: “Hay en mis entrañas un imperativo vigoroso de nobleza para vivir, desde que he visto Castilla”; o cumpliendo con un mandato superior impuesto por ella misma: “Leer un terceto del Dante sobre el agua del Arno en la ciudad de Florencia, la ciudad más digna de los hombres”. Bien puede decirse de nuestra Mistral, en sus temas y escritura, y en su vivir viviendo, que fue una mística del viaje, pues anduvo saboreando a cada hora el cielo, la tierra y el mar como de nuevo y entrando en los paisajes, en los seres y en las cosas, “para que no se me deformen con el recuerdo recreador que es el mío”.

De estas andanzas, en sus realidades y nostalgias, en su sensitivo mirar, ver mundo, escribirá no pocos artículos, crónicas (“gacetillas”, dice ella), que constituyen hoy su creación literaria misma en su prosa motivo o su prosa recado, y siempre en un afán de comunicarse no solo con su prójimo lejano allende los mares, sino también un dar cuenta de su sentir y su pensar en torno a aquellas realidades del mundo contemporáneo que vivía. Materia toda que da origen a sus singularísimos y conversacionales recados, que tienen, por cierto, ese tan resuelto y tipificador tono suyo, “el más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir”.

“Dejo rural”, dice, para remarcar esa “lengua hablada” tan propia y única en una Mistral que no se apalebaya de sus frecuentes arcaísmos y neologismos, o de sus chilenismos y americanismos, léxico muy genuino y puro, y muy castizo, de su lenguaje original que le dio su valle de Elqui desde sus años primeros, y que le dará ahora admirativa y verbalmente España en su “camino de perfección” de lengua: “Fue nada menos que en Castilla y en aldeas que los filólogos tienen por reliquias del castellano, mi reencuentro con ese *diz* de jerga que es el español del siglo XVI; supe de golpe que lo mío era

aquello, es decir, que tenía linaje, que no era ni mora ni gitana, sino cristiandad idiomática". De ahí la riqueza y encantamiento de un lenguaje tan veraz, sorprendente y expresivo en la motivadora y emotiva escritura de esta prosa mistraliana.

Y no solo las ciudades (husmeando muy discretamente por los nobles patios de las casas de la Umbría) y los paisajes con sus vientos mistrales y provenzales en estas materias, temas tan frecuentes en una prosa "que dice lo que quiere, sacia muchas veces, logra fácilmente ser correcta... y honorable", según confesión de ella misma, reconociendo los tiempos de "escribir de cabeza articulejos". También las gentes en su todo y en su más, en sus vivires cotidianos, en sus culturas y tradiciones (de un método belga de enseñanza moderna a un cultivo de flores en los campos de Grasse), y de manera muy principal el revelar aquellas sublimes épocas de nobles oficios renacentistas en páginas vueltas admirativas lecciones de belleza y arte: "Rejuvenecen los seres mirándolo; de la estatua hacia nosotros, parte con un hervidero de ondas vitales, que entra a mudar nuestra vieja sangre", dice del *David*, de Miguel Ángel, llegando a la contemplación y al arrobamiento.

Así sean también sus dialogantes y bienaventurados encuentros con Giovanni Papini, el florentino autor de la *Historia de Cristo* (1921), cuya versatilidad filosófica y literaria hace trascendente su visita a Castiglioncello: "He tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa". Todos los tiempos y épocas parecieran pasar por esas prodigiosas conversaciones, a las cuales deben sumarse —de suma suprema— aquellas otras, abiertas al misterio de la belleza y a la fe en lo humano, con Romain Rolland (*Juan Cristóbal*, 1904) en la montaña suiza de Montreux: "Hoy es Romain Rolland una parte de la conciencia del mundo; se han refugiado en él las virtudes perseguidas, o hecha pedazos, de la humanidad".

Y será en un café de París ("la ciudad de las complacencias") su primer encuentro con Miguel de Unamuno, cuando el

maestro de Salamanca vivía su exilio por 1927, sin entender ni comprender que “este hombre, con su hermoso semblante vuelto religioso por el cotidiano pensamiento superior”, haya tenido que salir de su patria a padecer nostalgias ajenas. Encuentros próceres nada de fortuitos, sino actualísimos en la historia literaria misma, y en sus circunstancias.

No cabe duda de que Gabriela Mistral en sus vitales años europeos —y aún antes y aún después— vivió alucinadoramente en *saudade* (“ella significa melancolía a secas y entraña luego una dulzura apesadumbrada y vale por una sensación estable de ausencia o de presencia insólita”), lo cual expresa, siguiendo su siempre fervoroso derrotero, vivir en esa especie de aureola o “extrañeza de mundo” que dejó en ella pluralmente el dulce suelo y el dulce aire portugueses: “Quien tenga estancia larga en Europa, végase a estos Portugales a reponerse de su cansancio y a descubrir lo que nadie le contó: su parentesco íntimo con la criatura lusitana”. Contadora de mundo, después de todo.

Sin embargo, en este contar mundo, y “cara al viento”, no será su muy caminada Europa ni su América del Sur tan suya —“nuestra América”, como dice—, el lugar de su residencia definitiva, sino los Estados Unidos, país que ya se había visitado y revisitado (“La Estatua de la Libertad”, “Cómo edifican”, “Si Estados Unidos quisiera...”) en la década de los años veinte y treinta: “Este pueblo norteamericano aparece a cada minuto al que lo mira sin pestaño como una nación de contrastes, como el campo de la lucha más rabiosa de los opuestos. Es lo que en él desconcierta más, lo que más intriga a sus averiguadores”. Y será ella, una aguda y exigente averiguadora en sus tratos de coincidencias y disidencias con el “país próspero, al cual se le ha asignado el deber de los grandes, que es el de dominar sus apetitos”. Así sean sus tutelares y vigentes recados, reveladores de su admirativa escritura prosística y dignos de contárselos a sus semejantes; así sean sus rotundos y portentosos decires en una Unión Panamericana que la recibió tantas veces, puertas abiertas al mundo de una trascendente época.

Recuérdese, además —y de un permanente recordar—, que *Desolación*, el primer libro de Gabriela Mistral, se publicará en Nueva York (Instituto de las Españas, Universidad de Columbia, 1922). Y será también, esta “terrible Nueva York”, la ciudad del vivir los años finales de su muy memorable vida.

“Vengo de hacer una ruta zigzagueada a lo largo de esta cinta de mis viajes...”. Así fue, y así es en estas páginas de su vivir viviendo.

Jaime Quezada  
*Santiago de Chile, octubre, y 2020*







Llegamos a orillas del Río Bravo o Grande del Norte. No es bravo ni es grande, pero como acaban en él las tierras áridas, el doloroso desierto del norte, algún viajero debió al llegar a sus orillas exagerar por alegría el don de su frescura. En otra parte del curso debe hacer belicosidades de espuma y tener bravuras blancas.

Aquí donde lo cruzamos es un agua triste como un límite consciente y doloroso. Apenas corre y yo le habría puesto si hubiera sido el primer viajero: Río de Lágrimas.

Desde la otra orilla, la ajena, yo miro con el espíritu, yo recojo en una gran bebedura del recuerdo, el país que he recorrido con los trenes trepidantes o con el paso lento de mi caballo de sierra. México, el territorio trágico y suave a la vez, donde un pueblo parecido el nipón vive en cada día la cordialidad y la muerte. Y esta mirada mía, recogedora de cuarenta panoramas, me lleva al corazón una oleada de sangre caluroso.

Gracias a México por el regalo que me hizo de su niñez blanca; gracias a las aldeas indias donde viví segura y contenta; gracias al hospedaje no mercenario de las austeras casas coloniales, en las que fui recibida como hija; gracias a la luz de la meseta, que me dio salud y dicha; y a las huertas de Michoacán y de Oaxaca, por sus frutos cuya dulzura va todavía en mi garganta; gracias al paisaje línea por línea y al cielo que como en un cuento oriental pudiera llamarse “Siete suavidades”.

<sup>1</sup> Este texto del Legado de Gabriela Mistral debería haber aparecido en el tomo anterior, vi, de Chile y América, pero como ese lo cierra Brasil, lo incluimos aquí como un guiño de despedida a México y entrada (mirando hacia atrás) en la frontera de la otra América del Norte, donde poco más de tres décadas después dejará su vida física en este mundo. (N. de los Eds.).

Pero gracias sobre todo por estas cosas profundas: viví con mi norma y mi verdad en esa tierra y no se me impuso otra norma; enseñando tuve siempre el señorío de mí misma. Muchas veces dije mi coincidencia con el ambiente, pero dije en otras mi desacuerdo. No se me impuso forma de trabajo: tuve la gracia de elegirlo; cuidaron de no darme fatiga, tal vez porque me vieron interiormente rendida. Nada de la patria me faltó y si la partida fuera protección pudorosa, delicadísima, México fuera patria mía también.

Amé aquí lo que he amado siempre: los niños, las obras del pasado y los relieves como de islas de coral que suben desde el porvenir incógnito; y vi más dichosos a los campesinos, que son mi verdadera familia en cualquier tierra, y mis ojos gozaron de mirar igualdad entre los hombres (la relativa igualdad que es posible hacer desde afuera con manos de carne).

Sufrí lo que se sufre en país extraño o propio, por los recelos de cualquier bien ajeno. Y me es dulzura profunda decir el bien y darle el contorno durable en el recuerdo y pesar, con una balanza sensibilísima como las que tratan materias diamantinas, los efectos sutiles, las delicadas ofrendas.

Dios libre a México de nueva angustia. Se ha derramado sangre suficiente para pagar todas las justicias que tienen precio de sangre. Dios le dé la concordia larga y segura que sigue, y que nunca antecede verdaderamente a aquellas.

El tren ya me arrebata el paisaje en grandes planos que bebe el horizonte y yo sigo por el territorio extranjero, pura desolación desértica, con los ojos velados para aceptar lo más tarde posible la mudanza irremediable.

Para los que no conocen este adjetivo aplicado a una escuela literaria, doy la explicación que a los demás sobra. Entre los hijos legítimos y espurios que le han nacido al modernismo, está la escuela estridente. Odia estas cosas y va contra ellas: la frase melódica, la arquitectura de la palabra en estrofa, el ritmo, la bucólica, el romanticismo.

Pretende traducir el sonido del siglo, la coloración del siglo y así sus poetas buscan imitar el silbato de los trenes y el chirrido de la usina. Tiene la fobia del matiz y busca los colores crudos: el azul de Prusia, el rojo sangre, el verde del papagayo (que es un verde magnífico). Quiere que una poesía suya leída en un aposento dé al infeliz lector la trepidación de Broadway por ejemplo.

La escuela ha nacido del empalago, justo en mucha parte, de estas cosas: el ritmo de la poesía clásica, preciso como el latido, que también adormece, del corazón; la metáfora sobajeada, el cliché espiritual de Bécquer o Lamartine, la languidez insopportable de nuestra poesía autumnal.

Hay que decir honradamente que la escuela no es yanqui; ha nacido, como casi todas las extravagancias y las cosas magníficas, entre gente latina.

A pesar de mi pésimo oído rítmico y de mi ignorancia del color, yo no amo la escuela y la lectura de sus poetas; solo me quita el mal humor como el mejor salto de un *clown*. Pero yo

<sup>2</sup> La mayoría de los textos que siguen sobre Estados Unidos fueron digitalizados del libro de G. Piña R., J.I. Covarrubias y O. Rodríguez-Sardinas (eds.), *Gabriela Mistral y los Estados Unidos*. Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2011. En los otros casos, se advierte la fuente distinta. (N. de los Eds.).

recurso a ella para explicar mi impresión primera de Nueva York.

De igual modo como la poesía estridente, en la ciudad terrible y espléndida como un monstruo marino, me pareció el mismo horror del silencio y de los aspectos dulces de la materia; la misma búsqueda feliz de lo desmesurado; la misma ausencia de sentidos finos; el mismo encuentro con otros sentidos más fuertes o más brutales que buscan la emoción con golpes de maza.

He de creer un poco a mis propios instrumentos: mi cuerpo recibió la impresión de Nueva York. Fue una destrizadura de mis ojos y de mis oídos. Como todo organismo poderoso, como los monstruos, coge y domina. Por sus calles yo me perdí a mí misma; entré en la rueda y no tuve más voluntad sino cuando me liberó el mar.

A los místicos de la fuerza les es grata esta impresión parecida al juego salvaje del mar con el mal nadador; a los que tenemos esta forma sutil de soberbia: la de aislar el yo un poco, lo poco que es posible en la red horrible del mundo, nos deja esa dominación un poco humillados. Y yo tengo este rencor con la ciudad enorme del millón de tentáculos: que no me dejó nada para mí en varios días; que me incorporó en su mole articulada y me arrebató la conciencia.

Yo la miro ahora y la puedo juzgar un poco.

Aquella psicología de las multitudes, tan en boga entre los que creen en la psicología, es aplicable no a una muchedumbre neoyorquina, sino a toda la vida suya: se vive en colectivo —el rascacielos es la forma más horrible y más perfecta de colectivismo—, se juzga en colectivo, se tiene el gusto colectivo para vestir, para comer, creo que hasta para cantar.

Es un coro inmenso de las conciencias, del paso con que se camina, de la ayuda social, se oye aplicar a las cosas el mis-

mo adjetivo; se muda el traje el mismo día al cambiar la estación; se piensa el mismo día en Washington o en Lincoln. Y el que entra rebelde en el cerco es cogido con rabia primero; se rinde poco después, la tensión lo cansa o lo destroza; al final siente cierto alivio en abandonarse y entra en el cauce y fluye con el caudal hasta con cierta dicha.

Tal vez no haya otro lugar del mundo donde el individualismo padezca más y sea más raro y hermético. Como diré después, este eclipse de lo individual tiene aspectos admirables y aspectos feos, y francamente inferiores. Con este colectivismo se ha hecho una gran nación, pero una gran nación diferente de lo que ha sido eso en el pasado, porque el pasado admitió siempre en su seno los granos de la sal salvadora del individualismo.

Pasemos a la estridencia material. Tres cosas horribles tiene Nueva York: el *subway* o ferrocarril subterráneo, el ferrocarril aéreo y la que llamaríamos ley del caminar.

Los norteamericanos dicen que el *subway* les es odioso no por el estruendo, que ya es música para ellos, sino por la brutalidad que crea en las gentes. A la hora en que los almacenes se vacían y los millones de empleados van a comer, consultando la hora que tienen para ello, pasa algo semejante al salvamento dentro de un teatro cuando viene un cataclismo. Aquella gente no se atropella, se lincha. No se trata de ver al príncipe de Gales ni de mirar un regimiento de vuelta de la guerra; se trata de no perder diez minutos y se entra al *subway* con una violencia sin nombre y se cae sobre el primer asiento. No hay modo de distinguir entre los que pisotean y tumban, al rico del trabajador, ni a la mujer del que boxea: todos empujan como en el momento de tomar el bote salvavidas.

Confieso que no hay en estas palabras rencor por mis magulladuras; mi odio del *subway* es el de su horrible trepidación y el de su chirrido que despedaza los sesos. Yo no interpreto ahora el infierno en fuego, sino en *subway*, y no lo quiero para mí ni para mi prójimo.

Esto hace, me decía el norteamericano, lo que llaman la brutalidad del hombre yanqui; lo peor es que la adquiere el niño y que sus tres horas matinales de serenidad en la escuela, se le rompen en estos diez minutos brutales.

El ferrocarril subterráneo de París me dice otro informante es otra cosa.

*Nueva York, 1924*

La Estatua de la Libertad sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York y uno de sus imperativos inevitables sobre el ojo del viajero. Aunque no debería serlo: al cabo aquella persona en fierro es francesa de concepción, francesa de manufactura y francesa de donación.

Vamos a verla, el portorriqueño Pedro Juan Labarthe, cuya isla queda bajo la circunscripción de ella y una chilena cuyo país está a toda la distancia conveniente para que la considere un atributo ajeno.

El día de invierno farsantea con engañifas azules y con unas tiras de nubes; nos pestañeaa a cada momento con limpios y nublados, y de este modo yo veré a la diosa en un turno de grieses y de claridades, que más bien me ayuda que me estorba.

Subir viene a ser inútil, pero como yo no sabré eso sino arriba, como se saben las cosas, cuando ya no sirven, yo haré la formidable subida. El ascensor facilita todo el pedestal; un tirón de gones y de estómago, y estamos a los pies de ella y delante de la escalerita. Se trepa por una especie de camino metálico de cabras, dando a la diosa nuestro acatamiento con el esfuerzo, y sabiendo que se lo damos; se la alcanza con jadeo como a las demás libertades, batiéndonos fuerte el corazón y soplando anhelosamente, para aprehender el poco aliento que tenemos en el pecho. Estamos debajo de ella, con toda su majestad encima y todavía en aspirantes de su posesión. Comenzamos a subir su cuerpo por el interior de las ropas, como el niño que gatea suele repechar a su madre.

A los esteticistas les decepciona siempre ver “la cocina” de la estatuaria y andar por los adentros brutales de un vaciado de yeso o de bronce. No a mí, porque si el arte está por fuera, está por dentro la artesanía, que me conmueve más. Viendo y manoseando el interior del molde, estas costras, estos verru-

gones, estas fealdades, se sabe lo que cuesta aquella piel lisa regalada a la luz, se van entendiendo las forjas, los ajustes, la ingeniería, las mañas y también las torpezas.

Los visitantes suben creyendo ver mejor la estatua y lo que aprenden con el ascenso es solo la noble miseria artesana, el peine de la fundición y el costoso encaramiento.

¿Por qué no trajeron a la magnífica fiesta de la inauguración a algunos de los vaciadores de la estatua? Frédéric Bartholdi no hizo más en su masa que los obreros mismos, ya que ella constituye mejor un asunto de construcción que de arte legítimo.

Seguimos subiendo por las entrañas, haciendo en esta madre el camino opuesto al que hace el hijo para salir a ver la suya. Nada de interior frío, aunque sea puro metal, porque los mil pliegues y los cien bullones afirman la sensación de que vamos abriendo una entraña verdadera, es decir, una víscera encarrujada y tibia.

Se descansa en los pequeños asientos apenas capaces de mí, y enseguida se continúa, pues la escalera no consiente el regreso al arrepentido; para bajar hay otra que se tomará... en la cabeza misma de la estatua. Buen sistema que aplicar a los cuasilibertadores que suelen descender al tercio del camino.

Ya estamos arriba; pero como a nadie se le ocurrió abrir una salida oportuna, una ventanita en la mitad del monumento allá por la cintura o hacia los pechos, se llega a lo alto para no verla a ella misma, sino a la ciudad: el Hudson taciturno de este mes, la punta de Manhattan arbolada de unos bellos rascacielos que parecen cuernos de antílope, y la isla de los inmigrantes.

Descansamos en su cabeza: estamos dentro del cráneo haciéndole oficio de seso vivo. El aire es el mejor, un vientecillo de mar, uno de invierno y más uno de altura: tres sumandos de sutileza. Esta ráfaga fina le circula a ella por el cerebro y

le da la lozanía cabal de la cara: este soplo ligero y eléctrico que carga a la diosa por el seso y la descarga por la expresión.

Bajaremos, pues, para verla desde el suelo donde estábamos antes, aceptando su voluntad, que es la de que la veamos desde abajo, en pobres diablos aplastados por su proporción, y obedeciendo también a la voluntad del escultor de que recibámos unas puras facciones anegadas e indecisas.

Habrá que esperar la industria de aeroplanos pequeños —moscones en lugar de libélulas— para venir aquí a revolar en torno de su cuerpo, de su cuello y delante de sus mejillas, gozándola según nuestro antojo. Por ahora, hay que resignarse.

Si no supiéramos que la estatua vino de Francia y que la dejó caer mano francesa, diríamos que ella es perfectamente yanqui. Bartholdi como escultor de santos, decidió dar a la deidad un absoluto aire sajón, para que la clientela de cien millones la adoptara fácilmente. Es una libertad sajona que recuerda a las bellezas encontradas por Broadway (aunque digan otra cosa los europeos, es toda una belleza la mujer norteamericana): marcha desenvuelta, con zancada de Juno; brazos que más que lanzar la jabalina como la hermana griega, reman cuatro horas con remos de diez libras, un brazo capaz de esta antorcha y de cosa más grave aún: un cuello sólido y lanzado, que es pecíolo digno de la cabeza, y esta, naturalmente osada, de sencilla soberbia como el árbol copudo.

Pasaron las Venus de testas pequeñas como las Venus de cintura absurda; ahora las cabezas se hacen regulares remates en vez de anulamiento de cuerpo. En ninguna línea la cara puede resolverse en latinidad, porque en ningún pedazo aparecen insinuaciones de sensualidad ni de ternura, ni de melancolía, ni de sonrisa blanda.

El escultor trabajó bien asistido del genio de la raza norteamericana: tan fuertemente lo invocó que este bajó hasta sus muñecas y le duró allí los meses de la ejecución, todo ello al

fin de cuentas un acto de lealtad al lugar de su emplazamiento, a su patria decidida.

Es una mujer marítima, con pedestal pensado para la marejada posible y un pecho de vela embreada; es además el pretexto para la antorcha, y el cuerpo entero se construyó en relación con el brazo. El pie adelantado, la espalda capaz y el movimiento de la túnica miran el brazo de la antorcha y están para servirlo.

Lo mejor de la cabeza es la diadema de rayos, y tan petos son ellos que me punzan en el recuerdo mientras escribo. Siete rayos, siguiendo la cifra de las cosas verdaderas; la electricidad en la cabeza salta por las siete púas metálicas. (A la ciudad misma, a Nueva York, la veo yo dotada con una aureola semejante, pero esta cuenta setenta mil setenta y siete espadas eléctricas, que día y noche se disparan en todas las direcciones). Si le hubiera faltado a la estatua la insinuación fulmínea, la figura habría quedado inexpressiva y hasta yacente. Las aureolas redondas de los santos en la época ya nos resultan demasiado estáticas; puede ser que la diadema fulmínea de la Libertad pase después a la estampa de los santos norteamericanos.

De algo católico me acuerdo, sin embargo, en relación con los siete punzones de agave metálico: del ciervo santo de San Jorge, en cuyos cuernos hay un proyecto de esta aureola divina y hostil.

Perdónenme las feministas, pero me parece que así como a la diosa le va bien la antorcha, la tabla mosaica le va muy mal. Pesada, casi cuadrada, a ratos se me ocurre que es una carpeta grávida y comercial la que le rinde el brazo; aparte de que la tabla está un poco separada del cuerpo en vez de apretarse al costado. La lleva, pero no se ensambla con ella.

Muy conocidos son los frentes y los perfiles de la Libertad; en cambio le han dejado inéditos ciertos bonitos trozos espalderos y laterales; por ejemplo, el pie derecho que sigue lealmente al

delantero, pero que se siente más femenino; por ejemplo, el manto hacia atrás en la parte en que lo levanta la empinadura de la antorcha.

Dos espaldas tiene ella: la baja, del lado de la tabla mosaica llevada con inercia, y la alzada y heroica del brazo épico; las dos son hermosas en sus órdenes suave y violento. Se me ocurre que todos nosotros, sin antorcha visible o con ella, llevamos esa doble espalda y yo casi levanto la mano para tocármela.

El paso está muy bien dado; no lleva prisa ni se queda tampoco; va a alumbrar algo que no es trágico y que no la arrebata: una ciudad de negocios seguros y prósperos.

¿A quién se parece ella en la familia de los capullos de bronce o de hierro clásico? La Diana cazadora va más rápida y arrasta más naturaleza consigo a causa del ciervo, mientras que la Libertad no confiesa sino el poco mar que está mirando. Una Valquiria carga escudo y muestra un seno cortado, y esta diosa no puede ser Valquiria porque está alumbrando hombres, es decir, gente amamantada por ella. Las madonas de todas partes, las muy extasiadas, las muy arrebatadas, no tienen por dónde emparentarse con la Libertad tampoco. Una décima musa podría bien ser: la musa de las instituciones, especie de amante de los Jefferson de ayer y de los Borah de hoy, que soplará artículos de constituciones.

Pero tampoco puede volvérseme una consejera individual esta Libertad, sino una doctrinadora colectiva sin escondrijo de gruta ni de bosque, tan puesta al sol y al viento como no puede darse más. En el país sin intimidad, sin un solo pliegue secreto de la vida, la idea de la musa, que es la del cuchicheo en el hueco de la oreja, cae rebanada del pensamiento en cuanto se la concibe.

Sigo buscándole parientes posibles, y a cada nombre que rechazo me doy cuenta de que la desnudo de femineidad, de que

ella no es mujer sino por el manto y me pongo a mirárselo fijamente.

Envidia me da verlo, y una pequeña cólera celosa de haber nacido yo, en tiempo de falda corta o larga, siempre falda caricaturesca, que no vale lo que un manto. Como no me resigno le digo a mi compañero que en alguna Tunisia asequible, en alguna India propicia, yo llevaré un manto así tan cargado de pliegues y tan arrastrado como este de la Libertad.

Las ropas no vuelan en la ráfaga marina, lo que está bien y está mal, pero aparecen lo suficientemente vivas. La túnica y el manto se diferencian bien; la Libertad va vestida dos veces: no solo es la diosa cubierta —ya cristiana—, sino la patricia que carga lanas o linos inútiles, bellos de llevar.

El defecto que todos no sabemos de la estatua de la Libertad es su descenso vertical de estatua afiche, su regularidad convencional que la saca del arte verdadero para sentarla en la mesa del gusto común. También en este, Bartholdi trabajó con el seso puesto en la muchedumbre a la que había que contentar y servir. La sirvió en mal suyo, en bien de ella, bien castigado está como todos los amigos del pacto en el monstruo, bien castigado en que la diosa pasara semanas después a las oficinas fiscales, a la banca y a los salones de refrescos. Popularidad absoluta y por lo mismo lastimosa.

La antorcha es tan idéntica a la antorcha que dan ganas de mellarla siquiera de un lado, y el rostro resulta de tal manera normal que se siente cólera de que un francés haya sobre pasado en esta figura el sentido común de La Fontaine, que parecía insobrepasable, y llegado a esta creación, sin creación.

José Martí, de quien se acuerda cualquiera que mire a la Libertad, padecía de verla por la memoria de su Cuba, y se rompía en los huesos de sostenerle la mirada. Él la consideraba como los franceses que aquí pusieron, una diosa para el uso del universo, una espolonada para la libertad de todos los pueblos. Yo

la veo en 1930 convertida en una diosa local, vuelta hacia los Estados Unidos, en vez de estarlo hacia el este como lo quisieron sus donadores. Ahora despacha, bajando un poco el brazo para rehusar a los inmigrantes que llegan a la isla vecina: ahora no se ocupa como en los viejos tiempos (¡tan rápido que se despeñan aquí las épocas!) de que las Antillas sueltas en el mar y esas otras Antillas soldadas que se llaman América Central, vivan libres como su aliento continuo y como sus ropas.

Ella es la Libertad fuerte y segura de los 48 estados, la proveedora de la dignidad de su propio territorio. De veras ella ha girado el pedestal de kilos para cambiar de posición, y con esto de categoría. Ella entra en nuestros negocios como una larga gigante de metal, levantada en Nueva York para exhortación de ella misma y a la que miramos así en cuanto a figura espectacular y solemne con la cual nada tenemos que conversar extraños.

Martí la veía en su forma alargada y dura como la almendra de su alma, pero la universalidad que él le dio ha pasado, ha pasado. Ella se llama la Libertad de los Estados Unidos y no ya la libertad a secas, que era una palabra espada, rotunda y definitiva.

¡Lástima de pedestal que no se puede mover! Ni esperar que los disloquen para dar a la estatua la posición legítima, que es la de mirar solo hacia su país.

Los optimistas, sin embargo, pueden esperar que la diosa vuelva un día a mirar hacia el este, hacia el mundo entero, que ha creado su propia ciudad. Pudiera ser; este pueblo, por lo mismo que no está cuajado, da unas grandes sorpresas, y se echa en unos saltos repentinos que le dictan ya el corazón o la vitalidad deportiva o el simple humor. Una margen grande de esperanza dejan los pueblos súper vivos, por atrabiliarios que hoy sean. El río del instinto se les va un buen día por donde menos piensan, que suele ser por el cauce antiguo, y queda en seco lo que habían anegado.

Nadie sabe si mañana los Estados Unidos se acuerdan de su Washington y mejor de su Lincoln, y empiezan a devolver libertades ajenas, deshaciendo lo andado malamente. Esperemos hasta los pesimistas un poco, pensando en que al cabo la diosa que preside el litoral es una extranjera nacionalizada, que su cuerpo ha pasado el mar y debe acordarse que vino de Francia, y de que por sajonísima que la haya querido Bartholdi, la marca de una palma latina ha quedado sin remedio a lo largo de sus metros.

*Nueva York, 1931*

## CÓMO EDIFICAN

Buscando comprender el espíritu norteamericano, la viajera se hace estos lotes de averiguación: ¿cómo edifican? ¿En qué casa viven? ¿Cómo se divierten? ¿Cómo creen? ¿Cómo educan?

Naturalmente, lo primero que se impone es cómo edifican. Nueva York es más que ninguna ciudad moderna una voluntad frenética de edificación; la verdad primera que ella nos entrega desde que el barco pasa la estatua clásica es la de sus masas soberanas de comercio y de vivienda. Pasada una semana, pasado un mes, el asombro no se ha gastado. Edifican como un pueblo que no acepta ni una sola idea individualista de la vida; construyen lo mismo que legislan, lo mismo que educan y lo mismo que rezan: para el grupo, sea este grande o inmenso.

Me dolería comenzar con las catedrales de comercio y con las pirámides de la banca; es mejor que empiece con un templo, y con el que ellos creen que será el mejor.

Barrio de la Universidad de Columbia, barrio mío, el que más camino y el que tengo que querer... Los domingos, mis amigos colombianos que me hacen una especie de guardia católica, me llevan a oír misa a la capilla francesa que está a cien pasos. Regresando, nos detiene la casa monumental de oración que se llama San Juan el Divino; nos para en seco con la masa y con la aureola musical que alcanza hasta la calle. Entramos por ambas cosas: donde suena el órgano, yo me siento golpeada por el imperativo de entrar, o más bien, los huesos se me quedan clavados gozando el viejo deleite como los de un perro que oye hablar detrás de una puerta a su amo sobrenatural.

Este pueblo norteamericano aparece a cada minuto al que lo mira sin pestaño como una nación de contrastes, como el campo de la lucha más rabiosa de los opuestos. Es lo que en él desconcierta más, lo que más intriga a sus averiguadores.

Buscando patrono para lo que será su mayor catedral pudieron tomar a San Pedro fundador, símbolo del dominio; lo encontraron demasiado católico y fue eliminado; pudieron escoger a San Pablo, el segundo fundador, por la espada esgrimida y por el rayo cocido a su cabeza; o pudieron quedarse con San Mateo, que es el evangélista más anecdotico, o como dirían ellos, más realista. No optaron por ninguno de los mentados, sino por el vertiginoso San Juan del Apocalipsis.

Construida en el riñón universitario de la ciudad, sobre un suelo fabulosamente caro, los empresarios se las han arreglado para comprar nada menos que poco más de cinco hectáreas de tierra. El templo será el cuarto en extensión, después del de San Pedro de Roma, de la mezquita de Córdoba y de la catedral de Sevilla; tiene capacidad para diez mil sillas y para cien mil fieles. El patrono de las visiones liberadas de horizonte estará contento de escuchar cien mil voces que subirán desde Nueva York en un cono de fuego pidiéndole gracia para la terrible ciudad.

La catedral fue pensada y construida primero en estilo romano; aquello era demasiado clásico para ser soportado en medio de la ciudad cubista y los empresarios rectificaron la construcción, perdiendo materiales echados abajo y desbaratando muchos dineros. El único estilo que por algún lado, aunque sea oblicuo, puede embonar con la Nueva York de torres desatadas, es el gótico, una especie de super gótico que dispara sus flechas a la altura de los rascacielos. Se adoptó el gótico francés, aunque mejor pudo adoptarse el germano, dentro de esas intenciones.

Apuntemos a los constructores una decisión que es heroica en Estados Unidos. Por lealtad hacia el gótico, el templo ha sido construido en piedra, rechazándose el material unánime del país, el único en que aquí se concibe una construcción, o sea, el cemento armado.

La catedral de San Juan el Divino fue comenzada en 1916; el coro, las siete capillas ambulatorias y parte de la nave están rematadas. Los guías recuerdan a los visitantes que algunas catedrales europeas tardaron siete siglos y que la piedad de Nueva York va más de prisa. Es verdad, a causa de que el fervor se halla aquí servido por más dineros y por una decoración atendida con menos meticulosidad, además de que el original cuesta siempre más que las copias. Esta prisa irá en aumento; en diez años más saldrán de un molde de construcción las 48 catedrales de los 48 estados, de un golpe, como los foros y las demás cosas...

La idea que preside la fábrica de San Juan es digna de marcarse. Ha querido hacerse un templo de la secta episcopal con vistas a la universalidad. La idea de lo universal trabaja mucho a los Estados Unidos. Este país que esquiva a la Sociedad de las Naciones no la esquiva por cosmopolita, sino porque él estima que cualquier universalismo debe tejerse en torno suyo, como la pulpa alrededor del hueso tónico.

Los constructores de San Juan el Divino saben que las religiones están más divididas en sensibilidades religiosas que en sectas; que las palabras anglicanismo o presbiterianismo, o calvinismo, no dicen mucho y que hay un anglicanismo inglés, uno escandinavo, uno francés... Adulando afectuosamente las modalidades de esta región dentro de las razas, los constructores de San Juan han buscado crear un tipo de universalidad que acepta los localismos, los considera y los sirve en sus achaques de diferencia. La fidelidad en la interpretación de los ambientes nacionales deja bastante que desear y a veces no sabríamos sin la explicación del guía si esta célula de plegaria es escandinava y es inglesa la de unos pasos más allá. En todo caso se ha hecho lo posible por diversificar y por expresar la diversidad. La intención está bien, está muy bien.

Cuando los Estados Unidos políticos entiendan como los Estados Unidos religiosos los derechos imperativos de la sen-

sibilidad y acaten sus derechos, muchas cosas arreglaremos con ellos.

La nave central tiene doscientos metros de largo y cincuenta de ancho. Remata ella con un altar mayor de blancos unánimes, suavemente severo, que no me estorba la oración con ninguno de esos horrendos barrocos dorados que a algunos fieles nos pesan en el alma y nos queman en los párpados.

Los caminos entre las filas de bancas equivalen a la vía pública de Nueva York. Los arcos de la bóveda muestran esbeltez y aun ligereza; el mayor, llamado de los Niños, se hizo con puras limosnas infantiles, y esta ocurrencia es conmovedora. (Era tierno San Juan, a pesar de las catapultas de sus imágenes, y el lector que se lo sabe se acuerda de su cariño senil por la tórtola o perdiz familiar que le seguía a todas partes).

El pavimento de la gran nave ha sido pagado solo por los peregrinos, un don de caminantes, un regalo nutrido de peatones. Lo forman mármoles de colores que han venido de todas partes: mármoles negros de Bélgica, mármoles amoratados de Italia, mármoles rojos de Numidia. En un punto central del pavimento ha sido incrustado como pieza mágica un trozo de piedra de la iglesia de San Juan levantada por Justiniano en Éfeso, y que es regalo del obispo Kinsman. A falta de reliquias del cuerpo santo, bueno es que este trozo de piedra griega ofrezca una sugerencia de presencia suya a los fieles.

Pienso yo en la penuria millonaria de los templos yanquis. Movilizarán obispos y pastores la piedra suntuaria de todo el mundo para construir en Nueva York, pero, ¿qué harán a la postre sin reliquias y sin cuadros máximos? Difícil es que las iglesias católicas norteamericanas puedan comprarle nunca a la pobrecita iglesia de Ávila un manto casero de Santa Teresa, por ejemplo, y es más difícil el que la catedral queuento reciba nunca el San Juan pasmoso de la copa con la serpiente del Greco.

El oficio se desarrolla en el altar mayor, el rito episcopal tan parecido al católico que por un momento, aliado al gótico francés y a la música de volutas cálidas, me da la ilusión de que estoy en un templo mío de Francia o de Italia. Pero la mirada que me compone o me echa a perder todas las cosas, se me fija enseguida en el sacerdote y el engaño bonito se me pulveriza. El sacerdote blanco, vuelto de espaldas, mueve misales y otras cosas con cierta brusquedad, sube y baja los escalones con pasos demasiado rápidos... Yo me acuerdo y entiendo. Viene de un día y una semana laica, y algo más que laica; es oficinista o comerciante, y a causa de ello no puede con las lentitudes de nuestra liturgia, con las morosidades de nuestro rito católico.

El órgano sigue sonando, la bella máquina de seis mil tubos, contenta de derramarse en este ábside sensible y en esta nave desatada. Agradezco la misericordia de la manufactura mística, berlinesa o turinesa que ha enrollado esa tubería infinita; agradezco a la gente de Walt Whitman la adquisición soberana de la trompetería magnífica que ocupa cuarenta metros de muro en la doble avenida musical del presbiterio.

Una lápida de bronce hacia un lado de la nave me hacer leer, en vez de los Salmos o los Proverbios que yo me esperé, unos artículos de la Declaración de la Independencia. ¿Por qué aquí? ¿Qué tienen que hacer ellos aquí? En el Congreso bien se están y también en las escuelas públicas, pero en la catedral de San Juan el Divino... El folleto explicativo me contesta la interjección: “Este es un recinto tanto cívico como religioso; esta es una catedral civil de Estados Unidos”.

¡El olvido redondo del Evangelio! Jesucristo dice con un desdén absolutamente divino lo del “Dad al César lo que es del César”; Él no tiende ningún puente ni aun de cuerda, entre el Estado y su misión; Él no enfrentará lo civil sino cuando esté delante de Pilatos, y la confrontadura es de tal índole que quien la vea en los cuadros famosos y mejor dentro de su alma, tajará siempre, con tajo de hacha, estatismo y jesuicristianismo.

Bien estimamos a Washington el justo, y más todavía a Lincoln el audaz, pero su negocio gubernamental no tiene nada que hacer con una casa de San Juan el Divino. La confusión de los órdenes material y místico, el acoplamiento monstruoso de las hablas secretas de la religión con los textos oficiales me irritará durante un año y día por día, y me reventará los ojos sin remedio.

La lápida de los artículos constitucionales me desabotona una cantidad de recuerdos: son las iglesias que predicen al candidato seco contra el húmedo; son las otras que en el campo predicen los buenos negocios agrícolas y dan en el sermón cifras de las cosechas.

La catedral se acabará en cinco años más y su clientela se acrecentará junto con el acabamiento de la bella fábrica religiosa. Ella representa al cabo varios récords, una serie de récords: récord de la extensión, récord de las nacionalidades, récord del órgano. La única codicia que me levanta esta piedra épica y ambiciosa es la del órgano. Yo lo quisiera en Avignon, para mi misa de los domingos, o en la Vicuña de Chile, para la misa de mis gentes. Pero para tener el vocero de seis mil tráqueas se necesita contar con un espacio de dos cuadras cuadradas, y para que él suene con todos sus planos de ecos, es preciso también que existan los muros reiterados de piedra, y para que ambas cosas sean una, es preciso todavía contar con una caja fuerte de dólares.

Me acuerdo de mi querido Maeztu, tan maltratado por la excitación que ha enderezado a la raza española para que sea rica. No tiene razón su doctrina en España, donde la riqueza gobierna su lote propio de bancos y comercio, y deja en paz a las costumbres y a los valores morales. Pero aquí, en la América septentrional, y un poco en la nuestra también, que se americaniza a grandes zancadas, la riqueza es la vía romana hacia cualquier conquista, sea ella de ciencia, sea de... Evangelio.

Antes de dejar la catedral, echo a las naves enormes una mirada de totalidad y me despido del San Juan en piedra, diciéndole que vuelvo a mirarle otro domingo. Llego a mi cuarto de Columbia; ando una hora por los corredores y sigo sintiendo encima el gigantismo de la catedral y el espacio pequeño que tengo me duele como la estrechez del corazón o de la garganta. Me siento entonces a castigarme esta sensualidad de la extensión que me ha cogido un momento. Mi castigo será acordarme lentamente de la capilla más pequeñita que yo he visto en mi vida: la Porciúncula de San Francisco, encajada en la iglesia de Santa María de los Ángeles en Asís. Me pongo además a escribirle a San Juan, después de la disciplina padecida con tal memoria, una página menuda de alabanza que se parezca en la brevedad angustiosa a aquella de nuez y que también se le parezca en el fervor apretado. La complacencia de espacio se me va bajando, se me va deshaciendo a lo largo de tres horas.

*Enero de 1931*

Europeos, asiáticos y criollos coincidimos en la sorpresa de que un pueblo de técnicos, de *bolsistas*, de mecánicos y de industriales como el norteamericano lleve en el rostro, en el habla y en la vida familiar una hebra rezagada de leche materna.

El tono con que nosotros decimos la palabra infantil, aplicándola al yanqui, muda bastante de boca a boca. En la de un japonés el apelativo lleva ácido de limón; en la de los franceses, el tono es zumbón; entre nosotros, él se balancea entre la broma y la burla. Aquello no es malo, pero es bobo, decimos.

Yo no comprendo que el latino le regale al sajón toda la infancia, que es un tesoro, y que alardee y se quede complacido así, vaciado de ella. El francés quizás la haya licenciado; el español tal vez la quemó en su calentura pasional; pero el italiano y el mestizo de la América todavía la llevamos, aunque no la alimentamos como amor, y son precisamente las raspaduras de infancia que nos quedan entre los dedos, como los grumos de miel en la caldera del trapiche; pero nosotros, criollos, tenemos vergüenza de llevar el espíritu infantil al trabajo, al *meeting*, a los actos oficiales y hasta a la tertulia familiar.

Y en esto no anda un pudor de lo íntimo, pues los hispánicos somos por excelencia extravertidos, y nos gusta derramarnos y desplegarnos a toda anchura como un tapiz floreado. En el sofocamiento que hacemos de nuestra índole niña, anda un trueque de conceptos: el confundir la infantilidad con la bobería, lo niño con lo ñoño y la puericia con la puerilidad. Como consecuencia de una versión tonta, el criollo ha sentido vergüenza de confesarse niño a sí mismo, y con más razón de declarárselo a los demás.

<sup>3</sup> Texto transscrito desde el Legado de Gabriela Mistral del Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

Por el contrario, el adulto sajón no quiere rebanar entera su infancia; es el contra chino; sabe que la madurez un poquito apurada ya resbala hacia el vejestorio; entiende que salvar una zona de puericia es salvar el plexo solar de la vida, y que perder al niño es adoptar la cadáverina con un grande anticipo. Como quien dejó un país interior y no sabe irse, y le ronda taimadamente la costa, sin decirle adiós, él se distancia lo menos posible; no abandona la región, hace trampas, y se ve que logra algo con el retardo de la partida, que consigue cuanto es dable, en este juego de malicias corporales y espirituales. Mirando en bruto, o mirado a las malas este culto anglosajón de la infancia, solo vemos en él un rabioso apetito de no envejecer, una paganía terca y ridícula.

Pero si examinamos de cerca, y bien, hallamos que la vida nórdica o yanqui deben a este amor de la infantilidad cosas más serias que la falda cortísima y los buenos tintes para los cabellos. Una averiguación un poco sutil nos contaría que, cuando el hombre avisado defiende en sus facultades ciertos imponderables de la niñez, ellas se vuelven otras, muy otras de las del que dejó secarse en sí el primer rocío de sus sentidos.

El inventor popular, tan numeroso en Estados Unidos que brota por todas partes y da por año de mil a dos mil inventos menores, es un hombre aniñado, cuyas manos se acuerdan de la jugarreta imaginativa de los cinco años y que, haciendo trucos, busca y descubre casi traveseando. Este mecánico, químico o artesano amateur entrega su jornada normal a una fábrica o taller, en el cual le sobra su alma, pero a la noche, ya solo en su cuarto, se sacude la chaqueta con olores de linazas y bencinas, y se sienta a jugar el viejo juego de Dios que es la creación, aunque sea mínima, aunque no pase de unas pajuelas o briznas. Puede tener 30 años, pero será un niño, sentado mejor que en el banco, en el vértice invisible del trabajo fijo y la fantasía suelta, con su cabeza puesta en el ángulo de la junción.

El músico yanqui, que se cansó en la ópera de falsos patéticos, y no puede adoptar los tangos del sur, porque no nació en la

palma de Martín Fierro, prestó un buen día el oído a sus negros desdeñados; lo atraparon aquellas danzas, precisamente por sus juegos, que sexuales y todo, juegos son, y de los solsticios sudaneses, de esa selva carnal, él ha sacado un tropel de sonidos hechos de armonías y estridencias, todo ello aprovechable y mejor que la música morosa en la cual iba cayendo. De no haber tenido este músico la infancia viva en sus oídos, quedara sin percusión en los Estados Unidos una zona entera de folclor terrestre. Verdad es que el blanco, aprovechador y desnaturalizador, cogió el material virgen y lo manipuló violentamente, magullándolo; verdad es también que de los hemisferios musicales negros retuvo el jazz primario y soltó la pieza mejor: los espirituales inimitables. Asimismo, rejuvenecimiento hubo y a base del África niña.

La pedagogía de la primera enseñanza vive también en Estados Unidos aligerada por ese espíritu pueril. Antes de los buenos viejos Pestalozzi y Fröbel, ¿qué era sino tutankamoniano la escuela de párvulos? Despues de estos dos grandes joviales, llegaron unos latinos, que echaron su cuarto de espadas por vuelta de la infancia a la infancia; María Montessori y Decroly punzaron en las cortezas resecas del haya pedagógica, hasta hallar la vena fresca de la savia. La grande italiana me dijo alguna vez que hizo su obra para latinos, pero que fueron los Estados Unidos los que recibieron la buena nueva sin rezongo, a brazos abiertos.

Aquí están, pues, en tres bocetillos, unos repuntes de la infancia en la adultez, tres cardos que ella dispara desde lejos, o como dice el yanqui religioso, tres gracias divinamente retardadas sobre la adultez dura y desértica. Pero existen millares de rebrotos y de menudas resurrecciones de la infancia en la madurez, y cada una de ellas parece un regreso que Dios consiente y aun empuja hacia esa Tierra Prometida que nos dio una sola vez y nos quitó pronto. Ella puede sernos devuelta, parece cuando la pedimos con cierta humildad ardiente. Y se la puede vivir la segunda vez así, con los cabellos grises.

Profundamente honroso me es que la palabra que me introduce en este recinto ilustre sea la de mi país y venga de un varón selecto de mi sangre, en el cual se reconoce la chilenidad hecha nobleza.

Ha seguido a la palabra de nuestro representante la del hombre superior que trabaja en las relaciones espirituales de nuestros pueblos, creyendo con videncia feliz, que no son vínculos verdaderos sino los elevados, es decir, los del alma.

Las palabras generosas de los dos maestros que me han dado su bienvenida, me hacen sentir la seguridad de los caminos familiares en la tierra norteamericana. El magisterio común es lazo tan vivo como la lengua común. Él me borró la formidable realidad geográfica en la tierra mexicana, por la que caminé entre los maestros y los niños, con una confianza dichosa que hacia cantar mi sangre.

Recibo este acto que vosotros habéis llamado homenaje sin pensar ni por un momento en que se trate de la manifestación a un individuo, comprendiendo que se quiere honrar a las mujeres hispanoamericanas, y lo agradezco por ellas. Se me ha elegido sin duda porque se sabe que existe en mí profundamente el sentido de raza. Los Estados Unidos, como país fuerte y con activa conciencia nacional, estima la lealtad del hombre hacia su sangre, y yo soy de esos leales.

No creo que la diferenciación de los pueblos signifique una fatalidad sobre la tierra. Pienso que ella en la humanidad como en la naturaleza, es una forma de enriquecimiento. De este modo, lo latino, aun en sus aspectos de contraste más

<sup>4</sup> Discurso pronunciado en la Unión Panamericana, Washington, en mayo de 1924. (N. de los Eds.).

agudo, es frente a lo anglosajón un como erguimiento de distintas virtudes, de otras modalidades de vida, pero no un destino de discordia.

Estiman algunos que el único modo de concordancia entre los pueblos sería la unificación de las costumbres, de las formas de vida económica, de los criterios sobre la verdad. Otros sentimos que cada grupo puede progresar, llegando hasta el suave ápice de las perfecciones, dentro de su modalidad. Los que esto pensamos, al hacer la exaltación de nuestros valores étnicos no ponemos soberbia ni odio, hablando de fidelidad hacia nosotros mismos.

Si creyera que no hay los caminos del espíritu, sino un camino del espíritu, y con él de la perfección, al comparar nuestros países de vida económica desgraciada, de acción social convulsa, con los Estados Unidos, y nuestras ciudades que apenas son un radio, con las vuestras, el desaliento haría caer mis brazos y se paralizaría en mí la pulsación quemante de la esperanza, de la cual se vive.

Pero siento que vosotros sois, dentro de las infinitas expresiones de lo divino, la voluntad y la energía, en su más ardiente rojez. Nosotros significamos un dardo menos recto hacia la acción, una flecha, que se detiene en las colinas de la belleza y entre los garfios de la discordia frecuente, pero sin perder el ímpetu que ha de hincarnos algún día en el éxito. En vosotros la acción es tan rápida que llega a parecer paralela del pensamiento, más que hija de él; en los latinoamericanos se retarda por una como deleitación del análisis y por la lucha que el mismo análisis hace.

Tenemos con el inglés diferencia de ritmo en la creación y en la vida; mas la lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento, o sea, de actividad interna.

Esta diversidad de ritmo físico, que se hace visible entre las ciudades de los dos continentes, existe también entre las religiones de mundo sin que suponga inferioridad el latido celoso. La mahometana y la judía son activas, casi trepidantes; el budismo no es inferior a ellas por haber hincado en la meditación hasta la entraña del éxtasis.

Yo tenía hasta hace poco cierto desdén hacia al Oriente lángado y lo que se asemeja al Oriente que es, en nuestros países, el indio. Se iluminó mi conciencia de verdad una tarde, viendo trabajar a un mixteco mexicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y de ojo largo, y oblicuo, con una calma deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora; mas no sugería su trabajo la idea de una cosa torpe o desgraciada, que pudiera superarse. Era aquella la calma del obrero que hace con cariño, casi con ternura. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo, el mismo volver al trazo anterior, estaban en la mano lenta y sabia del decorador indio.

Entonces yo comprendí que, aunque no tuviese ese hombre otra facultad elevada que aquella y desconociera el cristianismo superior o el gozo de la armonía en la música sinfónica, él estaba sentado conmigo en el mismo plano de la mente y de la emoción, y que su faena tenía los mismos quilates diamantinos de excelencia que las mejores. No importaban los otros aspectos, junto a ese acto único, pero suficiente para la equivalencia. Distinta su casa de la mía, su oración de la mía, su criterio cívico. ¡No importa! Él se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí, con certidumbre total, que no he de perder más, que éramos iguales no por la misericordia del mandato cristiano ni por la tan falsa igualdad ciudadana, sino por esencia, es decir, absolutamente.

La amistad de pueblos distintos, buscada por la Unión Panamericana, sería fácil si todos nos penetráramos, hasta el último límite de la conciencia de este concepto de disimilitud sin in-

ferioridad. Será posible la única si las gentes del norte, con ojo que traspase lo exterior ingrato y penetra la hondura noble, ven que corre como un río puro un anhelo enorme, aunque confuso, la justicia baja estas angustias nuestras: bajo la dura hora económica que vive nuestro Chile, el país heroicamente pobre, rico solo de honra; bajo la larga Revolución mexicana, canta en el anhelo; bajo la desinteligencia de Centroamérica.

Por nuestra parte, reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que honra a la humanidad. Mirando vuestras poblaciones, sentimos hasta dónde puede llegar el brazo humano, cuando se pone a hacer. Vuestras instituciones son, por lo magníficas, una visión comparable a la hora del amanecer. Walt Whitman decía que el pecho más ancho de su compañero solo lo demostraba la capacidad del suyo, y nosotros, viendo la asombrosa vida industrial norteamericana, recogemos como una exhalación marina de fuerza que se nos volverá salud.

No únicamente influjo material os debemos: yo cuento entre los formadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares a iluminador de las minas ciegas del alma humana.

A mi paso por este gran país, una muchedumbre de impresiones ha entrado en mi espíritu confusamente. La más noble es esta: el sentido religioso de una buena parte del pueblo norteamericano y sobre todo la fe que mira al aspecto social, que no es solo norma para la vida del individuo, sino que busca serlo por la vida colectiva. Desde la secta cuáquera, hasta la Iglesia católica, pasando por las otras, vuestro cristianismo penetra la vida de las masas y afronta la cuestión social, en vez de quedarse al margen de ella, con prescindencia cobarde.

Yo quiero repetir que es esta la revelación dichosa que he recibido. Porque yo no soy una artista, lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí la religiosidad con un anhelo lacerante

de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria a que habéis aludido el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista ni cosa parecida. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.

Viendo en un grupo selecto de hombres que he tratado el espíritu religioso libre de aristocratismo individualista, y al notar con asombro que la religión en Estados Unidos es una preocupación seria del hombre y de la multitud, y no es desdenada como factor superior por los intelectuales, he pensando que tal vez pueda ser ella el mejor camino para hallar la concordia que buscan los panamericanistas.

Los caminos ya seguidos son los del intercambio económico e intelectual. No disminuye la eficacia de esos medios; creo, sin embargo, que el tercero poseería más elevación.

La fe de nuestra América es la católica y la vuestra la protestante; pero ya hay signos de una aproximación de las iglesias que se haría en bien del cristianismo total, para defender más poderosamente el mundo del materialismo oprobioso de este momento.

Imprimir la norma cristiana en las relaciones del norte con el sur; poner la conciencia por sobre los intereses: esa sería la faena. La actividad meramente política de hoy trascendería a un movimiento espiritual, y la cooperación de los fuertes no sería vista como dominación, sino como la vasta ayuda humana de un estado próspero y ya cuajado hacia otros que se hacen dolorosamente.

Ven algunos la religión en nuestros pueblos como un soliloquio sublime, que puede lograrlo todo en su interior adorante y no como un dinamismo divino y poderoso. Mas el creyente que reza en la soledad es menos maravilloso que la plebe dolorida

que veía como aureola de carne contrita a Cristo en la orilla del lago. Vosotros tenéis la doctrina cristiana hecha civismo.

Yo digo, pues, humildemente, este deseo, en la hora de conversación con vosotros que habéis querido concedermel; el de que, si se ha superado la aproximación económica con la intelectual, se supere a esta con un movimiento cristiano hacia nosotros. Tienen una fecundidad relativa los medios inferiores con que se busca la unión entre los hombres, o sea, los intereses; solo el espíritu derrite los obstáculos para las grandes empresas y las transformaciones verdaderas de la tierra. Solo Él vuela, libre y gozoso como el albatros marino, por encima de las limitaciones terrestres.

Dios haga a Estados Unidos realizar, con norma cristiana, la ayuda del mundo dolorido, enfermo de injusticia y de odio, y que las mujeres y los educadores sean, formada la generación que los alcance, el prodigo, algo así como las manos mismas de Dios.

Un aspecto doloroso de la América Latina en este momento es el divorcio absoluto que se hace entre las masas populares y la religión, mejor dicho entre democracia y cristianismo. Como la pauta de las reformas más agudas la ha dado la dictadura rusa aterrizzante, los discípulos de la estepa consideran parte de sus programas no ya la arreligiosidad, sino la impiedad franca, solidaria, de esta vergüenza rusa; en la Navidad del año pasado recorrió las calles de Petrogrado una procesión grotesca, en la que los fundadores de las religiones, Cristo entre ellos, iban personificados como mamarrachos.

Sabido es que el pueblo ruso era hasta hace poco, uno de los más creyentes de la tierra. Sus jefes, al realizar el cambio de las instituciones, no debieron descuajar en él groseramente el sentido religioso de la vida, sino hacer en él una especie de depuración espiritual, limpiando el culto de superstición, elevando el cristianismo del mujik.

Pero esos jefes, en el aspecto político, han hecho dar a su raza el salto mortal sobre el abismo, cambiando el zarismo brutal por la dictadura bolchevique, brutal también. La raza sin matices que es la eslava dio el salto trágico del misticismo más agudo a la impiedad más cínica. El contagio viene, pues, de la estepa; y como la nuestra también es una raza sin matices —eso que da la cultura exquisita—, el caso se reproduce con semejanza muy próxima.

Es grato leer en el libro de un pedagogo norteamericano de tantos quilates como el rector de la Universidad de Columbia, un elogio de la religión como parte integrante de la educación y como elemento propicio para la solidez de un pueblo. He leído eso con cierto estupor, porque en nuestra América del Sur el liberal es casi siempre un jacobino.

El jacobino podría definirse así: es el hombre de una cultura mediocre o inferior, sin ojo fino para las cosas del espíritu, el “denso”. No ha advertido que la religión es uno de los aspectos de la cultura y que ha contribuido a la purificación del alma popular. Así, él rechaza lo religioso como factor de educación individual y lo rechaza de igual modo como factor social; confunde, el muy burdo, religión con superstición, lo cual es algo parecido a confundir las marionetas con la tragedia griega.

Pero si el pueblo ruso, y con él los nuestros, el mexicano o el chileno, ha abandonado con tanta facilidad la fe de sus mayores, dejándose convencer por sus violentos *leaders*, hay que pensar, con la más infantil de las lógicas, que se les han presentado razones de un enorme poder convincente. No se arranca con esa facilidad una vieja fe, que ha nutrido a tantas generaciones, ni se destiñe ante una masa con esta rapidez una institución de excelencias poderosas.

El deber del cristiano es, en este caso, no lanzar apóstrofes iracundos y desesperados, sino hacer un análisis agudo, como el que se hace después de una derrota, para ver en qué ha consistido la fragilidad de un sentimiento que creíamos eterno.

Yo, que he anclado en el catolicismo después de años de duda, me he puesto a hacer este buceo, con un corazón dolorido, por lo que mi fe pierde, pero a la vez con una mente lúcida, deseando más que condenar, comprender el proceso.

Lo que he visto es esto: nuestro cristianismo, al revés del anglosajón, se divorció de la cuestión social, la ha desdeñado cuando menos, y ha tenido paralizado o muerto el sentido de la justicia, hasta que este sentido nació en otros y le ha arrebatado a sus gentes.

Una fe que nació milagrosamente entre la plebe, que solo con lentitud fue conquistando a los poderosos, estaba destinada a no olvidar nunca ese nacimiento. Pero a la vez de respetar esta tradición popular, tenía el deber de mirar que, fuera de

su origen, la llamada plebe, que yo llamo el pueblo maravilloso, es por su vastedad el único suelo que la mantendría inmensa, haciéndola reinar sobre millares de almas. Las otras clases, por selectas que sean, le dan un pobre sustento, y toda religión ha aspirado siempre al número, lo mismo que toda política. Pues bien, ni por tradición ni por cálculo sagaz, nuestro cristianismo ha sabido ser leal con los humildes.

Yo sé muy bien que no es la ayuda social la forma más alta de una religión, sé que Santa Teresa, la mística, es una expresión religiosa más alta que una sociedad de beneficencia católica y que San Agustín es mayor que San Vicente de Paul, porque la santa y el enorme teólogo recibieron lo más alto: el mensaje divino dentro de la carne. Pero a las cumbres de la religión, como a los Himalayas de la geografía, no asciende sino un puñado de hombres.

La fe de Cristo fue entre la plebe romana, y sigue siéndolo para el pueblo hoy, una doctrina de igualdad entre los humanos, es decir, una norma de vida colectiva, una política (ennoblezcamos alguna vez la palabra manchada). Tal aspecto de la religión, el que más importaba a las masas, no se hizo verdad entre nuestros países. La acción social católica en la Argentina es ya intensa; en Chile hace cosa estimable, pero no lo suficiente todavía, y en otros países, que prefiero callar, no existe.

El pueblo trabajador se ha visto abandonado a su suerte, en una servidumbre sencillamente medieval y ha acabado por hacer este divorcio entre religión y justicia humana. Han ido hacia él los agitadores a declararle que el cristianismo es una especie de “canto de sirenas”, con el cual se quiere adormecer sus ímpetus para las reivindicaciones; los *leaders* le han asegurado que la búsqueda del reino de los cielos es incompatible con la creación de un reino de la tierra, es decir, del bienestar económico.

El pueblo no es heroico, no es la carne de sacrificio que han sido solo los hombres sublimes, y no debía esperarse de él que ante la elección optara por el otro.

Los malos pastores le han dicho que no hay entre las dos cosas alianza posible, y el pueblo se ha ido con los que prometen pan y techo para los hijos.

No podemos perder tantas almas, pues por mucho que salieran las nuestras, Dios no nos perdonaría el abandono de las multitudes que son casi el mundo. El catolicismo tiene que hacer la reconquista de lo que, por desidia o egoísmo, ha enajenado, y esto será posible si los católicos demostramos que en verdad somos capaces de renunciación, o sea, capaces de la esencia misma de nuestra doctrina.

No bastan las pequeñas concesiones hechas hasta ahora. Lo que la Bélgica católica realiza en favor de sus obreros y campesinos significa un programa enorme, y los que lo conocemos sentimos vergüenza; lo que hacen los católicos alemanes en este momento es también una cosa heroica y que en nuestros países, parecería de radicalismo alarmante. Hay que prepararse a una acción semejante, resignándose a la pérdida de muchos privilegios que nosotros llamamos ladiñamente derechos.

El hambre de justicia despertada en el pueblo no se aplaca con una mesa estrecha de concesiones; el pueblo además sabe que conseguirá reformas esenciales con la prescindencia nuestra, y su actitud no es ya la de la imploración temblorosa. Tenemos que habituarnos al nuevo acento de las masas populares; hiere los viejos oídos, un poco femeninos de puro delicados, mas tienen que oír esos oídos.

Todo el bien que hoy puede hacerse al catolicismo y al cristianismo en general, es un sacrificio de intereses materiales. Se da eso o se declara lealmente que la doctrina de Cristo la aceptamos solo como una lectura bella, en el Evangelio, o

como una filosofía trascendente que eleva la dignidad humana, pero que no es para nosotros una religión, es decir, una conducta para la vida.

Si somos diletantes de la escritura, recitadores estéticos de una parábola, por su sabor griego de belleza pura, es bueno confesar nuestro epicureísmo; nos quedaremos entre los comentadores literarios o filosóficos de la religión.

Si somos lo otro, los cristianos totales del Evangelio total, iremos hacia el pueblo, ordenaremos un poco sus confusos anhelos sobre reformas de nuestro sistema económico y, mezclados con ellos, hemos de discutir primero y conceder enseguida.

A los egoístas más empedernidos será bueno decirles que, con nosotros o sin nosotros, el pueblo hará sus reformas, y que ha de salir en el último caso lo que estamos viendo: la democracia jacobina, horrible como una euménide y brutal como una horda tártera. Elijamos camino.

*Nueva York, junio de 1924*

Viaja en mi barco un sacerdote católico, el R. E. H. V. Conversamos. Yo me traje de Estados Unidos el interés más vivo por el movimiento religioso, que ya en otra ocasión he alabado. Aprovecho su benevolencia en pedirle tantas informaciones, que debo fatigarlo como el alumno preguntón de las clases; él, que es un norteamericano de sangre francesa, tiene una simpatía viva por lo latino, y le devuelvo a cada momento el interrogatorio, con otro, por saber más de la América española.

En Estados Unidos esta tiene ya un apoyo, y lo tendrá cada vez más (así lo esperamos muchos): el de los católicos de aquella nación.

Hay cosas semejantes, vistas por ambos, y de las cuales podemos hablar con conocimiento traspasado de interés: la separación de la Iglesia y del Estado, que él ha visto en Francia, patria de sus padres, y en Estados Unidos, patria suya; y que yo he visto en México. Nuestra larga conversación la transcribo casi entera, por lo valioso del asunto.

—¿Qué piensa usted, señor —le digo—, de la separación de la Iglesia y del Estado?

—Pienso bien —me dice.

Y como yo me sorprendo un poco, explica él largamente su experiencia.

—La unión de las dos instituciones, cuando el Estado toma un franco rumbo liberal, como ocurrió en Francia, pasa a ser una responsabilidad grave para la Iglesia. Por su solidaridad con el gobierno, los jefes eclesiásticos tienen que tolerar, con una débil protesta o sin ella, muchos actos de aquel, con los cuales la Iglesia está en pugna. Por su parte, el Estado exagera su patronato y pretende maniatar a los eclesiásticos en su

acción social, llamándola intromisión en la política interna. Era el caso de Francia antes de la separación.

—¿Cree usted, señor —añado—, que el clero tiene derecho a tomar parte en la política?

—La política —responde— es acción social; solo cuando se vuelve muy corrompida, o muy torpe, carece de actividades de esa índole y no trabaja en la formación espiritual de los pueblos. Con este sentido, apartar de esa política a un clero vasto es sencillamente restar al trabajo social fuerzas valiosas de cultura y espíritu. Y no es poca la falta que en este momento del mundo hacen los poderes morales para que enajenemos elementos de selección, como son los de un clero que es culto. Se quejan los mismos radicales, tanto en Francia como en Italia, del dominio, dentro de su propio campo, de cabecillas, ignorantes o impuros, y procuran, aunque sin éxito, que pase a los mejores la influencia que poseen los peores. La eliminación del clero en la política constituye, repito, la eliminación de mentes vigorosas y de caracteres elevados. La Iglesia ha hecho lo mismo que la universidad, o que cualquiera institución ilustre, una selección aguda de individuos y este trabajo debería ser aprovechado por un país, si las democracias latinas miraran, como la inglesa, un poco más hacia la selección. Siendo casi todas racionalistas, este sentido debería existir dentro de ellas, equilibrando el de igualdad.

—¿Qué frutos, buenos o malos, ha traído la separación en Estados Unidos?

—Buenos, la Iglesia empezó a trabajar en el gran país protestante sin las ventajas que se atribuyen a la unión con el poder civil, y ha quintuplicado sus fuerzas. Los progresos del catolicismo en Estados Unidos no son ya discutibles ni discutidos. Ella rivaliza con las sectas protestantes más antiguas y la superación suya se palpa. Se le ha dado simplemente la libertad de acción que a cualquiera otra sociedad; y sin más prerrogativas, su labor ha alcanzado éxitos sencillamente

prodigiosos. Lo único que los católicos deben pedir es eso: una libertad verdadera; el resto lo hace el esfuerzo de un clero apostólico, la pureza de sus costumbres, que gana a las poblaciones en favor del párroco y, por sobre esto, la esencia misma de nuestra fe, que lleva el triunfo en su aliento divino y en su trabajo humano de dieciocho siglos. ¿Considera usted —me pregunta él ahora— que la separación ha dañado a la Iglesia en México?

—Creo que la Iglesia mexicana no tiene la prosperidad de la norteamericana. Los católicos empiezan hoy a organizarse. Tienen, sin duda alguna, el 90 por ciento de la población afiliada a su fe; pero son una fuerza inerte y que hasta parece ignorarse a sí misma. En la cuestión social, solo comienza a tomar interés, y ese ha sido su error enorme, del que nunca se arrepentirán bastante. La inmensa masa india es tan pobre como el siervo de la gleba del Medioevo, pero en el Medioevo el hombre tenía fe para aligerarse la pesadumbre y la tristeza. No es el caso de México. A este descuido inconcebible del indio se deben muchos males actuales y futuros. La Iglesia se ha mostrado allí inferior a sus misioneros iniciales, cuya espléndida labor se ha borrado como las nieblas; mejor sería decir, como el rocío. Este torpe abandono daña al catolicismo mexicano con un daño profundo dentro del cual germinan las revoluciones. En Chile, yo encontraba débil aún el trabajo social católico; desde México me pareció vigoroso. Allá, repito, se inicia y en condiciones por cierto desfavorables, por el dilatado receso de egoísmo que los radicales le enrostraron con un vigor también extremo. En los misioneros españoles empieza y acaba la asistencia material del indígena. Entre ellos y nuestro tiempo, pasando a través de cuatro siglos, hay un verdadero eclipse de las conciencias respecto del mejoramiento del indio. Sus mayores benefactores han sido —el contraste sorprende— los reyes españoles, que establecieron la propiedad indígena, aunque fuese común, y los hombres de hoy, que la restauran después del largo despojo, y procuran hacerla individual. En la responsabilidad enorme de esta culpa, dos tercios corresponden naturalmente al Estado, a

las repúblicas declamadoras de igualdades, que han sido las nuestras; pero un tercio, por lo menos, es del cristianismo sin sentido social, que ha sido el nuestro. La separación en México creó tal vez el divorcio absoluto y lamentable que existe hasta hoy, y que cada vez es más agudo, entre conservadores y radicales. Solo se ve este camino para que el abismo, no digamos se cubra, pero siquiera disminuya; que nazca una conciencia social poderosa en los católicos y a la vez, que a los ojos de los radicales se vuelva respetable una iglesia organizada, fuerte, y con acción cívica activa. Es el caso de Chile y especialmente el de la Argentina. ¿Piensa usted, señor, que la separación en Francia ha restado fuerzas a la Iglesia?

—Ni remotamente. Ustedes los chilenos tienen próximo el caso semejante del Uruguay: allí, como en Francia, el catolicismo ha tenido una gran llamarada de fervor. Los verdaderos creyentes no pueden permitir que se debilite su santa institución por el hecho humanísimo, y por humano inferior, de que el poder civil le retire su alianza. La renovación de las relaciones entre Francia y el Vaticano no es solo como se dice, el reconocimiento hacia la heroicidad de los católicos franceses durante la guerra. La verdad es que en los años de la ruptura, el gobierno laico ha palpado la extensión y la profundidad del catolicismo francés. A la antigua alianza no se podía volver y ha aceptado la aproximación cordial. Esto, por mezquino que sea, constituye una nueva política, condenadora de la antigua y fea violencia del Estado laico.

Ahora él vuelve a interrogarme.

—¿Qué piensan los católicos de Chile sobre la separación?

—La gran mayoría no la acepta, y en esta actitud no pesan mucho que digamos, intereses materiales. Las rentas del clero son solo decorosas; el rechazo de la reforma tiene por principales causas estas: primero, se considera que la idea de Dios, unida a la del Estado, eleva al ciudadano y da elevación también a las funciones de este, pues el espíritu dignifica toda

cosa; segundo, la pérdida más dolorosa para la Iglesia sería la de la enseñanza de la religión en las escuelas.

—Me parece —dice él— que ustedes sustituirán la segunda pérdida, muy grande, de manera semejante a la nuestra. En Estados Unidos, los católicos saben que es su deber más elemental de lealtad hacia la fe que profesan, la instrucción religiosa de los hijos. A los padres descuidados o reacios, que son muy pocos, la Iglesia los urge en los casos extremos hasta suspenderdiéndoles los sacramentos si no cumplen con este deber vital para el catolicismo. Hay innumerables escuelas dominicales y sabatinas donde los alumnos de los establecimientos reciben la doctrina. ¿Piensa usted que los católicos hispanoamericanos serán menos celosos?

Le contesto con toda sinceridad:

—Si mis observaciones no me engañaron, la instrucción religiosa de la juventud en México es inferior a lo que usted me alaba en los Estados Unidos. Hasta en mis clases de lenguaje pude observar que las niñas no tenían conocimiento verdadero de la historia sagrada.

—La culpa de eso hay que atribuirla —explica él— al concepto que he advertido en los católicos latinos: estiman que la religión no es una rama de conocimiento humano, sino un resplandeciente motivo sentimental. Es grave error: la juventud creyente, formada así, es incapaz de defender su fe en el terreno filosófico y serio. Yo no desdeño la emoción dentro de lo religioso, pero me parece que sería inferior una religión sin la base racional de la nuestra. Iría a la derrota segura, en nuestra época de análisis y de discusión de todos los valores. Por esto, yo aunque admiro a los grandes emotivos que ha tenido el catolicismo, me quedo con los que defendieron nuestra religión gracias a una mente poderosa: con Santo Tomás y San Agustín.

“Pero la Iglesia en Estados Unidos no se ha limitado, por cierto, a las escuelas dominicales para la formación moral de la juventud; ella aspira, como ha aspirado en todo tiempo, a sustentarla en todos los aspectos del conocimiento. Usted supo durante su estada entre nosotros, que tenemos universidad, liceos, escuelas industriales, primarias, etcétera, de una prosperidad enorme. Para llegar a esto nos ha bastado en el origen, con el aporte individual. En Hispanoamérica, y en general en los pueblos latinos, hay el vicio del patronato oficial. Se necesita de él para todo, para construir un ferrocarril como para crear una escuela particular.

“Con la libertad anotada y con una selección agudísima del profesorado, nuestros colegios se han hecho respetables, y llega a ser una recomendación tácita la que lleva el examinando nuestro en el solo nombre de su escuela. El oficialismo escolar no favorece mucho que digamos la selección; en Francia, según he visto, hasta crea una lamentable mediocridad en el profesorado. Los profesores brillantes son aplanados con los rutinarios, por una especie de democracia intelectual o igualitarismo aplicado a la mente, que es muy torpe. No vacilo en afirmar que en la conquista de Estados Unidos por el catolicismo debemos la mayor parte a nuestros grandes educadores.

Le pido ahora que me hable de la labor social que desarrolla la Iglesia en Estados Unidos, para completar los datos recogidos durante mi estada, brevíssima.

—En primer lugar está —responde— el esfuerzo por dar limpia recreación al pueblo. Casi todas las parroquias cuentan con una sala de conferencias; sirve a la vez de sala de discusiones libres y para exhibiciones bisemanales de cine. Las conferencias no solo son dadas por sacerdotes, sino por intelectuales católicos de significación. Yo doy mucha importancia a la discusión libre. En un país donde existen sectas en número casi fabuloso, la actividad principal de la mente católica debe ser esta: combatir por la razón entre los racionalistas, como en la Edad Media se combatió con la buena mística entre las

místicas degeneradas. Hay en estas salas de discusiones un ambiente de benevolencia profunda. Los jóvenes que dudan muestran desnudamente sus puntos en sombra y los instruidos orientan. Por el establecimiento de estas discusiones, la Iglesia norteamericana contesta gallardamente a los que atribuyen al catolicismo cierto pavor del examen.

“El espectáculo cinematográfico lo proporcionan las parroquias para combatir por el biógrafo educador, el biógrafo estragador. Tendrá que ser este siempre el espectáculo popular por excelencia, por económico y porque es el triunfo de la imagen que ha sido siempre la fiesta del niño. (El pueblo, cuando no está corrompido, tiene la inocencia de la infancia). Existe más todavía en la dotación que se ha hecho a las parroquias para las recreaciones populares: la biblioteca y el campo de deportes. Cuando tiene la ciudad un gran colegio católico, tomo el estadio. De este modo, proporcionamos a los jóvenes una educación moderna en todos los aspectos: él no necesita recurrir a instituciones extrañas, como algunas deportivas, en las cuales la educación física, de medio ha pasado a volverse fin: brutalidad y rebajamiento del ser humano. La vida en un joven, gastado por entero y en deportes, es una cosa grotesca y plebeya”, concluye.

Hay muchas cosas que hacer en esta América española, con cada uno de sus problemas atrasados en cincuenta años, y para hacerlas es cierto que el país capaz económicamente es Estados Unidos; y es cierto también que suele iniciar un ademán cordial de ayudas. Es verdad que, su calidad de pueblo nuevo, lo asimila más a nosotros que Francia y la misma Inglaterra, que es reciente su experiencia de construcción nacional.

Pero, si Estados Unidos quisiera...

Si quisiera cooperar en la creación de nuestras industrias, sin los privilegios que suele pedir, y que lo hacen odioso al capital del sur.

Si pagara la mano de obra india y mestiza como paga la mano blanca.

Si nos ayudara a dar dignidad a las masas trabajadoras, por medio de la justicia económica y de la moralización de los talleres y minas (extirpación del alcohol y de la prostitución).

Si entre tantos empréstitos que concede a gobiernos de dudosa honradez, dispensara algunos destinados exclusivamente a construir nuestras escuelas rurales y nuestras casas para obreros: si no diera millones de dólares con gesto de ciego, para que se hagan más en grande los “repartos” entre los políticos impuros.

Si por cada cien industriales y banqueros que nos manda, nos enviara diez educadores escogidos a vivir entre nosotros cin-

<sup>5</sup> Publicado en la revista *La Nueva Democracia*, Nueva York, noviembre de 1927. (N. de los Eds.).

co años, a revelar sus instituciones y a hacer tipos de ellas en cada país.

Si seleccionara mejor sus periodistas, a fin de que no se envenenen las relaciones de Estados Unidos con nuestra América por folletines en que se nos ofende y se nos adultera.

Si renunciara a estas fajas de tierra, tan mezquinas en kilómetros cuadrados, que ha ocupado en Centroamérica y en las Antillas, perdiendo por ellas la simpatía del enorme continente sureño y manteniendo su recelo despierto y hasta su mirada de odio.

Si sus hombres de estudio ya sean profesores, periodistas, sacerdotes, se pusieran a comprender a esta raza, diferente sin inferioridad, reverso distinto, pero no maldito, de su medalla espiritual, a fin de penetrar en el sentido de nuestros actos, que suele juzgar mal; ¡si penetrara lentamente los huesos de esta raza del sur, hasta la médula!

País cristiano, Estados Unidos tiene el deber de la cooperación sin el dominio; país próspero, se le ha asignado el deber de los grandes, que es el de dominar sus apetitos; el país que ha hablado de reemplazar a Inglaterra o a Francia en dar una norma al mundo (la política y la moral), todo puede hacerlo, pero es preciso, por el mismo, que venza sin mancharse, porque los triunfos de la codicia materiales son inferiores.

Esperamos todavía de los Estados Unidos, esperaremos unos años más, las gentes del sur, desde los hombres eminentes hasta los maestros de escuela, a que nos comprenda, y que nos dé derecho a mantener la honra que como ellos debemos mostrar ante Europa.

## INFORMACIÓN DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS<sup>6</sup>

Considerando las influencias morales que el pueblo americano conoce y acepta, la primera que salta a los ojos es el periódico. El norteamericano se deja sufrir, informar y aconsejar por su cotidiano. Existe el adoctrinamiento de las grandes instituciones: universidades, colegios, iglesias, clubes; pero esta del periodismo queda como la más fuerte.

Cualquier raza, cualquier pueblo que se interese en hacerse oír dentro de los Estados Unidos; en rectificar prejuicios de a libra y en dictar conceptos nuevos en este pueblo, cuenta con un asiento de invitado en la asamblea de la publicidad cotidiana o no conseguirá nada. A Europa y a la América del Sur no les velen el que vivan ocupándose de Estados Unidos en periódicos, revistas y libros; todo el trabajo de observación y de juicio que realicen, sea amistoso, sea inamistoso, no pueden llegar al pueblo norteamericano sino por las vías romanas de la prensa poderosa.

El periodismo yanqui posee una información noticiosa formidable de carácter cablegráfico; ofrece un grupo de hechos diarios del sur que es abundante y que le cuesta mucho. A pesar de eso, no puede llamarse a esta prensa “bien informada” respecto de nosotros y menos aún “conocedora” de nosotros. La mera inserción de noticias entrega los hechos crudos: la “información” coloca en torno de los hechos algunas interpretaciones; el “conocimiento” de la materia ya es cosa de más bulto y operación de madurez del asunto.

El cable de esta prensa neoyorquina me parece muy generoso en el sentido de perímetro; pero nunca una sección cablegráfica podrá explicar y madurar los hechos cotidianos: el artícu-

<sup>6</sup> Conferencia dada en Washington, en noviembre de 1930. (N. de los Eds.).

lo y el estudio breve son los únicos que pueden suavizar y dilatar, respectivamente, la brutalidad y la limitación de los hechos del día.

¿Quiénes podrían y deberían hacer este cuidado y grave trabajo en la prensa norteamericana? Naturalmente, en primer lugar, los periodistas norteamericanos que con algún viaje o muchos libros hayan conseguido crearse un contacto vital y sostenido con la América del Sur. Su grupo es tan pequeño que no basta al intento grande. Por otro lado, ninguna ha dejado nunca de tomar parte en la explicación de su propia vida; ninguna ha permitido que su debate sea hecho entero por los extraños y cada uno ha aportado siempre a esta discusión noticias vigorosas o finas, datos fundamentales o de detalle, que resultaron necesarios y preciosos.

Es nuestro caso en esta ocasión.

Se escribe sobre nosotros con frecuencia en el periodismo norteamericano, y suele discurrirse hábilmente acerca de uno u otro aspecto de nuestra vida; pero los conjuntos se dan mal y el ojo norteamericano no resulta panorámico cuando se vuelve al sur. Otras veces el conocimiento que se ofrece es uno basto, de corteza y no de carne, de piel y no de tuétano.

Si la voluntad de conocernos es verdadera; si se quiere superar la información sobre los negocios en la América del Sur con la información sobre la América del Sur, si es verdad que se ha iniciado aquí una empresa mixta de averiguación física y espiritual de nuestro bloque y si de veras se procura que la palabra "América" suene a totalidades y nombre lealmente, como lo hace la geografía, a un continente completo, uno de los primeros pasos para semejante faena será la apertura de la prensa cotidiana a la exposición nuestra.

Tenemos más que decir de nosotros de lo que se cree. El presente es bastante dinámico y muy rico, pero el pasado que el norteamericano sabe a medias, no fue menos rico por haber

sido un poco estático. Del indio comenzamos apenas a hablar los indoespañoles y del indio deberemos ocuparnos muchas veces porque siendo nosotros operación de mezcla, mestizaje en bloque, el alegato de la sangre que se nos reputa como nociva resulta indispensable.

Parece que el norteamericano quiere convencerse de dos cosas para estimarnos y para dar a nuestra raza como válida en una paridad: de que el indio sirvió y de que el mestizo retenido de indio sirve como célula de una cultura; de que los progresos modernos del sur se aproximan a los de Norteamérica y permiten desde luego las relaciones de igual a igual que nosotros le pedimos.

Mucha gente del sur puede contestar a estas preguntas tácitas, pero casi se tocan con el aire, cuando se habla con un norteamericano. Como el contestarlas a los especialistas en una revista o en un boletín será ineficaz porque precisamente el especialista nos conoce y nos estima, es él, el cotidiano, quien debe aceptar esas respuestas en artículos insistentes y regulares. Nosotros queremos llegar con nuestra contestación a la masa norteamericana, el país de democracia en que la masa cuenta, aun cuando no domine ni decida.

Cada país del sur posee entre sus escritores un grupo de hombres con preocupaciones sociales y donosa pluma, que puede contar la realidad nuestra, migá a migá, en las publicaciones norteamericanas: nuestra educación, que del ensayo vacilante pasa a las fuertes realizaciones; nuestras ciudades obreras, que crecen y se asean junto con la conciencia colectiva; nuestra beneficencia, que decuplica las viejas cifras menesterosas; nuestra colonización, que humaniza el despoulado desde los infiernos tropicales hasta los remates de la Patagonia; nuestro movimiento religioso de todos los credos que ya no luchan, sino que se acomodan en las libertades nacidas ayer y que parecen de mil años por lo definitivas, lo holgadas y lo maduras.

La América no es solo un hecho geográfico de tierra bella y uno económico de riqueza íntegra; es una manera de cultura diferenciada de las mismas culturas que la han adoctrinado, a causa de la sensibilidad nueva que deriva de un mestizaje. El dato, para algunos sin importancia, de la sensibilidad distinta, es en este negocio cosa muy capital.

Entre los Estados Unidos y la América del Sur hay menos divergencia de ideología que de sensibilidad. Democracias ambas, fecundas ambas por la Revolución francesa, el norte y el sur han entendido, han organizado y han servido la idea de democracia con espíritu y con normas absolutamente diversas.

Los intérpretes más legítimos de la sensibilidad de una raza son sus escritores y, en el caso de la información de que se trata, sus escritores sociales. José Vasconcelos, en un banquete que le fue ofrecido no ha mucho en Nueva York, tuvo ocasión de decir su extrañeza de que mientras la prensa mexicana acoge liberalmente, y semana a semana, los artículos de los grandes periodistas norteamericanos, la neoyorquina muestra tardíamente o nunca un trabajo escrito por gente del sur.

Invitada cortésmente a dar consejo en este comité por la aproximación de las Américas e invitada también por la prensa asociada a escribir un artículo respecto de nuestros pueblos, con mucho menos derecho yo, para ambas cosas que mis colegas del sur, señalo estas ideas acerca de la divulgación de la América española por los escritores suyos en el periodismo de Estados Unidos.

LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA EN EL  
BICENTENARIO DE SU FUNDACIÓN<sup>7</sup>

Agradezco profundamente, y como una gracia, vuestra presencia generosa. Yo sé que casi todos los presentes son personas más o menos agobiadas por su labor cotidiana y pido excusas por no hablar en la lengua nacional por no tener sino tres lenguas latinas: el francés, el italiano y el portugués. Creo que los idiomas aprendidos en la vejez tienen el mal dejo de las improvisaciones de última hora o sufren de limitación o de pobreza paupérrima. Además, creo que yo debo a mi lengua, su servicio y su fidelidad. Cuento esto a ustedes para ser excusada.

Fue una vez hogar mío, esta noble Universidad de Columbia y nunca he olvidado los meses de cátedra que ella me cedió con generosa liberalidad. Yo tuve el gozo de ver delante de mí a un alumnado que, aunque fuera extranjero, se me volvió familiar y querido.

Mucho ha seguido creciendo como un buen árbol, desde aquel año hasta hoy, el prestigio moral e intelectual de esta casa de estudios, y tal vez sea una de las razones de que la guerra siga haciendo sobre nuestro planeta, una especie de visita tan odiada como temida y aceptada.

Quien enseñó y vivió en ella, nunca probó lo que suele llamarse, jugando con el vocablo, la extranjería y nunca conoció aquí algo muy odioso que viven todavía muchos países: la xenofobia, causa madre de las guerras.

La fiesta que nos reúne hoy, además de celebrar el bicentenario de esta ilustre universidad, está dedicada a exaltar una de las conquistas humanas mayores, tal vez la mayor de todas las

<sup>7</sup> Discurso dado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en octubre de 1954. (N. de los Eds.).

ganadas por la humanidad: me refiero a la libertad, y no solo a la de pensar, sino a la de escribir y enseñar.

La Universidad de Columbia ha vivido, desde su nacimiento hasta hoy, el derecho y la honra que llamamos “la libertad en la enseñanza”. Y la ha otorgado a cuantos han pasado sus puertas y entre ellos a algunos educadores perseguidos por sus propias patrias. Tal es la razón de que su feliz aniversario sea celebrado por propios y extraños, y tanto por europeos como por sudamericanos.

En el gran tema de la libertad, la rama de la cultura resulta ser no solo importante, sino vital. La pérdida de ella representa una especie de parálisis no solo en el Estado, sino en la vida de cada ciudadano.

Yo creo que muchos de mis ilustres invitadores se han dado cuenta de que el asunto de la libertad, aunque aparentemente gobierna en muchos países donde ella aparece ya criatura ganada, retenida y eterna, es todavía un ente débil sobre el cual hay que vigilar día por día. Entonces sabemos que es prudente doblar el celo y observar cuáles ramas de saber, instituciones o escuelas, duran sin crecer y realmente perviven sin vivir.

A estos vigías pertenecen las nobles personas que me han transmitido la ansiedad que ellos viven aún por la causa de la libertad en lo que se refiere a la cultura.

Siempre la Universidad de Columbia tuvo la misión expresa o tácita de ayudar al ancho mundo pedagógico en la solución de los problemas superiores que tiene una importancia no solo nacional, sino universal.

Seguramente el tema que voy a tratar ha preocupado a varios o muchos profesores que trabajan con pasión y provecho sobre estas dos entidades que han ganado un interés vivísimo dentro del gremio de profesores: la imagen y la palabra.

Desde mis años de maestra hasta hoy, siempre tuve la imagen como entidad superiorísima sobre la palabra, pero nunca tuve la suerte de obtener para mi escuela primaria, ni para mis liceos, una provisión grande y cualitativa de grabados ni de meras fotografías con las cuales convencer a algunas maestras y profesoras que eran testarudas no por mala voluntad, sino por la preferencia exagerada de la palabra. Desdenaban la imagen, atribuyéndole solo una cualidad de mero entretenimiento. Fue para mí muy penoso no poder comprobar y convencer a mis colegas de que en lo que se refiere a niños y a muchachos, la imagen se lleva por delante a la mejor lección oral.

Solo cuando aparecería el cine hablado, la convicción respecto del tema tan discutido, ganaría la batalla, pero a pesar del triunfo del cinema hablado, su aplicación a la enseñanza se tardaría mucho.

Creo que el cine es el acontecimiento de mayor bulto que ha venido a llamar a las puertas de las escuelas, colegios y universidades, pero sé también que la alarma del magisterio sigue creciendo por causa de que el cine, y ahora la recién nacida televisión, no han vivido aún en anchura de tiempo, de lugares, de crítica y sobre todo faltan del material pedagógico indispensable que no es todavía ni suficiente ni cualitativo.

La vida de los escolares suele correr en la monotonía sin apelativos de una sala de clases en la cual resuena la voz de diez o más profesores ilustres a veces y hasta amados por sus discípulos; pero, ¿existe alguien que pueda gozar de una descripción larga y sin que su alegría de aprender se relaje y su pensamiento se escape huyendo al tedio?

Mucho pueden dar el buen cine y la televisión a los estudiantes normales, pero hay algo más: existe un alumnado al cual yo me conozco bien y es el del estudiante libre, es decir, al autodidácta. Este es precisamente el más heroico y el más digno de ayudar.

El llamado cine educativo y ahora los programas de televisión no cumplen todavía en pleno, o sea, a toda anchura, la misión que traen. El estudiante libre, más el que cortó sus estudios por pobreza, más el otro que en lo que se refiere a la ciencia se ha quedado ignorando las novedades de los últimos años, piden algo más de estos grandes propagadores de cultura.

Es increíble la ignorancia en que viven los pueblos rurales respecto de nuestra época. Aunque llegue a ellos el cine, lo que de él alzan las aldeas, es un material calamitoso o tonto de amoríos o de crímenes, cuando no unas necias historias seudocómicas que solo hacen reír a los niños de las galerías.

Ninguna época tuvo como la nuestra ocasión tan precisa y ancha para educar a las masas, haciendo llegar la cultura hasta el último reducto de una cordillera y hasta las cárceles, donde no se da a centenares de presos la ocasión de aprender un oficio, ni de leer un libro sano, ni de ver una película que les muestre las maravillas que logra el trabajo de los hombres normales y las otras mayores que alcanzan los sabios de nuestra época.

Los pueblos sudamericanos van cobrando un interés grande por Norteamérica, por el Asia y hasta por la Oceanía. ¿Por qué los técnicos cinematográficos tienen de nosotros el concepto calamitoso de que la América del Sur se interesa como una especie de niño estúpido en los meros filmes policiales y en esa especie de literatura gráfica de última clase? Quiero deciros, sin ganas de halagaros, sino de informaros solamente, que en nuestra juventud de hoy hay un interés vivo que no tuvo la juventud de mi tiempo, hacia la vida norteamericana en todos sus aspectos. En cada universidad, en cada liceo, en cada periódico grande o pequeño, la noticia norteamericana hace presencia casi cotidiana.

80 No hay amor ni mera simpatía sin conocimiento, y este ha comenzado y crece día por día. Algo falta que solo pueden añadir ustedes mismos: un conocimiento mayor de nuestra vida criolla.

Los viajes demasiado caros y demasiado rápidos que hacéis a la América del Sur, no pueden dejaros algo que se parezca a una impresión y menos a un conocimiento y a una vinculación. Vosotros sois demasiado rápidos para buscarnos y nosotros demasiado lentos para solicitaros.

Lo que ambos necesitamos es una convivencia, aunque ella sea breve. Nuestro pueblo dice: "Hay que mirarse a la cara para llegar al querer". Y el pueblo llama querer a la simpatía y al amor. Nunca hubo amor sin rostro, y si nos cuentan algún amor, así sea una mera fantasía o fábula lo que nos cuentan...

Desde siempre consideré la imagen como una especie de super palabra, que evita todo error y que convence mucho más que la mera palabra escrita o hablada.

Nuestra generación, y no digamos las siguientes, estamos ahora viviendo bajo su poder, su triunfo y su belleza. Más aún, ella ha vencido en el cine y ahora con la televisión ha llegado a nuestras casas.

Grandes beneficios esperamos de estos inventos magníficos de la ciencia moderna, especialmente para ciertas ramas educativas.

Todos los grados de la enseñanza, repito, desde la infeliz escuela primaria hasta las universidades de los países pobres, pueden alcanzar la eficacia y la realización de sus finalidades con tal de que llegue un día a ellas una ancha dotación de estos auxiliares magistrales: radio, cine y televisión.

En todos los semblantes acudidos a esta universidad, puede verse la alegría de hallarnos en esta ilustre casa de la cultura americana. Algunos de los acudidos debemos a la Universidad de Columbia mucho más que esto: le debemos la honra de un sitio en cierta sala de clases, muchos años atrás. Han pasado 24 años, pero yo guardo vivos en mí el recuerdo y la gratitud hacia ella.

LA AVENTURA DE LA LENGUA<sup>8</sup>

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro estado pone en la enseñanza del español.

Vengo de hacer una ruta zigzagueada de lenguas diversas y he visto la suerte del castellano a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre Brasil, Suecia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé nuestra lengua servido con vehemencia, fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios, probé una verdadera euforia al constatar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajenas y la de los cuerpos ajenos: la vieja conquista bruta ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y canción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de derecho y de bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas que es la expansión de cualquier idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de un habla sobre territorios incógnitos, no significa invasión, sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias, hasta me las pone a danzar...

Comprender fue siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales en la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

<sup>8</sup> Charla dada en la Universidad de California, en septiembre de 1946. (N. de los Eds.).

La orden del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente romper los sellos que guardan las arcas cerradas de ciertos pueblos y ver sus adentros, y aprender en esa gruta oscura cuánto hay allí que dé una clave para tratar los jeroglíficos llamados China o Indostán, o América del Sur.

Eso que llaman búsqueda del conocimiento, y que es por excelencia la tarea del hombre, requiere instrumentos sutiles. El primero de ellos es el aprendizaje de idiomas. Ustedes adoptaron este oficio fino mucho antes de que la Segunda Guerra Mundial sacudiera a los adormilados e hiciera ver a los ciegos. Y ustedes van a ser en cinco años más quienes den testimonio recto y claro a los dirigentes de Estados Unidos sobre los países mal deletreados, mal averiguados que son los nuestros. Es categoría subida esta de traducir el espíritu de las razas. Pero es también trabajo muy bello, porque se trata de ver y tocar raíces, y sacarlas a la luz.

El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, es busca no de mesa ni de lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable.

Los sudamericanos no somos gentes de puertas atrancadas. Excepción hecha del indio puro, que es huidizo, en cuanto a criatura herida y traicionada, los demás, el mestizo y el blanco del sur, somos de una índole fácil y fluvial. Nos gusta el extraño, por una curiosidad colombina de costas nuevas; viajamos bastante, somos projimistas, es decir, cristianos que aman convivir. Somos dados al trueque o comercio de las almas, en el sentido que dio a esta palabra aduanera el francés Valéry.

Cuando ustedes, con nuestro idioma a flor de pecho, vayan a nuestros pueblos, allá les pagaremos las marchas forzadas de los cursos de español con la moneda de la cordialidad rápida y de la lealtad. Juntos hablaremos de nuestros problemas,

juntos corregiremos los feos errores del pasado, como quien enmienda planas de cuaderno escolar.

En cuanto al volumen del idioma español, no es nada angosto ni leve; el alumno siente, como el bañista del río, que se ha metido en un torrente. La riqueza del castellano es realmente la de una catarata. Mucho creció la corriente por el vaciadero de las generaciones, y allí está ahora despeñado sobre un muchacho californiano que lo recibe, cegado del resplandor y aturdido de la música vertical.

Las demás aventuras se quedan chiquitas al lado de esta; son nonadas. Aquí es el trance de volverse niño y aventar el amor propio, aceptando el balbucear, el caer de bruces a cada rato y el oír las risotadas del corro, y el reído ha de reír con la clase entera y no enojarse como los vanidosos. (En esto ayuda el buen humor americano, linda virtud).

A ustedes, californianos, no se les ocurre que van a perder la batalla. Como el niño vais aprendiendo sin saber cuánto, y pudiendo, y alcanzando. Pocas cosas se parecen más a una infancia que el aprendizaje de lenguas y nada hay tan lindo como el trance de parar en seco la adulterz, de hacer una pausa en ella y echar a correr por el espacio liso de la puerilidad, del deletero y el pinino.

Y aquí también en lo del querer para alcanzar; lo de la bravura y el denuedo americanos. La lucha con la lengua arisca y repechada, vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la valquiria que está a unos pasos del que la codicia, pero la muy linajuda vive rodeada de un cintajo de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre; solo corre el gemidillo del esfuerzo, y no se

oye chirrido de sables, sino a lo más un crujidito de dientes apretados. Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma, y vale por la toma de un latifundio sin horizonte.

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos, y recibir la avalancha de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigán de un lado y del otro nos disgustan. Avanzamos en un zigzag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo solo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, me ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonríen como a camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo pionerismo que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría sino su tradición y su costumbre presentes, es decir, sus libros y su vida al aire libre, o sea, cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fue eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confesión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras, que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal solo se desarrolla en una sala de clases; ella comienza en una silenciosa y larguísima recepción, y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando con la fineza del pesador de diamantes el emporio enorme del vocabulario, y de parte del discípulo, todo consiste en un alerta casi divino de las facultades, y en esa “fidelidad” a la cual llamamos vulgarmente “atención”.

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la doctora de Ávila, “unas grandes suavidades y maravillamientos”. Porque una vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del vocabulario, se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares ya no gruesos ni agrios, sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la cristiandad universal, el reír con Lope y Quevedo, y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anáhuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero deciros sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna, que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiera en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y

de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del tarahumara, sea del chilote, sea del indio amazónico. (Además, ustedes no van a quedarse sin el *Martín Fierro* y sin los folclores español y criollo).

Otra manera no hay —estoy bien segura— de adentrarse en los pueblos sino la punción lograda con la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga; el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, estas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofillas particularísimas nuevas, y acarrean minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírsenos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa propia, ésta no se ha movido. Solo ocurre que tendremos en adelante como los ricos, dos casas de vivir tres o siete moradas, al igual que la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la gracia.

Ha sido para mí una sorpresa no pequeña saber que ustedes, a pesar de los asuntos mayores que les preocupan, me harán un sitio generosísimo en su revista.

Y es para mí una alegría profunda conocer vuestra decisión de dedicaros con más amplitud a los estudios latinoamericanos. En cuanto me sea dable ayudaros, podéis disponer de mí como de una obrera que ha gastado su vida solo en cuatro lenguas latinas y que se debe a ellas por entero.

Vosotros me pedís algunas ideas sobre educación. El tema es demasiado ancho para ser dado de una sola vez. Pero hoy tocaré de pasada algunos puntos que me parecen urgentes.

Los Estados Unidos se ha vuelto una nación directora del mundo. Por lo tanto, nunca necesitaron más que ahora un equipo vasto de ciudadanos avezados en lenguas extranjeras. Precisamente la generación que ahora estudia en universidades y *colleges* es la que tomará a su cargo las relaciones culturales y las relaciones entre los Estados Unidos y el mundo.

En lo individual como en lo colectivo, no se llega a nadie sino contando con la lengua como primer instrumento. Es la A del alfabeto internacional y del humano.

El entendimiento entre los pueblos del cual hablan todos los políticos comienza en un diálogo sostenido en lengua común. Se han buscado y agotado los medios materiales para alcanzar la paz, desde el arma bruta hasta los empréstitos de cifras astronómicas, pero los pueblos siguen recelando el uno del otro y pasando del recelo al odio o al rencor.

<sup>9</sup> Texto de su legado y escrito en Monrovia, California, el 19 de marzo de 1947. (N. de los Eds.).

Es preciso que las almas de las razas dejen de ser cosa velada, material secreto, jeroglíficos duros de descifrar.

Y parece que entre las vías del alma, la primogénita y la más recta sea el idioma. Ni el verse ni el servir, ni el ser honesto en la acción bastan para convencer al extranjero de la intención limpia.

Hay que llegar a él por esa especie de acción directa que es su propio idioma. Lo demás: la ayuda en las catástrofes, la cooperación industrial y comercial vienen después.

La flor de la amistad madura también a lo largo del diálogo más o menos cabal; la comunidad de creencias, una de las mieles espirituales, se disfruta igual en la experiencia interna; las fiestas locales y las familiares son otro anillo añadido a los círculos sucesivos y coincidentes de la amistad entre los opuestos.

Naturalmente, para que una lengua rinda estos efectos, para que sea capaz de producir “lo más” y no solo “lo suficiente”, es preciso que ella llegue a tener faldas largas como las reinas, es decir, que pase de lengua niña a lengua adulta, que vaya mucho más allá del balbuceo y del vocabulario menesteroso.

Por lo cual tal vez haya que recortar vanidad y no cortejar a más de una o dos, porque toda lengua significa una empresa ardua, un repecho de cuesta. Es una convicción en el tallador de diamantes el que una sola piedra preciosa bien tajada, que toma y devuelve la luz bellamente, vale por diez piedras mal-tratadas y ciegas.

Todas las reglas de las viejas artesanías valen para el arte de hablar y para los asuntos del espíritu. El primor, el celo, la insistencia, la devoción y “el punto de honra”, o sea, el pundonor, son algunas de las disciplinas aplicables al trato de un idioma. La ciencia y conciencia del estudiante cuentan aquí tanto como en cualquier arte adoptado como un niño para

toda la vida. Y cuenta por encima de lo que he enumerado el amor que nuestro padre el Dante nos aseguró que “mueve al sol y a las estrellas”. Sin el Eros intelectual, sin la simpatía real de una lengua, no habrá el entender, el asimilar, el ganar ni el poseer.

Los vicios y los yerros del aprendizaje vienen a ser la plana opuesta de lo dicho, su reverso. Ellos serían: la prisa loca, el atarantamiento, la bastedad, el primarismo, el desdén de la expresión extranjera. Y aquella fea cosa que llaman el “español comercial”.

Dejo para otra ocasión el resto. Nada me gusta más en este mundo que conversar con los jóvenes. Es como caminar las praderas americanas en un día de sol, ricos de tiempo, sin plazo, trocando relato y sintiendo que los pulsos fuertes de los mozos y las mozas pasan a mí y me avivan el ritmo de la marcha.

Vosotros me habéis invitado a un desayuno a la vez íntimo y popular. La combinación es muy feliz y para una mujer, parece todo un hallazgo. Porque la vida de California se mueve en zigzag dentro de estos módulos de lo personalísimo y lo colectivo. Sin algún rasgo de intimidad, la vida reseca sus entrañas o se hiela, o se mecaniza. Y sin la sana intemperie de lo popular, la vida se carga de vejez y de muerte.

Un desayuno como este recuerda muchas cosas bañadas en humanidad y poesía. Desde los desayunos de la infancia cuando se quebraba el pan y se bebía el café dentro del corro familiar íntegro, no raleado todavía por la muerte, hasta los ágapes de los primeros cristianos, que juntos comían conversando de sus negocios espirituales.

Yo agradezco vivamente la fineza de vosotros al introducirme en vuestra ancha familia comunal. Fui habitante de este condado de Los Ángeles, vecina semirrural de Monrovia. El haberme escurrido hacia Santa Bárbara no ha sido más que una mudanza de casa desde un barrio a otro.

La imagen que tengo de la California del sur es la de una fila casi escolar de poblaciones, en que cada pueblo niño lleva un manojo florido en la mano, y yo nunca sé bien a cuál de ellas quiero más: si a la ciudad hecha y derecha como Long Beach o a los pueblecitos. En esta guirnalda verde de la costa sur tengo amistades preciosas, que me han ayudado a vivir. Declaro a las más tiernas: Mrs. Rose Kerr, en Monrovia; Eda Ramelli, en Santa Bárbara. Amo a toda esta California, desde

<sup>10</sup> Discurso pronunciado en un desayuno ofrecido a la poeta por el alcalde y el fiscal de Long Beach, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 11 de marzo de 1948. Esta versión fue transcrita de una hallada en su legado de la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

el San Francisco señorial hasta su remate en la frontera mexicana, donde comienza mi gente, haciendo la venia lógica al organismo plural que llamáis vosotros Los Ángeles.

Se me ocurre que Long Beach sea el miembro más poético entre los que penden del plexo solar angelino. Porque ustedes, según la frase evangélica, “recibieron lo mejor”, es decir, el mar, en donde se casa la tierra y el agua salada, allí se crea la cruz de la perfección. No hay vida plena sin mar; el oleaje marino está emparentado con el golpe de la sangre en nuestro pecho y su ausencia empobrece las vistas y el gozo.

Esta ciudad asociada de Los Ángeles, a la cual yo he recorrido muy de prisa, en días malos para mí, posee todos los órganos metropolitanos, pero tiene algo más: el reposo que no puede dar aquella fragua de cíclopes y la blandura sin relajo que regala el oleaje marino.

Los Ángeles era demasiado Mercurio y ustedes inventaron a Long Beach para ponérsela al flanco, humanizándola con aliado mujer... Sin Long Beach, Los Ángeles tal vez estallaría. Lanzar hacia la costa un brazo de ella fue aquí un gesto de gladiador que quiere descansarse de su tensión.

Yo querría decirles algo, lo poco que el tiempo me consiente, sobre la misión de las ciudades que no son capitales y donde se refugia el alma acalenturada de aquellas. Vivimos un tiempo tenso, que muchos comienzan a llamar trágico. Estas ciudades anexas y costeras, llamadas villas residenciales, tienen cierto destino espiritual. Ella se vuelven de más en más en un asilo para las gentes atarantadas de las metrópolis. Pero además, ellas van poco a poco tomando ciertas facciones y funciones de Alma Máter, de sedes intelectuales y hasta de seminarios. Y aunque cobren un aire egregio, estas *civitas* guardan una frescura parecida a la que da el aljibe en los patios españoles, porque son realmente refrigerios, y más aún: citas de la Gracia con mayúscula y con minúscula... Y aunque la fuerza vital sea lo primero en las naciones jóvenes, estas no pueden

prescindir de la gracia a lo divino y a lo humano; la acción pura acabaría por quemarlas como les ocurre a las plantas sin brisa ni rocío.

Tipo de tales ciudades me las he visto en Europa: se llaman Aix, en Francia; Bonn, en Alemania; Coimbra, en Portugal; Upsala, en Suecia; Oxford, en Inglaterra, Florencia, en Italia, y Granada o Málaga, en España.

Se me ocurre que dentro del brasero que se vuelve el mundo, precisamente estas *civitas*, que son provinciales o son flanco de urbe, llevan en sí el destino de concentrar la paz para exhalarla, de acumular el espíritu para proyectarlo. Parten de ellas a veces mensajes que desatan los conflictos o los ablandan. Porque solo el que tiene puede dar, y la paz del espíritu es una especie de pino marítimo o de acumulación de semillas de Lompoc,<sup>11</sup> que de una parte aplacan a los fogosos y de la otra siembran el futuro pacífico que todos deseamos.

Ambientes suaves han de buscar los que a estas horas están puestos a la faena de rehacer los vínculos amistosos entre las regiones y las naciones. No es un mero azar el que viva en Santa Mónica Thomas Mann; en Wrightwood, Aldous Huxley, y en Carmel, Robinson Jeffers, los tres brazos de siembra, los tres voluntariamente segregados de la tromba caliente que llamamos multitud.

En un lugar menudillo, que en los mapas parece menos que península, un cabo, nació una ciudad que llamaron Atenas, la cual volvió hacia el mar para volverlo un hecho casi divino que se llama cultura mediterránea, y esta santa especie después de saturar aquella agua salobre, embarcó en unas pobre-cillas carabelas, yendo a parar a la cintura líquida de nuestro continente, que son las Antillas. Y nuestro continente, esto

<sup>11</sup> Lompoc, aldea donde existe el mayor depósito de semillas florales de Estados Unidos. (N. de la Autora).

tan vasto salido de algo tan humilde, aunque nos parezca un hecho autónomo, se llama realmente civilización cristiano occidental, y comprende hasta el Oriente. Son tres palabras, pero valen por el globo terráqueo. Ellas representan lo mejor de Europa y una parte de la América, y sabiéndolo o ignorándolo, nosotros vivimos de estas resinas, a la vez delicadas como son los aromas y vigorosos como los vinos añejos. Ellas corren, expuestas o escondidas, por nuestras obras y nuestras creaciones, sean ellas monumentos, ciudades arrancan de ellas.

Vuelvo a mi punto de partida: las ciudades musas que se aplican a una misión espiritual, sea a causa de que fueron plantadas en medio de un paisaje inspirador, sea porque viviendo junto a urbes industriales, adoptan un destino opuesto, de retiro y custodia moral, y son unos lugares donde se trabaja en silencio, pero con la intensidad de las marchas forzadas, cuando llega para el mundo una hora dura y crucial.

Distancias hechas, una pequeña ciudad de esta índole, hermana de vuestra Long Beach, existe en mi patria: se llama Viña del Mar. Como ésta, ella tiene el agua salobre azuzándole el costado; como ésta, ella posee ese blando clima físico que mimá las facultades creadoras y las pone a trabajar con una larga y fértil dulzura, en bien de la familia humana. Un día tal vez la limpiaremos de toda mundanidad y la entregaremos al ejercicio que le señala su figura de guion entre Santiago y Valparaíso, lo cual quiere decir un paréntesis de sosiego creador.

Acaso un día, ojalá pronto, se pueda crear en el mundo algo parecido a una red de estas Upsala, y estas Oxford, y estas San Francisco, y estas Long Beach, y estas Santa Bárbara, comunicándose sus fines a través del mar, trocando los logros de cada una, enriqueciéndose todas sin pérdida de ninguna, diciéndose las realidades aun las más desnudas, desde lejos, sabiéndose obreros de la “fragua y mesa común”, que llamamos mundo. Tales miembros espirituales tal vez desarrolleen una labor sutil y marginal, y junto a la ONU y al flanco de las iglesias, de las empresas universitarias y de la prensa mundial.

Yo soy un simple poeta que hace versos sin creer en la musa de la cabellera desatada y que cree sin embargo en estas musas cílicas que he pergeñado torpemente delante de ustedes. Lo hago por haber vivido en algunos lugares de tal índole, y conocer bien su suave soplo, el fruto lento y seguro que producen, y la ayuda imponderable que ellas dan al mundo.

Me ha interesado mucho leer el fino estudio del estimado Ernest Havemann sobre el libro crudo e informativo del doctor Alfred Kinsey, *Sexual Behaviour in the Human Female*. El tema es tan viejo como el mundo; las edades lo han tratado desde el *Kamasutra* hasta los estudios de Havelock Ellis, y seguirán tratándolo sin relajo porque siempre importará a hombres y mujeres el hecho de su felicidad o de su fracaso. En las épocas pasadas el ancho y sutil asunto tuvo comentadores tan numerosos como divergentes. Ocurrió en el comienzo que el hombre no dialogaba sobre el tema: monologaba. Ahora la mujer ha resuelto romper su silencio cabal y entrar de lleno en la ardua discusión. Hay que escucharla, recordando que ella representa la mitad del debate, y nada menos. Criatura que calló por varios siglos bien merece ser oída: el doctor Kinsey le ha escuchado mucho y hasta demás.

En este mundo que siente curiosidad de todos los problemas, no me extraña que este asunto ultracorporal se haya sacado a la superficie, especialmente en Norteamérica que ya no tiene problemas inéditos. Yo respeto y admiro el fenómeno de la curiosidad científica que llena y hasta rebosa los Estados Unidos, aunque creo que en esta averiguación hay asuntos que no serán tratados con la veracidad debida y con los detalles necesarios.

Las reacciones dadas por mis estimadas colegas, Fannie Hurst y Kathleen Norris, corresponden como es natural a los hábitos y a la realidad norteamericana. La respuesta de una sudamericana tiene que resultar demasiado diferente y hasta chocante respecto de ellas. Yo no soy una médica, sino una mujer que hace versos, lo cual quiere decir que ignora muchas cosas resa-

<sup>12</sup> Publicado en la revista *Life* en español, Nueva York, el 26 de octubre de 1953. (N. de los Eds.).

bidas por el mocerío de hoy. Este juicio pudo ser seguramente mejor servido por gentes menos viejas que yo. Yo no voy a dar mi juicio propio, sino algo sobre la ideología y los hábitos que gobiernan la vida de la mujer latinoamericana.

A causa de los tabúes raciales las relaciones maritales son tratadas no con poca hipocresía, o bien son mencionadas muy de paso y solo como un breve comentario. Desgraciadamente, a causa de esa reserva o de esa timidez que las gentes confunden con el pudor, cuanto se refiere al sexo cruza las conversaciones rápido como un vocablo vergonzoso, casi como una alusión delictuosa. Creo que tal tipo de investigación, como esta del doctor Kinsey, se deslizará tarde o temprano hacia la América del Sur y será leída con vivo interés en los medios de las médicas, las enfermeras y las madres. Pero tal vez no llegue a las adolescentes; falta un medio siglo antes de que este libro sea la lectura de nuestra muchachada.

Hasta hoy el catolicismo de tipo español domina el continente sur y con ello queda dicho que veintiuna naciones han optado por la vía fácil de mantener sin añadir nada en sus costumbres. Los padres dan a sus hijos una formación moral bastante rígida y contraria al divorcio aun cuando el matrimonio fracase. La opinión pública, hasta hoy, mira con desagrado y critica con acidez la disolución del vínculo matrimonial. Sin embargo, el número de los divorcios sube año tras año. Pero esto ocurre solo en las ciudades mayores y en la clase dirigente; el campo mantiene sus hábitos coloniales, es decir, españoles. Más todavía: el divorcio se vuelve un ácido escándalo en las provincias.

Hay que remarcar el hecho que ocurre en la clase pobre: la mujer acepta todo, incluso el maltrato corporal, con el fin de conservar al jefe de familia. Las mujeres emancipadas son poquísimas. Solo las he visto en las ciudades; en el campo, la mujer es una acéptalo todo que padece y calla en un silencio heroico. Su única mira es la de que “los hijos no crezcan sin

padre". En este "principio" y su realización, ella cifra todo su honor de esposa y de madre.

Dentro de esta mentalidad poco se considera si la dicha o la infelicidad gobiernan el hogar, porque en esta cuestión la mujer considera más la felicidad de los hijos que la suya misma. Casi siempre oí opinar sobre el caso de los matrimonios mal avenidos en el sentido de que si el marido falla, la mujer debe a pesar de todo tolerarlo; sufrir y callar con tal de mantener la vida conyugal y en consideración los hijos. Por esto los divorcios son un acontecimiento raro y siempre condenado en el comentario social pueblerino.

Yo fui hija de una pareja mal avenida; siempre creí que mi madre debía haberse ahorrado los sufrimientos que le dio mi padre y haber salvado algo de felicidad para su vida. Siempre ella se rehusó al divorcio y la decisión suya se fundaba en el no despojar al esposo de sus derechos de padre y en esperar una reacción en sus hábitos. Esto no llegó, pero yo no oí jamás una sola queja amarga de esa mujer "buena y hermosa" como en las baladas, ni un solo juicio contra el compañero ingrato. Ella evitó siempre el que yo creciera alimentando un resentimiento amargo en mi espíritu. En la aldea donde crecí era común el caso del padre ausente o ligado a otra mujer, y la reacción de las víctimas era la misma de mi madre: es decir, el silencio *per vita*.

La pareja hispanoamericana rara vez falla a causa de la mujer, la cual resiste hasta un punto extremoso, resiste de una manera heroica, resiste sin considerar otra cosa que el evitar un escándalo social y mantener al marido cerca de los hijos. Suele ocurrir que tal sacrificio obtenga la mudanza del hombre y la reconciliación de la pareja, pero lo más frecuente no es la enmienda del que falló, sino una pobre vida común de mera tolerancia. No sobra anotar que la infelicidad conyugal deriva allá casi siempre de que "la estación del amor" parece que sea de más corta duración que en otras razas, o bien derive del criterio, popular en esos pueblos, de que la misión de la mujer

es la de aceptar en silencio su desventura y ocultar a los hijos la realidad de su vida. Esta mentalidad que acepta el sacrificio sin discusión y sin réplica ha sido creada entre nosotros en primer lugar por la Iglesia católica y en segundo lugar porque el caso de los mal avenidos es demasiado frecuente, y pasa de hábito a ley moral.

Hay que anotar, sin embargo, que desde hace unos diez o veinte años se observa que sube el número de divorcios, especialmente en la clase social adinerada o entre los individuos que van desprendiéndose —casi sin sentirlo— de sus hábitos religiosos. Aun así, es de observar que la divorciada que no se casa vive poco feliz, y en cuanto al hombre, este es menos accesible al remordimiento. En Chile, la provincia más rica en divorciados es la de Santiago, capital del país. La provincia guarda sus hábitos españoles, ella es todavía españolísima en su manera de catolicismo. No guardo el recuerdo de hogares felices entre los divorciados que conozco allá. En cuanto al segundo matrimonio de los divorciados, parece que la masa católica no lo justifica nunca.

Dejando atrás la cuestión del matrimonio y aludiendo a la vida de la mujer soltera, se observa en las muchachas de hoy una tácita voluntad o una decisión de ser ante todo felices. La mayoría de ellas, saliendo de los hábitos coloniales, adoptan las profesiones llamadas “liberales” o trabajan como obreras en las fábricas. Conjuntamente con la liberación económica, parece que las muchachas vayan hacia una clara liberación del españolismo del siglo pasado, pero esto ocurre en las muchachas súper cultas o en las llamadas “temperamentales”. En todo caso, el llamado “amor libre” no tumba todavía la recia montaña de la moral sexual recibida del cristianismo.

La novedad más visible que los viejos observamos en la juventud que nos es grata es la relación más frecuente, más sana y más espontánea, que existe hoy entre mozos y mozas. Y deriva en gran parte de la camaradería estudiantil de liceos y universidades. Mucho han acercado a los jóvenes los bancos

de las escuelas superiores con solo el estudio en común. Las gorgonas del siglo pasado —abuelas, madres y padres— ya no rugen al encontrar por las calles o ver en los “salones de té” a la muchachada mixta, feliz de una libertad que no es, no, prima del libertinaje.

Actualmente ocurre que en los colegios norteamericanos ya conviven nuestras estudiantes con las muchachas americanas y es probable que, a causa de esta convivencia, el libro puede tener lectoras sudamericanas a pesar del pudor fenomenal que “hace ley” en nuestro continente. La lectura de los libros norteamericanos resulta en ciertos géneros de una desnudez paradisiaca, pero la Eva de tipo norteamericano suele asombrar a la América del Sur y hasta a Europa, por su coraje y su franqueza al enfrentar todos los temas. Yo no sé si además de asombrar, convencerá. Pero no creo que Kinsey alcance en el sur el éxito que tiene asegurado en los Estados Unidos.

Hace ocho años dos palabras bajaron hacia las multitudes de varias naciones y de millones de hombres, y son esas palabras las que celebramos hoy en la forma de los derechos humanos.

Muchas patrias ya conocían esta honra, pero no eran todas las criaturas quienes gozaban de estos derechos. Este día llegó por fin hace ocho años y lo celebramos como un nacimiento pascual.

No eran pocos los que dudaron de que la libertad acarreara bienestar a los pueblos retardados y ellos mismos habían rehusado a hombres y mujeres esta gracia tan justiciera.

Celebramos la universidad de nuestra hazaña civil, pero subsiste en nosotros todavía un gesto de tristeza. Echemos una mirada que abrace al mundo y quedaremos pensativos.

Recordemos en este aniversario el ancho y noble bien logrado y hagamos con fervor el voto de que esta fecha será en el calendario de 1956 absolutamente gloriosa.

Los elegidos que recibieron la chispa divina bajaron a redimir no solo pueblos que vendrían después.

Los presentes, que estábamos hartos de tan larga espera, los que aceptamos seguir viviendo como entes privilegiados, continuaremos esta campaña. En ninguna página sagrada hay algo que se parezca al privilegio y aún menos a la discriminación: dos cosas que rebajan y ofenden al hijo del hombre.

<sup>13</sup> Leído en la Gran Sala de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 10 de diciembre de 1955. (N. de los Eds.).

Yo sería feliz si nuestro noble esfuerzo por obtener los derechos humanos fuera adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este triunfo será el mayor entre los alcanzados en nuestra época.

“Isadora ha muerto cuando su arte declinaba y no conseguía ya levantar las viejas olas de fervor que ella conoció”, decía la prensa francesa, que fue delante de su muerte un poco fría.

En verdad, Isadora murió a tiempo, cuando París ha madurado para la danza estúpidamente canalla de Josefina Baker, cuando a fuerza de condescendencia para las aficiones yanquis —que en esto son de una grosería de pirata—, París ha acabado por entregar como una alcahueta sus mejores salas a una danza antítesis de la suya.

Yanqui era ella también, Isadora, pero yanqui irlandesa, y en todo caso, de una generación que no había caído en el sótano hediondo de lo negrero.

Curiosa venganza la de los negros sobre los ingleses de Norteamérica: los que viajan en carros especiales como los bueyes; los que aparte comen, rezan y existen, y no pueden abrazar un cuerpo de mujer blanca, sin que los hijos de Lynch caigan sobre ellos y les dejen derramado sobre el pavimento la única blancura suya, la de los sesos, han comunicado a su enemigo, el lector de la Biblia, el superblanco, como algunos lo apellan, su inmundo zangoloteo de vísceras, y les han creado los ritmos bestiales con los cuales en Nueva York ahora se despierta, se vive el día y se duerme.

Isadora se ha salido de la enorme sala de charleston que ha vuelto el mundo, en buena hora, y con no sé qué elegancia de visitante pulcro que cuando ve borrachos a los señores de la casa, abre la puerta y se desliza.

<sup>14</sup> Escrito en París, en diciembre de 1927, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de febrero de 1928. (N. de los Eds.).

¿Por qué no ha de haber un ángel concedido a algunos y que elige la hora mejor en que deben irse? Sería un verdadero ángel de la buena muerte, que tomaría cuidado, no como el otro, el custodio, de cómo vivimos, sino que cuándo debemos morir, para desahogo completo de lo demás cuyo feo gozo se estorba. Un ángel sería ese de la muerte de Isadora, tan feliz como el de sus victorias, que buscó bien el día y la hora preciso como una entidad pitagórica, y celoso como un vehemente amigo del cielo.

Ya está enteramente libre el tablado para las ancas que azulean o hacen un juego de espejos negros, de la Baker del cabaret. La muerta no alcanzaba a restarle un décimo de la clientela, es verdad. Se había vuelto monótono ese cuerpo de un solo color, como la columna, que cuando se descubría parecía un bostezo blanco a los ojos echados a perder de los civilizados, echados a perder como sus paladares. Sus juegos de velos —de los más nobles velos que habéis hecho vosotros, buenos hilanderos de la Francia artesana— aburrían como el arte sin propósito fisiológico que se busca en París al comenzar la noche. El cuerpo con insinuación de árbol puro, de fresca línea vegetal; el cuerpo con deseo de sugerir las colinas perfectas de Italia, de Francia, de todos los paisajes, se volvía ya un poco *pompier* para los que de cuatro zancadas han dejado atrás esa naranja exprimida de la naturaleza.

Hace pensar el *pendant* de las dos yanquis. Isadora venía, además de su sangre irlandesa, de esa otra sangre que es la cultura adoptada. Venía, pues, de su pasión de los griegos. La otra viene de ese sótano de la especie, al cual bajan las fuerzas de la bestialidad —electricidades ellas también— que sofocamos a medias todos los días, que echamos a un lado como al mosquito zumbón, y que se almacenan por no sé qué secreto de la física, y salen un día arriba con cuerpo y nombre, hechas un cuerpo y un nombre. Josefina Baker pertenece, ella también, a los documentos de nuestro tiempo. Y hasta es útil el caso de su éxito para prueba de que hemos volteado como un bolsillo, todas nuestras teorías estéticas. El que las caderas y el vientre

de Josefina Baker complazcan de este modo a la élite blanca, significa que las cosas que no se le parecen se nos han vuelto odiosas o que cuando menos no nos importan.

Yo me pregunto siempre lo que viene después del “documento Josefina Baker”. “Viene la mona de más grandes asentaderas”, dice un cínico, “que llegará del Sudán a recoger los billetitos azules de diez francos de París”.

Tal vez no, tal vez venga, pero con largo compás de espera, otra Isadora delgada, fluida y elástica como ella, otra que pertenezca al orden del agua, en la cual la zoología, para alivio nuestro, se olvide. Porque el hastío, el dominio que a Baudelaire le hizo gustar frenéticamente de la javanesa, es a la vez el encanallador y el lavador de nuestros gustos. No se puede masticar mucho tiempo el tabaco fuerte y fétido de la danza negra; sin abrir la ventana momentos más tarde. Yo oía de un joven hace poco esta confesión de asco: “Dan ganas de leer libros de mecánica y hasta de geología, si usted quiere, en vez de toda esa suciedad de cubierta amarilla con su bandita de recomendación pornográfica”. Y tal vez vamos camino de la Venus Urania de nuevo. Pitágoras nuestro, así, pasando por el cabaret que huele a pomadas caras de hombres y mujeres, de Josefina Baker, la musa fisiológica.

Consuélese así la muerta, la mejor danzadora blanca, como dicen los que hacen con la otra un hemisferio del baile.

Que su nombre lave un poco a su pueblo. Ella venía de los yanquis todavía próximos a Whitman y a Emerson, y cuando apareció en Europa, se miraba en su cuello fresco la raza sin arrugas ni fatiga. Estaba, mejor dicho, entre Whitman y Emerson, en el punto en que el paganismo quiere trascender a otra cosa. Solían separarse en ella, según los motivos interpretados, las dos tendencias. Pudo decir como la gran Delmira Agostini: “A veces toda soy alma y a veces toda soy cuerpo”; pero su voluntad era casi siempre, según la norma del tejedor de gobelinos, cruzar en triángulos el cuerpo con

la idea de cada movimiento feliz. Aun en lo dionisíaco ella buscaba volverse símbolo, y este anhelo la liberaba, y enteramente, de caer en el movimiento animal. Para algunos críticos la perjudicaba este afán de trascendencia. No, por cierto; la guardó del felinismo negro, de la gesticulación de simio, de la preponderancia del vientre y de la nalga sobre el hombro, el cuello y los pies.

Naturalmente todo esto, el insistir más en la mano que es tan expresiva como la comisura de la boca, que es el péntalo mismo del espíritu, sobre el ombligo centelleante de que usa tanto Josefina Baker, no era sino predilección natural de un arte superior que opta siempre por los medios más puros, aunque estos no sean los más directos ni los eficaces sobre la inmunda masa.

Cuando apareció en los escenarios de París era dueña de los tablados la gastada danza coreográfica de la escuela italiana. Lo suyo se encontró al principio un poco pedante. Para algunos pudibundos, apareció también demasiado sensual por el atrevimiento —que no es en buenas cuentas sino lealtad— de mostrar desnudo un cuerpo que las bailarinas de la falda de diez centímetros guardaban todavía en ese mínimo. Giran rápidos los mundos, el de la danza sobre todo y la línea total de Isadora, veinte años después, ha venido a ser la mayor suma de decoro.

Ha dejado detrás de ella un universo de gestos y actitudes, entre el cual ella está, ahora que la recordamos, como una almendra blanca y fija. ¡Fija la móvil, la deslizante Isadora! Vamos agrupando en torno de cuerpo ya inmutable de Sirio, sus visajes y sus ritmos. Ellos siguen viviendo en el aire para nosotros como los ritmos de los grandes poetas que detrás de ellos continúan en ronda sobre los paisajes, inaplacados, llevando por el siglo cuando menos, su impulso sobrenatural.

Y si la pensamos en su nicho largo, célula blanca y esbelta, para ella —la esbeltísima— es como una sembradora de ges-

tos en la tierra que le hace ahora ceñidura. Podrían nacer margaritas de formas insospechadas, violetas de radios inéditos, debajo de su mano.

Cuesta más con ella que con muerta alguna entrar en el sentido de la inercia definitiva, de la obediencia a la línea yacente. Tal vez la extraña muerte que le dio el destino fuera esa, violenta, porque la otra, la muerte que gasta el cuerpo poco a poco con sumidura de ninfea en el agua, la muerte que da al cuerpo una lenta tendedura de trigo, era la imposible para ella, la erguida y huyente, pues la hubiera esquivado como la serpiente llena de sabiduría.

Tagore ha llegado mal de salud. Tagore se encuentra enfermo de gravedad en Boston. Tagore viene de convaleciente a Nueva York para hacer una exposición de cuadros.

Yo había leído esto en la prensa norteamericana y no pensaba acercarme a él, a pesar del cariño —de los cariños— que le tengo: cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y miel, de sus muchos poemas y de su única escuela.

Pero yo pasaré el Día de Acción de Gracias<sup>16</sup> entre la familia Migel y precisamente Parmenia Migel está encargada de su exposición. Acabado el almuerzo sencillo y ritual, ella me convida a acompañarle en su visita cotidiana al maestro.

Yo me acuerdo de aquella cara rendida, y rehuso; yo le veo aquel cuerpo que da un periódico, que camina derrendadito y digo otra excusa; a la tercera tentación, yo acepto villanamente como cualquier otra... Con la hipocresía de algunos “compasivos”, explico a mi amiga que no preguntaré nada y que me conformaré con mirarlo.

Tagore está alojado en un apartamento elegante que le ha cedido una amiga norteamericana, y recibe en la biblioteca espaciosa y clara, de muros cargados de libros, muebles profundos y mesas llenas de chucherías mundiales. La dueña de casa viaja mucho y acarrea primores que vuelca en este cuarto.

Un escultor hace, ni mal ni bien, un busto del poeta. El modelo está sentado a disgusto suyo sobre la consabida tarima como

<sup>15</sup> Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, y luego reproducido en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 12 de septiembre de 1931.

<sup>16</sup> En Estados Unidos y Brasil, se celebra el día de Acción de Gracias el cuarto jueves de noviembre. (N. de los Eds.).

un pájaro mecánico al que se hace volver el cuello a cada momento, cambiar de lado y probar las luces.

Después que se ha cansado de posturas, baja de la tarima, y yo veo venir la personita menuda, casi femenina, más viejecita que vieja, con el paso de lana de sus zapatillas, que llega a sentarse en el sofá donde nosotros estamos. Más pequeño parece por la bata que da anchura a la espalda mínima, más por el ovillamiento de su cuerpo en el diván, más por lo dobladito que se pone para oír a Miss Migel que le habla del mal negocio de su exposición.

No se ve tan acabado como está un europeo a los setenta años. La varonía se le olvida al verle caminar y al sentarse, pero no cuando se le mira a los ojos, ellos sí fuentes de su ardoría.

Me acuerdo yo recibiéndole esta mirada viril de sus traducciones. Las españolas de Zenobia de Jiménez dan en demasiada dulzura tagoreana y anegan en cierta melaza la fuerza ardiente; las traducciones francesas dan las dos cosas, un jugo de la uva que estando dulce, ya embriaga un poco; la traducción inglesa dicen que es el poeta entero. Lo traducen como lo retratan: con el designio de hacerlo Buda más Cristo, porque las gentes quieren que él sea eso y no lo demás. ¡Lástima de falsificaciones!

Como quien le ensaya máscaras, yo le pongo y lequito las fotografías y los dibujos que conozco, desde los de sus mocedades de príncipe corporal y político, hasta su última vejez que estoy viendo. Todos le vienen... y no le vienen. Las canas son más luminosas que en otra cabeza, unas bellas canas lustrosas, que parecen aceitadas, o mejor, azogadas. Las arrugas se borran en la piel oscura que es la que mejor las disimula; el cráneo es más delicado de lo que se lo apuntan, más ligero en los pómulos; la nariz es la más bella que haya respirado en un aguileño tierno de águila de un mes; la barba, que el escultor la explota abusivamente, es lo menos mosaico del mundo, corta y aireada, apenas un vapor de labio abajo; una piel del moreno mejor, no

marroquí ni mongólica, ni indígena, es decir, no negra, ni amarillenta, ni verdosa, sino del canela árabe español.

Lo que ningún retrato me había dado, lo que vengo a saber mirándole, es la ironía constante del rostro y que le nada como una pajita de oro en la dulzura de la mirada, estorbándose como una pajuela, que le arrisca en lo bajo la mejilla, le baña la boca y se le pierde en la barba. Con ella recibe, con ella sustenta y despide al visitante, y lo desorienta en el primer momento. ¿Por qué no había de tener al cabo su ironía, a pesar de sus sermones pedagógicos, o a consecuencia de ellos mismos? Muchas cosas grotescas y desparramadas ha visto él en su mundo hindú y británico del Asia, muchas otras del Occidente que camina de malas ganas. Como el hindú se proyecta a sí mismo mejor que el blanco, él debe estar mirándose en este momento sentado en una sala de Nueva York, enfrente de aquel retrato de una dama antigua con sombrero de copa y de otro retrato de niño lechosamente rubio, que le han puesto como sucesor de los prietitos de Santiniketan. Otros orientales además de él han criado ironías, como Omar Khayyam, como Khalil Gibrán, que me conversó ayer, como el Salomón, abuelo de ambos.

Lástima grande que esta sonrisa que le forma una doble cara aérea no vaya a quedar fijada en ninguna parte, por culpa de fotógrafos pintores. Ellos no piensan sino en sacarle a los carteles actitudes y dejos evangélicos, y se las ajustan para acomodar su rostro todo lo posible a la aureola mesiánica, que le han fundido Santiniketan y el Premio Nobel por iguales partes.

Él sigue hablando a mi amiga casi en un cuchicheo, doblándose hacia ella, sobre el mal negocio de su exposición, y entre noticia y noticia, ella va pasando los libros que le han dado y que él firma con una legítima paciencia budista y con una indiferencia dulce, igual a la de su cara. La mano chiquita hace el garabato largo y embrollado de la firma, y se queda después picando en su bata, hasta cogér otro libro. No tiene prisa y si acabara más pronto, caerían otros libros y retratos que firmar; mejor es que no se afane.

Cuando quito los ojos de él, recorro a su gente. Lo mejor del corro es el director del Museo Hindú de Boston, que ha venido a dejarle un admirable mestizo de indostánico e inglesa que lo mira con pena.

—He venido a despedirle y creo que es la última vez que lo veo.

La ironía de Tagore que crepita en la sala, me punza a mí también y le contesto:

—Pero ustedes cuentan con todas las reencarnaciones que quieren para encontrarse...

Los demás visitantes son los que Tagore se soporta en todas partes: señoras mecenezcas que adonde llega toman esta preciosa nuez maltratada, bajo su guarda; orientalistas de diferentes edades y encontrados climas místicos; ociosos internacionales que lo leen como prueban los tés de la China; agentes de publicidad que le agradecen la túnica y la bata, con lo cual se compone una estampa espléndida de primera página de magazine.

¿Qué anda haciendo Tagore de Calcuta a Plymouth, de allí a Nueva York, y de aquí a Argentina? ¿Qué anda traqueteando con sus setenta años que le piden más que los treinta la estera hindú, con estos huesos que le muelen los trenes, con toda esta nacionalidad inalienable de su cuerpo asiático, que padece el comer y el beber en mesas más o menos bárbaras?

—Anda y andará —me explica Miss Migel—, buscando redondear el millón de dólares que le pide la dotación perpetua de Santiniketan. Cuatrocientos mil van recogidos y tendrá que viajar diez años aún, si Dios se los da, para rematar el legado.

Los y las mecenas lo banquetean como en esta semana en mesa de quinientos cubiertos, sin hacerle con ello más regalo que la fatiga; al despedirlo en los malecones de todas partes le encargan que vuelva, sabiendo muy bien lo que significa que

esta cáscara de carne sufra de nuevo cabina de barco, y cuando llega allá, a la casa con árboles y tapices de paja de Santiniketan, supongo que los pedagogos subalternos, pasadas unas semanas, le llevan los libros de la fundación y le empujan con la cifra manca a que rueda el mundo por la décima vez.

Tagore se ha puesto a dibujar y a pintar. Tal vez como buen oriental, él habrá dibujado siempre; pero el hecho es que ahora dibuja para vender cuanto hace... porque los veinte libros de poemas no dan lo suficiente.

El esnobismo de los señores, y especialmente de las señoritas, paga con más gusto los juegos de Tagore en el cartón, puro capricho y casi antojo, que sus libros definitivos. La primera exposición la hizo en París y se encargó de la propaganda la Condesa de Noailles. El resultado fue excelente y Tagore ha venido a repetir la hazaña, ahora con mala suerte, en Estados Unidos.

Vuelvo a sentir con Tagore la misma pena que con Khalil Gibrán. Ambos pintando engendros y larvas dudosas que les frecuentan cuando tienen el lápiz en la mano, y que echan atrás con fantasmas divinos que les acuden gustosamente cuando toman el cuaderno de escribir.

El escultor se va dándonos con ello la señal de partida. Varias fieles se despiden de Tagore arrodillándose para besarle la mano. Él me da una bendición que uno de sus guardianes me explicará al salir como no sé qué saludo jerárquico, pero que yo guardo como la bendición de nuestros viejos en el campo. Le devuelvo la despedida espontáneamente, con algo que no alcanzo a pensar... Me sobra la reverencia, pero mis rodillas son duras para arrodillarme, y le acaricio la cabeza, sintiéndole en la palma las canas lindas y ralas que ya le celebré.

Gracias por mi gente del amor y de la probidad con que enseñáis y estudiáis el español y las demás lenguas romances.

Cualquier día de entendimiento con los pueblos latinos es una complacencia para nosotros, chilenos; pero la herramienta mejor para ello, la más aguda, resulta ser el idioma.

Los que no tienen el llamado “don de lenguas” no se desalienten y los que lo tienen vayan más y más lejos: vuélvanse ambiciosos, no se contenten con el poco; en este negocio solo cuenta el mucho. Malo es darse por vencido y malo también sestear sobre el cojín de la facilidad. Son dos demonios la autosatisfacción y el derrotismo. Una lengua es una trinchera, pero al revés de las otras, se la toma con el amor, no con el furor.

Cualquier idioma es cosa dura hasta los que conlindan con la nuestra; en cuanto a las opuestas, el trabajo se parece en verdad al majar piedra, pero picapedreros y devastadores son una brava gente y verlos ganar arrancando un hurra mejor que el que damos al nadador. Un mar ha pasado y pone el pie en costa nueva.

Eda Ramelli, usted nos regala un aliado en cada alumno de español y más aún, nos da un pariente. El lazo de la lengua sigue al de la sangre.

Nosotros no solo tenemos materias primas allá en el sur. También podemos hacer con ustedes trueques de sustancias espirituales.

<sup>17</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 23 de mayo de 1948, y transscrito desde el Legado de Gabriela Mistral de la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

Usted es una traductora de la compleja América del Sur, una cuerda puesta a un atar leños opuestos. Una traductora vale por una reconciliadora. Entre ustedes y nosotros no luchan los cuerpos, sino dos mentes diversas.

Le saludo a usted en este día de las lenguas foráneas, recordando que usted posee las tres latinas, lo cual es toda una hazaña, y saludo en su persona a sus demás colegas.

En cuanto a sus garridos discípulos, cada vez que los cruzo por las calles de nuestra Santa Bárbara le doy en la sonrisa un signo de coterránea. También la lengua crea una patria común.

Por mí saludan a ustedes todos los profesores y los escritores del sur, empeñados allá en la misma hazaña continental: completar el sur con el norte, casar lo contrastado o divorciado.

California es una región que tiene un destino de confluencia y reconciliación. El diálogo de las dos Américas comienza aquí, se abre en esta faja costera cuyos signos gráficos son la ola, la naranja y la flor.









E U R O P A I



Me despierto en el nocturno de Barcelona a Madrid, a la exclamación amiga:

—¡Vamos atravesando Castilla.

La ventanilla deja ver una miseria de tierra cansada, que el alba hace más mezquina todavía, tierra con no sé qué *del menesteroso humano*, que la niebla desnuda a medias, rompiéndose sobre ella también como túnica pobre. Me levanto; aparece en el horizonte Sigüenza, la Sigüenza crestada y dura de torres y murallas, que me bautiza el ojo en ciudades castellanas.

Sigo mirando tres horas por la ventanilla del tren y mis ojos, que vienen llenos de Mediterráneo, es decir, de índigo y sol, rechazan mucho tiempo este paisaje, a trechos de ceniza, a trechos de cobre de yelmo viejo. Y es que Castilla no se conoce sino en extensión; como Kempis, deprime en mi versículo.

Comienzo a verla cuando salgo de Madrid hacia El Escorial. Castilla casi no es una tierra: es una norma. No se la olfatea como el platanar del trópico ni se la palpa con los ojos como a la pradera norteamericana: se la piensa. Nacen conceptos de ella, en vez de olores; en lugar de la fertilidad del humus, los huesos de sus muertos hacen su fertilidad de fiebre. Recuerdo las palabras de un francés:

—Esa Castilla que yo no he visto, pero que debe ser tremenda tierra, ha enloquecido de abstracciones a vuestro Unamuno.

<sup>18</sup> Reunimos aquí cuatro textos que Gabriela Mistral escribió sobre la dura Castilla, cuna de nuestro idioma: el primero fue publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de julio, y en *El Mercurio*, de Antofagasta, el 23 de julio de 1925. (N. de los Eds.).

—Como antes al Greco —contesté.

Y está bien entre tantas mentes jugosas y abundantes, esa seca y febril de Salamanca.

Dejamos atrás la mancha verde de los parques, donde caza el rey, y hacia El Escorial, la llanura se va desnudando; entran en el ojo las austeridades, hasta que la enorme fábrica aparece.

El Escorial debe al paisaje la mitad de su emoción, es solo una estrofa de la meseta. Me acuerdo de un rojo escudo medieval de museo florentino. Tenía, al centro, hincada una gran espina de bronce, que lo hacía más desnudo y vigoroso. Así aparece, para marcar mejor la dureza de la llanura, El Escorial.

Me sorbió como una gota por sus gargantas heladas de corredores, dándome esa sensación con que he cruzado todas las fortalezas: la de llevar una mano de bronce sobre mis pobres hombros no domiciliados en la grandeza.

La iglesia abruma con sus frescos ostentosos, cuya coloración se pelea con la enjutez insigne de la piedra; la sepultura de los reyes, en la entraña más fría del palacio, me dio el espanto de la corrupción en la sombra. Mi alivio fue entrar a los aposentos de Felipe, que son de una intimidad llena de pesadumbre. Toqué con emoción los sillones, suaves de muerte, la pequeña mesa en que se afirmaban los destinos de la América; me llené de piedad delante del lecho. Ahí se deshizo de cáncer el hombre real, bajo su misma mirada, y se sintió la sumergidura como de agua de cisterna, de su propia carne. Le dieron un nombre terrible, con la inexactitud que tiene el odio cuando define: el Demonio del Mediodía era un varón lento y lleno de paciencia; odiaba su luxuria y se hundía en el remordimiento; quemaba herejes, por libertar el alma del cerebro en que estaba hincado el error; de su lectura cotidiana, un mal genio apartó el cristianismo jovial de las parábolas, y el millón de horas sin alegría pudrió su sangre.

Me libro, al fin, de la mole de piedra. Salgo al jardín de arrayanes, que conocéis por un apunte de Azorín, que es fiel como un tacto. Mis compañeros caminan delante de mí, yo miro el paisaje de Castilla, que en la mañana sin luz, tiene el amarratado verde de la carne muerta que pintaba Andrea Mantegna.

Entonces veo venir, sin misterio de aparición, chocando el hábito duro contra las hojas recortadas, una vieja monja que se pone a mi lado. Sigo caminando y ella va conmigo. Un poco gruesa, nada de ascética, sonríe con risa de boca grande, de sanos dientes; la mejilla es llena y las facciones vigorosas.

—A ver si me dejas —me dice—, que yo te haga ver la Castilla mía, para que la comprendas. Mira que es vino fuerte que necesita potencias firmes y que tú vienes de América y tus sentidos son gruesos para una tierra de aire sutil. Conozco a tus gentes y quedó sangre de los míos sembrada por el valle de Chile.

Me mira con sus ojos grandes, y la conozco por su naturalidad y por el tono con que escribía unas bravas cartas a Felipe II.

—Sois “la andariega” —le digo—. Los españoles te llaman todavía “la fundadora” y los pedantes, “la loca del amor a Cristo”.

—Sí —dice—, fundaba. Levanté por aquí conventos, ya ni sé cuántos. Te puedo guiar sin ir preguntando, hasta la frontera del Portugal. Ahora hacen mapas para andariegos. Yo medí mi Castilla caminando; llevo el mapa vivo bajo mis pies, hija. No me cansé de fundar. Tú, mujer de Chile, sin fundar, te has cansado.

—Es cierto, madre.

—¿Sabes por qué? Porque has querido fundar condescendiendo con los hombres, sujetando tu impulso. Así se construye sin alegría y la obra, que sale muerta, ni la aprovecha ni Dios ni el diablo. Yo, fundaba, hija, según el croquis divino que se

me pintaba en el pecho. Y no buscaba gustar a nadie. No era para esos mi fiesta y, ¡qué había de gustarles! ¿Te acuerdas que salí a los cuatro años, fugada con mi hermanito, en busca de herejes que nos descabezaran? Nos hicieron volver, y casi paró la hazaña en azotes. Pero estaba la vida para el desquite. ¡Y en grande me desquité, tú lo sabes!

Hemos salido del Escorial. Mis compañeros van en busca del buen yantar hacia un hotel. La viejecita camina, apoyada a mí; entra en la fonda, se queda disimuladita en un rincón. La miro y le sonrío.

Salimos después de la buena sopa exhalante a mirar por todos sus costados el paisaje.

—Madre —le digo—. ¿No habrá un poco de vanidad en eso de fundar mucho?

—Si se funda menos, hija, el tiempo sopla con sus carrillos firmes y no deja nada. Los vanidosos esquivan los actos para librarse de mofas. Es ejercicio de humildad, construir y construir. Mira: que yo levantaba aquí un convento, es decir, que ponía un montoncito de mujeres a trabajar. Pues, humildad para pedir la tierra y sacarles a los cristianos de mano apretada, las tablas, los ladrillos, las tejas. Venía el vivir debajo de aquel techo. Resultaba que yo sabía al principio poco de manejo de mujeres que es dura faena, hija. Me fallaban las hermanas, que no estaban maduras para encierro con Dios. ¡Y tantas limitaciones más! Todo eso era sentirme necia a cada hora, y reírme de mí sonoramente y volver a empezar, diciendo, entre caída y caída, gracejos para echar atrás la pesadumbre.

El orgullo, ese es quien se queda con las manos blancas, y muy hermosas, sin obrar.

Mi viejecita camina y camina con el ruido de hojas de plátano de sus sandalias secas. Ahora Castilla es una desolladura de gredas rojas, la piel de un desollado inmenso, que a trechos sangra y a trechos tiene una sequedad que mis ojos no conocían. ¡Ay, la aridez de Castilla! Parece que chupara la sangre del que pasa!

La fiebre del mediodía con marcha, me rinde, sin que afloje el paso de mi compañera. Pasa una tierra que es como los riñones secos de Job: pasan pinares escasos, pinares entecos, que el suelo, con esta terrible voluntad de desposeimiento, no quiere sustentar.

Me siento, invito a sentarme a mi aparición: el semblante de la vieja de Ávila está rojo como un cántaro castellano.

—Tu tierra no tiene regazos —le digo—. En la mía, la cordillera hace cobijaduras por todas partes.

—Sé, hijita, que vienes de la naturaleza épica, donde la tierra es grasa como aceitunas molidas, y los hombres y las mujeres se ablandan como la pulpa, y sirven para poco. Andan exprimiendo frutos fáciles, viven en interminable complacencia. Sí que tienen muchas exhalaciones de vainilla y mar suntuoso. De allí les ha venido un vicio de palabras grandes, que también es tuyo. La naturalidad, hija, nació en Castilla, es también un poco hijita mía, y se perdió en la tierra de América.

Mi compañera juega con una rama de espino; la despelleja y me mira a hurtadillas, por verme el enojo.

—Sí, madre, blandos, muy cargados de apetito, y con el hablar pintado, y llenos de codicia, madre, peleándonos una tierra grande, como mil Castillas, donde no cabemos, aunque somos escasos como la hierba rala. Pero, ¿no sería de ustedes el orgullo, madre española? ¿El orgullo es Escorial, que hizo gemir en vano veinte mil albañiles y carpinteros? Nos gusta

ser grandes en las construcciones, y todo eso es crujido inútil de hueso de pobres y lenta rutina de hacienda.

Ella no me siente rencor, ella me oye la pesadumbre en las palabras que se me vencen.

—Yo vengo, madre, de otra tierra pequeña; donde fundaron con modestia, y las justicias son menudas y cotidianas; la cara de la vaquera suiza es dichosa, y la tierra no se deja descansar para que alimente en todas las estaciones.

—Fueron los tiempos —responde—; las empresas y los hombres españoles eran anchos y majestuosos como las galeras. Les mandamos en los galeones el hombre de Castilla, *el tipo*, como quien manda aceros. Ahora hagan ustedes las otras cosas. Las manos de España eran para fundar en grande y cumplieron. Desmesuradas gentes: pero así es el espíritu, hija. Las manos de los que vinieron después, ¿no están para ordenar, ya sin revolución de conquista, uno como trabajo teresiano, de participación blanca de pan y de igualdades?

Se ha ido la tarde; la meseta es un desamparo de niebla vagabunda. La viejecita dice:

—Hija, te dejo; salgo a tu encuentro otro día, cuando dejes la Villa (Madrid). No quedes mucho allá, las capitales echan a perder a todos. Te llevaré contigo por los pueblecitos. Si te place, hija, si es verdad que estás por las menudas gentes mías, que hacen el aceite y cortan las naranjas.

Y mi vieja de Ávila se queda en el paisaje, erguida y sin dureza, jugando con su bastoncillo de espino. Volteo la cabeza y la veo como un pino empolvado con la niebla.

Yo estoy doce días en Madrid, en la Villa, como dice la Santa. Después salgo para Ávila, siguiendo a mi Andariega, que allá nació, aunque viviera en todas partes. Ya el invierno ha avanzado. De la sierra de Guadarrama viene un viento como cuajar cristales en mi propia garganta. En la niebla, que pone un miraje marino, la sierra sumergida parece un témpano de mi Magallanes lejano.

Entramos en Ávila, blanca de escarcha que suena bajo mis pies con el ruido seco de las sandalias de ella... Pasa la plaza de la Santa, miro una estatua suya, que no me dice nada, ni su arropamiento ni sus fundaciones; pasan callejuelas pobres, cruzan vendedores y mujeres que yo saludo con una cándida simpatía, queriendo saludar "la carne suya".

Ya hemos recorrido Ávila, y el tiempo despeja; ahora en el cielo azul la muralla se recorta límpida; salimos hacia el campo para gozarle bien el contorno crestado y enorme. Ese era el paisaje de la Santa, esta desnudez de cuello de buitre entraña por sus ojos grandes. La inmensidad del horizonte le daba elevación cotidiana.

La primavera sacará, pienso, para aliviarme alguna ternura de trigos, hacia aquellas lomas.

—Son tierras de labrantíos todas las que mira —me dicen—. Vuelva a ver en el verano la bondad dorada que disimula esta llanura de Ávila, lo mismo que su Santa disimulaba con juegos y donaires su conciencia divina.

Busco la iglesia teresiana; me decepciona, por pequeña y confusa. No era así, recargado, el interior de su alma. Estoy entre

19 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 19 de julio de 1925, y en *El Mercurio*, de Antofagasta, el 4 de agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

sus reliquias, pero yo la siento más en una página de *Las moradas*. Me enternece solamente aquel cuadradito húmedo de su jardín donde ella con el hermano jugaban a hacer conventos.

Cuando salgo de Ávila hacia Segovia, mi monja pobre sale a mi encuentro de nuevo, y seguimos el diálogo de la meseta.

—Madre, ¿y por qué sacudiste tus sandalias al salir de Ávila una vez? Tuviste un segundo rencor, mi ofendida. Todavía discuten aquí los sacristanes de la catedral, sobre si al morir dijiste que te dejaran el cuerpo en Alba de Tormes o en Ávila. Solo oyeron una *A* grande... No se conforman con aquel dedo de tu mano; te querían entera, exhalando tu olor de flores por encima de la muralla centaureasca.

No me niega la sacudidura de las sandalias.

—Te hicieron vilezas, mi vieja Santa —continúo—. ¿Dónde fue aquello de echarte de un convento, en tiempo de nieves? Tus confesores tardaron en creerte la maravilla interior; lo de tus cartas al rey parecía política y soberbia, y las comunidades relajadas ortigaron tu vida de murmuraciones.

—¡Ay, hija, y qué tonterías abultas! En la luz de Castilla, luz de espejo enjuto, cuesta creer eso de los arrobos, y es muy justo dudar, y hasta bueno. Era yo, es cierto, monja un poco dominante. Como quien trae, hija, encargos grandes que cumplir aquí abajo, y acicateando a las gentes para que los cumpla, se vuelve majadera del Señor. Cuando me echaron de un convento, hija, salí con irritación. Mas lo miré desde lejos y no era mío, era de la loma y de la atmósfera. ¡Qué ganas tuyas, mujer de Chile, de hacer las cosas y quedar con ellas! Ni con las coyunturas de tus dedos vas a quedarte. Mira bien a mi Castilla, para que aprendas desposeimiento.

Me viene la estrofa amada y entiendo:

*Ya toda me entregué y di  
y de tal suerte he cambiado,  
que mi Amado es para mí  
y yo soy para mi Amado.*

—¿Y cómo te dio por eso de las rimas, a ti, mi monja administradora?

—También lo has leído: se me cayeron de entre los dedos, y no son muchas. Tú las haces, yo me las hallaba algunos días como frutas redondas en el regazo. Entonces las recogía para mis monjas, hija, para ellas.

—¡Cuenta, cuenta!

—Que eso también viene del amor, y no del pensamiento con jadeo. Oye: en cuanto vuelves y revuelves, lo que vas a decir, se te pudre, como una fruta magullada; se te endurecen las palabras, hija, y es el que atajas a la Gracia, que iba caminando a tu encuentro. Para eso de los versos, te limpiarás de toda voluntad; el camino no es de empujar nosotros hacia Dios, sino que Dios empuja los conceptos hacia nosotros. Entonces ellos hacen sin las aristas de las cosas que aquí hacemos, con esa redondez de naranja valenciana. Y no olvidarse de que ello es un juego gracioso con el Espíritu, y nada de cosa para engréirse, ni que libera de hacer las otras, los trabajos duros. Como jugar con los niños (ya que no se tuvieron hijos), como entretenerse con el agua que corre así, nada más, es eso de la poesía.

Cruzamos un arroyo. Mi vieja lo saltó muy ágil y se puso a mirarlo del otro lado.

—Quisiste mucho el agua, madre; dejaste metáforas perfectas y alabanzas de ella.

—A los místicos pertenecen estos elementos: el agua, el fuego y el aire. Tú tienes el fuego, pero no el agua; te quemas sin refrescarte en la alegría. ¡Cuidado, que del fuego con la tierra sale la yesca! El estar con Dios es meterse en el fuego; el bajar hacia el prójimo es descender al agua, para enternecerse.

Al mediodía, Castilla, sin viento, está como detenida en el tiempo. El paisaje entero es el éxtasis de la Santa. Entonces le digo sin mirarla:

—Cuéntame de tus arrobamientos, madre.

—No se te ocurra, hija, como a otros vanidosos de tu tiempo andar buscando arrobamientos. ¿Sabes cómo es la Gracia? Mira: se entra en el cielo como por sorpresa. Como cuando apoyados en una puerta, que no sabíamos que existiera, ella de pronto cede. Tenemos la cabeza inclinada en un trabajo, se borda una casulla o se poda un naranjo; de pronto el cielo se abre y se camina hacia las cosas secretas, pero la puerta se vuelve a cerrar y has de seguir podando.

Atravesamos un pueblecito callado, casi atónito en la llanura. La pobreza lo cubre como un musgo muerto. Hasta mis pasos se hacen pesadumbre. Sale de una ventana una cara seca y dura. El rostro voluntarioso se divorcia de la calle muerta.

—Madre, ¡qué pobres son tus pueblos de Castilla! La abulia ha hincado en tus gentes. ¿Por qué tú la dejaste, tú la de manos ardientes?

—Otros pobres distintos de los tuyos, hija. Yo conozco la cara de tus pobres, quebrada de humillación. Tú también tienes su boca sin esperanza y su voz rota. Anda mirando, hija, el semblante de Castilla. No viste otro semejante en el mundo. Todavía es pura voluntad en el labio enjuto y la voz que gobierna, aunque pasaron las ínsulas.

—¿Qué es eso de la abulia? Tu tiempo se ha envilecido tanto, que ahora, hija, que confunde la voluntad con la codicia y llama abulia al no negociar, al no hacer viajes. Hija, la voluntad española guerreó y conquistó cuanto había que conquistar en la tierra, unos siglos, vuelta hacia fuera. Ahora se ha internado y anda por el alma, tremenda como antes, anda en la pasión de amor y en el gobierno de sí mismo. La mística, ¿no es una terrible voluntad de alcanzar a Dios? Y el amor español, ¿no será la más roja de las voluntades que andan por el mundo sueltas como tigrecillos?

Asoma Segovia y mi monja grita:

—¡Mira sobre esa loma el convento de Juan de la Cruz!

Yo veo debajo de una loma un monasterio que tiene a la entrada un temblor de cipreses oscuros. La loma es suave como una mejilla humana. En una arruga de la loma, hecha como voluntariosamente dulce, se asienta el convento, donde el otro seráfico oía a la noche en un silencio de calidades preciosas y trabajaba con ella como con una entraña de Dios. Abajo, el río que hería la noche con un pulso inaplacado. La loma daba a Juan el Asiático, en el brocado quemante de la tarde, la metáfora abrasada que él tuvo; a la media noche, sin color en los ojos y sin los aromas del huerto conventual, él decía en su celda ceñida la canción de la “fuente secreta”:

*JQué bien sé yo la fuente que mana y corre,  
aunque es de noche!  
Aquella eterna fuente está escondida,  
¡qué bien sé yo do tiene su manida,  
aunque es de noche!  
Su origen no lo sé, pues no le tiene,  
mas sé que todo origen de ella viene,  
aunque es de noche.  
Sé que no puede ser cosa tan bella,  
y que cielos y tierra beben de ella,  
aunque es de noche.*

Entramos en el convento y las dos mujeres besamos, lado a lado la sepultura de aquel que le dio a ella doctrina para la búsqueda de lo secreto. Y yo aprendo de nuevo que es de varón de donde la mujer tomará siempre carne de hijo o carne de Dios, porque sola, ella tantea en el mundo como en una caverna ciega.

III<sup>20</sup>

Cuando Ortega y Gasset se pregunta si Castilla, la seca, ha hecho al hombre o el hombre seco hizo a Castilla, y acepta lo segundo, tiene razón.

No hay tierra árida que así se quede si aloja un tiempo a criaturas que tengan apetito vegetal en los cinco sentidos. Como este apetito es casi la naturaleza humana, muy deshumanizadas han debido andar las gentes que no se han irritado aquí con la sequía, como con un adefesio de su aliento y hasta de su piel, y no se han puesto tercamente a enmendarla. Porque se la vence, y bien, a la sequía, más fácilmente que a la exuberancia viciosa y húmeda del Brasil o la India.

—En toda esta vastedad calva que vamos atravesando —me dice un compañero de viaje— puede crecer el pino vulgar, sin gran pena. No lo han querido, sencillamente.

“No los han querido”, me repito yo, adentro. Es el apetito del ojo y del olfato el que les ha faltado. El hombre más sensual del otro lado, el francés, no sabría vivir sobre este llano como sobre una armadura, y criar aquí niños, y amar mujer, y hacer fiestas, sobre este escudo liso, muy caliente en julio, y frígido en enero.

<sup>20</sup> Escrito en Madrid y publicado como “Otra vez Castilla”, en *El Mercurio*, de Santiago, el 25 de noviembre de 1928. (N. de los Eds.).

En Sevilla los otros sensuales (y el adjetivo aquí es limpio como un niño) no saben vivir sin su patio enrojecido de tiestos de barro, con plantas de floración y de olor, porque en ellos la piel despierta goza bien la frescura y el ojo muda los colores, como se mudan los alimentos, a causa de que se nutre de ellos; el olfato usa también el modo de disfrute de la tierra que Dios le diera y no se queda como sentido vacante y baldío.

El castellano se ha metido los cinco sentidos, tronchándose-los en la bujeta del alma, para que sueltos hacia afuera, no le diera guerra a ella. Solo que, y San Francisco lo sabía, suelen los sentidos secarse por la tronchadura, y ocurre que el alma les sigue y se apaga después de sus servidores, con asombro del celoso que la defendió dramáticamente, matándola.

El hambre de extensión verde es para mí entre las más nobles avideces que llevamos, y yo no sé vivir en paisaje que no me la aplaque y, además, me la revele. Ruskin decía, para convencer sobre multiplicaciones de parques, que no en vano Dios puso al hombre en un jardín. Es cierto: y qué jardín, del que no estaba ausente ni una casta de naranja, ni un orden de helechos, ni una manera de palmas.

Nunca me han faltado a mí las gentes hasta hacerme llorar de pena, como me faltaron los pastos circundantes en aquella desventurada Antofagasta. Era más que un sentirme infeliz, un hallarme vil en la tierra fea: como el lagarto al que le basta el sol brutal, o como las hormigas, que tampoco necesitan de hojas jugosas. Porque lo floral no es lujo, según se cree, que allegamos a la vida, no es puro recreo, sino condición vital primariarísima. Lo floral añade, además, la dignidad, que es lo bello, y sin esta dignidad de la hermosura el negocio del vivir se aprebaya infinitamente, reducido al esqueleto casi deshonesto de las necesidades inmediatas.

Yo no me acuerdo de dónde era don Alonso de Ercilla. De aquí debía haber salido, si hemos de justificarle el desdén sin

nombre con que trató a la naturaleza araucana, la cual nada le importó en su poema superabundantes de octavas.

Pero hay un poco de simplismo en achacar la desolladura de Castilla exclusivamente a la índole castellana. Existe el latifundio, que constituye en cualquier parte causa de abandono forestal; ha existido el latifundio español, padre del nuestro, y que si en América no mató como aquí la belleza del suelo, es porque aquella tierra se repuebla sola y es opulenta a pesar de sus calamitosos dueños.

Dudo yo de que la dureza y la pereza del castellano desperdi-ciara el suelo si lo hubiesen repartido. En el gozo que saca de la tierra labrada un francés, la mitad viene de la posesión física de ella. El embellecimiento ha llegado después del don que se deseó largamente, y como su ceñida consecuencia. Aque-llos triángulos y rombos de verdura perfecta que se llaman la llanura del Ródano, la del Loire y la Normandía, confiesan y alaban la distribución, la decorosa y honesta división del agro francés. Solo que allá el campesino, alegó, pidió y convenció, con una adultez ciudadana muy anticipada a la nuestra, y que en Castilla el campesino ha perdido flojamente o no ha per-dido hasta ahora.

Mi última visión popular del viaje pasado a España fue, al embarcarme en la Coruña, un mitin de campesinos amasado en una plaza en torno del cura y líder agrarista Basilio Álvarez. Él hacía la peroración que yo le oí entera, tan extrañada como contenta de ver la sotana metida en esta empresa. Nada de oír a quemar trigos ni de dejar la cosecha pudrirse amontonada, sino el concreto anhelo y la enjuta petición de la granja multi-plicada hasta servir a toda la Galicia campesina, y, con esto, la liberalidad en el manejo de los préstamos agrarios.

En mi ternura (que más que pasión ternura es) de la España nuestra, anda vivo este bulto de cura, que con la mano de la eucaristía y con la boca libre hace el alegato del pan gallego.

Tuviera Castilla veinte curas de estos y en unos pocos años más encontráramos el paisaje unánime, gozosamente tijere-teado por los cercos que prueban el parcelaje.

Ya sé que el lector, con indiferencia agrícola o con malicia de interesado en el mal, hace un mohín pensando en cómo me he vuelto de positiva, que no me acuerdo de que esta aridez de Castilla con que quiero acabar, hizo como ciertos suelos los cristales, a los místicos que yo admiro uno por uno, como la aristocracia espiritual de España y de la Europa misma. No: yo no me olvido de la consabida fórmula: a mayor desolación del paisaje, mayor ahínco de la mente en un objeto privilegiado y a mayor aridez más perfecta fiebre, de aquella que dicta las *Moradas* o el *Cántico espiritual*.

Me acuerdo también de la ocurrencia de alguno delante de un retrato de duque, y que aquí viene al caso: "Estos dos árboles tipo, del fondo, no serían posibles a no existir un parque de cincuenta hectáreas en que han podido ser elegidos. Sin las cincuenta hectáreas no hay probabilidad de esos dos superárboles, árboles Apolo, árboles plutarquianos, y sin ellos, esa cabeza no sabe dónde apoyarse dignamente".

El cuadro importaba mucho, importando siempre más a cualquier cristiano que no sea esa cosa repugnante que se llama el esteticista, las diez guirnaldas de eras para diez familias, que ese dominio, vuelto trigo, regala.

El sentido feudal de la vida resiste de tal manera en su aspecto de abuso como en sus aspectos nobles, en esta España, que un amigo en quien me fío, me cuenta lo siguiente, y sin ningún asombro:

El pueblecito A, de Castilla, se ha disuelto, así, como se dispersa el bello núcleo de una casa, con tres camiones de mudanza... El pueblecito A se había formado sin gana del dueño de la tierra circundante, en el corazón de su dominio, que él guarda rabiosamente para la cacería. Él había tentado en varias

ocasiones suprimir, “a las buenas”, el caserío lindamente intruso; pero los campesinos, que habían levantado sus casas en barro, a lo español, y no en zinc o madera, como en el Mississippi, se hacían sordos y seguían viviendo a su gusto entre pinares y encinas propicios. El terrateniente, que tiene vicio cinegético tan fuerte como Don Juan el suyo, y como cada español cualquier pasión que adopta, buscó el camino recto, que aquí quiere decir el brutalismo y cortó el agua al pueblecito. Feudal, ultrafeudal, y ejecutivo a lo Hernán Cortés en el valle de México.

En ocho días, la “movilización” se cumplió y allí está, para que la sientan y la cuenten Azorín o Miró, una aldea inusitada, con puertas abiertas y negras, y todavía oliendo a dulce vida de hombres, a cuyos huecos tal vez vayan a alumbrar a las bestiecas que el invierno maltrata y donde ha de alcanzarlas el amo, capaz de llegar al seno de Abraham en persecución de gamo o ciervo.

Los místicos, ese inaudito lujo humano que se permitió Castilla la pobre, se han acabado o cuando menos ralean bastante, y ahora hay que quebrarle al paisaje la feudalísima unidad, con línea de cipreses, de sabinos o de cactus, dividiendo parcela y parcela.

La dictadura se ha dado cuenta del daño, por viejo, histórico, y comienza con brío la reforma agraria. No es cosa de cinco ni de diez años. A largo error, más larga enmienda. Tan paralelos iban el pecado español con el sudamericano del acaparamiento de la tierra, que en cuanto aquel dijo su mea culpa, el de Chile lo ha repetido con idéntica sinceridad.

Mi conciencia, tantas veces afligida de esta vieja perversidad en que todos tenemos algún grano de culpa, se alivia un poco con mi certidumbre de que la raza española, la de aquí y la de allá, pone el arrepentimiento en la misma vehemente escala del pecado, porque solo sabe trabajar en grande. Nuestras reformas agrarias pueden ser las más gallardas y ambiciosas

de cuantas cuaja nuestro tiempo, para lavadura de nuestro baldón vegetal.

## I V<sup>21</sup>

Una de las cosas perfectas entre las que se posan sobre la bandeja de este mundo, es el cielo de Castilla, cristal de cristales, unas veces claro dulce; otras claro duro.

Venir en la estación fea, que dura ocho meses, del invierno europeo; llegar desde Berlín, Bruselas o París, o subir del Mediterráneo. Se dejan atrás las borras indefinibles de unas plebeyas atmósferas industriales y se entra en un cielo patrício, de una metalidad a la vez ligera y terca; se cae dentro de un casco seco y luciente, que en un día limpia los ojos del mal mirar y del mal percibir, y que los rehabilita. Se ha llegado, de veras, al reino de las metáforas de Santa Teresa, y aquello que nos cubre es una piedra preciosa, el diamante que ella cortó y contó.

Mejor que cubrir, este cielo rodea. Es tan grande, que no resulta techo, sino ámbito, hondura de campana o de valva, y también un manto repentino de aseo sobrenatural que nos dignifica con solo caer sobre nosotros.

El viajero mire el cielo: él solo vale el viaje; tal vez no se lo halle en otra parte. Se necesita de una fantástica sequía del suelo para que la atmósfera llegue a tener esa castidad cabal y se devore así vahos y nieblas. La transfiguración teológica de este cielo significa una obra maestra de eso que llaman la geografía física. La tierra renuncia casi a toda materia, espesa para que el aire se parezca lo más posible a los aires celestes,

<sup>21</sup> Texto titulado “El cielo de Castilla”, escrito en Ávila, en 1935, y trascrito desde su Legado de la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

a aquellos que los místicos describieron como una meteorología real.

El cielo de invierno es de un azul riguroso y que se diría químico; no hay condescendencia en esa espada en reposo que han tendido para guardar a la meseta de todas las sensualidades. Ese cielo no recibe nada de su lonja de tierra, ningún resuello industrial o zoológico. Parece pensado y logrado por los *Ejercicios espirituales*, de Loyola, y es como ellos, voluntad fría de un orden y de una norma absoluta. El cielo de estío ya será menos viril y aceptará puerilidad en la jugarreta de las nubes, niños del cielo. En nuestra cordillera se logra esta calidat de nube ingrávida. Pero lo que allá se alcanza a dos mil metros, aquí se tiene a ochocientos.

La tierra de Castilla no se infantiliza casi nunca; no amasaron su geología elfos ni duendes bailadores. Esta es una geología de ceño voluntarioso y que no juega ni deja jugar con ella.

La infantilidad aparece solo en ese breve cielo de estío. Allá van, sobre el mismo cielo de volición pura, unos donaires como los de la prosa de Santa Teresa, guirnaldeando un momento en la siesta.

La noche de estío vuelve a ser lo que el cielo del invierno: enjuta y rasa como el peto del centinela. Las estrellas acribillan y se acribillan menos que en nuestra cordillera, pero siempre son la noble criatura tatuadora de cielos más próceres.

A nosotros, americanos de unos limos fermentales, dueños de una tierra lagar que hierve de mostos de vida, es el suelo que nos provee de la embriaguez necesaria para la oración y los actos, para el mirar, el gesticular y el obrar.

Los vinos heroicos de Castilla le vienen de lo alto, y siempre le vinieron de lo alto, y su divino lagar sigue estando allá arriba; más ancho que cualquier llano nuestro, cierto e impalpable. De allí bajaron y bajan los ángeles del consejo y los de

las órdenes. La escalera de los sueños, la de Jacob, aquí ni se estrecha, como la hizo Murillo, ni se rompe con el día: tiene la anchura del cielo mismo —todo el cielo es escala— y dura del día a la noche.

Viajero sudamericano que no mire la tierra, por famosa que sea la terrible meseta. Si es verídico, dirá mal de ella, y los suyos se lo oirán con indignación. Si es embustero, repetirá los elogios clásicos de la aridez como clima que acicatea las potencias del alma, y dirá de las verduras de este mundo que son unos regodeos viciosos de la mirada y la piel, sin creérselo.

Una que no te puede amar la costra telúrica, Castilla árida, afligida Castilla, Níobe al revés, de ojos secos, te quiere el cielo, presencia grande de su noche y purificación de sus días.

Desterrada del agro americano, sin poder ni querer olvidarlo, enviada en verdes tierras y en verdes ácidos, criatura nacida en botánicas dichosas, solo el cielo puede ser la parte suya en el hogar ancho de Castilla.

M A L L O R C A<sup>22</sup>

Los viajeros hispanoamericanos se sienten muy bien en Barcelona, que es muy ciudad, en el terrible sentido que ha dado a la palabra Nueva York. Pero yo ando por las ramblas con la nostalgia de las ciudades viejas, y en cuanto me salta el mar al fondo de las avenidas digo: "Hoy nos vamos a Mallorca".

Nos embarcamos de noche, para esta navegación que me parece de fuego. Me dicen los amigos barceloneses: "Mirar rápidamente Palma e irse a descansar a Valdemosa. Recibir bastante azul de Mediterráneo en los ojos, que se los va a quemar en Castilla".

Amanecemos en Palma. Vamos atravesando la playa, llena de barcas con sueño, tumbadas todavía por la alta marea. Entramos en la ciudad blanca, de la que dice Rusiñol: "Cuando desde el cielo miran hacia la tierra, ven un punto blanco, y eso no hay que preguntar lo que es, que es Palma de Mallorca".

Tres días de la ciudad. Se me quedan de ella la noble catedral, el parque y el castillo feudal con sus pinares. Están solos y me hacen bendecir el frío que nos aleja a los ingleses y nos entrega en paz el olor de los pinos. Visto la sepultura de Ramón Lulio y me leo una vida suya en una plaza llena de *pajeses*, es decir, de aldeanos que vienen a sus compras desde Soller y Miramar. Ando intruseando muy discretamente por los nobles patios de las casas señoriales. El objeto del viaje no es Palma, y salimos una mañana, bajo una niebla ligera.

<sup>22</sup> Texto publicado en *El Mercurio*, de Santiago, y en *El Mercurio*, de Antofagasta, en dos partes: la primera apareció el 26 de julio y el 15 de agosto de 1925, y la segunda, 1 y 15 de agosto del mismo año, respectivamente. (N. de los Eds.).

Se cruza el llano con plantíos de almendros, kilómetros y kilómetros. Yo creo la primavera de Mallorca, que no he alcanzado.

—Es solo comparable —me dice un mallorquín—, a la estación de los cerezos en el Japón. Hay dos semanas en que el hombre de Mallorca que vive en la península, si es fiel, siente la clavadura del llamado y viene a ver esos quince días de sueño en que los almendros retienen toda la flor. Entonces Mallorca es rosada y ligera como un tirso, y parece que pueda cogérsela y jugar con ella en este aire transparente. Si hiciésemos como otros el negocio de la hermosura de la isla, en esos días mandaríamos avisos a Inglaterra y Francia, un cable que diría más o menos: “Comienzan a florecer los almendros de Mallorca”. Pero la isla es como la esposa, y no se ofrece; el que llega a ella que no le vea agitación de feria en torno.

Ahora el paisaje se hace agrio: subimos y bajamos cuestas; en las quebradas está la niebla dormida y desnuda; la dejamos atrás y seguimos en el automóvil, que desgarra la mañana pura.

Empiezan los olivares, y con ellos comienza en nosotros la emoción de Rubén Darío, en la que viviremos. “Los olivos que tú pintas, Pilar”. Pilar está viva; al hombre indio que le hizo canción, lo hemos perdido ella y nosotros, para siempre. Asoma la Cartuja, llegamos a Valdemosa. Los hoteles son pobres: no retienen a la gente ni con estufas, ni con argentinos conversando en torno de una mesa...

En el comedor del hotel, yo pongo cara amiga a un gran brasero español. El ejemplar de hotelera es único en todo el viaje: una mujer lenta y callada, que no adulta a la clientela y no describe con adjetivos de catálogo su isla.

El pueblecito cabe en media mirada. Dos calles civiles; lo demás, un esparcimiento de cabreros por el campo; todo esto presidido por la Cartuja, como por un numen noblemente cansado.

Deshacemos caminos hacia los olivares. El paisaje es griego, es decir, de olivos, y de rocas marinas, hacia Miramar. Caminamos una hora en un silencio suave, como el aceite que circula por esta tierra, calma que no es la sobrenatural de las montañas.

Cruzan payeses cargados de aceitunas; son las gentes de mi valle elquino, digo a las dos mexicanas: son los hacendados que vuelven de la cosecha, conversando con sus peones, como en la Biblia.

¡Ya están aquí los olivos de Pilar! En una parte donde el viento juega más libre, está el olivar humanizado, de infernales o nobles actitudes. El viento del mar los ha labrado, durante siglos, con manos salvajes, con bofetadas y con el tacto fino de la brisa. Troncos doblados, en la actitud de la recogedora de aceitunas; troncos que parecen liberarse de sí mismos, como el monje de la Tebaida quería liberarse de su cuerpo. Troncos duplicados por un tajo en el centro con dos columnas vertebrales para la savia; troncos con el gesto blasfemo de mi árbol de la Patagonia, y dorsos que doblan la gravidez de la atmósfera, nos dobla la carga de una melancolía muy amada.

Están, voy diciendo, todos mis amigos en este olivar, y no lo saben. Si yo me quedo aquí vengo a conversar con ellos y nada me falta. Están mis profetas, mis santos y mis poetas. Este Isaías que da aceite y este Rubén deformé, pesado de aceituna negra, que mana; y este delgado y vigoroso, puro acero vegetal, que es mi madre. Faltarían los niños, pero los hace la luz, saltando en las ramas, al mediodía.

Las bocas de los olivos dejan caer silencio, grandes grumos de silencio grave.

*Los olivos que tú, Pilar, pintas, son ídolos,  
son paganos, cristianos, y modernos olivos,  
que guardan los secretos de los muertos  
con gestos, voluntades y ademanes de vivos.*

*Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra  
su carne, y tienen brazos, y tienen vientre y boca  
que lucha por decir el enigma que encierra  
su ademán vegetal o su querer de roca.*

Nos sentamos, hemos caminado hora y media con el paso vivo que pone el aire, y comemos lo que da de yantar el paisaje sobrio: el dulce de almendras, las aceitunas amargas.

Regresamos al atardecer, con los recolectores de la aceituna; procuramos entenderles su mallorquín, lengua insular, es decir, con golpe de mar y algún quejido de oleaje. Las mujeres llevan una falda anchísima y larga, verdadera burla para París, una falda de colores vivos, con pliegues redondos; anudan un pañuelo muy coloreado en el cuello. Acaba mi primer día de Mallorca, y yo me siento mujer mallorquina, desde las faldas de las mujeres, hasta la torcedura del olivo; nada me rechaza; se me crea un acuerdo con las cosas, que casi es la dicha.

## II

Al otro día es la Cartuja.

Después de las de Florencia y Milán, no tiene nada con que sorprendernos, la iglesia muestra cuadros vulgares; solo le han dejado, tras el despojo, una hermosa sillería del coro.

Pocos años antes de que viniera Chopin a Valdemosa, la Cartuja habría sido secularizada, por no sé qué gobierno liberal, y las celdas vendidas a particulares.

Es curioso el ambiente medio burgués y medio monacal en que se han convertido. La Cartuja está dividida en casas de tres y cuatro piezas, con un jardín cuadrado y exquisito. Gente rica de Palma y de otras partes han comprado las celdas, una por una. Cada hospedado celebra el tipo de vida que aquí se creó el monje, cómodo y puro, sin ascetismo y con belleza.

Por un ancho corredor de piedra, entramos en la celda que ocuparon Chopin y Jorge Sand. Dejamos que la guardiana nos informe del viejo escándalo, para no quitarle la complacencia.

—Aquí estuvieron —dice—, un músico polaco, o ruso, o francés, no sé bien, que estaba tísico y que traía una mujer atolonada; no se habían casado, eso se supo en la isla y no se les quiso. De la Cartuja acababan de echar a los monjes. Fue feo que la pareja, por ilustre que fuese, viniere a vivir aquí.

“Ella llevaba el pelo cortado y no quería mucho que digamos al músico; él vivía como un desesperado; aquí no se comprende a un hombre que en tierra tan linda, ande con malos humores.

“Además, no entendían a la gente mallorquina. El piano que el ruso trajo llenaba la Cartuja; la gente venía a oírlo. Después tuvieron lástima de él, pero no de ella”.

Eso dice la guardiana, duramente, como si aún la ofendiera la presencia de los amantes muertos.

Buscamos lo que queda como huella de esos días. El dueño de la celda la ha llenado de muebles y de cuadros modernos y malos; el jardín solo ha conservado algo: un naranjo viejo que miró al hombre de perfil un poco desolado, y a la mujer de Francia.

Otra celda es la que me importa, la que es casa de Pilar y donde vivió nuestro Rubén, con bastante vino mallorquín en su mesa y con su tristeza india, aferrada como un jaguar a sus riñones. Pero Pilar anda fuera de la isla, y yo no veré ni sus lienzos ni la mesa en que se escribieron las estrofas eternas de “La Cartuja”. No me enoja el fracaso: yo sé que he de volver a Mallorca y que andaré en todas las casas y subiré cada uno de los cerros.

A la salida nos sentamos a recordar. Conversamos de la pareja desgraciada. Yo no he amado a esta mujer en sus libros, pero

me gusta la *Historia de su vida*, en que nos dio su sinceridad para que nuestro juicio le fuera piadoso.

Jorge Sand eligió este asilo para ella y su hijo enfermo; Chopin quiso acompañarla; ya se hablaba de la tuberculosis del maestro, pero un médico le aseguró a ella que aún no la tenía.

Llegó aquí la familia irregular, que la aldea virtuosa no perdonaría; no podían entender a aquella mujer con dos hijos, que ponía entre ellos a su amante enfermo.

Diez páginas de su *Historia...* dedica Jorge Sand a su vida en Valdemosa, y tiene para el compañero, entre alabanzas a su genio, estas sombrías palabras para el hombre:

“Resultaba un enfermo detestable. Parecía un desollado al cual el ala de una mosca haría sangrar. El grito del águila hambrienta de Mallorca, el amargo silbido del viento y la desolación de la nieve, influían en él mucho más que el perfume de los naranjos y la cantinela árabe de los labradores. La profundidad de sus emociones no estaba en relación con las causas que las producían, porque era de esos en quienes el sistema nervioso se ha desarrollado con terrible exceso. Nuestra estancia de la Cartuja de Valdemosa fue un suplicio para él, y un tormento para mí. Veía el claustro lleno de fantasmas.

“Cuando yo volvía con mis hijos en la noche, le encontraba ante su piano, con los ojos extraviados y el pelo erizado, y tardaba unos instantes en reconocernos. Allí compuso los *Preludios*, que son todo obras maestras. Hizo uno de ellos una noche de tempestad en que yo tuve que regresar de Palma, pasando los torrentes a través de una inundación. Lo hallamos helado y enloquecido, tocaba el preludio llorando. Al vernos entrar se levantó, dio un grito y nos dijo: ‘¡Ah, yo sabía que habían muerto! ¡Yo también había muerto! Creía haberme ahogado en un lago y gotas de agua helada me caían por el pecho’. Eran las del tejado de la Cartuja, y su composición estaba llena de armonía inimitable de estas gotas”.

¡Pobre Chopin! Solo la sensualidad juntó a esos seres tan diferentes, y para castigo de la falsa alianza, fue cada uno desgraciado cerca del otro, partiendo la mesa sin partir el amor. La repugnancia del hombre enfermo penetraba por los sentidos de ella, a cada hora. El amor de los ojos resplandecientes, que no conoce la fealdad, y ve siempre pura la boca que besa, no era el de ella; y la paciencia, que está despierta a la medianoche para cubrir el pecho, no era cosa de ella tampoco; ni la sensibilidad que multiplica los oídos, que hace una piel atenta de todo el ser, para escuchar la queja del amigo, como dentro de sí, e incorporarse. Nada de eso era georgiano, ni fue dado al hombre calenturiento de los *Nocturnos*, “que la sola sombra hacía sangrar”.

Todavía cuenta una vieja de Valdemosa, rica de supersticiones y relatos, el escándalo campesino por la mujer de cabellos cortados, y yo y mis compañeras lo medimos, oyendo el comentario severo que en 1925 hacen en torno de la melena de su maestra de escuela barcelonesa.

Y es que el español de los pueblos de veraneo se diferencia absolutamente del suizo o del francés, en que no tiene indiferencia ni consentimiento para el extranjero que llega a vivir al lado de su casa; su decoro orgulloso no acepta.

¿Y nuestro Rubén, el otro huésped de Valdemosa? Casi todas las gentes de Valdemosa lo recuerdan y me lo describen:

—Era alto y pesado —dicen—. Andaba por los olivares como muy cansado, y hablaba con el dejo de ustedes, con el acento americano que nos dejó en la isla.

También tuvo la compañera sorda, a quien se da el acento cordial en vano, su Francisca Sánchez, que anda por el mundo recogiendo las miserias de su hombre cantador para abultar volúmenes.

—Estaba cansado —dicen los mallorquinos.

Yo me contesto a mí misma:

—Sí, cansado de las Américas poéticas, atolladas en ganado y mal gusto; cansado de las mujeres que amó como un sonámbulo, sabiendo tarde que su rostro no era noble como su estrofa. Cansado de hinduismos y persianismos religiosos, que no lo consolaron; de la discordia de su alma, en que habla como en un gineceo, siete almas mezcladas y en guerra; cansado de su sangre vieja de los tiempos de Netzahualcóyotl, de la feria literaria, cuya gritería escuchaba a través de su modorra de tigre enfermo; cansado de pobrezas nicaragüenses. ¡Muy cansado!

Y yo decía, caminando al pie de su celda, mi agradecimiento al almendro de Valdemoso, que le animó con su sonrojo y también a las cabras que le blanqueaban los repechos, haciéndole recordar las peñas griegas; a Valdemoso entera, que mana aceite para los cansados.

Se camina por la aguda tierra de Andalucía (no es dulce, es aguda o, si se quiere, agudamente dulce), recordando al árabe a cada paisaje perfecto que salta al ojo: se anda por las calles de Sevilla y Córdoba (no he ido a Granada) con su nombre en la boca, a cada fachada de cerámica prócer, a cada patio abierto, al que nos entramos, con buena o mala cara de los dueños.

Lo español retrocede; estorban un poco sus injertos intrusos; a trechos se le olvida. Tan impetuosa es todavía la presencia semita. Se miran con un impertinente cariño los rostros árabes rezagados que encontramos. Quisiéramos detener a este o a aquella, de facciones tenaces y leales, para que nos digan más de “ellos” de lo que sabemos, por si acertaran a contarnos lo que falta y que se llevaron consigo.

Razas más acendradamente cultas que las del árabe español y del judío español, que aquí se enderezaron, no las ha repetido el Oriente en ninguna de sus acampaduras geográficas. Ni en África, donde se quedó, ha conseguido duplicarla. Con razón se ha dicho que lo mismo árabes que judíos, en España lograron sus generaciones mayorazgas y que su aristocracia aquí se obtuvo como una gota de esencia, de cuya destilación se hubiera perdido el secreto.

Cuando digo “culto”, aludo a la manera de vivir, que es la piedra de toque de cualquier cultura.

Del mueble doméstico me voy acordando, de la muy preciosista mesa o taburete. De la estera delicada, en que duerme el Oriente todavía y que es más sana que nuestro denso lecho.

<sup>23</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 16 de diciembre de 1928. (N. de los Eds.).

La sandalia de cuero repujadísimo yo la veo. (Estos orientales que llama bárbaros el señor Massis, lo mismo que el indio mexicano, sabían y saben caminar bellamente, a causa de que el calzador normal, que también es el más bello, la sandalia, no les ha estropeado el pie ni la hermosura natural de la marcha).

De las calidades de su lencería se puede escribir largo. La lana noble, por sin mezcla, de que todavía hace su alquicel (capa) el marroquí de casta, como el lino de algunos turbantes, son ilustres aún en los mercados y vencen a las lencerías europeas, fraudulentas y bastardísimas en el material.

Su familiaridad con los metales finos, su viejo gobierno de crisoles y de fraguas, les hizo capaces de una cuchillería elegante, que se contrabalancea en rango con la china.

Su talabartería de Córdoba (en trance ahora de desaparecer) logró la montura fastuosa, digna del caballo ejemplar, que pasó a ser española y dio para México el tipo de la que conocemos como nuestra. El gaucho y el huaso han acariciado en ella sin saberlo cosa árabe.

Sus patios, ellos solos, estos regazos velados por el arrayán, y en cuyas baldosas el sol espejea sin daño, valen por una creación en el orden de lo doméstico.

Y del buen lavar su cuerpo, eso que la Europa latina está aprendiendo todavía, ¿qué dicen los que al solo nombre de Oriente ven un gitano pringoso, apelmazado de viejos sudores?

Vale el párrafo aparte su pasión del agua. Hay que detenerse a entender y a alabar esta complacencia árabe del agua que no es solo calor traído del Atlas, sino urgencia diaria de dignidad corporal, uso feliz de la más bella criatura de este mundo, como diría San Francisco.

Yo he leído en algún *semitófono* que “de puro sensual, el mahometano ponía un deleite desmedido en el agua a cualquier hora”.

No, su pasión del agua se expresaba también de otras maneras, aparte de la muy física del baño. Ojo, y no solo piel sedienta, trae desde los tiempos de Ismael. Mete el agua en el centro de sus salas, en un chorro aplacado, y ahí la deja jugando sola como un niño. En los patios y los jardines, por medio de finas malicias, la violenta a fin de que se entreteenga y no pase, y crea esas filas de tallos acuáticos y esos toldos líquidos, clownismos del líquido elemento, muecas burlescas y musicales que se levantan y se esconden hacia los rincones del Alcázar. En aljibes visibles y ocultos, en aljibes alargados o redondos, ella está por todas partes, con presencia más querida —y más linda también— que la de la mujer. Y aquí es donde la penetrante metáfora del agua —sangre de la tierra— se palpa y se recibe.

Más que a la mujer la amó el árabe español y si se hiciera un reparto juguetón de los cuatro elementos mágicos entre las razas, a este pueblo yo le daría el agua, y no a holandeses y escandinavos lacustres, no únicamente por la razón de que aulló del anhelo suyo en el desierto, sino pensando en que cuando la tuvo la llenó de honra y la gozó como ninguno con sus amantes sentidos.

Pueblo culto, además, por su larga función agrícola y luego porque dentro de su hortelanismo, él selecciona más sagaz que otro sagazmente las especies aristocráticas: limonero, toronjo, naranjo, granado. El árabe, lleno de sentido decorativo, ve en estos árboles de orden casi apolíneo por la fronda sobria, sin exceso ni espesura junto con la aureola del aroma de los primeros, la silueta de friso.

Pero no solo adentro de la morada pone el árabe este designio vehemente del agua que vengo contando, sino que la llevaba también hacia lo circundante. Ellos vuelven huerta la provin-

cia; ellos hacen palmo a palmo las verduras españolas de las Valencias y las vegas granadinas.

Ingenieros por el cariño del agua fueron ellos antes de la ingeniería, padres de canales y regatos que hasta hoy riegan como por un mandato suyo la tierra ajena para otros domada.

La memoria de la sed se les había hecho odio de la sequía y hostigaron a esta, legua a legua, venciéndola hasta el horizonte.

Parecían decirse: “Nosotros la padecimos; mas en nosotros la sed del Yemen y del Atlas se acaba, los hijos que nos nacen tendrán sus ojos confortados en el verdor”.

Si a todo esto, aquí mal enumerado, porque enumera memoria mujeril, no le quiere llamar una cultura la familia presuntuosa de los Massis, ¿qué es lo que así se llamaría?

Al lado de las excelencias apuntadas, de oficios y de agros, yo no lo olvido, se había tendido como una sucia mujer, a empollar el aire, una religión sensualísima. Sin embargo, el islamismo fue muchísimo menos inferior que las animalidades de la vida colectiva contemporánea, con las que no pueden amasar ni los que las celebran, un subpaganismo siquiera. Cuando se ha visto la bestialidad intelectualizada que es el atolladero en el que el Occidente está metido hasta el pecho, la vieja náusea que sentíamos por la grasa doctrina del Profeta, se nos disminuye bastante. Esto era lo más bajo del Oriente, el primer jalón en piedra sin talla que aupó espíritu en el África no cristiana, y esto, codeado con algunos “instintivismos” de Occidente, casi se vuelve respetable.

La industria toledana del acero sigue manteniendo sus almacenes de armas y joyas, y con ello la honra artesana de Toledo, honra que cuenta entre las mejores de una ciudad. La venta de armas labradas decae a ojos vistas y la artesanía se banaliza en una muchedumbre de fruslerías mujeriles que hay que labrar, porque van siendo las únicas que sostienen el mercado joyero.

Si los comerciantes no tuvieran el buen gusto de conversar en sus anchas vitrinas los ejemplares próceres de espadas, de cofres y de ánforas, el ventanal se nos volvería odioso por la migajería dorada de que rebosa. El desmenuzamiento del metal toledano en cadenillas, prendedores y otros chismes corresponden a las atomizaciones que en otros órdenes han traído la costumbre y el gusto democráticos, y durará hasta que los nuevos patrones del dinero aprendan a comprar en bien propio y del artesano. Aquellas pulverizaciones del material y aquellos motivos cursilones del gusto recién llegado, si nos duelen a nosotros, más deben doler al platero, que se humilla mucho sirviendo la voluntad parroquiana.

Nos quedamos por esto entonando los ojos sobre los objetos mayores y de antigua factura, que han dado a los buenos orfebres ocasión de componer piezas de aliento y de lucir su capacidad, aunque ellas sean vainas de espada.

Los orfebres trabajan, almacén adentro, próximos a él, para que lo prestigien con su vecindad, pero no ya según lo hacía Europa medieval a la vista de la calle y hasta a media vía. Desde que los obreros de casi todos los oficios se metieron en sus cuchitriles, la gente se ha olvidado de que existen. Desde que

<sup>24</sup> Escrito en Madrid y publicado en el diario de esa ciudad *El Sol*, el 28 de noviembre de 1934. (N. de los Eds.).

apareció la máquina, arrollando cuanto no es ella misma, y aunque quedan algunos oficios sobrenadando y peleando su derecho, la gente cree de buena gana que cuanto compra es criatura industrial. Y como la máquina cuenta con la simpatía de la masa, y hasta con su amor alborozado, el comprador prefiere las telas o perendengues de fábrica, por creerlos más cumplidos y hasta más lindos.

En consecuencia, con todo esto, el artesano ya no importa a nadie. Es uno que está todavía, pero que ya ha pasado; vive como el muerto de anteyer, que todavía “peña”, yendo de casa a taller pero en fantasma... En la actividad ciudadana, cualquier grupo o menester es más ostensible que el artesano: industria, profesiones, y no digamos burocracia.

El taller es grande y lo ocupa hacia el fondo un largo mostrador o banco sobre el que se asientan las bolas giratorias de metal que forman toda la dotación artesana, y equivalen para la joya a lo que almohadón en la labor de la tejedora de Malinas. La bola gira y se ladea según el antojo del obrero.

El dibujo es cosa aprendida y no se trae novedades; pero para el extraño la operación resulta no pensada, y creemos de buena gana que el hombre busca el diseño, y que lo encuentra. Nuestro engaño no es completo: siempre salen las piezas un poco desiguales, dándonos gusto: siempre será posible que los dedos vacilen y que la hebra quede más subida o aplastada.

Nos agradan los ambientes artesanos. Los oficios poseen esa aura que los hindúes atribuyen al hombre, especie de irradación nuestra o de ajeno aliento. El aura del taller artesano contiene quietud, orden, calor y humanidad. Su desnudez no importa nada y tampoco la pobreza de la dotación, y mejor complacen con el desahogo que regalan al ojo. Los pulsos del oficio resultan delicados: la orfebrería fina es criatura silenciosa y martillea apenas; el oficio no hiede de bencina ni vahos agrios, y solo da el tufillo de alcohol de su soplete. Ni jadea ni apesta el taller; tienen un mínimo de fábrica y mucho de

casa. Tal vez sea un taller de orfebres o uno de marquetería o de tapices, los más gratos interiores logrados en este mundo para trabajar y convivir.

Seguimos al artesano sus ademanes, que son perfectos como los de un dibujo chino: el brazo se alza, la cabeza se vuelve; se coge o se tira el material con unos gestos bellos de puro usados, de eternos. La llamita colorada del soplete, azul en su almendra, se apaga y se enciende cuando hace falta. El oficio, que pertenece a los del fuego, estaría manco sin esta presencia mágica, y nos olvidaríamos de la fragua madre.

Entendemos la mocedad de los orfebres; se aprenden estas paciencias en la niñez o no se cogen más tarde. Cualquier trabajo anterior que no fuera artesano, lo estropearía con las brusquedades del obrero común. Tampoco le será dable otro menester posterior, aunque lleguen tiempos peores para la joyería. El artesano se apega a lo suyo como el molusco a la quiebra de la peña, y allí vivirá bonanzas y hambrunas. La artesanía se aleja tanto del trabajo industrial, que tienen cierta razón los obreros en mirarla como un negocio diferente del suyo. La posición del artesano se vuelve de más en más penosa. Los trabajadores lo ven como a un burguesito encajado en su vecino, y los obreros intelectuales lo miran también de soslayo, porque se quedó en copista y no remoza sus modelos. Con lo cual se está el artesano en criatura anfibia, sin clasificación dentro del casillero primario y tonto, que nos divide en obreros e intelectuales.

El amor del oficio manual trasciende de su hombre; los que no llega todavía es el amor del oficio mecánico. El obrero tardará el siglo o más en dar amor a su armastoste helado y fijo. Demorarán mucho su cuerpo y su alma en llegar a la cordialidad pasada a ternura, que es la del artesano hacia su herramienta.

Convidado a decir, dice con gusto su oficio al que no lo conoce, y nos da su queja, que no echa a la calle ni lleva al sindicato.

—Estas joyas las hacen ya en sus fábricas los alemanes. Así salen ellas de atarantadas, pero las hacen. Las reparten a su gusto y aquí mismo en España se las compran, y nadie nos defiende el oficio que da de comer.

—Se venda poco o bastante, y se paguen los precios de antes o estos bajitos de hoy, seguimos haciendo lo mismo: ustedes comprenden que esto, una joya, o es perfecta o no se hace. Bajar la calidad del material o trabajar a lo atolondrado para vender más barato no lo consentimos por respeto de nosotros y del cliente. Como así, mi señora, y no se puede ser de otra manera.

Tamaña barbaridad de la competencia alemana o de dónde sea, levantaría en otro obrero una gran cólera; este artesano, pulido de lengua como de gesto, rezonga con una amargura mansa.

La joya de Toledo ya no la mira el español de pura costumbre de ella. Al turista botarate tampoco le agrada mucho, porque se le ocurre que el metal oscuro le da ordinariez.

Pero algún día puede venirnos el empalago del anillo y el prendedor de oros totales, que se vuelven irritantes de puro lucientes, y este objeto austero, compuesto de mucho negro y en el que se calla el oro cuanto se puede, volvería a gustar, y hasta del gusto rabioso, que son las modas. A mí me place esta joyería del árabe español, que me parece tener, como otras cosas suyas, resabios de sus *Mil y una noches*. Encima de esta joya, tal vez el creador pensaba su noche africana negridorada, la noche que sus poetas llaman “pantera negra de ojos de oro” o “basalto lleno de abejas”.

Barcelona, el primer puerto del Mediterráneo. A pesar de las Marsellas, puerta de Oriente, y a pesar de las Génovas, vaciadero de Lombardías industriales. El puerto mayoral del Mediterráneo sigue siendo, y de día en día lo irá siendo más, la Barcelona latina. Desde la altura válida del Tibidabo se echa la mirada sobre la ciudad, y se siente la satisfacción de medir y pesar la industria próspera de hombres que se llama una creación de ciudad. Se está contento del logro, por los catalanes mismos, y se les agradece esta hermosura urbana como una especie de servicio prestado también a nosotros.

¿Por qué no? Si alguna porción muy nuestra tenemos en la España de nuestros mayores, si hay una alusión amistosa para el sudamericano en tal o cual parte de España y que nos convoca a atenderla y a contestar, esta alusión recta hacia nosotros se llamaría Barcelona.

La afirmación es válida más para un chileno que para un mexicano. Nosotros no tenemos arquitecturas coloniales, abuelas regaladoras de los ojos: nosotros hemos hecho nuestro cuerpo ciudadano en un siglo. Las viejas ciudades españolas no nos convueven por unas formas frecuentadas en la infancia; no nos sentimos como una mujer de México deudos de la catedral toledana ni del palacio salmantino. Datamos como quien dice desde nosotros mismos y a lo más desde nuestros padres. Gran miseria de memoria, angostura afligida de pasado; pero al cabo realidad sin remedio.

Hay una serie de Barcelonas: la griega, la romana, la medieval, y luego, la catalana. Pero la última, la de ayer, es tan grande y arrolladora, que la ciudad parece una hazaña actual, lo mismo que la hazaña argentina o chilena.

Millón y medio de habitantes: barrios industriales, barrio comercial, sectores señoriales, parques, avenidas radiosas, de ser espléndidas: la urbe actual y futurista que se crea en Estados Unidos o Alemania.

Los sudamericanos hacen dengues y ponen mal gesto a la modernidad de Barcelona. Pujos arqueológicos y pininos de viajero correteador de ciudades sagradas. Bien sacro es lo que está vivo como los dioses, de punta a cabo y que exhala olor de sangre viva al moverse y al actuar. A este “sacro vital”, que fue el de los griegos, corresponde Cataluña, a ese culto mítico de las entrañas germinales y actuantes.

Industria en auge, campo labrado, comercio vivo, puerto con una belleza hecha de ajetreo y de gente sin hambre y que lleva la jocundia de los bien avenidos no solo con el mar, sino con su tiempo.

Y casas adentro, en tal calle quieta o sobre tal avenida arbolada, vive el catalán helenista, el profesor latinizante o el escritor mediterráneo, lleno de la sabiduría que se traen las olas comunes que van de Gibraltar al Oriente. La cultura catalana no hará ruido en Madrid, pero hace presencia y siempre con honra, en congresos de París o de Roma, sobre lenguas o arqueologías o ciencias sociales.

Bibliotecas de clásicos vertidos al catalán, que van en el número treinta; un movimiento editorial lucrativo y respetable, y una poesía viva desde Raimundo Lulio a Maragall, a José Carner o a Sagarra.

Brava y fina, gaya y seria Cataluña.

La leyenda, esta sí es negra.

Cartel americano del catalán: es fenicio, es tardo o tonto, habla un dialecto duro y costrudo; odia España y la lengua española.

El catalán como el abuelo griego cuida el comercio, pero al mismo tiempo se construye el alma con cinceles porfiados de cultura.

El catalán ha llenado su ciudad matrona de instituciones del orden intelectual más egregio. El catalán habla una clara y ágil lengua mediterránea, más rica que el provenzal y cargada de servicios a la latinidad. El catalán es inteligentísimo: no se logra la primera entre las regiones de España ni se la mantiene en altura de dignidad y de riqueza si se tiene un seso de yesca y una índole chata.

El catalán no odia a España. Tiene una muy lógica mente federal y vive dentro de ella. Como el primogénito medieval, se acuerda de quién es dentro del corimbo familiar (que corimbo es decir desigualdad nivelada) y tiene presente la calidad y el número que esta vez hace ángulo de su persona colectiva. Conoce su control real, lo cual está bien en pueblo como en individuo; sabe lo que ha hecho en su cuerpo propio y en el organismo nacional. Nada más que esto y nada menos.

Otras virtudes cría y nutre la raza catalana, que no siendo las cualidades vistosas de los carteles nacionales tienen para mí mucho sentido y mayor seducción.

El catalán posee el secreto, raro en latinidades, de la convivencia perfecta. Será eso ciencia de clásicos o instinto formado en sus coros y orfeones; sea lo que sea esta cualidad, a la vez subterránea y ostensible, constituye para mí la tónica catalana.

A pesar de Esquerras y Lligas. Son unos, se saben “unos” y viven su vivir en forma unitaria: afilan la diferencia de su conjunto en la geología nacional, llaman la diversidad dentro de su masa con el objeto de que en la entraña de la casta nada se desarticule y malamente se libere.

Pero cuidado con creer que en esta operación cotidiana de unidad estos grandes clásicos distraen o abandonan el senti-

do jerárquico. Porque viven un tejido vital labrado de siglos, son acérrimamente jerárquicos, y sobre todo en la cultura. Ellos podrían enseñar a cualquier democracia (ay, a las nuestras) la manera de vivir las igualdades civiles sin plebeyeces matorralescas y la de no perder en el gobierno del barco el sentido del puente de proa.

La ciencia de convivir tiene al lado de estos aspectos de asamblea, otros preciosos (que deberán contarse con lentitud) y que son los del convivir familiar y de los equipos gremiales.

El pueblo, que gracias al primarismo de la prensa, aparece como maestro de unos anarquismos vitrioleros, cuenta con la familia del tipo más puro que pueda gozarse en Europa. Familia catalana, cosa diamantina a fuerza de ceñidura y de pureza. Grupo literario o pedagógico barcelonés, industria insospechada de las capacidades regidas por la selección.

Vengan los que quieran a estudiar aquí cooperativas sociales o bibliotecas populares. Yo me quedaría el año y los años conociendo y regustando hasta ser capaz de enseñar a mi gente americana el secreto subterráneo y solar de la intimidad catalana.

Me los creía yo desde lejos separatistas encrespados y masas en rebelión lisa y llana. Me los he hallado sensatos mejor que vencidos y sin la irritación de los decepcionados. Me los he aprendido como la fuerte y profunda casta que son, digna de amor y más aún... de estima, merecedores de ser vistos y contados para los que han comido siempre respecto de ellos pura y necia “leyenda negra”.

Vino de España como oidor de la segunda Audiencia. Venía hacia el México estrepitosamente rico de la colonia; pero no a vender su justicia, ni a provechar de su alto empleo para conseguir extensas encomiendas; venía a mostrar, como Las Casas, que la España cristiana, la de doña Isabel la Católica, era verdad.

Pertenecía a familia principal de Valladolid, y, sin embargo, no se sumó a los españoles linajudos y soberbios que llamaron a los indios raza inferior, para excusar la explotación pervera que de ellos hacían.

Era varón ya entrado en años; pero con una reciedumbre de espíritu que le hizo quebrar la terquedad de los funcionarios españoles y la de los encomenderos. Su perfil era fino y un poco triste, y su figura alta se curvaba ligeramente; semblante el suyo de hombre que vio a las gentes más desventuradas que ha visto el sol: al indio americano, desposeído, enfermo, lacerado.

Un año después de llegado a la ciudad de México empezó su obra de fundaciones, que no había de cortar sino la muerte. A las puertas de México hizo la colonia de Santa Fe, a una vez hospital, templo, escuela y hogar de indios. Con su sueldo de oidor, que no era pingüe y que él no aumentaba con impuras “comisiones”, compró el predio para la fundación y fue dotando poco a poco la extensa casa. El indio que allí llegaba enfermo, lleno de desconfianza hacia el hombre blanco, conocía su misericordia en la tizana, en el baño, en el lecho

<sup>26</sup> Publicado como “Figuras de la conquista española de México. Don Vasco de Quiroga”, en *El Mercurio*, de Santiago, el 23 de septiembre de 1923, y en el diario *El Tiempo*, de Colombia, el 15 de abril de 1934, apareció como “Don Vasco de Quiroga, el fundador”. (N. de los Eds.).

suave y limpio, y ya no quería abandonar el amparo. Al curarse, quedaba incorporado a la colonia; podía llevar a su mujer y a sus hijos a vivir con él; cultivaba el campo, cuya cosecha se repartía entre la comunidad, y recibía para él y para los suyos vestidos y doctrina.

El éxito de esta primera colonia, la ternura reverencial que inspiró a los indios, hicieron que poco después se le enviara al estado de Michoacán a resolver un conflicto suscitado entre españoles y naturales. Fue allá y se quedó con los indios. Cambió su fácil situación de funcionario de la capital por el destierro de una región lejana y llena de peligros. A la tierra desnuda de hombres, abandonada por los indios en fuga hacia las montañas, atrajo gentes, a los mismos fugitivos, y fundó pueblos. Se fijó en Pátzcuaro, a orillas del lago, donde todo fue dirigido por su mano: calles, plazas, hospital, escuelas.

Las largas jornadas de a caballo no rendían al viejo heroico; los comentarios venenosos de los encomenderos, que refunfuñaban por el cristianismo cabal que acababa de aparecer en medio de ellos a disputarles al indio, presa suya, no le envenenaba; aquella faena compleja de “crear pueblos” sin más recursos que los propios y el trabajo voluntario de sus tarascos leales, no le agobiaba.

Como Moisés, él era todo para las gentes reunidas en muchedumbre en torno a su cayado patriarcal; escribía la doctrina cristiana en lenguaje llano y tierno para hacérsela amable; enseñaba a cada aldea una industria diferente para que no se creara entre ellas la maligna rivalidad.

Era un licenciado, un varón de finas manos, y se volvía por amor a sus indios dóciles, un artesano que pulía el guaje, que conocía los tintes y decoraba como un obrero chino; se tornaba carpintero en otro pueblo y enseñaba a hacer instrumentos musicales, guitarras y violines sensibles; en otros disponía el telar y dirigía el tejido de las telas de lindos colores. Era el hombre completo que sabe ser letrado entre los letrados

y maestro de obras entre los trabajadores manuales. Y además de eso sabía gobernar los pueblos, regirlos con una suave voluntad vigorosa, administrar justicia y crear la agricultura, llevando el primer bananero y las plantas de finas especies a la milagrosa tierra michoacana.

La iglesia tuvo para él una gracia, que sería excepcional si no se hubiera tratado de un varón maravilloso, en el que resucitaban los antiguos apóstoles: le confirió a la vez todas las órdenes, hasta el Obispado. Pastor más de verdad no han visto las Américas desde Bartolomé de las Casas.

Murió en Uruapan, anciano, “con muchedumbre de días”, como se ha dicho de los patriarcas. Su siembra de amor fue tan honda, que todavía los indios michoacanos dicen su nombre como sinónimo de santidad, como apelativo de excelencia, y hasta en la fuente que por muchos años dio el agua a Pátzcuaro veían el corazón de Tata Vasco proveyendo a su vida, refrescando su pecho cansado de iniquidades y lacerías.

Caminando a veces en México o en Guatemala por aquellas regiones de calentura solar y de casticismo en la costumbre, Chiapas y Vera Paz, asistida de esas dos noblezas del sol y de la tradición, me he puesto a pensar en lo que muchos otros habrán pensado antes que yo: en que tal vez los huesos de fray Bartolomé de las Casas entrarían en esas gredas como la abeja en su alvéolo propio, en su verdadero hogar geográfico, que sería ese.

Si se considera al hombre con un criterio botánico, sus huesos deben estar donde él nació, cerca del paisaje de su adocrinamiento y de las cosas que fueron la amistad más larga de sus ojos. Pero la criatura, al revés del olmo y la mejorana, y muy lejos del cobre o el estaño regionales, suele irse lejos a realizarse a sí mismo y a servir a sus semejantes, o a sus diferentes; suelen sus potencias hallar su excitación y su regalo en unos suelos los más extranjeros del mundo.

El oficio que traían escrito y prescrito en sus facultades, y que es siempre lo que más importa de la criatura, ya sea menester de soldado, de sabio o de santo, no les habló nunca o les habló bajito en su país, y en cambio en el otro se les enderezó y se les despeñó en la acción. España ha castellanizado en definitiva al Greco y la América nuestra lleva camino de declarar a Fray Bartolomé su padre por los tres costados de protección y también su hijo por el de la ternura.

Con cierta razón: Fray Bartolomé sale de España hecho un licenciado corriente, más o menos brillante, más o menos mozo de porvenir, y se embarca para las Indias del fácil nego-

<sup>27</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 6 de noviembre de 1932, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 14 de octubre de 1933, como “Fray Bartolomé”. (N. de los Eds.).

ciar y de yantar abundante; deja la costa suya en un velero de buena voluntad como un simple hombre de este mundo que ha estudiado una profesión en que ganar dinero con los pleitos del próximo, feos cuando no sucios.

Fray Bartolomé toca una tierra nueva de inaudita novedad, que es magnífica en los productos y miserable en el habitante, una tierra que ha sido tomada por su gente como pieza que costó ganar y que es justo retener con cuanto ella contiene. El hombre de los artículos de Código y de las buenas letras clásicas que sirven en el tiempo para lograr función administrativa o lucro comercial entra en ese nuevo ámbito de costumbre y de luz, y se muda en pocos años, gracias al choque (que nadie sabe hasta dónde opera) con la experiencia fabulosamente remecedora. La culebra no deja caer en el suelo más entero su pellejo de la estación de lo que nuestro Fray Bartolomé dejó caer al “hombre viejo” del Evangelio, para no volver a recogerlo en toda su vida.

Allá se quedará por muchos años, entre bosques y plantaciones, y cuando volverá a Castilla en esos veleros de travesía de meses, será solo para venir a alegar delante de unos reyes escuchadores, de unos clérigos acomodaticios y de unos encomenderos ladinos, sobre la América suya, adoptada por él como un niño ajeno, con nombre y lacerías.

Después de treinta años, volverá para quedarse en España, cansado de su gesta de fuego, que lo ha quemado, o echado de las colonias con disimulo por los capitanes. Y se vendrá a vivir en su convento una vejez que será aceda como la de cualquier vencido, o más que la del vencido común. Pero en esos años de preparación para el buen morir, él no sabrá hacer otra cosa en su celda que escribir sobre su aventura formidable, como un embriagado de cólera y de caridad. ¿Cómo se puede sustentar cólera y caridad en el mismo cuadro del pecho, cómo se puede detestar y defender en la misma página?, le preguntaban, y le preguntan todavía sus enemigos. Él les contestó y les contesta en su grueso libro donde hay bastante

espacio para entenderlo. Unamuno podría explicar también, él que ha vivido trance semejante y que suele parecernos un hermano siamés del fraile, que eso es muy posible, y dar el cómo y el porqué del caso enrevesado.

Los misioneros españoles fueron muchos; algunos de ellos, según lo aseguran Carlos Pereyra y otros historiadores, valían más que Fray Bartolomé como realizadores de sus planes y como beneficiadores de la indiada. Motolinia, Pedro de Gante, Luis de Valdivia, y especialmente el gran Vasco de Quiroga cumplieron un trabajo misionero, más eficaz porque eran pedagogos sociales y porque se fijaron en un cuadro de labor más modesto.

Siendo eso verdad, resulta sin embargo que para las masas lo mismo que para los intelectuales americanos, Fray Bartolomé sigue representando el misionero por excelencia, el misionero al rojo blanco, salido de un cristianismo vertical; y nadie arrancará ese concepto que está clavado con clavos y argollas en esos países.

La honra histórica de las misiones españolas crece en el continente a ojos vistas y cubre el horizonte histórico: no hay ninguna otra, ni la de los navegantes geniales ni la de los exploradores centaurescos que se la lleve en resplandor de prestigio.

Los educadores nuestros, guiados por Vasconcelos hacia esta reivindicación, declaran que sus métodos mixtos de trabajo manual y de instrucción alegre son los mejores que valgan con el indio (pieza tan difícil de tratamiento); los políticos habilidosos quieren remozar un poco y “preparar” para las indiadas unos sistemas colectivos que atrapen al inatrapable en esas redes dulces del trabajo y del beneficio en común; los escritores se desentienden todavía del Cortés que fue grande o del virrey Mendoza que lo fue también, e insisten en la glorificación de estos santos realistas que si de un lado estaban “locos de Dios”, estaban del otro llenos de intuición civiliza-

dora. Si la Iglesia hubiese canonizado a Fray Bartolomé, pasando por alto sus violencias, como ha excusado otras de santos en ebullición, entonces el nicho, la nave, la capillita rural o catedral del patrono cubrirían ahora el continente, porque los hubiese tenido en todas partes. La grave y ligera figura estaría reemplazando en el altar a los santos “afuerinos” que no tienen por dónde aferrarse del indio y que así y todo lo han cogido: el San Antonio paduano, el Niño Praguense o a la Teresita normanda.

Nadie puede imaginar el torrente de fervor, la reverberación de agradecimiento que un tal santo promulgado por Roma haría levantar en esos pueblos sensuales y místicos, donde un catolicismo criollo mantiene ardiendo el horno de la fe que en Europa ya se enceniza o se muere. Roma no ha querido, pero puede querer un día.

En oposición a este meridiano lascasista de la América, algunos peninsulares se han puesto a clasificar a Fray Bartolomé entre los autores directos de la “España Negra”, y uno de esos hijos dudosos que echan con su santidad vanidosa unas luces malas sobre su madre y dan margen al enemigo de ella para que la maltrate con palabras recogidas en su boca.

Nosotros, los de allá, creemos que estos rígurosos hacen mal estropeando a un español siete veces representativo de su casta.

La tradición de España —y la de cualquiera patria grande— es triple y hasta décuplo si se quiere, y no constituye un bloque, sino un manojo de líneas paralelas; línea de guerreros y políticos; línea de sabios y letrados; línea de santos. Esas tradiciones de violencia afortunada, de alta profesión humana, de inteligencia maliciosa o de inteligencia generosa, son cada una verdadera y resulta una niñería borrar con el dedo esta o aquella. Cortés se retiene dentro de la suya y Fray Bartolomé hace lo mismo para sus fieles. Aparte de que el hombre de hoy, en cualquiera patria, lleva en su cuerpo esas sangres emocionales opuestas y forcejea en vano contra algunas que

le parecen feas, o que lo son; y discurse a o plumea vanamente por echar fuera de su historia ciertos humores demasiados fuertes o venenosos de su último pasado. Las patrias tienen la terrible composición de las tierras fértiles, barro sano, sales, carbones, y algunas carroñas fermentales.

Sigo imaginando la fiesta americana al arribo de los huesos de Fray Bartolomé a nuestro suelo.

¿A dónde se destinaría las reliquias si nos las quisiera dar la España nueva? El andariego ambuló por varios paralelos tropicales con su Evangelio a cuestas, y mejor que a cuestas, ensartado a medio pecho, y ensayó el “plan de Dios” en varias regiones. ¿Quedaría en las Chiapas mexicana, de su obispado casi nominal o en la zona guatimalteca de la Vera Paz, lindo nombre que arranca de él, donde de veras vivió luchando mucho y realizó lo que le dejaron realizar?

Allá, acá, dónde sea, esos huesos bajarían como la abeja entra a su alvéolo propio; caerían en nuestras arcillas como un radio despertador de quién sabe qué virtudes secretas y serían honrados infinitamente, por las indiadas grandes e infelices todavía, y por el mestizaje lo mismo.

Esas tierras de su sede tropical, que espejean como el alma lascasista de una claridad no vista en otra parte; esas tierras hermosas que pagaron el sacrificio de Fray Bartolomé solo con la gratificación cotidiana de su belleza, convocarían a sus gentes, casi entendiendo el sucedido, “casi hablando”, para la recepción que el gobierno llamaría nacional; pero que sería del continente.

El orador y los recitadores sobrarían si se acuerdan de la frase dicha sobre el fraile por un historiador extraño y que deja saciados a los suyos:

—Vuelve a estar con nosotros Fray Bartolomé, “honra del género humano”.

El indio es sobrio; somos los mestizos quienes plumeamos largo. El indio entendería que eso basta, y que no rebosa la verdad de esas cuatro palabras que son supremas.

El doctor Pedro de Alba es una de esas complejas personalidades que creó y sigue creando la circunstancia mexicana.

El diploma de médico cayó a sus manos cuando rayaba la revolución. Era el momento de optar entre la profesión comodona, servida en despacho o clínica, y la profesión errante de curador de guerrilleros, por sierras y aldeas. Él tenía, antes que las otras, la profesión de hombre que lleva derecho a intervenir en las conflagraciones; a informarse de la novedad telúrica y a servir en el trance, sin mirar más. El doctor De Alba, mozo de veinticinco años, se echó, pues, a la revolución como médico y como soldado. Con la serenidad metálica de su temperamento, hace el relato de la guerra civil sin poner en ello el aspaviento del intelectual de guerra, pero también sin que nos dé el regusto morboso de la violencia, que suele haber en el soldado profesional.

Ganada la primera parte de la campaña, los jefes debieron aprovechar a los civiles más puros de la jornada, a los técnicos que eran hábiles para el servicio de una administración nueva. El doctor Pedro de Alba sería destacado por turnos hacia el Parlamento o hacia la educación o la salubridad.

Le viene de tal repertorio de menesteres la riqueza de su experiencia humana y esa como irisación del ópalo queretano, que es su sensibilidad. Él ha visto, en varios compartimentos de la vida nacional, la desventura, la exasperación y el alivio de su pueblo; se ha mezclado como la uva en el lagar, con el mexicano en agraz y con el maduro. En su conversación se ve el zigzag desconcertante, que el turista ilustre o el palurdo

<sup>28</sup> Publicado en el diario *El Tiempo*, de Colombia, el 11 de octubre de 1936. Incluido por Roque Esteban Scarpa en su libro recopilatorio *Gabriela piensa en...* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978. (N. de los Eds.).

—Huxley o Mr. Nadie— no entienden jamás: el México clásico, esencia decantada de la América, y el México popular, cantera estupenda de un tesoro americano.

Su naturaleza aristocrática, hecha de rigor para sí mismo y de asistencia paternal para su raza, me pareció siempre una pieza simbólica de su patria, y en consecuencia, un hombre elaborado para mostrarla por el mundo. Cada vez que lo sé en misiones extranjeras, su presencia me alivia y me deja tranquila por nuestra honra americana: él es un informado de su pueblo y es un leal al que no turban los espejitos de la vanidad o del halago.

Las virtudes de honestidad en la formación y de consecuencia hacia el asunto patrio, le vienen de su entraña de educador. El doctor De Alba dirigió algunos años la Escuela Preparatoria (gran liceo central de la Ciudad de México), y ha tenido el privilegio de conocer la convivencia con la generación mexicana que viene después de la que peleó. El racimo de su experiencia se ha doblado. Lector robusto de las revistas educacionales de Europa, estimador de las llamadas escuelas nuevas, primarias o secundarias, y hombre de espíritu crítico en cuanto a mexicano, lleva años de frecuentar la pedagogía última, de escarmenarla y de adoptar para su país lo que de ella queda válido, después de tirarles el vilano tonto o la vejiga del venenito descastador.

El doctor De Alba ha servido su segundo oficio suyo con un amor perfecto y con los pulsos mansos del artesano regular, que es el artesano eterno. Le queda de la revolución vivida y del magisterio escolar, una especie de reverberación de su espíritu formada de fervor humano y de confianza en el mundo nuevo que comienza a dar vagido.

Me asombró antes de conocerle bien, la pasión de su lascasismo. La familia moral del Padre Las Casas se compone de sus semejantes en fuego y en arrojo, y en aquello que los tibios llaman “imprudencia”. Es raro que el primer defensor mexi-

cano de Las Casas sea este hombre reposado, cuyas facciones se parecen más a las de Marco Aurelio que a las de Savonarola. Pero es que, según lo dije antes, está en él una prenda particular, muy escasa en gente americana, la que nombramos lealtad, y que aquí también puede llamarse con más modestia agradecimiento. Y si nuestra América, amiga de cualidades alucinantes, frecuentara esta virtud opaca, se volvería entera una masa de pasión lascasista. Ojalá el continente, que fue Vía Crucis larga, caída y alzadura constante del santo peleador, se hubiera quedado en el desgano de su reverencia.

Pero somos esnobs y somos descastados. Así es como van apareciéndonos aquí y allá unos extraños ejemplares de anti-lascasismo. Nombres simuladores no nos faltan a nosotros, los bizantinos inteligentes. Bautizar al revés también nos parece bautizar. Esa enemiga del Padre Las Casas anda por los papeles con el nombre de “fidelidad a España” o bien de “tradicionalismo hispánico”. Buen suceso nos traería preguntarle a don Miguel de Unamuno cuáles son las tradiciones de su raza. Yo me conozco, sin tener vistas muy completas de la historia nuestra que todavía, es un túnel lleno de materiales por alzar y poner en la luz, a lo menos unas cuatro líneas igualmente tradicionales de la españolidad colonial.

Primero, la línea real, abierta a plena honra con doña Isabel. La reina cumplió y rebosó su obligación, la natural y la sobrenatural de señora y dueña de hombres, a lo largo de un continente.

La segunda línea es la de los funcionarios, desde virreyes a alguaciles. Ellos están críticamente situados entre el mandato de doña Isabel y la tremenda presión de los encomenderos, los cuales forman una masa que corre entre la avidez del halcón y la del buitre. No hay instrumento más pendular que el de los altos funcionarios coloniales, ni caso de conciencia más visiblemente partida. A veces saben en bloque lo que deben hacer, pues hubo entre ellos algunos bastante probos y capaces; en otras ocasiones, son verdaderos pobres de espíri-

tu, metidos en una empresa enorme, por el favor bizco de la corte. En la mitad de los casos su mentalidad, y por lo tanto su conducta, se parece a la del encomendero como gota y gota de agua.

Viene luego la línea de estos, que son una odiosa gente, aunque el señor de Madariaga me recordaría, si me oyera el calificativo, que de ellos salen mis abuelos. Los tradicionales totalistas se empeñan en dejar salvada, bendita y relumbrosa, esta línea de los encomenderos, que es la única golpeada duramente por los americanos “revisionistas”, y en especial, por la crítica de nuestros historiadores de última hora. Sálvese o no la encomienda en cuanto a “único método posible de colonización y civilización, en aquellos tiempos y lugares”; cójase el asunto o no se coja con la mejor voluntad de justificar al encomendero tremendo, usufructuario de una conquista que hicieron sus padres, en todo caso la justificación resulta desesperada: el encomendero sembró, desde el comienzo hasta el final, la simiente de la disolución del Imperio español, con su glotonería sin superlativo en el poseer y su necesidad redonda en el manejar a miteros y peones. Un imperio de ese tamaño no se pierde por minucias y menos por azar.

Ahora viene la línea misionera. La alaban todos, entera o en grandes trechos, hasta los marxistas que le estiman el ensayo de colectivismo. En cuanto a aquellos que creemos en una moral como aliado de cualquier faena, incluyendo la del logro, tenemos la obra misionera como intento sano de manejo de unas masas indígenas, “en aquellos tiempos y aquellos lugares”. Pero en el campo de las misiones hubo varios modos e industrias morales: el lento, el acelerado y el político o el evangélico. El del Padre Las Casas correspondió naturalmente al más brioso y al apostólico en pleno.

No podía ser de otra manera. Pocas veces ha pasado por este mundo un alma, como diría León Bloy, más trabajada por el absoluto. Quería la colonización, según el santo quiere toda cosa, como copa de plata, limpia de bordes a fondo; quería una cris-

tianización sin sedimentos más o menos renegridos de explotación desaforada. Y, además, veía como nadie la honra española destacada sobre el presente y hacia el futuro, con un celo que solo tuvo en su medida doña Isabel, la gran escrupulosa.

Es grave cosa el que juzguen de un santo los mundanos. Y, digan cuanto quieran los enemigos académicos del Padre Las Casas, esos mundanitos tienen y voltean entre sus manos banales nada menos que la materia ígnea de unaantidad de tipo activo. Más fácil es entender y alabar a un santo eremita a lo “Padres del Desierto”, o de estampa a lo “Leyenda dorada”. Este santo hiere al igual que el cobre chileno, en crisoles que me he visto, y echa de sí un resplandor rojo que azora y amedrenta a los cristianos temblones que somos los más. Mejor que hacer el escándalo porque semejante criatura nos quema los dedos, sería dejar a otros el manejo del material ardiente.

A cualquiera, que no sea el jurista mañoso de la historia, y hasta... al poeta lírico, para que lo ponga en una buena cláusula bullente, o al pintor Diego Rivera, para que lo deje tatuado en un fresco. José Martí hizo de Las Casas la única semblanza digna que hayamos leído hasta ahora, gracias a que escribía a grandes brazadas de sinceridad y no atascándose en malicias de abogado ladino. El hombre de epopeya que caerá tarde o temprano a nuestra raza, cumplirá holgadamente el compromiso que tenemos con el fraile maravilloso, el cual regala de sobra bulto o lienzo para el canto épico. No sirve como material de leguleyo el padre incandescente, ejemplar genuino de la pasión española, y extrañamente renegado por muchos de los suyos.

Mientras eso viene, la América debería ponerse a cosa mejor que ensombrecer su misionero inicial, a quien dan ganas de llamar a veces el primer americano, cuando se leen ciertas páginas de su libro tosco y verídico. Un pago provisorio de lo que le debemos sería el dar su nombre a “ciudades”, a escuelas y a empresas indigenistas, en cada uno de los países mestizos que tenemos trópico arriba y trópico abajo. En donde él no estu-

vo, sea el Perú o el Ecuador, allí mismo trabó pelea por el indio y arrancó ventajas para él. El bien mayor realizado por la faena lascasista fue atajar con su llamado “escándalo” los envalentonamientos del encomendero o de su aliado, el gobernante.

Reducida la obra de Las Casas a hechos de ver y tocar, posiblemente quede solo un puñado de concesiones logradas y un montón de esfuerzos y de planes fallidos. Su ayuda real a nuestra raza fue la de remecer la conciencia del blanco con lanzazos de emoción o de miedo; la de poner un dique a su abuso incommensurable y, cuando menos, la de producirle un remordimiento ocasional. A esto llaman “crear un ambiente”. Lo creó, en algunas regiones de la América y en la misma España. ¿Qué más pedir de un hombre en el tiempo y los lugares aquellos?

El doctor Pedro de Alba nos hace el regalo de un libro que, sin ser el enjuiciamiento recargado de erudición de un revolvedor de archivos, tampoco es la viñeta sumaria de los autores de gacetilla. Su biografía corresponde a las que llaman de divulgación, a pesar de la gran dignidad de la lengua. Lectura es esta complacedora del averiguador delicado, por el esmero de juicio y expresión, siendo también en aquel México de masa abonada hasta para la historia, un libro que correrá en las manos del pueblo. Al que no sabe nada de un asunto en que todos debemos saber alguna cosa, le dará un puñado de razones no demagógicas sino jurídicas, para defender a quien nos hizo bien, y cuya defensa está en el brazo nuestro. ¿Quiénes si no nosotros hemos de hacer la guardia de esos huesos mártires, que se ajetreamon locamente como nadie, ni nosotros mismos, por causa de la América?

El doctor De Alba, el primero entre los amigos del santo, sitúa el gran pleito sobre el terreno de la legislación; sabe que en los otros está bien salvo y echando luces sobrenaturales. Él ha apuntado a la falla jurídica de la literatura lascasista blanca, y sus consideraciones de enjuto derecho significan la novedad y la utilidad más viva de la obra.

Haga el libro bueno su camino, y remate su encargo. Corra las rutas del continente lascasista, que son unas vías de carne, de la carne que él hurtó a la matanza de indios y de la ahorrada que está en nuestro corazón mestizo; informe, esclarezca y fije en viga los hechos, y deshaga la confabulación que ha venido a fraguarse —y miren ustedes cuándo, y miren dónde— contra el fraile que fue un legislador, más por instinto que por ciencia, siendo antes que todo, un santo español de cuerpo entero, ya sea que lo nieguen o lo acepten los españoles de ayer y de hoy.

Fray Luis está en la celda de su penitencia en Salamanca, castigado por su antojo de dar la Escritura en lengua vulgar, a lo que lo llevó de seguro tanto el gusto de ofrecer la santa palabra más genuina como el de oírsela en español.

Fray Luis vive las angustias de estar visto en pecado de infidelidad y de saber que lo que hizo fue por ímpetu de fidelidad. Siente ese desasosiego particular del que está culpado de algo y al cual el mismo que lo cree inocente suele ponerle un ojillo de recelo, sin creer aquello y creyendo un poquito... Es un alma de aquellas que la injusticia no voltea como un bolsillo: él no ha gritado contra la Inquisición, contra el papa ni contra sus colegas, golpeado por los tres. No se tiene en vano tanta dignidad al escribir y no se escribe en vano desde el primer jalón de la lengua para saltar como un pez picado por el anzuelo y echar denuestos sobre su propia familia; Fray Luis se ha callado y así se quedará cinco años, callado. (Son mucho cinco años cuando se tienen ya cuarenta y cuatro).

En la celda le hacen falta pocas cosas, al muy sobrio, pero las pocas son vitales y puede consumirse sin ellas: echa de menos su clase, donde día por día en la discusión, se batía el alma amiga de batirse, le falta el comercio de los alumnos que rejuvenece al hombre viejo; le hace falta el huerto ordenado de matas y de árboles como una página de Horacio que él tenía en “La Flecha”, y le hace falta la conversación tendida —¡terribles conversadores españoles!— con el ciego Salinas, hombre de voz grata porque es músico y amigo más cariñoso de tener pocos amigos, como los ciegos. Mas no le falta, pero duele y cuesta ir viviendo sin eso.

<sup>29</sup> Publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 23 de julio de 1932, tomado del diario *El Tiempo*, de Colombia. (N. de los Eds.).

Ahora tiene 46 años Fray Luis, y se va poniendo tierno y echando otras sus porfiás; sin madre vieja y sin hijos niños que soben su cordobán y lo vuelvan una badana dulce, él siente que la cincuentona, ella sola, lo va ablandando.

Doctor de almas, ahora guardado allá sin almas que celar, se mira muy fijo a sí mismo y se madura con esa vista parada. También la mirada fija, parecida a la del Buda, es peligrosa en la soledad, y él es un español del tiempo, un rico y un activo, que si sigue viviendo así de quieto, puede estallar. Fray Luis no puede más y se pone a escribir y a comentar... la Biblia —para eso nació— y a discutir adentro del comentario, como es rural, para eso también. ¡La cosa no tiene remedio! Él se inventa los interlocutores y llega a ver delante a Sabino y a Juliano (él será Marcelo) y el comentario de cada coyuntura del asunto será largo, para que cubra la noche vacante. Le quedará por resolver únicamente la falta de marchas a pie por la meseta de Castilla que de ser tan desnuda, parece nada más que senda.

Es un “Tratado de Dios” lo que él va escribiendo, y otro vanidosillo le llamaría así; él no, porque además de pretencioso, sería peliagudo como una reincidencia en lo que está purgando. El título que halla será modesto o disimulado: *Los nombres de Cristo*, y un repaso de apelativos divinos, un poco didácticos en la apariencia y al que le arde debajo de la brasa mística, la que ojea la Inquisición.

Fray Luis no es el frailecito manso, colgado de las estrellas de julio —las mejores estrellas—, que lee su Horacio en un jardín, maestro de unas serenidades cristalinas, al cual nos habían enseñado componiéndole el carácter según el ritmo que da su cláusula. San Juan de la Cruz fue lo primero y a lo último tal vez llegó el pobre de Molinos con medio cuerpo echado sobre el Asia. Ahora nos averiguan y nos enseñan, por ver si le desqueremos, un Fray Luis de pasión y de pasiones, algo revoltoso en su gremio de profesores teólogos (terrible, la conjunción), al cual un aircito destempla y le echa a per-

der el día una cara agria que le miró en un pasillo. Se pone a veces en las discusiones tan terco y tan ingenuo como Ponce de León y otras tan pendenciero como un Pizarro, de los de Perú.

Esas y otras novedades pueden contarnos los fojeadores de papeles, los malos y los buenos: no nos rompen adentro a nuestro padre Fray Luis, por aquello de que cualquier padre no es terracota, sino buen bronce adentro de su hijo. Nos pasará con él, lo que con la felpa genovesa, que los compradores *contadini* apretujan en la mano para ver si es felpa o terciopelo, y que después del apretón se queda lo mismo. Es posible que lo queramos un poco más, como al padre colérico que se encierra enseguida del enojo, llora largo en su cuarto y sale con los ojos colorados.

¿Su escritura que nos da paz no salía de un pecho con paz, sino con violencia? Cualquier confesor se sabe muchos trucos secretos y Fray Luis pudo hacer lo que el músico que apela al ritmo contrario para sosegarse, tratando su pobre sangre frenética como se trata a los niños taimados. Los pedagogos ateos —me lo sé de alguno— hacen sus gimnasias respiratorias con el mismo fin de aplacarse. Les admitimos a los “factores” del segundo Fray Luis que esa cláusula suya, de felpa, buscaba sosegar sus pulsos al galope y que ese levantar la cabeza a lo alto, era un apetito furioso de paz, era un querer mamar la leche del cielo que es el sosiego puro.

Hay que acordarse también de que apasionado y violento suelen ser cosas distintas: el uno se sangra y el otro sangra; el cuchillo vuelve la punta.

Los tiempos actuales, por otra parte, son muy dinámicos y le hacen un favor a Fray Luis sus críticos en trocarle la estampa que tenía, casi de santón, de rezador embobado, por esta de hombre de carne y hueso, enojado con los pedantes de la universidad y los fanáticos de la calle, y peleando su derecho a enseñar, él, teólogo entero, en vez de los teólogos a tercias. En su hebreo resabido se apoyaba y en su castellano tan suyo que

él lo estaba haciendo en esos años como se levanta la buena casa donde había una casucha provisoria.

Hay que acordarse aún de que Fray Luis era un agustino y que por algo había escogido para su pastor al africano. Se le atravesó al paso no el diferente que corrige (el franciscano pudo ser este), sino los dominicos, más batalladores que él, y pasó lo que tenía que pasar.

El socio de veras importante del alma en este mundo, el cuerpo, le falló a Fray Luis, y posiblemente aquí está la razón de lo demás.

Flacucho como lo da su retrato, enfermo siempre, débil en cualquier miembro, traicionado por ese amigo que en casi todos nosotros es leal, puede decirse de él como de San Francisco que para poder algo con semejante naturaleza, debía hacer las cosas todas “con la voluntad” y no con las manos, las espirituales y las corporales. Por eso le dolía al pobre el alma magullada en la obligación de hacer lo de ella y lo de otro.

Inquisidores y priores le hurgaron en los pecados posibles y le sacaron a relucir orgullos y rebeldías, aunque no le arrancarían de la garganta un grito efectivo contra la Iglesia. Su pecado, si hemos de hallárselo, el único que tiene prueba, sería el mismo casi vicioso (lindo vicio) del estilo; su delectación visible en metáforas y armonías muelles, su mucha regaloneería con las palabras “que son sombra” según el monje. Los jefes le buscaban el santo y a lo menos el justo, y no entendieron que “eso” era un escritor a secas, un grande escritor sentado a escribir sobre Jesucristo y a honrarlo con una nobilísima escritura, puesto a decir el cristianismo de la manera más donosa, pero desde una intención tan estética como amorosa.

En esta tragedia de Fray Luis, al igual que en otras, el mal estuvo en que no le buscaron lo primero y tal vez lo único que hay que seguirle a la criatura: la vocación. Le dijeron y le siguieron diciendo demasiado “el místico”, y era eso ensegui-

da de escritor, y no lo era antes como en su hermana mayor Santa Teresa y su hermano menor San Juan. (Se dice que la santa es mayor en cuanto a noticias divinas y que es menor San Juan en la manufactura de la prosa). Entendiesen estos los priores y lo dejasen escribiendo golosa y perdidamente sobre la “persona de Jesucristo”.

La reacción racionalista hizo en exceso de Fray Luis un justo maltratado a golpes; la actual le rompe bien la aureola de martirio, mostrándonos que él sufrió menos de lo que habíamos creído. Los que sabemos un poquito leerlo vamos a aceptar las dos cosas: que no sufrió tanto de los decretos inquisitoriales y padeció más de llevar el alma construida para sufrir como un aparato de física para su menester. El Job verdadero es Amiel o Fray Luis; la casa no se les derrumba aplastándoles a la prole y los ganados no se los come un fuego del cielo, que son males de bulto y un poco pirotécnicos.

Les ocurre a estos Job el trance peor de llevar agujas en todo el cuerpo y no poder sacárselas, porque nacieron con ellas y se les pasean por el cuerpo, y les pasa el que no pueden sufrirse a las gentes feas, gruesas y chillonas, y lloran de la convivencia con ellas como la bola de musgo de la piedra que se le encaja.

Buscan en quienes mandan y que los rigen a ellos, unos hombres superiores, sin entender que sus iguales son escasos, que ellos han sido puestos en este mundo como la mercancía fina en el mostrador de la feria, revueltos con los cachivaches. El desorden y la repugnancia les dura hasta que la muerte los compra por vacantes y les da alivio retirándolos de su humillación larga: sesenta años duró la humillación de Fray Luis.

Acaba de formarse el grupo, sobre el tipo de los otros de los amigos de Lope o de Góngora.

Está muy bien. Las patrias que olvidan, más que olvidar desaprenden y más que desaprender, desperdician. Quevedo, hombre formado con muchos hombres, costumbrista, pícaro, místico, cortesano y plebeyo, culterano y espontáneo, tiene las ventajas de la criatura muy rica: quien no lo quiere por un atributo lo mimá por otro. Se dejó detrás una clientela vasta. Quevedo y su obra es de esos lugares que, según un geógrafo, no estarán nunca desiertos. Pero el recuerdo de este nos acarrea el de su pariente, o mejor, el de su más fino descendiente: Gracián.

Siga a la justicia de hoy la de Baltasar Gracián, el más bello cristal de ojo y de mente que se haya logrado en carne española. Póngase España a releerlo y comentarlo de nuevo y esto significará el que en América también lo pongamos de moda.

Herramienta más hábil para desbrozar entendimientos, tijera mejor para podar los frutales de la prosa española y navaja más delicada para perfilar el espíritu no las hallamos en otro ingenio español, así se llame Góngora.

Deudas crecidas por pagar tenemos de este y aquel lado con el jesuita de Aragón, aunque hemos pagado otras menorcitas y nos hemos inventado algunas más.

Leérselo, aunque se le haya leído. Dicen que fatiga porque su conceptismo es vicio del entendimiento. Dicen eso gentes enviciadas también en grosuras feas de prosa; en bandullos grasones de capítulos.

Leerse antes, si se puede, el estudio de Farinelli, que anda en una de las ediciones de Gracián. Muy italiano era el fraile de Calatayud y mejor que un español lo dice un italiano.

*Agosto de 1934*

Los extranjeros buscan en una literatura aquellas piezas que se corresponden con la raza que las produjo, lo mismo que sueldan las coyunturas en la muñeca o los goznes en el batiente del portón. Este lector extraño hace a un lado gustosamente a los demás escritores: los unos, más o menos neutros; los otros, disidentes de una casta y correctores de ella. Ellos prefieren darse el placer visual que produce la confluencia de un hijo con su madre en las facciones morales y en las del verbo.

Me he dado cuenta de la pasión europea y norteamericana por Lope. Este centenario es tanto una fiesta española como de las clientelas espirituales, y en especial sajonas, de nuestro hombre. Y es que, sin que lo sepamos suficientemente los de dentro, el lector exótico exige españolidad de marca mayor al libro castellano que buscó para leer, aunque sea con duro jadeo. Van más lejos: no le reclaman sino eso y le toleran otras fallas.

Si el extranjero adora en Lope la españolidad entregada a caño abierto, los sudamericanos le amamos de pasión fiel el populismo. Pueblo hasta un punto que pasma; por allí es por donde resulta español más indudable.

Lo era voluntaria, deliberada y gozosamente. Parece que se regodeó como ninguno de su tiempo, excepción hecha de Santa Teresa, en ser pueblo entrañable y palpable, así queriendo como rezando, divirtiéndose como “diciendo”. Su sensibilidad suelta parece desparpajo de patrón rural: el señor del campo también es pueblo. Su holgura de expresión viene del gran espontáneo que no quiere colar el chorro de su habla. Sus regresos azorados a la fe se ven como el tirón que da su es-

<sup>30</sup> Publicado como “Lope” en *El Sol*, de Madrid, el 3 de mayo de 1935, y en la revista *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 14 de noviembre de ese mismo año. (N. de los Eds.).

crúpulo al pastor descarrilado en su temperancia. Sus malicias donosas o insufribles de adulador de personajes valen por las del provinciano mañoso. Hasta sus llamados cinismos huelen a la bocanada agria de la picardía clásica.

Supo mucho de vivir en las tres dimensiones cuanta cosa vivió, chica o mayor; pero el saber de libros o de vida ni le mermó el instinto ni le torció la índole *popolana*, que él no quiso corregirse y a veces ni siquiera desbastarse. Pueblo será también en su abundancia, y esta se volvió tan inaudita que nuestro hombre vale por una duplicación del folclor español.

El varón Lope aparece sentado a media Castilla, y al modo de un fresco de Diego Rivera, piernas y brazos se le mezclan y funden con la geología lírica de la patria, y ya ni parece hombre, sino casta sin cara ni apellido, raza en aluvión. O bien se levanta sobre el plexo solar español —Castilla, Andalucía—, y en hombronazo literario se echa a andar con las botas de siete leguas. Península arriba o abajo, y corre su solar, que se le agranda, para no faltarle ni ponerle topes; corre, acicateado en corvas y talones, por el viento español y caliente que sopla a esa hora.

Tal vez resultara un refrenado o un sobrio sino no halla, pecho adelante, tanta anchura de atmósfera española que lo fecunde; tal vez, provenzal o italiano, camina menos desaforadamente y cuidando el paso como lo piden o el ambiente medio o la obra ceñidamente individual. Encima, y delante, y detrás de él, llueve el diluvio del folclor nacional como las tempestades tropicales, y aquello que cae en su lomo lo cubre, lo embriaga y lo hace seguir corriendo, loco de humedad caliente, de sangre óptima y de potencias vivaces.

Los competidores del tiempo (y cuáles!) le tentaron con las finezas viciosas o con las recamaduras lentas de la lengua, y en ellas con la enmienda de su temperamento y su norma. El hombre de buena jaéntacia —varón también en esto— quiso probar a los que hacían dengues a su “mucho” y a su “rápido”

que él tenía seso afilado y dedo moroso para cumplir hazaña de restricción y de primor. Y lo hizo metiéndose en culteranismos y otras señas sesgadas, hasta donde podía con eso un demiurgo tremendo como él. Y bien estuvo hasta que accediese a hacer esos menesteres de pulcritud extrema y de mimo hacia la palabra, por mucho que se le pelearan con su costumbre desenfadada. Estaba destinado nada menos que a ser testimonio completo de su tiempo, el doble egipcio del siglo.

Las oposiciones, veleidades o dudas de Lope obedecen a su racialidad; prefiero llamarlo a su “misterio de operario”, dobrado sobre su casta y de servidor extremado de su tiempo. Ahí está el apresador perfecto de una época, con lo natural y lo postizo de ella, cargándole lo llano y lo arrevesado, las anchuras carnales y los rigores cristalinos, rara hoja de planta que miramos al voltearla, lampiña de un lado, ardua del otro.

Cuando su pueblo madrileño le hacía el padrino de sus artesanías, miras tanto al homenaje de su patrón como a la venta de joya o perfume, excedía su propio entendimiento y entraba en la adivinación. En cierto momento, Lope era más que la vida española espejeando o corriendo en llamas cortadas sobre los Madrides y las Sevillas: era la costra misma de España, la horizontal y la vertical, el limo ostensible, el cuarzo seco, el fuego interno, el golpe de ráfaga circunstancial y la atmósfera estable.

Entonces, hasta los ángeles verían el hecho español como cosa lopista, y el que la hizo tal vez llamaría también a España “Lope de Vega” al mentarla, pasando la lista magisterial de sus naciones sembradas de Zodíaco abajo.

CINCO AÑOS DE DESTIERRO DE  
MIGUEL DE UNAMUNO<sup>31</sup>

Yo no acabaré nunca de entender por qué se desterró a don Miguel de España. No hay nada menos motín sindicalista que este hombre incapaz hasta del grupo mínimo. Nunca se descubrirá ni siquiera al primo de Unamuno, no digamos el cófrade. Su hermoso semblante vuelto religioso por el cotidiano pensamiento superior, pondrá siempre gesto de repulsa a la barricada.

Y si no puede ni siquiera hacer motín, ¿por qué se le creyó, y se sigue creyendo, su presencia dañina en España?

Lo que él allá hacía: decir cada tarde a sus amigos de Salamanca o escribirlo en cartas a los de América, que la dictadura era torpe y medieval, lo dice en Madrid (yo lo he oído), entre vaso de café y vaso de café, cualquier madrileño, en chacota o en trágico, y el gobierno se guarda bien de ponerse en ridículo con destierros en masa, a lo Mussolini. Esta dictadura de Primo de Rivera, que se defiende con el dato verdaderamente singular de que no ha decretado ni una pena de muerte, ¿por qué es cruel, de una larga y subrayada crueldad con el noble viejo?

Él me decía a mí que anda en su asunto odio ácido de mujer (odio que es pequeño y vigilante como el diente del ratoncillo). Y, en verdad, no contiene raciocinio viril ni ademán militar esta persecución insistente de un varón cuya honra es cosa inrayable y con el que cualquier abuso de fuerza se vuelve especialmente odioso.

<sup>31</sup> Escrito en Francia, en agosto de 1927, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 2 de octubre de 1927, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 5 de noviembre de ese mismo año. (N. de los Eds.).

Dos o tres años quedó vacante su cátedra de griego en Salamanca. Yo separo, para guardarla entre los pocos hechos limpios de nuestro tiempo, el ejemplo de esos profesores españoles que dos o cuatro veces leyeron la convocatoria a concurso para reemplazar a su sabio y no se presentaban, haciendo fracasar el concurso. Ha habido profesores pobres (y pobre de España es pobre cabal) necesitados de una plaza; ha habido también maestros con preparación si no igual, próxima a la suya, en cultura clásica, que desean ejercer en universidad prestigiosa, y unos y otros huyeron la baja tentación de reemplazar al colega doblemente ilustre por el genio y la civilidad consciente. Era esto muy gesto español, muy golilla alta.

A mí me emocionaba más que las arengas del Cid. Pero al fin se halló un candidato y, por desgracia, fue un cura. La plaza se llenó: ¡pobre profesor con semejante sombra a su espalda, en el pupitre! El atolondrado, sea quién sea, ha echado a perder uno de los actos colectivos de honestidad más perfecta.

Pero si se ve como muy problemático el que Unamuno pudiera dañar seriamente a la dictadura viviendo en España, con la creación de un nuevo partido opositor, por ejemplo, o con el agujoneo de los actuales, se advierte a la simple vista que en Francia le ha dado golpes mortales por el solo caso suyo, llevado y traído en periódicos, revistas y cuentos literarios.

Fuera de los hispanófilos franceses, que no llegan a la treintena, el público francés se daba el gusto de ignorar al escritor por completo como ignoró a Eça de Queiroz que vivió en París no sé cuántos años y al que todavía desconoce. Don Miguel no buscó traductor ni editor. Se sabe su probidad literaria, y su áspero desdén de los que talonean tras de la fama, por hedionda comadre que ella sea. Y sin que él buscara nada, ni aún por excusable tentación de poner un éxito en el otro brazo de la balanza que contiene su desgracia, él ha tenido en París a manos llenas editores, crítica efusiva y redondeado triunfo. Se le traducen una novela y otra novela, una colección de ensayos seguida de otra colección. A Dios no se le ha

secado la mano para lavar con el aprecio de los mejores las torpezas de los otros. Con Valle Inclán y Gómez de la Serna, hace el grupo español domiciliado ya definitivamente en esta lengua, que nunca ha tenido hacia la del otro lado despilfarro de generosidades. A los sesenta años, como Chesterton, solo hace poco traducido, él entra al francés en gran señor del habla menospreciada en todas partes. De este modo, el don Miguel “enemigo de la raza”, como dice por ahí cualquier energúmeno fácil, la sirve y la alimenta de honra, la lleva en sí, hecha Miguel de Unamuno artista mayor y hombre sin ajadura.

Su condición de desterrado, en país de civilidad tan ejemplar como Francia (Dios se la guarde y el diablo fascista no se la muerda), ha añadido algunos gramos al entusiasmo netamente artístico; pero cuidado con repetir la majadería de un adulón según el cual su éxito literario en Francia viene de izquierdismo malicioso. ¡Qué necesidad tiene un escritor de su tamaño de contar una campaña política para ser aupado por masonerías y leninismos! Cuidado con la envidia, goyescamente bizca, que también querría mellarle esta espada limpia de su éxito.

Sin ningún servilismo hacia la capital literaria en que ha sido festejado, se lo siente al contrario en la conversación de cinco horas, español hasta la planta de los pies, español aquí en la tierra y en el cielo, más acérrimamente hispano que el Cervantes que comentó.

Él podrá estimar otras razas y sentarse a conocerlas como a catar un vino algunas semanas. Lo que no logra es amar manos que no rice un gesto de pasión castellana y cuyas virtudes tengan otros nombres que él no aprendió y que ya no puede aprender: ponderación, ritmo sin salto, y sentido común a lo La Fontaine.

Me han contado que de su casa de París (de su apartamento sobrio y casi pobre) se iba por el Metro a un café en que tenía españoles e hispanófilos franceses, a conversar, y que de ahí

volvía a su casa por el mismo camino sin ver París, sin pedir noticia de music halls, con una indiferencia fabulosa de la “Ciudad de las Complacencias”. Un día no pudo más con los bulevares y la Plaza del Carrousel, y se fue a su Hendaya casi española. Hendaya le ha dado, entre otros, un poema que yo no he podido leer sin llorar, desgarrón de ese corazón setenático tan robusto como el algarrobo chileno.

Allá se ha ido a vivir, dicen los aduladores, para aprovechar el primer desorden y pasar la frontera.

Allá se ha ido por recibir más pronto la carta de la mujer y de los hijos, y sobre todo por tener a su alrededor en pueblo pirenaico, algo siquiera de la costumbre, del traje, del mueble, de la casa, del rostro españoles. Nunca entenderán los patriotas del tipo de “Marcha de Cádiz” la tragedia de este hombre que vivió refunfuñando contra pequeñas falsedades de su raza, por hambre de la patria perfecta, queriéndola como a una mujer intachable, porque era suya, nunca acabarán de entender, digo, esta manera secreta de nostalgia que casi es agonía. Si fuese un plañidero, escribiría día por día su pena en páginas lloronas que conmoverían a sus adversarios. Pero es ultravarón y solo de tarde en tarde, como en el discurso conmovedor de Montalvo —ese otro azotador—, la amargura le atraviesa el espesor de la dignidad arisca y le destapa la garganta.

Con los tres cuartos de España vivía de acuerdo, allá en su Salamanca que de suya, pudiera llamarse como él; con el otro cuarto se peleaba y se sigue peleando. Este hombre no ha escrito en España sino como quien dice, con España, con ella de mano, de tinta y de papel. El absurdo mayor con que pueda toparse en este mundo es el de Unamuno, español al rojiblanco; español cuyos tuétanos pueden con su Cervantes, sus místicos y sus capitanes, desposeído de tierra española bajo sus pies.

En 1923, muchos tomamos su destierro en broma. Eso sería una temporada cerca del mar, con viento salino grato a tan

rojos pulmones. Y no era eso, sino una verdad que va tomando aspectos de tajadura definitiva. Cinco años, cuando se ha llegado a los sesenta, son cifra importante; los cuenta, día por día, un viejo que tiene muchos —seis u ocho— hijos: los ve pasar sin parpadeo de olvido, su noble mujer, y muchas veces habrá pensado si se le va a morir lejos de sus ojos el compañero. ¡Y qué compañero de los viejos tiempos en que elegir mujer era solemnidad como de tomar órdenes en religión!

Los que le queremos con cariño aupado en reverencia, hemos callado con no sé qué pueril certidumbre de que un hombre unamunesco no se muere fácilmente, porque contiene metales y cauchos en que la muerte tiene para rato. Pues bien, puede morírsenos en estúpido trance de destierro nuestro viejo amado, y entonces vendrán los desagravios y los reproches de velación de difuntos.

España ha empezado de lleno a ocuparse de la América. Desde allá se sigue con aprecio la obra gubernativa de la Ciudad Universitaria. Sin engreimiento podemos decirle que nos merecemos cuanto comienza a hacer por nosotros, pues también empieza a crecer en América un nuevo orgullo español, un sentido claro como nunca lo hubo de la honra que representa llevar nombre, rostro y modo españoles. Se desarrolla una verdadera segunda españolización de Chile, de Colombia, hasta de la Argentina.

Pero es necesario decir que durante cincuenta años nuestra única relación con la España olvidada de nosotros, fue conservada y defendida por sus escritores. Para el hispanoamericano que no viaja y no llegará nunca al Escorial y para el que no lee historia, su España viva se la daban Galdós, Pereda y Núñez de Arce primero, después los otros, los Unamuno, los D'Ors, los Gasset, los Marquina, los Baroja y la admirable generación última, que ha creado en parte nuestra nueva sensibilidad y ha cernido para nosotros la cultura de Europa. La política española de acercamiento apremiante que desarrolla el rey en este momento tiene, pues, una deuda profunda con

cada uno de esos que a su manera desarrollaron diplomacia vital durante el torpe receso y que evitaron la desvinculación hacia la que se iba derechamente. En jerga oficial, esto lo llaman “merecer bien de la patria”.

Unamuno viene a constituir uno de los máximos deudores en este sentido del gobierno español.

Que se vea, pues, una cosa naturalísima en el que cualquier hombre o cualquier mujer que escribe en Chile o la Argentina, recuerde con tono angustiado a los dirigentes de España lo que significa el Unamuno suyo y de ella, completando cinco años de destierro. Otra cosa fuera zafarse de los intereses de la raza y probar en la indiferencia, el descastamiento. Es negocio que nos compete la vida y la dicha de Unamuno.

El hombre que recibe en el viento de Hendaya el olor de su tierra, querida de modo casi sobrenatural, tiene derecho a contar con todo el suelo de España, no digamos con los cien metros cuadrados de su casa.

—No conoce usted a Unamuno, si cree que él va a aceptar gracia o cosa parecida de la dictadura —me dice, mientras escribo, un amigo—. Él no entrará a España en Unamuno agraciado benévolamente; esperará llegar en Don Miguel de Unamuno, con Don pleno y sin deuda contraída hacia gentes inferiores a él.

Y me deja su reparo en perplejidad. Que vuelva, que vuelva, en todo caso a su tierra que sin él parece como desabrida, porque su sabor más absoluto en él está como en nadie, así hable, o escriba, o dispute, o solamente mire con su ojo severo y limpio de santo ciudadano.

Yo no conozco Sevilla y por eso no conozco a Pedro Salinas, que según parece, deja encendido el fuego de su casa, sale para Madrid o París de escapada, y vuelve antes de que el fuego se apague. Bien español: una miradita de rejo o de frente a lo extraño, y la vuelta rápida a sentarse entre el círculo de los muebles familiares —oh, silla de España, noble de nogal y noble de petate!—, y a oler sus claveles impetuosos.

El viaje es aventura tres cuartos maravillosa y una estúpida: suele conocerse al que sobraba antes de encontrarse y la mano a veces no golpea nunca a la puerta que andaba buscando desde poco después que se nació. Yo no sé cómo tiene las manos, el entrecejo y la conversación, que dicen muy soleada y muy sanamente vegetal, Pedro Salinas.

Pero no solo es esto —el no haberme sentado en la banca de su casa—, sino que tampoco me he conseguido aquella *Víspera de gozo*, su novela del año pasado, de basta excelencia me han dicho amigos que me aconsejan bien en lo español. Dos veces la he encargado: “Que se acabó, que no la ha reimpresso una editorial despreocupada”. Solo le he paladeado el buen nombrar, que yo celebro tanto en los sagaces, en D’Ors, en Reyes, en otros. (Acordarse de *Oceanografía del tedio* o *La bien plantada*, y de justa y novedosamente como todo el *Pausa* o *Calendario*). Nombra que ha mordido bien en las cosas antes de mentarlas porque los nombres espurios o desabridos los han puesto aquellos que nunca hincaron encía en su objeto.

*Víspera de gozo* es nombre católico, que equivale a decir grávido de cosa humana y como somos católicos en la raza espa-

<sup>32</sup> Publicado como “Página para Pedro Salinas”, en *El Mercurio*, de Santiago, el 24 de junio de 1928, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 6 de octubre del mismo año. (N. de los Eds.).

ñola hasta los desaforados pincha curas, la frase se saborea con gusto visible y se toma posesión del libro sin tenerlo en el nombre nuestro, tomando de nuestra carne moral.

Salinas estaría —pintado por Juan Ramón Jiménez en prólogo efusivo como un abrazo— enraizado en sencillez domésticas, lo que vale decir que es sin los cocos (cocos decimos en Chile) de los letrados que se suelen ver vestidos de su millón de letras, con corbata, puños y pañuelo de letras. Eso le dio —y se lo guarda— la provincia que cuando no es necia, viene a volverse la más linda cosa para nutrir y educar varón o mujer. Pruebas en España: el Alcover mallorquín y la Rosalía gallega; en Francia, Bernanos, el de los Pirineos españoles; Mauclair, que seña y escribe en Grass y sobre todo Mistral, esa especie de alcalde eterno de la Provenza entera.

Otros me han contado de un poeta bueno, lo menos escorpión literario posible, con sonrisa legítima y no postiza para el otro que corteja con suerte a las estrofas, gozando con entrañas sanas cuando triunfa el colega.

Catalogan a Salinas con los futuristas, cubistas y dadaístas del verso español. Sí que tiene y muestra sensibilidad nueva, nueva no de última hora, cosa diferente. Solo que para ser 1928, él no hace derroche de aviones ni TSF, ni de grúas. Sensibilidad nueva significa mirada inédita, pero que cae sobre las cosas con que nos codeamos, sea huerto o majada. Me hacen sonreír algunos libros que llegan de rincones ruralísimos de América: están atravesados y veteados de fabrilismo, de maquinismo, de torre Eiffel, de Picassos y de Paul Morand, y han sido pensados mientras se oía la rumia búdica de las vacas o el cordón lacio del agua de riego. Muy legítima manufactura futurista la que sale de Brooklyn o de Montparnasse, o de Berlín. Pero, ¿qué tenemos que hacer nosotros en medio de esas vastas hierbas y esos ríos sin captación de usina alguna que son los nuestros, con el fordismo y citróenismo poético?

Pedro Salinas tiene leído sus Max Jacob y su Apollinaire y su Huidobro. Le gustan y seguramente los reconoce, como yo los reconozco, que nos han sacado las manos del caramelo por fundido e intolerable, de la falsa sentimentalidad, y nos han curado del alarido. Pero él vive en Sevilla, que con ingleses invernales y todo, es todavía España, o sea, la civilización más doméstica (a pesar de sus guerras), la que se ha hecho en estancias espaciosas, con muebles amplios, con patio excesivo, con cobres primos de los interiores holandeses, y mucha cara mansa y expectante, y mucho fino sosiego.

Todo esto: naranjo tatuado de fuego quieto. Todo esto: mujer sentada con reposo de rodilla a rodilla, él no quiere desbaratarlo y desconocerlo. Su futurismo —si así ha de llamarse— trae, pues, gran probidad en este aspecto de voltear con sentidos nuevos las cosas viejas, de cuyo molde no puedo olvidarme, porque en las palmas de las manos, aún vacías ellas, las lleva y las opriime.

Aparte del motivo circundante, él ha aceptado el tono circundante, el dejó de sus clásicos que ningún mal hace, y hasta lo contrario. Alfonso Reyes celebraba un día en París esas escuelas nuevas de España, que no son bárbaras, que no quieren desperdiciar sus granos de sal de San Juan de la Cruz, de Góngora y hasta de Lope, pues bien saben que eso les ahonda la fiesta de la estrofa e infinitamente se las enriquece. Y leía a unos nuevos, también de Andalucía, que hacen donosura, 1928, con el romance y la letrilla supradomados por sus clásicos.

—Esto en parte es mío —decía sonriendo—. Yo he mimado mucho estos allegamientos a la brasa vieja. Yo los he hecho en *Pausa* y me da gusto ver que la onda del impulso está captada por estos, y con un feliz pulso.

Cuando la ironía asoma en Salinas, que por español, ha de ser un poco inhábil para el atributo francés, es una cosa rápida que se esconde apenas ha asomado, como si no estuviera todavía bien domiciliada en la carne de esta estrofa española. Salinas

la ha usado con no sé qué pudor de varón que no acaba de salir del todo de sus Cides y sus Loyolas, para jugar con la denvoltura de los que como Giraudoux, han jugado con ella a través de los cinco mil años que tienen sus muñecas flexibles. La ironía en Salinas anda en derrota todavía porque la pesadumbre le gana casi siempre la carne de la estrofa.

No solo por Salinas mando yo ahora estos poemas de *Presagios* (Madrid: Biblioteca Índice). Vuelvo a sentir hacia Chile lo rijo-so y lo voluntariamente amojamado. Parece que se escriben menos versos que en los buenos tiempos de Cruchaga (¡tan aristocráticamente desconocidos!), de Hübner, de De la Vega, de Guzmán y de los otros de su cábala. Parece, digo, que volvemos a la tradición fea, del pueblo que no quiere aventuras con la poesía y se ha casado para toda su vida y no por un matrimonio a plazo, a lo yanqui, mientras le convenía, con la historia y el folclor. A menos que no haya en esto solo mi información nula de Chile. No recibo libros de versos y me explico el correo sin poemas, algunas veces por la clásica soberbia chilena, por la muy vasca y muy empecinada soberbia chilena, que cuando piensa se guarda lo pensado por no saludar a su vecino que hace lo mismo, pero de quien no le gustan las cejas o la manera de caminar... Tres zancadas de este vicio suelo nombrar adentro de la raza. Primera zancada: la vanidad de un país que yo me sé y que mi director conoce bien ahora. Segunda zancada: la soberbia de Chile. Tercera zancada: el orgullo de España. Bien está que no nos quedáramos en la primera. Mejor estaría que nos aupásemos hacia lo segundo, pero mejor todavía que nos aventáramos las tres víboras o vivorillas de este vicio.

Por si esta vez no fuera soberbia que descuida ex profeso el correo, y fuera la vieja sequía nuestra que nos sube a la piel con la fidelidad de lo heredado, yo quiero mandar para Chile esta página fresca de la poesía de Pedro Salinas, el que como ya lo dije, está abotonando de nuevo los rancios árboles españoles.

BLANCA DE LOS RÍOS<sup>33</sup>

Pequeña, prodiosamente pequeña, con un tercio de la menina, otro del elfo, otro del trasgo. (La menina es la infancia demorada: el elfo es la gracia; el trasgo, la magia). Más pequeña, cuando busca libros delante de su empingorotada estantería; más cuando pasa las semanas y los meses en las salas faraónicas de las bibliotecas de historia, sobre una de las mesas medievales que le gustaban por su desahogo a Menéndez Pelayo; todavía más pequeña atravesando la Castilla de su pasión; y más, andando en su desvelo por la geografía desatada de la América suya.

Del trasgo no recibió el juego burlón; trajo mente seria, hincada como hincadura de pica española en lo grave de este mundo; historia, mística, política, pero política a lo Catalina de Siena.

En la cabeza, que no es de elfo, sino sólida, dos ojos azules, de un azul que es tierno y agudo, en dos parpadeos seguidos. Cierto azul, que yo llamo azulillo, banaliza el ojo; el suyo es otra cosa. Yo pensaba, mirándola, en que ella cogió los más cabales ojos de madre y que Dios la dejó sin hijo. Con esta calidada de azul pudo mirar la otra Blanca de Castilla, que mucho se le parece. Si se le hubiera ocurrido seudónimo, ese nombre habría llevado, y sin doblarse con su peso. Es todo lo de Castilla que cabe, con más raza a cuestas que cualquier infanta. Se sabe la meseta místico a místico y paisaje a paisaje acardenalado o polvoso: no hay otra manera de sabérsela; puede andarla sonámbula, como en el refrán, sin errar la puerta de la casa del Greco o la del conventito friolera de San Juan de la Cruz. Un ingeniero, un alguacil, no se la saben mejor.

<sup>33</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 9 de junio de 1929, como “Doña Blanca de los Ríos de Lampérez”. (N. de los Eds.).

Sobrina de un historiador de la lengua, Amador de los Ríos, cuyo ejemplar ha debido ponerla a tocar con el goce de él, la pulpa y los tendones del idioma; hija del arquitecto que restauró con pudor —vale decir con tiento— la catedral de León; mujer de otro arquitecto que ha apretado en buena síntesis la arquitectura cristiana de España. Así, doña Blanca se ha movido de niña y de mujer entre gente que bien hacía y bien comentaba. Pedro Prado apuntaría que los arquitectos le enseñaron a construir lo suyo y a ver la masa de lo ajeno.

Su autodidactismo la salvó de malograrse las virtudes de mujer en las bancas universitarias, secas como su barniz o su marroquí. Una como leche candeal le corre por el pensamiento a veces.

Solo la salud estropeada como la de santa Liduvina, dice Emilia Pardo, le ha parado en ocasiones ese largo trabajo suyo, que yo suelo verle como una de las rutas romanas, franca, sin riesgo, y en piedra de talla, que el sol latino hace blanca.

La voluntad española, tan negada, pone testimonio en ella como la ponía en su Cortés o su Vasco Núñez. ¿No es la forma de la península la de un puño cuadrado de Europa, puño de empecinamiento vasco o aragonés, y por lo mismo de empresa?

La pasión suya se llama lo español peninsular, primero; lo español ultramarino, enseguida. Ninguna cosa fuera de esto.

La traen y la llevan clasificada como conservadora, es decir, como jerárquica. A mí me vuelven un poco odiosa la palabra los que la jerarquizan a su antojo, siendo siempre su antojo su conveniencia. Si es cierto que ella se tenga sus castas en tajadura de Roldán, vive, ayuda y obra como si el concepto le sobrara. Yo no le he sorprendido jerarquías hablando de lo nuestro: la Argentina no le cubre con su gran bulto la cañita de Costa Rica, ni su amistad del México letrado y petrolero la hace desatenta de Chile. En vez de la preferencia, a lo francés,

de lo americano rico, yo la he visto acongojada por la desgracia de Nicaragua y por el enajenamiento de Puerto Rico.

El dividir de Cristo será el suyo, si es verdad que divide: Lázaro el popular; igual al Nicodemus, patrício; José de Arimatea, senador, igual a Dimas, en la compasión del mismo Viernes Santo... Diferencias: la higuera estéril y las otras.

Como racista, doña Blanca ha obrado al revés de Maurras, que querría apretar el núcleo galo con tenazas, para defenderlo... Ella piensa que si lo español se echó en la carabela, se arriesgó en ola, y cayó en alianzas, a lo Ulises, en la otra orilla, ahora no queda más que seguir con ojo dulce la aventura de la sangre, de cuchilla a cuchilla del suelo de América. La greguería española ha sido volcada del Río Grande al estrecho de Magallanes, y no hay sino que recogerla en Colombia como en Chile, anotando y aceptando las diferencias naturales que ha cogido del lugar, y rehacer con ella el tapiz español, el largo tapiz de la sangre emigrada.

Diez años lleva de vida un tanto prodigiosa por el perdurar sin lucro su revista *Raza Española*. La hizo doña Blanca después de averiguar su América, de haber pellizado en su costumbre y huroneado en su geografía. Cuando ya tuvo el continente en la masa de la sangre, se sentó a escribir, y convidó a escribir allí sobre el lecho ibérico, nada más que sobre el negocio ibérico, en letras, historia, ciencia y economía.

La revista es una de nuestras cosas de España, más nuestra que si fuese la fundación de un Patiño boliviano; hasta los que la ignoran tienen en ella su apoyo de trabajo y de descanso para cuando quieran.

Ahora que el hispanoamericanismo —yo prefiero decir el indoespañolismo— se ha vuelto una mimada criatura en Madrid, y sale de palacio saludado hasta el suelo, no es ningún trabajo torcer la atención dirigente hacia la América. Otra cosa era hace treinta años: había esparto soberbio que

romper y tal vez algunas agujitas de rencor que debieron ser despuntadas para que no hiciesen sangre en el coloquio.

Las estanterías de doña Blanca, segmentadas de lo argentino, lo chileno o lo mexicano, cuentan que llevan unos cuarenta años sin hueco de negligencia, de buscar y leer lo nuestro. En el catálogo de sus obras, que acaba de aparecer, yo he contado 97 artículos y discursos de nuestra divulgación. Pasado a metáfora este trabajo, que es una cobijadura de la raza; pasado a texto escolar, se llamaría a quien lo hace la “madrecita de unos pueblos cortados contra su gusto”.

Otra empresa le ha gastado los años y los años: la historia literaria de España, y dentro de ella, la revalidación de Tirso de Molina. Por la estría esta de su trabajo la conoce y la estima mejor la crítica española. Nosotros por la anterior.

Emilia Pardo comentaba el caso curioso de un escritor puesto entero a desnudar y a acrisolar la honra de un muerto. Se veía como apelmazada la tierra, de puro abandono, en torno de la figura de Tirso, tapada de ella hasta el pecho, doña Blanca ha arañado y cavado en eso, y ya se ve más franco en la luz de España el bulto de Téllez, limpio de alguna costrilla biográfica fea y en su real tamaño, el que ella, la leal, ha querido. Se caía en la costumbre de mirar a Tirso por debajo de Lope. Ella creyó siempre que son iguales y que la clasificación ha sido precipitada o maliciosa. Se puso a probarlo y va convenciendo a los mejores, después de una documentadísima porfía. Cuestión de niveles, cosa importante para una escrupulosa, y ella es eso, una minuciosísima, por celo de las cifras altas de la cultura española.

En bien de Tirso, ha estado nada menos que veinticinco años oliendo libretos cargados de humedad o de naftalinas, en rastreo del dato que le pareció torcido y que torcido estaba. La búsqueda, más laboriosa que la de un insecto para Fabre en los pedregales de la Crau, ha solidado darle alegrías como la del hallazgo de la fe de nacimiento de su fraile. Cincuenta datos

puso en su biografía, la mano pequeñita, es decir, ella la ha construido de nuevo, rebanando entera la mentirosa. El premio de la Academia Española, que para mientes de tarde en tarde en alguna pieza esencial y la alaba, se queda bien por debajo de la empresa de rectificación de esta mujer, que es ni más ni menos la de una nave en la “catedral del idioma”.

Marcelino Menéndez Pelayo la llamaba “entendimiento bien regido” y otros le han dicho —como siempre— lo de “la mente varonil”, con intención de halagarla. De mujer son, más que de hombre, estas paciencias, que otras gastan en el depilado de la ceja; lealtad de mujer este vindicar el comediógrafo que manejó con agudeza la intriga femenina; entrega de mujer el desentenderse de la obra individual para seguir las de Téllez en leguas de aventura bibliográfica. Ya resulta majadería llamar varoniles cualidades que son de mujer y que nosotras podemos voltear lo mismo hacia el marido y al niño que a la biblioteca o a las probetas. Aquí no hubo criatura que nutrir y peinar, y por eso la diligencia tierna se volvió libro y libro.

Después de este caso de Blanca de los Ríos rectificando las vidas de fray Gabriel Téllez, ya puede un escritor encargarle, no en broma, a una mujer que le defienda los huesos de la obra: habrá precedente y bastante válido.

Puestas en capas geológicas, la racista, la bibliógrafa, la periodista (además de la contadora y la poetisa, que no tengo tiempo de comentar), abajo aparece nutriendo a todas, la última, que bien puede ser la mejor: la gran señora de España.

Sabe a los tres primeros oficios mentados una buena sangre de señorío. (Dicen que es de más eso de tener o no buena sangre para un escritor. No es verdad, por lo menos para un crítico. Bastantes, entre ellos, hacen mal su oficio a causa de que cargan con una lastimosa). En cuanto a señora, Blanca de los Ríos ha sido generosa hacia la pobre América nuestra, que muchos costurones feos lleva en el cuerpo y que ella bien le conoce; en cuanto a señora, enderezó la rama gibada de la

obra de Tirso; en cuanto a señora, igualmente ha sido teresiana, comentadora de la Santa que, por pereza de las mujeres, cuenta más entendedores que entendedoras en el ruedo de su elogio.

Bueno será que un obrero de vitral la mire antes de que se nos muera. Un día, de estos mismos días nuestros, pedirán para una biblioteca española una roseta con sus facciones. Son bastantes ya los Felipes, los conde duques y los Ménendez Núñez. Pueden colocarse sin ningún miedo de caer en exceso, en cualquier sala oficial de libros, una Rosalía, una doña Concepción, una doña Blanca, una Sor Juana. Entonces, obrero de vidrio, saberse el ojo tierno agudo que he dicho y la manito obradora, y dibujar la figura de menina bibliófila, sin malograrse nada en la yema de su gracia.

Me conocí a mi Carmen Conde hace dos años. Su librito de poemas *Brocal* me había seguido por medio mundo y al fin me alcanzó en la costa ligur.

Empecé a hojearlo con un gran recelo: aquellos eran poemas en prosa, y el género, que yo también cultivé, se me había vuelto muy sospechoso. Generalmente, lo cultivamos las mujeres por pereza de construir la poesía en verso, lo cual es la norma racional. Por lo regular se da a ello un grupo de almas que fluctúan entre lo poético y lo prosaico, como un pez entre aguas delgadas y gruesas, incapaces, sin aletas ni branquias fuertes, para navegar en la zona poética pura, y a la vez sin capacidad suficiente para hacer la buena prosa, que es también ardua. Género para laxos y para mixtos.

Pero en estas cosas de las generalizaciones salta siempre una mano a taparnos con su rectificación la boca envalentonada de razones, y a sujetarnos la sentencia con el caso individual. Esta vez el golpe de mano refrenador fue el de Carmen Conde y sus poemas de *Brocal*. Eran excelentes, daban la seguridad de un temperamento poético de primera agua y dejaban esperando lo que seguiría.

Me quedé en esta espera, y no me ha fallado. Después de rodar por Europa y América, tropezándose en la última con mi “enemigo”, el poema en prosa malo, apenas llegó a España me cae al regazo, cual paloma que ya conoce su alvéolo, este segundo libro de Carmen Conde.

<sup>34</sup> Este texto fue escrito como prólogo para el libro *Júbilo. Poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos* (Murcia: La Verdad, 1934. Ilustrado por Norah Borges), y luego reproducido en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 9 de junio de 1934. (N. de los Eds.).

Me lo trae su dueña y me lo lee ella misma, gracia que pocas veces me tengo. Carmen Conde es una mujer muy joven para el gusto literario seguro que ya le ha amanecido. Tiene veintiséis años, pero representa más, lo cual dice que le ha tocado vivir vida dura; o puede decir también lo qué me repite con frecuencia Palma Guillén, la mexicana, defendiéndome la cara acabada del francés y haciéndome mofa de la cara de manzana californiana del yanqui: “El alma envejece el cuerpo de usarlo demasiado, Gabriela, y las lozanías excesivas pueden ser para vacancia del alma en el cuerpo”.

Carmen Conde me trae su propia visita, el bulto de su libro, y la presencia, que planea sobre nosotros, de su hijo que viene. Como en una balada, el niño llega a este mundo duro envuelto en la primera faja de unos poemas sobre la infancia. Un gracioso diría que se trae su libro bajo el brazo. Es mejor que eso; ha trabajado a la madre a lo largo de sus meses de linda hospedería, y la ha hecho retrotraer su infancia a fin de que lo sienta y lo entienda mejor cuando él asome. Bonito taladro de recuerdo este escondido del niño, haciendo a Carmen Conde rejugar sus juegos y rebrincar sus brincos infantiles.

Carmen Conde está casada con un poeta: Antonio Oliver Belmás. Ambos han creado en la Cartagena levantina la Universidad Popular y trabajan en ella con una doble pasión de maestros y poetas. Este casamiento de pedagogía y poesía, que los profesionales suelen no aceptar ni tener por válido, yo sé que es de las mejorcitas alianzas y de las más serviciales.

La poesía significa, entre otras cosas, un sostenido nivel azulado de pasión, y la pedagogía padece de una tal sequía, de unos tales peladeros de aridez que, atravesándolos, las pobrecitas criaturas echan de menos, de día a día, el agua de vida, la buena agua que nutre jugando, puerileando: el agua que si da los sulfatos, hace también las nubes.

La pedagogía de llanura de sílex o de gredas secas, que es la común, realiza algo más que entristecer ánimas: las embas-

tece, las resquebraja... y las mata. Ya son dos, Unamuno y Papini, entre la gente latina, los que se le han ido encima a la pedagogía a decirle que está haciendo cosas muy malas... o ninguna.

Carmen Conde no ha pasado por normales ni por institutos. Alguno diría que por eso ha salvado sus sentidos sin estropeo, limpios y suyos; que por eso sabe ver al mirar y entender al oír. Sería casi cierto: la virginidad constante de los sentidos denuncia en ella a una persona a la cual no intervinieron las pedagogías con su disciplina (ordenación en el vacío) y con su tierra alentadora reemplazada por el mapa sin resuello.

El libro se llama, con nombre de toda donosura, *Júbilos*, y aunque se trae por allí muchas punzadas de aflicción, se resuelve en criatura gozosa. Ver bien, oír bien y palpar bien, son júbilos. En el subtítulo se llama *Poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos*, y la letanía grata de temas promete fiestas que cumplirá cabalmente.

Hay un repertorio de niños, de clientes de banco escolar que no están empalados sobre el banco, según el uso. Están allí, en la penitencia de la escuela, pero también andan sueltos, viviendo a la buena de Dios, que es en tierras levantinas, algo mejor que una óptima de Dios. Las estampas mejores son, para mi gusto, “Gloria Hernández”, “María Vega”, “Freja”, “Javiva”, “La hebrea muerta”. Los nombres exóticos no corresponden a extranjerías compuestas a lo Pierre Loti: Freja y Javiva son niñas marroquíes españolas, con las cuales Carmen jugó de niña en su infancia de Melilla. Carmen Conde se ha puesto a un recuento de imágenes de su infancia, de las no anegadas, y prueba ser buena recordadora y narradora deliciosa. Entre la memoria y la escritura no se le entromete generalmente la retórica.

Le quiero y le celebro mucho la ternura en el recordar. Las quiso a las chiquillas melillenses de sus encuentros de escuela, de calle y de huertas, y las trata con dulzura, como a la mejor carne del corazón que son las compañeras de la infancia.

Pero lo excelente no es tanto que las quiera como que las sepa decir tan magistralmente en unas estampas rápidas en las que no sobra nada. Maestra en este arte de pergeñar niños con cariño y con sabiduría por igual, yo no conozco. Ella se ha entregado a un instinto que posee, medio pictórico, medio lírico; a una naturaleza muy feliz que aquí le conocemos, de imaginera y contadora. La artista en este reino aparece consumada. Se leen de un tirón las semblanzas y se le pedirían más; otras moras, otras judías, otros niños del Cabo de Palos... Se han puesto a vivir para nosotros, fueron silbados del silbo de ella estos muchachos, y acudieron, y casi les pongo asiento en mi cuarto para que se queden conmigo.

Necesitamos, sin embargo, precisar que esta pergeñadora de chicos no los hace según las modas de ahora, en juguetes decorativas. La Carmen Conde de veintiséis años se nos presenta como mujer muy vívida, muy grávida de experiencia. Españolísima en este aspecto, nos trae enseguida a la lengua el adjetivo que más estimamos en un elogio: el de humana. Están preñadas de humanidad sus estampas, y nos ponen en el dedo calor, y no solo la tiza o los carbones de dibujante ingenioso.

Vivacidad, dulzura y alacridad, a un tiempo, hay en estas que no queríamos llamar siluetas, porque como los dibujos japoneses, son criaturas de veras.

Salto de esta sección, de la que de buenas ganas no me saldría, pues apenas la he dicho, a los “Insomnios”.

Alguien, que no recuerdo, dice que la infancia, al revés de lo que se declara, “carga con tantas angustias, miedos, terrores, esclavitudes, que sería entre las edades la peor y la que él no querría revivir”. Yo creo que tiene su poquito de razón, pero no voy tan lejos como él. Se prueban en la infancia, con la carnecita de ciruela y la imaginación desatentada, los espantos más grandes junto con las dichas más dichas.

Carmen Conde, en esta parte de su libro, me devuelve unas noches más, redivivas; unas noches de terrores de las que me había olvidado.

Son admirables, son estupendos, estos “Insomnios”; quien lo sabe dar así como los tuvo, es una gran veraz y un escritor de niños el mejor entre los que tengamos. Quien devuelve aquellas sensaciones que los demás tenemos tan soterradas y tan ensordecidas, con esa frescura de recién de esta semana, posee una memoria que Dios le guarde y posee un arte que Dios le haga prosperar en nuestras tierras.

Noches de niños maravillosos y maravillados. La imaginación *tout court*, la grande y la chica, metiendo adentro de la palabra desde Shakespeare el amigo, al Dante el abuelo, no cuenta con tropelío de formas, con realidades y absurdos trenzados, con mitologías más embriagantes, que las que ellos se conocen allá por los cinco y los diez años.

Carmen Conde ha destapado una fuente que teníamos cegada, esta de los sueños de la infancia. Prospера mucho, demasiado la otra fuente de Freud, la de los sueños adultos, sucia, caliente y fea. El derrotero de Carmen que lo aproveche alguno: es magnífico y le dará mina y mina si lo sigue.

Le gusta a Carmen el viento. Le gusta de niña, le gustará siempre. Es el Espíritu Santo de la tierra, mejor que el fuego; pero eso lo sabemos y lo decimos los adultos. Los niños saben que es el niño grande de este mundo, el tarambana que puede más, el burlón peor, el que les desenseña lo que enseñan en la escuela; el que los larga, calle arriba o playa adentro, a hacer lo suyo, que es lo mismo que lo de él.

“El viento en la escuela” lo hallamos el primero; el de “Las casas vacías” nos recuerda sin imitación la historia de Andersen, y todos cumplen en nosotros, lectores, la misma operación que los “Insomnios” de despeñarnos la memoria en los faldeos de la infancia.

Creo yo que no hay regalo que se le pueda agradecer más a un escritor que este regalo de hacernos un desgarrón impetuoso en lo velado que guardábamos y reencontrar un mundo, perdido pulpa adentro de la memoria. Había que seguir enumerando, repasando y regustando, poema a poema. Muchos lectores escarmenarán y escogerán mejor que yo, aquellos en los que la infancia es más volumen; es decir: los hombres más ricos. Porque una infancia vasta o enteca es la que nos vuelve ricos o pobres para toda la vida.

El libro es mejor sobre niños que para niños, aunque su lectura va derechita a ellos, que la gozarán entendiéndola. Este “sobre” preferido al “para” está muy bien. Cuando hacemos cosas para ellos (y yo soy reo de este pecado) con voluntad deliberada, los resultados son malísimos.

Novedades de lengua, se encuentran varias. Esta instintiva es dueña del idioma y hace con él lo que quiere.

Sus sentidos se los dirán, selectos y agudos, y en el lenguaje de la Carmen de cuarenta años, hallaremos crecidas y multiplicadas las bonitas invenciones y los atrevimientos que van aquí, en el libro treintañero.

La metáfora se la alabamos en muchas partes como punzón descubridor de tesoros, y le saludamos la fantasía, reina y señora, sin la cual nadie es nada en este negocio de escribir.

Pero sobre ellas, o adentro de ellas, le alabamos las sensaciones perfectas; las de la noche, las del silencio o del miedo; las de aguas marinas o fluviales; de aire y de tantas cosas. Gran captadora, muy mujer; es decir: una piel delgada y leal que recibe y que responde.

¡Qué bien se mueve una mujer en su reino! Reino quiere decir aquí montón de niños y memorias de infancia, ambas cosas divinamente servidas en estos poemas.

Se me ocurre a veces que sí es cierto lo que han dicho de nosotras las mujeres, con ánimo de ofendernos y sin ofendernos: que somos niños. Puede ser; solo que unos niños vueltos más conscientes que los otros; unos niños padecidos y más alertas, que tendríamos en este mundo cierto encargo que no se ha dicho, o por lo menos precisado.

Nosotras, Carmen, estaríamos *destinadas* —y subraye fuerte el destinadas, porque sería un destino pleno— a conservar, a celar y a doblar la infancia de los hombres. Las corrientes de frescura y de ingenuidad que arrancan de la infancia en ellos, y que después, muy pronto, se encenagan, se paran o se secan en su entraña.

Victoria Kent es una malagueña de media raza inglesa. Las dos franjas de sangre corren y se expresan en su carácter. Lleva de la mediterránea los óleos humanos que regará Roma en cada lugar en que se retardó creando una convivencia; lleva de anglosajona el sentido del aseo del mundo por la organización del trabajo colectivo y de la vida individual.

Su formación fue la común de la niña que aparece bien dotada en la escuela secundaria de la provincia. Después de su bachillerato pasó a la capital que, buena pulidora en su colegio especializado, doma, tornea y lustra. Vino de su Málaga amasada por esos escultores ligeros y fuertes que se llaman luz y olas. Castilla tal vez haya cumplido en ella el trabajo que le atribuyen de estilización o rubricación de la criatura española. Victoria Kent hace visible en su vida un estilo, y ese es el de la escuela hispana del futuro: una eficacia aliada a la fineza; una profundidad antigua veteada de una modernidad expurgada.

Alta, sólida sin pesadez, la talla sajona y el rostro latino, la voz grave que va bien con su alegato austero en el tribunal; la conversación en bloques netos de conceptos, y nunca divagadora. Su persona exhala una dignidad exenta de arrogancia. No es la pechierguida, según llaman los españoles a la soberbia, aunque su autoridad fuerte arrastra a las mujeres detrás de ella hacia las faenas sociales. Quisiera saber cómo se llamaría en física la condición de los cuerpos graves que no son extáticos, pero que se agitan raramente, y me gustaría saber también cuáles son las materias que sin ser neutras, sino bastante individualizadas, influyen en sus semejantes y

<sup>35</sup> Publicado en Chile en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, en mayo de 1936, y en la misma fecha en la argentina *Sur* y en la revista mexicana *Universidad*. (N. de los Eds.).

en sus opuestos. La fórmula de Victoria Kent andaría entre ese dechado de la física y este otro de laboratorio industrial.

De tarde en tarde se bendice la condición humana, cuando cae a las manos en un ejemplar cumplido; se olvida de un golpe el fracaso conocido sobre los muchos que viven a cien jornadas de la ecuación hombre o mujer de las épocas clásicas. Saludamos aquello como el éxito completo tras del cual se corrió mucho, cansándose primero y al final encolerizándose. Y se emplean algunas semanas en averiguarse al individuo con curiosidad bien dichosa.

Hay en los gremios profesionales de mujeres las que atraen por el temperamento mejor que por la ideología; hay otras a las cuales la técnica conquistada del oficio ha endurecido como una intemperie marina; y hay el género más común en el feminismo: el que se bate a pura sentimentalidad en una liza donde sobran las lágrimas. Es raro de disfrutar en la masa de las sufragistas el caso de la conciencia lisa y llana. Parece que seamos las mujeres insinuaciones apenas apuntadas, hoces de luna nueva de una conciencia profesional o política. Pide esta una larga escalera de estratos morales, y los cuajaremos en el porvenir, pero tan lenta camina la operación como van rápidas nuestras emancipaciones. El desequilibrio inquieta, y con harta razón.

No me fiaría para entregarle la suerte de mi pueblo a la temperamental arrebatada que he dicho; ni haría camino muy largo al lado de la criatura minerviana, salida del seso de Júpiter y vaciada de entraña emocional. En cuanto a las emotivas, que en vez de hacer música se han puesto a hacer política, estas suelen cansarse con su ignorancia gárrula. Pondría, eso sí, cualquier causa personal o gremial en las manos de una Victoria Kent, de conciencia cenital, como de cuantas caen dentro de su familia o su orden.

Llevaron a las Cortes Constituyentes a Victoria Kent unos electores que conocían la trayectoria de su vida, servicial y recta

como una estrada romana, y allí estuvo haciendo, y no luciendo, durante dos años, en los debates. La seriedad de su carácter la conduce a repugnar desde la retórica de los frondosos hasta el cubileteo de los ladinos. Donde hay industria activa sobre la cual poner la mano, realizando el bien para la colectividad, ella toma su sitio. Desprovista en cuanto a medio sajona de la piel de raso que son nuestras vanidades, estará allí trabajando sin énfasis, sentada en la zona donde el ingenio vicioso espejea menos y no atrae a los novedosos y noveleros.

La República la colocó desde sus comienzos en un cargo desde el cual diera la medida de su energía y la nobleza de su cultura penal: le entregó la jefatura de las cárceles españolas. Ella llevaba consigo esa materia en todo tiempo peligrosa —para los flacos de ánimo y para los aceptadores de su mal— que llaman con palabra desacreditada ideales. Una pasión real del derecho le hizo seguir la abogacía; luego sus años de un bufete, asomada a diario a las cárceles —¡y qué cárceles!—, la habían cargado de experiencia. Contra la costumbre del criminalista teórico, ella se sintió llamada a realizar en el cargo cuanto planeó durante su vida: la reforma de los servicios carcelarios, ni más ni menos.

Realizó en catorce meses lo que es dable hacer en campo de calamidad tan dilatado, guerreando día a día con la vieja poltrona que es la costumbre perversa. Sus golpes de azada al régimen penitenciario fueron los siguientes: aumentó la ración alimenticia a los presos; el que castiga a lo menos ha de alimentar. Duplicó las provisiones de coberturas, pensando en que se hiela el que está quieto como un banco. Dio la orden que azoraría a los jefes, de la recogida de las cadenas y grillos en las celdas de castigo. El dato pone no sé qué escalofrío: mandó fundir los objetos infames para sacar de ellos el hierro que bastó para el monumento a Concepción Arenal. Llevó el baño y la ducha a los nuevos edificios carcelarios. Suprimió las cárceles llamadas de partido (de pueblos pequeños) que en varias partes existían en inefable revolución con cuadras y... escuelas.

La obra en que se daría gusto entero fue la construcción de la nueva Cárcel de Mujeres de Madrid. Ha contado Victoria Kent al periodista Ángel Lázaro, que a lo largo de su vida ella alimentó la idea de esta creación y que llegando a la jefatura general de prisiones, se dijo como a sí misma y como a la otra que hay en nosotros: "Ahora hago la Cárcel de Mujeres". Cuenta que pidió al arquitecto: "Mucha luz, toda la posible. Una casa como la que quisiese una para vivir. Luz por todo costado. Seis patios. Seis terrazas y una soberana azotea general".

El amor de holgura, aseo y claridad no se quedó en las oficinas: maravilla en la cárcel nueva, por ejemplo, la magnífica cocina. Cuarenta y cinco cuartos de baño para la pobre clientela. Setenta y cinco dormitorios independientes, una gran enfermería, un honorable salón de actos, los talleres abastecidos para el trabajo manual, la biblioteca que es para los presos la cotidiana salida al mundo, y el santo departamento para las madres delincuentes que deben criar a sus niños (¿han pensado los jueces hasta la última raíz del concepto en la madre presa, que cría y en lo que ella cría?).

Faltan en la nueva cárcel "las celdas de castigos"; se han reemplazado con unas celdas de aislamiento para las reclusas rebeldes, y en ellas, la única penitencia es la separación de las compañeras. Victoria Kent ha dicho que cuando una mujer entra en esa cárcel, "conocerá un choque moral desde su primera pisada, y que esa casa empujará suavemente la buena crisis de su conciencia".

Ahí está plantada en el barrio de Ventas, de Madrid, la masa blanca, albergadora de la delincuencia mujeril. Su arquitectura ostenta la dignidad de las cosas hechas para un vasto servicio social; la sencillez geométrica que ha aventado barroquismos, promete los modos judiciales de la época: ni sentimentalotes ni sargentescos. Victoria Kent ha debido probar una satisfacción profunda mirando su sueño de media vida vuelto pasta de piedra y logro aplacador. Las delincuentes castellanas de tres centurias vivirán, gracias a ella, bajo esos

techos de clemencia y detrás de esas puertas más comunicadoras que tajadoras del mundo. Santa Concepción Arenal no pudo alcanzar en su tiempo este remate de su sacro empeño. Dejó sus libros a la manera de un fermento, y en química como en letras, las levaduras revientan o enliudan la harina, por pesada que sea.

A una distancia de cuarenta años, que pudieron ser menos, pero que no son demasiado, Concepción Arenal, la gallega, gana su batalla por el brazo prestado de una mujer que comió su doctrina, en una eucaristía secreta. “Esta es mi sangre”, dice cada libro esencial a su lector probado. Si tales hostias se comen en la adolescencia pueden más sobre nosotros, y Victoria Kent es un caso de esas adolescencias heroicas que auguran y cumplen unas madureces grandes.

Cuando le dijeron que el menester de la reforma carcelaria correspondía a varón y no a mujer, pudo contestar que manos viriles habían manejado el problema sin sacarlo de su encenegamiento en la残酷 o el abandono. Cuando le enrosttraron “una anarquización del servicio”, pudo desplegar el cuadro que encontró y enfrentar la libertad dichosa que ella trajo con la anarquía satánica encontrada al llegar.

Ella dice: “O creemos que nuestra función sirve para modificar al delincuente o no lo creemos. En el caso de no tener esta fe, todas las mazmorras y el repertorio entero de castigos será poco. Si tenemos, en cambio, esa fe, hay que dar al hombre trato de hombre, no de alimaña”.

Son conceptos de la mente muy lógica que ella lleva, aun cuando la elevación doctrinal de ellos la haga aparecer a los palurdos como mujer de utopías lacrimosas.

La teoría y la conducta política de Victoria Kent se resuelve en un ángulo formado de una democracia corajuda que acepta el socialismo y de una fórmula de realización que suaviza por medio de una densa cultura esa democracia subida. En

este como en otros puntos, camina con el equipo de las intelectuales españolas. Su espíritu de solidaridad parece que sea uno de sus atributos sajones más nobles: ella escoge parsimoniosamente el grupo humano con el cual se funde y al que no abandona por la pequeña disidencia de ayer o de mañana.

Admirable parece también su tino en Parlamento y asamblea; se podría sacar de sus discursos una pequeña antología de pensamiento social y de táctica política, que podía llamarse “Breviario de la sabiduría política feminista para el uso de mujeres latinas”.

Es de estimarse en la literatura política de Victoria Kent la ausencia de cualquier forma de demagogia. Pudor escaso en la casta política, cuyo menester es el batir a las multitudes como a clara de huevo, pudor de líder de altura, delicadeza doblada por la condición mujeril. No sabernos la facilidad con que las feministas caen de bruces en la demagogia, a causa de nuestro terremoto pasional y de nuestro apetito de éxitos inmediatos.

Algunas lectoras podrían sacar malamente de este acápite la conclusión de que Victoria Kent es una diputada de centroderecha, centro moroso y centro cómodo, y se equivocaría, porque Victoria Kent es mujer de izquierda y de un doctrinarismo diamantino por su terca firmeza. Es probable que en nación de justicia social lograda, no fundara con sus amigos un partido radical socialista; pero en la España que tiene que labrar los surcos, tan anchos como ella misma, del bienestar obrero y campesino, ni Victoria Kent ni otra criatura de su probidad podía elegir otro camino que el de una evolución social a marchas forzadas. La desorganización de los pueblos llamados hispánicos le golpea en las potencias con látigo herrado; el hambre de Castilla y Andalucía le castiga los sentidos cuando camina sobre el pecho o la extremidad de la península.

Victoria Kent combatió en las Constituyentes el voto femenino, acarreándose con ello la hostilidad de los grupos sufragis-

tas españoles y una verdadera explosión de los feminismos extranjeros más fogosos; una mujer, y además una diputada, quería rehusar el voto a sus hermanas.

Ella no negaba, ni siquiera discutía, el derecho a voto de las mujeres. Pensamiento tan escrupuloso como el suyo no puede nutrir el concepto de un electorado eterno de hombres. Una mujer que ha hecho la jornada dantesca por los infiernos de este mundo, que se llaman niñez proletaria abandonada y niñez rural, y que se llaman, además, problemas judiciales y trabajo femenino pagados con salario de hambre, tiene que pensar en la creación de otra sensibilidad en el Estado entero, menester que cumplirá la única que trae unas manos puras y una conciencia no relajada a las legislaturas.

De puro fiel a sí misma y a la mujer en general, ella tenía en este trance “ojos para ver y oídos para oír”. Se conocía la ignorancia de la masa femenina votante y pedía a las Cortes una pausa larga para la preparación del electorado mujeril. Victoria Kent resistió la embriaguez de vino generoso o de café negro que es la demagogia sufragista sajona o latina; sabe que no se trata solo de que las mujeres votemos, sino de que no lleguemos hasta este campo tremendo del sufragio universal a duplicar el horror del voto masculino analfabeto... Arribar con mejores prendas cívicas y, a ser posible, llevando una fórmula correctora del sufragio en general, era su intención sagaz.

La mera obtención del voto y la satisfacción de la vanidad del sexo deben parecerle unas niñerías bastante atolondradas. Ha hecho la Casandra contra toda la cordialidad de su naturaleza que la lleva a las maneras suaves de convivencia, así en hogar como en asamblea. La mujer española, en gran parte, votó contra la República que le regaló el voto, y esta frase ya corre acuñada llevando consigo una realidad alarmante.

El tipo especial de opinión pública sin contorno acusado, que es el español, acaso salga de este mujerío votante que todavía no sabe qué es lo que quiere y a dónde va. Por otra parte, no

son estas electoras españolas ningún fenómeno de necesidad y menos de maquiavelismo; sencillamente fueron llevadas sin tránsito a una seria función política.

He encontrado en uno de sus discursos, y como perdida, una frase de Victoria Kent, relámpago de esos que alumbran una zona del alma y gracias a los cuales suele captarse una criatura entera. Ella habla de los sostenes morales con que cuenta para su lucha y que llegan en su correo cotidiano, y añade: “No se olvida nunca cuando un hombre o unos hombres en desgracia nos han llamado madre”. Belleza grande de esos tres renglones que Miguel de Unamuno comentaría, sacando a la luz un género de maternidad que el mundo comienza a conocer: la maternidad de la jefe de prisiones y de hospitales, o de las veladoras de salas cunas, y que corre desde el gris desabrido de un funcionalismo laico enteco hasta una piedad patética o una mística vertiginosa.

Pasó la marejada reformista del primer Parlamento y vino una mudanza visual que un óptico sabría decir: las proporciones de la faena que se iba a cumplir disminuyeron; la República habló de pronto en una lengua alguacilesca que era de pafios tibios o de subterfugios. Victoria Kent no se dio por notificada de un trueque de la República española y rehusó hacer concesiones, bajando calorías a su reforma. Había que irse, dejando los moldes abandonados a manos más consentidoras o quedarse rompiéndoles como una alfarería fracasada en el horno.

Tiempos vendrán, o no vendrán, de reanudar el santo trabajo de la cárcel recreadora de hombres, y al revés de los apóstatas de sí mismos, ella podrá volver trayendo su plan intacto, sin averiadura ni quebrajeo, para continuarlo en el punto y la línea en que se lo interrumpieron.

Entretanto —y puede durar lo que sea el interregno—, ella da a quienes la vemos vivir, de cerca o de lejos, el espectáculo lujo —la ética gasta en ciertos seres un verdadero lujo— de una vida apostólica, tan llana en las maneras como subida en el rigor.

E U R O P A    I I



¿Por qué no diremos mejor la mar Mediterránea? Porque es un mar femenino. Hemos dejado atrás al grande océano, gris y como metálico, de Boston a las Azores, mar de heroicas calidades, a veces duro como un derramamiento de escudos sobre un campo, tan austero en estos días de junio, que no me dio un solo pensamiento gozoso, escondiendo luego la sonrisa.

Y después vino esta mar llena de jovialidad, anuncio de los archipiélagos voluptuosos. Se olvida la gravedad que tiene el navegar todavía —y que tendrá siempre— para los hombres; se toma a juego la segunda parte del viaje; se distienden el cuerpo friolento y el ánimo ceñido; esto no es el mar: es como un elemento medio entre la tierra y el agua... El oleaje se vuelve una pura palpitación de agua dichosa: vamos sobre la piel de las sirenas y el barco se desliza como una alga ágil. Hasta hacemos bromas sobre las tempestades de Ulises; juegos burlescos de las olas fueron los que tuvo —decimos— y el viejo Homero, vicioso de épica, le quiso dar la tragedia. Comentamos que el peñón de Gibraltar, prometeico, es un centinela exagerado para guardar esta breve joya; bastaría una colina dorada... Aunque no tenemos la reminiscencia clásica, buscamos, gozando el agua adormecida, los adjetivos que le dieron los viejos poetas. Cuando Homero olvida un poco lo grandioso, los tiene; cuando le llama la “pradera de violetas”, lo dice.

Gracias a los que supieron “nombrar para todos los tiempos”, el suceso más grande de las cosas, después de existir, es ese de ser llamadas precisamente. (En cuanto tomamos contacto con lo nuevo, el primer ímpetu es de hallar la expresión que lo diga con sencillez; solo entonces sabemos que en verdad no poseemos la palabra, y la pedimos. Para mí no han sabido

<sup>36</sup> Escrito en Nápoles y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 20 de julio de 1924. (N. de los Eds.).

nombrar las cosas sino los místicos, que las punzaron hasta la entraña, y los poetas primitivos, los llenos de inocencia). Con la expresión de Homero viene la de Esquilo, que también deja saciada: la “sonrisa innumerable” lo llamaba. Ella es todo nuestro paisaje, todo el camino, detrás, adelante, a los costados. Vamos en el círculo de la gracia infinita, y el alma corresponde a la visión; desata sus nudos de preocupación hasta de recuerdo. ¡Olvida, olvida! Es una suspensión de la vida y con ella de la fealdad. Afanes, memoria, dolor físico, todo eso, pura fealdad. La dulzura circundante nos hace criaturas suyas y nos abandonamos, porque todos somos ese niño desgraciado, pronto a reclinarse en el regazo, que no ha probado de la madre maravillosa.

La “pradera de violeta” muda de color sin mudar de dulcedumbre. Amoratada antes del amanecer y en la última tarde; lechosa en los días sin sol, siempre tiene la leve espesura de la “pradera de violetas”. Cuando se emblanquece, es como una deshojadura encenizada de olivares. Cuando el cielo es totalmente puro, la masa azul alucina. Casi cerramos los ojos. Parece que no somos todo lo puros para recibir esta visión perfecta.

Durante un día este azul no danza, está fijo como para ser más completamente bello. Se mira a sí mismo con deleite. La estela del barco se borra de dulzura; el mar es un párpado redondo y caído, y una dicha interior.

No hay gaviotas; la costa, que es tan próxima, se borra hasta en la idea.

Dijo alguno que el mar cansa con su único semblante, y lo que ese miraba era su propia monotonía. La tierra no tiene más semblantes que el mar. Lo muda una sola arruga. Mas el viajero es casi siempre un fatigado. ¿Por qué no se habría de decir, mejor, que el mar es camino de mercaderes o de enfermos, es decir, de distraídos? Su fiesta está a nuestro alrededor; pero en el ojo de unos va la ictericia de la melancolía, y para los otros —los del negocio en América— la fiesta no se hace.

Después de Palermo ya no tenemos el cielo gris; el agua gloriosa se deja gozar bien. Algunos han llamado al Mediterráneo, mar oleoso, por sus suavidades; yo lo siento ligero; los otros tienen la onda espesa que en los días buenos se vuelca con gravidez. La diferencia del Mediterráneo con ellos es la del vino en la copa. Una mar leve, todo superficie. ¿El sentido de las sirenas no será el sentido de la piel del Mediterráneo que hace olvidar sus profundidades? No era el canto de ellas, era lo familiar que este mar tiene para el ojo del marino. La alegría que se hace confianza, lo que hacía abandonar los remos y entregar la suerte.

El pueblo italiano vive en las ciudades una vida moderna sin frenesí moderno, la de la burguesía latina que al cabo es la más refrenada entre todas las burguesías, y vive aún la del artesanato medieval. Pero naturalmente, el campo es allí como en todas partes más castizo que la ciudad, y las masas rurales son la italianidad “ciento por ciento” y una latinidad virgiliana que mana todavía en la ubre clásica la única leche indudable entre las de este mundo.

Este pueblo conserva el legado de Roma, más el legado del piemontés, el toscano o el umbrío, y lo que Roma le da de razón dura, la miel regional lo suaviza. Lo mismo templá el orgullo de su historia con la modestia del perímetro presente y así viene a ser modesto sin ser olvidadizo.

Este pueblo conserva la apretadura de la familia entre el carnaval aventador de los vínculos de la época y, para el viajero, es lindo completar en Italia la intensidad del paisaje —mar fuerte, sol robusto— con la sensación caliente del lago familiar y del lago humano en general.

Se acuerda uno de la repugnancia de los tibios de Dios, que contó Santa Teresa, viendo vivir a estos ardientes. Este pueblo guarda su pasión, “su corazón de carne”, y sin entenderlo, lo guarda para el momento en que las razas, cuyo cuerpo entero se vuelve seso, no puedan más con su cara, sus vísceras, sus brazos y sus piernas de seso. Contra el endurecimiento por el intelectualismo lunar y contra la imbecilización por el mismo, se conserva y se cuida su “corazón de sangre”, el triángulo caliente y calentador, este pueblo, al que llaman los racionales “instintivo”, siendo seguramente el racional de veras.

<sup>37</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 5 de julio de 1931. (N. de los Eds.).

Este pueblo ha hecho al cristianismo el bien de continuarle el festón de oro de la alegría y de hacer que no se apague entre los cristianos negros o rojos desollados.

Este pueblo dio a San Francisco de Asís, sílaba segunda del Evangelio, soldada y pegada a la primera, única manera cristiana que saliendo del clima del Evangelio no nos hace caer verticalmente ni sentir la extrañeza, ni la desfiguración del país jesucristiano de donde se viene bajando. Muy grandes son las otras piezas que la Italia de cualquier tiempo ha ajustado al mundo; pero pudiera ser que el franciscanismo fuera la más preciosa, por ser la más difícil de ajustamiento y de material.

Este pueblo labra, talla, decora, tiñe, teje, cantea, forja, fabrica, vende tanto como cualquier otro, con la ventaja sobre los otros de que usando la máquina, sigue usando también la mano para no barbarizar su cuerpo. Las manos del obrero industrial ya no dicen nada ni importan nada y han pasado a ser más o menos como la pezuña de la oveja y menos que la manita del topo.

La mano del artesano florentino o veneciano nos pone todavía en vida las ganas de besarla en agradecimiento de sus primores, y de cortarla, cuando se muere, para los museos de oficios.

Este pueblo sigue siendo soberanamente campesino y es la tierra la que lo salva de las “malaria” y las epilepsias del tiempo. Nadie ha averiguado bien hasta qué punto el vivir paso a paso con las estaciones acuerda a las gentes con cierta entraña del planeta dada por Dios y los dioses; aún no nos hemos puesto a observar con cuidado qué hay en el gavillar, en el vendimiar y en el recolectar frutos para que Virgilio, por solo ver y contar eso, nos parezca más hombre —y padre de hombres— que los demás poetas.

Este pueblo, y es su única desgracia, está haciendo el oficio de proveedor de carne óptima para los pueblos que no dan hijos, desde Francia —donde está bien que vaya— hasta Estados Uni-

dos. En perdiendo grados de sol, ráfaga de mar y el clasicismo de su paisaje; en cuanto deja de usar el hilo de miel de su lengua y ni la habla ni la oye, él pierde, con esa reverberación exterior e íntima, de suelo y de lengua, el golpe de su sangre, y como si dijéramos, la anchura de su aurícula pasional, y con ella, la de su creación, que de allí le viene.

No es ambición a secas ni avidez antojadiza lo que hace gritar a Mussolini su letanía de colonias. Tiene razón, tiene toda la razón. La italianidad se estropea en no sé qué tegumento del alma en cuanto el italiano sale de su lar geográfico, del ribete mediterráneo y de la cifra espiritual mediterránea. No es que degenera moralmente, siendo su moralidad la sin poros del metal; no es que lo aplasten prosperidades sajonas desafadoras: es que se le turba el ritmo de la costumbre y que debe aceptar la creación en lotes creadores que no son los suyos; es que debe caer en la aceptación de conceptos de la vida que son la réplica de los suyos y es que debe arrimar su misión a misionistas ajenas, y se entristece si se da cuenta de lo que hace agotado por la necesidad.

Este es, pues, el pueblo que todavía discuten por allá y por acá los que no saben mirar lo que les llega, tocar lo que les codea y agradecer lo que les ayuda.

Esta raza que maduró el clasicismo griego con esa manera de madurez que es la paternidad de pueblos (que Grecia sola no quiso o no supo cumplir); estas gentes que dieron la mejor de la Edad Media entre las europeas —la más delicada y la menos morbosa— y que reventó en la flora más violenta de los violentos Renacimientos europeos, cuando vinieron sobre ella los tiempos modernos, difíciles de manejar y de vivir por un pueblo que había manipulado materiales tan contrarios a ellos, también se puso a crear ciencia y a entregar industrias.

Dígase lo que se diga de la torpeza latina para el campeonato científico industrial, Italia ha peleado la buena lucha de la competencia con el anglosajón. También aquí, ventajas para

ella. La ciencia italiana, el invento italiano, el industrial italiano, no han puesto como sus congéneres a desjarretar la tradición, a pulverizar su espiritualidad —tórax de su genio— ni a enloquecer su costumbre, de modo de contentar y servir así a la recién llegada, a la ciencia positiva. Y mejor la sirven y la servirán que los otros, no dándole furor de euménides ni empujón de terremoto sobre la sacra península que deben guardar de cualquier enloquecimiento.

¡El golfo! ¡El golfo! Desde mi barco, con sus jarcias vagas, de noche todavía, entro en él; hasta que el tren hacia Roma me lo arrebató en el horizonte, no ha habido para mí sino el golfo de Nápoles.

Pintoresca la ciudad (hasta acaparar el adjetivo para sí), con sus calles sin aceras, de una estrechez de ciudad de juguete; con sus vehículos que tiran asnillos vivaces, un asno plateado y alegre que yo no conocía; con el alegre cinismo de sus gancheros, los más pícaros entre los trabajadores del mar; con su población vividora, que lleva la vida como una rosa entre las manos; con sus casas de cuatro a seis pisos, pintarrajeados por sus tenderos de ropa, que caen hacia cualquier palacio... con sus músicas, que son como la sangre sensual de la noche napolitana; con todo eso, lo único que queda después de perderla, es la visión del golfo.

Se ha dicho de él muchas veces: "Es una obra maestra de la tierra". Y es cierto. Los golfos del mundo fueron ensayos de él, esos garabatos hermosos, pero no logrados del pintor antes de la obra genial. Como la obra maestra, el golfo de Nápoles deja saciados de hermosura los ojos. He recorrido los archipiélagos nuestros y he entrado yo en no sé cuántos fiordos y bahías y senos, y no sabía hasta ahora lo que es un golfo.

Me acuerdo de la definición de mi geografía infantil: "Una entrada del mar en la tierra". Pero hay en el fondo la cuchilla verde del mar en la tierra donde el agua se agita como un demonio mordiente, y el gemido del mar es acre. Hay la ensenada, más amplia, y por eso más dichosa, capaz de trescientos mástiles. Hay por sobre ella las bahías como las del Callao, de curva noble

<sup>38</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de octubre de 1924. (N. de los Eds.).

y casi perfecta. Mas eso no es todavía la obra maestra, este pecho de Dios inmenso y dorado: el golfo de Nápoles.

El mar Mediterráneo, civil, con el océano sofocado en su vaina de oro, fue labrado con la misma perfección que pone en sus conchas. El golfo no tiene el centro del Mediterráneo, mas yo recuerdo esta teoría: "El corazón es lo más perfecto del cuerpo humano, y ese sitio suyo es el que tiene también lo perfecto de las cosas". Así, pues, quedaremos en que el golfo maravilloso es el corazón del Mediterráneo. Un corazón de añil y de oro, lleno de estremecimientos.

Gozo el arco del golfo, desde el Posillipo hasta Sorrento con el deleite de la suavidad con que sigue mi mano el contorno de una fruta. Nunca me dijo nada el arco en la geometría. Y yo ahora lo amo, porque se me ha vuelto vivo. El ribete de la espuma me lo traza, y el azul lo colma, superándolo hasta el infinito.

Se me llenan los ojos de azul; no recibo en ellos otro color; descansan en él, como la socarradura en los suaves aceites.

¡Golfo de Nápoles, ancha dulzura!

Y con el olor, la vibración gozosa.

No hay agua más viva; un pestaño incansable de mil párpados de oro, de olas pequeñas y redondas. Un oleaje sin ímpetu, lleno de gracia dichosa. Abandono del agua, ofrecimiento casi humano de dulzura. Recibo el golfo en mí como un don, siento que es una entrega eterna que se me da por un instante.

Yo veré azul muchos días, digo a mis compañeras... Es decir, veré el mundo en esta gracia fresca.

Vivo frente al castillo de Barba Roja, sobre el mar. Oigo la otra resaca rumorosa, la grita de los marineros, y los miro ir y venir, riñendo o cantando. Hacen un rumor de resaca.

Tienen olas adentro, el vino del mar (además del otro...). Morenos, menudos, épicamente sucios, con los ojos pícaros de los enanos de estampa alemana, felices. Comen cuatro pescadillos que huelen bien en su buen aceite; beben su Capri o su Falerno; besan, van a la pesca, vuelven más vivos todavía del mar, que los enardece cual una sangre, y vuelven a besar, como en la mañana, como sus abuelos besaron, como los griegos sensuales de quienes descienden. Sobrios por miseria, por miseria también cínicos, y llenos de simpatía, cual las ardillas tropicales. Su clásica suciedad es tan grande que ya no irrita, hace reír. Juran. ¡Cómo juran estos marineros! Reciben entre maldiciones y gritos de albatros a los barcos que llegan. ¡Se pelean por el pasaje, por el embarcadero, por todo! Los ingleses los miran un instante con miedo; luego se echan a reír. Están locos de olores salinos, de los yodos y de los resplandores de su agua.

En las mañanas, ¡qué gozo de ópalos el golfo! y ¡qué vaguedad divina —la de un asonante sabio— sobre el horizonte! Los ojos se preparan con este gris brumoso para el mediodía, en que el azul los dardeará como un cuarzo brillante.

El golfo, en los días de niebla, cobra hacia el oeste una inmaterialidad que llega a hacerlo inexistente. Se acaba aquí mismo; Capri es una fábula que se cuenta, hacia donde no hay caminos. Isquia es una irisación, no una tierra.

¿De dónde vienen las barcas? ¿En qué mares hallamos la pesca?

Una suavidad grande es el mundo sin relieve heroico.

Y los millares de barcas en los embarcaderos. Su choque, el cabeceo numeroso, me parece algunas veces un viento en árboles secos o un latido duro de la noche.

Al oscurecer, cuando las han resguardado en la pequeña ensenada artificial los pescadores, son como una derramadura de almejas apretadas en la playa.

Tienen colores rechinantes y nombres ilustres o chacoteros. Se llaman *D'Annunzio* o *La Comadre*, o *La Suavísima*, nombres graciosos o enfáticos, de animales, de flores o reyes.

Los buscan los pescadores como el nombre de la hija, con una ternura grotesca o bienaventurada.

Menudas, vivaces barcas descuidadas. Tienen hermosa suerte y merecerían estar vivas, ellas, las sabias del contacto marino, que conocen la piel del golfo en su calidez y en su viejo misterio, que son doradas como racimos de dátiles junto a los malecones; o, rojas, arden como celajes en el horizonte; que son ligeras y delgadas, como almendras, y así cargan el coral en ramas de sangre endurecida, y el carey, de un ardor tan sombrío, y las madreperlas venusinas.

Derramadas junto al muelle, como las almejas, me convidan. Están todavía mojadas de marea y los remos descansan en su vientre, escondidos como su maravilla.

Yo tengo aquí un libro sobre el golfo de Nápoles, es su historia aburrida. Ya sé esto: que salieron de aquí, buscando el mundo, los pendencieros del mar, los pícaros del corso, y los mercaderes maravillosos e inmundos. Pero eso es también Constantinopla, y El Cairo, y Cádiz y Marsella.

Yo querría leer otra cosa: lo que han dicho los poetas sobre el golfo, qué calidad de contacto puso en sus corazones noruegos, galos o australianos.

Y ese libro no lo he hallado, porque los libreros imprimen en vez de la banalidad poética, la banalidad histórica... para los ingleses.

¡Adiós, golfo de Nápoles!, el mayor azul conocido por mis pobres ojos.

Rodean a Florencia colinas y colinas. Si se hiciera de ella uno de esos ingenuos mapas de la Edad Media, con representación animada, a veces zoológica, Florencia podría quedar señalada por una ronda de mozas, la ronda de las colinas.

Anatole France ha dicho que estas colinas no han sido hechas como el resto del globo, sino una a una, por un Dios amante que las iba rodeando tacto a tacto de su palma. Es verdad, no pertenecen a la geología; parecen más bien hechas por los hombres a su pequeña medida, en una hora de juego dichoso. Fiésole queda asentado sobre varias de ellas; en el costado de una, rojea la casa señorial de Rebeca Matte. Sobre la figura de “Los ciegos”, ha venido hasta nosotros algo de la epidermis de esas colinas. Recorriendo su villa, una tarde, sentada en una ladera de pinos, yo imaginé a la mujer querida y nunca vista, sentada con el paisaje extendido delante de ella. Las colinas caían en sus ojos haciéndose grandes puntos de oro.

Y sobre las colinas de Florencia, la esbeltez siempre cambiante de los cipreses. Desde que entramos en la Toscana, el ciprés empieza a regir el paisaje como la viña rige jovialmente el de la Umbría y el abeto agría una cosa brava que son los Abruzzos. La Toscana está gobernada por este numen elegante y agudo. Cipreses solitarios, cuya punta dorada es la frente sensible de la tarde; cipreses en grupos, en filas que se alejan adormeciéndose como saetas cansadas; cipreses y cipreses...

El Arno pasa como un esposo tocando largamente el costado de Florencia. D'Annunzio lo ha llamado el “río de oro”. Pasa,

<sup>39</sup> Reunimos con este título tres textos que Gabriela Mistral escribió sobre esta ciudad. Este apareció en *El Mercurio*, de Santiago, el 2 de agosto de 1925, y en *El Mercurio*, de Antofagasta, el 16 de agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

es verdad, con una lentitud de oro fundido, como gozando su lecho. Lleva algo de la gravidez de la sangre; la ciudad acaso tiene esta sangre dorada. En alguna hora me pareció el Arno entero un aceite precioso que no fluía; las barcas no acababan de pasar nunca.

Tres puentes sobre el Arno: el Puente Viejo, o de los Plateros, el de la Gracia, el de la Trinidad, tendidos hacia la otra Florencia, y hacia la colina maravillosa de San Miniato. La tarde florentina huye por esos puentes hacia la otra orilla; en un momento atónico el crepúsculo parece saltar como un leopardo de oro, por cada uno de ellos.

En uno, ya lo sabéis, ocurrió el encuentro del Dante y de Beatriz. Contra el agua de oro, la figura roja y las figuras blancas. Los plateros miraron el grupo familiar, sin asombro; los vendedores de fruta siguieron hacia el mercado, golpeando con su varilla el asno cargado; las figuras se separaron pronto, pero el Dante escribió el soneto para rehacer su alegría, y ahí están las tres siluetas detenidas en el tiempo. No los veremos en otra actitud que en esta: los ojos adentro de los ojos, como un grumo que no se suelta.

El otro encuentro clásico, en las escaleras del Bargello.

El emblema de la ciudad es el león del Palacio Viejo, de cuyo hocico salta la lanza coronada por el lirio... El león sujetaba bravamente la lanza y hace una cabriola un poco salvaje en el aire; es diferente del león de San Marcos, de austero rostro y mejor se parece a la pantera del carro de Dionisos.

Para representar la gracia, que es un numen invisible de la ciudad, se buscó el lirio, pero se le dio rojez, la de la sangre florentina, que es la mayor rojez del Renacimiento. De este modo, la flor queda liberada de lo cándido, que no convenía a una brava gente. En la flor tremolada, los pétalos laterales se doblan fácilmente; el del centro salta como un puñal desde el seno del dístico. La heráldica no ha acertado con una figura más noble.

Encontraremos el lirio heráldico a cada paso; se halla estampado en el fierro burdo de un puente; los joyeros lo han puesto en infinitos motivos, sobre anillos y diademas; lo hallamos en la porcelana doméstica, en los cueros labrados, en el cuaderno del estudiante, hasta en las chapas de mi pieza de hotel; en oro, en plata, en amatista, en bronce...

Ya sabéis que las cenizas del Dante están en Ravena; su mausoleo vacío recuerda la frase del magnífico rencoroso, negando sus huesos a la ciudad. Es de aquellos que se señalan mejor por la ausencia, que tal vez la quisieron para eso, para hacer su presencia más verdadera.

Yo siento al caminar por las calles florentinas una atmósfera extraordinariamente viva, preñada de actos, y que me fecunda momento a momento; es el reverso de Venecia, esta ciudad de aire activo, pues la otra tiene como un rostro paralítico, un hemisferio muerto y uno jovial. Anoto la vivacidad de mis sentidos lentos y me contestan:

—Hablando en la lengua de la industria (empecemos a aceptarla), Florencia tiene cuatro dínamos terribles que acicatean, o si usted quiere, cinco cascadas del espíritu que cargan esta atmósfera: son la Capilla de los Médicis, la sala de Donatello, el Campanile del Giotto, el convento del Beato Ángelico y la Plaza de la Señoría.

—Son más —añade otro—: el Baptisterio, las galerías Pitti y de los Oficios, y la colina de San Miniato.

Desde esos lugares, irradia el fluido que saca chispas de la cabeza más sorda. Me place que la ciudad no tenga el monumental romano, para que no aplastándome, me deje las potencias ligeras y libres para su palpación. Florencia tiene un épico diferente del romano y el español: es el épico de Parsifal o el de Juana de Arco, bañado de gracia; es algo equivalente al heroico del clarín contra el heroico de la trompeta.

Vamos hacia la Capilla de los Médecis, en la iglesia de San Lorenzo. Juan y Cosme quisieron dormir entre los bloques de Miguel Ángel. ¿Podrán dormir bajo esta explosión de piedras que casi gritan? El *Pensativo*, Lorenzo, es la actitud prócer del pensamiento, la meditación guerrera, cuán distinta de la meditación de la muerte, que tuerce los músculos en el *Pensador*, de Rodin. Me molesta el casco sobre la meditación... Me enderezo hacia *La noche*. ¡Ah, yo he buscado hace tantos años con el ansia, este mármol que es la vida misma mostrando sus dones en reposo! Mientras la miro voy pensando en la imperfección que tiene el sueño en las criaturas, hasta en los vegetales. La tierra no duerme nunca; tiene siempre la punzadura de sus pulsos, vivos en un río o en el viento; las ciudades tampoco duermen desde sus raíces afiebradas. En *La noche*, de Miguel Ángel, no duerme el cuerpo, que está pronto a incorporarse. Duerme, sí, la cabeza, pero como no ha dormido nunca cosa alguna.

La maravilla del sueño está toda derramada en la frente, en los párpados y en la boca exhalante. Hay no sé cuántas vendas de reposo extendidas hasta las sienes. Me viene un verso olvidado que dice: "La mayor misericordia concedida por Dios a los hombres es el sueño". Contemplo esta cabeza como esas cosas que quiero dejar depositadas en el fondo más seguro de la conciencia.

—Tú —le digo—, me harás dormir a tu semejanza, como una madre.

Ya sabéis lo que son *El día*, *El crepúsculo*, *La mañana*; yo soy de las almas que no sé quién llama *De la media noche*, y he entendido mejor a la criatura nocturna.

Vamos hacia el que mi amigo nombra el segundo dínamo de la ciudad: a la sala mayor del Bargello, dedicada a Donato.

Donatello vivió como un santo y se cansó como un artesano, en sesenta años. De las cien obras caídas de su mano, los florentinos han librado las principales para sí, reuniéndolas en

esta sala prócer. La domina el enorme monumento paduano a Gattamelata, que pertenece al épico romano. Mis ojos se ponen a buscar la teoría de los *San Juan Bautista*. Fue Donatello un embriagado del Bautizador; el San Juan más intenso, el que tiene entera la fiebre del desierto, está en Siena, y Siena no se desprende de él. Pero aquí se hallan el San Juan Infante, el Adolescente y un Predicador. El Adolescente es como un vértice que funde los otros. Semblante atónito; ya se abre por el mensaje, asombrada de contenerlo, esa boca de que Salomé tuvo el inútil deseo; la aureola está sobre la cabeza, anticipada, como una luna nueva; el cuello es perfecto para la degollación; la piel de camello cae sin aspereza. Forma este San Juan Adolescente un dístico con el San Jorge.

¿Hizo Donatello un santo sajón? No, es un santo latino. Frescura de adolescente, dulcificando la apostura guerrera; el escudo, muy esbelto, hace como la síntesis de la figura misma. Yo me acuerdo del San Francisco guerrero. El Pobrecito (por algo vivió su Edad Media) tuvo también el momento de tentación bélica. Así saldría de Asís, camino de la Apulia, con esta suave altivez de niño soldado.

Donatello, al lado de Miguel Ángel, tiene una grandeza mesurada, que no nos humilla: este creó conforme a los hombres. Aquel parece estar diciendo en sus bloques:

—Aquí llegó Miguel Ángel y no llega otro más.

Donatello puede ser alcanzado, y esto alivia; su naturalidad domicilia su obra en medio de nosotros.

Ahora vamos hacia la iglesia del Beato Angélico.

Después de leer la *Divina comedia*, para restablecer los pul-  
sos, se lee una canción de Petrarca o se viene a mirar las vír-  
genes del Juan de Fiésole, el tierno.

Varias de las celdas son oscuras; el fresco se apaga, y este deta-  
lle dice que los pobres frailes sabían que su hermano pinta-  
ba bien, pero no sabían que estas celdas iban a volverse un  
lugar de cita humana. Pensaron ingenuamente en que fray  
Angélico hiciera a cada fraile un motivo de penitencia sobre  
el muro, y nada más.

Me acuerdo del hombre que pintaba de rodillas las vírgenes y  
los calvarios. Tengo dos retratos suyos; hago al monje dentro  
de cada aposento una fisonomía viril domada que no se ha  
desprendido del momento de la oración.

Su virgen, más perfecta, nos ha saludado a la entrada: es una  
de las *Anunciaciōnes*. “Yo soy la esclava del Señor”, dice la in-  
clinal frente de la hágase en mí según Su palabra.

Nadie antes que el Beato había pintado el éxtasis: era como  
fijar la vibración de la atmósfera; él traía este mensaje. Vivía  
el éxtasis cotidianamente; lo que para otros es suceso único  
dentro de una vida, le fue familiar como las cuentas de su  
rosario dominicano. Sacó, pues, la adoración del fondo de su  
pecho y la puso sobre los frescos.

<sup>40</sup> Esta segunda parte apareció en *El Mercurio*, de Santiago, el 9 de agosto de 1925, y en *El Mercurio*, de Antofagasta, el 27 de agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

Bajamos de las celdas a la sala en que se han reunido los retablos y otras cosas. ¿Cuántos ángeles pintó el Beato? Tal vez un centenar. Tuvo la obsesión de lo angélico y lo mariano. Dios tiene dos alas: la roja y la blanca. (El genio florentino se me parece doble como lo superior: el Dante puso la rojez y el Beato la albura).

¿Vio los ángeles Juan de Fiésole? Me acuerdo del otro Juan español: "Mira que la pasión de amor se cura solo con la presencia y la figura". Y esta pasión angélica del monje debió ser aplacada porque su pintura es dichosa, como es la obra de los hombres que han sido escuchados en su anhelo. Digamos, pues, con los comentaristas religiosos, que su celda rumoreaba de potencias superiores, como colmena, hacia la medianoche, cuando el aire está puro, y es fácil que la escala de Jacob asiente su otro extremo...

Las teorías celestiales acaban por ejercer sobre mí una fascinación. Yo paso de los ángeles a un Santo Domingo, y vuelvo a los ángeles. Me dice una compañera:

—Es el color gozoso del Beato, el color puro, que le place a usted lo mismo que la prosa primitiva de Domenico Cavalca.

Y es verdad que la coloración intensa entra como una sangre por mis sentidos; sin embargo, la fascinación es la teología: a fuerza de humanizarse, el cristianismo ha olvidado al ángel por el santo. Mecen mi pensamiento estas rondas que danzan sobre el cobalto y oro, batiendo instrumentos musicales, y sintiendo que me nace un cristiano nuevo, hecho por San Francisco y Juan de Fiésole, en el cual el ángel que levantó la piedra del sepulcro a Cristo, me libertará de la podridura del dolor que duraba mucho.

Pero hay que hablar de otra celda, de la que huyen las gentes, la del desgraciado Jerónimo Savonarola. ¡Qué oraciones tan diversas dijeron bajo el mismo techo estos dos hombres de fe! ¡Una era de lenguas de fuego, la otra de aceite suavísimo!

Me he leído dos vidas del hereje dantesco, con el corazón apretado de ansiedad dolorosa. Quiso hacer el cristianismo político que suele también rondar por mi corazón; no vió que caía por un despeñadero. La multitud lo empujó como una tromba. Fue un alma tan tremolante de caridad como Tolstói, terriblemente puro; odió la belleza por odiar el pecado, y ha quedado entre los infieles, este que en celo de Dios tocó en el frenesí.

Recé por su alma al tocar su breviario, salí temblando de la celda.

Ahora caminando hacia la Plaza de la Señoría, nos sale al paso el Campanile, que yo gustaré más de llamar “la Torre del Pastor”, como el pueblo florentino... Está al costado de la catedral, según el antiguo uso, que separaba el campanario del cuerpo de la iglesia.

Muestra una de las líneas más admirables que la arquitectura ha dado a la plegaria humana. El altísimo cubo se halla revestido de placas de mármol rosado y gris, que se funden en un amoratado de crepúsculo. La ojiva medieval hace circular el aire y la niebla invernal por la torre como un cuerpo vivo. La columnilla, multiplicada innumerablemente, da gracilidad a la forma poderosa y en el Campanile, como en toda criatura florentina, la gracia es una cosa vigorosa, sin lo menguado y lo débil que se ha vuelto en nuestro tiempo.

Hay que gozar la tarde sobre el Campanile. Él fue hecho para que los ciudadanos, sin salir hacia las colinas, recogieran con ojo tranquilo la tarde en sus costados. Se la goza sobre él, pulsación a pulsación de luz, en la ternura primero dorada y luego cárdena.

La levantó Giotto, el pastor. Acordémosnos brevemente de él. Pastoreaba sus ovejas cuando [el pintor] Cimabue observó que el niño hacía un croquis perfecto. Llevó al niño consigo; le dio lecciones, sin comprender (porque el técnico rara vez comprende) que daba normas a un iluminado a quien enseñaba directamente el Dueño de las Normas. Dejó sobre los

muros de la basílica de Asís, escrita en rosado y azules inefables, la vida de San Francisco. Después lo hicieron arquitecto, lo mismo que el papa Julio II hizo pintor a Miguel Ángel, es decir, por el concepto renacentista de que el genio de igual modo puede aplicarse a una cosa que a otra afín. Y aquí está la "Torre del Pastor", que desde hace siglos adoctrina en vano a los arquitectos. No resucitan en los ojos del técnico los del ovejero, que vio la arquitectura del árbol en el aire limpio del campo.

Oíd los preceptos para el artesano, que escribió el Pobrecito de Asís y que recitaba siempre el pastor Giotto, cumpliéndolos con su vida cotidiana.

El credo del artesano contemporáneo es otro: con el hombre entero se ha envilecido la artesanía:

1. Hay que trabajar sin dinero, y ser pobre.
2. Hay que trabajar sin complacencias, y ser casto.
3. Hay que ejecutar las órdenes recibidas, y ser obediente.

La Plaza de la Señoría es mi lugar de reposo en la ciudad. Cuando salgo de mañana, tomo mi desayuno en una de aquellas mesitas que el aire libre purifica de su calidad restaurantil, y al mediodía, tomo aquí también mi taza de té ligero.

Al frente, el Palacio Viejo. No me atrae el recuerdo de las clásicas reyertas de los señores Strozzi, Médici y Orsini. Fui maestra de historia y me cansó los ojos la interminable carnicería. En todos los tiempos, la guerra ha sido fácil, una respiración natural de los hombres: el espectáculo fatiga. Difícil, maravillosa, por lo tanto, ha sido sobre el mundo la bondad. Lo importante es que bajo aquellos Médici, Miguel Ángel hizo el *David* adolescente, que rige la plaza, y Benvenuto Cellini, entre sus vicios, labró el *Perseo*, aunque fuera a su semejanza, es decir, cortando una cabeza. Los demás señores pasaron, con sus rapiñas sin novedad y sus lujurias antiguas: las murmuraciones sobre ellos llenan muchos libros interesantes.

Aquí, en la Plaza de la Señoría, fue también quemado el pobre Jerónimo Savonarola, entre una plebe deseosa de ver si un hombre ardía mejor que la buena cera.

Hay diez o doce estatuas en la plaza y la galería abierta. Es un conjunto de museo que han hecho bien los florentinos en liberar de la sala, dándolos a la atmósfera. La escultura se volvió una química y una criatura de catacumba en los museos, el arte destinado por excelencia a la mirada popular cotidiana. Para el pueblo, y no para el aburrido copista, fueron hechas las actitudes heroicas y las graciosas, para que la mujer que lleva su entraña pesada recoja la visión de una cabeza con sienes finas, que puede descender a su víscera conmovida, y para que los hombres sin virilidad se acuerden de que existió Perseo, matador de monstruos.

No hay reproducción siquiera próxima del *David*, de Miguel Ángel. No es un adolescente, es la “adolescencia”. El cuerpo tiene una frescura que supera a la de la carne. Delante de él se siente esa impresión de amanecer, que dan los cantos de Nietzsche. David es aquí el hondero judío acostumbrado a hacer con su golpe la tajadura del espacio, de una colina a otra colina. La actitud de fuerza está exenta de exageración; la mirada es más dura que el mismo músculo. Rejuvenecen los seres mirándolo; de la estatua hacia nosotros parte con un hervidero de ondas vitales, que entra a mudar nuestra vieja sangre.

El *Perseo* no mira al *David*, como dijo Rodó, pues no fueron colocados frente a frente, como lo hubiera querido el contraste de símbolo rodeano. La actitud del *Perseo* es soberbia; es un héroe nietzscheano; el otro salió de la Biblia.

La *Judith*, de Donatello, se aplasta, desaparece junto a las dos presencias masculinas. Pienso que ni en el arte servimos para matar, las mujeres...

La Plaza de la Señoría es el corazón de la ciudad fina, y como corazón suyo, también está viva sin hervor, con los latidos suaves. Se puede leer en paz en ella y comentar interiormente las estatuas, sin que se nos quiebre la varilla de junco del concepto. Abundan los clientes silenciosos en las mesas. Son los extranjeros, los hombres del turismo emotivo. Después observaré la diferencia entre el amante de Venecia y el de Florencia. Aquel es más sensual, sensualidad de góndola y de ola blanda; el amante de Florencia es recogido.

Esta plaza, como todas las de la Edad Media, no tiene árboles. Se las destina al comicio, y debía hacerse el espacio libre para que el pueblo no perdiera los ademanes del Condottiero. Plaza enteramente civil: pavimento de piedra desnuda que ha trepidado durante siglos bajo la pasión electoral y que ahora soporta la pisada más suave de los transeúntes contemplativos.

Hay una Florencia. Para ella, guardar los sentidos, conservándolos puros y vigorosos, porque necesita la mirada sostenida de la que los lazos no son capaces. Ser puros, para ser dignos del Isaías del Renacimiento que se llamó en este bajo mundo Miguel Ángel: andar entre artesanías y amar las artesanías, pues esta fue y sigue siendo ciudad de artesanos: tener en el fondo de la memoria el hervidor Antiguo Testamento, si se ha de sentir la puerta del Baptisterio; haber amado mucho a Leonardo, el latino mayor, para que se halle pronto el entendimiento libador; haber querido los niños, y merecer así la *Cantoría*, de Lucca de la Robbia, y haber guardado en el fondo del ojo una gota de inocencia, para recibir el fresco del Giotto.

Puede vivirse una vida entera como prólogo de un mes florentino. En esta ciudad venimos a saber los fieles por qué se dio a la belleza, como a un leopardo, la carne del propio corazón. Ella es el vértice de oro a donde van a hincarse los hombres de los cuatro puntos cardinales, que amaron la gracia coronando a la vida, es decir, el lirio sobre la cabeza del león.

Que el joven cuando mire pasar en un barco por sus costas, el ofrecimiento del mundo, se acuerde de Florencia; que cuando recorra en un mapa la danza de los nombres antiguos, de cada uno de los cuales parte un dardo hacia su ansia, se detenga en el de Florencia. Y si llega a ella sienta que ha cumplido con un mandato superior, impuesto a los mejores: leer el terceto del Dante sobre el agua del Arno, pesada como médula, prepararse para este amor.

### I I I<sup>41</sup>

Ando de nuevo por las calles de la ciudad querida, de la ciudad que es perfecta, porque no ha aceptado tener el perímetro insensato de las llamadas grandes, de las viciosamente grandes; que se ha defendido de morir como las otras que conjuntamente con ella dominaron y se redujeron después como los frutos secos: las Pisa, las Pescara. La ciudad que ha aceptado un mínimo de barbarie de autos y peatones, porque quien la ama la camina a pie y con deleite en el paso como a un patio familiar en estas mañanas de otoño; de la ciudad en que las criaturas han sido de la misma talla, pero frenéticamente opuestas una a la otra a pesar del palmo común. Ciudad de parejas bifrontes: su Beato Angélico con su Savonarola, su San Antonio con su Aretino, su Guicciardini con su Benvenuto.

Aquí se juega a amar los opuestos, sin que la mente se prostituya con el doble comercio y la doble emoción. Aquí he aprendido yo a partirme la mente en gajos iguales, para darle fervor a Miguel Ángel, el hebreísmo; y a Leonardo, el anti-hebreo. Y aquí me acaece la aventura de amar dentro de los mismos diez metros al pobre Savonarola y al Beato caminando de la celda 2 a la celda 33 del consabido convento. Y es así

<sup>41</sup> Este texto apareció como “Otra vez Florencia”, en *El Mercurio*, de Santiago, el 13 de enero de 1929. (N. de los Eds.).

como Florencia me desbasta este corazón salvaje que es aún el mío, forzándome a la tolerancia, y me voy siempre de ella más maduramente humana de lo que vine, aceptando leer en el mismo día a Barres y a Peguy, por ejemplo, porque ella en un mes me acostumbra a este parto extraño que fue el suyo de violentos y de cordiales, de atolondrados y de metódicos.

Con todo lo cual Florencia me hace siempre magisterio salubre para vivir en condescendencias —que no llegan a cesiones— con este mundo terriblemente rico de opuestos y del cual yo tanto he sufrido en los tiempos míos savonarolescos, en que aventaba con cólera cuanto no llevaba mi manera de paso...

Vuelvo siempre a ella, y Dios me deje volver todavía algunas veces más, a voltear tiernamente con el ojo o la mano un grupo de cosas que aquí tengo dispuestas a alegrarme el corazón descorazonado en cualquier tiempo.

Voy a enumerar estas cosas, por deleite de nombrar lo que me da contento.

Es el Campanile del Pastor (Giotto), que me hace visible desde cualquier parte mi iglesia madre. Torre no hecha como las otras ilustres para arrancar grito, sino para dar lenta complacencia. Suavidad del color calculado, para que lo mismo la mañana que la tarde saquen de él como de algún semblante una belleza suave; sabiduría de piedras azules y rosadas que se acomodan para darle esta especie de tallo floral, el gran gladiolo de mármol.

Son los dos párpados y el ceño ablandado de sueño de *La noche* en la capilla de los Médicis. Como en mi sentido nihilista de la dicha yo la sitúo en el sueño, el documento de la mejor dicha en este mundo está para mí en esa banda de reposo que va desde la sien hasta la sien de *La noche*, pasando por los párpados aflojados de reposo y por el ceño bien desabotonado de voluntad.

Es el cedro grande, horizontalmente grande, por voluntad de cobijadura, que ocupa por completo el patio de San Marcos, donde paseaba Savonarola, volteando su conflicto como una brasa en la mano. Él vio este árbol de unos cuantos palmos, y el árbol parece haber crecido así, a lo ancho, contra su forma propia para cerrar el cuadrado de espacio, cogiendo debajo un poco de este aire en que entregaba el jadeo de sus noches el muy atribulado fraile.

Dejando abajo mi cedro y subiendo la dura escalera, tengo la *Anunciación*, del Beato. Yo le miro y le pienso el espacio que queda entre el arcángel y la virgen, y donde la palabra está casi visible como una pluma de cardo parada en el aire contrito que la sostiene. Esta inclinación de la virgen, nada más que este arco de obediencia al destino cuyo centro es la nuca suya, sería cuanto quisiera sacar del esparto de que estoy hecha, y me bastara.

La *Cantoría*, de Donatello, no se me olvida. Aconsejo venir a verla en llegando a Roma, porque Miguel Ángel enloquece un poco —ataranta, diría un mexicano—, con el óvalo terrible de profetas de la Capilla Sixtina y después de semejante vino se deja Roma y se viene buscando agua o sencillez de fruta con que recobrar los pulsos normales.

La *Cantoría* ha sido torpemente metida en una sala estrecha. Danza más mecida de niños libres no conozco y algo sé de rondas, como que llevo ojo adentro las miradas durante veinte años.

La *Cantoría* se trenza y se destrenza delante de mí, se sale de su fondo como para allegárseme con esa linda insolencia de los niños que —¡gracias a Dios!—, cuando bailan, se olvidan de las prudencias tontamente aprendidas.

En una playa, sobre un frontón asoleado en que “pegue” el viento marino, estaría mucho mejor. O en cualquiera de los desahogados jardines romanos, donde yo veo niños perfectos, de rodillas como de rostros, y que me dejan embobada.

Nosotros, los majaderos turistas, tenemos la culpa del encierro que me duele. Florencia cuida mucho de la comodidad del turista y le ha amontonado cuantos ejemplares perfectos contiene, casi a lo largo de tres calles, a fin de que nada se le quede sin gozar y que en una semana lo hurgue todo con sus ojos apresurados de "gran bárbaro". Me acuerdo delante de esta trenza de carne infantil del pobre Donatello, solterón como Miguel Ángel, que sentía una necesidad patente de jugar con el barro haciendo caras mofletudas y redondeando pantorrillas, por aliviarse el corazón de viejo con puerilidades. Yo le quiero los santos y los niños, y creo que le quiero más los niños, porque le entiendo la boca amarga y el deseo de hablas de niño y de disparates de niño que tenía en su taller de artesano solitario.

Es el Puente Viejo, de mondadores de amatistas y esmeraldas, y de los plateros. Yo gasto de vitrina a vitrina más tiempo del que pueden imaginarse los que conocen mi inapetencia de anillos. Pero es que aunque nunca se me ha ocurrido que los dedos de la mano sirvan como pretextos para platino y oros, yo celebro, tanto como si en mi proyecto trabajaran ellos, estas paciencias microscópicas, estos pulsos seguros, estas malicias hábiles de los orfebres. Cuando una dama fea se sienta cerca de mí y me convida a mirárselas, siempre le alabo, para darle disgusto, los pobres dedos acoyunturados de holandés o florentino que se le alquilaron una semana en injusto servicio suyo.

La vitrina de orfebre me da un goce parecido al de la almohadilla claveteada de insectos menudos y colorados que encuentro en los museos de historia natural. De Fabre me acuerdo y se me ocurre que a su ojillo de avispa ha de parecerse el del joyero...

Más felices eran los plateros de la Edad Media que trabajaban años y años en recamados que iban después al pecho de la Madona de la Misericordia o de la Madona del Mar, que estos pobrecitos sindicalizados de hoy que se ciegan por dar gusto a la duquesa de Uzès o a la señora Citroën.

Por todos los barrios están las cerámicas, y esta ciudad es también como Sevilla, un escaparate de mayólicas renacentistas y antiguas, ambas vivas. De la curiosa pareja artesana de los Della Robbia, se acuerda una con gran cariño; dignificaron terracotas y porcelanas, y de ellos viene la preferencia florentina por ambos oficios. La crítica establece que fueron más obreros que artistas, y es verdad que el auge de su industria los mercantilizó bastante, poniéndolos a entregar motivos y motivos cada vez más mediocres, para abastecer el mercado próspero. Con todo, bien deseáramos en las envilecidas industrias de hoy una docena de obreros de su casta.

Pueblo con cerámica original, con broncerías y con curtiduría propia —añadió Gauthier— es pueblo culto. Sobre todo con cerámica. La primera manifestación de una cultura doméstica es la del barro. Se puede vivir sin torcer platas ni cueros y el ámbito familiar no sufre rebajamiento; pero si faltan las gredas y los bellos esmaltes, falta sencillamente la muchedumbre de utensilios y objetos graciosos que regalan bellos interiores. Y las mujeres, yo creo, nos aprebeyamos muchísimo bebiendo el agua en copa fea y distribuyendo la sopa cotidiana en platos desgraciados.

En los países sin cerámica propia se compra la ajena, ya lo sé. “No vale”, digo como en el juego. Cada raza, cada región ilustre ha querido siempre tener este arte propio como posee su clima.

Los florentinos trabajan sus esmaltes en blanco y azul —la coloración adoptada por los Della Robbia— y en dorados a fuego, y repiten aun las primarias terracotas que conservan su prestigio a causa de la atracción del barro desnudo, que es bello y vehemente.

Después de la jornada urbana, el apetito de la caminata a pie, siguiendo el Arno, bello río civil, del que me dice un argentino que es gredoso y plebeyo como cualquier Mapocho. Yo le iba alabando precisamente este color de terracotas que arrastra

como para ser visto. Es un río que necesita atraer los ojos que salen de los muros con cierta rabia de colores y a encontrar insípido el paisaje.

Algo de joya lleva este río que ha cedido uno de sus puentes a los artífices de joya pesada y gruesa; la suya no es la hermana agua del santo, en que lo transparente es penitencia. Su agua es suntuosa, es decir, mundana.

Acabando la marcha me salta al ojo San Miniato, que sería mi iglesia italiana de adopción, si no hubiera ya adoptado Santa María del Fiore en una primogenitura excluyente. Tengo dichas en ella mis más perfectas oraciones si me pongo a mirarla desde San Miniato como a la madre que nos ha logrado las mejores ternuras. Regalo a los que quiero con lo mejor que tengo, pensándolos dentro de ella, y hasta sé quiénes son aquellos a quienes amo, según los semblantes que en Santa María me acuden a la memoria. Este San Miniato, domiciliado en grueso fondo de cipreses, hubiese sido mi casa de oración si ella, la que no se olvida, no se levanta del otro lado del Arno.

Gran ciudad medieval. Así es una pequeña ciudad medieval. Siena, la guerreadora, fue fastuosa: aquí está viva su vieja soberbia en los cuarenta palacios de piedra ardiente, derramados por ella, y que en cualquier calleja torcida nos cierran el paso.

Los miramos y sentimos que todavía bajo dominación desde sus ventanales agudos, les concedemos soberanía por la norma de vida noble que estamparon aquellos hombres en sus muros. Hasta aceptaríamos jurar lealtad al señor de ojos duros de cuarzo, que se asomara por esa joya... ¡Al cabo solo ha mudado la mano que repartía la servidumbre y hoy obedecemos al gobernador X, que tiene en sus ojos aquella pesadez de glotón! El caballero medieval con media vida a caballo y cargando muchedumbre de piezas de acero, era menos graso, y estaba quemado de espíritu. Era un racimo de fuertes tendones, pronto para la cabalgata heroica por cuestas y quebradas; y estaba, de la frente a los pies, duro de voluntad. ¡Rica Edad Media! ¡En los retratos de sus hombres están los ojos más ardientes que han tejido las células en la carne!

Palacio de Piccolomini, Palacio de Saracini, Palacio Salimbeni, tantos más...

Casi todos se han transformado en... oficinas públicas. Un prefecto congestionado desciende de las ilustres escaleras, que no conocieron la pisada de la prisa electoral.

En el camino de Arezzo a Siena he visto los primeros castillos feudales.

<sup>42</sup> Publicada en *El Mercurio*, de Santiago, el 7 de diciembre de 1924. (N. de los Eds.).

En colinas desolladas, de una desnudez heroica, se levantan, presidiendo el paisaje. Siempre su visión se llamará “halcónica”.

Yo encontré en los picos acres que los sustentan, algo del cuello de nuestro cóndor: su desolladura áspera. Y en sus torres de almena, lacerada y tenaz, la eternidad de la soberbia, la cresta de la vieja violencia. (Tanto olor áspero de *fascio* por toda Italia...).

Y con todo eso, los amo por sobre el rascacielos de Nueva York.

Expresan el poder por una austерidad que este ha perdido después. (La fanfarronería contemporánea está bien visible en nuestras construcciones). Los castillos feudales, de sobrios, son como el ascetismo de la fuerza, como el grito agudo del dominio, saliendo sobre el horizonte.

Las faldas de los cerros parecen un pretexto para ese bajorrelieve del castillo duro, con una calidad insigne en la dureza.

Todo lo que sé de la ciudad son dos cosas: que nació y vivió dentro de sus muros Santa Catalina, la ardiente, la de aquella visión mística de la sangre; y que en una iglesia hallaré —¡al fin!— el San Juan Bautista más intenso que hizo Donatello, cuya boca, en un viejo grabado familiar, me conmovía por su sed. Leeré la vida de los santos en una tarde lenta, después de recibir su mirada desde un retrato primitivo; y tendré mi encuentro con aquel Donatello que, al lado de Miguel Ángel, no es pequeño.

Hallo un hotel sobre el parque de la ciudad, vena ancha de frescura. Salgo de mañana hacia el Duomo.

El amontonamiento feo de los edificios arrebata a esa iglesia el gozo del espacio, para mostrarse nítida y desde lejos. Llegar al Duomo es siempre sorpresa, subiendo por las callejuelas; cae de pronto su resplandor blanco.

Aquí está, con su torre aguda y suave a la vez, como el ala de la paloma. Franjeado como toda la catedral de blanco y negro, se funde en un azul de cordillera. Es una de las formas exquisitas que ha hecho el hombre: esbelto por sobre toda esbeltez y bañado de gracia. Hace el cielo como más fino, la atmósfera como más estremecida.

Luego entramos. El interior del Duomo es también veteado de mármol negro con mármol blanco, en fajas iguales. Aunque la metáfora parezca irreverente, yo me la consiento cuando me nace: es una gran cebra o un tigre; las zonas claras y oscuras danzan un poco en mis ojos; después se me sosiegan... Las columnas son tres cuerpos unidos que se asemejan a los árboles que en el trópico se aglutan.

Al entrar no lo advertí, solo ahora lo veo: ¡el pavimento decorado, el piso famoso del Duomo! Sobre mármol blanco, artistas enormes que pasan por artesanos han escrito media Biblia en dibujos. Es la historia de Elías, episodio a episodio, trazada por alguno que amó mucho al profeta terrible para Acab; son motivos de Moisés; ese Antiguo Testamento preferido por su energía al Nuevo por casi todos los decoradores.

Se conserva intacto en algunos lugares de las naves: en las entradas empieza a borrarse. Los celosos vigilantes ahora lo mantienen solo una temporada desnudo; el resto del año se tienen grandes alfombras a lo largo de las naves enteras.

Hallo el San Juan en una capilla lateral, bien guardada por reja fuerte de bronce. Me acerco rica de reverencia: yo amo al hombre de mano sobrenatural que era Donatello, cuya vida me ha exaltado tantas veces y amo también al primer bautizador de hombres. Aquí está no como lo ha hecho el blanducho Perugino, con un brocado sobre los hombros y la expresión femenina, sino áspero de quemadura solar y de fiebre interior. El ardor lo tuerce desde los tendones del cuello hasta los nervios de los pies, ¡ah, los pies que caminaron cien caminos!

Se ha dicho que en Donatello se inicia el concepto moderno de que la belleza no es línea ni medida, sino expresión. Esta figura demacrada, en que el alma ha devorado la carne, reduciéndola a la piel seca, que casi crepita, es bella, así, con sus piernas rugosas, de dátiles ennegrecidos; con su boca que tuerce la admonición y con esos ojos que no cubren la mitad de la cuenca. Bello este cuerpo deformé como una estrofa de espíritu, torcida por la angustia de contener el “mensaje”. La piel de camello es de una calidad admirable: seca y blanda a la vez.

Antes de dejar el Duomo, hojeamos en la biblioteca los pergaminos decorados, misales, antifonarios.

Regresamos por las calles centrales. La ciudad, repito, es de una arquitectura espléndida, pero en sus calles estrechas, que los edificios muy altos oscurecen, los palacios se hacen una sola emborronadura con las torpes construcciones de hoy. Y, sobre todo, es la ciudad de los olores más ingratos, cuando no hay viento ni llueve; se anda por ella como por la orilla de las lagunas pútridas. Sus gentes han llegado a la familiaridad con la exhalación odiosa. El paseo vespertino se hace entre estas calles.

Y no es que le pidamos buen olor a una ciudad, a esta cosa impurísima como máquina de frenos sucios que es siempre una ciudad. Le pedimos lo que Montaigne al prójimo: “Que no tenga ningún olor”.

En el Museo de Bellas Artes, al otro día, el gozo de sala a sala, de volvemos a encontrar con los primitivos. Los Giottos y los Simone de Martini de Asís me iniciaron en su ternura; ahora los busco entre los renacentistas, excepto Miguel Ángel. Este museo es rico de ellos.

Está poblado de cuadros de la llamada Escuela de Siena. Pero además tiene otras cosas: varios “interiores” flamencos muy valiosos.

Andando por sus salas, después de mucho tiempo, oigo español. No había para qué preguntar: son argentinos. El español parece que no viajara, desde los tiempos de las viejas guerras; y de los sudamericanos, viajan los ricos, es decir, nuestros vecinos.

Estoy leyendo en el parque, debajo del pino más plácido, las famosas “cartas” de Santa Catalina.

Fue casi una política, esta santa, un poco mujer de Estado, como diríamos hoy. Mística es menos que nuestra Santa de Castilla. Y su caridad se me sume como un agua escasa, al lado de la caridad franciscana, que ensancharía el mar.

Pero quiero contar el episodio bello y terrible de su vida. Eran los tiempos de las ciudades italianas celosas como mujeres. Siena odiaba a Perugia y en el momento peor de la rivalidad, cayó prisionero de los sieneses un caballero perugino. Pruebas en su contra no las había suficientes; mas, él era un perugino y fue condenado.

Catalina seguía, desde el convento, la vida de Italia entera. La llenó de pesadumbre la sentencia. Cristiana, no le dolía la muerte del guerrero, sino su falta de fe, por la cual moriría de verdad. Y se presentó a la cárcel para hablarle. El duro hombre, con resonancia de acero en los movimientos, la miró como cosa de sueño. Catalina era hermosa; un pintor contemporáneo suyo nos ha dejado el precioso perfil: ojo largo, que llega a las sienes; boca agudamente pura; cuello delgado, y una mano que yo he mirado no sé cuánto tiempo: indecible de maravillosa. Y sobre su cuerpo inmaterial de enflaquecimiento, el hábito de las dominicas, que es muy hermoso.

Ella le habló con esa persuasión suya, que ablandaba a los más tercos papas, y puso un ansia tan angustiosa en su ruego, y había en su acento tan tremenda certidumbre de eternidad, que el caballero se fue doblando como la varilla de hierro en la fragua, vencido por la gracia. Se convirtió, recibiendo los

sacramentos, y prometió a Catalina que entraría contrito en la otra vida si ella lo sosténía en los últimos momentos, acompañándolo hasta el sitio en que sería decapitado.

El día del suplicio, Catalina estuvo allí. Él la buscó entre la masa de hombres y sonrió a las ropas blancas y a la cabeza inclinada. Cuando el verdugo puso su cabeza sobre la piedra, Catalina lo miró ávidamente, recordándole el juramento. Él hizo un signo tierno que ratificaba. Y se dobló con dulzura hacia las tinieblas.

Catalina recibió la cabeza que manaba como esos grandes puñados de hierbas acuáticas que levantamos de un estanque; la sangre le bañó el pecho; ella toda fue lienzo de Verónica; bebió en la sangre con la toca inclinada, con las manos, con su cuerpo entero. Miró la cabeza destroncada, buscando la expresión de la boca para saber, y halló derramada una gran paz sobre el rostro.

Para conocer la volteadura de su vida en esa hora breve, hay que leerse aquella carta “de la sangre”, dirigida a su confesor. No sé de palabras más intensas exhaladas por mujer.

El parque [Pasegiata de la Liga] es extenso; ¡parecería hecho para una ciudad más grande, a los que consultan diez hectáreas de tierra verde con destino a medio millón de habitantes! Yo pido tres árboles —fuertes, poderosos— por cada hombre que mancha el aire maravilloso...

¡Qué de menos para el desgraciado aliento, para la fabulosa bajeza de medio millón de espiradores!

Parque de una gran avenida central y de dos laterales, que ordena mi pensamiento con su norma vegetal.

Así tiene como detenida sobre ella la vida de su varón santo y pobre, y es como él, recogido; guarda su huella. Siena es mundanísima, y si mereció, ya no merece ahora a su santa.

Solo en Nápoles se turba más el sueño de las gentes con sus canciones nocturnas; Siena vive en sus calles, se alegra por la calle, hace fascismo, comentario musical y casero, en la calle... y tiene un tráfico más difícil que el neoyorquino. ¡Pobre Santa Catalina!

No todo lo bueno es Edad Media. De lo moderno, es excelente su establecimiento público de hidroterapia. Un gran edificio blanco, un poco casa inglesa, por el aseo perfecto.

Para dotar a la ciudad de esta buena obra, se hizo una especie de sociedad anónima, dirigida por médicos. Dotación tan rica de aparatos como los de nuestro Instituto de Educación Física, pero puesta al servicio de la ciudad ampliamente. Baños de todas las clases; consulta médica para las enfermedades de la piel, con precios "humanísimos"; inhalaciones, etcétera. Tiene corredores y jardines que hacen pensar en las curas por el reposo.

El establecimiento rinde a la sociedad un alto interés del capital. Siena no huele bien, pero se baña.

Primero mi pueblecito, pues el mapa del viajero más modesto marca con tachuela retinta el punto de su partida.

En lugar de la pollada de colinas en que se ha distribuido Sestri, Cavi tiene una especie de alta frente de verdura, una frente blanda de olivo a la que yo miro en la mañana y donde pongo los ojos a la siesta, cuando el mar en armadura de una pieza reverbera.

Cavi no alcanza a contar más de sesenta casas, a menos que se ponga a arrear como un ganado las que se le encaramaron en la montaña: son villas cuadradas, grandes cubos sensatos de piedra, ninguna de las cuales tiene aire de haber visto suicidarse a un Manfredo y más bien cuentan que han curado “el mal de vivir” a más de uno a puro buen aceite, buena bufonada del mar y cielo honrado.

Tres iglesias de las que no sé nada, pero que pueden aceptar esta historia. Dos salieron de una lonja de los Alpes, todo lo blancas que él quiso, muy iguales y espiadas como las muchachas a los dieciséis años; una se paró en lo alto de olivar, le gustó el mar visto desde allá en la ancha mayólica y se quedó allí: yo la llamo la Iglesia de los Empeños. Cuesta llegar a ella, y yo llevo en un mes treinta promesas de subir, que no cumple. La segunda iglesia bajó hasta donde el aliento del mar da en la cara, no a la playa misma, y allí se acomodó en una rampa cómoda. Esta es la iglesia de mi salva y de mis padrenuestros. También pide ascenso, pero su penitencia es suave como la de San Francisco de Sales, el muy humano. La tercera es una capilla con su triángulo puesto entre sus dos

<sup>43</sup> Texto de su serie “Italia caminada”, escrito en Cavi de Lavagna, en diciembre de 1929, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 9 de febrero de 1930, como “Cavi, mi pueblo en la costa ligúrica”. (N. de los Eds.).

árboles enormes, y que parece una niña de confirmación, asistida de dos viejos. Cada uno que pasa por el camino piensa que por pequeña ha de estar llena, y ninguno entra nunca.

Dentro de la sesentena de casas, una sola muestra apostura de hotel y es eso, dos meses de estío, cuando el calor sollama Milán y las gentes se acuerdan de que existe esta agua perfecta de guardar al reumático y refrescar la calentura. Por sesenta días, Cavi recibe extraños, repartiendo en las muchas caras el poniente frenético que regalaba a las pocas; vocea periódicos con noticias del resto del mundo, que diez meses le sobran; los trenes reaprenden su estación y la enhebran de nuevo en el itinerario; sus gentes se ponen a vender cara la uva y la naranja de guardar, se acuerdan de la ganancia de pronto, y la boca se les encarruja de malicia, pasando el canasto de luces con el pescado carísimo. Luego los bañistas se van; los de Cavi dejan caer su semblante accidental, que yo no podría amarles, y se quedan en el sedentario, que es el que les ha dado nuestro Señor.

La playa de Cavi —ya la conté— corre neutra a lo largo de un kilómetro, sin roca parecida al Minotauro, donde el mar ponga la clásica embestida, ni duna cuyo lomo se preste a fábula. Al bañista que ha menester de playa de gesta, yo le aseguro que esta arena lisa de piel de becerro se parece a la gente que no cuenta suceso alguno y solo hace presencia. Nos deja la imaginación vacante y a nosotros nos va sucediendo espontáneamente la burbuja de la fábula.

Es una especie de mesa doméstica la playa de Cavi, en que el mar deposita limpiamente la pesca, en platino y jade mezclados. Su pez común es el layerte, que sale con el color de los ojos de la sirena, devuelve al mar en un minuto, su color prodigioso y se afea inmediatamente al pasar a la mano.

Al revés de los napolitanos, estos pescadores de Cavi no cantan ni echando la red al mar adentro, cuidadosos de que la

barca jabanada pueda volteárseles y tampoco cantan al recoger la red en lo que también tienen razón.

Traer la red a tierra es cosa más grave de lo que dicen los contadores fanfarrones del mar. Parece que los pobres hombrotes hubieran echado una encina al mar y que la atrajesen cogiéndola por la penuria de una sola de sus raíces; la red en una noche toma un peso de entraña y los siete jayanes resuelan y sudan en el lindo trance al fin, resoplando, la ponen en la arena ancha, hecha como para tenderla y lucirla. No han pescado una lisa de río los que cuentan la pesca como una pirueta fácil en un oleaje de compadrazgo.

El pescado de Cavi es bueno; pero el pan es mejor, y se sabe que cuando el pan vale, no importa que valga poco el resto del yantar. A la medida de un puñito de niño, de color adatilado por el horno vehemente, y partido encima en cruz, dando el tamaño de la mascada; poca migaja y mucha cáscara, lo que es la misma perfección, pues la norma del pan es la contraria de la del fruto; pulpa escasa, mucha corteza. Pero es lindo este pan además y yo lo miro en el medio del plato como una patita de gacela, cortado, y le doy una sonrisa de enternecimiento.

El agua de Cavi es óptima y es pésima. En lo bajo, donde las gentes se han puesto a vivir adulando el mar, ella es detestable, con un vergonzoso sabor de media sal que no puede gustarle a pez ni a cristiano. Pero subir unos metros la ladera de olivar y salta de pronto la perfecta agua, que viene pasando raíz tras raíz por el trenzado que ellas tejen bajo tierra, y a cada tranco del descenso se limpia y se acendra, y cuando se para formando el “ojo de agua”, tan acendrada es que yo retengo el resuello al beberla, y me castigo un momento la sed por mirarla antes del sorbo.

La legumbre anda repartida en los huertos de las casas y es preciso comprar el tomate a este leñador y la coliflor de pecho escondido a aquella viejecilla, y el puchero sacado de siete casas obliga a una sociabilidad cristiana, que yo me tenía

olvidada desde mi valle de Elqui; obliga a no olvidar como en Francia se olvidó el “buenos días” con algún añadido donoso en esta lengua que parece haber sido creada para la alabanza y para cierta ternura ardiente.

La boca mía recupera un lote entero de expresiones sumidas en mí que trisan de gracia y que creía no volver a decir en este mundo. Esta raza ligúrica de cabello negro y ojo claro, o de piel morena y risa solar ancho, me abre los pliegues, como de murciélagos feos, del corazón que en otras razas sobraba y que aquí vuelve a ser válido para vivir. Yo vuelvo a ser la comadre con rostro de pan rasgado y bueno, la buena mujer que saluda amando, que desea de veras el “mejor día” a su prójimo y que casi hecha su bendición con la mano que se levanta solita, encima de la cabeza de un niño que pasa.

En el otoño arrancan los olivos enfermos o caídos en senilidad, y suena el hacha desde arriba como la advertencia de un Dios leñador sobre mí. A la tarde bien tumbada, bajan la tronquería de raíces fantásticas, y ahí van en unas carretas chatas y rezongonas, echando guíños al aire quieto. Yo las miro desde la playa y pienso que me llevan todos mis gestos rebanados, camino de Roma; les tengo mi piedad —el pobre amor de nosotros mismos que dice el Evangelio— y así los encuentro en la carretera, compro el grupo de raíces y a la noche pongo esta mi cara partida a quemarse bien en su Tabor vulgar que es la chimenea. La bruma escasea en el mar franco que no se consiente encima, borra mi cadejo de algodón; el mar donde la vela parada en la navaja misma del horizonte parece cosa de cogerse con la mano: que no se llama como los otros mares lejanía irremediable ni robador del que se fue, sino un agua doméstica de tomar al que parte y devolverlo, de columpiar al que lo navega, como una rodilla paterna, y de consolar al que navegó y se queda, con su azul piadoso, con su color que yo creo ha de ser en algún texto religioso el color teológico de la piedad.

La nieve baja tardíamente, por no gastar el prestigio de su presencia, y en un solo día la costa ligúrica le ralea y le come el

escarpín sobrenatural, que no es de este “mundo”. El viento, a Dios gracias, no es el mistral que me arrodillara dos veces en el puente de Avignon, como el diablo tumba al empecinado, sino cosa menos viril, un tramontano que baja de los Alpes envalentonado como una mujer, sobajea la noble montaña de arriba abajo y hace en el olivar unos tiempos de blanco y de tenebroso, toma ínfulas en mi chimenea por darme ese pequeño miedo que es bueno sentir de tarde en tarde para no acostarse en una confianza engréída. En aquella seguridad donde se olvida uno de Dios y de sus “potencias y dominaciones terrestres”.

Vean ustedes que Cavi posee cosas buenas: su madrinaje severo y dulce de montaña de olivo, su playa, y la caridad que olvidé contar, de su silencio; pero no tiene cosa extraordinaria, lo que todavía resulta mejor. Cuando a mí me queda a la mano lo excelente, yo me apoltrono, me sumo y me clavo en ello como una barca en la duna mórbida. Cuando lo mejor me queda distante y la casa está sobre una carretera acharolada, que va a Génova, a Livorno y a Pisa, buena ella para alejarse e igualmente suave para regresar, entonces yo me hago vagabunda, nada menos que una vagabunda.

Sestri Levante remata el pequeño golfo de Tigullio, que comienza en Rapallo y que es un hijito donoso del gran golfo de Génova. Desde Génova a Sestri corre un rosario de pueblos marítimos que casi son uno solo con barrios que han tomado ingenuamente nombre propio y de los cuales el viajero apresurado conoce solo dos: Rapallo y Santa Margarita, por ser los de la industria hotelera. Son pueblecitos recostados como en una silla de alto respaldo en las colinas reiteradas, todos ellos en largo disfrute del mar que Dios les dio, su perfecto mar.

Sestris está dividido como un fruto en tres gajos: una parte burguesa, que es la que más le buscan y la más fea echada en el plano. Calles las más angostas que se haya visto hechas como ex profeso para que el sol no pueda meter el brazo entre acera y acera, y donde los burgueses toman su legítima cara de hongos lamentables. “Son las calles de la fundación”, torcidas sin necesidad, urgidas sin necesidad o por la necesidad suya que es la avaricia.

Los sestrenses de ahora que ya saben que el mar es bueno y que la luz es pájaro lujoso dondequiera que se asiente, han trazado una avenida paralela a la playa, con palmeras y palmeras que un día serán airosas, que por ahora tienen su aire de monaguillos encuclillados. Un jardín municipal hay que contarle a Sestri, una plaza jardín tan sobria, tan cordial, tan íntima y tan fina, que a mí me deja leer con más sosiego que mi propio cuarto, y por él yo perdonó las casas sin patio de esta parte del pueblo: los vecinos se han creado este patio familiar y público.

<sup>44</sup> Otro artículo de la serie “Italia caminada”, publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 18 de mayo de 1930, con el título de “Sestris Levante en Liguria” (N. de los Eds.).

El segundo Sestri es de las colinas, está derramado sobre la muchedumbre de las colinas. Las de Florencia son más famosas; pero estas son mejores, quién va a dudarlo. Como llueve en esta Liguria —tierra húmeda o dulce—; como el Mediterráneo la refresca hasta en el riñón del estío; como esta Liguria son los pies mismos abajados de los Alpes, las colinas de Sestrí aparecen más felices de felicidad forestal.

¿En qué otra parte hay tantas colinas? Caminando lasuento y canto el número doce adentro de mí, a los cien pasos ya son catorce; luego son veinte; se me acaba la marcha y no se me acaban ellas, colinas alusadas, en moño de señora colonial; colinas echadas a lo gacelas con algo de alerta en el cuerpo que se endereza, y no se endereza bien, de veras agazapadas; colinas de cuerpo quebrado que la niebla redondea, consolándolas; colinas en ovillo de ponerse a rodar...

Donde el olivo goza más agua blanquea menos, como si de verdad la hoja fuera con un lado de sed. Los olivares de la Provenza, sentados en llanura cabal, en goce de horizontalidad, cuatro meses se llaman sed y son más severos con su actitud de criatura clásica que se acuerda de cuando nació y que se sabe que dura siempre. El juego de las colinas pueriliza estos olivares de Sestri y los hace tiernos. “No vieron el sudor de sangre y no saben nada de eso”.

Los caminos son tantos como los costaditos de las colinas. Por el más lindo voy subiendo; naturalmente es el más viejo, y me siento a mirar desde lo alto. El mar, en franjas lechosas y azules se ve de aquí como una falda de gitana que quiere aturdir con espejuelos. Cuando yo traigo los ojos de nuevo del mar hacia las colinas, yo entiendo el mito del pastor; ellas se me ponen a danzar, danzan todas menos la mía, a la que yo le malogro la dicha; danzan de una manera más suave que el mar desatentado; mejor que una danza plena, es una insinuación de danza; se desperezan se preparan; el olivar las ha vuelto tan mórbidas que mecen los hombros antes de que el cuerpo comience.

Me acuerdo de que en nuestro Magallanes ponía los ojos en las cascadas de la cordillera para ver danzar los cerros. El mar también hace los ojos beodos. El pastor folclórico cogía en este momento de los ojos báquicos la flauta de ayudar y empujar la danza, y las colinas se soltaban ya sin trabas en torno suyo, tomándolo por núcleo del vértigo.

Villas, villas y villas, encaramadas sobre todas las colinas, con una blancura de grandes mayólicas al sol; villas a uno, a dos y a tres cuartos de la falda. Para las más altas no existe como horizonte, sino mar y cielo, lo mismo que en un camarote de barco.

Por más que lleguen hasta el lomo de las colinas a pasar tres meses, estas gentes son apoltronadas tanto como los franceses, tanto como nosotros. ¡Ay! Y, ¡cómo se ha vuelto la ágil latinidad obesa y pesada! Dicen que los veraneantes milaneses y turineses bajan cada seis semanas desde aquí y que sin la urgencia del arroz y el queso que se acaban, tampoco bajarían. La leche sube hasta las casas en la buena espalda de la repartidora y también el pan cada mañana en el lomo de un burrito, pero solo hasta la media falda; allí queda, colgado en un olivo en las donosas cestas italianas que a mí me gusta cargar hasta sin necesidad.

Yo también sé que el paisaje perfecto es malo como la saciedad. Con los sillares de la cordillera enfrente, viendo cómo ella cambiaba de colores cual una cara de gestos, yo tampoco bajaba en Río Blanco. Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada, de poseer en mis sentidos apenas unos rumbos de mi tierra y unos cuantos colores organizados en mi recuerdo, y unos pedazos de carreteras.

Las gentes milanesas y turinesas que veranean en Sestri, tierra adentro ignoran que lo mejor de las colinas ligúricas son sus caminos. Siendo ellas tan lindas como para ser besadas, los cincuenta vallecitos de comisura que crean abajo, valen más que ellas todavía.

Sestri es ciudad con oficio mayor que la defina y le dé dignidad; pasado lo urbano, comienza Riva Trigoso que vive de sus astilleros; Génova atrapó a los mayores que los ligures nombran echando la cabeza atrás como si nombraran a un Sforza. Pero Sestri construye los navíos segundones y las barcas de pesca, vale decir, los campeones que se pelean pecho a pecho con el agua bárbara, cuyos costados se hacen con más tino que los otros poniendo en cascos y proas astucia y tino en vez de acero puro porque, ellos sí, son abandonados a la malignidad del océano. El navío es una especie de burgués del mar, lleno de defensas y con un destino en que entra el uno por ciento de azar. Alguna vez los astilleros de Riva Trigoso han lanzado barco de este orden y los sestrenses lo cuentan enfáticamente: de aquí salió el *Principessa Mafalda*, que navegó casi cuarenta años y se abrió sin tempestad, solo, como un coco poco podrido, en el que era su último viaje.

El donaire de Sestri lo pone su península adelantada, un tranco de la tierra hacia el agua. Los niños de Sestri la tienen a ella para poner sus fábulas. Todos los niños necesitan una especie de trípode o alto lejano —por estos capítulos se prestigia— donde acomodar sus disparates; suele ser un cerro, suele ser la otra orilla de un río, cuando ella es salvaje. Los niños de Sestri mandan a la punta de su cabo el lobo necesario. El ogro indispensable, la cueva de Aladino, sin la cual el mundo pierde su valor y no pasa nada.

En muchas tierras yo he querido clavarme a vivir, a esta edad de cuarenta años; pero en algunas donde los cerros o la extravagancia de la costa son una mesa puesta para la fábula en que la mentira coma a su gusto, lo que yo quiero, lo que yo pido, es echar atrás treinta y cinco y quedarme ahí con el tamañito de la vara de San José.

Arréglensela los teósofos con sus avatares, de modo que yo vuelva a esta tierra, que suele parecerme buena unas cincuenta veces, pero cada vida me la den de cinco años no más, que así yo me daré el gusto soberano de ser sucesivamente niña

elquina, oaxaqueña, provenzal de las Santas Marías, bretona, corsa, cuarenta cosas más, y también niña de Sestri Levante en la costa ligúrica. Es la única transacción para consentir en volver: no me hace ninguna gracia vivir de nuevo metida en un mismo cuerpo cuarenta años, comer media vida los frutos de un solo clima, y salir a ver el mundo, a hacer mi visita de cortesía a los paisajes extranjeros cuando los pobres ojos seniles ven solo roca donde hay sirena encaramada y nombran “bosque” a secas el lugar donde los elfos de la luz alfilerean el follaje de todos lados.

Hallen manera mis amigos, que cuentan con influjo sobre la “rueda de los nacimientos”, de acomodarme esta combinación.

Entre el Rapallo, muelle de los invernantes, y el Chiavari comerciante al que apelabaya su mercado, queda Zoagli metido en una funda de colinas, exento de la mundanidad del primero y de las chimeneas industriales del segundo, suavemente mimoso para la vida humana y acomodado en un bolsillo verde de olivares, con intención palpable de descanso y de esquivamiento.

El grande y pobre Nietzsche vino bajándose desde Génova hasta Zoagli. El puerto formidable de cinco kilómetros de astillero le gustó en el comienzo por su cuerpo de mármol que resuena bajo nuestros pasos en galerías comerciales y plazas; le gustó tanto por la tradición heroica de los Doria y los Spinola, como por su dominio del mar, que entre lotes de mando es el más resplandeciente. Un buen día lo fatigaron las mismas virtudes de trágico de Génova y vino al Rapallo silencioso al que ni la hotelería abundante ha conseguido echar a perder; vivió sobre el jardín umbroso y enarenado, o bien sobre la caleta de barcas pescadoras, donde el oleaje muerto deja dormir unas siestas sin inconveniente, y tomaría su té de las cinco en las mesitas asoleadas, enfrente de una iglesia de cabello de cáñamo que miraba su carpeta de cuero tomándolo por un profesor, lo que ya no era; sin saber que aquellos ojos y aquellas maneras femenilmente finas correspondían al padre de Zaratustra, el bailador salvaje.

Haciendo las excursiones a pie del hombre “leal a la tierra” se encontró con este Zoagli de las dos playas pequeñas y aseadas en que el agua está más viva que en Rapallo, sin que la tome la violencia nunca y cuyo oleaje sin estruendo no lastimaba su oído de “desollado interior” de San Bartolomé llevado en las

<sup>45</sup> Escrito en Zoagli, en julio, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 7 de septiembre de 1930. (N. de los Eds.).

entrañas. Apenas unos cuatro o tres hoteles modestos; varias pensiones familiares que tienen cada una su huerto frutal y el cuadro cerámicamente limpio de la hortaliza abastecedora; cada una de ellas con la vista de los olivares dichosos, que hacen presencia en las ventanas de oriente o poniente, y donde los ojos buscan y encuentran su contentamiento.

Abajo, en la parte vieja de la ciudad, se asientan el barrio marinero de mercado y artesanías; culebrean callejones que echan unos olores feos, y sirve la devoción dominical una iglesia alegre de las que corresponden a la piedad mediterránea que quiere adorar a Dios lo mismo que pesca en su agua luminosa y lo mismo que vende en sus ferias abigarradas: con entonación de aleluya y con oraciones regocijadas para los santos locales.

Desde la plaza parroquial se mira hacia arriba y se ve la forma graciosa de embudo que toma el Zoagli de las colinas: un evidente embudo de laderas mórbidas y acariciantes se ve con la parroquia y el cementerio de juego al fondo.

Se mueren los zoagliesis lo más tarde que pueden, y hacen bien, teniendo esta tierra tan dulce que los soporta en su palma y esta agua mediterránea tan complacida en sus sales y en su claridad. La tierra les convence desde los cinco años de que vivir es un negocio favorable, concertado con el clima, con la templanza y con los buenos humores.

Y viven bastante, pues en los grupos de pescadores y en los del mercado, se ven unos viejos que cuentan a su Garibaldi y unas viejas que parecen haber cosido los trajes de gala de Santa Catalina de Génova, con sus manos alforzadas ahora de arrugas inverosímiles. Son hermosos ellos y hermosas ellas todavía; el pueblo italiano, por más que trabaje con un sol que en julio alacranea como tripolitano y por más que el cultivo del suelo les tuerza al igual que sus olivos, es bello en bloque por sus ojos en que dura el rescoldo medieval y su piel embreadadamente dura, ligúricamente recia. Es la peque-

ña burguesía la que engruesa, anegando en grasa las buenas facciones de Antonio y de Gala Placidia, y que va adquiriendo el ojo bovino del comerciante de mostrador, y es ella también la que ha debido dar a Maurras en la Toscana su impresión de una raza afeada lamentablemente.

El cementerio de Zoagli, poblado de este mármol abundante que en el de Génova da el empalago, lo cuento yo por uno de los más lindos que he visto. Lindo por gayo, por su tamaño de patio, su grupo graso de cipreses, sus lápidas inclinadas y su extraño acomodamiento en el fondo de la coronilla de colinas.

Mirado desde arriba su derramamiento de pedazos de mármol parece que le han echado a rodar sus muertos en un aluvión desde las faldas y que él los ha ordenado abajo, con cuidado y simetría, mirando que los pobres queden en postura de siesta apacible más que de sueño mortal. Esta posición inclinada de las lápidas es la de los que vivieron en ladera y duermen con el hábito del faldeo en su postura de durar; que ha de ser bella por ser la definitiva.

Dejando atrás el Zoagli del plano, ya no hay calle propiamente dicha; se sube y más se sube por una senda bastante pina; se sube y se sube dándose en la repechada unos descansos que la vista agradece por el paisaje y que el pecho agradece también por la respiración, ambiciosa.

La bocanada de aire marino es tan viva que la garganta la siente como un pájaro aleteante; respirar se vuelve una forma de dicha, un acto nutriente, como diría un naturista, igual al de comer la aceituna esencial de estas colinas.

Donde la senda recta no pide un alto, las villas señoriales nos detienen con su reja generosa que muestra unos parques y unos jardines magníficos que parecen romanos. El aristócrata italiano, que la burguesía menuda detesta, sabe vivir en la medida de su desahogo y en el nivel de su obligación, y sabe servir a su pueblo sensual el espectáculo de su fortuna bajo

esta forma de unas grandes moradas, del castillo o del palacio suntuosamente severo. Ellas guardan sus interiores sellados entregando el jardín circundante a los ojos populares.

La arquitectura de las casas señoriales todavía no cae en el gusto inaguantable de industriales aceiteros o talabarteros 1930: todavía se construye en algunas partes con piedra tallar y cuando falta con ladrillo cocido de una rojez espléndida. Pero mejor que torres cuadradas, que torrecillas de voluta y que fachadas enfáticas, se goza a estas mansiones los jardines de palmas copiosas, de soberanos cedros aislados, de praditos maternalmente jugosos, y de unos caminos ya dorados, ya color de carne como los de Cavalca, que se obtienen moliendo la piedra de color, de la que resulta esa arena inesperada y novedosa.

Jardineros que saben su oficio hasta el punto de la gracia en que un oficio remata, mantienen así en primavera como en invierno a esta tierra la misma elegancia botánica y trabajan con el aire de mar que les enjuaga las sienes. Su labor, que me gusta mirarles, tiene del escardar, del bordar y del lamer, en un contacto con la tierra de cara contra cara que no conoce el labrador, que bate y voltea el suelo como el tártaro a la mujer.

El olivar ondulado, quebrado, tendido, está hacia todos lados, con su suavidad en que ni el sol italiano saca reverberación y que es la piedad del aceite que se hace verde refrenado, verdura pía.

Casas modestas de cultivadores y de viejas encajeras retiradas aparecen entre las villas próceres. El lujo urbano de Italia difiere en esto del de Francia. La Costa Azul no tolera en un pedazo de sus avenidas que casas de esta pobreza se toquen los codos con las villas espejantes. Los pescadores de Santa Margarita o los de Zoagli vivirán todavía muchos años cultivando sus cuadros de coles o su viñita añeja junto a los cedros de un parque colindante y oyendo en la noche la música clásica que les hace dormir bien.

A la altura del hotel llamado de la Nave (su masa remata en una proa) se mira la colección de bahías mínimas que forman el golfo de Tigullio, y se tiene el golpe siempre embriagante e inaudito aunque sea nuestra visión cotidiana, del mar latino, pensado en espejos.

Reparamos ahora en que hemos dejado sin ver el plano, el Palacio del Terciopelo que es nada menos que la piedra del pueblo de Zoagli. También posee Zoagli su oficio fundamental, como Venecia sus vidrios y Florencia sus cueros. Con las ventajas sobre aquellos, para los medievalistas que somos nosotros, del trabajo tejido a mano, con la asistencia aventada por los otros, del aparejo antiguo, telar clásico y agujas cadenciosas movidas por esa cosa conmovedora en su incapacidad, y también en su insuficiencia, que es nuestra pobre mano de mujeres.

II<sup>46</sup>

El oficio es antiguo y sus raíces alcanzan el Medioevo. Desde hace mil años, este pequeño pueblo que tengo contado, hace el terciopelo de seda sin más vicisitudes que los cambios de la moneda y el alterarse un poco la clientela cada tres siglos, obedeciendo a las mudanzas sociales como cualquier otra cosa.

El oficio ilustre, alimentado y sostenido por este Zoagli pequeño, se llamó con nombre sonoro y mentiroso, “terciopelo de Génova”, y su fama no alegró ni tocó la cara de su pueblo paterno. Después de los astilleros famosos, fueron estos terciopelos la honra y el logro de Génova: barcos y felpas, cascos y proas buenos para la piratería y para el comercio, y telas óptimas que ofrecer a precios locos, así a países cultos como a bárbaros.

<sup>46</sup> Escrito en Zoagli, en julio de 1930, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 11 de septiembre de ese mismo año, como “Oficio de mujeres: el terciopelo a mano de Zoagli”. (N. de los Eds.).

El oficio se colocó bajo un signo de traición, y aunque la herramienta ha consentido afinamiento, ligereza y sencillez, las telas mismas han variado poco; se conservan celosamente los dibujos antiguos y se mantiene la túnica de color, una vehemencia de la coloración que es la de la sangre medieval. Enfática por rica, a la que se suma el frenesí de los pueblos levantinos. Durante los siglos en que los colores fuertes se sumieron en el traje y en la tapicería, volviendo desabrido el mundo y ñoña la costumbre, el oficio de Zoagli siguió sentado en el mismo meridiano de color sin hacer ningún caso de la generación del gusto.

Al aparecimiento del telar mecánico que ganó Europa como una mancha de aceite, pareció un momento perdido sin remedio el lindo oficio ligúrico y el desaliento dejó caer los brazos algún tiempo. Pero Zoagli siguió después tejiendo para los clientes rezagados, o mejor, leales y los directores del oficio se dieron cuenta de que si bien la máquina les restringía la venta en un tercio, el oficio podía seguir viviendo, adquiriendo un carácter de aristocracia artesana, de cogollo del trabajo manual.

La industria de Zoagli tomó la línea buena, la línea inteligente: no abarató la tela lujosa para hacerla competir con la recién venida: dejó intacto el nivel de los precios, conservó la labor en todo su esmero, en todo su preciosismo, y presentó a la advenediza una batalla de calidades que ha ganado y a la que debe su supervivencia.

La mayoría de los oficios medievales fue barrida por la máquina y este descuaje brutal cuenta entre las catástrofes verdaderas que sufre el pueblo; el oficio zoagliense conoció la sacudida y llegó a sentir el pánico; pero supo reacomodarse en el suelo removido por el suceso y seguir existiendo, y dando de comer a sus artesanos.

Los cambios de clientela que ha probado en mil años la industria corresponden a los cambios sociales; de servir a los

príncipes ella ha pasado a proveer al villano rico y a la clase media con pujos de elegancia.

Allá por el año mil los artesanos zoaglienses vestían con su buen terciopelo a los héroes del tiempo y no poco de la estampa encandiladora del *condottiero* o del duque, se debe al birrete o al justillo, hechos de estas felpas. Un reguero de brasas de la cabeza a los pies, un juego de espejos calientes eran aquellos señores desde el casco cegador y el peto escamado hasta la bota de nobles badanas, injertando entre estas cosas las mangas de brocado y el calcón de terciopelo denso. El hombre de guerra y el de mando civil mimaban su cáscara visible que les servía para aupar prestigios delante de la masa. Más todavía ayudaban estas felpas y estos brocados al *galantuomo*, un poco fanfarrón del tiempo. Luminoso de metal, de plumas y de terciopelos, el galán se las componía para encandilar a la dama como el insecto lleno de coseletes se ayuda de ellos en la caza de la pareja. Así aparecían grandes cocuyos o mariposones de Colombia en los cuadros de costumbres y en los maniquíes de los museos de trajes.

El oficio de Zoagli proveía a la dignidad guerrera y a la empresa amorosa por igual que las industrias de la joyería y del perfume.

Además, proveía y sigue proveyendo a la liturgia del material de sus mejores piezas. De esta manufactura zoagliense, tan pobre en los arreos, han salido, y sigue saliendo, casullas, capas pluviales, palios y estolas de las que atrapan el ojo más ortodoxo y hacen olvidar hasta los altares.

La iglesia ha sido más leal que entidad alguna al trabajo manual, su mellizo en la matriz fecunda de la Edad Media. Ella, en su voluntad de permanencia, conservó durante las épocas de gusto averiado, la misma elección de la seda absoluta en el buen raso y el buen damasco, y la misma preferencia de los colores exultantes que corresponden al aleluya y al hosanna.

Los fajos de tela suntuosa que reviso van a las tapicerías o van a obispados, o a parroquias ricas.

El Palacete del Terciopelo salta en la primera colina de Zoagli, con una torrecilla modesta que en el escudo del oficio aparece duplicada.

La limpieza es grande en la fábrica, sin volverse empalagosa como la de los barcos; es la limpieza que hacemos las mujeres con más manos que escobillones.

La sala de ventas queda abajo. En sus vitrinas se recorren los brocados, los damascos, los simples terciopelos lisos y las duras sedas lavables de los catálogos. Esto se hacía el año ochocientos; aquello el año mil quinientos y esto otro se hace ahora mismo en el piso de arriba.

El oficio de Zoagli forma una isla en la veleidad y en la donosa histeria de la moda. Otras industrias recibieron el lema de “Mudar y mudar”, dando contentamiento a los antojos de las gentes; la zoagliense, una vez cuajada y madura, adoptó el de “Permanecer” y cerrarse testarudamente a las novedades.

Las únicas telas que en la sala de ventas tienen una fisonomía moderna son las sedas de lavar rayadas, de matices suaves, al contrario de las otras, listadas en unos grises de perdiz, en unos verdes amortiguados y en unos rosas nostálgicos.

La vitrina de los damascos, aunque la tela se use especialmente en muebles y en tapiz de muro, resulta más bien una urna eclesiástica y me recuerda la vitrina imperial de las casullas de Toledo. Con mucha razón: las iglesias españolas y las italianas han sido por excelencia las de culto magnífico, como que han debido servir a dos piedades mediterráneas y por ello bastante carnales.

Subimos a ver la labor del tejido que se muestra a quien quiera con una hábil intención de reclamo. Ver tejer estas maravi-

llas convida a comprar, aquí como en la vidriería de Venecia; el espectáculo de la artesanía es una cosa fascinante y se entiende que los chinos conserven al aire su trabajo de bronce por ejemplo.

Al cliente fino lo mismo que al burdo le gusta saber que lo que lleva encima viene de un afán arduo y de una manipulación morosa y amorosa.

A los niños que creen que una pieza de tela sale hecha de una máquina como la planta sale del suelo con sus flores estambadas y pinturadas, la vista de la industria les descompone el suceso, enriqueciéndoles con los diversos capítulos de la historia de la felpa que no por ser física, deja de ser aladinesca. A los obreros de otros oficios esta visita a los telares debe darles el mismo gusto que a nosotros, artesanos de fábula, nos da el conocer otro anillo, otro círculo de nuestro menester. Para cualquiera la visita del trabajo manual de este rango se vuelve tan dichosa como enseñadora, un recitado tanto como una didáctica.

Se dice “taller”, se dice “forja”, y son palabras hueras, cáscaras de yeso muerto. Vamos a ver aquello: tocamos un cilindro, entendemos un rodillo, vemos hacer un lingote de plata o diez centímetros de terciopelo, y la industria se nos asienta en el ojo y se hace parte de nosotros lo mismo que un pedazo de paisaje.

La sección complicada del oficio que cuesta entender no es el tejido mismo, sino la preparación de los carretes abastecedores del telar. La seda llega en madejas formadas de un hilo que casi es aire y que no resistiría a la máquina; o llega en madejas embrolladas que hay que peinar y alisar bien antes de nada. Salió un poco enmarañada de la primera manipulación de los capullos y de embrollo más pasando a la tintorería a vapor.

La máquina capitana muestra una reja metálica parecida a la barba de la ballena, que individualiza los filamentos, les da la grosura precisa entre diente y diente, y reúne las hebras

de seda en un hilo unánime y larguísimo, con el cual se tendrá toda la urdimbre de la tela, sin hacer una sola cortadura. Grandes carretes de un metro recogen esta hebra madre y la pasan al bastidor donde ellos girarán desenvolviéndola hasta el remate de la obra.

Carretes idénticos entran en una máquina complementaria para hacer a su vez carreteles manuales, que son aquellos con que la hiladora teje la trama del terciopelo.

Como se puede ver, el oficio de Zoagli contiene una parte mecánica de la que no ha podido liberarse; tanta es la soberanía del motor que si por una punta es brutal, por la otra es aliviador.

Subimos hacia el segundo piso, donde se desarrolla el tejido propiamente dicho.

La sala es desahogada y luminosa. Cuatro telares de madera pintados de blanco según el acuerdo de claridad de todo el ámbito: un telar para el brocado, o sea, el terciopelo en relieve, y otro para el damasco clásico. Los marcos de los bastidores encuadran la cabeza y el tronco de las dos tejedoras que trabajan sentadas, con mucho señorío del oficio, pues conversan con nosotros a lo largo de una hora sin interrumpir su labor. Mueven con los pies descalzos, cuatro pedales sucesivamente, cambiándolos a cada minuto. Los pies desnudos distinguen los pedales como no los distinguirían calzados, aunque fuese con pantuflas; la tejedora calzada sería el absurdo del arpista con guantes.

La hilandera trabaja con todo su cuerpo, que es como dicen que trabajamos sin saberlo los demás. El golpe del pedal le mueve desde las piernas hasta el moño y la obrera queda durante horas ensartada en el telar como una cometa en una ramazón de árbol. Los pies no tocan el suelo y de este modo el telar posee efectivamente a su gobernadora. Los brazos van y vienen sobre el bastidor horizontal echando la lanzadera de izquierda a derecha, y hacen una pausa para cortar la pestaña

del terciopelo a cada cuatro tiempos del telar. Los bastidores oblicuos que dan la urdimbre se mueven contra el tronco de la tejedora como buscándola, como si el tejido le saliera de la entraña a cada golpe y el lento centímetro de la tela va cayendo en su regazo.

El sonido del aparato de madera es el sonido seco-suave que la madera entrega siempre, tan humano en relación con la estriedencia de la máquina. Haga lo que haga, así sea la minucia y el primor, la máquina de acero tiene algo de arremetida y de bofetada contra el manejador; por el contrario, estos bastidores van y vienen hacia la obrera y la operación parece más bien una juguete del ágil mamotretito con la mujer sentada.

Los dos telares en funciones, situados en los extremos de la sala, acuerdan o desacuerdan su compás. El ritmo en cualquier achaque es una cosa grata a la criatura que por llevarlo en el viaje de la sangre, lo conoce y lo ama, y debe ser él quien me pone el bienestar que yo pruebo a poco de sentarme en la sala. A los diez minutos mi cuerpo se ha acomodado en este ritmo extranjero; después de una semana de convertirlo debe dar una manera de euforia que se constata en estas dos caras sin fatiga de las obreras. No se sabe lo que es el ritmo y si él nos descansa por la costumbre que lo anula por la nutrición de nuestro oído. “La música alimenta”, dicen los músicos, como el aceite y el azoe, y también de eso, del ritmo, vivimos.

La tejedora de brocado es vieja, la del otro extremo, adolescente; después iremos a ver otras obreras y hallaremos estas mismas edades. Parece que la artesana hace una pausa de años en el trabajo mientras concibe y cría, lo que está muy bien, porque sería funesto que este cuerpo batido por el telar, pedaleara a cada segundo, teniendo atravesado en la mitad de su cuerpo el bultito tierno, el bultito de guardar.

Como decía, las caras de ambas obreras no dicen cansancio alguno y sobre todo en la mujer que trabaja, el rostro confiesa

la salud o el estropeo con una expresión más viva que en el hombre.

A lo que más se parece una tejedora sentada en su telar es a la organista antigua: ajetreo de los pies y, contra su cara, el cordaje o la tubería desnudos. Los colores mezclados y feos por la revoltura se organizan en el bastidor horizontal, lo mismo que los sonidos en el órgano bien regido.

La manipulación se sigue en su maña; a pocos momentos se la entiende y con algo más se la aprendería; pero el milagro del resultado, la magia del oficio, magia se queda, así en la sinfonía como en el tejido; la gastadora de ovillos al igual que la organista, conserva su prestigio de criatura que saca belleza armónica de materiales confusos.

Cuarenta centímetros de brocado por día; varias semanas para dar una pieza pequeña; meses para el rollo de cien metros. La lentitud quiere decir aquí mano constreñida a producir lo óptimo, obligación de esmero. El terciopelo liso va más velozmente que el brocado, y la tela de seda más rápido todavía, porque no hay en ella la labor del recorte. En todo caso el oficio no puede salir de su paso adoptado de artesanía manual.

La industria zoagliense lleva una vida próspera como lo hemos contado; viendo trabajar solo dos obreras preguntamos la razón de la escasez de brazos. Nos contestan que en la fábrica se hacen únicamente los muestrarios de cada género que se presentan en la oferta comercial y que el empresario vigila celosamente. El resto de la artesanía, vale decir ella entera, se cumple en la casa de las tejedoras y su sede cubre una gran extensión rural. Viven las artesanas en pleno campo, tejiendo con telares propios, en la noble libertad del oficio autónomo, libres de inútil mayordomía y de servidumbre de horario hombruno: la buena norma, la salubre norma, del Medioevo.

Familias tejedoras que llevan siglos de sacar su pan del mismo menester y que se pasan el oficio de generación en gene-

ración igual que las facciones de la cara; familias que heredan la casa de piedra con los telares válidos y en el mismo pedazo de colina con olivar continúan el ritmo materno de los bastidores, tan materno como la leche del amamantamiento; familias asistidas de un sentido tradicional, que les ha aconsejado rechazar la tentación de los oficios novedosos y temer como un desorden el exodo a las ciudades industriales, y confiarse al oficio aprendido que no les ha traicionado nunca.

Veremos la industria del terciopelo en estos ambientes familiares.

Un castillo de piedra despotrado que ya se tumba de una parte. Viven aquí unas viejas señoritas que tejen desde los doce años y que representan mucho más que el patrón del palacio del terciopelo en el cuerpo de la manufactura. Una pieza vasta que ha debido ser sala de fiestas en los buenos tiempos del castillo; en esta pieza un dormitorio metido en un nicho, el comedor y el taller. No hay razón para espantarse de la distribución; al cabo los *studios* de pintores ricos de París están hechos de la misma peregrina manera. El telar lo mira la obrera desde su cama y sigue viéndolo cuando come; él ha sido colocado con una preferencia de patriarca sobre el resto y se devora el apartamento.

Una vieja, con la cara fresca de estas ligeras que respiran mar desde que nacieron, trabaja en una pieza de terciopelo negro liso y está sentada como las otras en esta digna postura de presidenta del telar. La labor es menos compleja que la que hemos visto en el palacio, porque el terciopelo no se ordena aquí en cuadros de relieve ni veteadura de colores, siendo esta tela unánime de mota y de matiz, tan unánime como la pielecita del topo europeo o de la chinchilla chilena.

La artesana conversa con nosotras y dispone a unas niñitas el almuerzo sin dejar su pedaleo.

Las visitantes nos acordamos de pronto de la pelea de Gandhi en defensa del telar. Allá en la India como aquí había oficios manuales perfectos, de los cuales vivían aldeas y aldeas, y el ritmo del telar mecía a la India de parte a parte mejor que el murmullo del Ganges. Las mujeres trabajaban al igual que estas, sin la servidumbre rebajante de la fábrica, teniendo durante la jornada en la urna de piedra de la casa sus niños siempre a la vista, sin oír ternos sucios de obreros, sin oler la peste de los motores a petróleo ni aguantar la batahola de los motores eléctricos, guardando al enfermo, si lo había, o asistiendo al viejo cegatón o impedido que se tiene siempre.

Llegó la máquina europea a producir chales, muselinas y encajes a montón por un tercio del precio, y a dejar con las manos ociosas y desesperadas a las poblaciones rurales. Para salvar al menos el gazpacho de los suyos, la mujer se echó de bruces en la fábrica y dejó en la casa los niños entregados a los viejos enfermos y a los viejos confiados a las criaturas. Y como entre la manufactura india, torpe por incipiente, y la inglesa, avezada y maliciosa, el mercado optará por esta, tampoco la fábrica de Bombay o de Calcuta pudo dar de comer mucho tiempo más a los obreros indios. Vino entonces el calambre de la hambruna que llamamos revolución social, con sus añadidos de huelga perdurable, de apedreadura al palacio del virrey y de conciliabulos con el bolchevique que atiza la hoguera, sea ella la que sea con tal de que muestre legítimo fuego.

Entiendo a Gandhi en profundidad; commoviéndonos con su gesto de echarse al hombro el conflicto de doscientos millones de hombres, no podemos sin embargo hacer una musaraña de excomunión encima de la máquina. Ella ha aliviado los lomos de las pobres mujeres en la máquina de coser: ella las defiende de la ceguera, aunque sea contra su voluntad en la máquina de encajes; ella está librándolas de los trabajos sucios o empalagosos uno por uno, y ella misma acabará por dejar su cuerpo fresco y sin arruga para una maternidad feliz. La máquina pequeña que pueda entrar por la puerta de la casa se está haciendo; la máquina silenciosa de empujón suave y

ritmo humano dicen que no está demasiado lejos. La época doma y doma al demonio mecánico, por ver si se le vuelve un buen ángel o a lo menos un Cirineo ayudador que acepte la mitad de la fatiga, sin levantarnos tampoco la cruz entera. El trabajo contendrá siempre su piedrecilla de pesantez y de aflicción.

LA INDUSTRIA DE LA PIZARRA EN EL VALLE  
DE ENTELLA<sup>47</sup>

Golfo de Tigullio llaman a una comisura del de Génova y la nombran así desde los tiempos romanos: Tigullio, “teja de pizarra”. La costa descubre en cualquier parte el cascarón inequívoco de la piedra clásica. Caminando de Chiavari a Sestri por la orilla del mar nos encontramos unas piedras perfectas en que sentarse a tomar aliento o hacer la colación, y son perfectas porque la pizarra no sabe hacerse nunca una costra bárbara en jorobas ni cabezotas, sino estos menhires matemáticos y estas terrazas de una lisura cerámica.

El río Entella, la *fiumana bella* del Dante, separa con su espátula de agua el Chiavari traficante de la Lavagna modesta y señoril: *Lavagna*, “pizarra” otra vez, pero ahora en italiano. Lavagna daba hace un siglo la pizarra para los techos de media Italia. Mucho la explotaron, con esa explotación rabiosa que es la de la mina, y las canteras marítimas se extinguieron; desde entonces se ha ido persiguiendo a la bonita piedra valle adentro, y ahora están peleándose con ella en el depósito mayor, hacia Cicagna. Aquí van a entretenerte mucho tiempo; las ventas son enormes; la piedra se entrega con tanta abundancia como facilidad lo mismo que si supiera que piedra barata debe ser copiosa y que la esquivez se queda para la raza caucásica de los metales.

La tierra del valle del Entella engaña con una jugosidad tierna en la vegetación y con una amabilidad reiterada de colinas mórbidas. No es el común paisaje minero de pelambre socarrada y de unas sequedades que gritan. El valle es súper italiano; vale decir, feliz, benévolο y cortés. La tierra cortés no cruce de ardores ni echa abundancias tenebrosas de vegeta-

<sup>47</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 28 de septiembre de 1930. (N. de los Eds.).

ción; asiste los ojos solo con la verdura necesaria suavizadora del sol y vestidora de los huesos del suelo. A igual que mi valle de Elqui, el del Entella deja en el fondo huertos para las mujeres y pone en lo alto las minas para los hombres, y como allá no hay migajón de tierra desperdiciado, porque el italiano, más todavía que el francés, se llama criatura agrícola, puesta a una posición de cara a cara con su poquito suelo, si en un juicio del mando llaman a opinar a la tierra sobre los que ha llevado encima, ella mirará con amor al japonés y al italiano, y dirá bien de su comercio con ellos.

La carretera sube en anaconda lustrosa tomando por el cinto las aldeas y las aldeas. Atravesamos en el autobús ganoso cuatro, cinco, seis pueblecitos blancos y limpios, vivos aunque frioleras, con su iglesia enyesada y cuelluda, su infaltable monumento votivo de la guerra, sus viñedos de julio que espejean, su mantel de hortalizas finas en torno de las casas, y de trecho en trecho, su coro de maizal sonante. Vamos más bien gozando las colinas que atendiendo al valle, y es que desde la llanura francesa se traen unos ojos hambreados de suelo anecdótico con cerros y faldeos. Una hora redonda de camino de Chiavari a Cicagna y hemos llegado.

Nos convidan a subir a las canteras de la pizarra, con seguridad de que no aceptaremos, de que hemos venido a ver burguesamente la industria de la piedra en el pueblo mismo. Aceptamos subir, y cómo no, si al cabo el grupo es un equipo de trepadoras, el mejor que pueda darse, gente de montaña o de llanura desatada que en sus piernas se acuerdan de sus geografías: un español, una australiana, una norteamericana, una mexicana y la de los cerros de Chile. Nos capitanea el grupo *boyscoutmente* una casada joven que es la esposa del patrón de las canteras, buena como venida de su gente, para mostrar su empresa, señalar su excelencia y aprovechar la ocasión de que una contadora de buena voluntad se la diga largo y tendido.

Las colinas doncellescas, con redondeces y redondeces, engañan el ojo asegurando que ellas están próximas, de tocarse con la mano; la verdad es que las subiremos en dos horas bien jadeadas, sin más descanso que los de cortar unos hongos buenos y malos por si no hubiera cosa de comer allá arriba, ni más paradas que las del antojo de abarcar el panorama piadoso, echándole cada una la lazada de relación con algún pedazo de nuestra tierra. “Se parece a la Australia hacia x”. “Se parece a la California también”. “En México...”, “En Chile...”. Y estamos sentados a medio cerro bautizando de americanidades o de australidades este paisaje ajeno lo mismo que las tribus que se adjudicaban la cara de Helena de Troya; el ver con el recordar hacen el ángulo de la dicha.

Cumplimos otros repechos que ya son verticales y que se ganan casi a gatas, y hemos llegado a las minas de pizarra.

Cuevas y grutas, hoyos vulgares u hoyos de maravilla, todos paran lo mismo en su boca, y una entra preguntando si eso la devuelve o si se cierra cuando ya nos tiene en su tarasca, o si le sobramos y no hay cuidado por eso.

Una vez adentro vemos que la cueva es segura, una caja tan sólida y tan lisa como una caja de fondos, y aprendemos que en cien años ella no ha dado ninguna sorpresa de derrumbamiento. La mina aparece espaciosa hasta el punto de resultar un salón de fiestas que sirve a los titanes: techo brillante, magníficamente infernal, lo mismo que en las minas de carbón; muros lisos y leales de acordonadura basáltica; después el espacio negro que es la verdadera noche, la noche real donde los ojos han aprendido la sombra de betún. Las lucecitas de los mineros están aquí y allá, tiradas por el suelo. Dos cosas ostensibles únicamente, cuando se entra: los puñaditos de claridad y los golpes de los zapapicos, porque el hombre no se ve durante rato y nos irán “saliendo” poquito a poco de la sombra. Cuando ya se les advierte distintamente, parecen que nos nacieran de pronto de un vellón de oveja negra. El sol que dejamos al entrar era tan absoluto, que la ceguera dura y

el aire del bosque de fresnos olía a tan buenas cosas vivas, que los sentidos se quedan un rato asustados y torpones, tragando el vaho de polvillo que nos pica en la garganta.

Los mineros son lo que hacen cada día el viaje del recién nacido al revés: de la atmósfera a la matriz del suelo, una matriz fea y helada hecha para dar monstruos peludos, y que los da cuando no se le pone hombre adentro, en murciélagos y alimañas.

Son pocos los soterrados en esta parte de la mina; son no más que siete en esta sala tenebrosa; las siete lucecitas echadas por el suelo engañan con clavos vivos; los siete golpes de pico se cruzan sin confusión y al poco rato, el ritmo nos contenta y nos humaniza la mina.

Cuando los agachados levantan la cara, sorprenden siempre como una cosa desusada, después de haberlos visto inclinados, en su postura de siempre, en la postura en que todos los vemos con naturalidad y en las que los verá con extrañeza solo Dios y su madre que los hicieron verticales.

Nuestros jóvenes de cara todavía fresca, que no hace más de cinco años que rasguñan la pizarra respirando su polvillo mañoso; que todavía no escupen negro como escupirán en diez años más, ni miran el hoyo de la mina como el demonio que les ha mascado los bronquios. Algunos son campesinos que vienen a la cantera por los salarios dobles, pero que turnan al monstruo con la madre Ceres, y van después a trabajar la parcela, lavándose los pulmones en estas pausas de aire libre.

La piedra pizarra se rompe en otro orden que los demás minerales. Hay que cuidar la lámina, hay que lograrle el mayor trozo posible y por eso el minero traza un rectángulo en el suelo y cava en torno suyo medio metro, lo mismo que si tallara un sarcófago. El suelo de la mina se ve así decorado de esos tumultos geométricos y toma un aire de cementerio etíopico o de panteón de Vulcano acostados que impresionan fuertemente... La pizarra es una gama y no un color: gris muerto de

plomo; gris de gaviota, gris azulado de golondrina, gris negro espejado, el mejor, que da una sensación de cosa líquida y recuerda estanques que encuadran los cipreses.

“Mármol pobre”, llaman a la pizarra, y la abajan del hijodalgo que es el mármol negro, solo a causa de que ella es abundante; se regalara menos y se la buscara más. Mejor valdría llamarla mármol utilitario, mármol fundamental. Casas de campesinos se hacen todavía con ella sola: los muros aprovechan la broza de las canteras, el techo es suyo, los pavimentos suyos, y cuando no proporciona el muro mismo, da los dos remates de la casa. ¿Se acuerdan ustedes del jarrón griego que lleva festón negro en la boca y la base, y que deja entre las dos franjas reteñidas el cuerpo en rojo o en blanco? La pizarra cumple ese mismo encargo con las bonitas casas rurales del valle: da los techos y los pavimentos, remata por ambas partes el cubo doméstico.

El *Moisés*, de Miguel Ángel, no me ha dado el aplastamiento de que tantos hablaron; lejos de eso he sentido junto a él la serenidad de quien mira un espectáculo natural, como el amanecer.

Leyendo a los grandes poetas, el Dante como el Libro de Job, siento que aquella es la voz verdadera del hombre y me sereña como lo completo. Y esta ha sido también la impresión del *Moisés*.

El hombre es así —decía mi voz más interior—; no es la arruga triste de carne que anda por el mundo; no es la caña que se rompe, de Pascal, que tiene voz pequeña, paso disminuido y agitación de brazos. Es esto espléndido y seguro.

Este es el hombre que hizo Dios con buen barro fresco; el otro está hecho de humores y con trabajos de feas cuerdas, visibles en las articulaciones. En la mañana de la creación no pudo crearse el sarmiento triste para ser puesto junto a la pantera solar.

El artista salta toda la fealdad de los siglos; como quien juega con un espejo en una llanura, no lo vuelve hacia los huertos próximos y los faldeos cercanos: lo endereza hacia un pico amoratado de lejanías, anula en su espíritu los tiempos próximos y recibe en su ojo la antigüedad de la carne.

Aquí está, pues, el cuerpo que fue creado por el viento de la primera mañana. No tiene nada de extraño comparar a Moisés con Adán; es él un Adán verdadero de su pueblo, que no existe antes. Lo anterior a Moisés que se llama raza judía, es una masa sucia, un poco establo de Augias, aunque en Abraham

<sup>48</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 28 de septiembre de 1924. (N. de los Eds.).

tenga hermosura. Parece que los hebreos no fuesen el hombre antes de Moisés sin la multitud, grasa como las vacadas de las caravanas de camellos. Aparece él y comienza el orden, que es algo así como una mirada que se da a sí mismo un pueblo, y de la cual le viene la conciencia. Y empiezan, con el orden, el conocimiento de lo inmundo y de lo limpio; y viene la distinción entre Dios, que está por encima de los hombres, que no muge con los bueyes del Egipto, ni chupa el légamo en los escarabajos. Y vienen los Mandamientos, que serán la única contribución verdadera que pondrán los judíos en el mundo antiguo, aparte de su poesía lírica.

Atravesando el yermo arábigo, la muchedumbre se aplana, por mezquina, con la horrible aplanadura del desierto. Son aquellos que echan de menos, como dice alguno, los ajos de la comida egipcia, los hombres que enfilando los ladrillos de las pirámides, tenían sus frentes con sudor y sin pensamientos. Las bestias divinas de Egipto iban, por burla, acostadas en sus entrañas: así estaban ellos llenos de idolatría y cuando Aarón les hizo el becerro, tuvieron que gritar de alegría.

Moisés les da las codornices, el maná y el agua, porque de otro modo habrían comido los escorpiones de la arena. Y si la nube ardiente les refresca los riñones, es solo porque va delante de ellos este, el hombre de los grandes ojos acostumbrados al horizonte. Se quedará bajo las arenas y no volverán los judíos a tener nada semejante, porque Jesús les es ajeno por sobre toda palabra. Vendrá David, que sabrá cantar, y Salomón, sensualísimo como ellos; solamente Isaías traerá resplandor.

Moisés se queda bajo las arenas del desierto y los judíos no lo tienen más.

Del arenal, parece que Miguel Ángel lo hubiera levantado.

Los pies son grandes como raíces sin retorcimiento, esas gruesas raíces tranquilas en que la savia, de rica, es dura. La sandalia abre los dedos en una amarra, para dar al pie más

energía. La rodilla es tan poderosa como el pecho; parece soportar a toda la plebe dolorida. En las rodillas se siente el poder de la figura; son a la vez pétreas y suaves; cualquier peso es leve sobre ellas, y un cuerpo extendido sobre las dos, parecería una rama. Son rodillas de las que se caería como costra seca cualquier impureza. Entre ellas baja el manto, o la túnica, en grandes dobladuras, si es que había manto para este hombre que pudo llevar la desnudez del desierto. El pecho es suavemente poderoso.

El escultor, al revés de los modernos, no necesitó para darle energía hacer planos cortados, ni henchiduras viciosas. El *Moisés* respira tranquilamente y su fuerza está como en el mar en la exhalación, más que en el oleaje. Los costados son anchos y suaves también; durmieron sobre el desierto, y este los sintió inmensos. Los brazos dicen, en las venas grandes, que él llevaba seiscientos mil hombres, y que tenía que levantarlos a cada día de la bajeza de su pensamiento. Así los alzaba a todos, para que Dios quisiera mirarlos y les diese fuentes; no eran capaces de llevar seca la lengua sin blasfemia. Son los brazos y el rostro los que dicen esto: el esfuerzo por aupar a la plebe pesada como la pirámide que hicieron, pesada de torpeza y de instinto.

La barba cae en gajos grandes, casi jovial sobre el pecho tritonesco, y esos gajos se parecen a los ramos de los acacias floridos. La nariz es recta, para ser noble, alta y firme, y en las cejas y en el ceño está la oscuridad de la nube eléctrica. No hay dolor, sino pura voluntad en la doble quebradura que se hace sobre ellas. Es el Dominador en este triángulo del ceño y de las cejas, aunque en las rodillas haya sido el Padre y en los brazos el que levanta. Y son altas las cejas como muros de ciudades para la oquedad inmensa del ojo violento, del cual la mirada salta por encima del desierto y de los seiscientos mil hombres. No los mira, los cubre con ella. Toda la sombra cabe en estas oquedades y parece que la noche no tuviera la suficiente oscuridad para amagarlas, porque del fondo sube la mirada en claridad, la mirada del vigilante.

No es grande la frente como en los soñadores, pero está apretada, ceñida de voluntad, más ceñida que los mismos metales. La raza de hoy pone más frente en sus estatuas para poner meditación.

Entre los cabellos, de volutas gruesas como la barba, suben los cuernos de resplandor que no son agudos, que en la forma se parecen a yemas grandes de árbol. (Cuando la llama tiene potencia, tampoco es aguda, sino ancha y quieta).

Hay que decir el santo lugar común: “Yo no lo conocía”. Innumerables estampas, grandes ampliaciones del rostro, fotografías perfectas de detalles, no habían sabido anticiparlo.

Él tiene aura, no la aureola cristiana, que vibra solo sobre la cabeza, sino la llamada aura vital, tan potente en los pies y en los costados como en las sienes, y recibimos esa aura sobre nosotros. Hay un hervidero de grandes ritmos que salen del centro de su pecho. Entramos en ese ritmo; la tiranía de lo sublime coge nuestra sangre, y no sabemos cuándo estamos “acordados” y hemos perdido las propias pulsaciones.

Vuelvo a repetir la verdad del comienzo: no he sentido la humillación ni el asombro estando cerca del *Moisés*. Es lo único natural, en el templo de San Pedro en Víncula y en el mundo. Los legos que atraviesan por el altar, el altar mismo, la puerta por la que he de salir, todo eso chocará con dolor contra mis ojos.

Él tiene la dimensión verdadera del hombre y de las cosas; para medir cualquiera, desde ahora él saltará del pensamiento, vuelto él tipo.

Los ojos llevan, por haberlo visto, una semilla más de descontento.

La alegría se exhala de él como de lo acabado que apacigua.

Aplaca no solo con la energía, sino con la gran sencillez. Porque esta figura no conoce el esfuerzo y por lo tanto el dolor; traspasada a la palabra sencilla, solo hace recordar el “hágase la luz” del Génesis. Tiene de esta frase la fuerza y la simplicidad. (La sencillez produce dicha, porque es recta como el dardo y el dardo es lo más feliz que salta de la materia). Mi tortura anterior, tal vez era el presentimiento de que esto existía. Pero será siempre dicha haberlo conocido para llamarlo en presencia de lo inferior, y ser confortada, y para que lo insuficiente nunca sacie ni tenga reinado sobre nosotros.

El hombre que lo hizo era torcido de cuerpo y torturado de espíritu. Lo labró quizá para pedir a Dios un cuerpo semejante. Después que lo hizo, su sombra, caminando a su lado, debió serle mayor pesadumbre.

Donatello tiene diferencia de un siglo con Miguel Ángel. Si se mide lo que un hombre debe a su tiempo por lo que éste le entrega, su mérito artístico de Donatello alcanza al de Miguel Ángel. La Italia en que aquél aparece es más bárbara que la otra en que aparece Miguel Ángel.

Nació en Florencia, tierra que se podría llamar “patria de la belleza”, si la belleza como el amor y como la entidad no fuera una divina vagabunda. Toma por asiento en cada época un pedazo distinto de mundo. En la antigüedad nos mira desde las áridas piedras de Grecia, bajo los olivos de fino y duro encaje; en la contemporánea, camina por las tierras sin sol del norte y se posa en la estepa rusa, a civilizar a los bárbaros en la prosa de Tolstói, o en el teatro de Ibsen.

Florencia, durante dos siglos, llama a los artistas italianos a entregar bajo su luz maravillosa los mármoles más nobles y los cuadros más intensos. Los llama por los brazos acogedores de los Médicis y los Sforza. No hay otro caso en la historia de ciudad que concentre en sí las fuerzas artísticas de una centuria; sus tiranos surgen como si hubieran querido pasar a la historia ennoblecidos por esta protección, para que les sean perdonadas sus violencias, sus sensualidades, sus codicias, en mérito de la suavidad divina que entregan, para todos los siglos, las obras maestras realizadas a su sombra.

Algo se parece el panorama espiritual de estos dos siglos a esos fondos marinos donde se labran en extraña confusión joyas y monstros en una fauna de pesadilla. Desconcierta y

<sup>49</sup> Hay una versión de este texto en el Legado de Gabriela Mistral de la Biblioteca Nacional de Chile, aunque no aparece fecha de escritura ni de publicación. Se presume que fue escrito a mediados de la década de 1920. (N. de los Eds.).

suspende el aliento, este espectáculo. La misma tierra italiana, suave y ardiente como ciertas gredas de ánforas, forma en el mismo tiempo la mano casi sobrenatural de Leonardo y el corazón espeso de sangre de los bandidos Orsinis. En los bancos de las plazas de Florencia se han sentado junto a los jardines, a gozar un cielo profundo del mediodía, esta especie de monje austero que es Donatello y el áspero Ludovico Sforza.

Viene el pueblo. Es el fermento acre de esta buena carne plebeya la que produce los tipos humanos potentes: Beethoven, hijo de criado; Vinci, bastardo que no conoce a su madre. El padre de Donatello es Niccolo di Betto Bardi, hombre de vida agitada, bien batida por fuertes pasiones y por las desgracias.

Di Betto Bardi perteneció al partido de los Ciampi (cardadores de lana) que por un tiempo dio a Florencia un gobierno semirreplicano. Sus actividades políticas le merecen el destierro cuando el partido de los cardadores cae, y más tarde una acusación de conspirador le vale la más odiosa condena: dice el edicto que será atado a la cola de un asno y llevado así hasta el sitio en que ha de ser decapitado. Otro biógrafo agrega que la condena se hace extensiva a todos sus descendientes. No contaban los jueces, por cierto, con las sorpresas que da la naturaleza, haciendo nacer de un Niccolo di Betto, pendenciero y matador, un Donatello. Sentencia, tan dantescamente cruel, no podía ser cumplida. Di Betto fue indultado.

Donatello hace del diminutivo de su nombre su firma artística. Firmaba así: Opus Donatelli. Pone al pie de sus estatuas ese nombre familiar, que tal vez le daban sus hermanas.

Empieza su labor en el taller de orfebre y aparece por este tiempo inscrito en el registro de oficios de Florencia como orfebre y marmolista. Estos son los nobles tiempos en que no hay deslinde entre los oficios y el arte, en que se hallan al mismo nivel, porque los grandes artistas son obreros que ponen el agudo sentido de belleza en su oscura faena.

En labrar una copa, podía tardarse una mano lo que otra en labrar una estatua. ¿Y por qué ha de valer más una estatua que una copa? Y este noble criterio se intensificará más y más hasta que aparezca el maravilloso Benvenuto Cellini, que labrará un puñal con la misma divina voluntad de belleza que el brazo heroico de Perseo. ¡Enorme patrono de plateros tan grande como Miguel Ángel, patrón de pintores! El grabado, la joyería, la misma arquitectura, hechas después industrias, hacen perder su nobleza a los oficios y los degradan a la forma actual. El mismo Leonardo trabaja como aprendiz en un taller. Es una de las cosas más lamentables de ver en nuestra época: el aplebeyamiento de los oficios.

Los primeros protectores de Donatello son los Martelli, orfebres, familia noble de Florencia, a la cual debió aquel más tarde el conocer a los Médicis, que serían sus protectores de toda la vida.

Donatello no tiene la perfección precoz que tuvo Miguel Ángel. Las primeras obras, las de la juventud, pasan inadvertidas, hasta que su estatua de la Anunciación atrae el interés. No es, sin embargo, una de esas de las grandes creaciones que saldrán de sus manos en plena madurez.

Ya en esta obra aparece la facilidad para la composición, que va a caracterizar a Donatello, la línea delicada y vigorosa que será como la esposa de su espíritu. El ángel no está suspendido sobre la cabeza de María: Donatello es un realista total y este realismo traspasa su religiosidad, distinta de la religiosidad como etérea de Fray Angélico.

Está el ángel con una rodilla en flexión inclinándose delante de María y le dice el mensaje estupendo con una expresión natural, y María se ha incorporado sorprendida mirando al ángel con expresión llena de asombro y de dulzura a la par. Está la gracia derramada en esta figura, desde el cabello ondulado hasta la expresión del pie y el ligero desorden de los vestidos, por el rápido incorporarse. Las palabras del ángel se

escuchan y los labios de esa virgen no pueden responder otra cosa que lo que respondieron según el Evangelio: "Yo soy la esclava del Señor; hágase en mí según su Palabra".

En este tiempo el suceso artístico es un concurso que se abre en Florencia para modelar la puerta de bronce del baptisterio. La lucha es reñida porque hay concursantes formidables. Se presentan además de Donatello, el gran arquitecto Filippo Brunelleschi y Lorenzo di Cione, conocido con el nombre de Ghiberti, vencedor del concurso. La aspiración común al premio, el trabajo en un mismo motivo dan origen a la amistad, que será larga y hermosa, de Brunelleschi y Donatello. Desde entonces, se reunirán día a día a comentar sus artes, tan semejantes, porque la escultura es como la arquitectura hecha mayor belleza. Las charlas de los dos amigos no se limitan mezquinamente a sus artes respectivas: ya en ellos se insinúan los renacentistas que vendrán trayendo curiosidad del universo todo. Anotan los biógrafos que, en estas conversaciones, eran motivos frecuentes los comentarios de la *Divina comedia* y los problemas de teología más arduos. El poema les daba espléndidas visiones de escultura, porque si el Infierno se quisiera traducir en otra expresión de arte, se traduciría a escultura.

Se ha dicho que el alma de Donatello fue nutrida por dos fuentes máximas en las que beberá la inspiración de todos los siglos: la Biblia y la *Divina comedia*. Pero donde la raza hebrea se levantará como viva, con su muchedumbre de carne poderosa, será en Miguel Ángel, el que viene después; Donatello está más próximo a la *Divina comedia* por la tortura que no tiene el otro; esa enjutez de sus profetas y de David, el Calvo, es más semejante a la carne comida de ardor del Purgatorio que a la carne henchida de grandes aientos de los antiguos judíos.

Tales conversaciones creaban en torno de los amigos un ambiente de religiosidad. Ambos entregarían a la vida la expresión de sentimientos religiosos: Brunelleschi es el que da los planos de la Capilla Sixtina.

Hay en esa amistad rasgos conmovedores. Donatello ha hecho un Cristo. La figura tiene la expresión de quemante violencia que solo un criterio superficial puede estimar como cosa extraña a Jesús. Donatello pensaba modelando aquellos músculos tensos en el Cristo que gritó al morir, según San Mateo.

Esperaba anheloso mostrarlo a Brunelleschi, con esa ingenuidad tan tierna del amigo que quiere que el primer elogio venga del amigo. Pero su deseo se ve fallido: delante de la escultura oye:

—Has hecho un bárbaro aldeano, no un Cristo.

Donatello no intenta siquiera hacer la defensa de su obra: el amigo debe tener razón... Y Brunelleschi le promete presentarle, en poco más, un Cristo de verdad, un crucifijo en el que trabaja ilusionadísimo. Se equivocó Brunelleschi en su áspero juicio: el Cristo de Donatello tiene una potencia de dolor que vuelve belleza su misma violencia. El de Brunelleschi es de una corrección fría, que no enciende los ojos.

Estos Cristos pueden representar los dos conceptos que del divino maestro se han hecho los artistas en general. Para unos domina en él una serena dulzura, llena de nobleza. Viene a ser este Cristo una especie de Apolo más delicado. Para otros están vivas las palabras sacudidoras: "Yo vengo a poner la guerra entre los hombres". Y al hacer su brazo, se acuerdan de la alzadura con el látigo vivo en el templo; se acuerdan de la capacidad de padecer que hizo de esta carne la mayor torcedura de dolor que ha conocido la carne humana y así, ese Cristo, si se parece a algo griego, será a una criatura de Esquilo.

Poco tiempo después los amigos deciden hacer un viaje hacia Roma, a estudiar sus respectivos oficios. El fracaso del concurso del baptisterio les ha hecho pensar que necesitan domar la técnica en uno de los grandes talleres de los artífices romanos. Pero no tienen recursos y Brunelleschi entonces se deci-

de a vender un pequeño terreno que posee. Hay que alabar la generosidad heroica del amigo, porque solo es heroico el desprendimiento de los pobres.

Era muy duro el viaje a Roma en aquellos tiempos por las luchas políticas. Había que llegar a la ciudad eterna atravesando la campiña poblada de matorrales y bandidos. Los monumentos eran fortalezas; las estatuas antiguas estaban enterradas y dice un escritor que para viajar hacia Roma era preciso “seguir a las cabras saltando quiebras y atravesando parajes desolados”.

Pero había en los hombres de esa época una entrega total a la vocación que les quemaba los días; ni los caminos peligrosos, ni el morral menguado de provisiones que apaga la alegría del caminar, los hicieron desistir. Llamábanlos también las ruinas romanas desde los subterráneos con voces de madre. Se pusieron en marcha como peregrinos; caminaban charlando, embriagados con sus motivos de belleza.

Qué hermosa visión es la de la escultura antigua dormida por una edad entera bajo tierra. No parece sino que el tropel de las caballerías hubiera hecho la Venus, los Apolos, los Narcisos, hundirse en la tierra, irritados o llenos de espanto. Y duermen un sueño prodigioso como el de los siete durmientes de la leyenda dorada. El galope de los germanos que atraviesa cincuenta años la península ni siquiera trizó en algunos la línea de un hombro ni la uña de un pie. El despertar y subir a la luz de los dioses griegos es un instante enloquecido de Roma: como si sus rostros de placidez eterna se descubrieran para apaciguar las almas tremolantes de los italianos del Renacimiento.

Llegaron a Roma y se pusieron, mientras les duró su minúsculo capital, a rastrear ruinas. Los pequeños hallazgos de un capitel romano, de una cornisa, los encendían. Más un día notaron que la bolsa estaba completamente vacía. Cesaron de buscar. Las gentes que les veían volver con un vaso mutilado les habían

puesto el apodo de buscadores de tesoros. Había que dejar el maravilloso vagabundaje y hacerse obreros, fijos a un banco.

Ambos entraron en talleres. Brunelleschi como montador de joyas.

Algo aprendería Donatello en ese tiempo, si es que pueden aprender aquellos sobre los cuales cae tan fácilmente la belleza eterna, como cae sobre el agua en reposo la rama inclinada.

Donatello volvió a Florencia poco tiempo después y se puso en relaciones con Cosme de Médicis, quien le encargó la tumba del papa Juan XXIII [Baltassare Cossa]. La hizo en colaboración con uno de sus discípulos. En aquellos tiempos no se consideraba deprimente para un maestro esta forma de trabajo, por lo cual en nuestros tiempos la crítica dijo cosas amargas de Rodin.

Le encargan más tarde una decoración para la plaza del mercado de Florencia. Hace una vigorosa alegoría de la abundancia, la cual presidirá la feria de los frutos, esas ferias italianas que tienen lo magnífico del otoño y recuerdan la alegoría de D'Annunzio en "El fuego".

Las huertas italianas, las mejores del mundo, envían a los mercados al hombro de los vencedores o en las carretas colmadas, aquella fiesta de color de sus naranjas de oro, de sus higos azules y en el corazón de las grandes ciudades se exhalan, dando a los traficantes la embriaguez del campo, las parvas rojas y doradas.

La plaza del mercado viejo de Florencia quedó así ennoblecida por esta categoría de la abundancia que escucha la gritería pintoresca de los mil vendedores.

Después de esta obra vienen dos esculturas que le encomiendan para la iglesia de Santa María del Fiore: un David y un San Juan Evangelista.

Hubo en Donatello una gran predilección hacia el precursor del cristianismo. Lo hace niño ese bajorrelieve inefable cuya dulzura nunca olvidará quien lo haya visto siquiera una vez. Una cabecita fina en que los cabellos delgados se sienten; ojos con una fijeza de aborto; la boca entreabierta por la misma intensidad de la atención; el cuello delgado como el de un lirio; los hombros débiles y sobre la cabeza la aureola anticipada: el concepto de que la santidad en vez de la lucha que algunos creemos, es una predestinación. Quitemos la aureola y este es el perfil de un niño triste, de un dulce niño enfermo.

Hace además el Bautista adolescente y lo hace también en la edad viril. Son tres interpretaciones diversas: una apacible, otra austera y dolorosa, otra llena de una alegría casi salvaje. Ya el cuerpo del Bautista ha conocido los ayunos del desierto: la carne se apega a los huesos tremadamente expresivos. La piel del camello se siente árida y quemante como las arenas del desierto.

Es el hombre que se alimentó por largo tiempo de dos cosas puras y vigorosas: raíces y frutos, para purificar la lengua que daría la mayor de las buenas nuevas que ha llegado a los oídos de los hombres, para volver puro espíritu el cuenco de la mano que había de verter el agua del bautismo sobre aquel que era superior al bautismo. Y los pies son los del hombre que camina incansablemente y torturado con su mensaje.

El *Moisés*, de Miguel Ángel, tiene la influencia directa de uno de estos evangelistas de Donatello, y tal hecho escueto revela el valor artístico de este hombre que también es un precursor: el de Miguel Ángel; no lo conoce, pero como el otro al Cristo, prepara sus caminos.

Viene por este tiempo la siguiente anécdota.

Un mercader genovés obtiene por medio de Cosme de Médicis que Donatello le haga un busto. Este cobra el precio cabal de su trabajo, y el mercader protesta con indignación de la

suma que le parece muy subida para ser aquello un pedazo de piedra labrada. Donatello pide que Cosme sea árbitro en la disputa. Lógicamente el juicio favorece al artista. El mercader alega que Donatello ha trabajado solo un mes. Este responde:

—Yo, en la centésima parte de una hora, hago más que en un año de comprar papas.

Y para cortar el grotesco diálogo despedaza el busto. El mercader, que no esperaba ese final, se queda muy compungido y avergonzado.

Esta anécdota con la que sigue, revelan que Donatello tenía esa conciencia de su valer que no debe faltar a ningún hombre, porque revela simpleza o falsedad. Es necesario que el artista no sea ni el primero ni el último en saber lo que significa la obra de sus manos.

La corporación de zapateros que había rechazado una vez, por el subido precio, un San Marcos de Donatello, encomendó la obra a un escultor mediocre: Nani Vivanco. Pero tampoco les acomodó el precio del trabajo y como Donatello no se había agriado por el rechazo, lo eligieron árbitro en la disputa.

Ingenuamente pensaban que tendría que dar un juicio favorable a ellos, viendo la obra inferior que había hecho Vivanco.

Donatello con cruda ironía les contestó:

—Este hombre vale menos que yo y le cuesta trabajar más que a mí.

Donatello se puso en este tiempo a su obra capital: la estatua ecuestre de Gattamelata. Se la encargó el señorío de Venecia y se destinó a Padua.

Es la escultura ecuestre más hermosa que cuenta el mundo hasta hoy, y una de esas obras que ponen a prueba todas las

facultades del artista y todos sus conocimientos: concepción inspirada, preparación arquitectónica, técnica cabal.

El caballo tiene un vigor y un movimiento maravilloso, y su belleza haría olvidar la figura misma del jinete si este no fuera otro prodigo de fuerza. El grupo es nobilísimo: la bestia casi se humaniza de pura gallardía y el guerrero tiene en el caballo un pedestal digno.

Fue tan grande el entusiasmo cuando los paduanos se congregaron al pie del monumento que le encargaron hacer la historia de San Antonio, patrono de la ciudad. La hizo, en bajorrelieve admirable, explotando los motivos de la vida del santo, tan bella como la misma de San Francisco.

La satisfacción de los paduanos se expresó en el ruego que hicieron a Donatello de que se quedara allí. Es muy sugestivo el comentario que hacía Donatello respecto de la proposición que no aceptó.

“Si continúo allí más tiempo —decía— se me habría olvidado lo que sé, porque me alababa todo el mundo. La crítica de los florentinos me hace estudiar más y más”.

Tenía Donatello sutileza de mente para ver la gotita de veneno adormecedor que hay en la amapola de la alabanza y la esquivaba con esa prudencia de la serpiente que alabó Jesús. Cae en una como modorra espiritual el satisfecho. La crítica daba a Donatello la tortura de la perfección, divino dolor que el artista debe llevar siempre. Temió la admiración excesiva como temió a la túnica rosa que le regalaron los Médicis y al bienestar material como mullidores fatales del alma.

Después de la consagración definitiva que le significa el monumento de Gattamelata, Donatello viaja por Venecia, Mantua, Ferrara, Módena y Siena, dejando en cada una de estas ciudades esparcidas muchas obras.

En plena posesión de sus facultades trabajaba con rapidez y facilidad. Esta es como la hora meridiana para el artista: la técnica está domada y no quiebra la concepción, la traduce con la facilidad gozosa. Entonces el artista es verdaderamente el creador y recuerda al primero: "Hágase la luz y la luz fue hecha". Mientras la técnica no estaba vencida como el perro fiel, él era solo un hacedor o un héroe que dobla costosamente la terca quijada de león de la materia.

No usaba modelos al trabajar. Decía una vez que le preguntaron sobre ese punto que no llevaba otro modelo que su propio cuerpo y los invisibles que se movían en su imaginación como criaturas vivas.

Sin embargo, con él la escultura se aparta con violencia de la idealidad del arte griego. Fidias hacía, fundiendo cien rostros vistos, uno abstracto. Donatello hace entrar a la escultura por la vía del realismo individualizador, que seguirán todos los escultores modernos.

Su religiosidad no se vuelve ese sublime que pone a los santos en un plano inaccesible; los santos de Donatello son hombres en los cuales el creyente mira su propio rostro doliente y oye salir de sus bocas su mismo grito.

Es el Murillo de la escultura en la predilección que tuvo por los niños. Un raro contraste espiritual, una como doble alma, hacen que le atraigan a la vez las figuras trágicas de los profetas y los cuerpos infantiles.

Poblaba su estudio de niños de mármol, derramaba sobre ellos la ternura inútil de su corazón que no apretó contra sí el hijo propio.

El niño es presencia tan necesaria en nuestra vida que aque-  
llos que no la tienen se la yerguen con el ensueño.

Tal predilección por los motivos de la infancia dice también la calidad de esta alma. La mujer, anota el crítico Alexandre, ocupa poco espacio en la obra de Donatello: "Sí, y cuando asoma ella, como en la Anunciación, tiene la maternidad hecha promesa sobre la frente o es, como en la Santa Cecilia, la mujer de líneas tan delicadas que casi está infantilizada".

¡Cómo miraría Donatello jugar los niños en las plazas, en los campos que atravesó y en los hogares de sus amigos, para que se volvieran en la obra cosa viva! Los ha gozado en las rondas; les ha visto cómo muda la risa de una boca a otra, según la grosura o delgadez de los labios y de las mejillas; ha tenido mucho tiempo sus cabecitas entre las rodillas. Y así pudieron ser tan verdad las que iba cuajando entre sus dedos, y en las que parece que va a volar el vello fino y va a saltar la carcajada.

El hombre que así amó a los niños era el adulto perfecto, que según dice un escritor es aquel en cuyo ser se ha detenido la infancia. No son los de Donatello los niños idealizados, niños ángeles, de tantos pintores y escultores; son los desharrapados llenos de gracia que hurgan entre los frutos en un mercado, que saltan las paredes de los huertos en busca de las manzanas más rojas. Están llenos de malicia, de una dichosa picardía; a veces la alegría hace como brincar la carne de sus pantorrillas y de sus carrillos inflados.

Este solterón desmiente la leyenda de los solterones; está más lleno de ternura que los padres colmados de hijos...

Él, primero y Luca de la Robbia después, son los escultores de la carne tierna.

Pocas veces el artista que interpreta la gracia es capaz de interpretar la fuerza. Por eso desconcierta el que de la misma mano saliera la estatua ecuestre de Padua y la ronda infantil de la catedral de Prato.

Donatello tuvo en cuanto a recursos esa simple medianía que quería Horacio, igualmente alejada de la miseria que afea la vida y de la abundancia que la vuelve plácida. La protección de los Médicis, primero la de Cosme y después de su hijo Pedro, le aseguraron sus necesidades que eran muy exigüas.

Donatello no buscaba como Rafael el lujo; para belleza tenía la que él creaba. Hasta debe haberle parecido poco viril el refinamiento en el traje porque una vez devolvió un manto rosa y una túnica de seda que le regalara Cosme de Médici. Le dijo, para quitar dureza a la devolución, que le parecía demasiado delicada para él.

Y decía verdad, porque tal vez sus profetas hubieran sido menos austeros si el escultor viviera entre los cojines del estudio de Leonardo. Por algo dicen los místicos que el alma recoge las cualidades de las formas entre las cuales se mueve.

Iba más lejos todavía Donatello: rehusaba amontonar monedas que sobraban de sus pequeños gastos.

Había en su estudio un cesto viejo pendiente de una polea. Ahí abandonaba su dinero. Al amigo o al discípulo que llegaban a contarle su penuria, les señalaba con además el cesto. Tomaban de allí cuanto querían y el cesto volvía a subir...

Y esta forma de dar merecía haber sido alabada por el Dante en aquel capítulo del Banquete, en el cual se enumeran las formas delicadas de dar. Él necesitado toma sin mirar la cara del dueño; parece que ni hubiera dos en estas pintorescas formas de caridad: el que da y el que recibe. Comunismo delicioso de San Francisco. Alguno llamó a este el loco de la caridad; en Donatello hay una despreocupación tal del valor del dinero, que ni siquiera siente aquella caridad; es un sencillo tomar lo que se necesita como se aspira el aire que es de todos.

Hace sonreír la confesión de bienes de Donatello, que se conserva, y que él tuvo que hacer para que le fuera aplicado el impuesto.

Enumera tres obras que le deben diversos conventos y detalla a la vez las pequeñas deudas que han de ser pagadas con el valor de aquellas.

La única propiedad que tuvo fue una casita con un breve jardín. Este era su alegría cuando la parálisis inmovilizó su brazo, arrebataéndole el gozo de modelar sus niños y sus santos.

Él miraba desde su sillón al sirviente fiel regar sus rosas y sus lirios florentinos.

Sus parientes, que no se cuidaron de él sino a última hora, fueron a reclamarle la herencia. Él les dijo con cordial ironía:

—Mis queridos parientes, no puedo satisfaceros; dejo esta tierra al pobre que la ha regado con su sudor y no siento no dárosla como pago de vuestras visitas. Idos, pues, con mi bendición, pero sin la casa...

La parálisis de Donatello es tan trágica como la sordera de Beethoven. De las fuentes de alegría que entregan los sentidos, este hombre eligió el gozo de las formas, la palpitación ardiente de las cosas derramadas sobre la tierra, y de la visión de la naturaleza lo que le daba mayor deleite era el movimiento, la piernecita de los niños alzada en la danza o el paso de los caballos guerreros llenos de majestad.

Y la muerte, anticipándose en su carne, le cegó las dos fuentes únicas de su alegría: el tacto y el movimiento.

Ahí queda en su sillón, sintiendo ya el dominio de la muerte del cuerpo vivo, conociendo la experiencia de la sepultura con el alma presente. Es la peor forma de morir.

Como Beethoven, que se poblabía el cerebro de los acentos bebidos durante la vida, Donatello se poblabía la imaginación de los ademanes y los gestos vistos entre las multitudes. El ensueño que antes empezaba la creación, ahora se prolonga con el ensueño de seguir haciendo rostros y dorsos expresivos dentro de su mente. Al regato del agua que iba por su jardín, transportaba su anhelo de caminar.

Las flores, misericordia de la tierra, estaban extendidas delante del paralítico; hacía llevar su sillón una tarde al cuadro de rosas, otra al de los jacintos. Y en vez de la familia que no quiso crearse, para no restar tiempo a la obra artística, tenía esa familia vegetal, tan silenciosa que es como el éxtasis cuajado, y que exhala su ternura en el callado aroma.

Murió Donatello a los 83 años. Dice la Biblia que Dios concedió vida maravillosamente larga a los primeros hombres, que eran pocos, para que alcanzaran a derramar la tradición sobre sus hijos, nietos y bisnietos, y alcanzaron también a poblar la tierra desnuda, de su carne y sus obras. Esto mismo podría decirse de Donatello y de otros. Viven tanto para que puedan proyectar sobre el mundo la muchedumbre de sus creaciones; se los dio para que alcancen a traspasar de su espíritu a la humanidad destenida y laxa. Son como grandes y hondos vasos que se vierten largamente y hasta la última gota.

—La *Historia de Cristo* es el libro más grande de los cinco últimos años de Europa —me decía Vasconcelos.

Y le decía yo, tímidamente:

—La única obra grande, según mi espíritu, después del *Juan Crisóstoma*, de Romain Rolland.

Otra vez el Evangelio vivo, puesto en una luz nueva, contemporaneizado y hecho otra vez sustento para diez generaciones. Sencillo, a pesar de la opulencia, tremolante de fervor y radioso de humanidad. Cuando supe que lo habían reeditado en Chile, tuve alegría por el suceso espiritual para mis gentes.

Me interesaba el varón de fe poderosa, tanto como el libro. Había pasado de un golpe a ser una de las conciencias que mueven nuestro tiempo brutal.

En Nueva York me hablaron del incidente, comentadísimo: la Universidad de Columbia lo había invitado; pero cayó sobre el rector y el Consejo un aluvión de protestas. Papini, en un libro reciente, insultaba a los Estados Unidos, llamando su civilización “hediondez de bencina” y otras cosas poco gratas.

El rector mantuvo la invitación, con una hombría muy noble y sobre todo con una carencia de nacionalismo plebeyo del que pocos educadores son capaces. Se asegura que dijo:

—El señor Papini, crítico ilustre de filósofos modernos, no tiene ninguna obligación de amar a Estados Unidos para poder dictar un curso en Columbia.

<sup>50</sup> Publicado en tres partes, en *El Mercurio*, de Santiago: el 5 de octubre y 2 y 23 de noviembre de 1924. (N. de los Eds.).

Y fueron llegándome documentos.

Con motivo del escándalo, iba y venía en las revistas el retrato de Papini. Me fue poco grato al ojo interior: melena de tormenta; boca y ojos violentos, y todo el aire de la cabeza con no sé qué cosa de orador de asamblea caldeada.

Yo me decía enseguida lo de otras veces:

—¡Ah, qué superstición y qué carnalidad esta seguir trayendo en las líneas de una cara! Y los imbéciles de frente goetheana, que andan por allí, y los ojos luminosos de cualquier prestidigitador de cine.

En Nápoles, compré el *Diccionario del hombre selvático*; lo leí en la isla de Capri. La lectura me manchó de violencia cuatro nobles siestas bajo los olivares. Una capacidad, muy italiana de pasión, pero no el odio, ceñido como una espina, del Dante, sino un borbotear de marmitas del infierno. Un juicio final, pero en una llanura que fuera un poco estable y un poco estercolero, y un poco plomo líquido, para que danzen los que oyen la sentencia. De tarde en tarde pasa una ráfaga pura: son los santos y los artistas cristianos, sobre los que caen rosas, que no se sabe de dónde bajan en este aire de azufre tenso.

La humanidad, convocada por él, Giovanni Papini, desde los tiempos de Abraham hasta los de Mussolini. Una potencia que asusta en las dos gargantas para la grita, que se vuelve ululante, de los pecados ajenos, los que ellos cometieron y los que le son adosados, y una reminiscencia de San Juan en el Apocalipsis, con racimos de rayos. Pero entre aquel olor de muladar, la quebradura maravillosa del rayo se ve mal, no se funde en la unidad del espectáculo perfecto. Y no sé qué de mercado, a pedazos; de mercado de carnes abiertas, que se tienden al lado de tapices admirables y de cubas de vino.

—Que los profetas hebreos, que Exequiel y que Isaías. Esos quemaban la carne, no la ponían a pudrirse; o hacían leprosos trágicos de los reyes, pero no pequeños sarnosos.

—Que la época muelle necesita estos espolonazos de fuego. Es cierto, pero esto es una chorreadura de estiércol acusoso.

De repente aparecen misericordias inesperadas: Baudelaire, absuelto (con razón: estaba loco de hambre de Dios); Bergson.

El burgués no ha recibido en una hojita, de esa rojo al blanco, letanías semejantes de bajos adjetivos, escaldadura parecida de la nuca a los pies. Se lo agradecerá mucho un conocido mío, que lo pone en el esófago de Satanás.

Y los hombres y las mujeres santas no hallan qué hacerse con sus lirios laudatorios, en esa caldera exhalante.

Hay naturalmente —se trata de un gran poeta— metáforas magníficas, que saltan como rosas de fuego; y juicios cuajados para lo eterno, por netos, que hincaron en la entraña del motivo.

¿Qué hizo este hombre de esos labios nuevos que parecía haberse labrado para la palabra espiritual? Hace tres años —nada más— que entró en las Parábolas y anduvo entre la atmósfera amoratada y ceñida de la Pasión del Señor. Se sumergió como en una gruta indecible en el concepto cristiano y trajo su tesoro a todas las lenguas. Pensamos que el tiempo, sórdido como una vaina seca de algarrobo, se henchía de una yema prodigiosa y después de aquel libro, quedamos mirando a sus manos, ¡para recibir ahora esto!

La enturbiadura viene del “hombre viejo”. Tiene la fatalidad de la violencia; ni con tenazas de su terrible amor por Cristo consiguió arrancarse esos tendones poderosos de la vieja ira. Se creyó converso antes de tiempo y nos hizo creer que su deseo era fruto.

Cinco o seis libros tiene de crítica y comentarios “vulcanescos”; la blasfemia suya fue activa y repetida como una antífona. Y sus venas no han tenido en las quinientas páginas del Evangelio que nos hizo, suficiente refrigerio, sumidad bastante en la piscina pura. Es cierto también que allí mismo, en la *Historia*, hay chocadoras frecuentes en que saltan chispas. Pero el tono recupera su nobleza, después de las caídas.

Este herético reciente, como si dijéramos de esta mañana, no conoce piedad para el pecado de que aún trasciende su aliento. Ningún converso ha caído en semejante olvido de su fealdad inmediata. Aquí está con sus pinzas y su pez, para saltar sobre el camarada de ayer. Tiene la ventaja de conocerlos a todos: no se le pueden escapar. Sabe, como el botánico, el nombre del individuo, de la familia, del orden; minuciosidad de ojo avezado en las herejías complejas que son como la red vegetal de la hoja; encarnizamiento fabuloso; sentencias roturadas, que no dejan del pecador ni siquiera la “ceniza, que es casta”, como dijo San Francisco.

Papini es florentino. Sigue en él la poderosa y sutil sangre Toscana sustentando la latinidad. El parentesco de ardor está próximo; solo que el otro violento hizo tanto cielo como infierno, y este, reduciendo a los justos, ha dejado una brizna de paraíso.

Tiene 43 años; un mediodía terrible, el suyo, que quema sus propios riñones. Vive seis meses en Florencia y seis en un pequeño pueblo del Casentino, vena de frescura en el verano de Italia, junto a los Apeninos. Tiene dos hijas hermosas: simiente de serenidad para más tarde.

Ha escrito de todo, con un brío que también desconcierta: cuentos maravillosos, versos (mejor exprese en la prosa la calidad lírica de su temperamento), biografías y estudios filosóficos (acres, pero notables). Dice de él un crítico, que es su “talón de Aquiles” la facilidad. Pero añade venenosamente que la extensión de la *Historia de Cristo* fue imperativo edito-

rial. Eso no; lo enriqueció el Evangelio hasta la mayor hondura y el libro tuvo que ser así, espeso como la rama del acacia, con veinte racimos.

Y ha quedado vacío de misericordia este juzgador, que fue a buscar en Cristo la caridad, superior al juicio. Cogió otras cosas, mas lo único que debió arrancar fue la hierba áspera y divina del amor al prójimo.

Sus biógrafos hablan por sobre todo de su versatilidad filosófica y literaria. ¿Irá, si eso es verdad, en busca de otro dueño? Yo no lo creo, aunque el pasado funda la peor duda. ¿Volverá a sumirse en la fuente cristiana, que de puro clara parece breve y que tiene las siete profundidades que dan el vértigo? ¿Estará sumergido hasta que mude de color su cuerpo, como los cuerpos que gozan el mar con contacto durable? El alieno contenido lo purifique, la delgadez del agua le enseñe las palabras leves de que se labraron las Parábolas. Les dé gracia y leves de amor, que esto es la llama ligerísima.

Y si eso no viniera, diremos de él, con mayor justicia de la que tiene para sus biografiados, que ha sido grande y merece amor: nos ha dado un libro puro y perdurable; hizo una *Historia de Cristo* para los hombres que empezaban a olvidar.

Y a pesar del *Diccionario*, que me dejó —como lo dije— llena del espanto, que en mi cordillera materna me daban los “rodados” de las pendientes durante noches enteras, yo fui a ver a Papini.

Es él indudablemente una de las conciencias directoras de Europa, y somos muchos los que desde el continente selvático —así nos ven— no miramos en el continente de la decadencia sino estos espíritus vigilantes y rabiosamente humanos: Romain Rolland, H.G. Wells y Papini. Y mirando hacia Italia, donde la sordidez espiritual es bien visible en la última generación, Papini lo llena todo en este instante. Sus veinte o treinta libros hablan de un hombre de labor heroica como los del Renacimiento, como ellos atravesado de distintos caminos.

Fuera de él, que es muy joven, Italia sigue viviendo a la vera de sus viejos valores literarios: D'Annunzio y Ada Negri. Habría sido necesidad pasar por su patria, admirando en sus museos desde lo etrusco hasta lo carducciano, sin conocer al hombre dantesco que le ha nacido, rico de púrpuras en el odio y en la potencia de las facultades.

Fui a visitarlo a la playa en la cual veranea y escribe: es la costa de Pisa, el pequeño pueblo llamado Castiglioncello, en la provincia de Livorno. Población casi improvisada, que preside un moderno castillo halcónico; calles enarenadas, gratas de caminar, y pinares, densos pinares para esas curas de paz de que estamos hambrientos los heridos.

No hay, en este a quien vengo a ver, sin embargo, un cansado. Es vigoroso hasta ser centauresco; pero en el fondo del indignado contra su época, acá o allá, un doloroso. Se le han hecho angustia la brutalidad y la plebeyez casi fétidas de nuestro tiempo, sobre todo la de la Europa de esta hora.

Y aquí viene a decir, en libros llenos de aristas como las sales enérgicas, su disgusto, y a oler la resina de los pinares, que todavía se exhala, que la química industrial no recoge aún minuciosamente.

Salgo de mañana. El aire es vivo y tiene algo de dichoso. He llegado de noche y la visión del mar me sorprende como siempre, y me afirma el corazón.

—Yo tomo un poco esta entrevista con Ezequiel —digo jugando a mis compañeras. El hombre del laude admirable hacia la Edad Media detesta mis dos oficios, en figura de mujer: a las maestras y a las escribidoras. Haciendo conjeturas anticipadas, llegamos a la villa: una casa grande, de persianas verdes, con un gran relieve de Dante, ángel custodio muy digno de él, pero que en mí aumenta el embarazo.

El profesor Papini (así lo nombran en el pueblo) sale a mi encuentro desde un grupo de pinos antes de que yo llame a la puerta. Me ofrece que hablemos en ese lugar, si me place, y despide a su visita, que es su colaborador del *Diccionario*: Doménico Giulotti.

La primera rectificación es la del físico. Hablé de sus fotografías que lo hacen odioso: una cabeza revuelta y un rostro cargado de carne. Es fuerte, sin ser graso; muy alto; color pálido, piel fina, ojos claros, que el sentimiento muda dentro de la gama de los grises; frente noble de grandes sienes y una calidád del cabello que está en desacuerdo con el “violentísimo”: pelo rizado y blando, de un castaño hermoso, un cabello casi infantil, de tierno, en la cabeza poderosa.

Se ha sentado junto a la mesa de mimbre donde leía con su amigo *La Ciudad de Dios*, de San Agustín.

—A mí me sorprende —dice— la visita de una persona de habla española. Parece que entre ustedes se conoce poco mi obra.

—Se la conoce bastante —le digo—, hasta el punto de que en Chile se ha reeditado la *Historia de Cristo*.

Se le oscurecen los ojos...

—Sí —me responde—, pero acaso usted no sabe en qué condiciones. No se me ha enviado un solo ejemplar, mucho menos se me han pagado derechos. Lo que me ha sido más odioso es sobre eso, el que se le hayan añadido notas.

A pesar de mi falta de nacionalismo, la queja, por justa, me quema. Es la segunda o tercera vez que nuestros editores hacen estas fealdades, escudados en la vergonzosa falta de una “ley de imprenta”. (Los otros magullados han sido Blasco Ibáñez, cuya protesta lógica y grosera a la vez he leído, y Paul Bourget, que no ha dicho nada).

Él sigue hablándome de la falta de respeto que significan las notas.

—No hay nada oscuro que aclarar —me dice.

Y yo —la exenta de nacionalismo— le recuerdo que la traducción y las notas son de un italiano establecido entre nosotros.

Una de mis compañeras viene en mi auxilio y le defiende el fraude como bien para la propaganda religiosa, es decir, como un medio feo para laudable fin. Yo sonrío; Papini también y aliviamos del peso.

—Cuando yo pasé por Nueva York —digo— se le esperaba en la Universidad de Columbia, para una serie de conferencias filosóficas. Todos hemos leído su admirabilísimo libro sobre la decadencia de la filosofía: *El crepúsculo de los filósofos*.

—No fui —responde.

—¿Por la discusión que se entabló a causa de sus juicios contra Estados Unidos?

—No, por causas de menor importancia; entre ellas, esta: yo soy un autodidacto, como usted sabrá; todo lo he estudiado solo, en bibliotecas. Eso está contado en mi autobiografía, *Un hombre acabado [Uomo finito]*. Poseo el inglés perfectamente para su lectura, pero no dispongo al hablarlo de sus matices. Y yo necesitaba poseer todos los recursos del idioma a fin de dar una idea clara, vasta y de detalle minucioso, a aquella raza, al hacerle la crítica cruda de su civilización.

—Es sensible —le digo—, que no haya podido ir. Hay en ese país, a pesar de sus defectos y de su idiosincrasia, odiosa para nosotros, un aspecto católico muy respetable y digno de estudio. Hay en general aspectos espirituales cuyo contacto es grato.

—¿Qué le place a usted en las religiones de ese país? —me pregunta.

—En primer lugar, la prosperidad creciente del catolicismo. Eso será bien para la latinidad; refrenará algo, por ejemplo, la dominación que ejercen los Estados Unidos sobre los países nuestros. En segundo lugar, he estimado en aquellas gentes el sentido social que aparece en sus diversos credos.

—En cuanto a lo primero —contesta—, no hay que entusiasmarse demasiado; es la inmigración la que aumenta, y las diversas iglesias se acrecientan indistintamente, lo mismo la católica que la judía. Ahora lo otro: usted da mucha importancia al aspecto social en la religión; yo no le doy casi ninguna. Para mí el cristianismo es mística, más que beneficencia; es fervor y anhelo trascendente. Su tipo lo da la Edad Media.

—Yo pienso —me atrevo a responderle—, que la pobreza no es enemiga del progreso espiritual, pero la miseria sí. A menos que no se trate de seres excepcionales, la miseria afea la vida y encallece el alma. Para mí, la mitad de la religión es caridad buscadora, caridad andariega, de pies sangrientos.

—¡No! —me replica—. Un pueblo sin fe puede ser envilecido por la miseria; pero eso no pasará nunca, por ejemplo, ni con el campesino italiano ni con el español, las razas cristianas por excelencia. Por otra parte, no solo el hombre pobre sin vida religiosa: al hombre sin fe se le vuelve tan venenosa la riqueza como la pobreza. Además, yo conceptúo que el miedo de la pobreza está fuera del cristianismo, religión heroica para heroicos.

—Y volviendo a Estados Unidos, quiero establecer este concepto: los éxitos de número del catolicismo en ese país no me entusiasman; ninguna estimación me merece el factor cantidad, en esta ni en otras cosas; han erigido este nuevo valor sobre el mundo las razas anglosajonas. Yo lo desdeño. Me sería grato oírle hablar del enriquecimiento en el aspecto de calidad, de nuestra fe.

—A eso estoy atento. Se dice que hay en el mundo cuatrocientos millones de católicos; de esta pirámide de carne, yo querría sacar cuarenta mil de vida mística poderosa. Pero ni aun ese número tenemos dentro de la cifra desafiante.

Le insisto que nadie ha sido menos dadivosa que yo de elogio para Estados Unidos, pero creo que es un mal pastor latino quien lo niega todo a este pueblo. Al negársele enteramente los valores morales, se disminuye a la vez el peligro que está frente a nosotros. También debemos temerles porque empiezan a preocuparse del alma, y mientras nosotros “jacobineamos” deprimiendo lo elevado que pone una religión en la vida colectiva, ellos saturan de Evangelio a las masas. Le digo, pues, al maestro:

—Hay allí un grupo ya estimable de personalidades secretas que dirigen en el libro, la prensa y la tribuna, el sentimiento religioso. Vale la pena conocerlos.

—No es extraordinario —vuelve a replicar—, que un país de tan formidable población, reúna este grupo de escogidos, que tiene cualquier nación pequeña. Yo juzgo por otros datos que son como chispas saltando de la rueda, estos hechos de la moralidad en Estados Unidos. ¿Ha leído usted los detalles de aquel reciente crimen de dos jóvenes en Chicago? Hace pensar eso: hay algo de pus en esa llaga. Por último, yo debo decirle que no detesto particularmente a Estados Unidos; detesto aspectos de una civilización que en ellos muestra su grado más agudo de la civilización del “maquinismo”, de la codicia, de otros que yo llamo “los valores del Anticristo”. Inglaterra y Alemania pertenecen al bloque odioso también.

Papini habla con serenidad, casi con dulzura, y la bondad de su tono se me funde con la luz verde de los pinos, bajo los cuales seguimos hablando. La lentitud con que conversa da como una mayor nobleza al asunto.

No titubea; es uno de esos pocos hombres que han hecho en sus ideas honesta ordenación, antes de hacerse pastores. Como pocos también, ha sido Papini un buzo del pensamiento contemporáneo y ha andado entre los pulpos y medusas prodigiosas. Se le ha hecho el atentísimo ojo del buzo con que ahora clasifica las herejías, como quien no se engaña con las vegetaciones del mar; y trabajador de tinieblas, en la luz de arriba no hay posible vaguedad de contornos para él. Tiene el profesor la definición breve y neta.

Vive la hora meridiana de su mente no solo por la fecundidad, sino por la claridad que tienen hoy para él las corrientes de ideas que atraviesan el mundo. Se le podrá acusar de fanático, de “ebrio del vino de Dios”, pero no se le puede decir lo que a otros varones de fe: que son vagos por misticismo ni confusos por ignorancia.

Y por tener en claro su juicio también sobre casi todas las demás cosas esenciales, se ha atrevido a acometer la empresa del *Diccionario*. Antípoda de Voltaire, ha vuelto sobre la empresa, para voltear uno por uno los conceptos; un laude bajo el nombre donde el otro vomitó una blasfemia, y una lluvia de lenguas de fuego donde aquel hizo esperar algunas rosas.

Seguimos conversando. No confío demasiado en mi italiano; él tampoco confía en su español, y optamos por hablar en el idioma propio. Nos entendemos; cuando queda una expresión ciega, una de mis compañeras que lo ha traducido, la profesora mexicana Palma Guillén, nos ayuda.

Le pregunto si conoce en español a los clásicos de nuestra lengua.

—Hace tiempo —dice—, inicié el conocimiento ordenado de esa literatura. De los orígenes me place el libro del *Buen amor*, del Arcipreste de Hita: fluidez, gracia y agudeza; entre los modernos admiro especialmente al Unamuno de la *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Unamuno es el escritor español contemporáneo más traducido y también el más estimado en Italia.

Le nombro a Santa Teresa.

—Nosotros tenemos —responde—, a nuestra Catalina de Siena. Me parece más expresiva que la castellana, pero la otra la supera en la profundidad teológica.

En nuestra conversación se ha dicho el nombre de España varias veces. Y Papini ha expresado cada vez, con la palabra y con el semblante, un gran fervor admirativo hacia la raza ardiente, enriquecedora de la mística.

Le digo que me ha complacido hallar, en el tremendo *Diccionario* un elogio de Baudelaire.

—Me lo han hecho amar sus escritos póstumos en los cuales hay un ansia lacerante de religiosidad.

Aprovecho la oportunidad para contarle lealmente, aun con el peligro de hacérmele ingrata, mi espanto por el *Diccionario*. Y como le doy mi juicio con visible confusión, la compañera mexicana le cuenta sonriendo la consternación con que hice aquella lectura.

Sonríe y dice después:

—El primer volumen de esa obra contiene algún lodo; en el segundo saltarán resplandores: aquello me ha desahogado; estamos escribiendo el tomo siguiente en el que ya se gozará de cierta serenidad.

Yo recuerdo la nota final en la que él declara que somete la obra humildemente al juicio de la Iglesia, y le pregunto la opinión que a ella le ha merecido el libro.

—Le mandé a Su Santidad y al obispo de Florencia; aquél agradeció el envío y este me envió una carta muy cordial.

Papini sonríe ahora francamente como un niño que comenta una travesura épica...

Me queda algo muy importante sobre lo cual interrogarle y que me da tanto tiempo como lo del *Diccionario*. Me atrevo al final.

—¿Y qué piensa del fascismo? Yo tengo mucho interés en conocer este juicio de usted. No me explico la mezcla tan híbrida que se ha hecho por un buen grupo de católicos, de fascismo y de catolicismo; es una de mis impresiones penosas de Italia.

—Yo repudio el fascismo como régimen de violencia —responde—. No piense usted que la Iglesia como institución se haya fundido con él. La Iglesia ha sufrido todos los regímenes, sufrido —no aceptado—, entiéndase bien. Para explicar el caso que a usted le causa extrañeza, hay que recordar que algunos católicos, esta vez como otras, optaron por el mal menor. Hubo un momento en que el dilema político en Italia pareció ser este: sovietismo o fascismo. Usted sabe cómo el primero ha perseguido, de persecución tremenda y vil, nuestra fe en la Rusia cristiana.

Le manifiesto que me da una sensación de alivio saber que un espíritu de la significación suya para los católicos del mundo, haya quedado libre de la contaminación poderosa.

(Después de mi entrevista con Papini, mejor informada, he sabido que hay un partido católico entero popular, que ha pasado francamente a la oposición: solo un grupo sostiene la odiosa violencia).

Ahora pregunto su opinión sobre la reforma educacional del ministro Giovanni Gentile, la cual admiro en muchos puntos.

Le manifiesto que tal vez en la adhesión católica al actual gobierno haya agradecimiento por la incorporación de la enseñanza religiosa a las escuelas.

—No me halaga tanto ese punto de la reforma —responde Papini—. La instrucción religiosa debe ser dada en un ambiente propicio: el tiempo o la escuela católica; en los colegios oficiales, se ha injertado como una cosa extraña que mal puede fundirse con la tendencia racional que se imprime a los demás ramos. Cuando esa enseñanza es compuesta a las otras asignaturas, crea en los jóvenes la rebeldía, y los hace reaccionar hostilmente. Para mí, la doctrina cristiana debe ser dada en una atmósfera saturada, traspasada de religiosidad, y no pueden dar esto las escuelas con profesores ateizantes, la magullan o la desvirtúan.

Hablamos de las corrientes espirituales en América.

—Ustedes —dice—, ahora como siempre, están atrasados en cuarenta años respecto de la médula nueva que nutre Europa. Tienen un “jacobinismo” rezagado, que agita su vida nacional, mientras en Inglaterra e Italia —hasta Francia— ha nacido y se afirma día a día el concepto de que la religión significa mucho dentro de la cultura, no digamos dentro de las costumbres. Sigo en las revistas y los libros franceses de última hora una verdadera evolución espiritualista de la filosofía, que empezó en Bergson y que ha tenido contagio poderoso en el continente.

Mi conversación con este hombre en el cual el pensador, por vigoroso, llega a hacer olvidar al literato, ha ido encendiéndome poco a poco. Empezó temerosa y no poco desconfiada, y me ha vuelto lentamente en la confianza.

He tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa. Ha sido generoso de su tiempo conmigo y yo no quiero abusar de su dadivosidad de diamante. Sin embargo,

me da pena dejarlo. Querría seguir oyéndole por dos horas más y preguntarle lo que piensa de cada uno de los problemas espirituales de nuestro tiempo. Porque es fácil y numeroso el encuentro con profesores en la Europa docente, llena de didácticas; pero el encuentro con el maestro es raro como el gran espectáculo de la naturaleza.

Me ha hecho olvidar el *Diccionario* y quedo en una espera ardiente de los otros libros que anuncia: el que trata de su conversión y la vida de la Virgen, capitel de gracia que va a colocar sobre la columna de fuego que ha sido su *Vida de Cristo*.

Nos acompaña cordialmente hasta la puerta, y yo regreso a mi hotel respirando con más fuerza y más dicha el enérgico viento marino. Él ha vuelto a su mesa entre un grupo de pinos a continuar su lectura de *La Ciudad de Dios*, y San Agustín afirma también su corazón como otro aire de yodos fuertes.

Nuestro cónsul en Milán, Roberto Suárez Barros, nos lleva a visitar a la poetisa, la mejor de Italia en todos los tiempos. Ella tiene para mí la fuerte atracción de la poesía social y del verbo bravamente vertebrado, ambas cosas hijas de un espíritu protector. (El débil no protege).

Ada Negri nos esperaba y no hicimos antesala. Entramos a una estancia mediana, y empieza nuestra conversación, medio italiana y medio española. Yo observaré luego que el español va golpeando a las mejores puertas de la cultura europea. Lo estudian mis tres entrevistados ilustres: Romain Rolland, Giovanni Papini y Ada Negri. Ella me cuenta su aventura de leer algunos de mis versos en castellano y me dice, por hazaña graciosa, una estrofa de las *Rondas* en un castellano bastante decoroso. Yo, ciertamente, no me atrevo a devolverle la fineza con sus versos.

La miro y me gusta encontrarla así, con una carne bien leal a su poesía. Ada Negri está cerca de los cincuenta años, es morena y de facciones fuertes: la gran brasa de *El libro de Mara* ha quemado bien lo que fue su gran cabellera dura. Muy expresivo y negrísimo el ojo. Pulcra, sin ningún exceso en el vestido. Muy señora española, para decir llena de dignidad natural, y con el justo sentido de quien es rigiéndole la palabra y la actitud.

Se habla de poesía de mujeres. Ella mira hacia la América y recuerda con singular cariño a Alfonsina Storni, la argentina. Yo le hablo de Juana de Ibarbourou y de María Enriqueta. Conversamos haciendo una y otra la diferenciación entre la poesía apasionada y la del “profesionalismo sexual”. Ada Negri admira a la condesa de Noailles y la arranca del segundo grupo.

<sup>51</sup> Texto escrito en junio de 1926 y conservado en el Legado de Gabriela Mistral de la Biblioteca Nacional de Chile. (N. de los Eds.).

Entonces yo le alabo la generosa humanidad de los volúmenes máximos de su obra, que yo solo he conocido en México, gracias a una traductora bondadosa. Alguna vez se ha aludido al influjo de esos mismos volúmenes en mi pequeña obra. No soy yo de quienes niegan paternidades que les honran y rechazan el Adán o la Eva literarios, como si alguien pudiera venir directamente del Espíritu Santo. Pero esta honra, que yo llevaría con gozo, no me corresponde, pues en Chile yo he conocido no más de dos poesías, pésimamente traducidas por cierto, de la italiana genial, y ha sido hace poco después de publicado mi libro, cuando la marejada de sus poemas me ha caído en el pecho.

En este punto de la conversación, mi cónsul, propagandista generoso de nuestra literatura, me alarga la *Antología*, de Armando Donoso, para que yo la obsequie a la poetisa. Pongo unas palabras en el grueso tomo y dejo el libro en sus manos, después de marcarle a nuestra mejor poetisa, a María Monvel, para que le sea fácil su encuentro con ella.

Me pregunta de pronto si he visto en Nápoles a Matilde Serao y hace de ella un sobrio elogio. Enseguida comenta una broma de la napolitana [de origen griego] sobre el último libro de D'Annunzio. Verdaderamente, habría dicho ella:

—*Il venturiero senza ventura* soy yo, porque allí no entiendo nada.

El comentario se clava en un largo rato sobre el hombre de los laúdes, que acaba de ser elevado a un principado y que, viejo y todo, y horriblemente egotista, sigue siendo a la literatura lo que los Apeninos en la península: su tremenda columna vertebral.

Hablamos de la muerte en tierra extraña de la magnífica Eleonora Duse. Ada Negri se expresa de ella con enternecimiento; la conoció mucho; fue madrina de su hija. Guardando la memoria de la muerta con este amor, no es posible dejar de poner en el elogio del poeta una gota ancha de vinagre

rencoroso. Pero mi cónsul, un d'annunziano, es uno de esos pocos hombres de religiones absolutas y no nos deja decir demasiado.

El último gran libro de D'Annunzio, dice Ada Negri, es *Nocturno*. En *Il venturiero senzo ventura*, el egotismo de un hombre ya anciano empalaga. A esa edad, es bueno ya ponerse en la otra orilla y hablar de otras cosas.

Lo dice sin restar nada a la gloria de este hombre, que está ya (con no más de cuatro de Europa) liberada de la corrupción y la muerte.

La poetisa ahora quiere alguna cosa grata a la gente americana y toma de su escritorio un calendario azteca, que le ha sido obsequiado por una italiana establecida en México. Es la noble medalla repartida en el Centenario del Brasil. Para ella se borra lo circunstancial del objeto y queda solo su calidad de testimonio magno de una cultura americana.

Le damos noticia de alguna excelente traducción de sus poemas hecha por Enrique González Martínez. Yo le digo mi extrañeza de que en nuestra lengua no exista todavía una traducción más o menos completa de su obra. Ella piensa en la fatalidad divina del verso, que siempre será un hemisferio intraducible de la palabra. Indica a mi compañera, que posee su lengua, la traducción de su novela autobiográfica *Stella matutina*, y le obsequia el libro.

Han entrado a la sala su hija y su nieta, una joven madre de veinticinco años y una niña graciosa de cuatro o cinco años. Es aquella la ahijada de Eleonora y la fuente de los versos eternos de *Maternidad*.

Solo en este momento, yo pienso en la edad de Ada Negri. Y mientras se conversa de las donosuras de la niña, yo voy poniendo enfrente de esta cabeza de claro cabello blanco la otra de los veinte años. Los versos de la gran apasionada me caen en

la memoria como goterones de sangre caliente. Ahora me olvido de la rebelde que escribió los primeros poemas sociales y busco en la fisonomía solo la vidadura donde el viento del amor golpeó bravamente.

No soy de los que creen que el único acontecimiento magno de la vida sea el amor; creo que es tanto como ese el despertar de la conciencia al mundo de lo sobrenatural y también al de los problemas sociales, y me parece la consumación de una obra de arte, suceso solemne. Pero siempre delante del ser humano superior, mientras los otros barajan títulos de obras, situaciones y otras zarandajas, yo quedo pensando en la forma que, como una nube, el amor adquirió sobre él, en la voz que tuvo el dominador y en el acento que tuvo la vendida, respondiendo.

El penúltimo libro de poemas de Ada Negri fue publicado hace unos doce años a esta parte. Contiene, me digo, la voz del amor consciente, que acaso haya sido el último, una voz grave y rica como la de un viejo órgano, que cubre flautas y violas. Es *El libro de Mara*. Poesía breve, imperiosa y ardiente. Al revés de la de D'Annunzio, no sé qué urgencia de entregar lo esencial le ha quemado toda ramazón retórica; apretadura de sales y quemaduras de yodos.

Vuelvo al plano de la conversación. Mi cónsul ha aludido a los retratos de la sala y voluntariamente lleva la charla al señor Mussolini. Ella se levanta, descuelga la fotografía de este y me la alarga.

—Este hombre —digo mirando a la poetisa cariñosamente, para no lastimarla en su amistad—, es muy grande y ha creado una nueva atmósfera en Italia, y acaso en el mundo, mas yo no lo admiro. Pienso que es verdad para todos los tiempos, el que la violencia no crea nada estable o que sus creaciones no están entre las cosas benditas.

Ada Negri empieza la alabanza del que para ella es el italiano mayor. Mi cónsul, visiblemente dichoso, le dice con voz calurosísima:

—¡Convénzala, *donna* Ada, convénzala, *donna* Ada!

La admirada mujer me va hablando con una vehemencia muy digna de ella, del estado de Italia al advenimiento del fascismo.

—Se le debe —dice—, el aire respirable del orden, la solidez en que ahora se asientan las instituciones. Tiene Mussolini su ansia organizadora puesta en cada uno de los aspectos de la vida italiana: trabajo, historia, literatura, todo.

Añade a su juicio político su impresión personal del amigo. Yo la escucho con profundo respeto, sin que deje de contar a mi vez lo que yo he visto en mis siete meses de Italia y lo que se lee en la prensa de oposición. ¡Es tan difícil que Ada Negri, mujer de Europa, comprenda los puntos de vista de una maestra de República, aun cuando ella sea también la antigua maestra rural de los cantos justicieros! Más difícil le fuera todavía comprender el porqué una católica, es decir, un individuo con agudo sentido de jerarquía, no acepta el fascismo, sistema basado según se dice en la jerarquía.

Yo no sé qué vieja cristiana habla dentro de mí, recordando que el *fascio* es el hijo del Imperio romano, y que el imperio, con estas mismas fuerzas, la imposición, el poder militar y un derecho sombreado por las armas, mató hace dos mil años, con brazo judío, al más excelente de los hombres, en una colina del Oriente. Siempre, eternamente, la fuerza matará a Jesucristo, al espíritu, donde quiera que aparezca.

La conversación política no alcanza por fortuna a malograrse la muy noble cordialidad del grupo. Se tratan algunas cosas más, insignificantes y afectuosas. Después nos despedimos, y yo agradezco la honra que me ha sido dispensada con tanta larguezza. Algo incompleto hubiera en mis buenas alegrías,

sin esta tarde en que he recibido sobre mí el aliento de una vida superior, y sobre todo la visión neta de una mujer latina en grande.

De regreso al hotel, mi querido amigo Suárez Barros comenta todavía el convencimiento fascista de *donna* Ada. Yo me he apartado ya de la discusión política y vengo recordando el pasado, novelesco y doloroso de la escritora. Me acuerdo de su madre obrera, cuya mano mutilada en una fábrica abrió la conciencia de la niña hacia la suerte de los pobres; me acuerdo de la maestra primaria, que pasa a ser más tarde, y que oyó en una hora sobrenatural, como la de San Pablo en el camino de Damasco, la voz de las madres del pueblo, que decían: “¡Tú que puedes, sé la garganta de nosotras!”. Escuchó y dio respuesta de caliente afirmación.

Dentro del *fascio* o de cualquier institución, ella seguirá siendo, para los que la amamos, un pecho que existe para decir la defensa de los humillados y ofendidos.

En 1924, yo desembarqué en vuestra Génova, acompañada de la profesora Palma Guillén, de la Universidad de México, espíritu a la vez agudo y sutil que se conocía su Italia como las mujeres nos conocemos las escaleras de nuestra casa. Aquí viviríamos varios años, saliendo a veces hacia la Provenza, románica también, y regresando siempre como cogidas por un hechizo que no se sabe ni se quiere perder, y bajo el cual se deseará siempre vivir. Y digo hechizo porque la operación que cumple calladamente este suelo sobre el ánima extranjera, culta o bárbara, es largo, dulce y tenaz, y se produce sobre las razas más diversas y más opuestas.

Italia es la nación por excelencia congregadora de la latinidad dispersa. Si algún día los pueblos latinos se miran al rostro por fin, y quieren escuchar la música acordada de sus hablas diversas, ellos entenderán que su reconciliadora natural es la Roma doblemente ecuménica, por la fe y por el verbo, es decir, por los dos vínculos más entrañables que existan.

A los racistas que caminan con los ojos intervenidos por la viga dorada de su casta, esta Italia universal no se la anega, y al enfermo y al herido que necesitan olvidar sin despojarse, ella va disolviéndoles la acidia hora a hora y día a día.

Italia es muchas cosas y entre ellas también la enfermera con manos de aire. La atmósfera —más la luz blanda, más los olivares y las pininas y el naranjal, y los linares— parece que toman, acarician y curan. Y ella, por la repugnancia que tiene hacia el énfasis, no vocea la hebra de nombres ilustres que

<sup>52</sup> Discurso pronunciado, el 12 de junio de 1951, en esta ciudad ante el Grupo Cultural Ítalo Hispánico. Su texto, inédito a la fecha, está entre los papeles de su legado y hallado gracias a la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

corresponden a los acedos a quienes ella curó sin más que darle un paisaje perfecto, un pueblo raso de toda xenofobia, un clima piadoso y el suave convivir que es la marca de la cristiandad verídica. No creo que haya en las colectividades un bien mayor que el de lograr una convivencia dulce con propios y extraños, sin llegar nunca a la tragedia de aquellas patrias que buscan neciamente alcanzar la unanimidad insufrible del desierto.

De regreso de Italia siempre entraremos en nuestras patrias, llevando patente o subterránea la marca de esta ungidora y la intervención dulce y aguda de sus creadores, y desde entonces siempre será el nuestro un vivir que retiene filialmente el romano cordón umbilical. Y las palabras que repetirán siempre el pintor, el amasador de gredas, el poeta y el urgador de catacumbas, serán las mismas a pesar de las lenguas diferenciadas: "Hay que volver"; "Volveremos". A causa de este embrujo, que no es ni el del doctor Fausto ni el de la noche de Walpurgis, y aunque nuestra patria sea tan distante como Sirio, reincidiremos en el viaje, llegando por la puerta mercúriana de Génova o por la puerta abrasada de Nápoles. Y ya no volvemos en turistas: volvemos en hijos.

Cuando cae la desventura sobre esta madre, hay en los que recibimos su toque de gracia una parada de nuestros propios afanes; el oído se vuelve agudo para entender y tomar conciencia, y luego sabemos, del buen saber que es el del alma apercibida, que esta criatura geográfica tan delicada, que este pequeño brazo peninsular, tirado al Mediterráneo como por el juego de un buscador de conchas, que este menudo pez eléctrico, rico de un oculto radio, nunca serán desvirtuados y menos aún heridos de muerte.

Yo soy una de los muchos que regresan y aunque mi cabeza blanquee, llego hacia la madre con la misma alegría niña de la primera vez, pero ahora deseando durar y parar el vagabundaje aquí donde otros errantes impenitentes lo remataron también.

Cuantos regresamos después de veinte años a esta tierra, decimos con la unanimidad que se produce delante de las cosas ostensibles, que nos encontramos con una Italia más feliz que la que conocimos antes, más ligada en sus clases, una Italia que habla sin sofoco por su prensa libre y que sigue creando dentro de su hábito divino de enriquecerse enriqueciendo a la vez al mundo.

Ojalá Italia reciba compensaciones por lo mucho que ha perdido y que pesen sobre ella las menores exigencias posibles; que ella no sea agobiada, que de una vez por todas se produzca una conciencia mundial para acordarle el cuido y la guardia que se da a las instituciones que realmente son la sal del mundo. Vuestro territorio es de frente a extremidad y de costado a costado, un cuerpo que podría llamarse sacro, que merece ser tratado con una norma fuera del orden común. Italia tiene un derecho tácito a poseer todos los materiales que pide su creación plural e inacabable, y ellos comprenden desde la piedra, el mármol y los metales, hasta la tela, el leño, la creta y la madreperla. En línea paralela, sus creadores, es decir, sus habitantes, tienen asimismo el derecho que mana verticalmente de su categoría universal: el derecho a vivir una existencia liberada de toda penuria, dureza y aflicción, y esto debe dárselo un mundo beneficiado desde siempre por sus obras, un mundo que es casi hijo suyo.

Nada menos que esto deseamos para Italia sus hijos adoptivos que vivimos en los cuatro cantos del mundo, dispersos y lejanos, pero entrañablemente fieles a ella.

El Mediterráneo de estos cuatro días ha sido un mar enfurruñado, con mucha niebla encima, sin ningún sol que nos apunte las costas, ceguera de urbe baja y empecinada. Yo no pude ver la isla de Capri, que es una de mis regalías mediterráneas; yo no pude ver el Vesubio, con su humareda en columna dura tatuada en el cielo; yo no pude ver distintamente la Córcega del lado conocido de su cuerpo.

Me he venido acordando de un cuento primitivo, no sé si noruego, no sé si danés, para excusar como una persona al mar embozado que me despide con tal malos modos.

Érase una mujer terriblemente dichosa con su marido ballenero. Cada vez que él debía partir, desde una semana antes ella mudaba sus humores para el compañero. No le abrazaba, no le decía mimos y hasta le hacía oír rezongos y malas criadeces.

Gracias a la estrategia, que a ella le dolía en el alma, el ballenero engañado se iba menos triste, se iba sin pena y cerraba detrás de sí la puerta con ojos secos.

El Mediterráneo ha cumplido la estratagema conmigo. Un sol pleno, y yo habría deseado bajarle en Nápoles para seguir a Amalfi o a Siracusa, cambiando por el palique de los pescadores pedagogías comprometidas en Nueva York; un poco de espejos en el agua en torno a Córcega, y habría sentido la tentación de fuentes de unas uvas de septiembre, comidas bajo las palmeras buenas de Ajaccio; y un poco de claridad sobre las colinas muelles de Santa Margherita Ligure, y se me habría caído a los pies en los malecones, bien rota, la voluntad del viaje.

<sup>53</sup> Aunque este texto fue escrito en barco hacia Gibraltar, en diciembre de 1930, mucho antes de su última despedida de Italia, ponemos este como cierre del capítulo italiano por su pertinencia. (N. de los Eds.).

Apenas he adivinado estos bultos queridos bajo la nube taimada que nos viene acompañando y la garúa tibia que persiste hasta Gibraltar.

El barco partió de Génova y como por dar gusto a los que queremos definitivamente esta agua tendida, él nos llevó a Nápoles, a despedirnos del golfo en cuyo diseño anduvo el compás de un dios personal; de Nápoles, rehicimos el camino hacia Cerdeña. Se saludó la isla huraña de Grazia Deledda y luego se fue costeando la playa de Pisa para recordarme a Todi en esta semana del aniversario del Jacopone,<sup>54</sup> y después ya se torció sin remedio hacia el oeste. Pasó la Córcega napoleónicamente pequeña y cálida; mandé a la costa provenzal el saludo de los que somos un poco o bastante suyos, por la Avignon obispal y la Orange griega, y se comenzó a enfrentar costa española desollada y enteca, y luego costa africana, apenas tocada aquí y allá de verduras indigentes.

No sabría yo decir en prosa de camarote o de popa, que es escritura sobre la rodilla, mi pasión del agua mediterránea. Paul Claudel habla no sé dónde de la disolución marina que contiene todas las cosas, y es cierto esa como liquidación de todas las cosas en la santa agua. Pero cuando el mar es el Mediterráneo, es intenso de coloración y lento de pliegues, ponemos en él la disolución de nuestras dichas mejores, la disolución de nuestros muertos mejor amados, un tapiz de nuestros semblantes guardianes: lo más indudable de nuestra felicidad y lo menos áspero de nuestras desgracias. Y no sé ya, cuando miro al Mediterráneo, si es un mar lo que veo; órdenes mentales miro, categorías morales y no sé cuántas cosas más...

El mar común de los poemas, el que brilla como una espada caída, el que se parece a los pectorales del guerrero, el mar de

<sup>54</sup> Referencia al poeta y místico italiano Jacopo de Benedetti, más conocido como Jacopone da Todi. (N. de los Eds.).

los regresos prometidos cuchicheando más ideas, a pesar de la brevedad de sus labios.

Cuando yo lo llamo al mar bautizado, tajándolo de los mares salvajes, quiero llamarlo el humano y, mejor el cristiano, por aquello de que el hombre de Cristo es hombre varias veces.

Estamos en Gibraltar y sabemos que, pasado el cuello de agua, espera el mar verídico, que se había olvidado cinco años aceptando la simulación mediterránea. Más que la tierra de Europa duele dejar este lago de la dulzura cabal. Yo le diría antes de perderlo, mi lealtad en una canción marinera de Rapallo o de Sestris, si me supiera alguna dignamente; yo le diría cualquier palabra de las antiguas con las cuales lo han mimado los pescadores para ganarle la bondad, o cualquiera de los motes tiernamente burlones que le silban los barqueros llevándome de Santa Margherita a Portofino cada semana.

Pero ya estamos anclados en Gibraltar y realmente el mar latino se ha acabado y con ello mi obligación de elogio... el peñón salvaje que antes era una garra dorada de león y que ahora se ha vuelto un puño inglés aherrojado con fortaleza y fortaleza, ya significa que el Mediterráneo dulce de tocar y de pensar se nos ha rebanado de un golpe. Vamos hacia el agua bárbara de mucho ímpetu y poca misericordia que ya desde esta misma noche nos golpeará la nuca con su ritmo brusco, en la pobre cama de dormir mal y de soñar sueños asustados.

E U R O P A    I I I



## VIAJE AL ESCENARIO MARAVILLOSO DE LA NACIÓN PORTUGUESA<sup>55</sup>

Un país que se salta deliberadamente el sudamericano es Portugal. El viaje por esta tierra venida a menos no “viste” y no surte de temas que servir al regreso, a los esnobs de nuestras capitales: el Portugal ya no da al mundo la plana mayor de hazaña que este fojee y con la cual se maraville.

Pero hay un itinerario obligatorio para el latino de aquella orilla: Portugal, Cataluña, Provenza y los dos costados marítimos de Italia. Portugal deberá ser comienzo o remate.

Cuando alguno de nosotros rompe el itinerario convencional y hace la escala preterida de todos, la fiesta inesperada le paga con creces su nobleza. Joaquín Edwards Bello, el chileno grande, la hizo y desde entonces sus crónicas espejean con alguna frecuencia de alusiones lusitanas. Leerse ahora su último libro, *Don Juan Lusitano*, asistido de presencias portuguesas, bien enderezadas allí para que no se le trastruequen ni se le borren. Edwards Bello no hace ley; desnuda mejor, con su rara fidelidad, el desdén sudamericano de ese manadero suyo, par del manadero español, y que fantásticamente nos ignoramos.

Quien haya adoptado latinidades como nutrimiento deliberado del seso y del alma, quien de veras decida ser hijo de Roma por la extensión y la finura de la herencia, en la cual tiene pasto para vida y mente, dese cuenta del tamaño que tiene el olvido en que cae respecto de Portugal. Y quien ten-

<sup>55</sup> Publicado en *El Tiempo*, de Colombia, el 5 de abril de 1935. Hay otra versión en su legado, titulado como “Recado portugués” y una nota que dice que fue publicado el 25 de noviembre de 1935 en *El Mercurio*, de Santiago, y *El Universal*, de Caracas, además del diario argentino *Critica*. (N. de los Eds.).

ga estancia larga en Europa y se fatigue de las avaricias feas de Francia o de los desfiles lictores de Roma, véngase a estos Portugales a reponerse de su cansancio y a descubrir lo que nadie le contó: su parentesco íntimo con la criatura lusitana.

Atravesamos en automóvil Castilla y Extremadura, un español, una mexicana y cuatro chilenos, los Menéndez Behety, que embarcan en Lisboa de vuelta a su Patagonia. Buen clima moral se hace en el auto para ver, sentir y comentar; el chileno es capaz de admirar, por una lealtad viva hacia lo extraño; el mexicano tiene los mejores ojos americanos. Como que son de pintores y se da cuenta de las masas y de la pestaña; el español, que es un niño, dice lo que ve y lo que no ve. Pocas veces yo he tenido tan fresca y buena alegría para correr sobre esta tierra, lomo de madre que no se gasta en ser condescendiente hacia el caminador. Porque con acedia nada supe mirar nunca, y mis silencios de años acerca de ella, la tierra, no fueron otra cosa que eso: amargura y por allí langüidez de los ojos.

Parecía que Castilla hubiera agotado toda la aridez posible, y no es así. Extremadura, que sigue en soslayo hacia el sur, es todavía más árida y penitencial.

Salieron de ella los Conquistadores, con mayúscula, los terribles jefes de hombres propios y ajenos que se llamaron Cortés, Pizarro o Valdivia. Extremadura parece no tener otro pulso más alto de honra que ese de los siglos XV y XVI, ni por donde pudiese ir más lejos que lanzando esos equipos tremendos hacia la América.

Tengo ganas muy filiales de que me guste y me exalte esta costra extremeña; parece que mis Godoy salieran de Badajoz que vamos pasando a las primeras luces del día. Pero los sentidos esta vez no me siguen la voluntad, y al revés de ello, van no poco asustados de que pueda haber en este mundo una tierra tan ayuna de gozo botánico, tan en geología pura, como la que voy pasando por la primera y quizás por la única

vez. Los limos son misérrimos y apenas en pedazos como de palma echan unos pastos o unos trigos alegres; el resto es la piel de buey, claveteada y rasa, de una región que por poseer algo tiene algunos encinares ralos o algunos olivares de veras de Getsemaní, es decir, de agonía.

Cruzamos pueblecitos y yo busco en las caras de mi incumbencia que son los niños, a los Godoy, extranjeros y míos. Tremenda miseria extremeña, mucho peor que la suave pobreza andaluza.

Cruzamos rebaños y grupos de pastores. El mismo encuentro, cuyo asombro ya se nos ha gastado en Castilla, de unos hombres con estampa de reyes, que apacientan unas reses infelices; la misma línea paralela del contraste castellano que nos ha dolido en vista y entraña, de una criatura rezagada de los grandes tiempos; labradores a cuarta ración que caminan como el Cid, que miran “con mirada de jinete enjaezado” y que parecen no aprender su pan centeno ni crear en su manta de jirones. Patrias de verdadero grande español, que es Juan Pueblo, el que conserva el viejo hueso recto y la carne actual caída de congoja.

Hemos oído, en los días de la revolución abortada: “Extremadura también se levanta...”. Ahora pensamos: “¿Con qué solo con la levadura del descontento, a puro pulso (como ellos dicen), o con la multitud llevándose en vilo a sí misma?”. Hasta para alzarse por desesperación parece que se necesita materia pronta, instrumentos válidos, armas y no solo cólera, y por allí dineros, “el cochino dinero”, que dicen los españoles.

Se ha asegurado en los chismes de los periódicos que Margarita Nelken<sup>56</sup> está oculta en una de las granjas extremeñas.

56 Margarita Nelken (1894-1968). Escritora y parlamentaria socialista española, de activa participación durante los convulsionados años de la Segunda República (1934), previos a la Guerra Civil. (N. de los Eds.).

Echamos los ojos sobre el derramamiento pardo rojizo de la tierra. Es el reino cabal del latifundio; no se ven, a lo menos sobre la ruta, cortijos cercados ni predios familiares.

El frío de enero que se cuela en el auto, a pesar de vidrios y hules, nos dobla la acérrima aridez extremeña. Las mantas pueden poco. Vamos por la tierra en que el hombre resiste agriura de cielo y suelo, desde todo tiempo héroe de unas estaciones sin merced, pobre pastor de cuarzos o surcador de gredas taimadas; vamos por la Ceres inmisericorde que probaron nuestros abuelos, antes de alcanzar las pulpas de los valles perfectos de América.

De pronto, bruscamente, caemos en unos huertos de frutales y de palmeras; el aire entibia y se bajan los vidrios para que entren tibiaza y olor. Emigrantes de regreso del Brasil han llegado a crear aquí, Portugal adentro, estos plantíos que hacen gritar al desterrado del trópico. Decimos: "Es la América", y los ojos, medio extasiados, miran con azoro en la parada lo suyo del Brasil o del Caribe. Yo quiero reírle buenamente al palmar y a los helechos; pero no logro la risa, sino un llanto filial que corre garganta abajo, por no asustar a los amigos.

Más adelante vuelven a aparecer, menos duros ya, los rigores castellanos, antes de que el aire se endulce de nuevo y traiga la suavidad de la sal.

Bajamos en la Ébora grecorromana. Vemos en un aire limpio el templo de Diana, bien alojado en región clásica de cacería. Está mejor conservado que cuanto monumento pagano he visto, excepto el Coliseo. Lo ha guardado el milagro de la cortesía portuguesa de todo tiempo hacia credos de gentes.

Mis compañeros se van a ver la famosa iglesia franciscana de las calaveras. Pero ahí, ciudad adentro, han honrado al revés unos infieles al precioso santo de la vida, tapizando muros con cabezas de monje, horror que en esta luz pura da no sé qué náusea.

Me quedo voltejeando en torno del breve templo de Diana. No se puede dar menos espacio a un templo y no se puede hacer con menos aspaviento de piedra un ámbito más perfecto.

Cuando regresan mis amigos yo estoy todavía en el embeleso del grupo de columnas de Ébora, que no he de volver a ver porque, ¿quién tiene dos veces la misma dicha?

Los suelos se suavizan de más en más hasta ir cobrando esa gran ternura vegetal portuguesa, que es la índole del país. Estamos en una Europa que fue y volvió de la América. En España se siente la que fue y no tuvo regreso. Pasan casas de hacienda con resabios paulistas y cariocas, va y viene por las rutas un pueblo con vestimenta un poco colonial y otro regional. Sentiremos ya en Lisboa más fuerte esta verdad de que el portugués aceptó influencias americanas, lo mismo que aceptó las de Oriente, para su bien.

Pasaremos de noche el Tajo, sin salir de un auto, en los barcos holgados y hermosos que hacen la pasada hasta muy tarde. Pena de una no haber visto el río ancho que desemboca en gran señor de aguas. Será mañana rehaciente camino de la Lisboa que hervie ya cerca, de hervor de luces metropolitanas.

Antonio Eça de Queiroz trabaja en el Patronato de Propaganda de Portugal. Es un lisbonense elegante, nervioso y de una conversación trufada de ingenio. Sabe su Lisboa que este hijo lleva entera la estampa corporal del padre, y se la disfruta en las redacciones o los cafés de la ciudad. Saben los que le tratan que es un buen escritor, y que al revés del hijo amargado con el tremendo peso del nombre, él lo lleva en una bella conducta filial. Su pasión paterna es al mismo tiempo fuerte y mesurada.

El jefe de la repartición en que trabaja, el escritor Antonio Ferro, con la sagacidad que es una de sus virtudes de jefe, llevó a él y a su hermano a esa oficina, que es un malecón de desembarco diario para extranjeros. Los escritores invitados a Portugal agradecimos como una fina política gremial el que nos dieran a los Eça de Queiroz por guías y compañeros de la larga excursión. Portugal nos mantenía dentro de la presencia suave aguda de su novelista, bien conocido y mejor amado de nosotros. Llegábamos a la ciudad de provincia, como Braga o Viana, o parábamos en un pueblo de idilio marítimo, como Nazareth, de la mano del desaparecido, que es el más viviente patrono del Portugal.

—Mi padre era lo menos posible el escritor con el oficio a la vista. Sus hijos, viviendo con él en París, no conocíamos su oficio verdadero. Cuando entramos al país después de su muerte, nos sorprendió el homenaje que Portugal hacía a aquel que para nosotros era solo padre profundo y después el funcionario.

<sup>57</sup> Publicado en los diarios *El Sol*, de Madrid, y *El Mercurio*, de Santiago, el 20 de julio y el 22 de septiembre de 1935, respectivamente. Además, apareció el 28 de noviembre de ese año en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica. (N. de los Eds.).

Esta ignorancia de su categoría intelectual estaba en buena parte del círculo de sus relaciones extranjeras. Un diplomático nórdico hablaba una vez a un lusitano en este tono azorado:

—El cónsul de ustedes en París es un hombre extraordinario.  
¿Sabe esto el Portugal?

El lusitano le devolvió el informe bien manido: su país se dio cuenta de la categoría de Eça de Queiroz desde los primeros tiempos, pero él, gran señor, era hombre de extremos pudentes y no hacía con su talento el sabido “juego de espejos” para cegar al extraño.

—El encanto que había probado el nórdico en su trato de mi padre era cosa común en quien se llegaba a él: había una verdadera magia en su manera, y la sentían la clientela de salón como el rústico. La humanidad total que había en él, y no la búsqueda del interlocutor, le ganaba sin el menor esfuerzo esa simpatía que le allanó siempre cualquier gestión ardua entre las gentes.

Como muchos ironistas, pero yo creo que más que cualquiera, este burlón era en la vida de familia un tierno, además de ser un delicado. Guardamos de él la estampa más dulce de padre. No tenemos necesidad, como el hijo mimador de la memoria paterna, de esmerilarla ni mucho ni poco: su vida doméstica fue perfecta.

Trabajaba en la oficina consular a lo largo del día. Los portugueses frecuentadores de París se acuerdan de un funcionario cumplido que les servía los datos consulares y les regalaba largamente su conversación preciosa que allegaba a ella. Su escritura era fácil; pero él desconfiaba de su don, y sus originales conservados prueban que corregía bastante. Esta probidad estaba derramada sobre su carácter entero.

Su acérrima crítica de las costumbres la habría ejercido lo mismo si nace en otro país: era el miembro de una convi-

vencia nacional que la quiere óptima y la hostiga para ello con una exigencia tenaz. En la *Ciudad y las sierras* habla tan viva, que casi sangra su nostalgia del país. El cosmopolita, que nunca fue un descastado, escribió aquella deliciosa fábula bipartida de París y Portugal desde una saudade de patria cuya intensidad pueden sentir solo los que, como él, son individuos de raza en pleno.

Él no probó sinsabores de pobreza ni lucha alguna por hacerse una situación. La posición de su familia era ventajosa; su matrimonio lo llevaría además a la alianza con otro gran linaje: el de Inés de Castro.

—Usted conoce algunos elogios de escritores portugueses contemporáneos de Eça de Queiroz que andan en sus *Notas contemporáneas*. El tono del elogio de Quental era el suyo corriente para hablar de los hombres mejores de su tiempo. Él rebalsaba siempre la justicia hacia una generosidad voluntariamente crecida. Era de los que no solo dejan vivir al colega, sino que le ayudan a prosperar. Su conocimiento de los hombres le acarreaba del Jada de los mediocres una ácida melancolía, y le proporcionaba un gozo vivo en el encuentro de los hombres de élite. Reconocía al hermano de casta y le honraba sin regateos.

—Sí, su popularidad ha sido enorme y se ha sostenido sin relajo. Usted la conoce en su América del Sur, donde yo, viajera también de esas latitudes, pude darme cuenta de ella. El caso español y el francés son semejantes.

Es el hecho nada cotidiano de un arte novelesco lleno de fineza en la fábula y de elegancia en la lengua, que a pesar de estas condiciones llegó a todos los niveles de lectores e influyó sobre una masa inmensa.

La literatura portuguesa es muy grande; pero por razones del idioma, injustamente desconocido, ha tenido en muy pocas ocasiones esta suerte de que uno de sus miembros se univer-

salice en poco tiempo y quede plantado medio siglo en el mismo punto de su éxito inicial.

Sin embargo, él ha sufrido bastante de las traducciones flojas o pésimas. Pero lo mismo que contó en la vida Eça de Queiroz con el amigo selecto, lleno de devoción hacia su persona, ha habido algunos traductores suyos ardientemente fieles a su obra y bastante dignos de su menester. Fernández Flórez ha sido esto para él en España, y es lástima que no haya más obras de mi padre traducidas por este escritor escrupuloso.

Llano, muy llano, con ese tipo de naturalidad del latino clásico que así para vivir como para escribir es un hombre clásico.

Finisterre, o sea, la Tierra acabada, mentando el planeta a la europea. Acaban allí muchas cosas, como por ejemplo el tipo de la razón europea, vieja virtud pasada a vicio empedernido. Acaba allí el estrépito industrial, para no reaparecer sino atravesando el océano en el crío ultramarino de Europa que son los Estados Unidos. Acaban las lenguas duras, el inglés hacia arriba, el español hacia abajo, apagándose en la esponja de la lengua portuguesa. Y acaba el carácter europeo de empresa y presa, aplacándose en una carne de navegación y ensueño. Y comienza en Portugal una vía de agua escabrosa que va primero al África a coger instinto y limos elementales, pero que sigue dando la vuelta hacia otro continente moral: el Asia profunda y sin límites.

Portugal: ruta de agua, raza de aurículas europeas y ventrículos afroasiáticos. Ponga Europa el mal gesto que quiera: ese es el único país suyo que de veras ha probado el mundo a pleno saboreo y en el que están completas las vísceras humanas caucásicas, semíticas, negras.

Anthero nace en la isla de San Miguel, perteneciente a las Azores. La isla es la mejor cuna posible para un poeta y dan ganas de plantarlos a todos en ellas, por el desembarazo del cielo y la mimosidad del agua; por la vida como provisoria sobre una engañifa terrestre; por la facilidad, real o ilusoria, de partir hacia cualquier destino, y por la pequeñez del zócalo que aguanta el cuerpo apenas y que parece dispararlo al aire. Anthero se irá a vivir en el continente, pero vendrá a morirse —a matarse— a su isla.

<sup>58</sup> Publicado en los diarios *El Tiempo*, de Bogotá, y *El Mercurio*, de Santiago, el 24 de noviembre de 1935. (N. de los Eds.).

Quental tuvo paternidad corporal y letrada en el escritor Andrés da Ponte Quental. Al igual que tantos poetas en potencia que no saben a qué darse en las universidades, siguió la carrera de derecho que dejaría sin usar, como esos pañuelos de seda grandotes que compran los hombres por gusto de calidad y color, y que después no quieren echarse al cuello.

La cabeza de Anthero de Quental que entregan fotos y dibujos abajo, tanto como su poesía, el embozo de su alma: ella es calenturienta y austera en la frente sin atajo, y la mirada padecedora. Confiesan en ella el profetismo y las concomitancias románticas la barba rojiza, la melena media, la capa habitual y unos zapatones rústicos. Rebajan estas marcas románticas la limpieza extrema, que Eça de Queiroz llama “de monja vieja”, la sequedad de unas manos próceres, y el trato, que es el de un cabal comedimiento hidalgo.

Sus estudios serán de tiro largo y su intuición trabajará siempre en él entreverada con la cultura, con la del tiempo que todavía era humana y no había parado en la cecina seca de más tarde. Escribirá óptimo el verso y pulcra la prosa, dando así cumplida manifestación de sí mismo y sirviendo a dos manos a los dioses que espolean, y a los hombres que piden explicación del mundo en respuesta cantada y hablada.

El futuro varón de la gracia poética y la religiosa comenzó con juventud de avispa: a raíz de una discusión literaria con Ramalho Ortigão hubo un duelo a espada que debe haberlo hecho reír más tarde, cuando se resolgó su amistad con el crítico. Esta juventud fermental también fue de explosiones raciales. Él, con Joao de Deus, peleaba la creación de una literatura portuguesa. Con razón: a un hombre de imperio colonial tenía que repugnar el colonialismo literario de su país respecto de Europa.

En la madurez, la patria lo hará de nuevo soltar la musa para intervenir en un histórico incidente originado en una insolencia de lord Salisbury contra Portugal. Entre esas dos peque-

ñas tormentas hay que colocar sus conferencias republicanas de repulsivo anticlerical. Este pasional de lusitanismo andaba del brazo con Oliveira Martins en su cólera contra la gusana monárquica y de la iglesia que roía los dos costados ibéricos y cuya hediondez se esparcía sobre Europa.

El estrato del tiempo en que le toca hacerse y actuar es una mala cosa, eso que llaman un período de transición y que pudieran llamar de trágica fermentación de materiales viejos y nuevos: el clasicismo se ha roto como la montaña averiada en piedra, guijarrería y lodos. Los lodos corresponden a los romanticismos. El pobre grande Anthero estuviera mejor plantado y criado en el siglo XIII, y si eso era mucho volumen de cristianismo, allá por el XXI, volverá a ser trascendente y a estar estructurado.

Los maestros franceses le contagieron su ambición de meterse con varias cosas en vez de hincar la pica del ser en la poesía, que basta y sobra. El ambiente de Europa está lleno de poetas alborotados con sociologías, redentorismos y humanitarismos. Victor Hugo truena a más y mejor; Michelet escribe una historia democrática y no una historia a secas de franceses y latinos; y una especie de obispo resentido que firma Renan, combate la gracia amándola en secreto y combatiéndola como un amante amargado.

Anthero aprende de ellos que el poeta, siendo la voz verdadera de todas las cosas, también lo ha de ser de asambleas y mitines. Sus compañeros vivían desvarío semejante y así nadie le dijo que él venía por sobre toda cosa a decir los desasosiegos y los hallazgos de su alma, y a darles en la mejor lengua poética posible para la formación del oído melódico y del ritmo visceral de su raza.

La orgía romántica doblaba su marisma con el desorden político, lo cual estaba muy bien para algunos otros aventureros, pero malísimo para Anthero de Quental. Su temperamento no se aliaba con las gesticulaciones que repugnaron los clásicos.

cos y los trenos cornetudos del patetismo social no servían el pathos legítimo y personal que era el suyo.

Anthero de Quental supera, sin embargo, las herencias que le cayeron en desgracia; la época romántica la sirve y la contradice con sus sonetos de factura eterna; la democracia la llena y la reboza hacia una manera aristocrática si las hay de pensar y de vivir; el catolicismo fierno de su hora le sobrepuja hacia una mística de dardo muy alto con que alcanzaría los pies divinos, ya que no logró el pecho de su intento. Es, pues, suicida extraordinario sin fracaso verdadero, a menos que le tengamos por tal el no haber creado una familia; al cabo hay tantos de buena voluntad para servir esta comisión. En lo tocante a la juerga romántica, asqueaba a un hombre de juventud infantilmente casta y de los hábitos más acérrimamente delicados que haya visto la raza lusitana.

La mujer cuenta poco en su vida y la Eva se venga más del olvido que del odio de ella, allegando desvaríos peores que los que da su carne a la vida de los que la esquivan o la niegan. Anthero vivió loco perdido de las ideas, cortejando todas las del tiempo y las del lugar, más algunas tan salidas de espacio y centuria como el budismo. Este noviazgo y casorio con teorías y creencias le desplazó el himeneo natural con “la de carne y hueso”, y si alguna mujer chamuscó su piel de pasada, ninguna lo acostó en la parrilla de una pasión seria. Los ahijados de Freud tienen allí dónde hurgar dando buenos atisbos o berreando baladronadas. El caso del trueque del Eros físico por el Eros metafísico ha sido bastante frecuente en latinidades y asialidades, díganlo desde el Señor Buda hasta el judío portugués Spinoza.

El hombre Quental, tan bueno para ser querido por la nobleza que era su costumbre y el arrebato que era su marejada, ¿no atrajo hacia él a la Eva convidadora de las islas melifluas y cálidas? ¿O lo aburrió Eva con la vanidad que a él le repugnaba y con el artificio que sus ojos honrados hacían caer como escamas en cuanto miraba fijo a cosa o criatura falsa? ¿O con-

descendió con ella fugazmente sin darle importancia, porque tampoco se la daría a su cuerpo que rompió sin averiguar si eso valía algo o mucho?

El misoginismo de Quental no contiene odio al sexo ni menos a la paternidad. Se inventó esta adoptando dos niñas, en uno de sus “prontos” de romántico. Ha de haber sido esta adopción un apetito de infancia en torno y otra forma de la saudade infinita. Ver niño, tocar niño, tener niño en la mesa, y justificar la casa, un huerto y otras regalías con esas chiquitas, todo eso buscaría con esta aventura de seudopaternidad.

Pero creció la pareja de niñas y el escrupuloso las llevó a un colegio de monjas, en resguardo del chismorreo pueblerino. Ellas le hubiesen salvado de la tentación, a tenerlas a mano en la hora sesgada. La trampa del ángel fue completa, eliminando la pasión de la mujer que noble o baja habría salvado y sacando de la casa a las hijas pegadizas en el período mismo de la crisis.

La única pócima ideológica noble de bebedor solitario que él bebió será la última y la que más se apodera de su organismo: la religión budista, que Oliveira Martins llamará “la religión más filosófica y menos fantasmagórica inventada por los hombres y que atrae hoy en día a todos los espíritus a un mismo tiempo racionalistas y místicos de esta época en todo semejante a la alejandrina”.

Solo que el budismo pide cabeza fuerte y sangre frenada, y Anthero, hombre de poesía occidental, nacido en isla casi tropical, era fundamentalmente débil para que lo salvara el credo tibetano, que comienza a cuatro mil metros sobre el nivel del mar Índico.

¡Pobrecito! Lo vemos en las tertulias de café en Lisboa o en Coímbra, leyendo el soneto a la Virgen a unos risueños que jugaban a blasfemar entre bock y bock de cerveza; le oímos la loa democrática de la semana enderezada a la Liga Patriótica,

y le esperamos el latigazo nihilista de la siguiente, cuando se dé cuenta de cómo anda la pobre democracia, a trastrabillones y hecha una lástima, por aquellos Portugales.

Es cierto que entre los comensales de Anthero está la flor y corona de Portugal, que Guerra Junqueiro es también un romántico y de los de lujo y que es otro, si se quiere, el grande Joao de Deus, y el mismo Oliveira Martins, siendo el único contrarromántico del grupo, aquel que se llama Eça de Queiroz y que lo amaba al igual que los otros. El convivio no puede ser más prestigioso, pero por mala ventura es el equipo al revés, quiero decir, el de unos hombres diferentes que lo creen su semejante y que no pueden salvarlo como salva el hermano de entraña idéntica. Lo fortificara y lo consolar un siamés de su religiosidad como lo fue Antonio el Portugués (que llaman paduano) respecto de San Francisco, o como su Juan de la Cruz respecto de Teresa de Ávila. Eso no lo tuvo y la cháchara de los camaradas gastaba el tiempo y se resolvía en un médano estéril.

Los camaradas distraídos le ven unas partidas súbitas del café de Lisboa hacia su casa o hacia el campo. El hombre sencillo y complejo ya vive en el huevo del aura bídica en que hierven fantasmas o *devas*, y sabemos en cuanto se queda solo que el tropel invisible va a hacerle más daño que los charlatanes de su mesa.

Un poema de Quental se me pegó al seso desde la primera vez que lo leí; veinte veces me lo he recitado después de saberme al hombre y siempre me da el mismo calofrío presagioso. Es la “Visión nocturna”, donde él habla de una especie de espíritu familiar que llega a él cuando se viene encima la noche y le da el tirón hacia la otra orilla. “Cuidado con los hombres y también con los ángeles”, decía alguno que conoció los dos tratos.

El ángel de la “Visión nocturna” forcejeó con Anthero no sabemos cuántos años. No será una ficción poética, sino un

amigo de ver y tocar, que le arrastra confusamente hacia un lugar “en donde el amor reposa, mas no quema” y “donde un alba igual brilla constante”. La condición para ir no la decía el convidador, evitando azorar al amigo, pero este acabó por entender la cita. El ángel oblicuo insistía sabiendo que trataba con un alma fluctuantemente femenina, cumpliendo en torno de él su industria de aroma y cebo musical, para acabar de convencer al remiso. La pelea era quieta y tremenda, y los lusitanos no podían oírla; apenas veían algunas veces que la cara de Anthero se ponía más blanca y dura, o se daban cuenta de que el hombre les respondía tartamudeando como la corneta tironeada que tarda en bajarse.

Pero tal vez no era el ángel de la “Visión nocturna” otra cosa que un engendro de la saudade o la saudade misma hecha bulto.

La saudade portuguesa, tantas veces dicha, multiplica sus nombres hacia más y más atributos, hasta llegar donde se quiera, como las materias imponderables. Ella significa melancolía a secas y entraña luego una dulzura apesadumbrada; ella vale por una sensación estable de ausencia o de presencia insólita; ella es metafísica y se colorea de una nostalgia aguda de lo divino; ella toma la índole de una cosa temperamental permanente y la de una dolencia circunstancial, y ella se sale de lo portugués y se vuelve un achaque humano universal, un apetito de eternidad que planea sobre nuestro corazón temporal.

La saudade conviene a cualquier gran poeta lusitano, de Camoens a Antonio Nobre, solo que a este Anthero de Quental le sirve por definición completa y vale por su máscara misma tomada sobre su frente y sus pómulos. Vivió en saudade, lo cual significa vivir en extrañeza del mundo. Esto se ha dicho de muchos románticos, dando fe a sus lamentos; pero todos sabemos que el lamento es en ellos profesión deliberada y rara vez entraña verídica. En Quental, la acedía de tener posada y no patria en el planeta es tan perfecta que si fundimos al hombre nos lagrimea un amargo o un ácido cabales de extrañamiento o destierro.

Un día el forcejeo del ángel frequentador de Anthero fue más fuerte; las defensas se habían gastado del mucho uso y nuestro hombre contestó como el otro: “Ya voy”. Había respondido otras veces sin cumplir; mas el compromiso ya era un cable echado entre las dos orillas.

Escándalo grandísimo: se había matado un santo. La clientela del suicidio es fea, a pesar de Schumann o de Werther: ahí están, con estos príncipes, estafadores, paranoicos, espías y otras larvas, y caía en medio de ellos nada menos que Anthero de Quental, bardo angélico y ciudadano ejemplar. Matarse un santo no se ha visto, o si ha pasado no se puede entender y el testigo del fenómeno se echa a desvariar para darse explicación.

Su suicidio, al igual que el de Ganivet, habría que achacarlo a lo que llama León Daudet el aura de su tiempo: revuelta, capaz de enturbiar los mejores cristales, y convulsa como para zafar de sus quicios a los más soldados en lo ético.

Los románticos (ya no hay sino esto y los románticos escasean) dirán que, a causa de su naturaleza sublime, había nacido para esto. Y no es verdad que naciera para no vivir Anthero el piadoso.

La anotación isleña de este suicida me hace recordar una afirmación médica: el mar sería, por sobre cualquier elemento, el gran enloquecedor de hombres. La montaña turba menos y la tierra llana... deja vivir a su modo, en sosiego y chatura.

Estará en el rincón de tristes que establece el Dante, quien se señaló a sí propio celdilla de fuego; dudamos de tal departamento en el infierno. Preferimos creer en un limbo de los tristes, lleno de carne floja y desmoronada, o mejor imaginamos para ellos una zona desabrida del cielo, donde la música central llegue deshilachada y el resplandor cenital alcanza de mala gana.

Tristes, o sea, inapetentes, morosos para hacer y alabar, desentendidos del agradecimiento hacia el creador, flojos para vivir pagana o estoicamente, los dos únicos modos de vivir.

Alcobaça es una ciudad apartada y hay allí unos dos sepulcros semigóticos, todo lo suntuosos como los quería el gusto de los magnates católicos del tiempo y todo lo legendarios que puede ser alguna cosa en este mundo.

La iglesia alberga una pareja purificada de los más formidables amantes; el lugar eclesiástico y todo, es un punto de cita de los huroneadores y celebradores de la pasión amorosa. Lo de Verona era problemático ya en los tiempos de Shakespeare; lo de Elsinor es maravilla rota: el amor de uno y no de dos. Si se siguen buscando los cruceros mágicos de la pasión europea (y no sé por qué es la única que resuena) nos toparemos con lo fabuloso puro o con lo histórico muy averiado. Por lo tanto, el núcleo dramático de Alcobaça tal vez sea el más genuino al cual acudir.

Reposan en el sacro lugar los pocos huesos salvados de Don Pedro el Justiciero, de Portugal, al que la vecindad de lugar y tiempo con Pedro el Cruel, de Castilla, trocó el nombre por mucho tiempo. Y tocándose los pies con los del tremendo amante, reposa Inés de Castro también en sus huesos salvados.

Dicen que el mundo se enfriá en su costra y en su aura anímica, y si ello es cierto, que yo lo dudo, pasaría con el amor de esta pareja lo que con la obra maestra de epopeya: que del mucho escasear cobra un precio enorme y da el asombro del ictiosaurio en el museo.

Es lo que parecen decir los callados visitantes de Alcobaça:

59 Aunque hay un manuscrito en el legado de esta crónica escrita en Portugal, en 1937, hemos seguido también la versión que publicó Luis Vargas Saavedra, en su libro recopilatorio de textos inéditos *Recados para hoy y mañana*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1999. (N. de los Eds.).

—Esos que están ahí se supieron amar mejor que nosotros y que muchas generaciones.

No mejor tal vez, sino solo más. Con la colección de los amantes absolutos, son ellos una especie de Gengis Kan o de Creso o de Dante, por la potencia, el fervor y la riqueza. Todavía queman y la estrofa contemporánea que sigue cantándoles la locura sagrada se allega a ellos como el metal a la fragua para encender su bulto esmirriado y correr fundida verbo abajo.

Los pueblos comen sin metáfora un alimento mixto y fuerte, una levadura curiosa de pasión elemental, mientras más primaria mejor, de *élan* heroico, místico, amoroso y trágico. Es necesario que cada uno posea su stock propio y no lo pida a los extraños, y es hermoso que tengan así, poliédrica, esta masa de leyenda nutritiva y removedora de las entrañas.

Si yo tuviera que elegirle patria a un niño le buscaría una calenturienta de mitos, de leyendas y de historias de todo orden. Podría ser una China, una Grecia, una Italia, un Portugal, un México o un Perú: no serían ni los inocentes Canadá, rasados de vello primitivo ni los que se le parecen.

Portugal tiene una densa y ancha aura poética; no se la quiebra aún por el industrialismo y eso se le siente caminando su campo como sus ciudades, casi tangiblemente, lo mismo que se siente aquella otra aura cargada, que es una nata emocional que se corta, de nuestro México. El repertorio de los fantasmas dulces o violentos, enjutos o potentes, resulta formidable: Vasco de Gama y Cabral valen por mitos; Don Sebastián el Embozado es historia tan perfecta que parece mixtura nuestra; Don Dionisio o Diniz, como lo dice la dulce lengua portuguesa, padre de la patria, padrino de Coímbra y de Lisboa, es un Quetzalcoátl aparecido en Portugal para refrenarles al clero y la nobleza. Don Pedro I y doña Inés de Castro parecen haber sido entes que hacía Portugal para regalarlos a Shakespeare, que no se dio cuenta de ello...

Se diría que el furor hereditario (y la palabra aquí tiene un sabor griego) rebrota en forma inesperada, que el cruel no siempre engendra al malvado, pudiendo proyectar al erótico o al místico. Es decir, la pasión sería una provincia calenturienta en la que pululan mezclados desde el bandolero al iluminado. De su padre, Alfonso IV, le llegaba la impetuosidad que le valió tras la batalla a orillas del Salado, el dictado de El Bravo o El Osado, y en ese coraje bélico iba una sangre más bullente que la de San Genaro (esta se alborota una vez al año; la del rey...). Cuando la hija de Alfonso IV fuera maltratada por su marido, nada menos que el rey de Castilla, Alfonso XI, el encolerizado padre declaró la guerra al yerno, contra el cual lanzó su armada. Lo venció tras un combate muy reñido y vino la paz de esos entonces, firmada con sangre. En esos maltratos que por visibles llegaron a oídos de Alfonso IV, hubo una razón pasional: el eterno adulterio de los mal casados o de los bien casados por codicia política. Alfonso XI estaba amancebado con una tal Leonor de Guzmán, que habrá tenido todo cuanto la reina regiamente carecía... Sabemos que la vida privada de los poderosos durante la Edad Media es un largo historial de Paolos y Francescas, una lista de amantes secretos... hasta que los atrapa la feroz justicia gótica. Alfonso IV verá surgir de su propia corte una pasión que eclipsará los amores de su yerno.

Don Pedro tuvo una mocedad que hoy llamamos turbia y que era normal en su tiempo. Era un mozo fortachón y gayo, gran cazador, por su apetito de hombre feudal, buen perseguidor de muchachas y autor probable de trovas al estilo provenzal. El trovadorismo de Avignon y Aix cubría la raza mediterránea, pero rebalsaba por sobrada tierra adentro y llegó y halló clima de su gusto en la dulce y profunda tierra lusa o lusitana.

Don Pedro se ensayaba en aventuras rurales y urbanas de poca monta, y en los cantares que el cancionero le atribuye gustosamente, y tal vez gratuitamente, en la pasión que se volvería su reino mayor.

Los usos del tiempo dictaban unos inefables casamientos precoces, que parecen hindúes, de los monarcas para sus hijos de diez a catorce años. Si no se iba a tratar de juntar a enamorados, sino de rematar alianzas flojas de reinos vecinos o protectores, ¿por qué no casarlos desde la cuna? Y así casaban aquellos voluntariosos reyes de marca mayor. Así casó don Alfonso a don Pedro con doña Blanca de Castilla. No quiso la naturaleza refrendar a la monarquía y “a causa de ciertos defectos corporales”, el matrimonio fue declarado nulo por las cortes de Portugal. Grave causa para gravísimas consecuencias, más aún en época de clerescia inmiscuida en el estado.

Entonces viene el segundo casamiento calamitoso: el padre quiere hacer nudos con la Castilla fuerte y acaparadora, y de este afán, sabio y malo, sale el segundo matrimonio de don Pedro: don Alfonso lo une a doña Constanza. Aunque siempre había retratistas de pincel servil y trovadores de lengua lisonjera para hacer con cromos de pintura y buen romance, muy deseable y magnífica a la princesa de cualquier parte del globo, don Pedro no la ha visto nunca y no la ha divisado todavía.

Llegó doña Constanza de Castilla después de un largo atajo que crearon las guerras moras a la frontera portuguesa. Abul Hasan, rey africano, se había unido al rey moro de Granada, ante lo cual se conflagraron Portugal, Castilla y Aragón, para triunfar en esa batalla a orillas del Salado, donde campeó la osadía de Alfonso IV.

La malhadada doña Constanza traía su cortejo de damas y se le ocurrió poner en él uno de esos ejemplares humanos de que han hablado todos los cronistas: la terriblemente bella, o “la peor que hermosa”. El género cubre la historia de cortes y es una categoría femenina, mejor que una mujer con nombre civil. Los biógrafos pueden llamarla la Dinamita o el Ciclón Chino, o Antillano, o la Perla Negra, o la Mandrágora Asiática. Esta vez se llamaba Inés de Castro.

Era hija natural de Pedro Fernández de Castro, hidalgo gallego muy principal, que descendía del Cid Campeador, para mayor abundamiento, y por esos bordes de linaje ella resultaba ser prima del príncipe don Pedro. Sangre de guerras ya había dado en otras ocasiones estos fermentos de audacia amorosa. Había educado a doña Inés su tía Teresa de Albuquerque, bajo limpio ejemplo y a pesar de la tara artificiosa de su bastardía, el amor paterno y la belleza filial habían hecho el ascenso brusco de la niña a dama de honor de doña Constanza.

Hasta en los más fieros trances del moralismo medieval la belleza saltó barras y fosos, y se clavó en tronos principales con su tremendo derecho de llama absoluta.

La leyenda quiere que don Pedro haya clavado sus ojos de montero en la cara de Inés antes que en la de la pobre Constanza. Pobre de veras parece haber sido la castellana; la historia le da el feo antecedente de su repudio y la leyenda no la regala ni con una flor de trapo. El príncipe había salido al encuentro de su esposa dinástica y sin sospecharlo de su mujer natural.

Desde la escena aparatosa de las salutaciones nupciales, comenzó para don Pedro el vía crucis de la pasión, que por sincera él vivirá y que por embozada agonizará. Doña Inés ha entrado como el simún en el jardín del Portugal. Ella no es el monstruo que fabricarán los validos de la corte; a lo mejor ni siquiera fue el sujeto verídico nacido para la pasión más alta de los siglos portugueses y que no le ha prestado sino la leyenda, que no quiere materias neutras. Sea como sea, ella desde el momento del ceremonial de entrada al reino, lleva la cauda de fuego del faisán real o de la amante legendaria. Una cauda visual y táctil: todo el país va a arder detrás de ella y delante de sus ojos saudadosos.

La vida común favorece los encuentros de don Pedro y de ella. Tenía muy poco de cortesano este príncipe, que era más que todo un cazador de jabalíes y ciervos, y los romances también

lo aman por esto: por un carácter elemental que no le está muy distante.

Nacen de doña Constanza dos hijos. Los rumores de la pasión, que corre como aerolito por el palacio, han llegado hasta ella. Debió ser muy simple o muy devota para pensar que sería un atajo al mal, comprometer a doña Inés con un madrinaje de su segunda criatura. Había entre ellas un lejano parentesco de sangre y ella quiso doblarlo con el espiritual de un sacramento para extinguir en aguas aquel amor culpable.

El lazo religioso no logró nada. Había entrado por las puertas del palacio un ciclón que no distingue entre plebe y señores, había caído en los patios reales el bólido ardiente, de los cielos o de los infiernos, que tarda en apagarse según el tamaño de su brasa, la que aquí no tenía medida humana, y la pobre mujer que era doña Constanza, la misma que no había sabido cautivar a su primer marido, menos podía guardar o recuperar a don Pedro el Violento, especie de subsuelo ígneo de un Portugal a la vez dulce y telúrico.

Cualquier día cayó un hijo en medio de la unión ilícita y la dama de la reina siguió el mismo camino que la mujer del pueblo en igual trance: dejó la capital y comenzó su odisea por las residencias provinciales o feudales, en seguimiento del hombre de su amor que, por mala ventura, era el primer portugués y por ello, hombre sin libertad para vivir y para amar. Vivirán en Carnide, en Braganza, en Gaia y por fin en el propio Palacio de la Reina Santa (doña Isabel de Portugal, abuela de don Pedro) frente a Coímbra, entonces capital del reino. El alejamiento o la cercanía de doña Inés corresponde a los altos y bajos de la situación de los amantes.

Doña Constanza ha muerto de su segundo parto, pero no se desata con esa muerte oportuna el nudo del conflicto. El rey Alfonso IV es hombre épicamente tozudo y además un estratega adiestrado sobre la experiencia, y temiendo que don Pedro dejara desheredados a los hijos habidos de doña Constanza,

propondrá a este nuevos matrimonios políticos que repugnan al hombre de la naturaleza, que es el príncipe.

Hay un duelo de dos hombres en medio del palacio, pero estos hombres son un padre y un hijo. El padre parece no pensar nunca en la vía normal del único matrimonio que puede aceptar el hijo enloquecido de pasión y este tampoco tomó en cuenta jamás la otra vía normal de los príncipes, que es la negación de sus pasiones y a lo menos su veladura hipócrita y conveniente.

En 1534, sucede el dudoso matrimonio secreto de don Pedro con doña Inés, que hasta hoy es embrollo de los historiadores. Dos hijos y una hija florecen en la unión desgraciada. Esta familia ya casi burguesa no aplaca la pasión de don Pedro ni afloja el vínculo de tantos años, suficiente para relajarlo en el común de los amantes. La Cuello de Garza nutre con extraño alimento esta pasión que el Marqués de Vogué llamaría “obra maestra” y cualquier especialista en amores miraría como una soberana artesanía emocional.

Lado a lado con el idilio desenfadado, perfectamente desnudo después de la muerte de doña Constanza, se ha incubado la intriga política que lo hostigará y acabará rompiéndolo a su vil manera. Doña Inés tiene dos hermanos: don Fernando y don Álvaro Pérez de Castro, hijos naturales como doña Inés y a quienes el nacimiento sesgado no impide tener una situación pareja a la de los hidalgos legítimos. Ambos son hombres de su época y se han lanzado a pleno pecho en las luchas políticas de Castilla, que son de fuego, bajo la reina viuda doña María la Portuguesa, en lucha contra los Trastámara y que se renuevan con don Pedro el Cruel, casado con una hermana legítima de los Castro, o sea, con doña Juana. Castilla era una marmita de guerras familiares y a los Castro más les sobraban que les faltaban fuegos que allegar al delirio castellano.

Los palaciegos portugueses recelaban de la influencia ejercida por los Castro sobre el ánimo de su príncipe heredero;

pero más que temer por la presente, temblaban por la futura, en el caso de un matrimonio efectivo de don Pedro. La razón que añadirían a estos temores es mucho más débil y tal vez no valga sino como pretexto: se trataba del peligro hipotético de que el hijo de don Pedro y doña Constanza, heredero del reino, fuera muerto por los Castro, ambiciosos de ver subir al trono a uno de aquellos dos sobrinos suyos, "hijos del amor".

La pasión tenía bastante aderezada como una manufactura la tragedia para que un aditamento cualquiera la rebozara.

Tres validos del rey don Alfonso, buenas cornejas desveladas en la intriga y siniestros por su odio igual a su poder, venían trabajando el ánimo de don Alfonso IV, que no era, como sabemos, de óptima ni de buena entraña. Ellos dieron bulto a los conflictos por venir, poniéndolos encima de los presentes y, gota a gota de comentario y de insinuación, llegaron a la solución bastante natural en los tiempos que corrían. La operación sencilla y directa era la eliminación de doña Inés. Llaman así con sustantivo gris de antes y de hoy a la muerte de una criatura: los nombres son importantes; abajan o suben la calidad y su abundancia sirve a los ladinos.

Los cronistas benévolos a don Alfonso IV, y hasta los poetas, desde Camoens, regalan al viejo rey con piedades que tal vez no tuvo; le atribuyen vacilaciones, ternura por los hijos de la amante, que eran su sangre y le dan excusas o negativas parciales. También tiene la historia sus misericordias, lucidas o voluntariamente ciegas.

Don Pedro cazaba en los alrededores de Coímbra, porque el amor no le había suavizado ni mucho ni poco sus hábitos de mozo de halconerías de toda especie.

Doña Inés criaba bajo sus ojos en los jardines del Palacio de la Santa a los hijos de su amor como cualquier pobre mujer feliz; pero delante del grupo familiar la columna o la nube de sangre estaba parada al igual que en un relato mosaico, ancha y fija.

Los validos Álvaro Gonçalves, Pedro Coelho y Diego López Pacheco apretaron el cerco en torno del rey y como siempre lo hacen, no hablaron de su propio furor para hablar de la cólera popular contra el escándalo. No hay documento veraz que ratifique este hecho del encono del pueblo. Aun desde aquellos siglos, la masa portuguesa era humanísima y también tierna, y su cristianismo medieval había visto ya demasiado en las cortes el pecado sin que este lo soltara muros adentro a matar y devastar a reyes y reinas locas. Las cornejas pasadas a buenos buitres (hay un juego de trueque entre rapaces diurnos y nocturnos) cansaron la oreja del rey viejo, en el cual se movía de tiempo en tiempo el brazo carníero y acabó por aceptar la formidable operación.

Doña Inés fue llamada ante el rey viejo, y en ausencia del único que podría alegar y salvar. La leyenda quiere que haya venido con sus dos hijos y le da, en prosa y poesía, la réplica y la súplica en una escala patética que va de la angustia a la desesperación. La misma leyenda, que detesta como siempre a los cortesanos, asegura que los tres hombrecitos vueltos hombronazos por la maldad pura, ultimaron a doña Inés a puñaladas delante del rey abuelo. La historia desmiente y pone en lugar de la carnicería a brazo y cuchillo, la decapitación usada en la época con los nobles. Nosotros, gente de hoy, hacemos pocos distingos entre una y otra cosa.

El cuerpo hermoso, vuelto como tantas veces condenación de quien lo lleva, cayó de todas maneras como ella cae, en poca sangre, en un sencillo quebranto de huesos, a los pies de los que no la sufren, para que el pueblo siguiera cantando: “¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!” y nace exterminadora de los otros y de sí misma como el fuego suelto.

Los validos respiraron no mucho tiempo; tuvieron un desahogo a todo lo ancho de su pecho. No más competencia de los Castro en el palacio de la diaria frequentación; no más sueño intranquilo de perder el valimiento y el haz de poderes como quien pierde un collar robado mientras se duerme.

Pero quedaba por matar el amor de un hombre medio Robinson y medio Holofernes.

Unos palaciegos habían cortado el cuello de garza de la más hermosa amante de las Lusitanias, las portuguesas y las gallegas, y el cuello era aquí el signo de una perfección corporal y era por ello el de la pasión de un príncipe al que importó más el amor que las gollerías reales.

Cuando don Pedro regresó de la cacería encontró como el halcón el nido entero ensangrentado. La leyenda no dice lo que aquel padre diría a aquel hijo, y doblado de un amante. Don Pedro se lanzó como el toro del foso a la rebelión. Pasma que los comentadores del suceso se asombren de su resolución. El príncipe era un hombre y un ejemplar prócer, si los hay, de la pasión humana. Quiso castigar al padre aceptador del delitazo, sublevando a las provincias a orillas del Miño, y desde luego castigar a los validos arrasando sus tierras y castillos, regalados o cedidos por una privanza real que devolvieron como los lobos devuelven el alimento. Los belicosos hermanos Castro le siguieron en la raya de fuego y destrucción que sus mesnadas trazaron de norte a sur, hasta llegar a las puertas de Oporto, segunda ciudad del reino. Aquí detuvo a don Pedro la mano eclesiástica, que era la única que podía detener a la principesca.

El prior de los Hospitalarios, después de doce días de sitio a la ciudad salió a parlamentar con el hijo rebelde. Ya era tiempo, porque don Alfonso IV avanzaba con sus tropas a defender la pobre corona vieja y sanguinolenta. El prior pertenecía a familia de próceres; era hábil parlamentador por ser hombre de Iglesia y venció el hierro o el cuerno del cazador de jabalíes. La madre del príncipe ayudó a la empresa fundiendo fácilmente el corazón de su impetuoso. Una paz honrosa para el padre matador y el hijo despojado firmaron ambos.

Dos años don Pedro vivió en aparente sosiego y perdón al lado de su padre. Los perdonadores a todo trance celebrarían

el pecho de paloma de este pacífico; los validos malhechores se engañaron menos y dejaron Portugal, yendo a refugiarse en España; el pueblo contaría la pesadilla rematándola con este sello áureo del perdón sobrenatural. Mientras tanto, don Pedro vivía clavado en la presencia de la escena sin nombre y habría podido decir que lavaba su casa en esa sangre, para no olvidar. Veía esa sangre sobre las facciones de los hijos, como llama y como signo, en el punto en que ellas se parecían a las de la madre. El príncipe era aquel para quien las leyes del olvido, que para algunos tienen nombre de virtud, no existen; él es de los que están terriblemente conformados para recordar y tener fresco y vivo el yeso del rencor en las manos. Sería él una de las más extraordinarias máquinas de retener, de recrear y de vivir pecho a pecho una hora de la propia vida, anuladora de todas las que siguen.

Murió dos años después don Alfonso IV y el Justiciero pasó a sucederle. Él llegó a reinar derechamente para vengar a la sacrificada como el obrero entra al taller a poner las manos derechamente en su artesanía.

Sucesos políticos favorables le permitieron obtener del rey de Castilla, la devolución de los cortesanos fugitivos. (Los estados modernos tampoco hacen cosa mejor que este entregador real de carne para la cuchilla). Uno solo, más afortunado que listo, se salvó de la entrega por la maña de un pastor. Los otros dos entraron a Portugal para ser juzgados. No era, por cierto, un juicio lo que tenían que esperar.

Toda la corte, y en sitio ostensible los consejeros del finado don Alfonso IV tuvieron que contemplar cómo se les arrancaba el jubón, las cadenas de oro, las camisas de lino y se les abría el pecho con una certera cuchillada, para con otra más experta aún, arrancarles el corazón a los asesinos de doña Inés de Castro. Si Don Dionisio había sido el Quetzalcoátl portugués, ahora su nieto se volvía Huitzilopochtli...

Hoy recorremos las pulcras y lustrosas baldosas de mármol del palacio, donde la blancura del aseo cancela esas rojeces que habrán conmocionado incluso a los más impávidos conspiradores y a los guerreros más recubiertos de cicatrices.

No se había repuesto la corte cuando viene la gran escena en que culmina la resaca pasional del formidable don Pedro. Dio orden de que fuera abierto el sepulcro de doña Inés de Castro y sus restos mortales puestos en la misma sala de su agonía.

Alguna ciencia egipcia habría llegado al Portugal para embalsamar en algo esos despojos, acerca de los cuales las crónicas aprietan los labios.

Fueron entrando las damas y caballeros, convocados a ceremonia desconocida, pero de solemnidad absoluta.

Don Pedro en el trono, y a su lado, igualmente coronada, la espectral figura de doña Inés. Dura entre las pedrerías y collares que la ceñían, amarrada en las insignias que no pudo llevar mientras estaba viva, cubierta por mantos recamados, enguantada para que nadie le contara los huesecillos de las manos, debe haber parecido la reina Hatshepsut, con la cara cavada por la calavera, los ojos empañados dando una mirada de anguila descompuesta sobre aquellos hombres y mujeres que tiemblan al ver que en esa boca, en lo que queda de sus labios, ha quedado marcada una sonrisa de desprecio.

Uno tras otro, cada ejemplar de esa corte tuvo que avanzar, hacer las reverencias del protocolo y arrodillarse para besar los escarpines de la póstuma reina Inés I.

E U R O P A I V



Paul Valéry, el pontífice mayor del momento, ha definido así más o menos al europeo:

“El europeo —dice después de analizar las diversas influencias que permiten llamar así a un hombre— es el ser capaz de desarrollar el máximo de actividad, el máximo de conciencia, el máximo de esfuerzo, el máximo de pensamiento, el máximo de trabajo, el máximo de riqueza, el máximo de creación”.

Marca especialmente la diferencia con el esfuerzo asiático. Un poco más y él nos encaminaría a esta otra definición: la laxitud asiática y el trabajo irregular del semiasiático americano revelan inferioridad o semibarbarie.

Primero rechazamos la fórmula pereza y barbarie; poco a poco la vamos aceptando. Y buscamos documentación.

Revisamos gremios. Escritores. Incuestionablemente el escritor europeo quintuplica cuando menos el esfuerzo nuestro. Tiene el sentido de su oficio. Nos lleva la ventaja de que regularmente no se ocupa sino en lo suyo. La literatura en Europa es profesión mientras que en América española es... un golpe de pasión o la “pausa noble” —para usar un título de Alfonso Reyes— que pone entre otras ocupaciones, forzadas y que no se aman.

Aquí el escritor funcionario público es escaso. Paul Claudel, embajador de Francia, no ha hecho sistema. ¿Un mal el profesionalismo literario? ¿Un bien? Algunos creemos que es bien. En cualquier orden la dispersión de fuerzas constituye un daño.

<sup>60</sup> Escrito en París, en 1926, y publicado en el diario *El Tiempo*, de Colombia, el 14 de agosto de 1927. (N. de los Eds.).

Pero aparte de la necesidad, acicateando al hombre de letras que debe vivir de ellas, hay en la fecundidad artística de Europa una mayor capacidad para la labor física. El europeo, este hombre que en la América creemos viejo, harto más usado en su carne y en su mente que nosotros, individuo menos espléndido en sentido fisiológico, aparece en su trabajo, sin embargo, más fresco y más fuerte.

Nosotros, románticos todavía a pesar de nuestro desdén del romanticismo, románticos por excelencia, creemos sin decirlo en la musa, y aunque ya no hablamos como Heredia de la inspiración que cae como el rayo o como las lenguas de fuego de Pentecostés (“Dadme la lira”), vacilamos en afirmar que el trabajo artístico pueda ser ejercicio cotidiano como el curtir el cuero o el cepillar madera en las buenas artesanías vulgares. Y para el europeo es eso.

Para prueba de que fecundidad no es fatalmente inferioridad y de que al revés, la laboriosidad es excelencia, consideremos el que de que los mejores entre nosotros son fecundos. Lugones trabaja a su vez en sus cuatro o cinco canteras mentales: poesía, historia, periodismo, cuento; es un artesano que se asemeja por el trabajo gayo —gozoso— a los maestros cantores. Y están dentro de la misma norma muchos otros como Arturo Capdevila, el argentino, como Jaime Torres Bodet, el mexicano, como Eduardo Barrios y Pedro Prado, los chilenos. Ejemplos netos para los que nos hemos quedado bajo la otra norma que es la de Guillermo Valencia, del libro único.

Anoto, para asombro de los nuestros, algunos casos de disciplina europea, de esa que, según Valéry, es testimonio de superioridad blanca.

Thomas Hardy, el novelista inglés, tiene 95 años y hace libros todavía. Chesterton, que se le aproxima en vejez gaya, ha publicado hace tres años su última obra religiosa.

Henry Barbusse dice: “Yo trabajo todo el tiempo. Ensayo sacar de mí todo el rendimiento posible”. Y es hombre físicamente pobre que vive en el Mediodía de Francia, porque esta fea tierra del norte no da fuerzas ayudadoras. Hace frecuentes conferencias sociales en las capitales vecinas, hace periodismo cotidiano y escribe novelas a la vez.

Lucien Romier, el historiador, dice: “Yo escribo de ocho a diez con una absoluta seguridad, y creo que hacerse la resolución de escribir diariamente es asegurarse el éxito en el trabajo de esta índole”. Habla de sus libros de historia. Queda fuera de ese tiempo su periodismo ilustre.

Henry Béraud da este dato, verdaderamente fabuloso: “Tengo una disciplina muy severa. Me acuesto todas las noches a las ocho. A las tres me levanto y trabajo hasta las diez. Después vienen mis demás ocupaciones”. Hay que pensar que no es un horario de verano, y que esas tres de la mañana corresponden al París con seis meses de invierno, y señalan a un hombre heroico!

Desde la generación de Paul Bourget (este, en plena vejez, acaba de publicar una novela) hasta la de Jean Cocteau, es la misma devoción larga y honrada, más que escritor, de orfebre italiano, hacia el oficio suave y agudo de escribir, hacia el trabajo sobrenatural y natural de manejar la frase.

Francia trabaja. Ni menos que Bélgica, ni menos que Italia, ni menos que Suiza; un ritmo de trabajo común con el de estos países. Que tienen el rubro de pueblos activos. Se dirá tal vez “menos laboriosa que Alemania o que los Estados Unidos”. No, la misma suma de esfuerzo, pero con las industrias no estandarizadas de los otros. Porque todavía existe en Francia la pequeña industria, y Dios se la guarde, porque es cosa buena o con no sé qué de cristiano enfrente de la usina demoníaca de los *trusts*.

Trabaja Francia. El lugar común de una Francia de placer, derrotada en su economía por su índole gozadora es uno de esos afiches tontos que es necesario deseñir.

La clasificación de países virtuosos y de países de vicio que la guerra quiso hacer con sus manos de truhan, es una necedad de que hay que limpiarse. La desgracia económica de Francia tiene no una, sino muchas causas y entre estas no está la indolencia.

La rectificación ha de empezarse con esto: Francia no es París; París es una especie de zona abandonada al extranjero. Y seguir con esto otro: la provincia francesa tiene tan limpia la costumbre, tan sobrio el goce y tan colmado de faena el día como la provincia de cualquier otro país.

París es una capital en que el francés se ha asumido voluntariamente relegándose a un tercer plano. Algo semejante al sistema también francés de casas de tres pisos, en las cuales la prudente propietaria alquila los dos primeros a ingleses que pagan bien y acomoda su vida al restante. Por mucho que se

<sup>61</sup> Escrito en París, en octubre de 1926, y publicado en el diario *El Mercurio*, de Santiago, el 21 de noviembre de ese mismo año. (N. de los Eds.).

hable de la inversión extranjera en Francia, nunca se dirá lo bastante: es una avalancha verdaderamente amazónica, con todo el desorden y la heterogeneidad violentada de materiales que lleva un río americano hacia el delta. No hay ciudad santa de las épocas místicas que haya hecho esta movilización elefantina de razas; no ha habido nunca otra ciudad de esas que D'Annunzio presenta magnéticas como mujeres, que levanten tal pasión de conocimiento; ni se hace en los pueblos otro acuerdo como este, de elegir una misma zona común para el placer... Si el frenesí va en aumento —y lleva a esas trazas— llegará un día en que París sea hotel en toda casa donde no sea museo, academia o banca.

El extranjero se mueve, naturalmente, con sus apetitos y su hábito, y viene a pedirle a la ciudad ajena su complacencia. De este modo, el extraño no solo desplaza al dueño de la casa, sino que le va echando a un lado su costumbre, su manera de espectáculo, de moda, de arquitectura.

Dos clamores de la prensa nacionalista: “¡El inglés está comprando toda la Costa Azul!”. “¡El americano está envileciendo el teatro!”.

Los dos clamores tienen razón.

La dulce tierra de Francia (que no es dulce sino en el Mediodía) es grata al reuma mundial, sobre todo los pobres huesos sajones, cuyo único sol se levanta... en la India. Dulzura de las playas soleadas que quedan a doce horas de Calais; a solo doce horas de la niebla viscosa y fea están el viñedo de oro y fresal suave de la Provenza. Es necesario personar la flaqueza sajona de que ha aprovechado de la libra a 250 francos para comprar en la costa clásica el pedazo de suelo con palmeras o plátanos dichosos.

Cosa más grave es la otra. La danza negra, la muy física, por no decir fisiológica danza negra, ocupa por temporadas enteras los teatros que París reservaba antes a su comedia, y como

complemento, la música negra, trampa en que ha caído el yanqui rubio, se oye en todas partes, invade lo mismo hoteles de los millonarios que bares infames.

—Son bárbaros —dice el francés—, que no contentos de gustar semejantes ritmos en sus ciudades de búfalos, los plantean en nuestros bulevares y los pagan en el dólar como cosa suya.

—Josefina Baker, la negra, gana una noche lo que Bergson en un año y el balanceo sudoso de sus caderas hace gozar a estos cuáqueros de Nueva York o estos sudamericanos... católicos.

La xenofobia fabulosa de estos años en Francia ha sido acicateada por la prensa con frases peores todavía. Los autocarros, pesados e insolentes, que cierran el tráfico en la Ópera o en los Italianos, han sido apedreados tanto por la baja del franco como por estas feas vilezas.

El turista vuelve a su tierra y si es periodista, se vengará escribiendo cualquier necesidad fácil sobre el vicio desaforado de Francia, donde todas las locuras tienen su sede, bien pagada y bien confortable. No vio Francia, el infeliz; vio en el delta de los pueblos, con el hediondo limo de acarreo que hace montaña. Vio lo peor de lo suyo y de las otras razas.

Pudo mirar Francia yendo con lentitud por la Provenza latínísimá, por la Carcasonne romana, por la Tolosa española. Habría conocido la Francia que trabaja diez horas y que hace los paños de Lyon y los linos de Lille. Habría observado a este francés que, aunque tenga sus cinco sentidos y medio de sensual, es económico y no duplica frenéticamente su goce, y que sobre todo es mesurado por su cultura vieja.

Comienza el año floral de Grasse con la violeta, que se recoge de febrero hasta abril. Para guardarla del sol que la enrolla y la quema se hace su plantación bajo los olivos que en la Provenza crecen como un dios al que sobra el cuidado de follaje del olivo, que es masa sin espesor, aireada y fina, le da una casi resolana y al pie del tronco engruesa el paño de las plantas de violeta, con la flor que se giba no modesta, fabulista, sino por el puro esquivar un sol alacranado. El color del olivar, medio plata, medio jade, junto con el aroma de la flor, manso de lentitud, dan al sitio una calidad de reposo antiguo.

La violeta guarda todavía en la bujeta morada el paso dejado por el invierno. Le sigue la mimosa, y ella sí señala el cuerpo ya formado de la primavera en sus racimos de un dorado tierno. El nombre esta vez vale la cosa. Las motas menudas, borlas o de oro dulce, son el mimo palpable del sol de Grasse, caricia pura. Yo no sé por qué este árbol no anda en un mito en el cual se cuente que a su flor se le debe, por ejemplo, la piel femenina. La mimosa es el espino nuestro, que aflojó el tronco constreñido, soltó el garfio y peinó mejor en hoja. Yo no sé qué cosa hizo con más fineza la mano del demiurgo vegetal: la flor de miiga de seda o la hoja plumada, prima de la del jacarandá. Bondadoso olor el de la mimosa en mayo; ablanda el ambiente; demora el aire vivo en el algodón con ardientes de su racimo; pero los sensualiza menos que la rosa que, ella sí, es la asiática.

De abril a mayo, el apogeo de las rosas. La especie que se propaga, por la buena masa de pétalos, es la que llaman de España, una flor un poco pesada que sería llamada matrona por el

62 Escrito en Bedarrides, Avignon, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 15 de diciembre de 1929, como "Oficio de mujeres. Los perfumes de Grasse". (N. de los Eds.).

poeta libertino que alabando las rosas ligeras, decía que son bellas como la mujer sin hijos. Sonrosada y a veces blanquecina, esta rosa no rasga el aire, ni da a la mirada la dicha que me da a mí la rosa amarilla real; su aureola densa de olor es todo su poder en la atmósfera. ¡Ni para qué más!

Las plantas voluntariamente enanas —“planta tallada (talluda), planta desperdiciada”, dice el refrán— se alinean kilómetro a kilómetro, y el conjunto del campo es rizado, a causa del surco grueso de la ancha melga abastecedora que ella exige.

Julio a octubre, el lirio apellidado florentino en homenaje a la ciudad de todos, la más querida en este mundo.

Antes de que la flor salte de la planta impensada de ella misma, se ve al plantío con ese verde neutro en que hay una ceniza, parece haber refrenado al verde. La planta muestra un desmañamiento un poco plebeyo de hojas lacias y revueltas. Pero viene el ímpetu de la flor patricia y le nacen próximas al tallo floral hojas en otra norma, bellas y almidonadas, que anuncian la dignidad de que va a saltar de ellas: el tallo floral desnudo y la flor aristócrata que parece un engendro de la mente, una cosa intelectual, de puro aérea. El plantío, en las tardes, es de un glauco, a trechos morado denso.

De septiembre a diciembre, cerrando el calendario nuestro, es la acacia, a la que no se deja arborar demasiado y que dura en una especie de talle de muchacha que se carga de los sabidos racimos a una vez gruesos y ligeros. Ellos le dan siempre un aire de criatura endomingada, aire a medias de Mes de María y de fiesta de pueblos blancos en una plaza griega. Su olor fresco, olor con rocío adentro, aunque ya sea el medio-día, se complace en el aire marítimo, como si ella que no es planta de costa sin embargo, tuviera índole marina. Y es que ella es flor empavesada, como las barcas joyales que hacen la gracia del Mediterráneo.

Dos mil hectáreas de plantío floral en torno de Grasse, que se dividen entre ellos las plantas patronas que he mentado y algunas otras: el tomillo de la índole suave aguda; el jazmín que punza en la noche con el olor y la punta de estrella; la yerbabuena que es para mí el resuello mismo de mi infancia y las otras, muchísimas.

Pero yo no sé cómo se menciona la calidad de la tierra que han alcanzado esas dos mil hectáreas para decir su pulcritud, su aseo de criatura vigilada, su piel de poros abiertos. Como el terreno es siempre la pendiente, el barro no se conoce; como sopla en toda estación la brisa del mar, ella la orea y la esponja; como el cultivo es sabio y está siempre proponiendo la arena donde la cal comienza a jabalizar el terrón y poniendo arcilla donde la lluvia la arrastra, el suelo viene a parar en una cosa querida, decidida por el dueño. Es una tierra que nosotros hemos hecho como el mantel en nuestra mesa, me dice un jardinero, con petulancia de la buena, de la del artesano, que a D'Ors le gustaría.

Naturalmente, este jardín de dos mil hectáreas no es de uno ni de diez, sino de cientos. El hombre francés, que se llama el del buen sentido meridiano, pidió a tiempo el reparto del suelo, que no es menos natural que el de la atmósfera. No se vuelve la tierra cuya índole es de la tarasca<sup>63</sup> esta joya redondeada que echa luces, sino cuando pasa a ser parte del cuerpo nuestro y su roña nos atañe y nos aflige. Con latifundio no existe semblante culto de la tierra, esta pureza de sus facciones con las cuales casi tiene entendimiento y casi conversa; con el latifundio, la tierra de la América, donde no se salva, es decir, donde no ha soltado la mano del creador muestra la pobre, una cabeza apelinasada de gitana, confusa y pringosa. La tierra sin ningún cultivo hambrea a su gente, pero no se envilece a sí misma; la tierra a medio cultivo que es

63 Tarasca, monstruo provenzal, la bestia que domó Santa Marta. (Nota de la Autora).

la nuestra adquiere no sé qué aspecto humano desventurado y hasta una cierta deshonestidad, la deshonestidad que es el abandono.

Cuando en las fiestas regionales el alcalde de Grasse dice la frase, sobajeada desde los romanos de “nosotros honramos la tierra”, qué bien dice, y sobre todo, qué bien se le cree. Esta es una manera de honra a la gran criatura que es el suelo, un modo de reconocer dignidad a lo que la tiene, e ingénito, y un espolverar encima de la honra los caminos del cariño. “Le empieza honrando, se acaba amando”.

Yo me voy acordando, tendida en el olivar de la villanía nuestra para con la tierra, estoy viendo en perfecta presencia tanto pedazo de tierra sabido y caminado de la América. Me acuerdo de unos maizales de leguas atascados de plantas locas. (¡Y es tan bello su resplandor de campo de espadas!) ¡Me acuerdo de la vega de La Serena, a medias totoral vivo y podredumbre tumbada en la que yo me ponía como una Antígona del paisaje, vuelta a la marisma fétida un momento, por verle el morado de esa hora, y vuelta enseguida al mar por lavarme el aliento; me acuerdo de un lupus y donde pastaban unas vacas de faraón castigado; de colinas menesterosas; me acuerdo rojizas como el latón abollado que es como el crin; de uno y otro paisaje de México (en aquella luz y aquella lluvia leales); me acuerdo de algún llano infeliz, con un aspecto de saqueo y de violencia humana, cumplida sobre un cuerpo, que era el suelo también humanizado, y he entendido el cómo la tierra puede volverse una cosa “humillada y ofendida”, como la raza eslava.

El indio americano, cuando menos el quechua y el maya, no nuestro araucano, guerrero por ociosidad, cultivaron el suelo, y hasta honorablemente en alguna región; el español andaluz o vasco fundó el huerto frutal —donoso fundar—; y yo me lo sé porque la gente de mi valle de Elqui, que es blanca, se complace en su terrón escardado y aun lamido. Pero vino el mestizo, vinimos nosotros, los que bizqueamos entre cultura

y barbarie, entre Dios y diablo folclórico,<sup>64</sup> y dejamos caer la tierra que los otros habían regaloneado en su regazo.

Salir de mañana para encontrarse a las recogedoras de flor que van a hacer su linda faena con el aire desenfadado que es el provenzal y contentas de ser lo que son; las que cortan los tallos de tres estaciones, en vez de cortar cueros o el vidrio feo. Se les cruza por todos lados, por las plazuelas, las terrazas y las callejas, y toman con nosotros el camino real de Niza o de Cannes; llevan el cesto afirmado en la cadera, el brazo por encima algunas; otras más modestas llevan el cesto floral como si fuera el del pan. Son muchachas o viejas, por lo común. En verdad es un oficio dulce el suyo, un oficio de regalo, que debieran dejar para los niños y que les cubre no más de dos horas del día. Los hombres parecen intrusos en él; pero algunos poltrones se aprovechan de ganar el pan así, al revés de lo que quiso el Génesis...

La flor se corta cuando ya se ha levantado el rocío y antes de que el sol punee “con el cuernito nuevo”, o bien, a la tarde lacia, cuando toma dulzura cualquier trabajo de hombre.

—Ustedes tienen —le decía yo a una de ellas—, el oficio perfecto. Ustedes comen sin prisa su tajada de pan de la mañana; les dejan ocasión de la siesta, que es atributo de rico, y vuelven a la plantación a la hora en que la Provenza es piadosa porque ya no reverbera.

—Lástima —me contestó con ese fastidio que todas tenemos de lo propio—, que el privilegio dura apenas seis meses.

Y me hizo la cuenta de la ganancia, que hay que estirar como el caucho, para el año. El francés no habla diez minutos sin que el salario, de peón o diputado, eche su mancha sucia en el palique.

<sup>64</sup> Diablo folclórico, diablo inferior al teológico. (Nota de la Autora).

Llegan al campo, limpio, desbastado y feliz, que ya conté, y se distribuyen en los cuarteles, siempre a poca distancia, y yo lasuento por los grandes sombreros o el pañuelo echado a la cabeza. Son veinticuatro provenzales, es decir, charadoras. Todavía para estas gentes como para nosotros los españoles, conversar es la dicha que no cuesta nada, como asolearse, como nadar. Mientras la rosa cae en el delantal, van los mismos que las peladoras de duraznos de Elqui, comentando el tiempo, con su derecho, ellas sí, de socias de la atmósfera; comentando la avaricia de los patrones de la fábrica y todo ello en una lengua mediterránea, es decir, especiada, que es teológicamente de las peores lenguas, a ratos hablan en su argot que da gusto a (Federico) Mistral, pero que a mí me deja en ayunas.

En un momento han copeteado el delantal; van a depositar al comienzo del surco, y recomienzan.

El sol es bueno; parece un acuerdo cumplido con ellas y conmigo; el aire del mar se miele como el sol y no les voltea la planta ni les mueve el sombrero de paja nerviosa, y la conversación se entrecruza ahora en una malla en que yo la pierdo, sin mucho daño porque hablan otra vez de la leche cara y la manteca malísima.

No hay capataces, y eso completa la perfección del trabajo; a tanto el kilo de rosa, y no se les averigua más. La mano la tienen de aire y no estropea la planta; entra y sale de la mata como la abeja; tan rápida es que yo la veo poner el gajo en la falda y no la veo cortar. Se doblan menos que las mujeres de Millet —que son Ruth, ella misma—, pues la planta le llega a la rodilla, y no dejan nada tumbado detrás de ellas, ni siquiera cortes de tallos; cortan como el cirujano en el punto y en la fibra justa del punto. Van dejando atrás solamente unas plantas más neutras, sin corolas, punteadas de botones que se abrirán mañana.

Sin embargo, la agachadura las fatiga y de rato en rato se enderezan, las manos sobre los riñones y dicen alguna cosa

subida que tapan con una risa, también las viejas, a las que el verdor se les rezaga en la lengua. A no tener mi ciática cuarentañera, yo trabajaría contenta en esa posición que es la del volteador del suelo: se tiene delante, como criatura, el bulto de la mata, y se está adentro de su aureola de olor, más la del plantío entero, y entre pausa y pausa, en vez de su chiste de jengibre, yo pondría mis ojos en la pendiente esta, y la que sigue, y la que continúa hasta el remate marino de abajo. El mar es el mejor festón de un horizonte nuestro, y Grasse lo tiene.

Pero tal vez lo mismo que ellas me hubiera ya encallecido el olfato fiel que Dios me dio; o bien el olor de doscientos días me empalagara también como a ellas. No hay como un oficio de rosas, dicen, para que ellas no importen. Es que no conocen el oficio de pieles, que huele a una súper Suburra, o el de un pesebre que no sea holandés. Habría que ponerles a ellos los meses que se les quedan baldíos y cuando volvieran a coger lo suyo olfatearían el plantío circundante como el abrazo de un dios que sin ceñirlas les echa el aliento, y que no se merecen bien.

Las once. Han pasado las dos horas sacramentales del corte matinal. Las mujeres van saliendo a grandes zancadas por los surcos y ganan la carretera. Yo me junto al grupo; hay una especie de camaradería del apetito y vamos conversando, y subiendo con derechura de hambre viva hacia Grasse.

El Mediterráneo allá abajo es un galgo ruso que deja en paz su cola nerviosa (amaina su vientecillo) y entra en la unanimidad de la siesta provenzal.

“La bien cultivada”, llama un español a la tierra francesa y apellida justamente. Su honra campesina se cuenta entre las primeras de sus honras, su calidad de guardadora, de vigilante de su generoso suelo de llanura. Mató a tiempo el latifundio, enemigo del justo aprovechamiento, creó la parcela, multiplicó la granja, educó la mano para el abono, la poda y las defensas vegetales (mano de hombre y de mujer por igual). Así se ha vuelto, por bien regada y bien nivelada, “la cabalmente aprovechada”.

El pabellón espacioso del Cours la Reine (Corazón de la Reina) se divide en un cuadro central de legumbres y flores, y dos costados de frutas cananeamente ejemplares.

De las legumbres un cronista cursi no querría ocuparse. Yo afronto con gusto la prueba. Yo, vegetariana cuando puedo, queuento entre los placeres de mi ojo la peinadura donosa de una hortaliza, su geometría en amarillos, en rojos, en morados, cuando la zanahorias, cuando las betarragás desenterradas y los ajíes maduros.

Aquí en la exposición agrícola, más noble que el pobre salón de otoño de este año, hacen presencia la granja normanda, el huerto jugoso de los Pirineos, el más provenzal, que yo bien conozco, porque me tengo caminada a mi Francia agraria, con apasionada hambre de francés rural.

Coliflores y coles de cuento de niño, disparatadamente grandes, rebosan las líneas rigurosa del cuadro cerrado, con su corazón blanco y excesivo; en las coles moradas caben bien unos niños escondidos de Grimm; las rizadas tienen no sé

65 Escrito en París, en noviembre de 1927, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 1 de enero de 1928. (N. de los Eds.).

qué cosa de nidos de alboroto. Unas veinte familias azafranadas de zanahorias, en huso, en forma de muslo frutal, en aspiración redondeada de fruto, muestran sus nombres diferenciados como los Guisas o los Aostas o los Borbones, nombres que yo repetiré para olvidarte luego... Los rabanitos rojos, con toda su gracia de dedos de duende, los rabanitos aplastados sobre los cuales se ha sentado el elfo, y los alargados en cola de rata roja, de rata del diablo. Están derramados sobre las verduras para dar su grito de color entre un círculo de coliflores y otro concéntrico de papas lechosas, y otro de cebollas de bronce.

Las calabazas ornamentales, las que decoran en una fuente de cristal de roca el comedor de más estilo, hacen el encaje en torno de la pesadez de las berenjenas; corren frisos de calabazas doradas, blancas, jaspeadas, a lo largo de los rombos y los triángulos de leguminosas. Las hay tan maravillosas de color y dureza como las mejores conchas marinas.

Los melones enormes, casi insolentes de abarcadores, han recibido categoría de centro en todos los cuadros. Las pobres cebollas, con no sé qué lujo de lazo de tafetta dura; la remolacha morada que alcanza parentesco con la buena púrpura de Carlomagno; las achicorias, las lechugas, el perejil y los cilantros, en ángulos y círculos cubistas, crean un conjunto de tapicería vegetal, los gobelinos de legumbres ideados por Picasso...

Mirando estos pabellones frutales, de una opulencia que revive a Canaán, se entienden los mitos de todas las latitudes. Las Ceres y las Pomonas se hacen vivas en estas especies de mapas frutales, por los cuales viaja el ojo desde unos septentriones de manzanas a unos capricornios tenebrosos de uvas grasas.

Los agrónomos han ordenado sus cuadros como el modisto de la Rue de la Paix sus vitrinas, a golpes gozosos de color. Aquí como en todo, el francés es el que hace, pero sobre todo el que presenta.

Costeando los pabellones de frutas, ya la tentación de anotar nombres de especies ilustres me gana. Ilustres. ¡Qué genuinas me aparecen estas aristocracias vegetales, manifestadas en carnazones duras, en coloraciones frenéticas de Delacroix, en formas mucho más clásicas por la armonía inaudita que las Junos. Junos de las granjas normandas son, por ejemplo, estas peras Carlos Ernesto, blancas y duras; alguna cosa de cuello de Venus se goza en esta otra, llamada la mantequillada, que es larga y elegante como el mango.

Las manzanas han echado tantas especies y creado tal número de tribus absolutamente diferenciadas desde los días de Eva, que esta se desorientaría mirando la pequeña y roja, casi un granate, que llaman Sikula y que roza los mofletes insolentes de la que llaman giganta: blanquirroja, casi un continente, de pulpa, y pasando los ojos desde esta gris, con no sé qué de saya penitente en el color desabrido, a la que apellan negra, porque tiene como varios paños rojos superpuestos que le hacen la piel.

Yo veo a fuerza de pasión el otoño de un huerto de Bretaña, con los manzanos cargados de estas aristócratas. Han de decirse de un árbol al de enfrente apodos expresivos, que yo querría aprender: tan individualizadas han llegado a ser que ya tienen derecho a bifurcarse en castas y a alabarse y desconocerse, desde una a la otra las chatrias, coloreadas, con las bídicas, traslúcidas...

En urna, más que en vitrina, como las joyas, están las uvas próceres, y mi paladar las recuerda en sus sabores ya bien aprendidos: las chasselas de Fontainebleau, no asoman como gajos fabulosos; son naturales como lo perfecto en su color de ala de abeja; la Alfonso Lavallée, negra y enorme, asusta a su vecina y hacia ella van las exclamaciones de los visitantes que en toda exposición no gozan sino a los monstruos: la Napoleón blanca pesa lo que su cepa; su racimo en la mano ha de sentirse como el grave corazón de la tierra; la de Alicante, negra y mediana, abre mi sonrisa con el nombre español y yo casi

la señaló como prima al grupo de las señoras; las moscatel de la Provenza, las que el rey René levanta en su mano en el monumento de Aix, como a una hija, han madurado casi a mi costado en este verano de Aviñón, y yo les pongo un gesto de camarada de sol, que las ha visto un mes dorarse quietamente.

“Hay que elegir el lugar y el tiempo para las buenas cosas”, dice el proverbio árabe. En este fin de otoño cae bien semejante convocación de frutos que se hace a las provincias agrarias capitanas: la Provenza, el Perigord, la Normandía, el Rosellón. Y el lugar es París.

Salimos. Al frente está el salón de otoño que no huele a savia contenida como estos pabellones, sino a liebre ultra pasada y que hace voltear los generosos sentidos provenzales, o los chilenos que son míos.

La prensa francesa, atollada como la nuestra en chisme político, nutrita —si es que eso pudiera nutrir de la bagatela reaccionaria o comunista, muy de tarde en tarde trae una información de puro tuétano que importa en profundidad a cualquiera y que nos fija unas horas el papel bajo los ojos.

Esta información vertebral se llama hoy “el túnel de la Mancha”.

La gran empresa, la superempresa moderna, contiene la misma calidad embriagante de los viejos trabajos de Hércules; retiene con zarpa la atención, floja de gastarse en puerilidades noñas. La empresa a lo Ferdinand de Lesseps, no a lo Roald Amundsen, ha reemplazado como semillones dinámicos a los sustentos de las masas que se llenaron antes el nacimiento del Corán o la Santa Cruzada.

Sin remedio, hasta los cronistas somos cogidos por el suceso industrial o científico puro. De mí puedo decir que me punza más la imaginación una página de Marcelino Berthelot sobre la química sintética que un poema del señor Valéry.

El túnel bajo la Mancha es un sueño con 126 años de edad, bastante adultez para que dé la zancada necesaria hacia la realización.

Poco después de la paz de Amiens, Fox por Inglaterra y Napoleón por Francia, pensaron en esta obra de reconciliación de los subsuelos, en este abrazo submarino, aunque parezca irónica una efusión del leopardo británico hacia el águila de alas horizontales, que abraza y no abraza.

<sup>66</sup> Escrito en Avignon, en marzo de 1929, y publicado al mes siguiente en *El Mercurio*, de Santiago, como “Empresas del tiempo. El túnel bajo la Mancha”. (N. de los Eds.).

El ingeniero francés Mathieu comenzó estudios serios. Pero Napoleón no era hombre para túneles, para canales, ni para empresa geográfica. Su genio felino de corzo violento fue durante veinte años un olfateo de botín de carne, de museo o de impuestos, y se echó de bruces en la guerra, malogrando la obra de un pobre Mathieu, más útil que él a Francia.

Hacia 1834, comienzan los trabajos de ese hombre extraordinario que se llamó Thomé de Gamond.

Yo llamo tipo de misionero francés a un hombre en que él encaja: el místico de la acción, dotado de técnica y abonado de buen sentido. Cuando esto le nace a Francia, ella va lejos: coloniza el África con Hubert Lyautey, o gana una guerra con Ferdinand Foch, o hace política extranjera con Paul Claudel. Tiene el ímpetu sofrenado por la norma; crea y ordena —porque otras veces ha creado sin ordenar como en la llamada Gran Revolución—, hace imaginación y procedimiento, para ella tanto como para el mundo, que está siempre pidiéndole ejemplo.

Thomé de Gamond había adoptado esta divisa: *Manu, Corde, Mente*. Como Francia entera, como cualquier francés no espurio. El espurio suprime “Corde”, al modo de Massis, por ejemplo, con sus sesos cargados de xenofobia; como Valéry, que se dice empachado de arte humano, a causa de que no sabe hacerlo.

Sus estudios fueron de ingeniero hidráulico. Lo harán un día santo patrono de esa rama, cuando se vuelvan a “recrear” los oficios con personalidad en grande.

Rico, además de sabio, él puso sus dineros a dignificarse en la empresa apellidada “insensata” por los prudentes; pidió consejo a los maestros de su misma especialidad; pagó informe tras informe, estudio tras estudio, predicó la empresa con una vehemencia de San Pablo ingeniero sin que la resquebrajaran la convicción, chistes tontos, no sonrisas doctas. Lo arruinó enteramente la tentativa y a su muerte su familia hubo de recibir una pensión del Estado.

Sus proyectos habían aconsejado de modo sucesivo un tubo metálico sumergido de 33 kilómetros, una bóveda submarina en cemento, un banco flotante.

La segunda probabilidad es la escogida ahora, y sus planos, sus rectificaciones, su alegato de cuarenta años de lucha, están en este momento en las manos de los posibles realizadores.

Napoleón III y la reina Victoria aceptaron hablar del magnífico asunto. La reina dijo con donaire que todas las señoritas inglesas agradecerían muchísimo a los ingenieros el ser preservadas del mareo cuando vienen a gozar de las Tullerías. Napoleón III no tuvo “debilidades” con la ingeniería mayorazga y leyó y oyó sin pasión los proyectos presuntuosos. Inglaterra se echó atrás menos por indiferencia que por un recelo bien justo. Los tiempos no eran los de hoy, con Austen Chamberlain sentado en Ginebra junto a Aristide Briand que le regala su más leal sonrisa, y asustó a Inglaterra aquel puente submarino aprovechable para una invasión de este continente, que nunca ha querido bien a Gran Bretaña.

Antes desde París, ahora desde Berlín, la Europa continental le ha mostrado siempre una enderezadura de tigre con gana de foca grasa, y le ha valido a Gran Bretaña prodigiosa, sobrenaturalmente, zambullirse en el mar que es tutor y suyo tanto como de la buena foca.

Felipe II fracasó a causa de vientos y brumas con el imperio anfibio, y Napoleón preparó en vano la costa bretona como una quijada de bronce para dar el empellón al archipiélago, que Neptuno mima y guarda.

Segunda pausa, bastante larga, antes de que vuelva la cuestión a mover a los dirigentes de las dos orillas.

Pero una sociedad francesa de técnicos retenía un cabo del problema sin soldarlo, con esa suave perseverancia que es la flor misma del temperamento francés y que hace el bello rit-

mo regular de su cultura entera. Por cuenta de tal sociedad, el ingeniero Breton socava un pozo de sesenta metros bajo el mar y hurga en las zonas inglesa y francesa de Kent y Boulonnais, con el objeto de probar las lealtades del terreno. Encontró las tres zonas de tiza de las que Thomé de Gamond ya había hablado: tiza blanca, tiza gris y tiza verde. La segunda sería la escogida. Materiales propicios son los tres para evitar grandes filtraciones del mar. El subsuelo parece buscado por una deidad geológica benévolas: ni tan duro que haga la socavadura muy lenta ni tan fácil que traicione la obra como una migaja. Las pequeñas filtraciones inevitables se recogerían, según Breton, en una galería paralela del túnel. Queda aún la ardua cosa del transporte de los escombros, que en cantidad embarazosa dará la inmensa excavación. Se habla de que se pulverizaría la tiza hasta el punto de que el agua marina los disuelva y se les incorpore completamente.

Los estudios ingleses del túnel han coincidido con los franceses en la adopción de la bóveda de cemento, y algunos en la creación de una isla artificial o banco del mismo material, a media ruta.

El presupuesto de la obra da, en francos, una cifra un tanto vertiginosa: de tres a cuatro mil millones de francos. En moneda inglesa, el cálculo marea menos: son 30 millones de libras.

La alianza franco e inglesa, que es uno de los pocos frutos firmes salidos de la guerra, orgullo de Francia y tranquilidad de Inglaterra, se halla en pleno meridiano, y ha hecho subir el proyecto a superficie visible como de un fondo también submarino. “O ahora o nunca”, dicen los ingenieros y financieras, anotando este interregno de cordialidad que puede echar su ápice de honra en obra semejante.

—Nuestra frontera efectiva —añaden los técnicos— ha pasado al Rin.

La clásica enemistad franco inglesa se ha sumido delante del peligro alemán, que hace horizonte.

Los pacifistas empujan a los dos gobiernos, pensando en que la manera indirecta de asegurar la paz es aumentar bloque a bloque las dificultades para una guerra.

Inglaterra no le tiembla el gasto, mirando hacia sus albergues de desocupados, que hormiguean de Escocia a Irlanda y que la arruinan. Así, ella puede poner de inmediato doce mil obreros a las perforaciones. Francia es una pobre bastante acomodada, a pesar de su franco de cuatro centavos y de su rezongo para pagar las deudas de guerra. Tiene, no hay que olvidarlo, el segundo imperio colonial del mundo.

Por economía, la obra no se queda. Puede quedarse, en cambio, por algunos mitos.

La insularidad ha sido siempre tenida como condición desventurada para un país. Poco mar, desgracia; demasiado mar, desgracia también. Se ha considerado que una isla es cosa linda, no buena. Aun las grandes, las Javas, las Sumatras, las Cubas, las Sicilias, sienten que es como una especie de humiliación su amputadura geológica.

Pero el inglés, que es hombre kiplinglariano, tiene entre otras la soberbia de voltear los vicios y las desventajas; para sacar la cara auténtica de virtudes. Y se la saca, de verdad.

De la conformidad, ellos han pasado a la complacencia y luego a cierto orgullo, de ser archipiélago. Más todavía: la insularidad se les ha cuajado en religión a muchos lores. Con ella explican, en primer lugar, la fuerza de la raza; con ella la originalidad de Blake o de Carlyle; con ella su independencia de juicio delante de las plagas ideológicas del continente; por ejemplo, de la Revolución francesa. Para mirar bien hacia la Europa continental y dominarla, sería preciso hallarse tajado de ella más que sus faros.

Ahora resulta que pueden perder la sobrenatural insularidad con la rectificación del mioceno, que se prepara, y esos místicos del aislamiento hacen la Sibila con razones que parecían juegos de humor de Chesterton si no fuesen su verdad misma.

Dicen más o menos: la insularidad nos ha librado de la peste varias veces; ella ha atajado en la Mancha la vivienda de las costumbres francesas. No es sensato ni que París pase a ser un barrio de Londres ni Londres uno de París. Dos enormes ciudades piden gran radio de distancia prudente entre ellas como dos personalidades fuertes. Atraídos por el mercado francés del vestuario, que es hermoso, pero malo, nuestra clase modesta tomará el tren para hacer sus compras en las Galerías Lafayette, y ya tenemos bastante con nuestro paro industrial.

Los chauvinistas añaden todavía que Francia es “suave y perfida como la onda” y que no se le debe ofrecer una ruta más para la perfidia, pues con la distancia anulada por el avión, ya tiene Inglaterra demasiado riesgo.

Detrás de estos artículos inefables de prensa puritana o nacionalista, andan algunas subvenciones de las compañías marítimas, alarmadas con la baja de las acciones, y que caminan con escarpines de seda.

Los canalistas, por su parte, responden con la razón formidable de fomento del turismo. Una cuarta parte de los turistas no sajones que vienen a Europa se van sin mirar Londres. Llegan hartos de mar, los sudamericanos, por ejemplo, y se quedan sin Museo Británico, lo cual es bastante renunciación. Un trayecto de dos horas y media de tren les convencería.

En cuanto al atentado de la ingeniería contra la urna de las costumbres, los canalistas responden que por barco y avión han ido y vuelto los vicios franceses, sin mayor daño, y que un carácter moral basáltico como el inglés no debe mostrar ese feo sobresalto.

Fusión de opuestos: la verdad es que el viaje de dos horas y media va a ser tentación para el pequeño burgués de Francia, que es gran poltrón; ésta vez sí puede esperarse que se establezca de París a Londres cierta fluvialidad de las masas, que mucho serviría. (Un francés dirá sonriendo, que ellos van a trufar un poco a la desabrida Albién). Los ingleses se tienen bien ojeada y hasta caminada su Galia. La guerra sirvió para eso; el canal continuaría lo que ella comenzó. Será buen negocio espiritual para el inglés dar más piel al contacto que puede afinarlo humanizándolo, además.

Un buen experimento de sangre sajona y latina consulta no sé quién en un semanario, con el fin de sacar de la retorta un magnífico ejemplar europeo. Más bellos tendones y esqueletos que los que exhibe el francés puro; más pecho y más espalda; un cerebro más fino que el británico y una sensibilidad preciosa, por amplia y atenta, pero sin el morbo que trabaja al parisense.

Veremos si el túnel, es decir, la ingeniería, resulta logrando una eugenésia feliz, y haciendo detrás de los injertos visibles, delicadas mudanzas de carácter, que serían más provechosas todavía.

Es bueno que todo francés no solo sepa que París no es toda la víscera de la cultura, sino un núcleo privilegiado de ella solamente; que el mundo existe como arquitectura y como costumbre noble en varias partes, una de las cuales se llama Londres. Bueno también que Mr. Wells no entre tan tarde en el hecho francés, para corregir algunas impertinencias suyas. Los ultraprogresistas ingleses dejaron de hablar del torpe añejismo francés, como hablan, a causa de que hay menos máquinas de este que de aquel lado de la Mancha.

Respecto al miedo luterano del estropeo de la virtud británica, la gran guerra echó de bruces en Francia a la última generación inglesa, que vivió, aseguran los pastores, gozadora y maleada.

No por Francia, por la guerra, que ellos también aceptaron y quisieron. Ella, la guerra, sigue siendo la gran ensuciadora de tierras y gentes, la bacante vieja, a una vez borracha y lúbrica. Habría que aconsejar a los pastores que en sus sermones la pintaran con su verdadero rostro, en lugar de acomodárselo hasta ponerle lozanías virgíneas y exalta a las tropas coloniales como lo hacen, usando ciertos capítulos del Antiguo Testamento como... aupador del coraje.

Diez Parises no harán nunca el destrozo moral que la guerra hizo sobre las juventudes de los cuatro puntos cardinales cuando se aglutinaron en un grumo caliente de codicia y de odio.

Venga el túnel de Thomé de Gamond, el vencido; todos le agradeceremos en poder ir en los días de julio a mirar tres horas las bestias prodigiosas del Jardín Zoológico, sin pagar con un mareo el disfrute. O a darle un día entero a cada ángulo de la sala de aquel museo, honra de todos los hombres. De todos, al fin de cuentas, pues ha cogido un documento noble en cada estría de cultura regional del mundo, desde Grecia al Perú, y visitarlo viene a ser un poco visitarnos.

A mediados del siglo XVI nació en este pueblo de Saintonge, por donde yo ando, Bernard Palissy, el de las porcelanas. Pudo firmar así, B.P., hombre de los esmaltes franceses, si como antes nos metieran el oficio del nombre. Artesano vulgar y mujer pobre le pusieron en la tierra de Francia (que él cavaría más que el tejón) a tener pasión y gloria dentro de la artesanía.

Casi ninguna educación, e instrucción menos, lo que vale decir nada de ayuda y a la vez nada de embarazos para el atrevimiento.

Muchacho, ya trabajaba en cosas de vidriería, oficio de lucrar en tiempo de iglesias. “Vivo pintando imágenes para existir”, dice él, en su linda prosa expresiva.

La primogenitura de los oficios europeos se la atrapaba Italia y él estudió por eso algunos maestros italianos. Él comenzará a hacer virar el gayo barco de los oficios hermosos hacia Francia, el pobre mozo metido en arenas y cales. Los oficios son reinados, pero lo hace la plebe, que se queda plebe por la torcedura de los pícaros que clasifican.

Del artesano poltrón no tenía nada: ni del tipo Jacobo Boehme, zapatero sentado semanas y semanas, ni del curtidor sedentario de Florencia. Dejó su pueblecito y se fue al Mediodía francés; luego al sur de Alemania; luego a los Países Bajos. Pintando imágenes había manejado un poco el mundo, barajado en caras de santos y en decoraciones de frutos y bestias raras, países que lo convidaron a andar. Se le entró así el gitanejar en la sangre pronta que era la suya.

<sup>67</sup> Publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 15 de junio de 1929, y en *El Mercurio*, de Santiago, el 20 de octubre del mismo año. (N. de los Eds.).

En otra frase de aquellas donosas que le saltaban a la pluma, él asegura que por todas partes “anatomizaba la matriz de la tierra”. No dice que se regodeara, en su piel, como el ceramista griego, sino que huroneaba en su matriz misma. Era así, profundo y ágil, haciendo sus anotaciones. En banalidad no cae nunca: el literato sobrado de tiempo puede banalizar, el artesano urgido de horas, si escribe, es para entregar hecho o aglutinar esencia.

A los veintinueve años se sienta con sosiego en el pueblo de Saintes —donde otros creen que nació— y se casa.

Yo no sé si le pesó mucho o poco en su vida el haber tomado mujer; pero le pesó. El casi químico, como el químico, cuando no posee renta deslindada del oficio, se ve en apuros para ensayar durante meses, dando dineros semanales.

Todavía hace vidrios estampados y la mujer se le junta como a obrero regular, con soldada precisa y sin salto de azar.

Un día no como todos los días, no día burgués, de dominó en los colores consabidos, Bernard Palissy vio una copa de linda porcelana que él volteó en la mano, enajenado de ver cosa tan bien concebida, tan bien tajada, con piel enjuta, pulida y dura. Esto se llama la lanzada de la vocación, y se queda herido de ella para toda la vida. Él cuenta que esta copa lo puso en batalla con su propio pensamiento. Desde que ponía imágenes e imágenes a arder en sus vidrios, él había conversado de este orden fino de trabajo, haciendo reír a los otros artesanos. Los obreros no creen —sobre todo hoy—, sino en el reino que tocan: alfarería o vidrio, y ponen ojo bizo a la aventura. Su miedo del riesgo es bastante burgués.

Su mística tenía Bernard, una mística adobada a la arena y los barros de su menester, y dice que Dios “le había dado a entender” —le había llamado, quería decir— otros vericuetos escondidos, pero magníficos de la artesanía.

El pobrecito no sabía nada sobre las arcillas, por desgracia. El viajar como él viajó excita el ojo con formas; pone el andador beodo de luces, acentos y materiales diferentes del propio oficio, pero no deja aparearse a aprender lo nuevo con dato, con fórmula, y calmosamente. Aparte de que los maestros de aquel tiempo eran más celosos de los “secretos” que les daban de comer, en cántaros y platos novedosos, que de su sangre, y no los pasaban nunca de mano a mano como una naranja.

“Lo que no se recibe se arrebata”, dice el refrán mexicano, y el fuego, que es el patrón sobrenatural de Bernard el ceramista, violenta la greda y la hace dar testimonio.

No se trata de jugar a las alfarerías fáciles como cualquier vieja que tiene prontos los dedos. Salta él al cogollo del ramo con el más lindo coraje que pueda darse; es la porcelana china, la de aquella copa de la lanzada, lo que Bernard busca lograr en un pueblecito francés y además en época de oficios sietemesinos.

¡Le va a costar, cómo le va a costar! El invento es repecho, cuando no es casualidad, y aunque esta porcelana superior estaba ya descubierta, y contaba la vejez de la alimentación de arroz asiática, Bernard ignoraba la rancia receta.

Las ventajas que lo asisten son: una testadurez de artesano un poco pespunteada de orgullo; una sordera sabia para no oír el rezongo cotidiano de la mujer, y algunas veces, solo algunas veces, un buen humor galo con qué contestar a los burlones una picardía cuando les oye la vil risita.

Ensayó primero en hornos ajenos, en los de la Cerámica de Chapelle aux Pots, y consiguió un esmalte blanco sin nobleza sobre unos medallones en relieve. Pero la mediocridad de estos trabajos, cuenta, le dio como más calentura para buscar el esmalte ilustre, el esmalte en seco, el esmalte.

392

Entre una prueba y otra, él acepta trabajos que le dan dinero y pone los dineros a lo suyo, en vez de aumentar la carne

ahumada de su cena o de comprarle a la mujer la media de lana. Avídez grande del oficio, que exige más que el amor, y que crea tanta discordia como el amor en la regularidad de la vida.

Ahora ensaya hacer la porcelana en los mismos hornos de la vidriería y el horno le da un engaño de éxito. Después de cuatro horas de cocción, la porcelana parece blanca y pulida y “ver esto —escribe él— me causó una alegría tal que creí haberme vuelto una criatura nueva”. Esta sensación frenética nos da razón a los que creemos que el oficio pasa por los mismos trances del amor, solo que con ventajas en la duración de la dicha.

El triunfo lo envalentona y levanta con sus manos una pequeña fábrica de vidrios que tiene como atributo mayor un horno poderoso. Estos hornos de la cerámica pobre son desgarbados y feos por fuera; pero, acercárseles, y el lecho de fuego hace gritar de su hermosura. El sonrojo sube y el interior del horno es el de una fucsia gigante.

El muy friolento capital se le había ido en las dotaciones y apenas le quedaba para combustible. Así fue como la primera cocción tuvo que interrumpirse. Fuera defecto del horno, fuera la mudanza del material mismo, el esmalte no se cuajaba ahora ni a la sexta noche. Además de amarga, la prueba resultaba cara, y no era cosa de malograrla. El pobre Palissy va y viene cogiendo tablas, cachivaches y horquetas de jardín, embeleclos que no le arden más de una hora. Entonces fue cuando él, ya desalentado, arrancó el piso de su casa entero y lo echó a la hornaza. Los cántaros y platos estaban adentro, sentados con la indiferencia de los budas en el fuego, el kaolin y el feldespato enjutos en vientre y asentaderas. De momento en momento, él se asomaba a espiar la empolladura roja con un ojo de congestión un poco ribeteado de sangre. Las piezas seguían iguales, viendo en torno la llama insuficiente y la mirada del ceramista, encima, como la del cazador sobre una presa preciosa que no se mueve.

Al obrero que había cogido con el engaño de la ganancia tuvo que despedirlo seis meses después, y le pagó sus salarios con su ropa, que seguramente no los valía.

Otro ensayo con el horno rectificado y consigue la licuación de la pasta; pero, para estropearle la pobre alegría, las paredes de piedra saltaron en pedacitos y le rompieron, claveteándoselo entero, el esmalte logrado, pieza por pieza.

Ahora viene la más penetrante anécdota de este hombre lleno de ellas, como un Napoleón... Él debe préstamos a los vecinos A, M, Z, y como les ha noticiado de que la cocción va bien, estos se vienen todos a asistir al suceso, rodeando el horno como una comadrona que fuese a mostrar un recién nacido. Bernard saca sus piezas malogradas y oye que le ofrecen por ellas unos subprecios, en buenos aprovechadores de la desgracia. Los oye y destruye delante de sus ojos toda la hornada... Después se acostó descoyuntado de desaliento: "Yo no tenía nada —dice—, sino reproches y hasta maldiciones en mi casa, y no quise oírlas". La mujer estaba escandalizada de la testarudez de su hombre con la arcilla y se acordaba, como los judíos de los ojos de Egipto, de los salarios regulares y aun grados que recibía el Bernard vidriero de antes.

Quince o dieciséis años dura este duelo del hombrecito empescinado con el horno, como salamandra y salamandra. No se sabe cuál de los dos es más demoníaco —en el sentido griego del adjetivo—: si el fuego que no le alcanza la caloría mil trescientos, o él mismo, ardiendo de su tesón ahora colérico.

Su primer éxito verdadero serán unos esmaltes jaspeados de blanco y azul y negro, en manchas calientes e irregulares, que entregan un conjunto agradable y hasta sorprendente.

Vienen enseguida sus figulinias rústicas, de inmediata aceptación en el mercado, y que de un golpe le enderezan la balanza económica. Sobre un plato o un mosaico espacioso, Palissy desparramaba conchas, lagartos, culebras, ranas y anguilas,

donaírosamente, consiguiendo grupos fascinantes. Estos platos barrocos —barroquísimos son; yo he visto y tocado bien cinco de ellos— se los disputaban los nobles y los villanos ricos, por la vivacidad de los conjuntos animales, más apasionantes que las guirnaldas de frutos de los de la Robbia. A esta zoología cerámica, un poco mágica (y magia negra a trechos como la górgola medieval), se le llamó en su tiempo “composiciones rústicas”.

En el buen poyo de piedra de su acierto estaba sentado el pobre Palissy cuando le llegó una orden de prisión. Se había vuelto hacía tiempo protestante, y a su manera de ceramista, es decir, con la hornaza y con la humareda ostensible de la creencia. A nadie se la escondía y hasta la propagaba. Afortunadamente, el condestable Montmorency, que le conocía la aristocracia artesana, le hizo salir pronto de la cárcel con indulto del rey. Le consiguió además de Catalina de Médicis un título de “inventor de figulinas rústicas para el rey y la reina madre”. Bella frase larga en papel de ordenanza real.

Bernard debió creer hacia el final de su vida, como buen artesano acicateado por las pimientas de la perfección, que no dejaba una porcelana adulta, una porcelana mayorazga, como la que tocaba en el aire, cerrando los ojos, con sus dedos de maestro. Dejó sencillamente la porcelana domiciliada en tierra francesa; fue padre de vasta industria bella; fundó oficio, que vale más que fundar ciudad; apuró la salmuera de los comienzos y dejó a los obreros que han venido después —los normandos, los de Sèvres, los de Moustiers, los de Limoges— el trago dulce del trabajo definitivamente domado.

Pueden ponerse en torno de Palissy todas las cerámicas actuales de Francia, dejándole a él como eje paterno. O, si se hace un vitral espacioso, en que se cuente la aventura del dicho oficio, dividido, como industrial federal que es, en unos cuarenta carteles anecdoticos, Palissy quedará siempre en el centro, grande como un San Cristóbal de la *faïence* superior. Su cara, en tal “imagería”, no ha de ser joven ni complacida, sino

más bien un poco miguelanguesca, puesto que su pasión de redentor de barros duró nada menos que dieciséis años. Mucho tiempo, dieciséis años. Durante ellos se nace, se juega, se aprende letras, se enamora y hasta se casa un hombre. Pero no se caza oficio entero. Eso no, eso no. ¿Verdad, Bernard Palissy?

Cabeza de seminarista melancólico de Pascal, con la falsa adolescencia de los enfermos: poca sangre, poco tendón, pequeña espalda. Pero no estropeó esta cabeza el duende de la vejez, que pellizca el cabello en las sienes y lo rálea, que relaja la varita de la mirada y la mejilla la ofende con un garabateo de hoja al revés.

Ojos grandes y válidos para la geometría generosa que, dice alguno, los nutre de espacio y los fortifica: ojos que miraban cubriendo lo visto, a lo padre.

La misma nariz de otros mayoriales del tiempo, que deja caer de su rueda a varios semejantes, y ensaya en varios una excelente nariz del gran Condé y de Arnauld, que aligeraba su cara con no sé qué aire ágil de rama del rostro. La barbilla, adonde dicen que se abaja y se engruesa el lino de la cara, apenas hace avellana.

Un paño de tristeza real encima de la cara. En la oración, cuenta él que recibió mercedes y la pena no se le fue; el juzgar fácil y preciso como un corte en la migaja, que fue otra merced, no lo consoló; ni sacó alegría de su propia escritura obediente a su gana de convencer y de ganar (también quiso él ganar como nosotros).

Tristeza de los que se quedan mucho solos, comen solos, rezan solos, y Dios les pesa más encima. Entran a un cuarto que tiene el muro lleno de dados de libros, que no valen para jugar; se están ahí sentados con una hojita de papel sin gesto

68 Escrito en Avignon, Francia, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 29 de diciembre de 1929, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, como “Retratos franceses. Melancolía de Pascal. ¿Alcohol? Falso amigo”. (N. de los Eds.).

delante; van poniendo en ella como Bernard Palissy en sus platos, cosas vivas que se les endurecen y otras veces la hoja se les queda igual, en pura espalda vuelta.

Lástima de Jacqueline que se fue sin hacer caso de su reproche con llanto dentro, y cerró con un golpe de terca y de santa la puerta del cuarto de dados, y lástima de Margueritte que iba a visitar, conversaba y reía un rato, pero no se quedaba.

Acedía de Blaise Pascal, exenta de los motivos nuestros cuando andamos así; el mal comer, el escapársenos una presa o el saludo bizco del amigo; pura pena, me diría él, de ser el hijo de uno que desobedeció hace mucho tiempo y de llevar el mismo hueso dudoso de pez que era el suyo y que se nos dobla en la prueba de Dios, la cañita que cruce y a veces se rompe.

En nuestro hotel de Ajaccio este profesor de historia, que es mi compañero de mesa, me pregunta cada día:

—¿Ha ido a visitar la casa de Napoleón?

Y cada vez yo le contesto:

—Todavía no.

La primavera corsa vale muchísimos Napoleones. Comienza con los almendros que, desde marzo, bajan en una cauda de blancura y levedad desde Orange hasta Aix, cauda que en las bocas del Ródano se rompe para reaparecer en Córcega. Al mismo tiempo que ellos, la mimosa del Mediterráneo, el árbol corpulento y dorado, que se da en ramos blandos, me regaló con siestas bien suaves en San Rafael. Después de ellos vienen los ciruelos, que casi alucinan en algunas huertas de Bastia. Si Napoleón se hubiera quedado en su isla brava, a una vez rocosa y dulce, poco se habría perdido y... habría unos cinco millones más de ojos franceses para gozar su Mediterráneo, porque en el admirable matador de hombres comienza la despoblación francesa.

Pero a pesar del perfil fino como de pluma de faisán de sus veintidós años, le importaron poco las primaveras corsas o provenzales al marido de Josefina y María Luisa, lo cual fue una lástima.

Llegan en estos días los *Mercurios*, que traen en página generosa de cable la información sobre la Conferencia Panamericana

69 Escrito en Ajaccio, en marzo de 1928, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 20 de mayo, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 7 de julio de ese año. (N. de los Eds.).

de Cuba. Mi compañero me hace traducirle algunos cables. Al final de una de estas lecturas me va diciendo:

—Usted dirá que le importan más los cerezos de Ajaccio; pero podría ser que la razón de su pereza para llegar hasta la *reliquia* sea otra. Usted dice que no sabe casi nada del hombre del 18 de Brumario y que eso la tiene sin cuidado. Sin embargo, sabe del modo que las mujeres suelen saber, por un lujo de intuición, que una americana del sur no debe admirar al querer a Napoleón, a pesar del estilo imperio que en el mueble es tan noble, a pesar de la pasión de Heine y a pesar de los mejores bulevares de París que Haussmann trazó por darle gusto al otro Napoleón.

“Yo pensaba, mientras usted iba leyendo esos cables, que casi son réquiem para la raza de ustedes, en lo que hubiera pasado, para disminución de Yanquilandia y bien de ustedes, si Bonaparte no hubiese existido... Francia conservaría la Luisiana. Entre los Estados Unidos ingleses y México, qué desahogado territorio francés se extendería, más que muralla cortafuego, un país entero, especie de Bélgica o de Suiza con destino político de primer orden para separar el bisonte del venado, o si usted quiere, el cocodrilo del indio descuidado.

“Pudo existir esa Francia ultramarina, más próspera que el Canadá que perdimos por su asiento en tierra de clima cálido. No habrían tenido con nosotros el pretexto de desbarbarizar al vecino, que en buenas cuentas alega el señor Kellogg respecto de la pobre Nicaragua. El comercio de la América del Sur nos lo hubiéramos repartido, con disputa, ceñida pero con algún éxito, porque la manufactura francesa supera la suya, y la absorción comercial que los Estados Unidos hacen sobre ustedes, de modo tan espantosamente absoluto, fuera mucho menor.

“Donde el francés coloniza, véalo usted cuando pueda en Argelia, humaniza las relaciones entre el blanco y el hombre de color, asiático o africano, y de la comparación más rápida con el inglés colonizador salimos gananciosos; el francés siempre

es el hombre, en Saigón o en el Congo; al inglés yo no puedo verlo, hacia la India o el Egipto, sino como un engendro mitológico, mitad Cecil Rodhes, mitad leopardo.

“¡Lo que hubiese hecho por ustedes una Luisiana francesa! Un destino, disparatado o atrida, ha dejado que se dividan aquel continente dos razas fundamentalmente opuestas, diferentes desde el meollo a la epidermis: la española desordenada y mística (mística por desordenada, diría D’Ors) y la otra, que no gasta, calor ni para abrir en res a Centroamérica. Hace falta entre ustedes el puente francés, que quebró, con una necesidad de muchachuelo, Napoleón. Hubiéramos sido entre ustedes lo que seguimos siendo hasta hoy: la razón francesa, que está asistida siempre de sensibilidad, que se diferencia de la razón de Londres o Dublín en que es emotiva.

“Cuando yo veo que los Estados Unidos hablan de ser en las reyertas de ustedes el mediador, yo me sonrío; lo que habría que buscar sería un traductor de Mr. Kellogg, para los pueblos del sur, que le sobajee un poco la sequedad de cuero rijoso que tiene en su expresión como en su espíritu cuando hace discursos.

“Ellos supieron bien lo que a Francia le arrancaron; pero Francia no entendió cabalmente lo que abandonaba.

“El Canadá inglés les inquieta poco. Es un mínimo de Europa, muy tolerable como está, metido en sus hielos. Con una Luisiana francesa asomada a ese golfo de México, que es el Mediterráneo de ustedes, aquello cambiaba muchísimo. Europa, a la que los norteamericanos detestan porque la temen, se les atravesaba como un cuchillo en la garganta. Nada de quijadas libres para estroppear a México, y un mar Caribe compartido a regañadientes, pero compartido.

“Entre los males materiales, hubiéramos deslizado entre ellos algunos bienes profundos de los que tarde o temprano tendrán hambre: un poco de la educación clásica que ignoran

casi por entero; un vago sabor de cultura entre su paladeo ácido de civilización mecánica. Grandes universidades francesas a medio camino entre Chicago y México se hubieran llenado de estudiantes yanquis y sudamericanos, y eso que llaman el ‘acuerdo espiritual’, que por ningún lado se ve venir allí, podría haberse comenzado, bajo la influencia de Francia.

“Este Bonaparte que atarantó a la Francia como encandiló durante diez años —los verbos aquí son míos—, la imaginación femenina, por desenfrenada, de Victor Hugo, hizo que no nos diésemos cuenta de lo que entregábamos. Inglaterra, con su sangre fría de serpiente sabia, nunca hubiera firmado semejante renuncia a un océano y a una tierra de caña y de algodón. Pero Napoleón tuvo el triste privilegio de enloquecernos. La razón francesa se fundió debajo de su sable como una cera, y el paseo fabuloso de nuestros batallones entre Madrid y Moscú hacia un efecto feérico de fiesta veneciana cumplida en dos mil kilómetros cuadrados. Parecíamos niños en una procesión de fuegos de bengala; él nos hizo echar atrás nuestra madurez lenta y preciosa que se llama, en el pensamiento, Pascal; y en las construcciones, Colbert, este hijo de María Leticia Ramolino en el cual el Mediterráneo caliente dejó los pulsos alterados.

“Porque no en vano son tan excesivas estas primaveras de Córcega que usted alaba tanto”.

—Hay una diferencia de un mes entre cerezos y cerezos floridos de Lyon a Ajaccio —le digo—. Cuando raleen las flores de los guindos, ya sin pérdida de este espectáculo blanco de las flores de los guindos, yo iré a visitar la “gran reliquia” del hombre de la gloriosa tropelía. Pero entre él y Juana, la lorenesa, los dos cuernos dorados de la gloria militar de ustedes (también esta comida por los ingleses), me quedaré siempre con Juana que mató lo menos posible para limpiar a Francia.

El bloque romántico me levanta una cólera sorda, por tanto mal que hizo a nuestra pobre América en literatura como en política; pero vuelvo de mi cólera, y qué manera de regresar; vuelvo del brazo con tres de ellos: mi Vigny, mi Lamartine, mi Michelet.

Jules Michelet ha estado más cerca de nosotros que los demás románticos, por estas cosas: por su democracia generosa o ingenua, que es la misma de los mejores americanos; por su atención tierna hacia la naturaleza, que entendemos bien nosotros, gente de geografía más que de historia; por su vigor un poco plebeyo: ¿no somos plebeyos al fin de cuentas todos los pueblos nuevos?

Me quiero acordar de él ahora, un poco por acordarme de mis veintidós años, un poco pensando en que algunos “veintidós años” que yo quiero bien dan ahora la zancada desdeñosa sobre su Michelet y yo les deseo a estos que Michelet cumpla con ellos el bien que cumplió conmigo, y que suele cumplir todavía cuando lo releo: un bien de fuerza, un bien de gozo, un bien de frescura, todo una misma cosa: un bien de salud.

En París, nos nació y nos vivió, exceptuando sus clásicas vacaciones en montaña y playa. Una biografía imaginaria de Shaw pondría a criarse al Michelet compadre de héroes e hijo de Virgilio a medias en una Bretaña heroica y en una Provenza soleada, y de ningún modo en la terrible ciudad que funde ahora a los aprendices de héroes en lagrimitas de estearina.

<sup>70</sup> Publicado en los diarios *El Mercurio*, de Santiago, el 11 de mayo de 1930, y en *La Nación*, de Buenos Aires, el 1 de junio de ese mismo año. (N. de los Eds.).

“Yo he crecido como una hierba sin sol entre dos adoquines de las calles de París”, decía Michelet, y por venir de un hombre que se merecía la dicha sin precio de la infancia en el campo, la metáfora duele al que la lee y ha debido dolerle a él mismo al escribirla. El campo era su lote de este mundo como el de todo pagano en grande (son los paganos chiquitos los que aman París) y por algo su vocación se le enderezó entera delante de los ojos en unas vacaciones de las Ardenas. Vivían sus tíos en Rouen, “un lugar que habla”, y la tía Alexia le contaba la *Genoveva de Brabante* con el *Tigre de las Ardenas*, conocidos nuestros. El día del fuetazo eléctrico de la vocación, él había pasado en los bosques de pinos, sintiendo a la ninfa como se la siente, cuchicheándonos a la espalda, y viendo los elfos como se los ve, sobre unas hierbas movidas sin viento.

Como todos los sanos y los naturales, Michelet nos viene del folclor; por lo tanto, trae destino de espontaneidad feliz; aprenderá mucho después de la tía Alexia; se casará con la erudición; pero siempre habrá en su mejor escritura alguna inocencia folclórica: escritor que no mama esta leche se queda con algo de homúnculo.

Familia pobre en la línea de la pobreza artesana de Péguy; hijo de impresor modesto, lo que es mucho mejor que hijo de tipógrafo asalariado. El taller en la casa o la casa en el taller: al lado del cuarto de dormir, las viejas prensas que sonaban en su orejita como una operación subterránea de titán; en la mesa de sus cuadernos escolares, las pruebas oliendo al fuerte olor grato de la tinta. Anuncios, boletines comerciales, folletos y no donosuras tipográficas es lo que se imprime; pero hasta en estos desvanes el oficio de imprimir tiene su nobleza: un poquito de magia en la simple multiplicación del original; sugerión de disciplina en masas de textos y en márgenes cabales, y la bonita limpieza de la artesanía entera. El niño creció formando parte de un oficio como la bisagra de la puerta: en plena algarada revolucionaria salía a distribuir clandestinamente la obra, porque Napoleón se le había ocurrido cerrar imprentas a destajo.

La naturaleza leal de Michelet conservó el cariño de los oficios lo mismo que se conserva tal o cual facción paterna, y algo más que eso: una norma, un fuerte dejó, de artesanía más que de profesión, seguirá en él en su trabajo histórico. Lo vemos sentado entre los “funcionarios de la historia”, entre los manejadores burgueses del documento, con un aire, una actitud y unas jornadas de artesano, casi en blusa.

Michelet ha contado su pobreza, sin amargura, porque ella le pareció buena, y sin rubor alguno, poniendo lo mismo que Péguy cierta complacencia en declarar la casta, aunque no se la pregunten, creyendo en la realidad de la casta como un paralelo geográfico. La necesidad democrática que cree la casta cosa fácil de borrar no se le ocurrió a semejante observador.

Los tiempos corrían bastante revueltos y el régimen tenía tanta seguridad de la semana como la madre de Michelet de la sopa del día siguiente; había mudanzas de domicilio tan cómicas que el pobrecito Michelet nació en una capilla ocupada por la revolución y donde el padre jacobino instaló sus “cajas”, dejando la cuna entre un tablero de letras de molde y un órgano. La madre se querella contra el marido, “alegre y descuidado”, con esa furia detestable y legítima de las patronas del puchero a quienes no se da el diario. El niño, que oía el pleito cotidiano, se quedaba siempre con el padre, precisamente por el humor solar con que tapaba el denuesto de la cónyuge con una bufonada. “Hijo de la gracia”, lo llamó él en su *Diario*, y lo era sobre todo como contador precioso de los sucedidos que le había tocado ver. Un hogar de todas partes, el de Michelet; pero especialmente hogar francés, donde el céntimo toma contorno y el franco alcanza personalidad.

Con todo, los padres comenzaron a darse cuenta de su niño y a pensar en educación por encima de su condición, a pesar de los tiempos turbios. O a causa de ellos mismos. Los Napoleones andaban en el aire y cualquier mujer francesa miraba a su niño como una levadura capaz de llegar a las Tullerías.

El niñito de diez años, comilón de coles y de papas desabridas en una mesa roñosa, se quedaba las horas y las horas delante de su Plutarco, sentado en el centro de la asamblea magnífica, con los ojos fosforescentes de estos niños maravillosos que los maestros tontos llaman “alelados”. Al lado del Plutarco, una ingenua *Historia de las reinas de Francia*, que era libro de la madre, una Biblia fortificadora, una *Eneida* que anticipaba a Homero, una *Imitación*, buen freno para lectura tan excitante. Pero sobre todo los volúmenes, el Plutarco, que se lleva con toda su fuerza el alma del muchacho.

¿Quién conoce, para que me lo apunte, un destino, un menester, más sobrenatural —siendo tan humano— que el de Plutarco? Él se ha ejercido y se ha cumplido ayer con Michelet como con Mistral, con Bolívar como con Vasconcelos. En cualquier pocilga, taller u oficina vulgar, allí está el Plutarco en edición de a cuatro reales o en edición burguesa, dando a un muchacho la enjundia de unicornio de Alejandro o la de toro de Antonio. Plutarco tiene —y retiene— una superpaternidad de todas las generaciones, en las que crea sin descanso los glóbulos rojos del espíritu, reemplazando al mozo su maestro zurdo o flojo que no le da nada. A la hora dulzona del “balcón”, es él quien saca a los jóvenes del mucílago de la sensiblería, soplandoles en la oreja el pregón civil. Esta herramienta de hacer hombres, que no se mella; esta fascinación, que no se acaba; esta fascinación, tan sobria y tan fuerte, de la eficacia de los hombres, parece que de puro mágica no tuviera nombre y se llama, con nombre de libro, las *Vidas de Plutarco*.

Los padres de Michelet vacían su cajón para enviar a su muchacho al liceo, al excelente liceo francés de todos los tiempos, el de las humanidades cumplidas, el que enseña mejor la disciplina y que es exigente de esfuerzo.

Fue un liceano magnífico Michelet y saltó año por año sobre todos sus compañeros en las pruebas de griego y de latín. De su liceo conservará para la vida el hábito de las traducciones latinas; las hizo por utilizar a su Tácito y por regustar a su Virgi-

lio en la juventud; las siguió haciendo en la madurez, por la pura dicha que le daban. Una de las pruebas valederas de que los clásicos no amojan sino al que lleva el material para amojamarse, es ésta del largo comercio con ellos, del lozanísimo, del vivo, del sanguíneo Michelet.

Michelet es un joven un poco austero, menos jovial de lo que se volverá en su juventud... de los cincuenta años. Su madre se le muere; la imprenta ha venido a menos y el viudo la vende y se busca cerca de un médico amigo un pintoresco empleo de mayordomo de mesa, o cosa así, en un sanatorio.

En torno de esta pobre mesa de pensionistas, Michelet conoce a aquella Paulina Rousseau que será su primera esposa. Es una joven endebucha y desgraciada, hija de una baronesa perdularia, hecha lo menos posible para encender una pasión y para nutrirla, una mujercita que pertenece a la vasta familia de los buenos insípidos, cuyo bien puede mullir un poco, pero no calienta nunca; que sabrá del hombre con quien vive, pero no más que la vendedora de periódicos: de esas esposas que se parecen tanto al ama de llaves que no entiende para qué un hombre las lleva al Registro Civil y no las deja sencillamente en ama de llaves.

Michelet entra con Paulina en una de las llamadas uniones libres, que después hace legal por piedad más que por amor. Pagó su noble yerro: él vivirá una larga juventud sin amor y se le quedará sin empleo el coronazo que es el suyo, casi hasta la vejez. El secreto de la producción enorme de Michelet según algunos sería este: su primera vida no tiene otra desembocadura que su trabajo; él adora, él goza, come, bebe y sueña libro, y nos contará en su *Diario* que sus pasiones de los treinta años “han sido solamente las intelectuales”; bien para la historia, mal para su dicha.

El doctorado en letras lo llevó al colegio de Santa Bárbara, de donde pasó cinco años más tarde a la Escuela Normal. La entrada de Michelet en la enseñanza es más suceso que la

mejor que la del mejor normalista de Francia. Él es no solo un maestro indirecto en cuanto a historiador: él es un maestro vertical y completo en *El Pueblo* y en los libros de la naturaleza. Alguna vez hablaba yo con algunas maestras sobre el buen contar y el buen describir en la escuela, y el fascinar y el conmover con ellos. Una me preguntó:

—¿Cómo quién? ¿Cómo quién?

Busqué, busqué hasta dar con la cifra exacta:

—Como Michelet: contar el héroe como Michelet contó el Hércules; presentar el animalito como Michelet lo presentó; describir la montaña como lo hizo Michelet.

Él no se lo aprendió en ninguna Normal; es probable que si se lo enseñan lo echan a perder como lo han hecho con tantos las normales; para narrar él no necesitó sino cuidarse el “cuarto” folclórico que todos llevamos; y para describir, tener sentidos pacientes, limpios y ardientes.

Escribe para sus alumnos un buen compendio de historia moderna, su primer escrito largo, y se lo alaban los colegas como cosa maestra en el género; el texto, limpio de intención política todavía, crea su reputación pedagógica y lo lleva derecho a un cargo de preceptor en las Tullerías, para enseñar a la duquesa de Parma. La tentación del destino de Bossuet y Fenelón muy fuerte pudo atraparlo; pero el hombre Michelet no podía dar con la pasta, letrado cortesano de los dos obispos.

Los dineros que dan las pedagogías le sirven para hacer su primer viaje al extranjero; él se embarca para Italia en vacaciones. Desde ahora él pedirá a la geografía su palabra honrada antes de entrarse en la historia y se encenderá con el paisaje, tomándolo por musa para que le vivifique los personajes, por lo cual su historia mixta de terrón y de criatura, con alusión al relieve, con fondo botánico y con aureola atmosférica, parecerá siempre más cierta que la historia compuesta como una

tenia seca, de anales y anales cronológicos anudados de los otros que le han precedido en el género.

Cuando se lee la admirable *Historia romana*, con su fuerte descripción inicial, cuesta creer que eso salió de un viaje de seis semanas, durante los cuales el pobrecito de Michelet rodó de diligencia en diligencia, de la Liguria hasta Nápoles, sin otra pausa grande que la de Roma. Él alabará más tarde en los libros de la naturaleza, el ojo del pájaro y el del insecto; él se conmoverá con los sentidos de los animales tan superiores a veces a los nuestros, porque suele alabarse lo que se tiene: sus propios sentidos pasman lo mismo que aquellos: él ve rápido y bien; él huele como el ciervo; él toca como con la carne viva y cuando palpa le parece carne viva.

Su método histórico y especialmente su sentido de los acontecimientos, el credo de Michelet historiador, asoman netos en esta *Historia romana*. Plutarquiano y todo, él va a desmoronarles media falda a los héroes para hacer subir el llano; él va a volver la hazaña una especie de púrpura en la que corre la sangre de la colectividad, y que hace visible en un individuo, ya sea por la maña de este que se viste con ella para lucirla o por yerro de los historiadores que no han sabido juzgar y adjudicar. Los fundadores, los guerreros y los magistrados romanos, según Michelet, son únicamente las astas del toro latino, llenas de sol; el cuerpo de la fundación, de la doctrina del derecho y de toda aquella grandeza, lo pone el pueblo.

Generosa hasta no decir más la teoría y falsa como mucho pensamiento generoso. Los semidioses y los titanes pasaron; los héroes van pasando, empujados por la democracia a quienes estorba, y la “frase colectiva”, privada de sustantivo y verbo, se afloja y se muere. En la primera parte de la gran guerra se da gusto a Michelet borroneando los núcleos de la dirección, y el conjunto es de una gelatina fea como la baba del mar; los ojos del pueblo buscan donde pararse hasta que los núcleos se hacen visibles en Clemenceau o en Foch, y las caras se alegran de recuperar “tierra sólida”.

Grandes sucesos sacuden el suelo de París, el de la misma casa de Michelet, y él apenas atiende a ellos, por más que sea un funcionario de las mismas Tullerías; sus patrones, borbónicos, salen echados y Luis Felipe entra en París.

Michelet vive ciego de trabajo, deslumbrado de materia histórica inmensa, embriagado de su labor como vivirá cincuenta años. No es el hijo de Adán para quien la labor se llama fatiga si no en la mañana en la tarde; también en esto parece que sea un pagano: el trabajo para él es una lonja solar de este mundo, lo que remueve la sangre, lo que mete las facultades en un bonito haz, lo que abrillanta los ojos “y hasta embellece”. (El trabajo feliz que es el suyo en su mesa de escribir, mucho más que la pedagogía obligada de Santa Bárbara y de la Normal, no los otros). De cinco a nueve de la mañana, cuatro primeras horas; en la tarde otras cuatro: este horario formidable dará los cuarenta volúmenes que le contamos.

La vida de familia corre descolorida y neutra del lado de la mujer, próxima y extraña al marido como la pata de su mesa de escribir; el padre viejo es la única viga de afirmar esa casa y de confortar y dar alegría al hijo. Conmueve como un capítulo de la *Odisea* ese viejo donoso que cuenta la revolución en la parte popular, con argot sabroso, y que da a Michelet en la cara el resuello, tan grato para el demócrata de las multitudes. Además de contar, el viejo lee. Cuando los ojos del hijo se caen de cansancio encima de un libro de consulta, el padre lee horas y horas, hasta que Michelet se le duerme; entonces él, le acomoda la almohada y le pone su caricia viril en la cara.

La otra confortación le viene del éxito total de la *Historia romana*; la batalla del escritor quedó ganada definitivamente con ella antes de los cuarenta años, o sea, en el tiempo en que le gusta a (Eugenio) D'Ors que el hombre gane: si gana muy temprano se embriaga con la copa y hace disparates como los niños a quienes se da de beber; si gana muy tarde, llega con cara trasnochada y amarilla a su propia fiesta.

El mendigo de Bagdad o de Damasco, pero qué mendigo español que cargaba vicios como un rico, cosa que nadie excusa con su osamenta trastrocada de huesos en una mudanza que no se acabó al pobre absoluto; de donde le vendría trastocar los achaques diversos y darnos por renegamiento de la carne su derrota con ella, y por adoración de la Virgen su sorpresa de hombre careado que topa criatura intacta. Verlaine, de los ojos pequeños, los ojos que han mirado mucho su candil de pobre en vez del sol bueno que los rasga de una vez y que han lagrimeado lagrimitas pequeñas por un destino sobrenatural; con sus pómulos saltones que cuentan la mala sopa que le hacía la mujer del rezongo, cuando se la hacía, y lo mal que nutren los aguardientes del bar al hijo de Adán que vino a comer trigo, aceite y fruta.

Derrotado, Verlaine, de la barbita rala y amarillenta de cáñamo que se malogra, también ella indigente, la que le escondía la boca en que suele verse nuestra derrota. Mirada bien ausente de las cosas y de la misma botella que se le había vuelto hija, mirada de borra de sí mismo, pero buena al cabo para ver las cosas que eran las suyas; la mesita grasienta del café perdurable, la pared con roña de su cuarto, cuando lo tenía, o el muro insolente de yeso de su hospital.

Verlaine, de la pierna más desobediente que el mal amigo y de la que se le burlaban el asfalto moderno, lo mismo que las losas de Notre Dame cuando entraba a rezar; pierna aliada de su mujer para hacerlo su irritión y que se le burlaba de que el óleo tan cabal de su poesía no le sirviera para aceitarle la coyuntura mohosa; pobrecita pierna a causa de la que dan ganas

<sup>71</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 29 de diciembre de 1929, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, como segunda parte del “Retratos franceses. Melancolía de Pascal. ¿Alcohol? Falso amigo”. (N. de los Eds.).

de añadir a las letanías de la Virgen una más que la llame: “Madre de los lisiados, ruega por Verlaine”.

Vagabundo sin sensatez para su disparate —otros locos fueron sensatos— que pudo escoger para andarlas una Provenza o una Bretaña, donde el viento que hace volar el harapo —que en él tenía por nombre *pelerina*— lo limpia y lo seca bien. En vez de eso fue vagabundo de ciudad y de una ciudad en que la calle pringosa, que es la del pobre, lo vuelve su esponja hediondísima.

Verlaine, tan débil para poder pelearse con el gañán robusto que llaman diablo y que lo trató a él con el puntapié de los capataces a los niños que trabajan en su máquina.

Verlaine, cotidiano y nunca épico, cargado de pecados veniales que no son los de *condottiero* o de rey, por donde lo tenían que desdeñar más los “justos”; verdadero enemigo de sí mismo como llama el teólogo al pecador. Yo le estoy mirando así, como vivió, enojado con su cuerpo y su alma, estropeándoles todo lo que podía con su poca fuerza, y diciendo que así probaba a Dios que compone el descalabro.

Reenseñador y devolvedor de la escritura medieval que teníamos olvidada nosotros, corrompidos por el viejo Hugo, pastor de avestruces; tan piadoso por habérnosla traído como la que enseña a hablar a su niño y que aprenda por ahí el gruñidito de una bestezuela.

Verlaine ofendido, a quien llaman el “amado de los mejores”, aun cuando parece que los peores han pisado en su vida y lo han aplastado en el pavimento como a un pellejo de fruta preciosa.

*Un hombre que no es querido y sagrado como un semi Dios...*

*Autor no solo de sus obras, sino de nuestras almas.*

CHARLES MAURRAS

Cuando la Provenza haya caído al fin en la trampa mecánica de la civilización, después de haberla esquivado mucho tiempo, con defensas latinas; cuando la Camargá haya sido provista de agua de ingenierías y Salon se haya desvestido de su silencio y de su atmósfera listada de lavanda y de tomillo, el tiempo de Mistral, la costumbre de Mistral, la ideología de Mistral, se habrán mudado en leyenda pura, en el pulido colmillo de elefante que es la absoluta leyenda.

Para la transfiguración de los materiales realistas a mito, se habrán juntado unos diez artículos de Maurras, unas dos mil alusiones de Daudet y una crónica larguísima de los feligreses, que anotaron al poeta desde la fineza de la mandíbula latina hasta la elegancia con que comía en mesa de condes o de granjero.

El profesor de la universidad futura de Avignon va a decir más o menos lo que yo digo aquí sobre Mistral, si lo quiere bien:

Vivió hacia el mil novecientos, cuando le vino a Francia su mala ocurrencia de volverse el anti Plutarco de Europa, un hombre, engendrado según el antojo popular, que es antojo noble, por Orfeo mismo en una campesina de Arlés, en la que le pareció más linda y más sensata. Los olivos, que casi hablan, de intención humana, en la Provenza, atestiguan la unión.

<sup>72</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 21 de julio y el 14 de septiembre de 1929, respectivamente. (N. de los Eds.).

La madre, fiel a la magia todavía, quiso llamarlo Nostradamus, por el mago de St. Remy. El alcalde y el cura, los dos, no quisieron apuntar semejante nombre. Entonces la madre lo llamó Federico, acordándose de un chico que le llevaba los recados de amor, los de Orfeo o los del marido, vaya usted a saberlo.

El niño era virilmente hermoso, con un alto cuello de corzo y uno de esos perfiles en espadaña de lirio, suavemente neto, hacia la juventud. Así lo ha contado Lamartine. De hombre maduro (se casó bordeando los cuarenta años) era hermoso como un Apolo que hubiese engordado un poco al arrimo de lo doméstico seguro, y todavía de viejo paraba a las mozas en las calles de Arlés con su bizarro modo de caminar y una masa de cabellos blancos que le echaba como una luz de medio-día parado contra la cara.

Jugó de pequeño con los insectos de Fabre, que no son sino los provenzales, la canilluda “señorita”<sup>73</sup> amarillo verdosa, y el emporio de escarabajos de esmalte que cría la Vaucluse entera; jugó con los “santones”<sup>74</sup> de Pascua en las ferias locales, sin entusiasmo hacia los muñecos holandeses y aun los de París, y ellos han debido enseñarle la broma que se le trenzaba a lo serio de los asuntos, dándole la religiosidad de retablo que tuvo, hecha de emoción y de juego.

El viento de su nombre le hizo creer seguramente en la infancia, que su familia comprendía la atmósfera, el granizo saltón y la banda del arcoíris.

Mozo, estudió letras griegas y latinas en Montpellier, y en su antología escolar se encontró como en una vereda lamida a su Homero y su Virgilio, a los que entregó mano y mano como a ayudadores; se quedó con ellos y no tuvo necesidad de mudarlos nunca.

<sup>73</sup> “Señorita”, especie de saltón.

<sup>74</sup> “Santones”, muñeca de industria popular. (Notas de la Autora).

Sabía el griego como cosa de que se acordara, y se acordaba de él su sangre posiblemente, pasada de la aurícula de Orfeo a la de su corazón, según la anécdota que conté... El latín le daba en el espíritu el goce que los aceites que suavizan nutriendo, ponen en la lengua cuando se le hacen costumbre. En las dos hablas clásicas era su dialecto de Oc el que mimaba, el dialecto que quiso sobre toda cosa, más que mujer y más que a religión.

Los compañeros de Montpellier se le reían de la jerga bruta por la cual aventajaba el francés domado como la gamuza en el guante. Él la lucía encima de la burla, en las conversaciones del patio escolar, y hacia la noche, encerrado en su cuarto, iba poniendo sus ritmos primerizos en ella y no en la otra. El francés del tiempo —expliquemos— tenía demasiado visibles las digitales de Anatole France, por ese tiempo.

Al revés de todos los franceses, no le tentó a Mistral ser hongo de notaría ni tampoco liebre en los pasillos de los tribunales de justicia. El padre poseía tierras capaces de buen olivar y de viña, y a él le gustó siempre vivir al aire libre, en el orden de las estaciones, mirando el verano rasguñado de cigarras y padeciendo el invierno verídico. Se quedó en campesino con función virgiliana de informar sobre “los héroes y los campos”, función cívica que se impuso a sí mismo y que tomó más en serio que si le viniera del Estado con sellos y todo. El apetito rural, que sigue vivo, de la fábula puesta en estrofa, no se lo servían a la pobre Provenza los poetas de la ciudad, y a él le tentó este oficio, abandonado después de los griegos, de alimentar a los campesinos con una cultura rimada, poniéndoles en el poema alineados sus frutos, sus bestias y sus creencias. Clavose en su Maillane y resistió cincuenta años los convites de Avignon como los de París. Una voluntad de perdurar en un estado se le conoce a lo largo de la vida al poeta: no mudó de mujer, de paisaje cotidiano ni de religión.

Entre los treinta y los sesenta años, en el tiempo mismo en que Fabre inventariaba los insectos provenzales, él juntó palabra

y palabra del dialecto aceptado, que pasaría por él a rango de lengua completa, y así acabó dando un diccionario cabal del dialecto a los provenzales. Les regalaba por los mismos años con una traducción del Génesis, dolido de que su gente tuviera que leer la creación del mundo en expresión forastera. Si vive lo que Noé, les hubiera dejado la Biblia completa, con Homero y el Dante. La intención que lo trabajaba era recrear la Provenza echada a perder por el siglo, a puro contacto de los textos antiguos, y hacerles paño de atmósfera con la tradición latina, a fin de que no se contaminaran del presentismo apelbeyante del tiempo.

Museo completo nos juntó, pieza a pieza en Arlés, donde vamos todavía en la pausa blanca de los domingos, a voltear con nuestras manos cuanto han hecho los oficios provenzales, desde el tamboril de las fiestas a la cerámica noble, pasando por las hilanderías cuidadas y la forja mejor.

El valle del Ródano cría una gaya raza de mujeres, frecuentemente tostadas, que miran con un ojo español de ciruela negro azulada, ojo más abierto que el que hace el norte, porque lo ha rasgado la mejor luz de la Galia. Federico danzó con toda la Vaucluse femenina, con esta pestañuda como con aquella otra bien plantada. No podía llevarse a cada una hacia Maillane y se puso a crear con todas, en carne de fábula, una sola que las contuviera: eso fue *Mireya*, a la postre.

Le plantó en la segunda decena de años, la edad en que el olivo es más lustroso; la puso enamorada, es decir, quiso colocarla en sol vertical, a fin de que diera todo su aroma, y el galán fue un cestero, pues Mistral no creía en las castas a la francesa, sino que aceptaba una aristocracia física dejada caer por los griegos en las bocas del Ródano. Puso a la pareja en la luz verde de la morera, cogiéndose la mano como por casualidad en el enredo de hojas aceitadas, y les juntó en las heroicas noches de mistral revuelto con nieve, a oír la gesta del Bailli Suffren: les compuso, bien la dicha y todavía mejor la desgracia, adentro de la fábula, que por antigua debía contener las

dos cosas, y dio a Mireya muerte de sol, porque la Crau mata de insolación a los niños en una sola carrera de poblado a poblado. Dejó a la muerta en las Santas Marías, pensando en que su Mireya era una mediterránea, es decir, una católica.

Con este poema, Mistral dejó contada a la recogedora de aceitunas, hija primogénita en una tierra lechosa de olivares.

Después contó a *Calendal*, el pescador de camisa abierta en el pecho, con las redes oliendo a abismo marino; lo contó como pretexto para decir el mar de la Provenza, que es un pequeño manso o un pequeño colérico según el viento que lo regodea, y metió a este segundo galán en el vericueto de un amor difícil que lo forzara a saltar de una hazaña a otra hazaña, dándose gusto el contador mismo en su apetito heroico de hombre antiguo.

Después contó a Nerto, la embrujada, como pretexto otra vez para mostrar, en los desgarrones de la intriga, la montaña provenzal, y cogió el Palacio de los Papas en el paño hazañoso, con su orgullito de que ciudad suya, durante cincuenta años, haya alojado y tenido papas, dos de ellos legítimos.

Después contó el Ródano, el río que tuerce en una voluntad humana la montaña suiza y se viene hacia la llanura de Francia, tentado en su perfección geográfica; baja la llanura como una jabalina, pero no rápido como ella, sino lento, disfrutando, a lo sensual, o a lo gran señor, orilla y orilla; el río que hacia la Provenza tenía patria como el Petrarca extranjero, carga su lomo de los relatos regionales y lleva sobre sí el color de los días de la Provenza: blanco gris, gris verde, azul dorado y dorado rojo, hasta desembocar en el mar pequeño que él alimenta como padre mejor que como hijo.

El contador tomó el río mayorazgo con cuanto lleva: barqueros llenos de refranes; mujeres enfiestadas y cargazón de naranjas y aceitunas. Se regaló en las supersticiones que el río ha creado (jah, el donoso hombre de folclor!) y no tuvo sosiego

hasta que el Ródano le quedó entero dentro del poema, en una enorme trucha temblorosa.

“Después contó las Islas de Oro, que son más que eso (Isla de Oro se llaman las que enfrentan Tolón), los escabeles geográficos del Mediterráneo en que el contador se sienta a ver e inventar con lo visto: piedra de Arlés, piedra catalana, arenas tolonesas”.

Después contó otras cosas.

Siete años de espacio ponía entre libro y libro, a lo mago, y su raza se los esperaba seguramente como a la aceituna que no se anticipa a octubre.

Quien tenía una fábula intacta la regalaba al viejo que la volvía greca simbólica; quien tenía pueblecito no dicho, lo llevaba a su pueblecito y le hacía pasar por los sentidos su fruta o su molinera de lavanda. Y así él vino a medir paso a paso su país, que se le subió al corazón, donde se le amarró con diez nudos hasta la muerte.

Clase no puede decirse que la tuviera: de aristócrata luce los nobles asuntos y el sentido de la permanencia en lo terrestre; de burgués, el gusto del buen vivir en la granja abastecedora, y la sensatez; del pueblo tuvo el amor de las fiestas no encerradas y la preferencia empecinada del dialecto.

El aire de cosa conversada mejor que escrita de sus poemas le venía del lindo conversador que fue siempre, conversador en el café de Salon o en la plaza de Arlés, a donde llegaba sabatinamente. El otro de su tiempo, Victor Hugo, no supo conversar nunca dentro del poema, echado a perder para la llaneza con su manía de Jehovás y de océanos.

En el corro del café, mirando cómo le querían bien letrados, casi letrados y analfabetos, toda criatura provenzal, se le ocurrió hacer con su ociosidad charladora una especie de instituto

al aire libre que resucitara la lengua de Oca, la par que las antiguas fiestas griegas, limpiase a ambas cosas la roña, les peinase el abandono de instituciones en desuso y las dejase frescas para danzar de nuevo. De esa ocurrencia, grave y risueña salió el felibrismo o felibraje, y nacieron uno a uno los grupos de felibres, desde Valencia a los Alpes marítimos. Él adoctrinó los grupos, con principios casi teológicos por lo finamente robustos y gobernó esa cabellera arisca de lo popular, peinándola hasta la lisura de la institución. Sabía esto de gobernar hombres absolutamente, escondiendo la garra del dominio; había sido el mejor compadre, el mejor abuelo y el óptimo camarada.<sup>75</sup> Tenía en la punta de la lengua el adjetivo excitante que hace responder a cada mozo y el sustantivo adulador que regalonea a cada moza.

Conocido como el río, espina dorsal líquida de la Provenza, y querido como el mismo río que da la legumbre de todas las huertas, Mistral envejeció sin acedia, pensando en que era bueno haber vivido alimentado de aceite provenzal y caza fina de Maillane, y lealmente celebrado de su raza. En los últimos años, el mas,<sup>76</sup> compitió con las Santas Marías del Mar en el peregrinaje que iba a ver al santo del dialecto y a recibirle esas conversaciones vecinas de la eternidad, que tienen el precio de los pámpanos finales de la viña, como en Goethe, en Whitman y en Emerson.

Recibió el Premio Nobel, pero como Romain Rolland, no entró a la Academia Francesa, lo cual está muy bien en hombre enemigo de aires confinados.

Un día se nos murió de sorpresa, pues le esperábamos la pegadura de Matusalén a este mundo, que no le había dado grumo ninguno de tragedia y sí varias dichas de ver, palpar y gustar.

<sup>75</sup> Abuelo de todos, no de nieto propio, pues no tuvo hijos.

<sup>76</sup> Mas, granja provenzal. (Notas de la Autora).

Desde entonces, cada mes se bautiza en la Provenza malecón, fuente o plaza con su nombre, y todavía le darán el patronato de algún fruto nuevo, que logre un jardinero de San Rafael, de algún insecto escapado al inventario de Fabre o de alguna bahía que nos haga el mar de pronto. No le quedan otras cosas de qué ser padrino en el suelo que cabalmente contó. De la región ha debido llevarse un mapa al cielo, tatuado sobre el rectángulo pectoral del cuerpo glorioso y que estará mostrando sin cansarse a los santos franceses, a Santa Radegunda, a Santa Juana, fusta de los ingleses, al cura de Ars, el otro campesino.

Algunos tenemos destinos de perdedores de fiestas. Mientras más raras son nuestras fiestas posibles —y no sobrepasan la docena las más—, más duele la torpeza del atraso y se aborrece más al duende malo que se come el pobre requesón de nuestra nochebuena.

Mi fiesta perdida de aquí ha sido Charles Peguy, cuya amistad valió una tapicería de Notre Dame (para emplear palabra suya) y que pudo ser nuestra. ¿Por qué no? Ni el fervor ni la limpieza de corazón, ni en la insensatez de creer en los héroes de cualquier tiempo, ni el romanticismo de Cristo, ni la pasión de Chartres, ni el asco de las culturas embotelladas y hediondas, nos habrían faltado para pedirle amistad y recibírsela.

No me dolería si fuera un muerto distanciado unos cincuenta años de mí; pero se borraron de esta Francia su pelerina y su gesto en el 1914 próximo, que casi se toca con la mano, y la posibilidad perdida duele como una majadería casi voluntaria.

No se ve el heredero de Peguy, aunque algunos gustan parecerlo. A la reproductora de bellos semblantes se le han extraviado estas facciones lentas de hacer y va y viene haciendo otras, pero las suyas no las logra.

Escritor como este, que fue por sobre todo hombre extraordinario, si no deja detrás un buen biógrafo, se muere de verdad; se desbarata el vulgar maravilloso que fue el suyo, el cotidiano menudo y precioso que él vivía, y que se quedó entero fuera de la obra.

<sup>77</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 23 de octubre de 1927, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 14 de enero de 1928. (N. de los Eds.).

Peguy tuvo —¡siquiera en esto!— fortuna estupenda en el amigo que dejó detrás, cuidadoso como un miniaturista de los gestos que le viera, leal como un objeto doméstico hacia el noble contacto recibido veinte años.

Hay que amar esta biografía<sup>78</sup> por dos costados: por su fidelidad para el año, el mes y el día del héroe, y por la novedad ejemplar introducida por ella en el aburrido género biográfico.

Un amigo cuenta, sin énfasis, en el verdadero gris de arena de la vida vulgar, cómo Charles Peguy hizo su Normal; cómo realizó la odisea tipográfica de los *Cahiers de la Quinzaine*; qué clase de dreyfussismo fue el de sus veinte años; cómo Bergson saneó su alma del racionalismo de la Sorbona; cómo fue, del bergsonismo, resbalando hacia el catolicismo; cómo Peguy sabía ser pobre, de una pobreza casi inédita que creerá tipo y podrá llamarse la pobreza Peguy, por exenta de rezongo y de fealdades pequeñas; se habla de su verdadero arte de ser gran pobre, sobrenaturalmente pobre; de su arte de ser amigo confortador, dando a los otros la esperanza suya; de cómo aumentaba al amigo para quererlo mejor; de cómo él conseguía vivir en Edad Media desde la calle de la Sorbonne número 8, gracias a su Domingo de Chartres y su visita secreta a Notre Dame; de qué manera él era por tercios republicano socialista, hijo de Juana de Arco y converso tímido que llama a la puerta para pedir confesión y retrocede para volver a llamar.

La obra vale tanto por la anécdota rica como por el tono de una familiaridad juguetona, en el que la ternura se disimula con un burlesco delicado. Gracias a la memoria de uno de los biógrafos —camarada de escuela—, los que llegamos tarde a la fiesta podemos tocar la vida de Peguy como una vestimenta tibia de su cuerpo todavía y verle en el ojo brillante el garaba-

<sup>78</sup> *Notre cher Peguy*, de Jérôme y Jean Tharaud. París: Editorial Plon, 1926. (N. de los Eds.).

teo de la última aventura. Gracias a la ternura del contador, recibimos un Peguy flexible, sin la tiesura de todos los biografiados después de muertos.

De esta biografía, que es una conversación de 500 páginas, y que tomaría tres noches espaciosas, Peguy habría dicho que contenía la gracia. Él dividió así hombres, países y libros: agraciados y desposeídos de gracia; gentes y cosas creadas delante del Espíritu Santo o amasados a sus espaldas. (Y ahora veo que nuestro adjetivo desgraciado es más profundo de lo que creía y toma para mí una vereda insospechada de sentido. Desgraciado: huérfano, por un momento breve o largo, del contacto feliz con lo divino).

Muchos envidiarán al Peguy que en su opaca vida no les levantó ninguna roja codicia, el intérprete inusitado que ha venido a poseer. Tendrían que merecerlo. Solo un hombre que hizo la amistad como Flaubert el párrafo, afinándole el cristal cada día y urgiéndola como a las esencias, se va con la probabilidad de semejante supervivencia. Ha dejado en su ciudad diez o veinte camaradas de tal manera permeados de sí que alguno debía exprimir tarde o temprano para bien suyo la esponja de la memoria leal.

El cabal elogio de la biografía, es decir, lo que empecé diciendo: despierta el apetito de la amistad del biografiado. Se piensa: ¿por qué yo no lo tuve, como este, tan cerca; por qué no gócé una hora esa silla rota de la covacha editorial; por qué otros y no yo le oyeron hablar “del heroico posible de 1914” y no le sorprendí las Ave Marías secretas que rezaba, tal vez con el periódico levantado en su tranvía?

Este europeo anterior al año fétido de 1914, nos decimos, estaba hecho también para nosotros en la tierra de Francia, que ha recibido el destino de producir los Peguy, pero tardíamente, espaciándolo con los Mauriac y los Morand.

Nada, que la fiesta acabó sin que llegáramos y hay que conformarse con los ramos rezagados que de ella quedan, y leyendo por segunda o tercera vez la inusitada, la admirable biografía de los Tharaud.

U N A B I O G R A F Í A D E P I E R R E C U R I E P O R  
M A D A M E C U R I E<sup>79</sup>

Varias biografías de Pierre Curie se han escrito en estos años que la química enseñorea y se han publicado en enciclopedias, revistas científicas y volúmenes. Pero enfiladas ellas sobre un mostrador de librería, nosotros nos iremos derecho a este libro breve y editado por Payot.<sup>80</sup> ¡Cómo no, si lo firma la compañera y asociada de los trabajos, la noble mujer polaca del sabio francés!

El caso de que una mujer se haga biógrafa de su marido no es nada común, y conocemos solo el de la condesa Tolstói, que se ha visto forzada a hacerlo para defenderse de la jauría de los tolstoianos que por amor al maestro han metido garra y diente en su reputación.

Tolstói, el cosaco, fue en cuanto a marido el antípoda de Pierre Curie, el francés, y así los libros de las dos mujeres se oponen como una tarde de estío provenzal y una noche de borrasca cerrada en la estepa (la noche de *Amo y criado*). De una parte, dos criaturas felices en su pobreza, trabajando codo con codo en una alucinante investigación, estimándose las cualidades y agradeciéndose las ayudas cotidianas; de la otra, el barín y la barina infelices a pesar del latifundio próspero y la vajilla de plata, el semidiós inventor de órdenes cristianos con los cuales no puede, y enrostrando a Sofía desde su entrometimiento en el “Diario” hasta su chorro de hijos...

<sup>79</sup> Firmado por la autora en Nápoles y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 30 de octubre de 1932, y luego en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 18 de noviembre del mismo año.

<sup>80</sup> Se trata del libro *Pierre Curie / par Mme Curie*. París: Ed. Payot, 1924. (N. de los Eds.).

Es un alivio pasar de las confesiones de la rusa a las de la polaca. El uso de estas biografías debería generalizarse. El que la mujer de sabio o escritor redacte mediocremente sus observaciones y el que la convivencia con el héroe le baje un poquito el énfasis admirativo, no importa demasiado. Ella es la mejor creadora de documentos morales y la dibujante natural de unos apuntes domésticos cargados de realidad.

Madame Curie cuenta rápidamente las edades que ella no le gozó a su compañero: infancia y primera juventud. Pierre Curie era un mozo espigado y con cierto desgarbo físico, hecho de abandono; la cabeza se le reconoce latina, de latinidad francesa, que es más suave que la italiana. En la costumbre doméstica, es un hombre austero y delicado a la vez, con las sobriedades del trabajador y las ternuras del que no tiene a muchos cerca en quienes gastarlas; una llaneza extrema, la del socialista del tiempo, que era un socialista romántico y no todavía marxiano, y una timidez tan excesiva que se quedaría siempre al margen de las ocasiones de ascender, porque mientras los “pechadores” profesionales pasan, él se queda detrás del último sin decir cosa que le valga. Repugnaba la vida social por inútil, por desperdiciadora del manojo de los días, pero gustaba la frecuentación de los colegas y era un gran afectivo dentro de la familia y de los camaradas de infancia (las mejores, a su parecer).

Madame Curie habla varias veces del aire absorto de sus ojos claros y de una larga *reverie* en la cual vivió, y que no le entenderán los que creen que el sabio tiene que ser siempre uno que está despierto entero. Su lema se lo había cuajado dentro de su temperamento y estaba diciendo siempre: “Hay que hacer de la vida un sueño y del sueño las realidades”. Amaba la pintura por cierta pasión infantil del color que le haría esperar que el radio le daría coloraciones ricas; era un buen auditor en los conciertos y gustaba de la lectura literaria como cualquier sabio francés, que pone sus puntos de honra en saberse a sus clásicos y en leer a sus modernos. Sus cartas dicen de un sensible subido, al que las geometrías no amojonaron el corazón de carne.

Podemos injertar aquí alguna noticia corporal de ella, para el lector que la esté pidiendo. La hemos conocido treinta años después de cuando la miró y la escogió Pierre Curie, pero no importa.

La madrina del radio lleva ya una cabeza entera blanca, que sobre el negro unánime del traje deslumbra al que la ve de golpe. Los cabellos van echados bruscamente hacia arriba y atrás, donde hacen un moño duro; la piel es limpísima y de las más frescas; las líneas finas de la cara dicen que tuvo belleza en la juventud. Habla sobrio y preciso, desde su costumbre de definiciones y de las de química, que son las más rotundas; le gusta tratar lo suyo que es su vida, y se calla si el tema no la obliga con el parentesco. La voz contiene la autoridad suficiente y la mirada tempera el gobierno de la voz. El traje oscuro, de una sencillez más puritana, que de monja católica —porque la monja misma se ha guardado una buena porción de gracia— no deja al ojo distraerse en él y lo echa sobre la cabeza cerámica, de blanco y rosado absoluto.

Así es, así la hemos visto, si la memoria no nos hace trampa.

Separaba a marido y mujer la distancia que los padres llaman excelente, de diez años. Cuando se casaron, el sabio tenía 35 años y 25 la estudiante. ¡Quién sabe qué virtudes secretas de ellas, de esas que no le voltearán los biógrafos, o, como diría un teósofo, qué karma extraordinario le puso cerca, en el momento de la soledad y del tender la mano en el tanteo buscador, al mejor francés de su tiempo!

Lástima grande que no contemos, al lado de esta biografía, la que él pudo escribirnos de María. El hombre ocupado, perdidamente puesto a una búsqueda prodigiosa, no tuvo tiempo de anotar para nosotros la estampa de María Skłodowska, ama de casa preparadora de su comida, cosedora de la ropa de los cuatro que ellos eran, y ayudante en el laboratorio. El enamorado de las canas que ella ha tenido el buen gusto de darnos en párrafos, y el redactor escrupuloso de los informes,

habría escrito muy dulce y lealmente sobre la camarada de once años.

A las gentes les parece todavía una ocurrencia mala y un sí es no es estrambótica la pareja de sabios y el matrimonio de profesionales. Y es que siguen viviendo sobre sus viejas estampas. Creen todavía que la pareja debe ser la del Adán sabio o atleta y la Eva, no ya zurcidora, pero sí mujer de mundo y aun estrella de cinematógrafo, cualquier cosa menos la socia en el oficio; estas parejas de trabajadores puestos en el mismo nivel de consumados pares, las perturba y las deja incrédulas de su felicidad. A fin de cuentas, no importa mucho: esa pareja se hace de cuando en cuando y sale perfecta, a pesar de los augurios.

María Skłodowska, hija de profesores, había sido maestra también en Varsovia, y vino a París a rematar estudios científicos que quería completos. Seguía sus cursos con la fidelidad que sobra decir, y también trabajaba con grupos desterrados polacos por la independencia de su Polonia partida en tres y distribuida. Era una química con “debilidades” humanitarias como Berthelot, o revolucionarias como Einstein, cosas que también van juntas a veces.

Un buen día se encontraron el químico y la estudiante en la casa de un profesor amigo. Conversaron de estudios comunes, se descubrieron los otros intereses humanos convividos y como en los textos clásicos del amor, se hallaron hechos desde cualquier tiempo el uno para el otro, libres para atarse de amarra buena y jóvenes para luchar con la vida de casados pobres, aceptando incluso los hijos que el francés regatea.

María no tuvo otra vacilación que la de sus trabajos políticos por su patria, pensando en que la mujer casada siempre es un poco la que se suelta de una patria y Curie le sosegó el escrúpulo con la liberalidad que le daría en adelante. Los dos laicos, y aun laicísimos, prescindieron de la ceremonia reli-

giosa y se instalaron en tres cuartos amueblados a tercias con sobras de la casa de los viejos Curie.

Criada ayudadora de los atareados no la tuvieron entonces ni en muchos años, pero María, en su vida de estudiante, había aprendido a guisar no mal y a enmendar con lustres y mañas la vulgaridad de la instalación, y la suegra ayudó buenamente, cuando vinieron los hijos, a la nuera de horario estable. Lo commovedor no es la pobreza, que nunca es virtud por sí misma, sino la buena cara que ambos le ponen. Los dos miran con el mismo desdén las blanduras dañinas y los regalos tontos de los otros, y solo padecerán de la falta de dinero para las operaciones.

Curie trabaja en la Escuela de Física con un sueldo de trescientos francos mensuales y a su mujer le darán en tiempo más unas conferencias regulares en la Escuela Normal de Mujeres de Sèvres. Con eso se vive, aunque sea mediocremente, pero no se costean los medios de trabajo, que en su rama son carísimos, desde los aparatos a los materiales brutos.

El descubrimiento mayor del siglo se hará en una barraca de piso asfaltado, que apenas logra entibiar en las noches del invierno de París una estufa despotrada. Se escapan los gases malos de las máquinas viejas y los dos obreros trabajan en un riesgo permanente. La mesa de experimentación la forman unos cuantos tablones. Como no se puede pagar ayudantes, el enorme acarreo de minerales y de tierras que suele subir a toneladas, lo harán ellos mismos poco a poco asistidos de esa paciencia de los sabios que sigue a la de los santos en la jerarquía de las paciencias.

El sabio Henry Becquerel ha descubierto por esos años la emisión insólita de unos rayos nuevos que dan las sales de uranio, fenómeno que no bautizaría el descubridor, sino madame Curie, con el nombre que ya nos resulta vulgar, aunque es de ayer, de radioactividad. Colocando una porción de las sales envueltas en un papel negro sobre una placa fotográfica bas-

tante delicada, esta se impresionó netamente. La observación de Becquerel no fue mucho más lejos, por lo pronto.

Madame Curie buscó entonces qué otros cuerpos producían emanaciones semejantes, operando para ello sobre los conocidos, y halló el torio. La investigación capital sería la que sigue. La química pudo anotar cierta desproporción entre la intensidad de las emanaciones que solían dar ciertos minerales y la dosis verdadera que ellos contenían de uranio o de torio. La llamarada de la intuición partió, pues, de ella, y así lo establece el párrafo en que se cuenta el hecho; la punzada de atisbo saltó de ella antes que de Pierre Curie. En este momento del proceso, el francés dejará sus investigaciones de años sobre los cristales (una laboriosa averiguación sobre el crecimiento de ellos y la fijación de sus ejes de simetría) para incorporarse a la búsqueda emprendida por su mujer.

La disputa sobre si hay que dar la primacía a él o a ella en el descubrimiento interesa al vulgo y deja indiferentes a los del oficio. Ella supo que había que rastrear un elemento nuevo, pero el rastreo de allí en adelante lo harán juntos, y tan mezclados en el afán, pasándose las observaciones uno al otro en cada momento, que de veras ya no habrá sino un operador con cuatro manos igualmente hábiles. En su hijo ellos no se unirán más perfectamente.

Trabajando sobre la pecblenda, ellos encuentran dos cuerpos radiactivos poderosos: el que la patriota llamará polonio, y del que ella dice que es el padre del radio, y el radio mismo.

Quedaba incorporado al conocimiento el cuerpo brujo, de cualidades fascinantes, que, como la criatura, posee una exhalación de calor, tan real que se la recoge en ampollas de cristal, donde vive hasta seis días; el cuerpo que es capaz de vivir mil seiscientos años, pero que a veces, sin que se sepa la razón, pasa suavemente a gas helio y se acaba a ojos vistas; el cuerpo que, como el fuego, y sin confesión ígnea en el aspecto, quema a su operador o a su conductor atolondrado,

pero que también seca y sana los males feos de nuestra piel; el cuerpo que es más caro que los diamantes perfectos, y que pareciendo en su redoma vítrea una arenilla muerta como las otras, es tan vivo que sus observadores todavía le hurgan virtudes que aún puede esconder. Así es de potente su “presencia” cuando se le tiene cerca, que de presencia mineral les rebosa hacia la sospecha de otros órdenes...

Cuál más, cuál menos, todos llevamos adentro el verme original del mito, y leyendo la narración del proceso, nos sube sola de su hondura vieja la ocurrencia de llamar al huésped nuevo hijo de los operadores con más título que Irene y Dionisia, y se nos insinúa hasta la redacción del mito nuevo. “El radio, dios menor, había sido pulverizado en ciertos lugares por el titán X, de modo que no pudiera juntar nunca más sus miembros, echar de sí calor útil para los hombres y alumbrarse a sí mismo en la oscuridad. El titán Z, hombre y mujer, según el gusto indostánico, consiguió atisbarlo por un signo mínimo que hacía su polvo, lo reunió con paciencia filial y lo corporizó de nuevo”.

La memoria de los Curie sobre el invento se propaga rápidamente, mucho más cuanto los generosos no guardan a su descubrimiento secreto alguno y ni siquiera piden patentes exclusivas para evitar su explotación. Han sido pobres once años juntos y pueden seguir siéndolo. Vienen de Inglaterra, de Alemania, de Escandinavia, de Suiza, mensajes, elogios y comentarios. Sin embargo, los esposos Curie no tendrán medios holgados de trabajos hasta que llegue el Premio Nobel, la recompensa extranjera.

Pierre Curie no tomó a tiempo el acomodaticio seguro de vida que es un título profesional: él no es normalista ni politécnico, y según cuenta su mujer, con bastante amargura, nadie le ofrece aún ascensos y a los jefes les parece lo más natural del mundo aventajar ellos a Pierre Curie en jerarquía y sueldos, y pagar malamente a su mujer unas conferencias que son sin precio en la Normal de Mujeres de Sèvres. La burguesía uni-

versitaria, una de las más odiosas entre las nacidas, aunque su aspecto sea tan honorable, ha cumplido una de sus tristes hazañas, dando desdén a los inventores y alargando con el desdén sus miserias de laboratorio.

Henry Poincaré, el matemático, logra al fin para él una cátedra universitaria, a fin de evitar que se les vaya a la Universidad de Lausana. Al Instituto de Francia lo llevarán solo un año antes de su muerte.

El Premio Nobel llegó bipartido, pues fue asignado por mitades a Becquerel y a los Curie; era el alivio esperado toda la vida, el tiempo por fin disponible para las cosas mejores y la libertad, que tiene sentido solo en el caso de los mejores, que la necesitan para usarla en grande.

La biógrafo, echando atrás patriotismos encubridores y cortesías inútiles, cuenta minuciosamente el vía crucis de la investigación, el mérito desatendido por Sorbonas y Politécnicas. Su requisitoria es de actualidad hoy mismo en la boca de un viejo sabio francés. La patria, que por excelencia saca su honra y arranca su fascinación de una familia de sabios y escritores, es una extraña patria que los mantiene al margen de su protección. A los políticos franceses, como a los nuestros, les sobran las exigencias de electores que satisfacer con el presupuesto y se olvidan, con qué pesado olvido, de los Branley, que trabajan en una casucha con su sirviente como operadora.

La gloria llegó a la casa de los Curie, después del Premio Nobel, como una marejada, echándoles a perder la paz con el visiteo, las entrevistas y la publicidad.

El pobre gran Curie no gozó mucho tiempo la cátedra ganada y el pan cierto. Un día que regresaba de una reunión del gremio, el hombre distraído de los ojos que la *reverie* hacía más dulces, no vio que un camión de Pont Neuf se le echaba encima. Esa fue su muerte, vulgar y torpe, parecida a la de Verhaeren; una rueda atollada en sangre y sesos en mitad de

la calle, y una agonía anónima de minutos que no asistirá la que asistió a toda cosa.

Había vivido, a pesar de sus penurias, dos felicidades de las de cuerpo entero: la pasión científica le pagó su deuda como se paga la osadía en los cuentos: con un cuerpo milagroso de la naturaleza que él regaló a los demás, a nosotros, tan pobres sobre una tierra rica; su pasión de hombre recibió una mujer que era su igual por algo más que la declaración del rito: “Compañera te damos y no sierva”. María fue su igual, sin superlativo cristiano.

Las manos de la química recogieron en una masa fea la cabeza que era suya por las viejas caricias y por la obsesión magnífica que allí vivía y que no acabó sino por el destrozo de esa “caja dura de los sueños blandos”.

Se forma en torno del lago Leman un collar de pueblecitos, de esos breves y luminosos pueblos suizos que espejean sobre la montaña como la nieve misma. Cuando los recuerdos, la imagen que me viene es muy doméstica y risueña: la cofia blanca de la camarera. Grandes o pequeños hacen eso con su amontonamiento blanco: la cofia de la mujer suiza, que tal vez sea la más inmaculada cofia de Europa...

Elegimos uno de esos pueblos: Montreux, y vivimos ocho días junto a la dulzura del Leman, esa gran mirada bondadosa del agua europea. Viene el invierno y el azul se hace verde y gris; el lago es de una pureza melancólica y a veces yo pongo mis ojos con más complacencia en la montaña, que parece el gran espaldar de los pueblos. Está cubierta de un bosque en el que hace el otoño veteaduras violentas de rojo y azafranado. Un buen día subimos la montaña por esos senderos suizos tan perfectos como... una sentencia del jurado nacional. Subimos sin jadeo y avanzamos insensiblemente, dejando atrás Montreux. Ahora hay otro pueblo. Villeneuve, debajo de nosotros. Si descendemos rectamente, vamos a parar a una casita que queda como aplastada bajo la construcción monumental de un hotel. Miramos hacia abajo, riéndonos de la aventura. Nada me dice esa especie de campánula de madera, que estoy mirando; nada de lo que llaman intuición se mueve dentro de mí. Y, sin embargo, bajo ese techo puntaigudo alienta uno de los pocos hombres de este mundo en quien yo creo. Es sencillamente la casa de Romain Rolland.

Como no sé nada, deshacemos el sendero y bajamos hacia Montreux.

<sup>81</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 3 de enero de 1926, como “Con Romain Rolland. Su paisaje familiar”. (N. de los Eds.).

Unos días después va a visitarme una señora norteamericana, admirable mujer nacida en el país de los contrastes que es Estados Unidos, una mitad cuáquera, mitad gandhiana. Ella está empeñada en conseguir de mí una cosa difícil y para recompensarme generosamente el bien que me pide, llega a ofrecerme otro tan grande, que la balanza no solo se inclina, cae de golpe. Lo que me ofrece es una visita a Romain Rolland. Al día siguiente llega un telegrama breve y afectuoso de él y de su hermana en el cual invita a mis compañeras de México y a mí a tomar el té en su compañía.

Romain Rolland es el hombre que escribió aquella que podríamos llamar la novela del alma que se abre al misterio de la belleza del mundo, o sea, la larga fábula del *Juan Cristóbal*. No es la novela del niño músico: es también la novela del niño poeta, del niño pintor, del niño escultor. El deslumbramiento de la infancia, la crisis de la adolescencia, la hervidura de la juventud, no han sido nunca cogidos dentro de un libro como en esa que podría también llamarse "historia del alma maravillosa del hombre". Vienen después no en orden cronológico, sino de calidades, las *Vidas ilustres*, que son a veces trasvasaduras a la historia del mismo Juan Cristóbal. Él ha regalado a los hombres, en las cuatro vidas publicadas, el Tolstói, o sea, el hombre nuevo moscovita, en el que se abre la conciencia social; el Miguel Ángel, que pelea como Prometeo con la insuficiencia de la carne; el Gandhi, que abre en la fetidez del materialismo de nuestro tiempo el vaso de aromas de la santidad.

Ya algunas de estas biografías se enderezan de lleno a los temas sociales. Romain Rolland no se quedará en la insinuación de los temas; lo hemos visto cuando vino la guerra realizar sus héroes, desesperado, escribiendo contra la locura de Europa. Acusado alguna vez, hasta vejado, él camina hacia el peñón puro de Suiza que parece en la marcada empinarse más para quedar limpio. El asilo de cuatro años se le ha vuelto patria de adopción. Hoy es Romain Rolland una parte de la conciencia del mundo, de eso que suele parecer mito y que no lo es. Se han refugiado en él las virtudes perseguidas o hechas peda-

zos de la humanidad: una equidad casi sobrenatural, la piedad hacia la muchedumbre desposeída de todas las tierras, y el idealismo que quiere seguir presidiendo, con otro rostro y otros nombres, la civilización.

Una vida pura, un destino heroico, obedeciendo con sencillez total: eso es para la América el hombre del lago de Leman.

Yo había pensado, caminando por la montaña, en esa atmósfera pura que duplica las excelencias en el ser humano y suaviza el agraz de la mala sangre. ¿Se puede vivir aquí algún tiempo sin que sobrevenga sobre nosotros un suceso espiritual, uno de esos que voltean la vida como un fruto hacia el lado más luminoso? Yo tuve el acontecimiento.

El pequeño ferrocarril nos deja en un paradero que pudiera llamarse de Romain Rolland, una subida entre árboles: luego se camina dentro del jardín del hotel Byron; se mira rápidamente la gran construcción que importaría en cualquiera otra parte, y llegamos a la puerta de la pequeña casa. Casi no es una puerta, no cierra nada.

Viene caminando hacia nosotros un hombre un poco jibado, con un abrigo echado a los hombros con descuido. La primera impresión, que desaparecerá luego por completo, es la de un anciano; el rostro en el primer encuentro es frío.

Entramos a una salita muy modesta. Deja a un lado su abrigo y queda delante de nosotros un caballero rigurosamente vestido de negro, con el chaleco alzado de Unamuno, ese chaleco que en el español han llamado sacerdotal. Alto, muy delgado, con algo en toda la figura que no llamaremos elegancia, para no darle superficialidad, sino nobleza. Yo me acuerdo de una expresión que todos citan al hablar de Florencia: "el suave austero florentino". Eso mismo hay en el continente de Romain Rolland. Se sienta a mi lado y a mí no se me ocurre nada qué decirle. ¿Qué somos para él dos maestras y una niña hispanoamericanas, que vienen de pueblos desdeñados,

que él no conoce, a decirle lo que sabe demasiado: que también su norma alcanza a las gentes de América y que el *Juan Crisóstomo* tiene hermanos de piel morena en el Anáhuac y en la América del Sur?

Por otra parte, yo me encontraba con un semblante enteramente nuevo, y tengo con él para un largo momento. La profesora Palma Guillén abre la conversación, mientras yo recibo como en un saboreo las líneas del rostro.

La mirada del ojo es una aguja de cristal o una de esas pequeñas lanzas que el hielo dejaba en mi ventana de la Patagonia hasta el mediodía. Muy azul el ojo, más noruego o alemán que francés, un ojo del norte, sin instinto y sin malicia. La piel, sonrosada, de esa claridad de la lámpara de alabastro, y aquí la metáfora está desposeída de exageración, piel de niño o de santo. Circula una sangre preciosa bajo esta piel.

Los cabellos, que en el primer momento parecen blancos, son solo muy dorados, y agrandan más la frente espaciosa. Únicamente la ceja es dura, por lo saliente, y el bigote tiene algo de la ceja. El labio muy delgado. En dos materiales podría un escultor hacer esta cabeza suave y firme: en marfil o en cristal.

Él ha empezado a hablar de México. De Chile no sabe nada. Le oímos asombradas lo que va contando del movimiento social mexicano y su conocimiento perfecto de la reforma educacional de Vasconcelos. No le interrumpimos, ni afianzamos su elogio del amigo con el nuestro, por gozar palabra a palabra su juicio.

Romain Rolland, en los últimos años, ha vuelto su cara al Oriente, ya sea por cansancio del espectáculo occidental, ya sea porque pulsando el mundo, ha sentido que el ritmo espiritual más ardiente viene de la India y Japón. México entra en su pasión por el Oriente: como Valle Inclán, que ha desberizado enteramente a esta nación, él no se equivoca. Va hablando de la civilización indoamericana sagazmente; de los

tejidos, de la cerámica, de la arquitectura. Nos conmovemos pensando, mientras escuchamos, en la búsqueda que de nosotros ha hecho a tamaña distancia y en el amor humano que significan las lecturas largas que ha emprendido para alcanzar el panorama de una civilización tan opuesta a la de Europa.

Sale del comentario de la raza aborigen y entra en el de las leyes sociales del presidente Obregón. Pregunta datos de la cuestión agraria; vuelve a la obra de Vasconcelos.

—Digan ustedes que en cualquier momento en que eso sea necesario, yo estaré con México en Europa, para hacer su defensa entre los que por ignorancia lo desestiman. Después de mi libro sobre Gandhi, yo he visto que es un medio eficaz para revelar a los países desconocidos o calumniados, escribir la vida de sus varones mejores. Desearía escribir la de Vasconcelos, ustedes pueden enviarme los datos que me faltan; ya he reunido algunos. Es preciso, hasta forma parte del decoro europeo, que se haga aquí un conocimiento verdadero de lo que México realiza en la legislación social y en educación, por América y, por lo tanto, por el mundo.

Ha entrado a la sala su hermana. Muy diferente de él, con esa manera de diferenciación que hay dentro de una familia y que suele revelar la actitud protectora de la naturaleza. La hermana es una mujer fuerte, un tipo un poco italiano. Se siente a través de toda su conversación a la defensora, a la que hace la guarda de esta vida siete veces preciosa para los hombres. La energía de los rasgos fisonómicos está en el acento y hasta en el caminar. Acaso sea, como suele ocurrir en algunas hermanas, la sombra prolongada de una madre fuerte y veladora.

Pasamos al comedor, donde yo soy absolutamente descortés con una escritora francesa que Romain Rolland me presenta como crítico de mucho valer. Y es que por sobre los críticos están y estarán siempre los creadores, y cuando nos hallamos entre dos ejemplares de este género, nos quedamos sin

remedio con el creador. Pensaba yo que acaso no volvería a ver nunca, al hombre de las *Vidas heroicas*, y multiplicaba mis sentidos para ser digna, siquiera por la atención, de aquella hora.

La conversación del comedor fue política. Yo no sé lo que he comido y no recuerdo ningún detalle de la mesa, preparada por la hermana tutelar.

Le pido un juicio sobre el fascismo. No le concede gravedad.

—Es —dice— un estallido sano, que tiene explosiones de vitalidad.

Dice de España, adonde yo no llego todavía, una opinión hermosa.

—España no se halla en el período de decadencia de que se habla torpemente; está entera, como guardada en cristal. Ha sido siempre un pueblo dinámico que solo se ha movido para la acción en grande.

Romain Rolland visitó hace años a España y habla con entusiasmo de la música popular, que a su juicio revela riqueza de espíritu en la masa.

Después inicia una larga conversación, que cubre todo el tiempo del té, sobre la situación política del mundo. Aunque no se le riza el semblante, vamos sintiendo que ésta es la ansiedad más viva de Romain Rolland. Ningún hombre me ha parecido nunca más atento al mundo que este. Desde su peña suiza, siente el jadeo de violencia que ha dejado la guerra en Europa: hace más y más agudo su ojo de búho blanco para comprender lo que ocurre en el Oriente, y desde el Oriente a los inquietantes Estados Unidos.

Yo le he preguntado antes sobre su actitud hacia Rusia. Él no está con el bolchevismo, pero se guarda mucho de dar un juicio global, adverso al trabajo social de Rusia. Cuenta que ha

recibido dos veces invitación para visitar la Confederación Soviética y que ha rehusado. Elogia la labor de la esposa de Lenin en la educación popular. Le interrogamos:

—¿Piensa usted que perdurará la confederación de los soviets?

—Pienso —dice— que muchas cosas que ha hecho el Soviet no pueden desaparecer del mundo: caerán otras.

Yo observo la discreción extrema que tiene al opinar sobre el caso ruso, discrepancia que no hay que sospechar de miedosa, en el hombre que durante la guerra la jugó y lo perdió todo para decir la verdad de su probidad extraordinaria: no ha visto Rusia y prefiere esperar.

Le manifiesto que estoy de acuerdo, en una buena parte, con las leyes económicas, pero que me repugnan la tiranía nueva que con el Soviet ha llegado al mundo, y el materialismo odioso que es la atmósfera dentro de la cual se está creando lo que se llama la nueva “cultura eslava”. Cuando él me oye mi confesión de catolicismo, me mira un momento de silencio, y después me dice con su misma dulzura de antes:

—Yo no creo.

Se vuelve a hacer otro silencio.

Reanuda su conversación política. Ahora se vuelve hacia mis compañeras mexicanas y les dice:

—Lo que yo veo venir, cubriendo el horizonte, es el conflicto del Oriente con los Estados Unidos. Creo que México será despedazado en este choque, y quién sabe si lo será la América española, casi entera, con México.

Ahora dice Romain Rolland las palabras más profundas sobre la América que yo haya oído nunca:

—Sería —va diciendo lentamente— una desgracia enorme que los pueblos de ustedes desaparecieran antes de haber mostrado al mundo lo que son, antes de haber dicho el mensaje que esas razas trajeron a la tierra. Es de una urgencia angustiosa que la América hable pronto, en todos los órdenes del pensamiento y de la actividad.

Aun cuando deja caer palabras supremas como las anteriores, el tono de Romain Rolland está exento de énfasis. Y, sin embargo, lo que nos ha dicho quedará entre ese puñado de palabras que nos sacudirán por muchos años.

Se extiende largamente sobre el conflicto de todo el Oriente con Estados Unidos y dice de este país.

—Estados Unidos es en mucha parte culpable de lo que pasa en Rusia. Extremó hasta tal punto el capitalismo, que de la exasperación de los pueblos ha nacido esa otra concepción extrema de la vida económica que es el bolchevismo.

La conversación en el comedor ha sido tan enjundiosa, y para mí tan nueva, que yo siento un poco la fatiga de haber seguido al escritor en campos que desconozco. Su sensibilidad vigilante acaso se ha dado cuenta, porque nos invita a pasar a los altos de la pequeña casa donde tiene, dentro de su mismo dormitorio, un cuarto de trabajo. Esta es la sala donde Romain Rolland se conoce mejor y si no la hubiésemos visto, nos iríamos sabiendo poco de este hombre que trabaja con toda la época, bajo la apariencia de trabajar con la novela y la biografía.

Una estancia mediana, con dos o tres grandes balcones hacia la montaña ticianesca de otoño, que ya mencioné y hacia esa gran fuente líquida del lago Leman. Recibe, el hombre enfermo del pecho que ha devorado su propia carne con un exceso de trabajo, una oleada constante de aire vegetal. La montaña sostiene sus fuerzas como una madre.

Una mesa llena de carpetas, que va mostrándonos. ¡Qué minucioso ordenador del trabajo complejo! Coge un gran legajo y nos dice:

—Estos son documentos sobre México.

Yo sonrío, conmovida, cuando veo los folletos de la Secretaría de Educación, los artículos sobre la Escuela Francisco I. Madero, las fotografías familiares. Esta es una verdadera presencia de nosotros dentro de su vida y nunca le agradeceremos lo bastante una solicitud tan profunda. Va mostrando las otras carpetas, la de la India, que contuvo los originales del *Gandhi* y que sigue recogiendo datos para libros futuros. Empezó la defensa de aquella raza humillada y no la abandona.

—Aquí tienen ustedes una de las fisonomías más extraordinarias que hayan podido ver.

Y nos alarga el retrato de Mahatma Gandhi, el mismo que aparece en la *Joven India*, pero que la litografía ha maltratado mucho. Es verdad, estos ojos no los hace la carne occidental. Todo el rostro lacerante de pura fuerza espiritual, ha sido comparado por Romain Rolland con el de San Francisco. Tiene razón. Él está todavía bajo el hechizo del santo hindú y habla de él con elogio siempre nuevo, con un respeto lleno de ternura. Es el viejo hombre francés no tocado de jacobinismo, que comprende al “varón de oraciones y actos”, al que parte sus días entre el arroabamiento de Dios y la faena gemidora que cumple en bien de los hombres.

Del rostro de Gandhi nos lleva hacia el de Tolstói, que está a la cabecera de su lecho, como un santo patrono. El dibujo es admirable de energía y de expresión justa. De este pasamos al de Beethoven. Entonces yo me doy cuenta de que cubre un tercio del dormitorio el gran piano, acompañante de la noche. Naturalmente, el hombre del *Juan Cristóbal* ejecuta, para que pasen por su carne misma y para que su carne sea poseída

por el ritmo, los trozos musicales que ha descrito a través de su magna fábula.

Se informa de que voy hacia Ginebra, y me guía, nombrándome a los funcionarios que pueden serme útiles. Al día siguiente me enviará cartas que yo no tendré la honra de usar, porque las vacaciones de la Liga tienen en suspenso los trabajos que me interesan. Lógicamente, dentro de la educación que le interesa mucho, sus esperanzas están con la escuela nueva y me habla calurosamente de Ferrière. Se sorprende cuando le digo que conozco poco los libros de Salvador Madariaga, el ilustre español con quien la América no se ha puesto todavía en contacto crítico agudo, sugerente poeta y pensador sólido. Al fin, Madariaga dará conmigo en Madrid y yo agradeceré infinitamente a Romain Rolland el encuentro con esa mente nobilísima, salida de Castilla.

Hemos tenido una tarde entera al lado del hombre que es uno de los “anotadores de la época”, como Wells (siendo superior al inglés); este era el don que me reservaba la montaña suiza, y acaso yo no vuelva a recibir en la vida uno semejante.

Hay, entre otras, una palabra que casi no asoma a los escritos contemporáneos, porque es desusada y la sensación del ridículo la sujetaba en la pluma. Es la palabra “reverencia”. Yo tengo que acudir a ella al terminar esta crónica. Admiración, no; la admiración es cosa cotidiana en las naturalezas admirativas como la mía; asombro, tampoco; nada hay de reverberante en esta criatura que tiene lo superior como estado natural. Reverencia, eso sí, es decir el respeto, caldeado con la simpatía y nutrido por la estimación. Es lo que se siente no solo estando a su lado, porque hay dinámicos que atan nuestras potencias mientras nos tienen sujetos dentro de su aura poderosa, y nos pierden cuando nos alejamos.

Yo vuelvo sobre el recuerdo de Romain Rolland como sobre el de los paisajes supremos de la tierra, y vuelve su imagen a dejarme como en el primer momento subyugada por la reverencia.

Pasaré algunos años desnutrida de valores morales, con el ojo cansado de la mediocridad vergonzosa en que se atollan los contemporáneos, y habrá que invocar muchas veces a este semblante, para tomar contacto con lo superior, como Anteo tomaba contacto con la tierra, y recibir aliento poderoso.

Los santos afianzaban la fe en lo divino; este hombre puede decirse que afianza en un grado supremo la fe en lo humano.

Una coyuntura que no he merecido ha hecho que me encontrara con Gabriela Mistral el mismo día en que ella recibía el Premio Nobel. Su corazón generoso halló un pretexto. Me dijo —luego lo escribió— todo lo que ella pensaba de Francia. Yo no quiero expresar aquí sino mi confusión. Deseo que se entienda lo que más allá de mi humilde persona, solo se dirige verdaderamente a Francia.

JEAN GUÉHENNO

Jean Guéhenno va ahora por nuestras rutas de agua y tierra. Él va haciendo un camino que debió ser desde hace mucho el de cada escritor francés mozo. Francia sembró tanto en nosotros, tanto nos ayudó y en tan gran porción nos hizo, que este continente ha vivido una especie de cisma hispano francés, o una maternidad doble. Combates hay entre la madre carnal y la ideológica, o entre la madre y la madrina.

Nuestro gran Guéhenno ha reanimado en mí sin saberlo, un culto que nos es común. Los dos hemos vivido sentados a un ágape desdeñado por muchos, y sentados allí como a un rito mixto en el cual honramos una tradición y un presente eterno: nuestra devoción de treinta años por el viejo Michelet.

Nuestros amores nos confiesan; otro tanto, nuestras resistencias empecinadas. Guéhenno come todavía de las virtudes de su Michelet. El fuerte y dulce viejo representa todavía un largo banquete; pero ahora sus comensales han disminuido junto con la blandura de los tiempos. Solo al cabo de ellos le aparece al hombre sin eco un hijo que renueve su terrón,

<sup>82</sup> Roque Esteban Scarpa publica este texto, en su libro *Gabriela anda por el mundo* (1978), con el título “Gabriela Mistral habla a Francia” y lo fecha en diciembre de 1945. (N. de los Eds.).

reverdezca su vida y despierte su cepa detenida. Padre e hijo fueron enliujados con levadura común. Ambos aborrecieron monarquías y burguesías engrasadas, lerdas y sordas. Ellos, los ricos de sentido, husmearon toda la ruina corporal y la íntima de aquellas. Michelet vio y padeció la senilidad de antes; Guéhenno, la descomposición de la democracia de hoy. Todas las naciones —no solo Francia— ven llegar estas dolencias pútridas y... normales. Un biólogo las entiende mejor que un ensayista; pero cuando nace un ensayista provisto de los tactos de un histólogo, entonces el espectáculo es admirable.

¡Qué bonita ciencia o adivinación de las generaciones hay en Guéhenno! ¡Cuánto sabe también de las subidas y bajas musicales en el temple de los pueblos! Por escuchador y por escarmenador de estos sucesos y percances inefables será que tiene el gesto triste el hombre del siglo xx. Él vio la caída de Francia y un poco la de Occidente, y no sabemos qué trueques más tenga que ver. Lo mismo que Michelet, él pone mal gesto en las falsas revoluciones y las transfusiones de sangre que son de mentirijillas. Él, al lado con su padre, se duele de las euforias dañosas que dan todo por ganado; él recela de las bandas de música que a todo metal desfilan engañando con los pulmonazos, el resuello grande y los metales embrutecedores.

Michelet y su hijo creen en un pueblo particular: en la fina *paysannerie* de la Francia, haciendo a la vez la limpia del Estado y la del propio ser. No hay revolución que valga la pena si se sostiene sobre la pierna de la mera reforma política y renegua, manca de la reforma espiritual. Lo que piden el vivo y el muerto es solo que lo que llegue sea, precisamente, más cabal y que no deje en cuerpo largo el alma corta, o sofocada, y menos el ánimo enfurecido, el “clan” del jabalí.

¡Ay, Francia de nuestros abuelos y de nosotros mismos, no nos falles, no te apresures tanto que la fundición te salga atarrantada de puro ser atribulada! Yo no sé cuántos Guéhenno hay en Francia. Ser eso es tener, a pesar de la conciencia,

angustia de la sangre épica; es estar asistido de tradición y henchido a rebosar de creación: es guardar las vigas de cedro, pero aborrecer los capiteles barrocos y los interiores sórdidos de estrechez y de aire usado y turbio. La República burguesa, que yo respiré diez años, pesaba de bandullos como una vieja actriz que se empescina en representar. Muchos extranjeros penamos allí dentro, faltos de los oxígenos que nos habían prometido y de las saludes que nos declamaron como cosas que solo allí medraban. Había demasiado vejestoriano “honorable” y, es verdad, a media honra y había una academia política con sillería averiada en brazos y espaldares.

Ahora sabemos por la oreja fiel que mucho de eso está cayendo. Pero ignoramos qué es lo que cae, y esto nos importa como el chorro de sangre que se le va al amputado. Por eso, estoy preguntándote a ti, hombre bueno y sabedor de finezas, Jean Guéhenno, con quien he tenido un largo coloquio sin rostros: ¿van a caer las libertades, incluyendo la de creer enseñar la ciencia? ¿Van a caer las escamillas que hacen la perla de ciertas especies inefables? El clasicismo que Francia cogió dando un salto de siglos, de las manos cercenadas de Grecia, esta matriz de formar y lanzar culturas, ¿se va a rasgar o esterilizar a fuego? Jardines hay que alimentan enjambre productor de una cierta miel y una cierta cera curaderas y nutricias. La limpia de esa casa mayúscula que llamamos Francia, la celebramos desde luego. La queremos toda, y en todas sus partes: aseo a escoba, a cepillo, a jabones populares y a lejías químicas. Deseamos la polilla que caiga, y que en vez de maderos podres, se pongan cerámicas, duras y hermosas.

Nos dan tedio, y también cólera, los lujos de República ahogada en chácharas suntuarias. La suplantación de los linajes y del dinero por una clase media que resultó igualmente ávida como cualquiera regencia, nunca nos pudo engañar. La creación de un pueblo rural lleno de los *termites* de la clase media, su colindante, y acalenturado de avideces y avaricias, tampoco nos resultó asunto digno de celebrarse como una promoción. El que no se promueve a sí mismo desde el plexo solar, sino

que pretende ser promovido desde los cofres fiscales y desde un negro alfabetismo, significa para nosotros un fraudulento o un pobrecito inocente.

Te pedimos, dulce Francia, que renueves tus tejidos con la suave brisa del Loire, sin volverte fuente de sangre, porque es poca la tuya genuina, aunque el imperio sea grande. Te pedimos que vuelvas a crear con coraje, pero escogiendo a tus hombres desde tus ojos de búho blanco. Otra vez llénate de sentidos, como cuando Michelet despidió las levas que te resultaron flacas o locas. Bien que te esperamos los equipos frescos que servirán para ti y de rondín para nosotros. Queremos ver que tú cuando menos en la latinidad, tienes a tu hombre viviendo a ración entera bajo techo alquilado, con el agro geométrico y anchamente partido como por los compases rítmicos de Dios. Y que conserves sin pérdida de una gota la norma decidida y no ocasional del buen gusto, exento de la hemorragia pegajosa del lujo, y la derechura en la conducta de la plaza, en la del arte y en la de la vida.

Menos sensual te esperamos, más permeada de popularismo a la provenzal, más íntima, aunque no luzcas tanto como ayer, aceptando tu misión, que se había quedado a media vacancia, y nuevamente rica de la amistad de los pueblos.

Los hijos piden, pero además exigen. O cobran con una imperitencia que dimana del amor o viene de una memoria viva del tiempo grande que no queremos enterrar con unas fechas.

Ahora, tú, Jean Guéhenno, hermano en Michelet, cuéntanos lo que sabes y traes contigo.

E U R O P A V



Agradezco el presente programa de la BBC, en cuanto a deferencia generosa para Chile y la América del Sur, y también para la lengua castellana criolla.

La memoria tiene sus gozos y sus melancolías; sus glorias y sus humillaciones. La memoria mía quiere acordarse hoy de cierto infierno de ayer, porque a ella le gusta ejercitarse lo mismo sobre lo suave que sobre lo agrio y la amnesia le parece grave miseria de este tiempo.

Hace seis años, en el curso de 1940, los sudamericanos vimos la nube fétida del totalitarismo cubrir la Europa Central, helar en ella nuestro sol latino y lanzar por rebote la sombra hacia nosotros mismos.

En esa noche cerrada, salida de la Blitzkrieg<sup>84</sup> alemana, muchos fuimos los iberoamericanos que nos quedamos en vela, viviendo una especie de pausa o quebranto en el sueño y en la vigilia, y caímos en el desabrimiento de vivir. Y es que la libertad da su sazón a la vida entera y es la sal que nos libra de la corrupción.

En esa noche absoluta, que no era la de nuestro padre Dante, sino la de una banda suelta de endemoniados, se puso a arder de pronto para nuestros pobres ojos una luz pequeña como la del fósforo doméstico, una lumbre menudilla que de lejos no era más que un parpadeo. Esa ascua o brizna era la ciudad de que hoy gozan mis sentidos.

<sup>83</sup> Texto transscrito desde uno de los dos manuscritos escritos en máquina de escribir de su Legado en la Biblioteca Nacional Digital de Chile, con correcciones de la autora en lápiz grafito. El documento original habría sido escrito el 4-5 de septiembre de 1946.

<sup>84</sup> Guerra relámpago. (N. de los Eds.).

En el gran desvalimiento nuestro, los ojos de hombres y de niños, cargados de noche, se quedaron aferrados al hilo del meridiano de Greenwich, y duraron un año suspenso del cordón de su esperanza.

La tiniebla apuñalada no tuvo para la ansiedad nuestra sino un desgarrón y una brecha de amparo, aquello que se llamaría con un nombre, ahora transfigurado: resistencia, la acérroma y fantástica resistencia londrina.

Los angustiados y desvelados comenzamos a vivir aquí realmente, aunque camináramos todos los días por la orla del Atlántico y del Pacífico. Aquí estuve yo también con los míos, y en espíritu, aquí sobre el riñón de Londres, y junto al bueno que se llama para la chilenidad Manuel Bianchi. Aquí veía caer y reventar el racimo de las uvas infernales salidas de las viñas de Hitler, y oía aquí el pandemonismo del *blitz* [relámpago].

Se habían abolido para nosotros las demás direcciones de la brújula ya vacante; el mapa parecía un juguete de tiza y el planeta se volatizaba como en los sueños, excepto en dos lugares mágicos: la greca de Londres y el escorzo de los Estados Unidos. Y en cuanto queríamos ser libres, una sola palabra válida iba y venía por la boca: Londres, dos sílabas, casi un soplo.

La esperanza teologal adquiría un apelativo terrícola, se volvía bulto geográfico; el vuelo suyo no era ya largo; la esperanza —albatros de Coleridge— volaba rasando la banda de agua marina que va de esta isla a los Estados Unidos.

Todo eso vivimos; ya ha pasado, pero las memorias leales no son tablas cepilladas de ataúd.

En el pan recobrado de 1946, y en la red recosida de las rutas marinas y terrestres, y en el texto griego o latino salvado del furor primario de los fascistas, y hasta en la vida de la mujer que casó su poesía con la libertad desde los veinte años, en cada criatura y cada empresa que brotarán en lo porvenir

sobre las cicatrices de la tierra, estarán siempre las marcas digitales de 1940.

La mejor aventura de hombres o de urbes es el trocar su cuerpo de carne o de ladrillo en ascua de símbolo, y este es el sucedido de Londres.

Agradecer sin ningún tartamudeo de mezquindad es un placer de las potencias. Los pueblos viven dentro del juego del recibir y del dar. La gratitud no nos disminuye, sino que nos acrecienta como una levadura. Doy yo también las gracias a la ciudad liberada y liberadora, y a la isla que con su palma pequeña y sus nervios finos, levantó el peso de la servidumbre que ahogaba a todos los hombres y los niños de 1940.

Ha muerto en la Wessex (Dorchester) de sus padres, de sus libros y de su propia pasión, a los 89 años, portentos para la época ajadora de pulmones y de nervios que es la nuestra, a la edad patriarcal o renacentista (Vinci vivió 64 y Donatello más de 60), Thomas Hardy, “el último clásico inglés”.

Nacido en la raza más batida por el viaje, en que el viaje sucede a Oxford para la talladura del mozo, él no tomó como Conrad la posesión del imperio haciendo las rutas fantásticas Liverpool-Melbourne, Londres-Hankon, Plymouth-Quebec, y le han reprochado su sedentarismo, los que no saben que hay dos místicas igualmente eficaces: la de caminar toda la vida y la de podar el mismo arrayán sesenta años en un patio. Salen de esas dos normas criaturas igualmente extraordinarias; prueba de ello en nuestra raza española, en la que no se sabe qué preferir, si el Ponce de León del ajetreo geográfico, o el Granada, en cuya prosa sin ímpetu obró no poco la clavadura de un paisaje. Dicen que Pío Baroja asegura que los personajes de sus veinte libros los ha sacado uno a uno de su sola tierra vasca.

A Hardy le bastó Wessex para su información humana de novelista, y aunque se hable por algunos con un pequeño desdén de su regionalismo, él no fue esa especie antipática —yo diría cerril— del regionalismo a lo Pereda; él supo poner sobre los atributos locales de cada tipo suyo la extensión general que hacen de *Judas el oscuro* o del *Alcalde de Casterbridge* tipos que cualquier raza puede adoptar.

<sup>85</sup> Escrito en enero en Marsella y publicado en los diarios *El Mercurio*, de Santiago, el 26 de febrero de 1928, con el título que lleva aquí, y en *El Tiempo*, de Colombia, el 10 de abril del mismo año como “El último clásico inglés”. (N. de los Eds.).

Como ocurre siempre en nuestras tierras de lenta y pesada información del mundo, conocimos tarde a Thomas Hardy: hace siete años no más yo leía *La bien amada*, esa novela absolutamente clásica en la que hay no sé qué dejó de la *Odisea*. Después vino la traducción del *Judas el oscuro*. Me doy cuenta ahora, repasando mis lecturas de los últimos años, de que ella es la novela más admirable que en ellas he disfrutado. Yo recuerdo que quedé varios días sin poder desprenderme de la garra poderosa de esta lectura. Judas vivió y vive efectivamente para mí por un costado que a otros lectores importó menos: como el caso más doloroso que yo conozca de la tragedia que se vuelve la vocación abortada.

No creo que los temas capitales de la tragedia sean siempre el amor y la codicia (dos y una sola codicia al cabo); entra también en ellos este del hombre que adopta por azar de la vida un oficio que no es el suyo y en el que la vocación verdadera será un grito que no se aplacará nunca.

*Judas* es la novela que por sobre todas fijó a Hardy como pesimista.

Mejor ha de entenderla y recibirla, a pesar de la magulladura de la traducción, el público español que el inglés. En nosotros el sentido de la fatalidad ha quedado entero, a pesar del cristianismo, y es un fondo a medias cubierto que una obra de esta índole desnuda en un momento. Después de la raza hebrea, yo no sé de pueblo como el ruso y el español más construidos para entender el dolor y para expresarlo.

En su Inglaterra, nutrida cuarenta años del centauro gozoso que es Kipling, y habituada, en la última generación, a la presencia de Conrad, “hombre de mar”, lo que vale decir hombre de energía dichosa, el caso pesimista de Hardy pareció “brutal y odioso”. Le quería su región tal vez más por amor propio regionalista que por aceptación verdadera; Inglaterra no le adoptaba con esa manera violenta de apropiación que

da a Kipling. Sus nadadores, sus cazadores, sus tenistas, sus sufragistas, alimentan otras preferencias en la novela.

Sin embargo, el pesimismo de Hardy ha sido bien inglés: seco, viril, sin la agujera del lamento, hasta podría decirse, indiferente. Él aceptaba el mundo como lo veía, cerradamente amargo, madera oscura y poderosa hecha de modo natural para tallar sobre ella los temas de la desgracia. En el patetismo ruso el escritor se ve —recordamos a Andreieff, su testimonio más agudo— trenzado con el asunto, como un tigre con un tigre. Hardy aparece liberado de su creación angustiosa. Por eso también, por la serenidad del tono, mantenida en medio de la escena angustiosa, él es un clásico.

A la popularidad de un Stevenson no alcanzó nunca. Dicen que la indiferencia inglesa se consolaba sabiendo, por las visitas de escritores extranjeros, que contaba con un público continental de aguda selección que lo buscaba y traducía en Francia como en Suecia y Alemania.

El pesimismo tiene naturaleza aristocrata; prueba de ello lo mal tratado que anda en las democracias entusiastas y desaforadas como los Estados Unidos.

León Daudet se ha referido, en un artículo, por otra parte muy elogioso, a la odiosidad con que habría tratado a sus tipos femeninos. Ya sabremos, por una vida suya que no tardará en llegarnos, lo que las mujeres le testimoniamos respecto de nosotras mismas.

Fue casado dos veces, varón de vida tan generosamente larga; la primera con una autora muy popular de cuentos de niños; la segunda, con su mecanógraфа, que también andaba en actividades literarias y que aparecía a algunos en no sé qué rivalidad con su formidable marido. Estar casada con Thomas Hardy y no renunciar a escribir, es alguna imprudencia.

La primera época fue de dura lucha para imponerse.

Aunque le han encontrado lejanos entroncamientos con la nobleza de Inglaterra, él fue hijo de un contratista de edificios, que le quiso hacer su arquitecto según la pasión de los padres por la cual el que hereda el color del ojo puede heredar la vocación. Ayudó a la reparación de varias iglesias góticas y alcanzó a escribir un tratado de su especialidad “sobre los ladrillos de color y las terracotas”.

La madre le salvó las aptitudes tal vez, dándole a los doce años su Virgilio, en que el niño aprendió de memoria páginas enteras, y aproximándole a la lengua francesa, la lengua por excelencia que convida a la función literaria por su ritmo ágil, del que viene cierta ilusión de facilidad, y su capacidad para la gracia. Un amigo que tenía las humanidades clásicas que a él le faltaron, leía al arquitecto los trágicos griegos, que hacían temblar a Hardy del sentido fatal de la vida.

Ejerció cinco años su profesión de arquitecto, y las medallas que obtuvo por sus excelentes planos no lo amarraron a su arte segundón.

Meredith informó favorablemente sobre él a un editor que vacilaba en lanzarle una novela “de que la acción estaba ausente”. Del pecado opuesto lo tacharán más tarde a causa del *Alcalde de Casterbridge* en que el acontecimiento se atropella con el acontecimiento, en una riqueza barroca de anécdota. Solo cuando “lejos de la muchedumbre que enloquece”, llega a su cuarta novela,<sup>86</sup> que alcanza éxito relativo, él puede aventar la profesión artificiosa y ponerse a escribir sin las trabas del doble oficio.

Se casa y se instala definitivamente en Dorchester. Su reposo forestal en medio de esos árboles centenarios que, para un inglés, marcan el lugar en que debe levantarse la casa, no

<sup>86</sup> En inglés, *Far from the Madding Crowd* (“Lejos del mundanal ruido”). (N. de los Eds.).

le evitó oír con irritación primero, con desdén después, el escándalo que levantaba *Judas el oscuro*, el peor de todos los escándalos: el de los protestantes puritanos. ¿Se le atribuyó al novelista la ideología de Susana y la blasfemia final del personaje? Leyó Hardy en su parque los epítetos insensatos de “inmoralista y licencioso”, que hoy, en la marejada del cinismo que trepa por la novela europea, hacen sonreír.

No fue varón religioso y seguro le empujó a no serlo la antipatía natural que crean los puritanos sajones. Pero estaba lejos de una mente tan sólida el ateísmo profesional en trance de propaganda.

Fue cerrando su vida círculo a círculo para trabajar en paz sin la estropeadura que en el más fuerte (y el pesimista lo es casi siempre) hace una corriente colectiva de odio que trabaja meses y años contra un hombre solo. En el último tiempo, obtener una entrevista con él era toda una empresa. Los choferes de la ciudad decían sonriendo a los visitantes: “Lo conduciré hasta la villa; gozará usted un hermoso pedazo de costa; pero usted no verá al señor Hardy”. Su puerta se había puesto pesada tanto de que el dueño no la abría nunca para salir como de que tampoco la abría para recibir intrusos.

Cuando el visitante vencía la norma, una sorpresa le indemnizaba del esfuerzo: se encontraba con un viejo fino, cabal hombre inglés, es decir, dueño de un interior cómodo y mullido de hospitalidad.

Él le hablaba, con la mano un poco gotosa sobre la mesa, y alzando la cara dibujada por arrugas expresivas, de los problemas de Europa, con un interés de filósofo pesimista, que procura que el mundo se vuelva peor, sin esperanza de que pueda nunca volverse admirable.

“¿La guerra? Yo no puedo pensar sin asombro en que ciertas gentes osen hablar de los beneficios de la guerra. ¡Qué estúpidez! La guerra es el mal y no puede engendrar sino el mal”.

Y con una ironía de gran viejo que puede permitirse verdades salobres, cuando oía a los mozos burlarse de los ancianos eternos:

“Desprecian mucho los jóvenes a Victor Hugo, y a Anatole France... A propósito, ¿tenéis algunos para reemplazarlos? ”.

Solía ser injusto con su generación y aun con la siguiente, por rebote de la injusticia máxima de ellas, que no se dieron cuenta del clásico en grande con que se rodeaban, y añadía que Inglaterra no los tenía tampoco abrazando a un Chesterton, a un Meredith, a un Kipling y a un Conrad.

La estimación mediocre que le concedieron acaso venga de que le tocó vivir en un medio de contemporáneos extraordinarios y el ojo se desorienta para medir cuando se habitúa a la meseta. El grupo de escritores ingleses de estos años es el más espléndido y el más rico que Europa posea. Solo que la popularidad desenfrenada de un Shaw coge demasiado espacio que se escamotea tontamente a los superiores: a Hardy, a Meredith, a Chesterton (rasguñado por su catolicismo), a Conrad y a Joyce.

Ahora el maestro de *Tess of the d'Urbervilles* ha ido a incorporarse a su legítima familia que era la de Dickens y Stevenson, en un ángulo de la Abadía de Westminster.

Él había prometido su cuerpo a la Dorchester que le hizo vivir largamente con su verdor robusto. Le han indemnizado entregándole su corazón. Un campesino, no aplacado todavía en su celo, ha remitido a Londres un saco de tierra de Wessex para que se cubra la caja escrupulosamente con ella.

Patrick Brontë, pastor evangélico, vivía su vida de clérigo espartanamente pobre en las landas de Haworth en el Yorkshire. La compañera, María Branwell, se había muerto dejando a su hombre de Biblia cotidiana y de sermón semanario seis hijos que criar en un presbiterio desolado que colindaba con el cementerio, o mejor dicho, que hacía con él un bloque.

La moribunda miró desde su propia cama el lugar de su huésa, anticipándose en el cuerpo, como quien dice, el sucio contacto del suelo, y las niñas vieron pasar a su madre de su cama al terrón mojado casi como de un colchón a otro colchón. Tener por patio el cementerio del pueblo pudo abajarles la muerte a un achaque vulgar al ser ellos niños fuertes y alegres de los que brincan encima de una huesera sin entender que eso tenga algo que ver con sus piernas floridas. Pero el grupo de Brontecitos, de uno a ocho años, en escalera, resultaban los honguitos que crecen así también en grupo en un lugar húmedo, y se fueron volviendo a medida que el ambiente los apretaba haciéndolos tuyos, los fuegos fatuos que saltan en el humus de los cementerios.

Se llamaban María, Isabel, Carlota, Patricio, Emilia y Ana, y para el pastor Brontë no tenían gran diferenciación, excepto el varoncito, que un padre aparta siempre; los cinco perendengües eran para Patricio Brontë un vellón de carne suya que él debía escardar y blanquear en vista de la vida eterna, tajando de su educación cualquier complacencia que pudiera volverse viciosa; solo al hombrecito le dejó manos y facultades desembarazadas de que el niño usaba a su real antojo.

<sup>87</sup> Escrito en Zoagli, Génova, en julio de 1930, y titulado por su autora, según manuscrito de su legado, como aquí lo hacemos. Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 5 de octubre de 1930, como “Emilia Brontë. La familia del reverendo Brontë”. (N. de los Eds.).

Cada cual tiene “su” Biblia y saca del libro vasto lo que se aviene con sus humores; la frase “educación bíblica” no dice nada concreto, porque unos chupan del libro el tónico seco de Salomón; otros tienen con Isaías sus apretaduras y sus descansos jugosos, y el puritano ciento por ciento parece clavar su gusto en la porción mosaica. El reverendo Brontë ha hecho sus huesos de la piedra pómex que forma el Libro de los Números y el de los Preceptos. Su vegetarianismo va más lejos que la enumeración mosaica de los alimentos consentidos y de los inmundos; la disciplina doméstica que elige para su carne de siete añitos muestra el corte de cuchillo de piedra de aquellos versículos, y la voluntad suya de obtener en seis niños seis juntos bien rematados, deja atrás el rigor de su propio padre Juan Knox y más parece la de un judío ortodoxo de cualquier tiempo que la de un inglés.

Como el lector moderno de biografías no acepta monstruos, tratando de entender al reverendo Brontë, se lo explica reduciéndolo a esta ecuación: hombre irlandés, más puritano, y más hombre viudo, y los tres sumandos le dan la absolución de Patricio Brontë, padre de familia.

El viudo llamó al lado de sus seis criaturas a una de sus cuñadas que no allegaría a las sobrinas mucho alivio que digamos; un poco menos que el reverendo Brontë, ella entendía educar sentada en un témpano a lo foca madre, y recelaba tanto de la afección calurosa, de cualquier afección calurosa, que suprimió las caricias entre los hermanitos. Ella les dio lo mejor que tiene una inglesa victoriana: cierta nobleza de costumbre, que en las niñas quedará entera en los ambientes plebeyos, y una severidad que, contrabalanceada por la bondad de Carlota, de Emilia y de Ana, será grata de ver como la geometría en la suavidad del fruto.

El padre se reunía con la familia solo a la hora de comer y a la noche, para la lectura de la Biblia, que así había de faltar a los niñitos como el sol falta al meridiano. Cuando el reverendo Brontë descansaba de los Doce Jueces, se hacía leer por

la mayorcita el debate político de los periódicos, delante de las seis criaturas sentadas como pingüinos de pechuga atenta que oyen y no entienden. Poco a poco los niños fueron aprendiéndose los nombres de los “ases” de la política inglesa y discutieron del duque de Wellington, del ministro Castlereagh y de Canning antes de saberse las andanzas de Gulliver y las mañas de Pulgarcito.

Un día les llegó a los niños en la buena criada Tabitha Aylroyd su contadora pura, en cuya falda se pueda jugar con las bolitas coloreadas de los cuentos y de la manera más cabal, porque Tabitha cree en los espíritus de la naturaleza como en el taburete en que se sienta. Entonces, y como el reverendo Brontë no amaina en su preocupación de los *torys* y los *wigs*, los niños harán la mezcolanza de su gente familiar poniendo a Wellington adentro del tórax de Gulliver o revolviendo la barba del ogro con la de Holofernes, igualmente espesa.

La criada Tabby entra en aquella casa y vivirá en ella como una magnolia grasa cuyo olor bondadoso desvía el del cementerio y parece que cerrara las ventanas de la casa de ese costado. Gracias a ella tal vez, ya que no hay como una contadora para hacer contar, Carlota, Emilia y Ana llenan sus borradores de novelones y de estrofas. Las moneditas del domingo se corren de los dulces a la compra de cuadernos y el reverendo Brontë ignora el aguacero de folletón que llueve sobre la piedra pizarra del presbiterio.

La tía olfateó alguna cosa anormal, y conversando con Brontë, le aconsejó el pensionado para unas niñas que crecían sin lecciones regulares, por más que trajinaran el día entero de la cocina al dormitorio.

El pensionado de seis hijos cuando el padre gana tres mil francos se vuelve inaccesible; pero el celo del padre Brontë descubrió uno que se había creado para hijas de pastores, con una pensión increíble de trescientos francos anuales. Allá fueron María, Isabel, Carlota y Emilia a conocer esa clase de

beneficencia que han ideado tanto las clientelas protestantes como las católicas: vigilancia ceñida; mucha oración, hasta que su abuso empalague; locales primos del cuartel; comida cotidiana de penitencia y ayunos en los días festivos, y un repertorio de maestras solteronas que no tienen costumbre de gritos infantiles en la oreja, y ven en los niños unos sucios monitos del Brasil que deben transformar rápidamente en correctos niños ingleses.

Bien se merecían cosa mejor las cinco huerfanitas de Haworth después del reverendo Brontë y de la tía Branwell, y vinieron a tener cosa peor: el padre proscribía la carne; pero el pensionado excluía todo alimento más caro que la sopa de avena; se madrugaba inútilmente, y el dormitorio estaba congelado en la mañana al vestirse, lo mismo que en la noche al acostarse.

Salieron de allí Carlota y Emilia dos años después llevando moribundas a María y a Isabel, de cuya poquita carne había dado buena cuenta aquel matadero pedagógico. Ellas vieron en meses pasar los dos bultitos como el de su madre de la cama al cementerio y este, con su almohadilla de tierra claveteada de piedras tumbales, dio un paso grande hacia adentro de la casa, un paso que casi vieron los ojos de las dos grandes sensibles.

De todas maneras, una casa es cosa tan buena que ellas se sienten aquí más contentas. Pueden leer ahora libros clásicos y libros modernos a granel; Shakespeare, Milton y el buen Chaucer, junto al fuego, cortándolos donde quieren por su comentario; el banquete de lectura abigarrada que es bastante vivificante no se los echa a perder un toque de la campanilla ni la explicación pedagógica que, cuando no magulla, empala el asunto.

Carlota irá más tarde a continuar sus estudios; Emilia se quedará con la formación de estas lecturas, a las cuales Carlota añadirá sustancia académica cuando regrese para las vacaciones.

Además, a Dios gracias, hay otra cosa que el presbiterio y su siembra de muertos anexa: hay la landa vasta que va hasta donde pueden los ojos y que en primavera echa su verdor indigente, para ellas, espléndido. Las Brontë no conocerán las tierras felices en que lo verde dura sin esfuerzo como dura el horizonte, y las flores están en el aire antes que en la tierra. La landa, a grandes trechos rocosa y con pantanos salobres, alimenta unos matorrales de penuria, y aquellas hierbas tiesas de los suelos sin jugo en que el pasto se afila y se endurece. Menesteroso y todo, la landa tiene su espíritu en el viento, en un viento que parece más despeñado del cielo que soplado del mar, por su látigo de castigo y el ululamiento de potencias que bajan atropellándose.

La landa ya no es una cosa calva e infeliz cuando el viento se llega a ella; con sus pocos arbustos y sus matujas, ella danza su danza de flagelación medieval, y si no se la quiere ver, sentarse entonces a oírle la polifonía de demonios en pugna con los arcángeles, los Migueles del cielo y los dragones de la tierra, que toman por liza el Yorkshire, la Mongolia o la llanura patagónica.

Poco se ha contado el viento y más que en los poemas que han querido decirlo, él anda en algunos capítulos en que no se le minta, en el Apocalipsis de San Juan o en rodar tanques de guerra que se oye en algunas “corridas” de Walt Whitman.

Maeterlinck, a lo largo de las doce páginas de elogio de augur que dedica a Emilia Brontë,<sup>88</sup> revuelve e indaga buscando entender de dónde le vino su tono de tragedia antigua, y sobre todo la orografía de su alma llena de abismos y de acantilados cardenosos no vistos en otra parte. Pudiera ser que su maestro iniciador fuese este espíritu sobrenatural de la landa. Lo que pasa en el viento es cosa que no entendemos de escucharle atolondradamente. Pasan en él, queriendo

libertar de su peso a la tierra, unas voces erguidas o postradas de vergüenza, confesiones cuyo trémolo sincero sobrepasan a nuestros Rousseau; pasan acentos groseros de hambres y de avideces vulgares; se oyen palmadas de tahúres sobre su mesa; y pasan, menos frecuentes, desviadas de “otra parte” en que vencen algunos que son mejores que nosotros, unos soliloquios cortados que una oreja santa puede coger en pedazos y componen piadosamente; pasamos los peores y los buenos de este mundo dichos íntegramente por el viento, que atravesando las ciudades carga su dinamo y suelta en el campo abierto lo que lamió tocando casas y torres.

Emilia tejería estos acentos, cazaría estas presas invisibles, guardándolas sin saber lo que ellas se volverían cuando las desplomara sobre una escritura que le llaman sonambúlica y que es la de Shakespeare, su padre verdadero. Él habla que la landa le entregó la narración terrible que se llama *Wuthering Heights*<sup>89</sup> y que hará preguntarse siempre el porqué a una oreja de virgen de veinticinco años se la habrá hecho confidente de esta especie de secreto tremolante de Dios y de los hombres.

Seguida de su mastín, al que también el viento solía coger en su rabia, Emilia hacía leguas de camino todos los días, bebiendo con la garganta enderezada el licor del viento a veces seco y otras veces mórbido, que es un licor más poderoso que las bebidas de las pobres botellas.

Otra consolación que estas caminatas en la nieve o en los pastos tiernos, la pobrecita no conocía; aparte de la amistad de su hermana Carlota, la criatura más digna de las amistades próceres, vivió sin ellas de creer a sus biógrafos. El amor parece haber sido para ella como el viento en la landa: un espectáculo de sus ojos que no alcanzó a bajar a sus entrañas; el amor burgués romántico del novio en la aldea o el del amante que la buscara unas semanas tampoco se lo han

<sup>89</sup> La traducción española se llama *Cumbres borrascosas*. (Nota de la Autora).

descubierto los indagadores; si, contra lo que de ella sabemos, Emilia Brontë tuvo una pasión, habría que creer en un encuentro fugaz de la landa con un desconocido al que sus ojos verdes pararon un momento y que siguió su camino con el viento contra la espalda.

Los versos de amor de Emilia Brontë son un secreto desconcertante como el de su alma misma. Aquellos que buscan explicar a toda costa, cáigales de donde les caiga la solución, han enderezado hacia el hermano Patricio esos poemas que no quieren dejar vacantes. Lo cierto es que la virgen de la vida cerrada, inútilmente llena de dones, puso en Patricio Brontë una pasión fraterna que solo pueden comprender de igual a igual las santas hermanas apasionadas de todos los tiempos.

El absurdo, que es cosa más común de lo que creemos, dispuso que por la vida de Emilia Brontë pasaran hombrecitos de pajuela y de resorte que ella no pudo o no quiso vestir con paños de ilusiones. Cuanto era en su naturaleza ímpetu de gastar en desenfrenadas caridades, ella lo puso en una manera de fraternidad tan rica que nos resulta ambigua sin más razón que la de ser un acto perfecto. Emilia sabía, como lo supo casi todo, que el hermano cabal vale por el padre y el amigo juntos, y que su victoria es lo que en este mundo tiene el sabor mismo de nuestra victoria.

Patricio la engañaba con sus pequeñas habilidades de pintor y de músico, que eran destrezas mediocres y espejismos de capacidad. Poseía el mozo, además, esa hermosura viril de donde las mujeres deducimos siempre un equipo anticipado para el triunfo. Emilia fue castigada en su único orgullo, como si su destino de devastamiento también le rehusara esta forma humilde de felicidad. El pintor alabado por el coro de hermanas y el organista que el pueblo celebraba ingenuamente, dio al traste con paleta y órgano para volverse el Don Juan barato de las muchachas de Haworth y entrar en la costumbre del alcohol, cogida en las fiestas populares.

Las tres hermanas, y Emilia en especial, probaron la humillación cotidiana de la familia del ebrio, una servidumbre como no hay otra, de esperarlo hasta el amanecer por mirar si el hermano volvía orondo o machucado, y dormir después de ponerlo en su cama. Emilia ahorró al padre puritano la bocanada de aguardiente al abrir la puerta; y ahorró a las hermanas, ambas piadosas, pero de una piedad menos musculada que la suya, la vergüenza de oír al perdulario su soliloquio demente mientras lo descalzaba y esconderle sus ropas pueras hasta el día siguiente.

Alguna noche ella no lo acomodó por su mano en el lecho y el borracho tiró las coberturas sobre la bujía, haciendo arder el cuarto en unos momentos. Emilia no llamó a ninguno; apagó con sus manos colchón y ropas, y le quedaron en sus manos, a pesar del aceite, las quemaduras que ella escondía, llevando una manga más larga de la blusa. Un poco más arriba del brazo, la pobrecilla tapaba también la dentellada de un perro rabioso, en la que ella misma había aplicado el punzón quemando. Alguna vez al lavar sus brazos y tocar las cicatrices feas del animal y del fuego, ella se diría lo que el campesino supersticioso, y se lo diría con razón: “Cuando uno se vuelve tan infeliz que un perro rabioso le prueba la sangre y el fuego le da encima su lengüetada, eso significa que aparte de Dios, los demonios se meten con uno para acabar de estropearlo”.

El padre Brontë conocía la vida de su hijo gracias al escándalo de la aldea y a esas llegadas nocturnas que la puerta más cómplice deja oír; la vida de sus hijas la ignoraba fabulosamente por aquello de que el pecado suena campanas más sonoras que las de la gracia. Poeta malo, a pesar de apacentarse en los pastos bravos de Isaías, el reverendo Brontë pasaba sus poemas a Carlota, a Emilia y Ana, y le gustaba oírse recitar sin que sospechara jamás que la niña Emilia, que preparaba su sopa de quáker y limpiaba irreprochablemente su chaleco subido, escribiera en aquella casa mucilagosa de fastidio el capítulo soberano de *La muerte de Cathy*, y sin que tampoco le pasara como una pajuela por el ojo la idea de que Carlota

fuese por aquel tiempo uno de los buenos novelistas ingleses que leía todo el mundo.

A algunos pastores del Evangelio pone sensibles, como el cuerpo de la gacela, y tiemblan enteros de conciencia y de atención a este mundo; a otros el Evangelio les dispara a tantas leguas de las gentes que los incrustan en el cielo, en una especie de cielo cerámico, perfectamente puro y perfectamente sordo.

La doméstica Tabitha se quebró una de sus piernas diligentes andando en la nieve, y el reverendo Brontë, cuando la vio coja, resolvió despedirla, porque una mesa tan urgida como la de la casa no consentía una boca que no costeara su comida. Las tres muchachas rogaron por ella, defendiendo en la vieja cariñosa el único pilar florido de aquella casa de murciélagos, y no consiguieron que las oyieran. El padre se iba cegando poco a poco, castigado en sus ojos de haber amado poco la luz, su madre, que los fortifica con apariencia de gastarlos. Debía llamarse un sustituto al presbiterio, cediéndole la mitad de un sueldo que no soportaba una partidura.

Las muchachas resuelven delante de la calamidad dejar la casa en busca de trabajo, haciendo lo que no se le ocurría al pobre diablo descuidado del hermano. La profesión natural de unas muchachas pobres de solemnidad, con algunos anaqueles de cultura primaria y costumbres honorables, es la de institutriz, y se optó por el camino que siguen las inglesas jóvenes de la clase media. Al decidir cuál de ellas se quedaría en la casa tomando el trabajo de la criada inválida, la que pidió el cargo sin ninguna vacilación y discutió hasta obtenerlo, tenía que ser Emilia. Carlota y Ana se fueron, y la soledad tomó sus fricciones absolutas para la que se quedaba con un padre maniático y un hermano que la taberna devolvía por la noche.

Ella se acompañó del trabajo sin ninguna repugnancia, tomando su lote de mandadera del mercado y de cocinera que se

devana el seso para sacar de unos reales, comida que se pueda presentar al sustituto, huésped del presbiterio. Apareció la de siempre, ni más amargá ni más endurecida por el trastorno. Había sido sentada al caer en este mundo, en un nivel de desventura que la curó de asombro pidiéndole dar de una vez toda su medida.

Un desahogo en las finanzas familiares, y Mr. Brontë puede llamar a Carlota, que deja su empleo, vuelve a la casa en busca de Emilia y parte con ella a continuar estudios en un colegio belga.

La estada en el extranjero significará mucho para Carlota, que en Bélgica se enamora con mala suerte, “en la línea de los Brontë”, y sacará de un amor desgraciado una novela con suerte; a Emilia este viaje le acarrea el bien de su contacto con la literatura alemana.

Después de un año, y como los dineros de Mr. Brontë nunca pueden cumplir bien ninguna de sus iniciativas, ellas vuelven a Haworth.

Este es el bello tiempo de la esperanza de alas abiertas de Emilia, el de su embriaguez plena de trabajo literario. Sentadas en una mesa común, las tres hermanas escriben versos y novelas. Escriben por el gozo de la expresión que los que viven solos regustan mejor que los otros y que les lleva hasta una euforia que el escritor profesional ignora, y escriben también porque la aventura literaria tienta a las tres ingenuas lo mismo que el billete de lotería en una vitrina tienta a los pobres. ¿Por qué no? Ha pasado con algunos. Una reputación fulminante y ellas pueden rehacer la vida, todavía en la juventud, cuando se tiene bajo la mano la tela para cortar las cosas mejores.

La tía Branwell ha muerto, dejándoles unas cuantas libras de herencia. A escondidas del reverendo Brontë, ellas imprimen un volumen tripartido que firmarán infantilmente con tres

seudónimos en un renglón. Los libreros les dieron cuenta de la venta de dos ejemplares; la crítica no se dio trabajo con los poetas nuevos de Yorkshire. Entonces las bravas ensayan con la novela, recordando sus tentativas de la infancia. Emilia escribe en dos meses *Cumbres borrascosas* de corrido, como en un dictado que cumplía la potencia del espíritu de la landa a través de la mano prestada de la virgen shakesperiana. La novela de Carlota comenzó su fortuna literaria; la de Ana no levantó burbuja de comentario, débil de argumento como la pobre niña de vitalidad.

Las *Cumbres borrascosas*, hueso duro de calar en el primer momento, pertenecía a esos tipos de creación enrarecida que nos exigen el que adaptemos los sentidos a ella como los acuarios donde se mueven, demasiado pesadas o demasiado rápidas, criaturas de conformación desconocida. La obra mereció a un crítico, al que hay que agradecer el que viera algo, la antipatía que provoca un temperamento arrollador a los endebles; en la clientela de la Inglaterra victoriana, ella levantó una ola de espanto y de repugnancia hacia “el hombre brutal y pervertido del cual venía semejante engendro”.

El editor despachaba hacia Haworth dineros a Carlota y a Emilia los recortes de los periódicos venenosamente imbéciles.

Emilia leyó estos artículos con la misma tranquilidad con que se sacó un día el brazo del hocico del perro con rabia. Sus poemas nos han dado su fatalismo, más redondo que el mahometano, y sabía que su parte de este mundo era la de los galeotes en Inglaterra: romper y romper el cáñamo hasta el despelajeamiento de las manos; pero la ha turbado seguramente el considerar el alma monstruosa que le atribuía una crítica sabia en buceo de caracteres y comercio de temperamentos.

La crítica inglesa aprendió con Emilia Brontë, hasta que vuelva a olvidarlo, que suele haber manos sonámbulas que escriben manejando pulpos o medusas, y que son inocentes como las regaladoras de buenas rosas de Isabel de Hungría.

Dos cosas había amado Emilia en este mundo con la pelambre salobre de su landa: su hermano y la creación literaria. De ambas cosas cayó en su cara de Antígona la bofetada del escarnio. Ojalá ella, que parece haberse conocido a sí misma, haya entendido que pertenecía al rango de las grandes aristocracias espirituales que entran por la puerta mayor de la consideración de su tiempo o tiritan afuera sin recibir una pequeña comprensión que les resultaría la verdadera ofensa. Su nombre literario quedó en el sótano de la crítica inglesa hasta una semana después de su muerte, para entrar enseguida en una gloria ilimitada que su lengua no le regatea, tarda en dar y magnifica en el arrepentimiento de no haber dado a lo rey.

El libertinaje desatado de Patricio demoró poco en romper un cuerpo que le venía tasado para una vida corta como el de sus hermanas. La taberna y el donjuaneo hicieron en diez años del bello mozo una hedionda piltrafa, y Emilia recibió en su regazo el pellejo sacudido de delirium tremens, que es la “danza de la mayor burla del demonio”, y miró con sus ojos puros que habían vivido en la terraza caldea de una castidad ardiente, aquella carne de su carne torcerse como las alimñas pisadas en una agonía sucia y lenta, lamentable por larga e impura.

Acabado su hermano Patricio, sin gana tampoco de luchar porque le vieran el alma verdadera los guasones de la crítica y limpiaran su nombre, Emilia Brontë comenzó “una vida de dos meses” que toma no sé qué postura de suicidio pudoroso, lleno de habilidad para engañar.

La tuberculosis de María Branwell se insinuó en ella como en los demás con una tos mañosa; ella siguió caminando por la landa bajo la lluvia cerrada o en los días de nieves frágiles; ella recibió bromeando medicinas que guardaba sin probar; ella no se quejó de nada, ni apareció siquiera melancólica, porque la seguridad de su acabamiento le iba dando una embriaguez salvaje como la del viento.

La solución económica había llegado al presbiterio en las ediciones copiosas de Carlota, y ella es de los corteses sobrenaturales que se quedan hasta el momento en que se sirven y que no retardan su visita misteriosa un rato después que el conflicto se ha desabotonado.

Su cuerpo menudo y nervioso, parecido a la brizna salobre de la landa de Haworth, se acostó en el consabido cementerio doméstico, cuya tierra conocía a la carne Brontë como a una materia más ligera, más fina y más dócil que las otras. Seguía entrándose el humus letal, patio adentro, casa adentro del presbiterio mortecino, a donde mandaron a adoctrinar a Patricio Brontë, hombrecito duro e insignificante de Juan Knox.

E U R O P A V I



Cerca de Gante, la ciudad socialista e industrial, y de Oostende, el puerto de los ingleses, se halla esta Brujas española, puesta “para signo de contradicción”. Porque no tiene nada de las ciudades belgas, pequeñas y activas como un cronómetro de Berna, y nada tampoco de las ciudades francesas. Es posible, pues, que una ciudad como un hombre se desentienda de su ambiente y no tenga ensambladura con sus hermanas de origen. Así, el viajero se encuentra en país industrial con esta gran melancolía castellana defendida por no sé qué genio antojadizo.

La primera extrañeza es el silencio no solo del agua de los canales, sino el de la vida colectiva que se ha detenido como haciendo homenaje a otra cosa que fuera superior a ella misma. Brujas fue puerto: el mar se retiró de la ciudad como por imperativo sobrenatural, y ahora el mar le es extraño como una fábula, como si nunca hubiera sido suyo.

Pedro Prado habla, en una de sus mejores paráboles, de cosas que existen solo para dejar constancia del paso o de la existencia de otras. Brujas podría existir para que no lleguemos en esta época al olvido completo de lo que es el silencio.

Un gran canal rodea la ciudad, un cinturón de agua muerta; otros canales menores la cortan, y así la presencia fluvial nos sale al paso por donde vamos, con una dominación igual a la de las campanas, a fin de que recordemos que ellas dos forman el espíritu de Brujas y que lo demás, casas, calles, son mera añadidura.

90 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de septiembre de 1926, y transcritto según original de su legado. (N. de los Eds.).

Algún día se dirá, por alguien que sepa decir, la diferencia, la gama de estados espirituales que corre bajo la denominación del agua. El canal de Venecia, tan próximo al mar, no tiene la pesadumbre de estos; el canal de Brujas no entrega el ardor expectante de aquella agua que es sensual, porque pertenece al Mediterráneo.

Hemos venido a ver a Brujas en la primavera y la llanura belga entrega el mismo verde jubiloso de los prados de Van Eyck: todo el camino, desde Bruselas, es la fiesta de un verde exultante, del cual no parecía capaz una tierra del norte. Los árboles y las hierbas altas que bordean los canales de Brujas no hacen descender su luz hacia estos para bien lucirlos; mas el viajero será dominado mientras camine solo por los canales y las campanas, y no sentirá la primavera y acabará por olvidarla: tanto son y tanto puede su mirada.

La cintura de agua pasa por los lugares predilectos de la tradición. Comienza en el Lago del Amor. Este no es sino una pequeña represa sembrada de juncos: solo eso. Rodenbach dice que su nombre significa exactamente “El Agua Amante”.

Bajando del lago, llegamos al muro lleno de líquenes tristes del Beguinaje. La beguina, junto con la encajera, crea el espíritu de Brujas. Ni es ella monja ni beata,<sup>91</sup> sin embargo, como la monja ha llegado a este lugar en busca del silencio maravilloso, y como la beata, no ha cortado enteramente sus lazos con la familia y se la cruza por las calles a cada paso.

Yo no sé si esta institución tiene semejantes; la celebro como una de las cosas más felices que haya creado este catolicismo belga, lleno de grandes y pequeñas sabidurías. Es el behuinaje un retiro cerca de los hombres, sin la cortadura tremenda que hace la religiosa entre ella y el mundo. La monja enclaustrada y sellada; es una especie de taller donde se continúa el

<sup>91</sup> Beata, en el sentido criollo de devota. (Nota de la Autora).

trabajo de afuera, regido por el ritmo de las oraciones y tan lejos de la complacencia como del rigor de una regla.

Entramos en él: un cuadrilátero de césped rodeado de casas blancas, todas ellas de la arquitectura brujense que sabe rematar lo que alza en el espacio como el festón de sus encajes. Las construcciones de los cuatro lados parecen estar, según las paredes de un estanque, reteniendo una agua preciosa que sería la soledad. Sentimos como si hubiéramos penetrado en otro elemento más delicado que los terrestres. Nos acomodamos a él caminando con más blandura, respirando sin ímpetu. La suavidad del césped está lamida por los hábitos largos y el relámpago del tocado de la beguina aparece en un ángulo o en el otro.

Abandonamos un pedazo de canal y caminamos hacia el hospital de San Juan, para gozar ahí la hora más pura de reposo que sea dable, cogidas por la contemplación de los ocho o diez lienzos de Hans Memling: la urna de Santa Úrsula, el tríptico de Santa Catalina y algunas cabezas exquisitas. Verdaderamente es una capilla votiva, pequeña como un cuenco; en ninguna parte el cuadro es bebido por el ojo con más calma y el motivo posee más al que lo bebe. Extraordinario Memling, que atrapó entre su pulgar y su índice el estupor del agua tutelar de la ciudad y lo dejó allí posado sobre estos rostros.

—Aquí —dice el barquero— está la casa de Rodenbach.

Cae sobre un canal, el del Rosaire, y aunque esté situada en pleno centro, entre hoteles y oficinas públicas, el agua la libera todavía de toda agitación tonta y de toda modernidad aturdida. Aquí se hizo por industria inefable, el estilo nocturno del poeta, sin resonancia, especie de confesión siseada de medianoche. El canal de Brujas pasaba como quien dice por la mitad de su alma, con su alga muerta, y lo suavizó hasta darle la calidad que tienen las cosas largamente sumergidas en cisternas. A Verhaeren lo harían, por contraste, las ciudades belgas con sus cielos punteados de chimeneas. Hasta su

estrofa anchurosa y robusta tiene algo de la envergadura de una maquinaria potente y rotunda. Rodenbach flota todavía por su canal materno.

¡Ay de aquel que no se parece a un elemento de la naturaleza —el mar, el viento o el fuego—, porque ese no es creador! Quienes lo son pertenecen siempre a uno de ellos. Algun día se escribirá una mitología nueva que clasifique a los artistas de este modo: D'Annunzio o el Maestro del Fuego, según su propia ubicación; Maeterlinck, o el que estuvo en grutas; Ibsen, o el hombre que rompió los hielos impávidos de su paisaje físico y humano.

Hay cosas que pierden su sentido aquí: se dice la plaza del Beffroi,<sup>92</sup> o sea, la plaza Central; pero el cuadrado muerto que atraviesan ocho ingleses y cuatro beguinias no es la plaza de las ciudades; se dice la calle, y la calle es una acera y un canal, y este rebana su sentido a la calle.

Como un pueblo de Castilla, Brujas hace pensar en que no tuviera jóvenes ni niños. Solo viejas, un tipo de vieja no encontrado en otra parte. Pasan ellas envueltas en su capa negra de grandes pliegues, que llega hasta sus pies, con una caperuza echada hasta las cejas; van calladas como el agua patrona de los canales. Sin ser la beguina propiamente, llevan algo de su aire. Y para que el contraste haga sonreír, ellas se cruzan con ingleses en traje deportivo y con ingleses de Kodak al costado. Nosotras, que tenemos algún gramo de sangre de Castilla, sentimos aquí al inglés más intruso que en parte alguna, y creemos tener más derecho que él al asiento que ocupamos en la plaza del Beffroi. Ninguna ciudad como esta rechaza al apresurado: desde el pavimento hasta el toque de queda, toda cosa parece aquí ser su enemigo natural... Sin embargo, los turistas de suelas claveteadas son los dueños de Brujas, con ese dominio suyo que irradia desde los hoteles.

Yo enriquezco con esta mi colección de medallas grotescas: la beguina y el sajón de largas zancadas. ¡Qué destrozo! ¡Qué silencio para tal ensimismada!

El comercio es el de todas partes, y en especial el de las ciudades de veraneo: librerías amplias, casas con materiales de pintura. Pero junto a esto, lo más suyo: la noble industria del bronce, en jarros, candelabros y, sobre todo, en campanas. Yo me siento obligada al homenaje inflable del turista. Entro en una broncería y la vendedora me pone sobre el mostrador, enfiladas niñitas de corredor escolar, siete u ocho campanitas, que son tipos, cada una, de cierta tonalidad. Y delante del mostrador, que arde de bronce, vacilo como entre mis poetas. ¿Cuál será la elegida? ¡Qué rico el do, qué noble el re y qué agudo el sí! Me quedo con este, metido dentro de una caparazón labrada con cuarenta o más figuras voluntariamente borrosas.

¿Qué llamado haré yo con mi pequeña criatura de bronce? Con ella no puede llamarse sino a alguno de los menudos genios que Shakespeare hacía danzar y que tal vez estén divididos como las almas de nosotros en espíritus del do, del re o del si... Pesa la pequeña campana, a pesar de su forma en corola larga, y yo me acuerdo de la metáfora de Rodenbach: "Son las flores de metal de Brujas".

Hay otra ciudad mística como esta y con la misma industria de metal religioso: Así, allá en la falda soleada del Subasio, y me acuerdo de ese otro silencio, menos completo que este, y que está rasgado por el martilleo de los herreros.

Pero, como se sabe, la industria verdadera de Brujas es el encaje, y el escudo de la ciudad pudiera tener a una encajera de dorso inclinado. Llegará el día en que dejemos de lado la heráldica a base de buitres y milanos que ha durado de más. Entonces el escudo de cada ciudad lucirá su obrero ejemplar, forjador, minero o tejedor. La Edad Media nos dejó su milanería y nos hemos clavado en ella, viviendo todavía lo que Vas-

concelos llama, en su clasificación de edades, la del guerrero soldado, cuando no la del matón.

Hay toda una calle de encajeras y en el limpio silencio se puede oír el pulso de los palillos menudos. La muchacha de Brujas nace encajera como la de Nueva York nace mecanógrafa; pero de una a otra va lo que de una página de Domenico Cavalca a la "tirada" de Whitman. Nace la niña brujense entre este tintineo seco que parece de marfiles chocados, aunque sea un castañeteo de huesecillos o de metal, y ella ve a su madre, de la mañana a la tarde, sentada con un toque de claridad en la clara y la almohadilla linda y pueril. La vejez se marca en la mano que va secándose y entonces la niña recibe los palillos que no ha de soltar sino también cuando su mano amarillee.

Las tejedoras suelen estar en grupos, delante de los cuales se detiene el turista intruso; son grupos como para Maeterlinck, agobiados de silencio y sin más agitación que las de esas manos de colibries cruzadas. Alguna cosa hay en su trabajo de rito que el que pasa no entiende y alguna cosa secreta en ese juego que va dejando caer una especie de helecho blando.

El acaparamiento comercial del encaje no ha penetrado en Brujas todavía y aunque las tiendas de lujo tengan sus vitrinas llenas de la mercadería preciosa, muchas se defienden con las ventas menudas. La casita de la encajera suele poner hacia la calle una pequeña ventana que ofrece la obra de la semana.

Cada cuarto de hora la torre del Beffroi deja caer en vez de esas campanadas sueltas y secas de todas las ciudades, una especie de estrofa musical que anuncia el canto mayor, o sea, el clásico concierto vespertino.

El oficio de campanero, del cual habla tan noblemente una página de Huysmans, perdura todavía en la ciudad, elevado, por una larga tradición, a una real jerarquía. Los "carilloneiros" reciben la honra que tiene en Venecia un maestro de

Murano. La plaza vacante se llena por concurso y el vencedor pasa a ser en la ciudad algo no inferior a su alcalde o a su Rodenbach. Tienen razón: las cincuenta campanas del Beffroi son la garganta de la ciudad y la ciudad se escucha en ellas.

Se cuenta que hace poco hubo el intento de reemplazar con una maquinaria a los “carilloneros” de la catedral de Malinas y que la ciudad no aceptó el cambio.

Durante todo el día, las torres deshojan su heroico gajo de bronce, y para el viajero se va haciendo esa obsesión musical de que está llena la novela de Rodenbach. Así como las ciudades del trópico reciben a cada golpe de viento la ola de aromas que las recorre, pasa sobre Brujas a cada cuarto esta exhalación de sonido que queda largo tiempo en el aire con largo aroma. No hay manera de olvidar su dominación, y estemos donde estemos, restaurante, plaza o templo, levantamos la cabeza para recibir las notas épicas, más épicas que tristes, que llegan a buscarnos a todas partes.

Extraña ciudad que posee y regala dos rotundos opuestos: el silencio del agua y el metal de las torres. Mientras estas tocan, la atmósfera está más viva que nunca; y en cuanto el sonido se apacigua, el silencio se vuelve absoluto, casi de calidad subterránea. Entre las dos pulsaciones vive Brujas. Yo no puedo llamarla “la Muerte”, según la frase consagrada, porque he sentido la disputa que en su atmósfera sostienen el agua letal de los canales de la cual sube una voluntad de aniquilamiento, y la fiesta de los metales, de la que baja una cascada de alegría pascual... Caminamos entre una afirmación y una réplica, entre estas dos fuerzas: cada una recibe mejor aquella que está de acuerdo con él, y en mí la palabra del bronce domina más fácilmente.

Al atardecer, la torre del Beffroi comienza su concierto mayor que dura una hora. Rodenbach ha anotado la forma guerrera de las torres de la ciudad. La de la catedral de San Salvador pertenece al orden de la fortaleza y se sale de lo eclesiástico.

Un español diría que corresponde al orden guerrero místico de Ignacio de Loyola.

Se ha dicho demasiado de las torres que su vuelo es el de la oración liberada del suelo por impulso ascético. La torre, y especialmente ésta del Salvador de Brujas, es para mí una voz mayoral de la tierra, un llamado vigoroso voleado hacia las alturas para recibir respuesta. El concierto del Beffroi no tiene nada de enervante, nada del coro de llantos de las campanas plañideras. El concierto es una fiesta, en la cual domina como en un conjunto de estrofas la octava real. Y viene entonces el recuerdo del pasado de Brujas, que fue de dominación y fuerza; la melancolía se hace en el que oye y conjuga recuerdos...

Como al viejo guerrero desposeído le queda el gesto de dominio en algún pliegue metálico de la boca o en un movimiento prócer del brazo, a Brujas le resta la voz de las campanas. Fue ra de ellas, su día transcurre en este aire monástico de viejas que se deslizan como apariciones y de aguas que parecen también tomadas por una gran vejez: solo antes de la noche, el coro del Beffroi vuelve a volear su voz heroica como si quisiera salvarnos de la muerte. Además, ésta torre no sirve a una iglesia, sino al mercado de la ciudad, y es como si dijéramos una cosa civil, sin obligación de desmayo místico.

Yo pensaba, oyendo la Pentecostés de las campanas, verdadero descenso del Dios fuerte a la tierra flaca, en la antipatía que tuvo Goethe hacia ellas. ¿Escuchó las de Brujas? Porque tal vez no se pueda hablar de campanas sin haberlas oído...

Pintada por miles de acuarelistas y pintores, Brujas se nos quedará sin embargo como la ciudad inefable que no se da en el color, porque el gris de los canales es el más esquivo de los tintes, y la que tampoco puede ser dada en la maravilla de su aire batido por el bronce. No se la dice dignamente: se la señala con un ademán lento, llamando hacia ella a los que queremos. Y al salir de ella, cerramos las hojas de gran nenú-

far que es la memoria para que las visiones que nos entregó  
queden guardadas y puestas a salvo del olvido.

—¿Quiere usted conocer la escuela que forma a los dirigentes obreros de todo el país? —me dice nuestro guía.

Acepto y salimos con dirección hacia Uccle, un radio casi rural de Bruselas, equivalente al de Providencia de Santiago o al San Ángel de México. Campos, campos en que se levantan los bungalows blancos, grandes residencias, granjas y de pronto la selva de Soignes, mancha de un verde que me parece sobrenatural (aunque estamos en plena primavera), bajo el cielo gris del norte.

Hemos llegado: varias hectáreas de prado y al centro el gran edificio luminoso que es la Escuela Obrera Superior de Bélgica. El director, León Delsinne, nos recibe con esa llaneza que también queda entre las virtudes de los países pequeños, un hombre rico de salud y de cordialidad humana.

En su oficina, rigiendo su trabajo, los retratos de varios sociólogos y una cabeza, en la que me detengo, de Luisa Michel: enjuta la mejilla, comida de ardor la frente dolorosa, la llamada Virgen Roja parecía un monje medieval.

Los alumnos nos esperan a almorzar y entramos en un comedor hirviente de jóvenes, donde el director nos presenta, a mi compañera y a mí, como visitantes que ellos añadirán a los extranjeros que han sido sus huéspedes, pero que vienen de dos países —México y Chile— que no habían hecho acto de presencia en la escuela.

Fisonomías abiertas; pequeñas mesas, en vez de la clásica y larga mesa común de los horribles internados; los alumnos

93 Escrito en Marsella, en agosto de 1926, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 26 de septiembre del mismo año. (N. de los Eds.).

conversan en voz alta; son alumnas las que han preparado nuestro almuerzo y yo tengo el gusto de servir los platos de mis tres vecinos... El régimen entero de la escuela está visible en este comedor en que se habla con una camaradería exenta de chacota; se come sobriamente, con una alegría sin vino; el director no marca el cargo con ceño ni silencio.

Salimos después de caminar por el campo circundante —casi un parque—; nos detiene el director en el pabellón de las internas, y aquí nos sentamos a oírlo hablar.

—La instalación —costosa, a pesar de su absoluta sencillez— fue dada por un político liberal casi millonario. (El Partido Liberal belga está formado en buena parte por la nobleza y se atribuye al rey especial simpatía por él entre los otros, el Católico y el Socialista). Cuando algunos de sus amigos conocieron la donación extraordinaria, la reprobaron. Él les contestó: “El mayor peligro para Bélgica sería el de un socialismo ignorante, cargado de ambiciones y sin caminos claros y legítimos para satisfacerlas”. El donador entregó la escuela al Partido Socialista.

“Como la escuela hizo sus instalaciones excediendo el legado, contrajo una deuda fuerte que se ha pagado con los productos de la tierra. Anote usted que hoy este campo proporciona una buena parte del consumo de la mesa común. Solo cuando la labor agrícola es excesiva, traemos trabajadores; los alumnos hacen voluntariamente el cultivo.

“Su objeto es formar a los dirigentes obreros a base de educación moral, para que la masa tenga jefes honestos; de una cierta cultura en sociología, a fin de que conozcan honradamente las doctrinas que van a propagar o a combatir; y, por sobre todo, a base de generosos ideales humanos.

“Hemos visto con alegría incorporarse mujeres en el último tiempo.

“No: la escuela no es gratuita. Cada sociedad fuerte, cada sindicato —de metalúrgicos, de carpinteros, de albañiles, de impresores— sostiene una o más becas y envía desde las diferentes ciudades a los jóvenes bien dotados para líderes —inteligentes, puros y fervorosos— que ellos ven destacarse en sus escuelas. La cuota anual es pequeña, consulta escuetamente el costo de subsistencia: tres mil francos belgas. Para las instituciones pobres, en las que es necesario el jefe que guíe el trabajo social, hemos creado bolsas de estudio. Y si entre estas instituciones aparece un joven de inteligencia sobresaliente, la escuela le hará sitio de inmediato. Nosotros buscamos el aprovechamiento absoluto de la inteligencia, que es por lo menos una fuente de bien común como una riqueza mineral o una industria próspera; es necesario que el pueblo no pierda nunca al individuo superior que ha salido de él para su propia dignificación, y en particular para su servicio.

“La institución patrona recibe el informe mensual de los estudios de su patrocinado y lo cambia si este avanza poco o no merece el sacrificio. Lo ordinario es que trabajen con alegría y con éxito. Pedimos que de preferencia nos manden obreros talentosos. Al término de sus estudios —esto es muy importante—, el joven vuelve a su pueblo a continuar en su oficio: la educación de dirigente que ha recibido no le da derecho a un sueldo; está destinado a servir a sus compañeros y no a vivir a merced de ellos. Dedicará sus noches libres y sus días festivos a conferencias y trabajos de secretaría, nada más. Por ningún motivo queremos crear dentro del proletariado una nueva burocracia.

“El alumno graduado de esta escuela será el miembro de su partido o de su gremio que conoce la técnica de las organizaciones, que aconsejará en materia de cooperativas o Código del Trabajo; que, si es mujer, organizará las ramas femeninas de su grupo político e informará a las obreras acerca de las leyes que deben pedir.

“Algunos de estos líderes, los que están bien dotados para ello, serán oradores; pero no creamos el demagogo para la arenga vacía, sino al jefe responsable, con ideas claras, con programa neto, que sabe hacia dónde conduce a los suyos.

“No se recomienda en las clases una doctrina socialista determinada; los profesores repasan las ideas dominantes en esta época, en especial en materia económica; el alumno optará por una y profundizará su conocimiento de ella con las obras que el maestro le indique.

“Respecto a programas, hemos espigado en cada ramo la parte que se relaciona con nuestros ideales. Así, nuestra geografía es por sobre todo económica; nuestra historia revisa las formas de gobierno de todos los tiempos y hace la historia del movimiento obrero moderno; la literatura nos da el pequeño grupo de obras en las cuales se han pintado con verdad la vida del pueblo; la higiene se detiene especialmente en la rama industrial y en la cuestión de las habitaciones obreras. Por encima de todo está la educación para el mutualismo, desde el seguro de vida hasta las cooperativas de las cuales usted ha visto sembrada esta Bélgica obrera y obrerista.

“La edad mínima para el ingreso es la de dieciocho años; los conocimientos que exigimos son los de la escuela primaria completa.

“Sí, usted encuentra aquí, como en todas partes, el problema de las dos lenguas que habla nuestro pueblo. Hemos creado la sección flamenca. Tuvimos en el último año, cuarenta graduados de lengua francesa y treinta de lengua flamenca.

“Hemos admitido alumnos extranjeros, dos suizos. Exigimos que sean enviados por sociedades obreras similares; pero no hay nada de académico en la instrucción que damos; todo ello es cultura que debe ser inmediatamente aprovechada y vivificada por la realidad del trabajo en medio de los obreros.

“Durante las semanas de vacaciones, que tenemos distribuidas en diversos meses del año, organizamos nuestras semanas de difusión de un ramo cualquiera, destinado a los obreros, y a veces a visitantes extranjeros.

“Tuvimos la semana política consagrada entera al estudio de las finanzas belgas, para poner esta materia compleja y penosa de la baja de nuestro franco al alcance de los trabajadores. Otra fue dedicada al arte belga, explicado a visitantes ingleses que fueron huéspedes de la escuela.

“La escuela da también a los jóvenes el amor de los deportes; ellos organizarán a su vez en sus ciudades sociedades deportivas de los trabajadores.

“Acaso lo más importante de nuestro plan de estudios sean las dos semanas de viaje por todo el país que realizan los alumnos acompañados de sus maestros. Aunque el país es pequeño y aunque el estudio insistente de la geografía económica les presenta las actividades industriales de cada región, nada reemplaza la visión directa de la faena, y llevamos a nuestros jóvenes a conocer mina por mina la región del Borinage y fábrica a fábrica la zona textil de Gante.

“El mapa industrial de Bélgica debe quedar vivo dentro de ellos en forma de conocimiento y de relaciones establecidas con los obreros de los cuatro costados del país. La visión directa de los oficios por los alumnos, que es una comunicación viviente con el dolor de los hombres, no ha sido olvidada o descuidada por la escuela; ella constituye una fuente de simpatía humana: el hombre solo conoce al hombre cuando ha mirado su faena; esto forma el más fuerte contacto; los otros, la vida social, la vida comunal, son roces solo de sus epidermis”.

Desde la primera semana hasta el último día de nuestra estada en Bélgica, recorriéndola de Spa a Ostende y de Mons a Amberes, hemos visto en cada detalle (manifestaciones públicas, casas del pueblo, cooperativas, bancos) una democracia discri-

plinada, con una sensatez que no pierde fuerza en la vocinglería, que sigue a sus jefes absolutamente, porque los eligió honestos y capaces; que no descansa en el Estado para servir sus intereses vitales, porque el ahorro la ha hecho señora de una enorme fuerza económica; que está traspasada de cultura y se impone en el Parlamento por medio de representantes que están a la altura de los que envían las clases burguesas; y, por fin, que gobierna con la mitad del gabinete.

Hay muchas fuentes de donde arranca todo este bienestar y toda esta dignidad que sorprenden a quien viene de una semidemocracia sin ordenación; pero acaso la primera sea la calidad de los liderazgos modernos.

Bien recompensado está aquel liberal magnánimo. En el espectáculo de esta masa obrera ejemplar, a la vez potente y refrenada, que por su sentido de la honra no vende su voto y es dueña de la mitad del Parlamento; en este espectáculo civil, su escuela ha hecho una buena parte de faena enseñando una libertad regida por la cultura.

Ahora vamos a la escuela de l'Ermitage, en el centro de Bruselas, donde el método Decroly se aplica a los niños normales.

Dos grandes castaños tutelares bajo los cuales juegan unos treinta niños belgas: mejillas rojas, ojos burlones de cuadro flamenco, delantales coloreados.

Otra sección está en clase. Entramos.

Los niños trabajan sobre mesas llenas de láminas y de materiales de cartonaje. La tarima de la maestra está vacía: ella va de una mesa a la otra.

Es una clase de composición. El niño pega en su cuaderno un grabado de asunto doméstico y va a hacer al pie la breve descripción suya. Las palabras que necesita están en una caja llena de cartones menudos. Él va buscándolas con una risueña paciencia. “La... mamá teje... una media”. Sigue buscando las otras palabras. En media hora ha acabado la composición, que se lee entera debajo de la lámina.

Trabajan en un silencio impuesto por la búsqueda y no por la orden seca de la maestra, es decir, el silencio viene de la labor misma. No se les ve atareados ni perezosos, sino vivos: el ojo busca, la mano coloca y, al acabar una frase, él lee o comenta.

Cientos, miles de láminas. Es la escuela de la imagen más que de la palabra. Son los objetos domésticos: las sillas, el lecho, las mesas; son las herramientas de trabajo: la azada, la barreta, el yugo; son las flores: la tulipa flamenca, casi heráldica de los Países Bajos; son la rosa, el jazmín, la azucena; las

<sup>94</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de diciembre de 1926. (N. de los Eds.).

formas patricia entre las flores, forma floral en estrella, en copa, en abullonado. Es la ciudad: la torre, la plaza, el tranvía, el movimiento.

Pero sobre todo son las cosas mismas, palpadas, volteadas, hurgadas por los niños. La lana, el algodón, la arcilla, la arena, la madera, el mármol...

“Las cosas antes que la imagen; la imagen antes que el nombre”. Se dirá que esta fórmula está contenida en todas las pedagogías clásicas. Sí, pero nunca pasó de concepto a hecho. Y en Decroly ella es acto en cada momento. ¡Menuda diferencia!

El maestro Decroly ha hecho un programa a base de los que llama “grupos o centros de interés”. Estos centros de interés son cuatro: la alimentación, la necesidad de luchar contra la intemperie, la defensa y el trabajo en la comunidad. En la escuela del Dr. Decroly se estudia un solo asunto por año. La defensa, por ejemplo, considerada en todos sus aspectos en torno del niño, que es el eje, y ensanchándose en círculos concéntricos: la familia, la escuela, la sociedad, los animales, los vegetales, la Tierra, el Sol. Cómo se defiende el niño: sus gritos, sus uñas, sus dientes, su acción; cómo se defienden las plantas y los animales: las espinas, los venenos, las garras, el mimetismo; cómo se defiende el hombre, aislado y en sociedad: las armas, policía, bomberos... De círculo en círculo el conocimiento, trabado con la vida, crece y se ahonda. Las nociones no se dan aisladas. En torno de la noción del fuego se colocan desde el bosque y la mina hasta la estufa, la cerilla, la lámpara.

Los muros de las salas están llenos de los cuadros sintéticos. Recuerdan la composición ingenua y coloreada de la pintura italiana primitiva y también el burlesco Brueghel flamenco: al centro, una gran llama roja. Alrededor, un hombre que tumba un árbol; otro que lo corta. Una vieja prepara el almuerzo. Una locomotora desaforada, con sus crestas de humo. Una mesa con la veladora eléctrica; un mechero aislado de gas.

Verdadera monografía del fuego.

El niño habla desordenadamente, sin el cliché de la respuesta pedagógica, delante del cartón que contiene la síntesis colo-reada del motivo.

Cultivo ejemplar de la vista que describe cuidadosamente y buen ejercicio de la imaginación, porque la sala se puebla de la escena lejana hecha presente: forja o mina.

En torno del fuego, el elemento bello por excelencia, se agrupan sus oficios: el deshollinador, el herrero, la cocinera. Y como la materia solo es preciosa para el niño cuando arde o se funde, o se exhala en olor, aquí está también la pequeña cocina donde los niños encienden el fuego y manejan unas marmitas de casa de muñecas. Y aquí los fogones de barro que ellos construyen.

La escuela de Decroly es utilitaria, por realista. Algún mal criterio quiso ver en ella una cosa sentimental. El conocimiento es directo; la acción inmediata. Esta es la vida, sencillamente la vida. No hay clase, lo que en todos los tiempos se ha llamado clase; los bancos enfilados con los cuerpos tiesos y la cara vuelta a la maestra pitonisa; la colección estúpida de interrogaciones formales y el niño de pie, con miedo a aburrimiento, haciendo algo tan forzado como la presentación de armas del soldado.

Y es el globo con sus zonas naturales marcadas como un dibujo futurista.

El gran cartón del trópico: el plátano lacio de calor, el cafetal menudo; los negros en la recolección; el sombrero inmenso de Tehuantepec; la hamaca cubana; la piña geométrica como un diseño cubista.

El cartón de la tierra fría; el llano duro del Plata, de la Patagonia o de la Siberia, los pinares negros haciendo con él su seca

aguafuerte; el hombre polar del trineo y de las botas altas; la casa aplastada que hace el frío.

Se dirá que el programa de la escuela antigua contiene las mismas materias; sí, pero menos articuladas, debilitadas por el desmigajamiento y sin irradiación vital.

Pasamos a la sala de gimnasia y canto. También aquí hay la ausencia de formalismo.

En vez de la fila, el canto en ronda, unido a movimientos naturales asistidos de gracia. Nada de ejercicios duros a la scout, nada de gimnasias militarizadas y militarizantes. Música creada por las maestras o viejas melodías valonas o flamencas con palabras domésticas. Asuntos familiares que hacen de la canción escolar cantinelas para ser cantadas en medio de la familia; el canto no se queda en la sala de clase; sigue al niño, entra con él a su casa. Un sentido del ritmo de raza vieja, eso que en América tienen los niños de México y del Perú.

Sencillez, una sencillez escolar no vista antes en ninguna parte por nosotras. Ni edificios suntuosos, sino cuatro salas familiares; ni maestras protocolares, sino mujeres con infancia detenida en el corazón; ni jardín decorado a lo Versalles, o a lo parque inglés, por jardineros de oficio, sino el pedacito de tierra en que las manitas torpes, las pequeñas manitas rojas, plantan aquí y allá, sin geometrías pedantes.

Un detalle pueril, pero que dice muchísimo: la voz de las maestras. Las voces de mando no se oyen por ninguna parte. Sobran, porque no hay formaciones.

Casi no existe el horario: la maestra suspende la clase cuando se ha acabado el trabajo: horario también natural que vale más que el otro por la fatiga de los niños.

Clara escuela belga, tibia de cariño, asentada sobre el resuello bueno del sentimiento; y activa, con actividad sin explotación.

dura. Describirla casi es daño, porque se la mete en sistema, y no tiene sistema de ensambladura helada: hay que verla y sobre todo, sentirla en muchos días, sin prisa.

Así se la recibe y se la incorpora suavemente.

Yo he buscado durante estos dos años las lecturas populares de Francia, Bélgica y Suiza, a la vez que he andado mirando los oficios, revistas y libros destinados a los obreros, porque lo que yo admiro y amo en Francia y Bélgica es el artesano, estimándole a Suiza el campesino sobre el artesano.

Pero en toda esta literatura para obreros yo no he tenido la suerte de encontrar sino páginas mediocres a lo Marden, ton-tamente exitistas, espolonazos para hacer buen mercado y disfrutar la buena paga.

Excepción hecha de un Pierre Hamp, con su serie formidable de novelas que él llama “El trabajo de los hombres”, y de algunos acápitones del admirable ensayista Alain;<sup>96</sup> el resto es inferior. Algunas son páginas de maestros de escuelas con buena voluntad, tan insulsas como lo que casi siempre hemos escrito los del gremio didáctico; las restantes, más decorosas, hablan del oficio en pura atingencia física donde el alma y la emoción sobran y cualquier desembocadura del espíritu en lo que las manos hacen es imposible.

¿Fue siempre el obrero una máquina desgraciada de cortar suelas de zapatos? ¿Entonces resulta pura fantasmagoría y pujo sentimental el comentario que John Ruskin y otros han escrito sobre la artesanía, atribuyendo al autor del objeto hermoso alguna conciencia dichosa de lo que hace, algún gozo separado del salario, en su éxito sobre el cuero y la madera? ¿El trabajo manual sería, como afirmamos algunos de los vanidosos que garrapateamos sobre el papel, ejercicio

<sup>95</sup> Firmado en agosto de 1927 y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 18 de septiembre de ese año.

<sup>96</sup> Se trata del seudónimo del filósofo y profesor francés Émile-Auguste Chartier, nacido en 1868 y muerto en 1951. (N. de los Eds.).

corporal absoluto como el del mulo en la noria, sin ninguna complicidad con el espíritu y el artesanato no tendría sino dos tramos de delicadeza sobre el aseo de las alcantarillas? Ruskin, la más noble mente que se ha ocupado del trabajo, interpretó este grande asunto de manera bien diferente. A mí se me vuelve absurdo que durante seis, ocho o doce horas el hombre pueda vivir sin una rizadura sobrenatural, con el alma colgada en un saco del que no tomaría sino al caer el sol.

—El alma es incómoda para el peón y aun para el artesano —me decía un amigo—. ¿Qué haría con ella en algunas faenas que son inmundas, si hasta le estorban el olfato y el tacto?

—Pero el alma —le contestaba yo— no se cierra como una llave de agua, ni se la despide para trabajar como a una suegra molesta. Solo porque ella está entrabada prodigiosamente con cuanto hacemos —hermosura o inmundicia—, el trabajo es un asunto importante. A causa de que hoy formamos obreros a base de pura destreza de la mano o agilidad de los lomos, la artesanía, de la cosa digna que fue en la Edad Media, quiere acabar en una estúpida cuadrilla de caballos diestros. Por hacer del obrero una tuerca sobre una tuerca se ha caído en la división, a veces infame y a veces estúpida, de los trabajadores en manuales e intelectuales.

¿Cómo puede el obrero que posee alguna religiosidad conformarse con dejar afuera de su trabajo su imaginación, sus amores, su moral, las excelencias de sí mismo? No lo hacía así en la Edad Media (la Edad de las Tinieblas que siguen diciendo algunos profesores zurdos) y porque el espolón de su alma atravesaba su obra, porque trabajaba en cristiano, asistido de sus imágenes piadosas, de su suavidad y de su ardor religiosos, él pudo hallar las piedras y hacer la vidriería y la ebanistería estupendas que los obreros de este tiempo copian y copian todavía. Y si el obrero pagano hizo también objetos para todas las generaciones, fue porque trabajó como el otro, incorporando a sus materiales su superstición, que era su religión. El vaso etrusco con su franja de trabajos de Hércules o

de chacotas de Venus, fue obra religiosa a su manera, pero religiosa al cabo.

Todavía los pobres marroquíes y los chinos mantienen el concepto del trabajo antiguo. En la Marsella semiafricana, me doy largamente el gusto de ir a sus mercados y recuperar por una hora siquiera la actividad manual no barbarizada, el trabajo verdaderamente culto (joh, Massis, desdeñador banal del Asia religiosa!) en el que el alma aparece como socia y la pasión, de visible casi se palpa.

Si en ningún libro europeo de lectura para obreros yo he encontrado una sola página en que el trabajo sea sentido e indicado como presión del espíritu en las palmas de las manos, he vuelto a gozar en cambio, en un libro de Khalil Gibran, el oriental de Nueva York, el trozo que copio:

¿Y qué es trabajar con amor?

Es tejer la tela con hilos sacados de nuestro corazón como si vuestra amada debiera cubrirse con esa tela.

Es construir una casa con amor, como si vuestra amada debiera habitar esa casa.

Es sembrar con ternura y cosechar con gozo como si vuestro amado debiera comer esos frutos.

Es infundir en cada cosa que hágais un soplo de vuestro propio espíritu y saber que todos los muertos benditos están en torno vuestro y os miran.

A menudo os he oído decir como quien habla en el sueño: "El que trabaja el mármol y encuentra la forma de su alma en la piedra, es más noble que el que trabaja la gleba. Y aquel que coge el arcoíris y lo extiende sobre la tela en la imagen del hombre es más grande que el que trabaja las sandalias para nuestros pies".

Pero yo os digo no en el sueño, sino en el mediodía, despierto, que el viento no habla más dulcemente a la encina gigante que a la más pequeña brizna de hierba. Y que solo es grande el que vuelve la voz del viento una canción más dulce con la fuerza de su amor.

El trabajo es el amor vuelto visible. Si trabajáis con aversión y no sabéis trabajar con amor, dejad vuestra labor e id a sentaros a las puertas del templo para recibir la limosna de los que trabajan con amor.

Porque si hacéis el pan con indiferencia hacéis un pan amargo que no apacigua sino a medias el hambre del hombre.

Y si os contraría la exprimidura del racimo, vuestra contrariedad destila en el vino un veneno.

Y si cantáis como los ángeles y no amáis el canto, cerráis los oídos de los hombres a las voces del día y a las voces de la noche.

Esto era lo que yo buscaba. Tenía que ser un escritor con resabio asiático el que metido en su infierno de manufactura moderna, recordara el concepto religioso del trabajo y escribiera esto para corregir a los bárbaros verdaderos su concepto animal de las artesanías actuales.

Para uno, para tres obreros de mi tierra siquiera, yo he copiado estas palabras que se quiebran en resplandores.

Cuando se supo la incorporación de vuestro país a las Naciones Unidas, hubo alegría no solo dentro de esa institución, sino en el mundo que reconoce en Suecia algo así como un arquetipo de patrias. Lo que llegaba a Lake Success era un pueblo de la más recta vocación pacífica y de una honestidad tan proverbial, que su simple palabra vale por un juramento. Os necesitábamos todos y nos dolía no veros allí donde se busca una nueva conformación del mundo, recordando que vosotros sois los autores de una patria realmente consumada. Y nos apenaba vuestra ausencia, además, porque vosotros sois el testimonio vivo de que la concordancia humana no es un mero desvarío de las religiones y de los poetas.

En vuestras ciudades se mueven, sin choque, el inglés y el alemán, el finlandés y el samoyedo, el ruso y el latino. Este maravilloso convivir os da como a pocos pueblos el derecho a llamaros ciudadanos del mundo. Antes de la Sociedad de las Naciones y de las Naciones Unidas ya lo erais, y en vuestro logro vosotros no ponéis ningún énfasis, porque las palabras Paz y Justicia nunca las declamáis como una tirada oratoria, a causa de que el ser pacíficos y justicieros os parece la ley natural, o sea, la rasa condición humana.

Tal vez a causa de que navegasteis antes que los otros, miráis el mundo como una abra líquida que pertenece a todos. Y, precisamente, porque cultiváis esta sencillez y esta probidad en la vida internacional en vez de soplar la llama de la soberbia nacionalista, a todos nosotros, sudamericanos, nos es tan fácil daros la admiración y por rebose el amor.

Suecia trae al debate mundial unos papeles indiscutiblemente limpios: ella ha creado, bajo su monarquía humanísima, una democracia sin liberticidio y de la mayor larguezza en la justicia social. Ella ha realizado una industria próspera en el espacio corto de unos pocos meridianos, y ella, forzando a la

naturaleza, ha hecho una agricultura sobre la pista misma de los hielos, y hasta ha tenido la elegancia espiritual de crear un generoso mecenazgo en bien de sabios y escritores internacionales.

Por esto y mucho más venía llegando como una especie de arquitectos avezados a las deliberaciones de Lake Success, donde se desea reconstruir rápidamente el mundo antes de que tras la fiebre del hambre, se desate la anarquía en Europa y Asia.

Reconocemos en Richard Sandler al profesor estadista que, junto con la delegación sueca entera, procurará rectificar nuestra civilización, que a muchos nos parece algo así como un texto antiguo, que ilustre y todo, necesita rectificaciones profundas y acotaciones numerosas. Ella parece fallida o en camino de la falencia, si no logra eliminar la guerra del mundo. No podemos, no, seguir vanagloriándonos de una civilización que tiene a la guerra sentada en sus entrañas mismas. Las mejores conciencias del mundo, sean cristianas, sean laicas, rechazaban con rubor la vieja declaración zoológica de que la guerra es el estado natural del hombre.

Me acuerdo, excellentísimo señor Sandler, del país de hierro y bosque, de navegantes y pescadores, de profesores y de letrados. Y gozo todavía, con el saboreo íntimo que llamamos memoria, aquella raza vigorosa y delicada, salida de una tradición heroica y de una educación irrefutablemente democrática. Gran señor es allá el leñador en su bosque de coníferas y gran europeo por sus virtudes raciales. Y se vive y se camina dentro de la salud y de la cordialidad. Salubres son el alimento y la morada, el niño y el libro; cordiales el trato gremial y la sabiduría antigua sin ranciedad alguna de la Casa Real.

Aunque solo pisemos una vez vuestra patria, nunca olvidaremos el lejano país donde se producen a la vez, la aurora boreal y la aurora de un mundo sin odio y sin acidia.

Bienvenido al nuevo mundo, señor. Os ha saludado la leal colonia sueca, tan estimada en esta ciudad de Los Ángeles y vos permitís que una vieja profesora chilena os dé igualmente su parabién antártico.

Y vos, señora Sandler, sed feliz en este país de todos, que es tan libre como el vuestro, y digno es al regresar, decir mi recuerdo conmovido al equipo ilustre de mujeres suecas que me llevó de la mano, atravesando sus nieves, hasta la casa de nuestra bien amada Selma Lagerlöf.

*California, Diciembre de 1947*

Día en que cumple años —y nada menos que setenta— allá en su Estocolmo, listado de canales grises, nuestra Selma Lagerlöf, honra de todas nosotras.

No la primera, porque empecemos a contar con país nórdico; ni primera tampoco por cargada de su sesentena de experiencia literaria. Primera en la literatura hecha por mujeres, y con solamente una figura melliza al lado que le resiste la dignidad del porte: con la quasi nórdica Madame Curie, polaca domiciliada en raza francesa.

Por saludarla han salido hoy estampas de ella que yo enfilo para que me hagan el gesto de su vejez. Un poco fatigado el semblante y la dulzura altiva del ojo treintañero que yo le conocía algo blandada. Pero la masa blanca del peinado alto —solo en ella no grotesco— le pone lo reverencial en la cabeza *aniebesantesca*, como que es ella una papisa literaria, mucho más legítima que la otra.

A no ser puro mito la famosa solidaridad femenina, este día en cada ciudad, y también en algunas aldeas no bárbaras, nos juntáramos a conversar un poco de ella, de la que cumple linda cifra de años; a decir el bien del bien que nos ha hecho, que es mucho; a repasarle los incidentes de su vida que solo tiene un pequeño retablo de anécdotas; y a acuñarle también un telegrama sobrio y penetrante: “Las mujeres de Chile —de Colombia o de Ecuador— se acuerdan de su Selma Lagerlöf, releen hoy cinco fábulas suyas y quieren que mucho les viva”.

<sup>97</sup> Firmado por la autora en Roma, en diciembre de 1928, publicado en *El Mercurio*, de Santiago, y luego reproducido en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 16 de marzo de 1929, de donde transcribimos el texto. (N. de los Eds.).

Pero las mujeres no nos juntamos sino para golpear el codo a los diputados por el voto, o a organizar obras de caridad que se toquen, como las piedras, y la caridad de Selma no se coge de ese modo.

Como vamos en camino de restaurar la palabra a su prístino sentido (¿verdad Péguy?), podemos hablar de “la caridad de Selma Lagerlöf”.

Cuando existen allá, tocando con la cabeza el círculo polar, unos pueblos a los que llaman “demasiado niños, presuntuosamente jóvenes, rollizamente prósperos”, los países latinos, esta especie de viejos socarrones, “caridad” y de las caridades con más inteligente rostro, ha sido la de Selma en ahuecar, cavar y lograr tradición para su pueblo. La tradición que los charlatanes del sur le olvidan; no tradición griega ni romana. Pero tradición de honradas monedas que suenan a metal legítimo de cuatro mil años.

Caridad llamo yo el regalar de regalo profundo al menesteroso; mejor que eso, el regalarlo sobrenaturalmente. Déjenme, pues, que meta en casillero de “caridad” la obra de Selma Lagerlöf, y que siga dando mis razones para hacerme entender.

Me suele parecer, como que tienen los pueblos una honra o una deshonra por la imaginación. Esta honra es la que dan las mitologías —con la añadidura de los folclores— y casi, casi, es más deseable que la honra de la espantosa, desnuda y calva de la inteligencia.

Pueblos de mitos, que entregan buen peso de fábulas y mitos, son pueblos con mayorazgo sobre los otros de esmirriada o sitemesina imaginación. Antes de Grecia, las Indias y la China, y tal vez Persia, después de Grecia, las Eslavias y las Germanías; y después de ellas la América folclórica nuestra, muchísimo más lejos las Romanas utilitarias, ingenieras y leguleyas.

Cuando yo veo a Selma en estampa —que es como yo ando viendo a las gentes— se me hace un hermoso bulto sentado, parecido al de un invocador de serpientes. Las fábulas escandinavas estaban metidas en sus cuevas y sus matorrales (“cuevas”, vale por especialismo; matorrales, por confusión). Ella se sienta no más a invocarlas, y las culebras ágiles y acretonadas van desperezándose, saliendo desconfiadas, se allegan poco a poco y acaban por echársele al regazo, para que las voltee, las conozca y dé fe de ellas. Al que le repugne en estampa tan querida el cruce de las culebras, por resabio de la que fue perversa, cámbielas y ponga otras bestiecas también hurañas y de colores varios, pero que sean un poco mágicas en todo caso, porque la leyenda tiene siempre medio tallo sumido en agua de magia, y Selma, sueca y todo, algo tiene de espíritu de la naturaleza, algo de dríade o de madre de elfos, al trabajar con el lenguaje popular, que es depósito místico o demoníaco.

Una humildad absoluta, que solo de mujer podía venir, le hizo echar atrás los asuntos ofrecidos por la imaginación propia, y sus temas de corazón —que han debido rondarla muchísimas veces— queriendo ser honrados por su prosa. Ella ha guardado esa especie de segundo regazo que es la mente en la mujer; ella lo ha entregado con cabalidad a la muchedumbre folclórica que se lo solicitó con apetito excluyente, con una especie de voluntarioso dominio. Porque hay mucha harina blanca de humildad en el folclorista, pero en especial en ella. Alabársela también con la claridad, lado a lado de las dos cosas está hecho su arte como los hemisferios gemelos de una fruta.

Ella da la ilusión de haber dejado contar; de haber escrito al dictado, como los copistas antiguos; de haber prestado mano o boca. No engañarse yendo tan lejos. Curémonos de este juicio, leyendo en el folclorista mejor, por ejemplo, en James Frazer, lo que son las supersticiones, la conseja o el mito en esqueleto, que es cosa desnuda, desgarbada y gibosa. Ella ha cogido como bayas del roble folclórico muchos núcleos, semillones y almendras, de relatos. Ella ha amasado la pulpa frutal en

torno de eso, y con la carnazón le ha puesto colores y aromas. Será, si se quiere, una quasi creación, pero hay que acordarse de que en la balanza están puestos, de un lado, las imaginaciones de una o dos razas durante tres mil años, y del otro, el trabajo de un solo individuo novelístico. Wagner obtuvo cosa mucho menor ordenando sus mitos, que un poco echó a perder con su énfasis germánico.

Señora, gran señora de las letras, Selma ha poseído, y largamente ha usado, la naturalidad del contar que le apellan dan “campesino”. La sencillez revela gran raza en cualquier oficio y lo mismo la tiene el pastor que quería Maragall como la dama verdadera que bien camina, bien se sienta, bien come y bien narra, sin que se le atraviese ninguna pedantería en la palabra o el gesto.

Se hace fiesta hoy en Estocolmo, como en Copenhague o en Berlín, por esta nórdica, que es ya medalla de la raza común. Extendamos la epifanía a toda tierra en que hay mujeres y niños y además varones con apetito de infancia en el arte. La contadora para esos tres grupos ha contado. En esta arrugada y zurcida Europa unos trechitos frescos se ven a veces que bastan a alegrar el ojo con ictericia que ella misma nos va poniendo. Selma es, ella sola, uno de esos pedazos.

Cuando se reparten títulos, títulos de madurez acabada en el arte, de supersabiduría de la palabra, de maestrías que suelen acabar en debilitaduras o en encarnizamientos de impulso poético, qué lindo título el que te dan, sin saber lo que es, Selma Lagerlöf, de “genio ingenuo” o de contadora rezagada en la infancia. ¿Verdad que tú sabes bien, cuando oyes esos pininos, que te has quedado con la mejor parte?

INVITACIÓN A LA LECTURA DE  
RAINER MARÍA RILKE<sup>98</sup>

Ya se cerró el ojo de lo sobrenatural en lo natural de Rainer María Rilke. Su muerte ha desatado su traducción al francés, y mes a mes entregan las editoriales algún libro suyo. Más le hubiera valido darle antes la alegría de esta expansión en la lengua que él amó sobre la suya: la francesa. Él no leyó en francés sino una selección de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*.

Aunque le importaba poco a este ultra aristócrata, amador de todas las tierras por donde ambuló, y desdeñador de las camarillas que hacen la fama como un objeto de caucho químico en cualquier tierra, él no habría mirado con indiferencia su mediana gloria francesa en 1927.

Todavía asoman, de tarde en tarde, en el mundo fétido de la literatura, algunos casos de amistad literaria genuina que se sitúan bajo el signo de las amistades próceres: Carlyle-Emerson o Goethe-Eckermann. Su encuentro da un goce de planta rezagada de su estación. Porque eso también se va.

Rilke supo hacer en Francia dos amigos cabales en Edmond Jaloux y Paul Valéry. Jaloux pasa por desdeñador de la literatura francesa, a fuerza de ser el mejor crítico de las literaturas extranjeras; empieza a sufrir ataques de los “imperialistas de la lengua francesa”. Lleva diez años de señalar con cita insistente a Rilke como el primer escritor de raza alemana de su tiempo y acaba de publicar un folleto sobre él. Valéry ha correspondido a Rilke con admiración de sus traducciones en alemán.

<sup>98</sup> Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 30 de octubre de 1927, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 4 de febrero de 1928. (N. de los Eds.).

Todavía huelen a gases asfixiantes los ambientes literarios francés y alemán, y los nuevos valores del otro lado del Rin tienen que repechar, caminando hacia Francia, y no digo los franceses, para alcanzar Berlín.

Yo me quedo sin creer en el monopolio latino de la obra maestra, según el canon de Daudet. El Espíritu Santo ha tenido el buen gusto de no levantar residencia visible en ninguna de las capitales intelectuales de Europa xenófoba, y se muda en brinco desconcertante de Rusia a la India, a Inglaterra, a Francia y... a Estados Unidos.

Rilke nació de familia noble en Praga, hacia 1875. Sus retratos y un buen busto suyo nos dan un hombre enjuto, delgada flecha de la vida, de frente amplia, ceja dura que el párpado bajo suaviza, mejilla casi seca; boca viril, algo gruesa; el bigote mongólico, de no ser rubio. (El ojo, dicen, era claro y muy dulce).

Él quiso dejarnos también, como La Rochefoucauld, su medalla un poco menos complacida, por cierto, que la del francés.

“En el arco de los ojos, la persistencia de la antigua nobleza. En la mirada, todavía, el miedo y el azul de la infancia; la humildad aquí y allá, no la del lacayo, sino la del servidor y la de la mujer. La boca, en la forma grande y precisa de boca, no persuasiva, pero expresando la rectitud. La frente, sin maldad y voluntaria, en la sombra de una cara inclinada en silencio”.

“Como de la mujer”, dice Rilke, sin temor de que la comparación lo disminuya. Se le ha llamado el poeta del niño y de la mujer. Mejor que los sensuales nos entendió: ya se dijo que el que mucho se aproxima a un objeto deja de verlo. Para amar al niño le ayudó la memoria de su infancia. ¿No viene del olvido de ella el endurecimiento en que acabamos? Rilke se recuerda niño con una ternura maravillosa, y esto lo libró de la monstruosidad que es ser adulto entero, hombre o mujer absoluto, sin la franja de oro de ninguna puerilidad, sin una arenilla extraviada de los cinco años, en el corazón viejo.

Los pocos escritores a quienes se acercó y dejó que se le acercaran en París, recuerdan a un hombre de una distinción extraordinaria, con maneras de rey (si los reyes las tuvieran a su medida), con el espíritu verdaderamente derramado en su cuerpo y su gesto. Su amistad fue superior, difícil, como que en ella gastaba él la misma materia preciosa que en un capítulo o en una estrofa.

“Lo que significa una hora pasada con Rilke, como antes una pasada con Proust, no se parece a ninguna hora pasada con otro hombre, ni aun de igual talento”, dice Jaloux.

Se cuenta cómo la poesía no fue en él la hora urgente en que el verso (o la prosa tensa como el verso) saltan del hombre como la chispa de la rueda, sino el día, la estación y el año.

Vivió dentro de la nube eléctrica de su poesía; y acercarse a él significaba efectivamente salir de una atmósfera y conocer mudanza evidente de elementos. Sin didáctica, purificaba al amigo, por simple contacto.

Semejante amistad no puede volverse democrática. Rodin, hombre que gozó de muchas dichas, la tuvo también; Jaloux supo merecerla por su mente aseada de envidia y aludirá siempre a esta fortuna como quien volteá un diamante para sacarle luces inéditas cada vez.

Más de diez años vivió en París. Gustaba de la gran ciudad como del lugar del mundo en que es posible encontrar por las calles fisionomías de aquellas que solo dan los sueños; y la amaba así, a la manera de Baudelaire, como productora de larvas que en otra parte cuesta cuajar. De su paso por España no se sabe nada. En el hombre reservado el sol no fundió nada.

Hombre de casta dirigente, debía optar por almirantazgo, capitánía, magistratura o cardenalato. Lo pusieron, pues, en una escuela de cadetes, de la que dijo palabras que convienen a la imbecilidad de muchas escuelas.

“¡Este sabotaje que se llama educación y que despoja al niño de sus propias riquezas para sustituírselas con lugares comunes!”.

Dejó un buen día a sus compañeros de uniforme y se fue a hacer estudios más propios de hombre en Alemania. Tuvo la flaqueza del libro de versos prematuro, de los 18 años, que recogió poco después honestamente. Comienza enseguida su pasión de viajar que le acortara la vida. ¿Dónde no estuvo Rilke? ¿En Italia, en España, en Egipto y Marruecos, en Escandinavia, en Rusia, en París? El viaje, que generalmente barbariza, no le interrumpía ni le desordenaba la vida interior que en cualquier tierra es la única realidad.

Si se queda clavado en la casa de sus mayores, hombres de semejante fortuna interna, entregado a las fieras de la imaginación, habría caído en la amargura morbosa de Leonid Andreieff, del que algo tiene en la pasión del misterio angustioso. La cretona violenta del mundo, que él cortaba en sus trenes y sus barcos, mudándole imágenes, le libraba siquiera a medias de los demonios del cuarto cerrado.

Italia le dio la amistad con Eleonora Duse; pero Italia no fue el clima de su alma, como él lo creyó en un principio: había traído un alma nórdica y del norte le venía todo; el héroe de su obra maestra *Malte Brigge*, sería danés; llamará maestro a Jacobsen, el genio folclórico de Selma Lagerlöf será una de sus admiraciones durables, y a Ellen Key dedicará sus *Historias del Buen Dios*. Esta dirá en el estudio de Rilke: “La tendencia del temperamento nórdico a la vida interior le atrajo por sobre todo”.

Vasconcelos diría que la latinidad echada a perder ya no podía ofrecerle nada. Sin embargo, él escribió una vez que, entre poetas, él quería ser Francis Jammes. Alabanza del opuesto, del opuesto absoluto. El poeta casi botánico, especie de Pomona masculina, cargado de frutos no tiene agarradero posible para el espíritu de Rilke.

De su obra han hablado y siguen hablando los críticos. Jaloux asegura que su influencia sobre Francia apenas comienza y que durará largo tiempo. Yo solo he querido decir algo de su vida. Y para buscar amigos entre los nuestros al extraordinario varón que se llamó Rainer María Rilke, se manda esta menuda noticia suya.

Hitler ha hecho perder a Alemania una buena lonja de su haber moral, varias ciudades, Austria, Einstein y Thomas Mann. La última enajenación no vale menos que las otras. Cualquier letrado lúcido y honesto sabía que Mann era el primer escritor del continente.

El gran primario, lleno de un desprecio que a lo mejor era despecho hacia la cultura alemana superior, se dio el gusto de eliminar a los dos primeros ciudadanos de su patria genial. Eran dos gruesas bellotas de encina metidas en sus botas de montar, y él la sentía a cada paso al caminar por Prusia, por Brandeburgo y por Sajonia.

Me acuerdo de la mañana en que mi ilustre amigo Ernest Curtius me mandó a buscar con su colega Hans Flasche para ir a la Universidad de Bonn. A la entrada, para mayor ludibrio, colgaba en la vitrina de los anuncios universitarios una copia de la expulsión de Thomas Mann en cuanto a doctor honoris causa.

Echar a caminar a este hombre con su estado civil rebanado era solo ofrecer a todas las patrias no germánicas del mundo un escritor que tenía en cada una de ellas discípulos, imitadores y amigos: una familia entera y una masa también.

No existe derecho alguno para rebanarle a una nación cuya primera excelencia es la cultura, la primera cifra de ella, como quien dice la unidad del millón. ¡Y quiénes! En la capital del especialismo, en Berlín, ese decreto tenía que rubricar-

<sup>99</sup> Escrito en Petrópolis en mayo de 1945 y publicado como “El otro desastre alemán”, en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, y *Revista de América*, de Colombia, de agosto de ese mismo año. Aquí seguimos una versión hallada en la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

lo alguna cifra equivalente, y no la hay: Goethe ni Nietzsche podían saltar de sus sepulturas para firmar el repudio de ese papel, fatal a pesar de ser tan imbécil, dañino para la nación entera.

Los totalitarismos —desde los centroamericanos hasta el alemán— consideran en tal caso que el silencio de la nación despojada, el raso silencio, vale por un sí. Entre las culpas reales e indudable del pueblo alemán se halla la refrendación muda de aquella gran trastada. Las minorías no pudieron o no quisieron hablar: la conservadora, por no tratarse de un tradicionalista sino de un moderno, y la comunista, por tratarse de un “burgués soberbio”. Y así solo quedó ahí adentro el escritor que no adulaba a los “dueños de la hora”, a los señores de la circuntancia. Thomas Mann emigró y como es hombre de decencia ceñida y de aguda consecuencia, quiso agradecer a la medida máxima y no se quedó en refugiado, sino que adoptó con el alma, y además con sellos oficiales, al país que lo acogía.

A otros menores que han hecho lo mismo yo les he preguntando sus razones para no volver, siendo tan dulces los regresos si se llaman desagravios.

Su respuesta es convincente como un hachazo:

—No fuimos ofendidos solo por los hitlerianos en camisa. La Alemania civil, la profesional, incluso la cristiana, nos abandonó a las furias. Nadie nos valió en el trance y no queremos vivir entre los ex compadres de Hitler.

Es una secesión extraordinaria de la Alemania de un lado y la de Einstein y Mann del otro. La enajenación de esos dos varones máximos se parece a los desplazamientos geológicos o a una de esas montañas que en los mitos viran y van a parar a otro canto del planeta, o al desprendimiento de aquellos glaciares que se echaron por el océano en catedrales ambulantes, huyendo en un gran silencio.

No tiene la Alemania de hoy con quién llenar el hueco de Mann ni el de Einstein. Valores segundos hay varios o muchos en la ciencia y la literatura. Pero ocurre, para mal de los botarates, que en el bosque no se reemplaza al cedro del Líbano jineteando un pino sobre otro y otro pino... No se encarama cinco árboles para recobrar un cedro. Tampoco se trata de zurcir varios tapetes de cualquier parte cubriendo con ellos el metraje del gran tapiz de Persia arrancado a tiros del salón de la casa solariega.

No faltará algún lector alemán que a todo esto piense o diga: “¿Y por qué tanta alharaca a causa de un mero ‘contador de historias’?”. Contador de cuento, sí, un contador de medios físicos, de épocas, de clases sociales, de héroes, de patriarcas, de burgueses, de transhumanentes. Lo cual equivale a ser un buzo de nuestras entrañas que no las pone en la mano, mostrándolas a sus dueños que nunca las vieron antes sino por esos intrusos, estos sajadores y estos apuradores se llaman Dostoievski, Balzac y Mann.

Para poder contar vivas a tales criaturas, ese “mero entretenedor” fundió y acumuló mucho: debió madurar de frente a pies en la sazón centenaria de la palma; tuvo que ganar, por gracia y por arte, un racimo de facultades al que llegan dos o tres individuos en un continente; trabajó la lengua hasta el punto de miel que llaman “la expresión íntegra”, hasta ser señor de ella como del aliento y la marcha; llegó a valer varias academias juntas, sin cargar el plomo de estas, llevando no más que el verbo vivo; ha regalado al mundo un ancho registro de las cosas del alma y de las otras, y en él, como en Shakespeare, parece no faltar ni una de ellas ni haber el escamoteo de un solo olvido (el ganador y el memorioso). Se puso a vivir en alemán y en europeo, y ahora a los setenta años, consiguió optar sin romperse una civilización nueva y opuesta.

Una combinación tal de dones y virtudes merecía ser cuidada, preservada, venerada, allí donde ella se logró. Así lo hace Inglaterra con gente menos considerable, su Mansfield y hasta

su Shaw. Así lo hizo el propio Mussolini con su Marconi. La Alemania clásica bien que lo sabía, pero la Alemania de botas y revólver, ¿cómo había de entenderlo?

¿Qué cosa volvió a Mann imperdonable y hasta tal punto repudiable para las Alemanias: la hitleriana (de clase media y militar), la popular y la aristocrática?

El escándalo de que un “urdidor de novelas”, al venir la *débauche* totalitaria, se sacara impensadamente del pecho un hombre civil, un liberal clásico a lo ateniense... o a lo inglés.

Lo creían simple tejedor de argumentos; pensaban a lo más tener el lujo suntuario de un literato consumado, pero lo que tenían era el lujo de un varón universal y eterno.

Hagamos rumia del sucedido.

Los totalitarismos son una especie de reparto general de drogas hecho en un millar de “puestos” nacionales. Hay drogas para fortalecer a los flacos, para embriagar a los no imaginativos, para vencer a los sobrios, para doblar el delirio de los locos, para no sentir el hambre, para olvidar los decálogos, para volatilizar la historia leída y la vivida; para sumergir la memoria entera, la nacional y la memoria *tout court*.

A la distribución fueron casi todos y cogieron la pócima de frascos iguales, y de marca única: la suástica vasco germano azteca...

De vuelta de la distribución no era raro que olvidaran a Einstein y a Mann. Todo cayó de bruces en momentos: caían las catedrales, se tumbaban Kant, Goethe, Schiller, Durero o Ritcher.

La nación endrogada primero atarantó el mundo; después nos angustió: éramos muchos los que la queríamos; al fin nos echó en la indignación.

Maravilla de hombres los que no sirvieron el tósigo, aunque vieran beber a “respetables” y a “honorables”: a mariscales, prelados y universitarios. Einstein y Mann, sin necesidad de acercarse, aspiraron en el aire el hedor de la farmacopea tribal y pasaron a detestarla con el mismo odio santo que le cobran las familias sanas de los endrogados. Hablar, alegar, intentar convencer, todo lo hicieron allá adentro; pero la locura era dueña de la calle —¡la famosa calle!—, y además de catedras, púlpitos, oficinas y fábricas.

Mi médica austriaca me hablaba en Río de algo como una infeción interplanetaria... A Dios gracia no entró en la demencia el mundo entero, no; pero Alemania era el Orfeo del mundo y por añadidura la musa de los filósofos.

La última aventura del hombre Thomas Mann, que es la misma contada por él en la gruta de la diosa Kali,<sup>100</sup> repleta de sangre y calaveras, no logró darle ni el mareo pequeño sufrido por los nazistoides criollos, como si hubiera habido para ellos una corriente menudilla de aire puro enroscada a sus caras, desde el comienzo al fin de la gran *débauche*.

En hombre de imaginación, con la fantasía como oficio, frecuentador de mitos, zambullido en el delirio de los pueblos, su caso resulta un fenómeno; la simple cordura del maestro alemán pasma tanto a sus lectores como el ciclo entero de las historias de Jacob y de José.

Al escoger suelo para sus marchas últimas de hombre viejo, Thomas Mann habrá pensado en la libertad como en un imponente más valioso que un continente, más que el planeta mismo. Los ojos se le clavarón en los Estados Unidos y se hincaron allí. Él optó por un país libre “de siempre”, sin turnos de servidumbres e independencia, sin las siete caídas de las otras patrias que han probado polvos y lodos; país nacido, criado y

<sup>100</sup> “Cabezas trocadas”. (Nota de la Autora).

aferrado a una libertad tan indudable como el cuadrilátero de sus costados. Era natural que el libérrimo padecido escogiera al pueblo que hizo la conquista de esa gracia superlativa.

E U R O P A V I I



Cuidado con no ver claro en esto: la persecución judía, especialmente la de los países sobrecultos, es solo un departamento del odio europeo hacia el asiático. Henri Massis, lo mismo que Charles Maurras y los suyos, odian de odio cerrado las filtraciones orientales de que mana a regatos la cultura occidental. Los grandes talentosos y talentudos (Maurras en lo primero; Massis en lo segundo), no quieren ponerse a pensar, o lo saben muy bien y se lo guardan, que si se aplican a raspar desde su primer arranque lo oriental en el pensamiento de Europa, la gran matrona se les queda en cueros. Europa mamó de la leona griega, llena de víscera asiática y después mamó de la loba romana, noble bestia híbrida de la primera; y más tarde, ha comido a carrillo ancho cristianismo, alimento oriental, si los hay, y que cuando se desorientaliza, queda sin mística ninguna, en puro hueso árido y en unas cales moralistas, de orden policial.

Aborrecen al judío en cuanto a miembro desgajado, pero íntegro, del cuerpo germinal del Asia; detestan en él un orden opuesto y hasta podría decirse que un Adán diferente.

No vamos a seguirles en su aventura satánica. Hay sobre la costra de nuestro continente más carne asiática de lo que nos sabemos, y el mestizo americano, que lo ignora, tiene todo por aprender de su geología íntima. En cuanto a la porción blanca pura de nuestros países, española o italiana, aunque el aporte esté más sumergido, ella contiene la orientalidad suficiente de sangre y cultura orientales, como para que no manatee aventándola con asco o cólera. Muchos hacen comenzar el Asia en Grecia, pero otros saben que empieza en... Sicilia, o en Venecia, o en Marruecos.

101 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 16 de junio de 1935. (N. de los Eds.).

Sería ocurrencia descabellada coger en nuestra América el cabo sucio de esta campaña antisemita. Bastante tenemos que hacer en nuestros pueblos, donde todo está aún en su caldo químico, para que nos distraigamos en monerías francesas o en aventuras descabelladas de Berlín.

Viene después el segundo manadero del antisemitismo. Europa no quiere judíos, porque ese pueblo le resultó siempre, así en su franja española, como holandesa o germana, un competidor tremendo. Agudamente hábil en cuanto se pone a hacer; fuerte y fino, así en industria joyera como en tramoya bolsista; genio vertical en metafísica y capacidad cotidiana en letras, el judío, como la catapulta, tumba lo que le ponen delante en prueba o atajo. El misterio de su eficacia es el que le anotan por allí: "Ha padecido tanto que ya corre por sus venas el espíritu puro". Metal humano más probado a soplete de fuego y a martillo, no lo hay en este planeta ancho para el dolor; tejido de carne más punzado y cortado por aguja y rejón, no existe. Y se trata de un padecimiento especial, de una terrible categoría de dolor, inventada para él, más que para el chino o el zulú: el padecimiento por la humillación, la befa y el asco.

El judío fue aceptado, donde lo fue, con vivo rezongo; el judío prospera, mirando la cara verde del cristiano o el pagano, su vecino o su colega; el judío no tiene nunca su logro o su casa holgada, o su situación promovida, sin escuchar cierto crujido de dientes a su alrededor. Es como si cuanto amasa o cosecha, lo arrebatara siempre, de robo o expolio, y como si su metro cuadrado en suelo y luz no le correspondiese nunca, debiendo cederlo al mediocre y hasta al necio de la otra orilla. Parece que él sea realmente para nosotros un selenita o un saturniano, entidad de otro planeta que cayó al nuestro en inexplicable circunstancia, y que come contra natura nuestra harina, nuestro lechón, nuestra fruta. La realidad se ve fantástica en su absurdo; nos parecería una fábula si la leyéramos por primera vez, pero es la verdad monda y oronda este acto universal de protesta sorda o timbalera ante la convivencia del judío con nosotros, los hijos y regalones de Dios del cielo.

Ya están invalidadas, por fraudulentas, las razones, que nunca lo fueron, del repudio al judío a causa de su religión, opuesta en ángulo filudo a la nuestra. Esos serían los tiempos medievales en los que, roja, negra o cándida, los no circuncisos llevaban su religión como se lleva el esqueleto, de punta a cabo del ser, o iban rectos de ella, ebrios de ella y casi ígneos de ella. Pero ahora...

Ha venido el gran relajo de las fes, de cada una y especialmente de las occidentales; ha llegado a nosotros una especie de carnestolendas indefinidas y de vacación vil de toda tensión sobrenatural. El judío común, por otra parte, ya es ateo, tan ateo como el falso cristiano, tan heladamente racional como la literatura de piedra, sin destello de Spencer y de su clientela.

Y, sin embargo, hay que fojear con cuidado en la propia cultura europea o norteamericana, mirar con cuidado en filosofía o letras, y nos hallaremos con un síntoma curioso: el hombre que aquí o allá sostiene en pie alguna vigía espiritual en el pensamiento o el arte, nos confiesa, si lo tocamos, la víscera judía: ese hombre se llama Henri Bergson, un empecinado del alma, o Stefan Zweig, un biógrafo lleno de unas vistas casi religiosas sobre la vida de los héroes, o se llama Romain Rolland, abogado del Asia en Europa.

Se ha sumido y raído, en todo caso, el único pretexto válido de nuestro disgusto o nuestra rebeldía contra el gran hereje: este ya no cree, al revés de nosotros, este no cree.

Añadamos que tal oscurecimiento o aplanamiento del hebreo le vino de nuestro contagio, que a fuerza de universidad positivista, de vida colectiva sin terremoto moral y de menosprecio estúpido del tema sobrenatural en nuestra cultura, descuajamos o rompimos en el judío de Europa y América su tremendo bloque religioso temporalmente. Hemos soplado sobre él nuestro aliento fétido de materialismo y le hemos allegado al flanco de fuego nuestra barra de hielo negador. Industria

larga, lenta y odiosa, de la ciencia y las letras de Jafet, cumplida sobre el Sem febril de Dios.

A lo menos que no sigamos usando al fariseo, el antiguo pregón contra este judío desvirtuado por nosotros mismos. Cuando menos, que no hagamos sonar más en la plaza o el hogar el azuzamiento que oyó la Edad Media: "Halalí al perro judío, por infiel". Jesucristo sentiría por nosotros el asco infinito de su naturaleza infinita al oírnos en cuanto a abogados suyos y a centinelas de su doctrina.

Europa va dándonos día a día antecedentes y testimonios para que como la sirena, nos levantemos azorados de nuestro nivel (el que nos concedía), descollando sobre ella en algunos decoros y decencias que tenía y que pierde a gran rapidez. Una vez saturada hasta el riñón y el tuétano, de cultura, Europa comenzó a creerse liberada de las virtudes primitivas, de respeto al hombre, de piedad o tolerancia del extranjero; de sociedad cristiana, resobada de derechos civiles.

Se siente el americano, doblado en su honra moral, que creía entera, crecido en su limpieza de criatura, cuando recorre la lista del atropello alemán o ucraniano contra el judío expulsado de su cuerpo nacional. Es como si se fojeara un libro de estampas delirantes y obscenas. Porque cierto tipo particular de crueldad toma un sesgo lúbrico, y un pueblo en arrebato de xenofobia se vuelve una especie de orgía en la Suburra.

Rusia, la vieja, consentía a las mujeres hebreas vivir en ciertas ciudades solo a condición de ser prostitutas profesionales. Muchas estudiantes tomaron el libreto de tales para poder rematar sus estudios... Los derechos civiles han cubierto nominalmente a las masas judías sin ampararlas: se los han hurtado o menoscabado en varias partes, antes de que el nacionismo, más veraz en la operación, los rebanara.

El genio judío, de nombre universal indudable, esa especie de marca solar de la competencia, que se llama en ciencia Eins-

tein, y bajando unos grados, Zweig o Remarque, en letras, no ha valido nada, un adarme, en la hora del despojo. El judío alemán, o polaco, o lituano, ha carecido o carece del santísimo derecho de huida: se le regatea el pasaporte y si el hombre habilidoso descubre una escapada, se crea un tipo especial de paria que los consulados y las policías conocen: el hombre sin papeles sobre una frontera, el individuo sin nacionalidad, que parece no haber nacido en ninguna parte del globo y como dije, habernos caído desde Saturno.

El judío, siete veces tradicionalista y reaccionario en la mitad de los casos, asomará al país de su refugio, señalado como la bestia, como un bolchevique indudable.

Nuestra América sigue buscando, provocando, y a lo menos aceptando, inmigración europea. Sé muy bien que prefiere a la judía a otras razas, consultando unas veces la mayor similitud con ella; otras supongo que la mayor disparidad... si se mira a ciertas zonas argentinas y chilenas. No pidamos a nuestros países que acepten una inmigración en masa del judío infeliz. Pero pidamos, con un mínimo ímpetu de racionalidad, es decir, con humanidad escueta, una cuota pequeña, precisa, de este judío que escupe la Europa de la torcida víscera cristiana. La Argentina ha fijado, y creo que desahogadamente, esta porción. Si nuestros veinte países cumplen con este gran decoro, que solo sería una probidad estricta, habremos hecho una hazaña eficaz, honesta y generosa. Pesar y medir los adjetivos, que importan mucho a quienes velan la honra continental.

Y habremos devuelto a Europa una parte de la cesión que nos hizo de cultura y de política cristianas. Ella hacia el este ha averiado y podrido su norma bimilenaria, echémosle de aquel lado del mundo, el ademán colectivo de un pleno y ancho derecho cristiano que aprendimos de ella en su limpia época, y que hemos doblado en vez de dilapidar.

Cuerpo mitológico de León Tolstói, dos metros de carne, regados por una sangre amazónica: un poco toro asirio, capaz de desquijarrar toda bestia; un poco de Nibelungo de pelear, de comer y dormir sobre el caballo y de quedarse fresco; un poco Abraham, hospedador de hombres y de ángeles de la Yasnaia Poliana hecha a la medida de su cuerpo.

Pagano, de molde cortado por la tijera de Júpiter para ser nada más que su hijo: olfato de cazador que huele a la legua el zorro ungido en su cueva; ojo marino para cortar, pasando, los brincos de los delfines, y para advertir el cuerno de agua de la ballena en el horizonte; y la misma mano grande y suave de su padre Júpiter, que parecía otra cosa que la nuestra, una herramienta que había acabado de hacer el hueso del planeta en su rodilla, y que ahora le ponía encima jugando el lino y el limo de la pradera rusa. Y con esos fuertes sentidos, buenos para servirle cien años, con su costumbre de mandar hombres, metido a la aventura jesucristiana, resuelto a mondarse disminuyendo, porque Jesucristo se había mondado así.

Padre de la familia desesperada de los contradictorios, que es la nuestra, columpiándose entre la fuerza y la renuncia de la fuerza, riguroso que no puede con su rigor, amado por nosotros por esas mismas facciones de la contradicción, en que vemos nuestra cara y tocamos la pleca que nos hace pedazos, sin hacernos bien pedazos, como la queríamos, para acabarnos.

El marido de Sofía Andréyevna, hijita de la tierra, a la medida precisa de nosotras las mujeres, no chata ni insignificante, como cualquiera de nosotras, que no tenemos costumbre de dormir con el dios Thor, Sofía Andréyevna criaba de su pecho

<sup>102</sup> Escrito en Cavi, Italia, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 15 de junio de 1930. (N. de los Eds.).

el hijo y el hijo, del primero al décimo, sin un rezongo, curando el sarampión a Tatiana, refrescando la fiebrecita de Alejandra y los golpes del caballo de palo de Sergio. Ella fue haciendo delante de los ojos del marido este acueducto romano de hijos soldados, para que estuviera contento de ese camino tendido de sangre suya su León, que tenía tanto miedo de dormir.

Cuando Sofía no está en el hall, dando de mamar a su lechoncito, ella está sentada copiando los cuadernos embrollados de su hombre escritor, que escribe sin parar, como respira: cuatro copias enteras de la *Ana Karenina*, dos de *La guerra y la paz*, y no sé cuántas de los otros veinte libros. Está ahí, sentada ella, en un ángulo de la mesa, y León escribe al frente una cosa que es su asco, su humillación y su cólera, de descendrer con amor de mujer como con el vino y el tabaco que se le parecen en la bajeza. Todo porque un buen día él, León Tolstói, ha salido de su Biblia, donde están Abraham y Jacob sentados con toda su anchura de hijos, sabiendo que la almohada suya y de Sofía es sucia, y que los hijos, pocos o muchos, avergüenzan al justo delante del Espíritu.

Pobrecita Sofía Andréyevna, puesta a decidir de si ella ha dado a su León, el casto, un montón de inmundicia en sus diez renglones de hijos, o si su León se ha vuelto loco cualquier noche, por una de esas trampas nocturnas que atrapan al que está bien dormido.

Casa común de Yasnaia Poliana, con la dicha antigua tumba da de bruces. León, en un cuarto de ella misma, con su delantal puesto, y convenientemente descalzo, golpea y golpea con un martillo de kindergarten, haciendo lo que no quiere: ponerse un par de zapatos.

Cuando se levanta, va de cámara en cámara, llamando a Sofía, a Alejandra, a Alexis, y los saca contra su gana a la canícula de julio, cargados de horquetas y hoces, y allá va el grupo, con su loco delante, a segar, a deshierbar y a abrir hoyos fatigosos e inútiles como los zapatos.

León, el contradictorio, está ahora leyendo su Biblia por otro costado. Él aborrece a sus *popes*, en cuanto a comentadores tiznados y a torcedores mañosos del Evangelio; pero él también lee, comenta y escribe su comentario, y va a acabar un día de estos tolerándose visioncitas, creyéndoselas a sus ojos, que parecían tan desconfiados, y teniendo sus valhídos y sus trances.

Lo que su libro le dice derechamente es la fealdad de poseer mucho, de tener tanto y de manejar eso torpemente como Brahma sus veinte brazos. Él saca los ojos del libro y donde los pone en la estepa, ellos caen en cosa suya, pradera, isba o bosque de abetos. La cara se le arruga de aflicción —a él se le verá viejo solo cuando está triste. Él llama a Sofía Andréyevna, para decirle lo que acababa de aprender y cómo él debe tirar aquello que a un santón le estorba y a un santo le quema, para quedarse viviendo en paz con la mano en la mano de Jesucristo. El diálogo es largo y duro, y va blandiéndose hacia el final, porque nuestro León —el de Sofía, que es el verdadero y no el nuestro— es débil a pesar de su cara de Thor; él acaba desprendiéndose de su tierra grande en el regazo de Sofía, que recibirá el suelo y las gentes con el pecado que ello contiene, dejando a León sano y limpio...

Tolstoi no le da hace tiempo borradores de recopiar a Sofía y ella se le queja. Él está sentado en la hierba de la pradera, con un tapete coloreado de niños en torno; son los niños de sus mujiks, que miman, cargan y conviven con sus íconos, y él va a regalarles cosa mejor, él va a trocérselos por su madre Razón (que a él lo ha librado) en unas doscientas fábulas, casi las mismas que La Fontaine cogió de la boca de Esopo y que él coge de la de La Fontaine. Tolstói les enseña antes y después de la sopa de legumbres, y como la pradera en que están sentados se llama la estepa rusa, a veces a la nube se le ocurre bajar antes de que se acabe la fábula; y como él es el propio hijo de Júpiter, no conoce frío ni calor y se retarda cantando en el campo. Los niños se le enferman, de vegetarianismo, de pocas ropas; o se le aburren, los criaditos con linda mitología, de la fábula lógica.

Tolstói sabe mejor que sus enemigos que él ha prometido, sin cumplir cincuenta años, que no se ha desprendido de nada y que, por culpa de Sofía, “criatura de pecado”, él ha condescendido con la carne que ella le disimulaba en la sopa, con la posesión de Yasnaia Poliana y con ella misma, mujer de un apóstol del celibato.

Viven ahora como el vellozino y Argos, los dos: Sofía Andréyevna, que se ha vuelto entera ojos y oídos, para saber dónde está León, a dónde va León, y con quién anda, y él, que mira la *troika* desenganchada, voltea el calendario y se pone y se pospone el día de la huida de casa.

Se salió cualquier día, como el rey Lear, y allá va, golpeado de los “vientos contrarios” que se confabulan con Sofía para hacerlo volver. Las barbas le vuelan por encima, en águilas de pelea, y sus piernas de tumbar encinas se le doblan no por los ochenta años, pues aún le son leales, sino por la calentura de aquella noche suya de lucha con el arcángel.

Ya va a llegar a la casa derrengada de la estación de Astapovo; él cree que para sacarle el cuerpo a la tempestad sobrenatural y en verdad es para agonizar y acabarse.

Su familia, la de los contradictorios —eslavos, latinos y españoles—, tirada hacia los puntos cardinales, le sigue con el cable y el periódico, el hipo de la agonía larga, que es empecinada como él; todos estamos en torno suyo, de Alejandra, al medio en Astapovo, viendo cómo se nos acaba ese, que es la carne y la debilidad de nosotros, juntadas en un viejo *barin* ruso. La que él no admitirá, sino a última hora, es la única que no quiso ser cómplice de su engaño jesucristiano, la que preparó su sopa nutriendolo con trampa, crió sus hijos y copió sus ofensas, la fuerte y sensata Sofía, cuya sola infidelidad fue no creer nunca a León una bellota grande ni chica, de santa caída del gran pino de los santones rusos. Ella lo vio en contador y lo celebró en contador, orgullosa de que ese Júpiter de dos metros, hermoso de ver y de escuchar cuando contaba,

fuerá su marido: el conde León, venido a la estepa rusa a escribir libros en el renglón de la *Odisea* y tener muchos hijos en Sofía Andréyevna.

Máximo Gorki nació en la capital de la provincia o estado del Volga, que se llamaba Nijni Novgorod y que ahora se llama Gorki, por decisión feliz de su gente.

El nombre de “amargo” o “desgraciado” (se dan las dos traducciones de la palabra *gorki*), tal vez se lo haya dictado su infancia infeliz, la edad que más cuenta en el hombre emocional y quizás en cualquier hombre, ya que vagabundo acedo no lo conocimos sino por el nombre escogido en malos tiempos. La crítica dice bien que Gorki, el de los pies descalzos, escribió siempre como un hombre sin quiebro interior, limpio de humores, feliz, con tal de que el sol no faltara en el cielo, aunque fuera detrás de la nube nórdica, ni se le acabara tampoco el camino delante.

La madre de Gorki no lo quería o lo quiso mal, que es otra manera de no amar. Gorki dirá “que no hubo ninguna influencia de ella en su vida”, palabras que quemán los ojos y que rara vez ha estampado un puño de hombre en escritura autobiográfica. Era una esposa despechada por el abandono del marido andariego que la dejaba cada vez que podía, siendo más tarde la viuda que se vuelve a casar, y que se muere sin saber que ha mamado de su pecho Máximo Gorki.

El abuelo, a quien pasa el niño cedido como un trasto, es un batelero del Volga que subió después a jefe de armadores y luego a industrial de tintorería próspera. Este viejo brutal y tierno, que se asemeja a ciertos hacendados nuestros, solía recitarle los Salmos de David, y dan ganas de darle las gracias

103 Escrito en Portugal y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 15 de noviembre de 1936, y en *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 5 de diciembre de ese mismo año. El nombre real de Gorki era Alexéi Maximovich Peshkov. (N. de los Eds.).

por la ocurrencia. Él dará a Gorki escuela primaria a los ocho años; pero la escolaridad durará cinco meses. El ángel del folclor, que tal vez sea antialfabético, libró a Gorki de la “formación burguesa del escritor”, dejándole en el narrador liso y llano, amigo de la expresión directa, repugnador de morosidad verbal y dotado de cierta embriaguez poética. No es un azar en la obra de Gorki el trozo de poesía pura que se llama “El albatros”: Gorki pertenece al orden del narrador primitivo, al de *Las mil y una noches*, o de las leyendas germanas, saturadas de poesía sin desmedro de la virtud fabuladora.

Cinco meses de sala de clase, banco tieso y maestro escurridor de la cadaverina pedagógica, y luego unos treinta y cinco años de aprendizaje del mundo, sin mapa, ni banco, en escuela de ruta, de puerto, de playa. Como resultado de esta formación libre saldrá un Shakespeare eslavo, labrado por los tactos del mundo que zarandearon su cuerpo desnudo y su alma igual a su cuerpo: un Shakespeare que en vez de los Enrique IV y de los Rey Duncan, contará lo que vio y “nada más que lo visto” en su experiencia: plebeyeces puras o inmundas, patrones bellacos o idiotas: viejos, niños y mujeres, de ese repertorio que constituye el limo renegrido del mundo.

Fallida la escuela para él como para tantos que de este desmedro sacan su salvación, Gorki comienza el “toma y deja” de todos los oficios habidos y por haber. Él trabaja con un pariente como dibujante de arquitectura; salta de allí a las cocinas de un barco; deja las marmitas y el agua salobre para hacerse vendedor de imágenes, y gana el rublo con la idolatría en yeso y leño de sus ortodoxos; abandona la industria santa para volverse guardia en una estación ferroviaria; tira la función comedona y se va a una panadería de Kasan, de la cual saldrá el relato de “El patrono”, y del manejar en bloques la harina se pasa a la jugarreta mujeril de la pastelería. Por fin se cansa de “lugares cubiertos” y se da cuenta de que más gozo le da, aunque se le escape el salario regular, caminar en patria de llanura, donde las sendas se parecen a la tentación infinita y al hallazgo sin número.

El vagabundaje, que es un contraoficio, se le vuelve la vida de varios años. Si no se echa por las rutas, el hombre faltó de boleto de trenes se queda sin conocer su tremenda Rusia, y como ésta, al igual que España, es un tablero de cuadros opuestos, Gorki se hubiera malogrado en el mero contador regional.

El hombre sin madre parece un hijo de la atmósfera. Si queremos buscar una greca simbólica que le convenga, le daremos la telaraña de sus mismos senderos andados.

Gorki cuenta, en el precioso apunte autobiográfico que acaban de divulgar, cómo él cortó su vagabundaje para enredarse un tiempo en círculos literarios que le dieron “la repugnancia de la escritura impresa”. El de sentidos limpios olió asqueado la liebre literaria pútrida de la mesa de los profesionales “exquisitos”. Solo mucho más tarde, la ciudad, la casa, la sociedad y el Estado atraparán al libertario y soberán su cuero arisco, dejándolo en la badana del hombre entregado.

Gorki ha contado en su manera de veracidad crudo-tierna, cómo le dio a palos el amor de la lectura el cocinero jefe de su barco. El garrote era la institución más eslava del tiempo, y el ruso más ruso lo recibiría de la madre, del abuelo y hasta del buen patrón. De tal industria pudo salir un matón completo; pero la pasta en que lo hicieron era óptima.

Gorki se salva entero de esa especie de orgía de brutalidad que significa su infancia. Más lejos fue y su amor de los hombres rebosa hasta una ternura constante. Tolstói solía decirle:

—Es curioso cómo has perdurado en la bondad. Tendrías el derecho de ser malvado.

Revistas, diarios y editoriales iban publicando los relatos del nuevo, del advenedizo violento que caía como piedra hondeada al llano de la literatura rusa.

Era una aventura tremenda estrenarse en una hora de grandes figuras, como quien dice, de escenario lleno. León Tolstói estaba en su meridiano; Dostoiesvski acababa de irse, dejando removido el ámbito por su ancha gesticulación; Turgueviey y Chéjov habían dado a la clientela rusa el gusto de la “prosa literaria a la francesa”. O seguir uno de esos ejemplos o desentenderse de ellos y forzar el paladar público con un alimento nuevo y violento. Esto último fue lo que hizo Gorki no por malicia, sino por naturaleza. En Rusia, estaba por decirse nada menos que el pueblo raso. Dichas y redichas estaban ya la burguesía grande y la menuda. La plebe, tres cuartos del imperio, no aparecía en otra parte que en el folclor.

Iban publicándose “Los vagabundos”, “En la estepa”, “En la cárcel”, narraciones cortas donde se ensayó por mucho tiempo el novelista de *La madre*. Varios críticos prefieren hasta hoy las resinas enjutas de los cuentos a las novelas ríos de la última época del maestro.

Tienen los cuentos de Gorki la rapidez de la marcha que fue el ritmo de su primera vida, y llevan esa abreviatura de los temas que corresponde a lo folclórico. Son tan ricos que cada uno parece mazorca enana de una novela mayor y son por excelencia el tipo del relato que ama el pueblo, por no tener tiempo para lo moroso y lo abundante. Yo recuerdo el éxito que con ellos lograba en lecturas hechas a los campesinos de México.

Aquella literatura exenta de todo sermón, carente de todo alegato directo, iba resultando, sin embargo, revolucionaria en la vieja Rusia. No era porque el hombre Gorki contara a lo fraudulento, para allegar fuego a las multitudes, montón de material inerte. Él narraba sencillamente el cómo vivían los más de los hombres rusos. Otra vez la linterna sorda del arte se metía por los escondrijos, entraba en sótanos de casas, en las calas de los barcos, en los talleres inmundos, y echaba aquí y allá su resplandor para ver bien y entregar de regreso de la excursión nocturna la cinta coloreada de la verdad tremenda.

Cayeron prisioneros, destierros y otras miserias sobre el dueño de la linterna. Tuvo como los demás su Siberia y su colección de calabozos hediondos, que también se contaría. Su carne conocería entera la gama de la crueldad eslava lo mismo que conoció la geografía de la patria.

La revolución, por turnos, lo arrastró con ella; luego lo disgustó de sus fechorías iniciales, acabando por vencerle los escrúpulos.

Documentos muy nobles de su biografía son algunos escritos suyos de testigo censor de la revuelta. El hombre ingenuo que hay en todo artista, creyó en un vuelco del imperio, que se parecía al descuajo de un bloque cordillerano por la ingeniería: mucha fuerza, poco trastorno y la sangre ahorrada. Pero la volteadura tenía que ser sísmica y como lo telúrico, plúrimo. Sus páginas de ese tiempo no tienen la melosidad del proselitismo “cúbrelo todo”, y son de una crítica de yodo curador. “Todo pueblo —dice— es fundamentalmente un elemento anárquico. El pueblo quiere trabajar lo menos posible. [...]. Vivió sin derechos y ahora cree que la anarquía es un estado zoológicamente natural, y sigue pensando en que el trabajo es una maldición de Dios. El instinto de nómada no ha desaparecido del ruso”.

Gorki cuenta cincuenta y tantos años, y un reguero de obras. Ha viajado un poco, alcanzando hasta la América del Norte, pero nunca ha pasado mucho tiempo fuera del cuerpo de la “Santa Rusia”. Enfermo y poco contento de lo que ve, con sus dos acedías sobre sí, escoge entre climas piadosos y su dedo traza, como el de Nietzsche, una raya del norte a sur. Pasó la Liguria de Nietzsche y fue a parar al remate de la península: Capri, Sorrento. Calor para su cuerpo de mujik que envejecía; un pueblo al que amar como al ruso por hermoso y por niño; bajo el cielo de gema, una marea dulce, y una vegetación y un aire que al nórdico le parecen los de la Tierra Prometida: el olivo, la vid, la naranja.

El fascismo, en uno de sus antojos maliciosos, lo dejó vivir en su sol y en su ráfaga que a otros niega. Sus novelas están prohibidas en Italia, pero él vivía en las entrañas más genuinas de la italianidad: en la Campania.

El esquivo que no quiso hablar nunca una lengua extranjera no hablaría italiano tampoco. Ni por el resquicio ladino de un idioma extraño se filtró en Gorki la extranjería: ruso vivió y se acabó ruso. Rusia estaba en su memoria, y una patria que se lleva en imágenes resulta ligera como la copa de cristal.

Seguía desde su faja de sol la tremenda empresa bolchevique: había tenido sus asperezas con Lenin, pero la ausencia, que a veces endulza más, le hacía volver la cara hacia el otro mongol, viejo como él y atareado de obras.

—Cuídate, mi viejo —le dice Lenin—. Parece que escribes de noche y no duermes bastante.

Y él le retornaba otras ternuras viriles que commueve leer en el Epistolario.

Stalin consiguió arrancarlo, años más tarde, del nudo de algas mediterráneas. Quería dar las honras y llevar las dignidades de la Rusia roja a individuo no político, es decir, no ensuciado de violencia, y deseaba que el “Amargo” probara el amor, ya unánime, de su pueblo. Tal vez, como aseguran sus enemigos, buscaba hacerlo rubricar su fe bolchevique que había sido tornadiza o condicionada

—Óyeme bien, Alexéi Maximovich, piensa que los Bounine, los Merejskowsky y los Kuprin han abandonado su patria para emboscarse en las extrañas. Quédate aquí a luchar con nosotros y demostraremos que los sóviets saben estimar a sus escritores.

Y Gorki dejó los plantíos de naranjos de Sorrento, que nunca endulzaron boca mejor de hombre, y aquella luz preciada a la

que se ama más que a una criatura, y se fue a Rusia a tomar sobre sí funciones oficiales.

Lo nombraron ministro de Bellas Artes, director de las Ediciones Nacionales, comisario de instrucción, etcétera. Stalin hacía y no hacía bien. Bueno era sumergir unos meses al contador en el mar de fondo de la faena soviética como al iniciado de Eleusis en la sangre del toro, a fin de caldear las potencias del ausente en la calentura nacional. Pero estuvo mal dejar cinco o siete años atollado en oficinas y oficinismo, haciendo un trabajo que cualquier otro despacharía mejor, al hombre de atmósfera desnuda, cuya boca no trajo más menester que la fábula y cuya mano no vino a este mundo a hacer otra cosa que a tatuar a fuego el trance del pueblo ruso en el siglo XIX.

La gloria estrepitosa, gran grosera, le había empalagado ya en los tiempos de Lenin. Ahora que estaba viejo, él se rindió por dulzura chocha o por fatiga, y la aceptó en catarata. Llevaban su nombre una ciudad y una aldea del país, la primera calle y el primer teatro de Moscú, el mayor avión de la armada soviética, centenares de bibliotecas y muchas escuelas. El furor de un consenso popular, como el que tuvo Lope de Vega, se repetía en la estepa talada de santos y que vuelve a sentir hambre de mitología. En este punto de tolerancia con lo popular, el “buscador de Dios”, que decía Lenin, llegó a admitir entre cien presidencias, una de la Liga de los Sin Dios, en cuanto a hombre convertido al ateísmo gubernamental...

Ahora ya ha venido para el vagabundo de la estepa el arribo de la última aventura y su encuentro con el capitán de la creación al que negó atolondradamente. Las manos del gran imaginero dejan caer en gajos sueltos hacia nuestras cabezas las fantasías coloreadas como racimos rodados del lagar. Cuando ello ocurre, tenemos aquí abajo a Shakespeare o a Gorki, aunque ni uno ni el otro sepan muy claro desde dónde se vuelca, sin brazo asidero, la cornucopia de sus fábulas.

Esta es la gran fiesta tuya, Máximo Gorki, veedor al fin de la fuente contadora que no te conociste, porque ella cayó sesenta años sin alharaca hacia tu cabeza.

El nombre de Gorki significa para la gente de nuestra generación —¿verdad, Manuel Rojas?— nuestra juventud entera y tal vez lo más digno de nuestro corazón de jóvenes. Bien podemos llamarlo, según la frase feliz, uno de los “autores de nuestra alma”, porque nos dio lo mejor que había en él para nutrir lo mejor que había en nosotros.

Él nos pasó de la mano a la mano la estepa aplastada de sol o de lápida de hielo; él nos metió en el vértigo del alma rusa, ensanchando los registros de la nuestra con el estupendo *Tomás Gordeieff*; él nos contó la leyenda del *Kan y su hijo*, que todavía no orea en nuestra memoria; él nos dio el cuerpo vasto de la Revolución rusa en el puro bulto de *La madre*, mujer del pueblo que parecía una madre criolla; él nos destapó la hedionda miseria del mundo, para que la odiáramos toda la vida y nos llevó al repudio de la almohada de los satisfechos, que no sienten nunca en el aire vivo de la noche el olor de hospitales, de cárcel y de pudrideros donde tenemos, “redimiéndose” por una industria satánica, a la carne de nuestra carne.

Él nos contó a los niños del pueblo, recordándose a sí mismo, para chorrearnos tuétano adentro un caldo de fuego que nos roa y devore hasta hacernos cumplir con la infancia. Y en cualquiera de sus fábulas, enliujadas de lirismos, él nos nutrió de la poesía de la tierra, del océano y del aire. Habla nunca oída, mano no estrechada que tanto contó y tanto proveyó, y tanta brasa buena llevó al pecho, cuando era el tiempo de dar de comer y de beber a la que nada tenía en la mesa desnuda.

Por eso su muerte nos ha remecido como la de un familiar verdadero y su rostro mongólico de las revistas ilustradas nos ha detenido, en los quioscos de la calle portuguesa, lo mismo que lo haría un grabado de Martí de Cuba o del Sarmiento argentino.

## S O B R E E L E X T R A Ñ O P O E T A L I T U A N O

O S C A R D E L U B I C Z M I L O S Z<sup>104</sup>

Si fueran estos los tiempos de nuestro Rubén, escuchador de acentos sobrenaturales, que tendió su oreja desde Buenos Aires hacia las voces demoníacas y angélicas, de los cuatro puntos cardinales (Lautréamont o Poe; Verlaine o Cavalca), ya tendríamos una medalla de este “raro” que se llama, con nombre que se presta dócilmente a la fábula, Oscar de Lubicz Milosz, “raro” legítimo. De varios biografiados de Rubén se dijo que no lo eran cabalmente. Y, en verdad, no estaban a nivel Paul Adam con Rachilde; ni Max Nordau —la inteligencia más antipática de su época, pero no un “raro”—, junto a Verlaine.

Darío, grande en cuanto género quiso posar su mano: retrato, crónica, seguidilla, soneto u oda, cómo hubiera hecho fondo para esta cabeza de atormentado con su Lituania incógnita y sus apellidos de *Mil y una noches*.

Su oficio de buzo cogedor de los pulpos y las anémonas de mar de la poesía finisecular ha pasado a otros, uno de ellos nuestro compañero ilustre Augusto D’Halmar.

A mi paso por Madrid, él me dio una tarde inolvidable en la Residencia de Estudiantes con la lectura de su Milosz familiar. Pocas veces un poeta de cábala ha encontrado garganta digna de él en un Augusto D’Halmar, que nos trajo de la India una voz extraordinaria, ensayada en yo no sé qué grutas de cuarenta ecos. Me preparaba a la lectura con un exordio de comentarista del Zohar:

<sup>104</sup> Firmado en Fontainebleau, en junio de 1927, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 10 de julio de ese año. Curiosamente, en esa ciudad que acogió a Gabriela Mistral en sus años parisinos, murió “el extraño poeta lituano” en 1939. (N. de los Eds.).

—Esta vez será verdad, Gabriela; usted va a oír a un poeta que maneja materiales inéditos del misterio y cuya palabra de cuarenta años podría ser de setecientos. La promesa esta vez le será cumplida, cumplida con superación.

Y empezó su jornada, que duró tres horas generosas, que yo le agradeceré siempre, porque quiso como el huésped antiguo llevar a su mesa, para mí su faisán más dorado.

Tengo yo la más desgraciada memoria, de este mundo, y la fiesta de la estrofa milosziana se me hubiera sumido ya en la mente abotagada de escuchar sin medida, si al día siguiente D'Halmar no me hubiera llevado su Milosz n° 66, que conservo entre mis objetos preciosos: algún cuero labrado, algún cobre tratado como por el Dante, algún vaso de cuerno chileno. La vida semierrante no me ha dejado cumplir con el encargo tácito de D'Halmar: ir pasando la antorcha a la colina siguiente como en la costumbre griega.

Comienzo con un reparo. Augusto D'Halmar ha caído en un pecado de pasión. Tradujo a su amigo al español, por regalar a la lengua con un aroma nuevo; pero tuvo miedo de que la materia superior que trasvasaba cayera en manos viles, y... ha hecho una edición de doscientos ejemplares lujosos, que solo él distribuye y que no se obtiene sino de su mano, directamente.<sup>105</sup> Para convencer de su pecado a este celoso, tendría yo que escribir un tratado que se llamaría “De cómo el exceso de la guardia puede ahogar a un rey en su cámara, o matar un libro, en el lecho de su pergámino caro”. No tengo tiempo y solo le diré un argumento.

El libro posee destino sobrenatural. Quien lo escribió —poeta, historiador, botánico o biólogo— quiso darlo a una mujer,

<sup>105</sup> Lubicz Milosz: *Poemas*. Traducción de Augusto D'Halmar. Madrid: Colección Auriga, 1922. Edición privada en una tirada de cien ejemplares. (N. de los Eds.).

a una academia o a un amigo. Creyó ingenuamente que para ellos lo hacía, pero estos son sordos a la excelencia del libro, cuando no lo menosprecian por la familiaridad ajadora que con él han tenido. Por contraste, la obra suele haber sido hecha para un enemigo, casi siempre con destino a un desconocido, extraño por la lengua o por el oficio, la edad o la circunstancia.

D'Halmar ha repartido seguramente los poemas de Milosz entre artistas que le daban mayor probabilidad de acogida gozosa y de respeto. Tal vez se ha equivocado. Yo no he leído noticia con fervor sobre ellos en publicaciones españolas. Yo advierto no sé qué tedio del poeta para hablar sobre el poeta, y un visible descenso de la capacidad de admirar que había en los viejos cantores. Ya no contiene verdad el símbolo del silbo que, dirigido hacia el norte, va hasta el polo, y sí al sur, hasta el Ecuador, despertando una línea como de álamos de silbos semejantes y respondedores. Rebota en el pecho del semejante, cuya sordera es la peor entre sorderas voluntarias.

Que D'Halmar corrija su error y entregue el volumen milosziano en edición ordinaria, al gran peligro (que contiene en sí la única salvación de un autor) del público grande.

Dije por ahí poesía finisecular. Es eso para mí la de Milosz, aunque su Lituania nos aparezca en una infancia de paisaje grueso y blanco de nieve recién caída. Del eslavo conserva el sentido trágico de la vida, que el occidental sensualísimo ha puesto a un lado como resabio de barbarie mística; guarda también la desolación que es la tónica del hombre de las estepas.

Por otra parte, este semipríncipe ruso ha viajado como Simbad, y su sensibilidad tiene parentesco con las velas de los grandes veleros que van de las Oceanías a los Oslos, y que ya tienen los olores de todos los continentes. Su poesía sirve como pocas, a pesar de su origen semioriental, para conocer el enloquecimiento de este mundo que se acaba, con tanto orgullo de su excelencia, sin embargo, en el Occidente.

La hora es indudablemente otoñal. La mitad del follaje de este mundo arde todavía con dramático color por encima de nuestras cabezas; la otra mitad está dando debajo de nuestro cuerpo la fragancia densa de la podredura del bosque. Una ilusión de fuerza nos viene de la coloración y el olor fuertes del mundo. El D'Annunzio tipo nos suele parecer por este engaño un meridiano vital, no siendo sino el poniente desmesurado —y arrebatado— que se defiende de las fuerzas secretas de la disolución.

Con Milosz hay que repetir la grave palabra “decadencia”, que se ha usado torpemente por la crítica, con sentido desdeñoso. Un mundo caduco puede acabar en un poema o un cuadro de un modo magnífico. A Velázquez le tocó en destino fijar el cuerpo ya pútrido de los Borbones, en la mirada vencida y los maxilares fatales; pero no confundir al que coge el descenso con una mirada genial y que tiene todavía potencia para conservarse a distancia del suceso que anota, con la pobre carne acabada del descenso mismo. Esto, sin negar que alguna larva de sepultura debe contener el pintor o el poeta que recoge una época de aniquilamiento, porque solo los dioses pueden mirar verdaderamente desde la otra orilla el suceso colectivo. Cierta morbidez que alcanza a la mollidura; cierta lasitud que es el pulso subsiguiente de la hora meridiana, se palpan en esta poesía. Los primeros fantasmas del crepúsculo empiezan a flotar o, si se quiere, las primeras fosforescencias del no abonado de carne helada.

El hombre, “aquel cuya única voluntad indudable es vivir”, se defiende de la muerte y hace el gesto de caminar hacia los lugares en que el sol no se ha trizado todavía, y está como un centauro en mitad del cielo. El gesto de la evasión es doble; lo que ama también debe ser salvado sobre esas lejanas colinas que están intactas. El acento que invita contiene una ternura que es necesario gozar en la composición entera.

De la invitación de Goethe, en el motivo semejante a esta invitación, ¡qué diferencia de tiempo y de estado! La otra es la

alabanza del naranjo de oro siciliano; mirado desde la tierra “físicamente” desgraciada; ésta es la alabanza de la palmera africana, cuya sombra robusta salvará no de un clima, sino de la llaga que es el modo de vida sobre tierras cargadas de un imbécil dolor. Yo amo en esta poesía no sé qué leche suave de piedad que pone en un amor de amante resabio de ternura materna.

Una de las cosas gratas para mí en los finiseculares es el sarcasmo con que castigan sus propios lomos. La criatura fin de siglo carga a cuestas su miseria, detestándosela. Por aquí entronca, sin saberlo, con el místico. Su “Danza de mono” suena a “miserere”. Desde Baudelaire hasta Lautréamont, va la escalera de endemoniados que se ultrajan en su pecado, frenéticos de lo divino que perdieron y que es lo único que aman. Una elegía, su “Danza de mono”. Con Bécquer la elegía era lacrimosa; con Heine empezó a acidularse; con Milosz se ha vuelto seca y frenética como una mascadura de cal nueva en encía tierna.

No me caería encima toda la pesadumbre del poema, si yo no hubiera visto dos o tres pequeños e inolvidables cementerios de tierras del norte. En nuestras ciudades de cielo alto, la muerte se presenta como una cosa sencilla, y a veces pura (como en el desierto, que guarda intactos a sus muertos), cumplida debajo del sol y de un naranjo luminoso. En estos, no: la madre, la hermana, la hija, duermen bajo la obscenidad triste del lodo que da la lluvia interminable. Más arriba, en la Siberia última y los últimos labradores, el cementerio blanco vuelve a ser casto, de la castidad de la nieve sin fundidura.

La sazón de esta alma cae entre las madureces salomónicas de los varones de todos los tiempos. Ha madurado absolutamente, para su bien y para su mal. Fuera de las yemas de ternura de que he hablado, lo demás está en su poesía, domado, ablandado, a modo de la piel en un respaldo de sillón antiguo. El dejó de agraz que permanece en otros poetas no digamos adultos, sino viejos (como en Victor Hugo), no le sube nunca

al verso. De esta vejez de sus nervios, en los que ha descansado con todo su peso el grave fruto del mundo, le viene también su nobleza.

Y el don de sugerencia, muy suyo, más suyo que de nadie a quien yo haya leído. Yo cojo uno o varios versos, que han ejercido un sortilegio sobre mi memoria, e intento precisar su belleza, para justificarme el estado de encantamiento. No: la manía de cristalización de los elementos poéticos que place a los Jules Lemaître, ejercida sobre Milosz, fracasa. La sugerencia es, como se sabe, el modo de la niebla, y es mejor que tajearla para perderla, quedarse quieto, aceptando el encanto. Sugerencia de paisajes que se han visto o se han creado, de casas que se habitaron, de unas mujeres que son casi criaturas submarinas, por el estupor que da su encuentro.

Con este arpón de la capacidad de sugerir esotéricamente, cogió Milosz el espíritu de nuestro Augusto D'Halmar. También le ha complacido a este el cabalismo del lituano, más legítimo que el de un San Peladán, y de otros "hijos de los números místicos" que andan por allí. La teosofía está todavía sin poeta. Milosz pudo haberlo sido, si su talento no usara de misterio y de realidad como de meros soportes para un motivo.

En la propia lengua en que Milosz escribe sus poesías y sus dramas —el francés—, resultan casi inencontrables las obras suyas. Reflexiona su gran traductor español que es un absurdo cuidar con reverencia una traducción para guardarla con gesto de veda absoluta. Dejemos en libre plática con su prisionero. Quién sabe —ya dije el extraordinario destino del libro, y especialmente de la poesía— si Milosz encuentra en mozo de lengua el mejor hijo de su alma profunda.

La prensa ha honrado menos de lo que debe y puede, esa muerte de Roald Amundsen, buscada con loca generosidad, más noble mientras más inútil. Es la pobre prensa forzada por la imbecilidad lectora a crear síntesis y abreviaturas para los sucesos vitales, y a esponjar hasta el copete la clara de huevo del escandalito cotidiano.

Con todo, y las calidades lastimosas del gusto popular (y no olvidarse de que hay las plebes y no la plebe), nunca han sido recibidos en el robusto suelo popular estos semillones rojos, estas bayas enjundiosas de la cosa heroica, y si el apetito suyo le ha venido a menos, es porque se le ha deshabitado de ellas con no proporcionárselas.

El héroe no ha pasado como la moda medieval a causa de que en vez de ser una golilla o una corbata, es un pulso pausado, pero perfectamente regular, del género humano. Estos pulsos se aceleran o se acompañan, sin que se hayan suprimido hasta ahora, a pesar de la tonta voluntad de nivelamiento y de bajeza que quiere atraparnos como “manera de igualitarismo”.

La familia heroica —que es una sola con oficios diferenciados— dura y se propaga, con estímulos o sin ellos, convocada o no, a tomar su puesto, y esta tenacidad del héroe es una de las pruebas de lo divino del mundo.

Roald Amundsen se nos ha muerto precisamente a consecuencia de la ideología torcidamente igualitaria con la que obramos y vivimos. No era cosa de haberlo mandado, ni de haber permitido que fuera a una expedición de salvataje. La

<sup>106</sup> Firmado en Avignon, en diciembre de 1928, y publicado por los diarios *El Mercurio*, de Santiago, el 3 de febrero de 1929, y por *El Tiempo*, de Colombia, el 5 febrero del mismo año. (N. de los Eds.).

desgracia del grupo de Umberto Nobile no valía, por noble que fuera la empresa, el sacrificio de un hombre como Amundsen, el tuétano de su raza, una reserva que no debía ofrecerse ni exponerse. Un poco por vanidad, la Noruega lo ofreció a las búsquedas. Lo empujó también ese espíritu de beneficencia que es cosa muy nórdica. Pero no se presta a un Amundsen siguiendo un criterio zurdo de compasión. La piedad de estos, de los de su familia, consiste en hacer su oficio y vivir los puros peligros que él entraña, y nada más, pero absolutamente nada más.

A ver si la lección sirve para otra vez.

Roald Amundsen nació en familia de marinos y armadores, como buen noruego. Puesto en estampas su país se resuelve, primero, en un cabrilleo de puertos (bello país de costa rota que posee desenfrenadamente su mar); luego en malecones con hervimiento de pescadores; en astilleros prósperos que lanzan cotidianamente desde la moderna barca pesquera al hermoso buque mercante. Balleneros, sardineros, calafates y exploradores. Noruega es como Inglaterra una aristocracia marítima y una raza tallada a golpe de olas, y con una piel dura en el hombre, que prueba el viento salino y la complacencia en la vida al aire libre, a pesar del invierno cainita.

De tarde en tarde, bastante espaciados, es gente sedentaria que se olvida de la carta geográfica por hacer ciencia o literatura. Cuando John Franklin lanzó su proyecto del famoso paso por el oeste, o sea, el paso directo de Europa a la América por el Canadá, y cuando Nansen hizo su pintoresca excursión en esquíes por la Groenlandia, él era un muchacho y los dos relatos, comentados y sazonados en la conversación familiar, le decidieron y le apresuraron la vocación.

Pero el padre lo había enderezado hacia la carrera universitaria, su madre vivía, y mientras la tuvo, él se sofocó el ímpetu y la ambición por no darle los meses de angustia que el oficio trae consigo. En ese escrupulo se acusa un hombre sentí-

mental y eso era, cuentan, lo mismo que un imaginativo. Se le metieron sesos adentro las estampas domésticas de nieves y fieras con que decorara su cuarto de niño la madre alerta, lo mismo que las canciones de vikingos que el civilizado nórdico se ha incorporado por orgulloso saboreo de sus orígenes. Su raza es una de las más folclóricas, y él, como Selma su vecina, mamó y mascó relato heroico popular, en canción y prosa: de eso sale más fácilmente que de una clase de filología universitaria un explorador en grande.

Se le muere la madre y él se siente libre para darse al mar, que las mujeres aborrecen y la madre teme. Él se enrola en un barco ballenero como marinero. Lindo comienzo de oficio. Prepara así, de abajo hacia arriba, la profesión ilustre, y vuelve con sus exámenes listos de capitán.

El mar no le tienta a lo vikingo como vieja piratería vuelta comercio moderno, y dos años después se suma como segundo a una exploración polar de los belgas.

Entraba en lo suyo, en lo que no se deja sino para morirse.

La exploración moderna no se hace a puro coraje y él supo que su oficio era más ciencia de lo que parece, tanta ciencia como aventura, y al regreso aceptó una tregua de viaje para entrar en su Universidad de Cristianía (la necesidad socialista no mudaba el nombre de la capital todavía) y en tres universidades alemanas para estudiar el magnetismo de los polos.

A los treinta años compra su primer barco explorador, el *Gjøa*, pequeño, de madera, con no más de cuarenta y dos toneladas, en el cual comienza la búsqueda del paso noroeste que tanto había desvelado al equipaje de Franklin. Conseguirlo significaba abbreviar en la mitad el tiempo y el costo de la comunicación entre los dos continentes, más engorrosa entonces que ahora. Ahorro del “océano tenebroso”, ahorro de semanas y una enorme vivificación por el tráfico marítimo

desviado, rectificado hacia el norte, de los países escandinavos, que muchos sufren de su desventura geográfica.

El *Gjøea* excursionó durante dos años en el laberinto blanco de canales y golfos. No pudo realizar el plan atrevido que alteraban las sorpresas cotidianas. Cualquier viaje, aún el más regular, burla los sesudos itinerarios, no digamos el viaje por los mares inéditos, en los que salta de pronto una isla no cazada por los mapas, o el fenómeno eléctrico asusta y para el barco que lo quiere anotar y gozar a una vez; o el viento, cuyo antojo es la ley misma del mar, hostiga e inutiliza la mejor máquina, con las velas más leoninas.

No hubo paso hacia el noroeste, pero hubo descubrimientos de islas y tierras nuevas en que Noruega plantaba su bandera, lo que no era poco. La Escandinavia tiene un derecho natural al Polo Norte que más tarde ha despertado codicias inglesas, yanquis y hasta italianas.

Viviendo en pleno siglo XX, que llaman del planeta, poseído y hurgado en total y de los mapas definitivos, Amundsen, como Ernest Shackleton, parece haberse hecho cargo de la aventura del siglo XV de los Vasco de Gama y los Magallanes, continuando la cacería de las tierras esquivas que quieren escapar a la carta geográfica tanto como a su bautizo de dominio inglés o yanqui. Este hombre noruego ha vivido un poco un destino renacentista de domador de agua nueva y de tierra sin apelativos, y no deben haberle dado las recepciones de las academias de Ciencias la sensación embriagante con que avizoraba un cabo, le daba nombre y lo fijaba con su rúbrica en la carta del viaje.

Hacia 1908 anunció otra expedición. Robert Peary llenaba poco después el mundo con noticias de un énfasis cinematográfico sobre su descubrimiento del Polo Norte, y la manera suya de explorar, mandando cada día un boletín rimbombante sobre su avance, arrebató a Amundsen buena parte de esa especie de patronato que tenía él ganado sobre las tierras

árticas. Su misma gente le volvió un poco las espaldas. Había salido a la pista del hielo otro campeón gesticulante, casi un torero de la geografía, y el sobrio de relatos comenzaba a destenirse para el público.

Si Peary le iba ganando una batalla de cablegramas mejor que de hielos, otro explorador más serio hablaba de ir hacia el Polo Sur, el capitán Robert F. Scott. Sin aprovecharle experiencias ni estudios, se lanzó Amundsen antes que él por esa ruta.

Yo me acuerdo de haber oído en Magallanes su nombre como cosa familiar, y tal vez esto me ha hecho seguirle siempre en revistas y periódicos como a criatura a que me ligaba no sé qué compadrazgo de paisaje polar. Porque era algo mío también el noruego. Anduvo en el hormigüeo de archipiélagos nuestros; poseyó con el ojo y la marcha el extremo sur, que es cosa nuestra y solo quien sepa un poco de aquellos vientos sobrenaturales, de aquellas perfectas nieves y de aquellas soledades, entiende lo que significa este viaje buscado desde Noruega y rematado en el botón misterioso del Polo Sur.

¿Por qué al hombre nórdico se le despertó el apetito del otro polo?, se han preguntado algunos. Siendo el acceso al polo austral mucho más fácil, él quiso ir allá y sacar del éxito lección que le ayudara con el otro. Ya no se trataba aquí de prolongar Noruegas, sino de aprender en un polo lo que el otro más terco no le entregaba. Tiene el europeo de empresa un sentido del conocimiento por lotes, por especialidad bien volteada, que a nosotros, gentes que se sacian con el fragmento del motivo, con el pedacito del logro, nos falta aquí enteramente. Un Frazer folclorista anda en seguimiento de la línea de un mito irlandés de Gran Bretaña a la India; un holandés cuyo nombre no recuerdo, ha seguido una misma especie de víbora de Ceilán hasta Venezuela. El espíritu de la especialidad, que es cosa real, casi con cuerpo, los acicatea y los maneja hasta la vejez, y no les deja respiro. Cuando se habla del Eros científico, esto es lo que quiere decirse: el arrebato violento,

que llega a parecer llamarada de instinto, por el conocimiento. Dios nos fuerza los nuestros —la lujuria, la codicia y la cólera— de este lado, que hasta ahora no hacemos con ellos sino matones y guerrilleros.

Amundsen llegó al polo nuestro, siguiendo esta línea de buscador científico. Su lote eran las extremidades del globo, con fenómenos, dificultades y experiencias semejantes. Suyo fue el descubrimiento, ya que el capitán Scott llegó un mes después a encontrarse la bandera de Amundsen en el núcleo misterioso de hielos que tiene este nombre casi mágico de Polo Sur.

Regresó con su barco estropeado de mares tropicales y antárticos. El Sporting Club de Noruega le había acordado por la hazaña una fuerte subvención anual. Él la puso en la construcción del tercero de sus barcos famosos: el *Maud*.

Amundsen volvía a insistir en el pasaje noroeste. Pero ahora su ruta fue más hábil. Bordeó todo el norte de la Siberia y se fue adentrando poco a poco. Esta vez hizo la travesía completamente.

La fascinación del Polo Norte no lo abandonaba. Habíalo, como quien dice, cortejado, con reiterada ronda de viajes en torno. Pero, medición a medición, él sabía, con la pasmosa exactitud de sus datos, que no estaba en él, aunque se hallara dentro de su aura. Ya eran los tiempos del aeroplano y pensó que el pájaro resollante estaba hecho más que para cualquiera otra empresa que para esta: instrumento atrevido para tarea fantástica.

Hay hielos y hielos. Los del punto mágico que llamamos polo son superhielos, intratables por trineos y hélices especiales de barco. El *Maud* llegaría hasta donde pudiera, quedándose cerca, para una prestación de auxilios; el aeroplano cumpliría el resto. El primer intento falló: el segundo llenó sus fines. El Aero Club noruego y un norteamericano rico y un poco fantástico, Lincoln Ellsworth, le ayudaron financiándole

la expedición aérea que pedía gruesos dineros. Porque estas expediciones eran lo menos utilitarias que pueda soñarse, en el sentido de explotación inmediata, especie de poesía pura metida en la geografía, verdadero acto estético, aunque sea científico, que se lleva a cabo como si dijéramos por lujo, por superabundancia de una cultura. Países capaces de meter en ello millones, y con un encendimiento como el que provoca una explotación de petróleos, están maduros, y se les puede asignar la mayoría de edad a causa de pruebas semejantes. Eso es Noruega.

Nosotros, país austral, con derecho legítimo al Polo Sur, poseyendo la Tierra del Fuego que mira recta hacia el cerco místico, no somos todavía criaturas con aliento largo para estas hazañas. Estamos todavía haciendo nuestras ciudades, procurando regar nuestro campo y, yo diría, expurgando de alimañas nuestro cuerpo un poco roñoso. Ellos ya han dejado lejos el peonaje de la civilización y pueden empinarse ahora a coger estas verdaderas flores de una cultura: el acto puro de ciencia como el de arte. Que nos apresuremos: un poco atondradamente nos hemos puesto a hombreadarnos y a tutearnos con Europa, en legislación y diplomacia, y la anticipación nos compromete bastante.

En los dos aeroplanos de la expedición polar, Amundsen llegó a los 88 grados de latitud norte. El *Maud* se le quedó atajado por hielos fabulosos durante cuarenta meses en los 56 grados.

Con este éxito enorme en relación al objeto fabuloso, se cierra la vida heroica de Roald Amundsen y se cierra bien.

Después viene el gran disparate. La expedición del italiano Umberto Nobile, preparada con aturdimiento, se pierde en el reino de Amundsen, y Noruega cree que Roald tiene la obligación natural de salvarla. Él no supo resistir a la necia exigencia colectiva que lo empujaba y volvió a hacer su camino, con el francés René Guilbaud, en el *Latham 47*, ahora sin plan, tanteando en esa ceguera de nieve, olfateando los hielos que

no son pampa argentina ni selva amazónica para que guarden trazas de equipos extraviados.

Yo he seguido el curso de la aventura. Los témpanos, con una traición de tropa moscovita, a Napoleón se le abrían a trechos para dejar entrar los barcos de auxilio y se les cerraban enseguida, soldándoseles en anillo. El mar perdía su calidad para hacerse otra manera de suelo, pero de qué suelo feroz, trampa sin mandíbula visible que coge y tumba.

El viento aturde como una maza a los aviadores y la angustia de la tripulación que al mejor jefe descorazona, la veía Amundsen crecer en las caras con los días inútiles en que no lograba el hallazgo de los náufragos y les comprometían en pedazos de mar cada vez peores.

Cuando Amundsen se dio cuenta de que el rumbo seguido por la expedición de Nobile no era ninguno de los suyos, el problema se había volcado terriblemente: era cuestión ahora de la salvación propia.

El hombre de las diez rutas polares sabiamente conocidas incurrió en el error de atribuir a la empresa italiana una de estas rutas prudentes que los otros, por desconocimiento del mar virgíneo, no adoptaron.

Se habla de otra expedición que resistió tres años el hambre sobre una isla ártica. No se sabrá nunca cuánto tiempo han resistido la pelea con el demonio del hielo Guilbaud y Amundsen, ni cómo se le ha desgranado el grupo bajo los ojos desesperados del jefe que miraba a sus compañeros como a su cuerpo: ni qué día ha acabado él por cerrar sus ojos fatigados de ver blanco, ni qué ha dicho para los suyos y para Noruega el ultranoruego, la más viril criatura que ha logrado en este tiempo la Escandinavia.

Yo hubiera querido hallarme entre esa muchedumbre religiosa de Oslo cuando, al mediodía del 14 de diciembre, se ha

callado dos minutos, apelotonada en las playas y los malecones, para recordar a su sacrificado. Porque lo hermoso de esta conmemoración ha sido precisamente su carácter popular. Las universidades de Europa han organizado veladas y comentarios en el día del descubrimiento del polo; pero discursos y memorias no valen ese momento de piedad nacional, de cita unánime, en que millones de hombres se han quedado un momento limpios de sus afanes, parados en su contrición, y con un solo rostro consentido en la mente: el viril y bello rostro de Roald Amundsen, el rey de los polos.

Cuando digo contrición, digo bien. La misma muchedumbre que entiende su pérdida ayudó a perderlo. En las flotas guerreras —la pesquera, la comercial, la de guerra—, paradas en los puertos que no pueden contarse y en cualquier punto del océano en que halló barcos suyos esa hora, hubo la misma ceremonia de orgullo y de recogimiento.

Solo cuando un hombre responde con el oficio que eligió, a la índole de su raza —porque el oficio es lo más terrestre y lo más sobrenatural a la vez que llevamos—, puede recibir a su muerte un homenaje semejante. El ballenero, el foguero, el sardinero, el piloto y el fogonero de barco, es decir, cuatro quintos de Noruega, se han sentido parte de esa carne desaparecida. Un gran escritor no conocerá nunca esto: menos todavía un político.

Comentábamos la desgracia de Amundsen en Madrid con una noruega ilustre, Ellen Gleditsch, la sabia química, jefe de las mujeres universitarias de Europa.

—¿No cree usted —me decía ella—, que esta es una de las mejores muertes posibles y que es noblemente lógica?

Ella pensaba en la muerte de otros exploradores, hacia una senectud fea, y veía a su hombre, como yo, en estampa. Unanimidad de nieve, unanimidad de cielo desangrado, unanimidad de cuerpos blancos. Así lo pensarán siempre, desde aho-

ra, sus pescadores de ballena, y un pintor primitivo haría con esta muerte una acuarela suave y amarga. Con todo, yo no quiero decir “bella muerte”. No hay muerte hermosa cuando se ve tendido un cuerpo que navegó, comandó y dominó siempre. Dan ganas, cuando menos, de ponerlo de pie en su estuche natural de hielo sin ningún signo de humillación o de fracaso. Con un solo regalo digno ha acertado la muerte polar: con el de guardarlo sin podredura.

Pensar en un muerto sin pómulo comido se me ocurre que ha de consolar como cierta dignidad.

¿Hacia dónde crecemos nosotros?, se preguntan los escandinavos, que parecen más esculpidos que cualquier raza para ganar alguna tierra después de haber ganado mucho mar, y en la tierra piensan porque la idea de posesión va aparejada siempre con la de suelo. Miran hacia abajo todo ocupado, sin jeme donde poner la uña; la vieja Europa se acomodó antes que ellos, tomando los buenos climas, platea solar del mundo, y de donde están los vendrá a mover la trompeta del juicio final. Miran hacia arriba una tierra que lo es y no lo es, porque el llano se llama la nieve horizontal, la colina, el hielo y la montaña, el superhielo. Solo eso se les ofrece en vacancia perpetua; el glacial ha sido y seguirá siendo el ángel, o si ustedes quieren el político mefistofélico que guarda aquello de la rapiñería. A pocos tienta una conquista de glaciares y el nombre de Rey de la Groenlandia es bueno solo para un poeta, siempre que no sea Kipling, que gusta de presa más tónica y sanguínea.

Con todo, el Polo Ártico forma el casquete tirado al mar de la Escandinavia y hay gente, con tanta electricidad de aventura en su cuerpo, como para echarse a buscar ese casquete congelado. Esto lo llamaría el abate Bremond “la hazaña pura”, sin aleación con el logro, linda cosa en el tiempo que corre.

Fridtjolf Nansen sintió antes que Amundsen la atracción de esta parte arcangélica del mundo. (El arcángel no es helado, ya lo sé, pero la nieve también brilla y también quema como el arcángel. Que lo cuente el pastor de Tierra del Fuego a quien yo le vi una pierna comida por el hielo). Nansen entendió antes que Amundsen que había que completar con el Polo Norte el

<sup>107</sup> Escrito en Santa Margherite Ligure, Italia, y publicado en el diario *El Tiempo*, de Colombia, el 13 de julio de 1930, como “Nansen en Groenlandia”. (N. de los Eds.).

cuerpo de su Noruega, tan rota en sus miembros como nuestro Magallanes. La diferencia que corre entre los dos exploradores consiste en cierto sentido práctico y en cierta modestia en los medios que usa Nansen. Amundsen contornea su exploración en grande: barco capaz de ir rasgando aquella costra feroz del mar cuajado o el avión de resuello largo que de un solo ímpetu pueda volar algunos grados geográficos. Nansen, más geógrafo que explorador, se pone a pensar en que para que el polo le sirva lo mismo que ha servido a cualquiera para pasar y repasar la berenjena congelada de la Escandinavia: el esquí primitivo, que viene a ser una especie de zueco alargado del esquimal y de su vecino. Nansen tiene el goce de geógrafo de recorrer un suelo palmo a palmo y prefiere a la hazaña sonada, hacer un recorrido de leguas de hielo, aprendiendo con él la minucia ártica, el detalle de atmósfera, de flora y de fauna que sirve a todos.

Con este concepto de la proeza reducida a excursión, Nansen planeó el recorrido de la Groenlandia en dos partes: partida de la Noruega en un barco ballenero; exploración de la isla entera sobre un par de patines bien leales.

Los noruegos se le rieron de la ocurrencia; él los dejó reírse, seguro de su cuerpo como el buen gimnasta y con cinco patinadores de su laya, entre los cuales dos eran lapones, como quien dice compadres de toda nieve, se embarcó en el *Jansón*, barco pesquero nombrado enfáticamente en relación con sus pobres medios, pero cascarón suficiente para cubrir y llevar un lindo grupo aventurero.

El *Jansón* desembarcó a los expedicionarios a buena distancia de la costa groenlandesa, tan arisca resulta ella para un desembarco regular. Nansen y sus cinco compañeros siguieron avanzando en barquitos capaces de navegar, escurriéndose como una almendra jabonada entre los témpanos guardianes de la isla. Cuando la apretadura de los témpanos no consiguió tampoco esta navegación, el grupo de la broma heroica tomó el témpano mismo como providencia. Donde

los hielos flotantes se vuelven los dueños del mar, los atrevidos cogen al enemigo para servirse de él y le usan la bandeja mortal por montura.

El témpano rompe los barcos con la trompada como un búfalo marino, pero también sabe y puede conducir; es el navío natural y llevando focas encima, él mismo sugirió el barco a los esquimales y les enseñó una navegación un poco dormida, pero en todo caso bastante válida.

El témpano conductor los depositó en veinte días sobre la costa este de Groenlandia, que es la peor; la oeste sustenta algunas aldeas y es el único pedazo humanizado de la isla. El plan de Nansen era el recorrido de la isla parte a parte y quiso hacer con sus fuerzas enteras las jornadas más amargas.

Los víveres, que en una exploración se vuelven el compromiso más grave, iban en dos trineos tirados por los expedicionarios mismos que marchaban a su vez sobre los esquíes, rápidos de llevar a su hombre, pero bastante lentos de arrastrar carga gruesa.

Pasadas las montañas, Nansen y su gente entraron a la meseta y los valles centrales, núcleo de terrores para los esquimales, donde estos han colocado una raza misteriosa, a la que temen sin haber visto nunca.

Nada hallaron en esa enorme extensión, fuera de los remolinos de la nieve que los cegaba; fuera de unas nubes intolerables de mosquitos (que también el hielo se los tiene como el trópico); fuera de una soledad absoluta en la cual su marcha a ratos parecía un embuste a los mismos caminadores.

Llegados a la costa oeste, que es la de la clemencia, Nansen y sus cinco contaron a los esquimales la perfecta desolación de la víscera helada de la isla, quebrando sus espantos de tres mil años, si es que los convencieron, pues el tener miedo entra en los gustos humanos.

La Groenlandia quedaba explorada a pie, lo que es el verdadero explorar, y los pobrecitos esquíes habían cumplido su promesa de suficiencia.

La hazaña peregrina entusiasmó a la masa popular por lo que ella tenía de folclor noruego, muy especialmente. Los esquíes familiares, que el leñador se pone para ir a tumbar pinos de aquella o esta parte; los que el cazador de reno se ajusta cada mañana para ganar los esconderes de la linda bestia de pieles; los que sirven a los muchachos de la última aldea para ir a cumplir el mandato a la ciudad próxima; sus esquíes que cuelgan, no más importante que la marmita o la casaca peluda en un clavo contra el muro, o que en la noche quedan tirados en un rincón, tomaban después de la hazaña un aire épico, se les volvían de pronto heroicos a los noruegos.

El sucedido de broma corrió el mundo y el patín samoyedo, que iba y venía en las revistas ilustradas, entró en la moda europea y americana, y hasta las mujeres los añadimos a nuestros embelecos de diversión.

Los buenos patines de Nansen pasaron a ser reliquia de museo, y con mucha razón. Más que ellos valían esos tobillos, esas piernas y esos riñones de hombre noruego, que tomaron como parquet un país en que caben varias Escandinavias, rayando con su doble uñetazo más de dos mil kilómetros de hielos acérrimos.

Tal vez no haya vivido nuestro Nansen setenta años gracias a la proeza en que el cuerpo da de sí lo que tiene, y un poco más. Vayan los profesores de educación física con sus test pretenciosos a anotarle a este y a sus cinco caminadores la famosa línea de la fatiga, parándolos en la mitad de la marcha...

Nansen tenía, como pocos hombres de acción lo tienen, un buen escritor adentro.

Él sabía ver y contar en la medida de lo visto, y su estilo era el viril que conviene al *pioneer*, con la oración fluyente y la cuerda larga del acápite viva hasta los finales.

Descansó de su tirada de kilómetros blancos sentado en su mesa de Oslo escribiendo su viaje. El relato fue leído por el mundo entero, que poltrón y todo, todavía gusto de que Marco Polo camine por él, conozca y rinda cuentas.

Cuando nos llegue el fastidio de la novela faldera, el salubre empalago del libro de una casa o de un barrio, será el tiempo pleno de los clásicos de la aventura, los Humboldt, los Livingstone, los Nansen, los Amundsen y los Sven Hedin. Ellos vendrán a cambiarnos el genésico gineceo por el genésico del octavo día de la creación.

Acabado el descanso del Dios padre, Adán y Eva comenzaron su largo paseo por la tierra, que todavía no se nos acaba y que se llama embriaguez de marchar; embriaguez de ver todo lo enderezado que la luz muestra; embriaguez de mentar las cosas no mentadas, decepción de oír a ratos que esto se ha terminado y victoria de tirar la empalizada y de seguir andando todavía mucho tiempo.

La magnífica *promenade* la entendió bien Ulises, y la sedentaria Penélope se la cortó para desgracia nuestra. La Edad Media consiguió olvidarla un poco adentro de las catedrales y el Renacimiento volvió a reaprenderla, y recibió en la América bonito pago de su lealtad a la aventura.

La historia es una especie de tela en que resalta el hilván púrpura o amarillo real de la hazaña, y de preferencia de la hazaña exploradora. Cuando este hilván se corta en un largo espacio, el mundo se relaja y huele al podrido de la poltronería común. Entonces algunos que se llaman Livingstone o Nansen cogén el hilo de nuevo, lo ensartan en la aguja de su propio cuerpo, que ellos no regatean, y el hilván se continúa encima de la tierra, que se pone contenta de ser conocida primero para

ser usada después. El mandato del octavo día se llama explotación y el conquistador de Tanganica, Alaska o Groenlandia, resulta por esto hijo primogénito del Dios padre.









## FUENTES PARA LOS TRES VOLUMENES DE PROSA

En todos los tomos utilizamos los manuscritos y versiones del Legado Gabriela Mistral que pone a disposición el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional Digital de Chile, y por ello lo mencionamos aquí.

A continuación, entregamos una somera bibliografía general con los principales libros que nos sirvieron de base para la selección hecha en cada uno de los tomos de prosa: V, VI y VII.

### TOMO V

Bussche, G. von dem. *Reino*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso/Universidad Católica de Valparaíso, 1983.

Calderón, A. *Materias*. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.

Escudero, A.E. *La prosa de Gabriela Mistral*. Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1957.

Quezada, J. *Cuenta-mundo*. Santiago: Editorial Universitaria, 1993.

———. *Motivos de San Francisco*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 2005.

Scarpa, R.E. *Magisterio y niño*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

———. *Elogio de las cosas de la tierra*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979.

VV AA. *Antología mayor*. Tomo II Prosa. Santiago: Cochrane Editores, 1992.

Vargas Saavedra, L. *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

———: *Recados para hoy y mañana*. Tomos I y II. Santiago: Editorial Sudamericana, 1999.

Wouters D., Fray R. *San Francisco*. Santiago: Orden Franciscana de Chile,

Fondo Franciscano Hermana Gabriela Mistral, Archivo del Escritor Biblioteca Nacional, 2009.

Zegers, P.P. *La tierra tiene la actitud de una mujer*. Santiago: RIL Editores, 1998.

———. *Prosa y poesía escolar*. Santiago: Ediciones Biblioteca Nacional, 2019.

#### T O M O V I

Calderón, A. *Materias*. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.

———. *Croquis mexicano*. Santiago: Editorial Nascimento, 1979.

Céspedes, M. *Gabriela Mistral en el “Repertorio Americano”*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1978.

Del Pozo, D. *Por la humanidad futura*. Santiago: La Pollera Ediciones, 2015.

Escudero, A.E. *Recados Contando a Chile*. Santiago: Editorial Del Pacífico, 1957.

González Alvarado, F., Soto Ramírez, M. y Oliva Medina, M. *Toda Gabriela Mistral en Repertorio Americano*. Tomos I y II. Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional, 2011.

Mistral, G. *Lecturas para mujeres*. México: Secretaría de Educación de México, 1924.

Morales Benítez, O. *Gabriela Mistral: su Prosa y poesía en Colombia*. Tomo I y II. Bogotá, Colombia: Edición del Convenio Andrés Bello, 2003.

Pérez, F. *Cincuenta prosas en "El Mercurio" (1921-1956)*. Santiago: Mercurio Aguilar, 2005.

Quezada, J. *Escritos políticos*. Santiago: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1994.

———. *Una escritura recadera*. Santiago: Editorial La Noria, 2000.

———. *Pensando a Chile*. Santiago: Ediciones Comisión Bicentenario, 2004.

———. *Nuestra América*. Santiago: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005.

Scarpa, R.E. *Gabriela anda por el mundo*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

———. *Gabriela piensa en...* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

VV AA. *Antología mayor*. Tomo II Prosa. Santiago: Cochrane Editores, 1992.

Vargas Saavedra, L. *Recados para hoy y mañana*. Tomos I y II. Santiago: Editorial Sudamericana, 1999.

Zegers, P.P. *La tierra tiene la actitud de una mujer*. Santiago: RIL Editores, 1998.

———. *Pensando en América*. Santiago: Editorial Universidad de Talca, 2013.

## T O M O V I I

Calderón, A. *Materias*. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.

Céspedes, M. *Gabriela Mistral en el “Repertorio Americano”*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1978.

Del Pozo, D. *Por la humanidad futura*. Santiago: La Pollera Ediciones, 2015.

Escudero, A.M. *La prosa de Gabriela Mistral*. Santiago: Ediciones Anales de la Universidad de Chile, 1957.

González Alvarado, F., Soto Ramírez, M. y Oliva Medina, M. *Toda Gabriela Mistral en “Repertorio Americano”*. Tomos I y II. Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional, 2011.

Mistral, G. *Lecturas para mujeres*. México: Secretaría de Educación de México, 1924.

Morales Benítez, O. *Gabriela Mistral: su Prosa y poesía en Colombia*. Tomos I y II. Bogotá, Colombia: Edición del Convenio Andrés Bello, 2003.

ORFEO. Edición extraordinaria de homenaje a Gabriela Mistral. Santiago, 1967.

Pereira Rodríguez, J. *Páginas en prosa*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1962.

Piña Rosales, G., Covarrubias, J.I. y Rodríguez-Sardiñas, O. (eds.), *Gabriela Mistral y los Estados Unidos*. Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2011.

Quezada, J. *Una escritura recadera*. Santiago: Editorial La Noria, 2000.

\_\_\_\_\_. *Nuestra América*. Santiago: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005.

vv AA. *Antología mayor*. Tomo II Prosa. Santiago: Cochrane Editores, 1992.

Vargas Saavedra, L. *Recados para hoy y mañana*. Tomos I y II. Santiago: Editorial Sudamericana, 1999.

\_\_\_\_\_. *Caminando se siembra. Prosas inéditas*. Santiago: Lumen, 2013.

Scarpa, R.E. *Gabriela anda por el mundo*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

\_\_\_\_\_. *Gabriela piensa en...* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978.

Zegers, P.P. *Pensando en América*. Santiago: Editorial Universidad de Talca (Chile), 2013.

\_\_\_\_\_. *La Francia de Gabriela Mistral*. La Serena: Alianza Francesa, Región de Coquimbo, 2013.



# D E P U Ñ O Y L E T R A

DE PUÑO Y LETRA es un regalo para el lector, una sección de documentos manuscritos y originales del autor o relacionados con el tema de la publicación. Para este libro adjuntamos manuscritos pertenecientes al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

**E S T A D O S   U N I D O S**

## C O M O E D I F I C A N .

(Para LA NACION )

Buscando comprender el espíritu norteamericano, la viajera se hace estos lotes de averiguación:- ¿Cómo edifican? ¿en qué casa viven? ¿cómo se divierten cómo creen? ¿cómo educan?

Naturalmente, lo primero que se impone es cómo edifican. Nueva York es más ninguna ciudad moderna ~~fixx~~ una voluntad frenética de edificación; la verdad primera que ella nos entrega desde que el barco ~~xx~~ pasa la estatua clásica es la de sus más soberanas de comercio y de vivienda. Pasada una semana, pasado un mes, el asombro no se ha gastado. Edifican como un pueblo que no acepta ni una sola idea individualista de la vida; construyen lo mismo que legislan, lo mismo que educan y lo mismo que rezan; para el grupo, sea este grande o immense.

Me dolería comenzar con las Catedrales de comercio y con las pirámides de la banca; es mejor que empiece con un templo, y con el que ellos creen que será el mejor.

Barrio de la Universidad de Columbia, barrio mío, el que más camino y el que tengo que querer..... Los domingos, mis amigos colombianos que me hace una especie de guardia católica, me llevan aoir misa a la capilla francesa que está a cien pasos. Regresando, nos detiene la casa monumental de oración que se llama San Juan el Divino; nos paramos en seco con la mesa y con la eureola musical que alcanza hasta la calle. Entramos por ambas cosas donde suena el órgano, yo me siento golpeada por el imperativo de entrar, o más bien, los huesos se me quedan clavados gozando el viejo deleite, como los de un perro que oye Rabé detrás de una puerta a su amo sobrenatural.

Este pueblo norteamericano parece a cada minuto si que le mil sin pestilencia como una nación de contrastes, como el campo de la lucha más rabiosa de los opuestos. Es lo que en la desdichada mar, que me intriga a sus averiguadores.

Buscando patrón para lo que será su mayor Catedral pudieron tomar

LA AVENTURA DE LA LENGUA

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro Estado - pone en la enseñanza del español.

Vengo de hacer una ruta ziguezagueada de lenguas diversas ~~castellano~~ y he visto la suerte del ~~español~~ a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre Brasil, Suecia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé ~~el~~ <sup>nuestra lengua</sup> español servido con vehemencia, fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios, probé una verdadera euforía al constatar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajena y la de los cuerpos ajenos; la vieja Conquista bruta y ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y coacción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de Derecho y de Bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas que es la expansión de ~~un~~ idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de una ~~lengua~~ sobre <sup>Ralle</sup> territorios incógnitos, no significa invasión sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias; <sup>hasta</sup> me las pone a danzar...

Comprender fué siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales en la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

La orden del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente el romper los ~~señores~~ que guardan las arcas cerradas

PARA LA REVISTA "MISCELLANY"

Ha sido para mí una sorpresa no pequeña saber que ustedes, a pesar de los asuntos mayores que los preocupan, me harán un sitio generosísimo en su revista.

Y es para mí una alegría profunda conocer vuestra decisión de dedicaros ~~en adelante~~ con más amplitud a los estudios latino-americanos. - En cuanto me sea dable ayudaros, podéis disponer de mí como de una obra que ha gastado su vida solamente en cuatro lenguas latinas y que se debe a ellas por entero.

Vosotros me pedís algunas ideas sobre educación. El tema es demasiado ancho para ser dado de una sola vez. Por hoy tocáre "de pasada" algunos puntos que me parecen urgentes.

Los Estados Unidos se han vuelto una nación directora del mundo. - Por lo tanto, nunca necesitaron más que ahora de un equipo vasto de ciudadanos ~~que conozcan~~ anegados en lenguas extranjeras. Precisamente la generación que ahora estudia en Universidades y Colleges es la que tomará a su cargo las relaciones culturales y las relaciones -"tout court"- entre los Estados Unidos y el mundo.

En lo individual como en lo colectivo, no se llega a nadie sino contando con la lengua como primer instrumento. Es la "A" del alfabeto internacional y del humano.

El "entendimiento entre los pueblos" del cual hablan todos los políticos comienza en un diálogo sostenido en lengua común. Se han buscado y agotado los medios materiales para alcanzar la paz, desde el arma bruta hasta los empréstitos de cifras astronómicas; pero los pueblos siguen rechazando el uno del otro y pasando del recelo al odio o al rencor.

Es preciso que las almas de las razas dejen de ser cosa velada, material secreto, jeroglíficos duros de descifrar.

Y parece que entre las vías del alma, la primogenita y la más recta sea el idioma. Ni el verbo ni el servir ni el ser honesto en la acción basta para convencer al extranjero de la intención limpia.

## Sobre las Ciudades - Númenes

Vosotros me habéis invitado a un desayuno a la vez íntimo y popular.

La combinación es muy feliz y, para una mujer, parece todo un hallazgo. Porque la vida de California se mueve en zig-zag dentro de estos módulos de lo personalísimo y lo colectivo. Sin algún rasgo de intimidad, la vida reseca sus entrañas, o se hiela, o se mecaniza. Y sin la sana intemperie de lo popular la vida se carga de vejez y de muerte.

Un desayuno como éste recuerda muchas cosas banadas en humanidad y poesía, desde los desayunos de la infancia cuando se quebraba el pan y se bebía el café dentro del corro familiar íntegro, no raleado todavía por la muerte, hasta los ágapes de los primeros cristianos que juntos comían conversando de sus negocios espirituales.

Yo agradezco vivamente la fineza de vosotros al introducirme en vuestra ancha familia communal. Fui habitante de este Condado de Los Angeles, vecina semi-rural de Monrovia. El haberme escurrido hacia Santa Barbara no ha sido más que una mudanza de casa desde un barrio a otro...

La imagen que tengo de la California del Sur es la de una fila casi es-  
que  
colar de poblaciones, en cada pueblo niño lleva un manojo florido en la mano, y yo  
nunca sé bien a cual de ellas quiero más si a la ciudad hecha y derecha como Long  
tengo.  
Beach o a los pueblecitos. En esta guirnalda verde de la Costa Sur/amistades ~~muchas~~  
preciosas que me han ayudado a vivir: declaro a las más tiernas: Mrs. Rose Kerr en Mon-  
rovia, Eda Ramelli en Santa Barbara. Amo a toda esta California, desde el San Fran-  
cisco señorial hasta su remate en la frontera mexicana, donde comienza mi gente, ha-  
ciendo la venia lógica al organismo plural que llaman vosotros Los Angeles.

Se me ocurre que Long Beach sea el miembro más poético entre los que pen-  
den del plexus solar angelino. Porque ustedes, según la frase evangélica, "recibieron  
lo mejor", es decir, el mar. En donde se casan la tierra y el agua ~~muchas~~ salada,  
allí se crea la cruz de la perfección. No hay vida plena sin mar; el oleaje marino  
está emparentado con el golpe de la sangre en nuestro pecho y su ausencia ~~muchas~~ ampo-

UN TAGORE DE NUEVA YORK

Ja fue a  
la Noche

- Tagore ha llegado mal de salud. - Tagore se encuentra enfermo de gravedad en Boston. - Tagore viene de convaleciente a Nueva York, para hacer una exposición de cuadros.

Yo había leído ~~este~~ esto en la prensa norteamericana y no pensaba acercarme a él, a pesar del cariño - de los cariños - que le tengo: cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y de miel, ~~de~~ sus muchos poemas y ~~de~~ su única escuela.

Pero yo pasaré el día de Acción ~~v~~ Gracias (27 de Noviembre) entre la familia Migel, y precisamente Parmenia Migel está encargada de su exposición. Acabado el almuerzo sencillo y ritual, ella me convoca a acompañarle en su visita cotidiana al maestro.

Yo me acuerdo de aquella cara rendida, y rehuso; yo le veo ~~que~~ <sup>azul</sup> cuerpo que da un periódico, que camina derregadito, y digo otra excusa; a la tercera tentación ~~ya acepto~~ <sup>voluntariamente</sup>, como cualquier otra . . . Con la ~~hypocresia~~ <sup>de</sup> algunos compasivos, explico a mi amigo que no preguntaré nada y que me conformaré con mirarlo ~~un~~ <sup>momentos</sup>.

Tagore está alojado en un apartamento elegante que le ha cedido una amiga norteamericana y recibe en la biblioteca de ella, espaciosa y clara, ~~de~~ muro cargado de libros, ~~con~~ muebles profundos y mesas llenas de chucherías mundiales. La dueña de casa viaja mucho y acarrea primores que vuelca en este cuarto.

Un escultor hace ni mal ni bien un busto del poeta. El modelo está sentado a disgusto ~~en~~ <sup>en su</sup> sillón sobre la consabida tarima, como un pájaro mecánico al que se hace volver el cuello a cada momento, cambiar de lado y probar las luces, y ~~medir el doce~~ <sup>el</sup> ~~largo~~ <sup>de</sup> la cara.

**E U R O P A**

Cinco años de destierro de Unamuno.

Yo no acabaré nunca de entender por qué se desterró a don Miguel de España. No hay nada menos motín sindicalista que este hombre incapaz hasta del grupo mínimo. Nunca se descubrirá ni siquiera al primo de Unamuno, no digamos el cofrade. Su hermoso semblante vuelto religioso por el cotidiano pensamiento superior, pondrá siempre gesto de repulsa a la barricada.

Y si no puede ni siquiera hacer motín ¿por qué se creyó, y se sigue creyendo, <sup>durante</sup> su presencia ~~desde~~ en España?

Lo que él allá hacía, decir cada tarde a sus amigos de Salamanca o escribirlo en cartas a los de América, que la dictadura era torpe y medioeval, lo dice en Madrid (yo lo he oído), entre vaso de café y vaso de café, cualquier madrileño, en chacota o en trágico, y el Gobierno se guarda bien de ponerse en ridículo con destierros en masa, a lo Mussolini. Esta dictadura de Primo de Rivera, que se defiende con el dato verdaderamente singular de que no ha decretado ni una pena de muerte ¿por qué es cruel, de una larga y subrayada crueldad con el noble viejo?

X El me desafía a mí que anda en su asunto odio ácido de mujer (<sup>un</sup> odio que es pequeño y vigilante como el diente del ratoncillo). Y, en verdad, no contiene raciocinio viril ni ademán militar esta persecución insistente de un varón cuya honra es cosa <sup>materia</sup> inrayable y con el que cualquier abuso de fuerza se vuelve especialmente odioso.

Dos o tres años quedó vacante su cátedra de griego en Salamanca. Yo separo, para guardarla entre los pocos hechos limpios de nuestro tiempo, el ejemplo de esos profesores españoles que dos o cuatro veces leyeron la convocatoria a concurso para reemplazar ~~a~~ sabio y no se presentaban, haciendo fracasar el concurso. Ha habido profesore

RECADO SOBRE VICTORIA KENT.

VIDA INDOLE.— Victoria Kent es una malagueña de media raza inglesa. Las dos franjas de sangre corren y se expresan ~~lascivamente~~ en su carácter. Lleva de la mediterránea los óleos humanos que regara Roma en cada lugar en que se retardó creando una convivencia; lleva de anglo-sajona el sentido del aseo del mundo por la organización del trabajo colectivo y de la vida individual.

Su formación fué la común de la niña que aparece bien dotada en la escuela secundaria de la provincia. Después de su bachillerato pasó a la capital que, buena pulidora en su colegio especializado, "doma, tormea y lustra". Vino de su Málaga amasada por esos escultores ligeros y fuertes que se llaman luz hasta y olas ~~leyendas~~. Castilla talvez haya cumplido en ella el trabajo que le atribuyen sus castellanos de estilización o rubricación de la criatura española. Victoria Kent hace visible en su vida un estilo, y ése es el de la escuela hispana del futuro: una eficacia aliada de la fineza; una profundidad antigua vetecida de modernidades ~~muy~~ expurgadas.

Alta, sólida sin pesadez, la talla sajona y el rostro latino, la voz grave, que va bien con su alegato austero en el tribunal; la conversación en pequeños bloques netos de conceptos y nunca divagadora. Su persona exhala una dignidad expeta de arrogancia. No es la pechi-erguida, <sup>segura</sup> como llaman los españoles a la soberbia. Arruga su ~~arruga, ese~~ <sup>arruga su</sup> autoridad fuerte ~~que~~ arrasta a las mujeres <sup>de su</sup> hacia las faomas sociales. Qui-siera saber como se llamaría en física la condición de los cuerpos graves que no son extáticos pero que se agitan raramente, y me gustaría saber también cuales son las materias que sin ser neutras, sino bastante individualizadas, insisten a ~~pesan sobre~~ sus semejantes ~~como~~ <sup>y</sup> sobre sus opuestos. La fórmula de Victoria Kent andaría entre ese dechado de la física y este otro de laboratorio industrial.

De tarde en tarde se bendice la condición humana, cuando ~~no~~ cae a las manos en un ejemplo cumplido; se olvida de un golpe el fracaso

## EL MAR MEDITERRANEO.

Nápoles, Junio de 1924.

¿Por qué no diremos mejor la Mar Mediterránea? Porque es un mar femenino. Hemos dejado atrás al grande Océano, gris y como metálico, de Boston a las Azores, mar de heroicas calidades, a veces duro como un derramamiento de escudos sobre un campo, tan austero en estos días de Junio, que no me dió un sólo pensamiento gozoso. Era un mar de recias quebraduras, que sonreía uno que otro momento, escondiendo luego la sonrisa.

Y después vino esta mar llena de jovialidad, anuncio de los archipiélagos voluptuosos. Se olvida la gravedad que tiene él navegar todavía, -y que tendrá siempre- para los hombres; se toma a juego la segunda parte del viaje; se distienden el cuerpo friolento y el ánimo ceñudo; esto no es el mar: es como un elemento medio entre la tierra y el agua... El oleaje se vuelve una pura palpitación de agua dichosa vamos sobre la piel de las sirenas, y el barco se desliza como una alga ágil. Hasta hacemos bromas sobre las tempestades de Ulises; juegos burlones de las olas fueron los que tuvo -decimos,- y el viejo Homero, vicioso de épica, le quiso dar la tragedia... Comentamos que el peñón de Gibraltar, prometeico, es un centinela exagerado para guardar esta breve joya; bastaría una colina dorada... Aunque no tenemos la reminiscencia clásica, buscamos, gozando el agua adormecida, los adjetivos que le dieron los viejos poetas. Cuando Homero olvida un poco lo grandioso, los tiene, cuando le llama la "pradera de violetas"; lo dice.

Gracias a los que supieron "nombrar para todos los tiempos"; el suceso más grande de las cosas, después de existir, es ese de ser llamadas precisamente. (En cuanto tomamos contacto con lo nuevo el primer ímpetu es el de hallar la expresión que lo diga con sencillez;

#### UNA DEFINICION: EL HOMBRE EUROPEO

Paul Valery, el Pontifice mayor del momento, ha definido así, más o menos, al europeo: el europeo, -dice, después de analizar las diversas influencias que permiten llamar así a un hombre- es el ser capaz de desarrollar el máximo de actividad, el máximo de conciencia, el máximo de esfuerzo, el máximo de pensamiento, el máximo de trabajo, el máximo de riqueza... el máximo de creación...

El marca especialmente la diferenciación con el esfuerzo asiático. Un poco más, y él nos encaminaría a esta otra definición: La lasitud asiática y el trabajo irregular del semi-asiático americano, revelan inferioridad o semi-barbarie.

Primero, rechazamos la fórmula Pereza-Barbarie; poco a poco la vamos aceptando. Y buscamos documentación.

Revisamos gremios. Escritores. Incuestionablemente el escritor europeo quintuplica, cuando menos, el esfuerzo nuestro. Tiene el sentido de su oficio. Nos lleva la ventaja de que, regularmente, no se ocupa sino de lo suyo. La literatura en Europa es profesión mientras que en la América española es... un golpe de pasión o la pausa noble (para usar un título de Alfonso Reyes) que se pone entre otras ocupaciones forzadas y que no se aman.

Aquí el escritor-funcionario público es escaso; Paul Claudel, Embajador de Francia, no ha hecho sistema. ¿Un mal, el profesionalismo literario? ¿Un bien? Algunos creemos que es bien. En cualquier orden, la dispersión de fuerzas constituye daño.

Pero aparte de la necesidad, acicateando al hombre de letras que debe vivir de ellas, hay en la fecundidad artística de Europa, una mayor capacidad para la labor física. El europeo, este hombre que en la América creemos viejo, harto más usado en su carne y en su mente que nosotros, individuo menos espléndido en sentido fisiológico, aparece en su trabajo, sin embargo, más fresco y más fuerte.

Antes de hablar de nuestra juventud americana habría que averiguar si nuestro ascendiente, el indio, no era carne tres veces más gastada que este que llamamos por ejemplo, el senil cuerpo francés.

Nosotros, románticos todavía a pesar de nuestro desdén del romanticismo, románticos por excelencia, creemos, sin decirlo, en la

LA LEYENDA PRODIGIOSA DE FEDERICO MISTRAL

Un hombre que nos es querido y sagrado como un semi-Dios... Autor no sólo de sus obras, sino de nuestras almas.  
Charles Maurras

Cuando la Provenza haya caído al fin en la trampa mecánica de la civilización, después de haberla esquivado mucho tiempo, con defensas latinas; cuando la Camarga haya sido provista de agua de ingenierías y Salón se haya desvestido de su silencio y de su atmósfera listada de lavanda y de tomillo, el tiempo de Mistral, la costumbre de Mistral, la ideología de Mistral, se habrán mudado en leyenda pura, en el pulido colmillo de elefante que es la absoluta leyenda.

Para la transfiguración de los materiales realistas a mito, se habrán juntado unos diez artículos de Maurrás, unas dos mil alusiones de Daudet y una crónica larguísima de los "felibres", que anotaron al poeta desde la fuerza de la mandíbula latina hasta la elegancia con que comía en mesa de condes o de granjeros.

El profesor de la Universidad futura de Avignon, va a decir más o menos lo que yo digo aquí sobre Mistral, si lo quiere bien.

"Vivió hacia el mil novecientos, cuando le vino a Francia su mala ocurrencia de volverse el Anti-Plutarco de Europa, un hombre, engendrado según el antojo popular, que es antojo noble, por Orfeo mismo en una campesina de Arles, en la que le pareció más linda y más sensata. Los olivos, que casi hablan, de intención humana, en la Provenza, atestiguan la unión".

### EL ALMA EN LA ARTESANIA.

Yo he buscado durante estos dos años las lecturas populares de Francia, Bélgica y Suiza, a la vez que he andado mirando los oficios, revistas y libros destinados a los obreros. (Porque lo que yo admiro y amo en Francia y Bélgica es el artesano, estimándole a Suiza el campesino sobre el artesano.)

Pero en toda esta literatura para obreros yo no he tenido la suerte de encontrar sino páginas mediocres a lo Marden, tontamente exitistas, espolonazos para hacer buen mercado y disfrutar la buena paga.

Excepción hecha de un Pierre Hamp, con su serie formidable de novelas que él llama "El trabajo de los hombres", y de algunos acápitulos del admirable ensayista Alain, el resto es absolutamente inferior. Algunas son páginas de maestros de escuelas con buena voluntad tan insulsas como lo que casi siempre hemos escrito los del gremio didáctico; las restantes más decorosas, hablan del oficio en pura atingencia física donde el alma y la emoción sobran y cualquier desembocadura del espíritu en lo que las manos hacen, es imposible.

¿Fué siempre el obrero una máquina desgraciada de cortar suelas de zapatos? Entonces resulta pura fantasmagoría y pujo sentimental el comentario que un Ruskin y otros han escrito sobre la artesanía, atribuyendo al autor del objeto hermoso alguna conciencia dichosa de lo que hace algún gozo separado del salario, en su éxito sobre el cuero y la madera? ¿El trabajo manual sería, como afirmamos algunos de los vanidosos que garrapateamos sobre el papel, ejercicio corporal absoluto, como el del mulo en la noria, sin ninguna complicidad con el espíritu y el artesanato no tendría si-

GENTE RUSA: TOLSTOY.

-----

Guerrero mitológico de León Tolstoy, dos metros de carne, regado por una sangre amazónica, un poco toro asirio, capaz de desquijarrar toda bestia; un poco el Nibelungo de pelear, de comer y dormir sobre el caballo, y de quedarse fresco; un poco Abraham hospedador de hombres y de ángeles en la Iasnaia Poliania hecha a la medida de su cuerpo.

Pagano de molde cortado por la tijera de Júpiter para ser nadie más que su hijo ~~elfato~~<sup>argado</sup> de cazador que huele a la leagua el zorro en su cueva, ojo marino para contar, pasando los brincos de los delfines, y para advertir el cuerno de agua de la ballena en el horizonte; y la misma mano grande y suave de su padre Júpiter, que parecía "otra cosa" que la muestra, una herramienta que había acabado de hacer el hueso del planeta en su rodilla y que ahora le ponía encima el limo y el limo de la pradera rusa. Y con esos fuertes sentidos, buenos para servirle cien años, con su costumbre de mandar hombres, metido a la aventura jesucristiana, resuelto a ~~mundar~~ mondarse disminuyéndose, porque Jesucristo se había mondado así.

Padre de la familia desesperada de los contradictorios, que es la muestra, columpiándose entre la fuerza y la renuncia de la fuerza, seguro que no puede con su rigor, ~~enemigos~~, amado de nosotros por esas mismas facciones de la contradicción, en que le vemos nuestra ~~prima~~ cara y tocamos la pelea que nos hace pedazos sin hacernos bien pedazos, como lo queríamos, para acabarnos.

El marido de Sofía Alejandrina, hijita de ~~los~~ <sup>la Tierra,</sup> hombres, a la medida precisa de nosotras las mujeres, no chata ni insignificante, como cualquiera de nosotras, que no tenemos costumbre de dormir con el dios Thor. Sofía Alejandrina criaba de su pecho el hijo y el hijo del primero al décimo, sin un rezongo, cuando <sup>ni</sup> ~~miraba~~ de ~~Tatiana~~ rebocar



# C O L O F Ó N

*Obra reunida de Gabriela Mistral* incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Grafhika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Director	Thomas Harris Espinosa
Diseñador	Felipe Leal Troncoso
Asistente editorial	Carla Salazar Núñez
Secretaría	Araceli González Cerei
Distribución	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN  
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

Coordinadora	Valentina Orellana Guairelo
Mediación	Francisca Santibáñez Marambio
Diseño	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores





Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y el  
Patrimonio

Gobierno de Chile



**Gabriela  
Mistral**